



**LEOPARDO  
NEGRO  
LOBO  
ROJO  
MARLON  
JAMES**

Seix Barral

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Los personajes que aparecen en esta historia

Un perro, un gato, un lobo y un zorro

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Malakin

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Seis hijos y uno más

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Ciencia blanca y matemáticas negras

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

He aquí un oriki

Veintidós

El lobo de la muerte

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Agradecimientos

Créditos



**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

El Rastreador es conocido por sus habilidades como cazador: «Tiene un buen olfato», se dice de él. Contratado para encontrar a un misterioso niño que ha desaparecido, el Rastreador rompe su propia regla de no trabajar con nadie y se encuentra de pronto como parte de un grupo que debe colaborar y apoyarse para llevar su objetivo a buen puerto. Se trata de un grupo heterogéneo, formado por personajes inusuales, cada uno con sus propios secretos, incluido un hombre capaz de cambiar de forma a su antojo conocido como el Leopardo.

Mientras el Rastreador sigue el olor del chico, el grupo se enfrenta a criaturas que intentan que no lleguen a su objetivo. Y mientras luchan para sobrevivir, el Rastreador empieza a preguntarse quién es realmente ese niño, por qué ha estado perdido durante tanto tiempo y por qué todos intentan evitar que sea encontrado. Y algo más importante: ¿quién está contando la verdad en esta historia y quién está mintiendo?

Hundiendo su propia imaginación en la mitología y en la historia africana, Marlon James ha escrito una novela que no se parece a nada: una saga de aventuras capaz de cortar el aliento, tan ambiciosa como imposible de dejar de leer. Huyendo de las etiquetas y repleta de personajes inolvidables, Leopardo negro, lobo rojo es un ejercicio de literatura tan sorprendente como profundo que explora nuestra necesidad de entender cómo funcionan la verdad y el poder.

MARLON JAMES

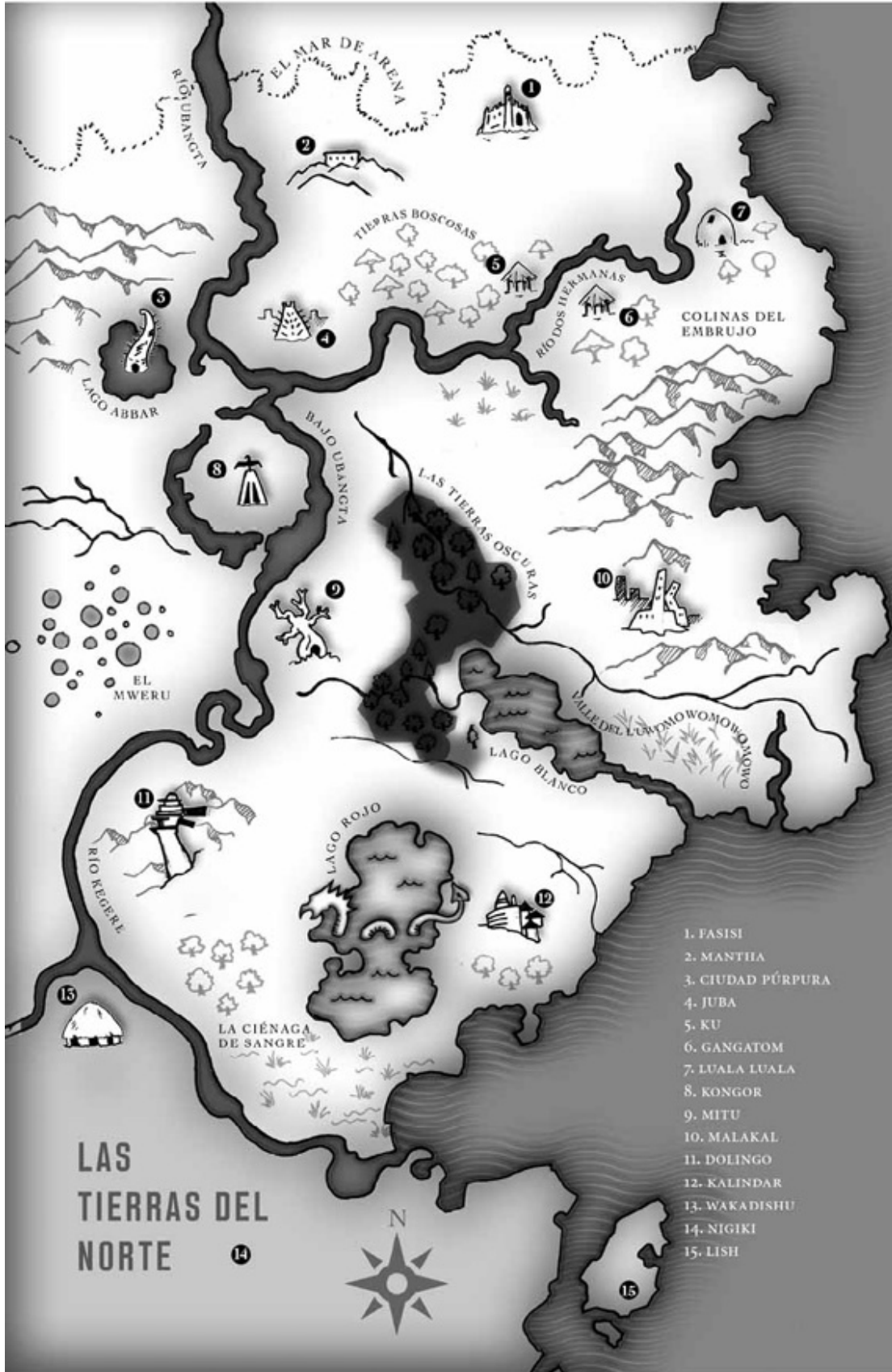
LEOPARDO  
NEGRO,  
LOBO  
ROJO

Traducción del inglés por Javier Calvo

SEIX BARRAL BIBLIOTECA FORMENTOR

*Para Jeff, por el cuarto de luna  
y por un millón de cosas más*





1. FASISI
2. MANTHA
3. CIUDAD PÚRPURA
4. JUBA
5. KU
6. GANGATOM
7. LUALA LUALA
8. KONGOR
9. MITU
10. MALAKAL
11. DOLINGO
12. KALINDAR
13. WAKADISHU
14. NIGIKI
15. LISH

# LOS PERSONAJES QUE APARECEN EN ESTA HISTORIA

## EN JUBA, KU Y GANGATOM

KWASH DARA, hijo de Kwash Netu; rey del Reino del Norte, alias el Rey  
Araña

RASTREADOR, cazador al que no se conoce por otro nombre

SU PADRE

SU MADRE

QUERIDO TÍO, un gran jefe de los ku

KU, tribu y territorio del río

GANGATOM, tribu y territorio del río, enemigos de los ku

LUALA, tribu y territorio del río, al norte de Ku

ABOYAMI, padre

AYODELE, su hijo

BRUJO, nigromante de los ku

ITAKI, bruja del río

KAVA / ASANI, muchacho ku

LEOPARDO, cazador metamorfo conocido por unos cuantos nombres más

YUMBÓS, hadas de la hojarasca y guardianas de niños

LA SANGOMA, antibruja

LOS MINGIS, que son:

Niño Jirafa

Niña de Humo

Albino

Niño Bola

Los siameses

ASANBOSAM, monstruo antropófago

EL JEFE GANGATOM

## **EN MALAKAL**

EL AESI, canciller de Kwash Dara

BUNSHI / POPELE, jengu de río, sirena, metamorfa

SOGOLON, la Bruja de la Luna

OGOTRISTE, un ogo, hombres altos y poderosos que no son  
gigantes

AMADU KASAWURA, esclavista

BIBI, su criado

NSAKA NE VAMPI, mercenaria

NYKA, mercenario

FUMELI, arquero del Leopardo

BELEKUN EL GRANDE, patriarca gordo

ADAGAGI EL SABIO, patriarca sabio

AMAKI EL ESCURRIDIZO, patriarca al que nadie conoce

NOOYA, mujer poseída por el ave centella

LAS BULTUNGIS, vengadoras

ZOGBANUS, trols originarios de la Ciénaga de Sangre

VENIN, niña criada para ser alimento de los zogbanus

CHIPFALAMBULA, un gran pez

GHOMMIDS, criaturas del bosque ocasionalmente amables

EWELE, un ghommid cruel

EGBERE, su primo, cruel cuando tiene hambre

ANJONU, espíritu de las Tierras Oscuras que lee los corazones

EL MONO LOCO, primate demente

## **EN KONGOR**

BASU FUMANGURU, patriarca del Reino del Norte, asesinado  
SU MUJER, asesinada  
SUS HIJOS, asesinados  
LAS SIETE ALAS, mercenarios  
KAFUTA, señor de una casa  
SEÑORITA WADADA, dueña de un burdel  
EKOIYE, chapero amante del almizcle de civeta  
EL BÚFALO, búfalo muy inteligente  
EJÉRCITO DEL CACIQUE KONGORI, agentes locales de la ley  
MOSSI DE AZAR, tercer prefecto del ejército del cacique kongori  
MAZAMBEZI, prefecto  
OGO ROJO, otro ogo  
OGO AZUL, otro ogo  
MAESTRO DE LOS ESPECTÁCULOS, organizador de las luchas de ogos  
LALA, su esclava  
BRUJAS MAWANA, sirenas de la tierra, alias jengus del fango  
TOKOLOSHE, pequeño duende que se hace invisible

## **EN DOLINGO Y EL MWERU**

VIEJO, dueño de una choza y griot del Sur  
LA REINA DE DOLINGO, eso mismo  
SU CANCELLER  
NIÑO ESCLAVO DOLINGON  
PRACTICANTES DE LA CIENCIA BLANCA, los nigromantes y alquimistas más  
oscuros de todos  
IBEJI MALIGNO, un gemelo deforme  
JAKWU, guardia blanco del Rey Batuta  
IPUNDULU, ave centella vampírica

SASABONSAM, hermano alado de Asanbosam  
ADZE, vampiro y enjambre de insectos  
ELOKO, trol de la hierba y caníbal  
LISSISOLO DE AKUM, hermana de Kwash Dara, monja de la  
hermandad divina  
SOMBRA, demonios nocturnos que sirven al Aesi

## **EN MITU**

IKEDE, griot del Sur  
KAMANGU, hijo  
NIGULI, hijo  
KOSU, hijo  
LOEMBE, hijo  
NKANGA, hijo  
KHAMSEEN, hija

## **EN EL MALANGIKA Y EL REINO DEL SUR**

JOVEN BRUJA  
MERCADER  
SU MUJER  
SU HIJO  
KAMIKWAYO, practicante de la ciencia blanca convertido en  
monstruo

# 1

## UN PERRO, UN GATO, UN LOBO Y UN ZORRO

*Bi oju ri enu a pamo.*



## UNO

El niño ha muerto. Y no hay más que contar.

He oído que en el Sur hay una reina que mata a quien le trae malas noticias. Así pues, si anuncio la muerte del niño, ¿estaré escribiendo también mi propia sentencia de muerte? La verdad se come las mentiras igual que el cocodrilo se come la luna, y sin embargo mi testimonio es el mismo hoy que mañana. No, no lo maté yo. Aunque es posible que quisiera verlo muerto. Que anhelara su muerte igual que un glotón ansía la carne de cabra. Oh, tensar el arco y disparar a su negro corazón y verlo reventar en un estallido de sangre negra, y quedarme mirando sus ojos hasta el momento en que dejaran de parpadear, en que siguieran mirando pero ya sin ver, y escuchar hasta que se le quebrara la voz y hasta que el pecho le soltara un estertor de muerte que dijera: Mirad, mi desdichado espíritu está abandonando este desdichado cuerpo, y sonreír ante esa noticia y bailar por esa desgracia. Sí, la idea me llena de regocijo. Pero no, no lo maté yo.

*Bi oju ri enu a pamo.*

La boca no debe contar todo lo que ven los ojos.

Esta celda es más grande que la anterior. Huelo la sangre seca de hombres ejecutados; todavía oigo gritar a sus fantasmas. En tu pan hay gorgojos y tu agua contiene los meados de una docena de guardias y de la cabra que se follan para divertirse. ¿Te cuento una historia?

No soy más que un hombre al que algunos han llamado lobo. El niño está muerto. Sé que la vieja te ha contado una historia distinta. El asesino es él, te ha dicho. A pesar de que lo único que me apena es no haberla matado a ella. El del pelo rojo dijo que el niño tenía la cabeza infestada de demonios. Si

crees en los demonios. Yo creo en la mala sangre. Tú tienes pinta de no haber derramado sangre. Y, sin embargo, tienes sangre entre los dedos. Un chico al que circuncidaste, una niña demasiado pequeña para el tamaño de tu... Mira cómo te excita eso. Mírate.

Te voy a contar una historia.

Empieza con un leopardo.

Y una bruja.

Gran inquisidor.

Chamán.

No, no vas a llamar a los guardias.

Mi boca podría decir demasiado antes de que me la cerraran a garrotazos.

Mírate. Un hombre con doscientas vacas que se deleita con la piel de un niño y con el koo de una niña que no debería ser la esposa de ningún hombre. Porque eso es lo que buscas, ¿verdad? Algo pequeño y oscuro que no se puede encontrar en treinta bolsas de oro ni en doscientas vacas ni en doscientas mujeres. Algo que has perdido; no, algo que te quitaron. La luz, la ves y la quieres; no la luz del sol ni la del dios del trueno en el cielo nocturno, sino una luz sin mácula, la luz del niño que no conoce mujer, de la niña que compraste para casarte con ella, no porque necesitaras esposa, porque tienes doscientas vacas, sino para abrir a esa esposa en canal, porque lo que buscas lo buscas en agujeros, agujeros negros, agujeros mojados, agujeros diminutos, la misma luz que buscan los vampiros, y la vas a obtener, y lo vas a camuflar de ceremonia, de circuncisión para el niño y consumación para la niña, y cuando ese niño y esa niña derramen su sangre y su saliva y su espermatozoos y sus meados, te lo dejarás todo sobre la piel, irás al árbol de iroko y usarás cualquier agujero que encuentres.

El niño está muerto y también lo está todo el mundo.

Caminé durante días, cruzando los enjambres de la Ciénaga de Sangre y pisando las rocas lacerantes de las llanuras salinas, de día y de noche. Caminé tan al sur que acabé en Omororo y ni me enteré ni me importó. Me arrestaron

por mendigo, me tomaron por ladrón, me torturaron por traidor, y cuando llegó a vuestro reino la noticia de que el niño había muerto, me arrestasteis por asesino. ¿Sabíais que había cinco hombres en mi celda? Hace cuatro noches. El pañuelo que llevo al cuello pertenece al único hombre que se marchó por su propio pie. Es posible que algún día pueda volver a ver con el ojo derecho.

¿Los otros cuatro? Tomad nota de que lo he dicho.

Los viejos dicen que la noche es un loco. No te juzgará, pero lo que venga de ella tampoco avisará. El primero vino a por mi cama. Me desperté entre mis propios estertores de muerte y había un hombre aplastándome la garganta. Más bajo que un ogo pero más alto que un caballo. Olía como si acabara de sacrificar una cabra. Me agarró por el cuello y me alzó en vilo mientras los demás guardaban silencio. Intenté tirarle de los dedos pero tenía un demonio en la mano. Darle patadas en el pecho era como darle patadas a una roca. Me levantó como si estuviera admirando una joya de gran valor. Le propiné un rodillazo en el mentón tan fuerte que los dientes le cortaron un trozo de lengua. Me dejó caer y le embestí las pelotas como un toro. Se desplomó, le quité aquel cuchillo afilado como una navaja de afeitar y lo degollé. El segundo intentó agarrarme los brazos, pero yo tenía el cuerpo desnudo y resbaladizo. Le hundí el cuchillo —mi cuchillo— entre las costillas y oí que le reventaba el corazón. El tercer hombre se puso a danzar con los pies y los puños, como una mosca nocturna, silbando como un mosquito. Cerré el puño y estiré dos dedos, como si fueran orejas de conejo. Se los clavé en el ojo izquierdo, adentro del todo, y se lo arranqué entero. Soltó un grito. Viendo cómo berreaba por el suelo y buscaba su ojo, me olvidé de los otros dos. El gordo que estaba detrás de mí intentó golpearme pero me agaché, él tropezó y se cayó, yo salté, agarré la roca que usaba de almohada y le aplasté la cabeza hasta que la cara le olió a carne cruda.

El último hombre era un chaval. Estaba llorando. Demasiado agitado para suplicar por su vida. Le dije que fuera un hombre en la próxima vida, porque

en ésta era menos que un gusano, y le arrojé el cuchillo al cuello. Su sangre llegó al suelo antes que sus rodillas. Dejé vivo al hombre medio ciego porque necesitamos historias para vivir, ¿verdad, chamán? O inquisidor. No sé cómo llamarte.

Pero éstos no son tus hombres. Bien. No tendrás que entonar un canto fúnebre para sus viudas.

Has venido en busca de una historia y yo tengo ganas de contar una, de forma que los dioses nos sonrían a ambos.

Había un mercader en la Ciudad Púrpura que decía que había perdido a su mujer. La mujer había desaparecido llevándose cinco anillos de oro, dos pares de pendientes, veintidós pulseras y diecinueve ajorcas de tobillo. Dicen que tienes buen olfato para encontrar cosas que quieren permanecer perdidas, me dijo. Yo tenía casi veinte años y llevaba mucho tiempo desterrado de la casa de mi padre. El hombre me tomaba por alguna clase de sabueso, pero yo le dije que sí, que se decía que tenía buen olfato. Me tiró la ropa interior de su mujer. Su olor era tan débil que estaba casi muerto. Quizá la mujer sabía que algún día irían hombres a cazarla, porque tenía tres chozas en sendas aldeas y nadie sabía exactamente en cuál vivía. En cada casa había una chica idéntica a ella y que incluso respondía a su nombre. La chica de la tercera casa me invitó a entrar y me señaló un taburete para que me sentara. Me preguntó si tenía sed y fue a buscar una jarra de cerveza de masuku antes de que yo le dijera que sí. Déjame que te recuerde que mi vista es normal y corriente pero en cambio se dice que tengo buen olfato. Así pues, cuando me trajo la jarra de cerveza, yo ya había olido el veneno que ella había puesto dentro, un veneno de mujer llamado saliva de cobra, que pierde el sabor cuando lo mezclas con agua. Me dio la jarra y la cogí, y a ella le agarré la mano y le doblé el brazo detrás de la espalda. Le llevé la jarra a los labios y la obligué a beber entre dientes. Se puso a llorar y aparté la jarra.

Me llevó con su ama, que vivía en una choza junto al río. Mi marido me pegaba tan fuerte que se me cayó la criatura que llevaba dentro, me dijo el

ama. Tengo cinco anillos de oro, dos pares de pendientes, veintidós pulseras y diecinueve ajorcas de tobillo y te lo puedo dar todo, junto con una noche en mi cama. Me quedé con cuatro ajorcas de tobillo y la llevé de vuelta a su marido, porque quería el dinero de él más que las joyas de ella. Luego le dije que mandara a la mujer de la tercera choza que le preparara cerveza de masuku a su marido.

La segunda historia.

Una noche mi padre volvió a casa oliendo a una mujer pescadora. Llevaba encima el olor de ella y la madera de un tablero de bawo. Y la sangre de un hombre que no era mi padre. Había jugado una partida contra un binga, un maestro de bawo, y había perdido. El binga le había exigido sus ganancias y mi padre había agarrado el tablero de bawo y se lo había estampado en la frente al maestro. Nos contó que había estado en una posada lejana para poder beber, hacer cosquillas a las mujeres y jugar al bawo. Mi padre había seguido golpeando al hombre hasta que había dejado de moverse y luego se había marchado del bar. Pero noapestaba a sudor, ni a polvo, ni le olía el aliento a cerveza, nada. No había estado en un bar sino en el fumadero de opio de un monje.

De forma que mi padre llegó a casa y me gritó que viniera del granero en el que yo vivía, porque para entonces me tenía desterrado de la casa.

—Ven, hijo. Siéntate a jugar conmigo al bawo —me dijo.

El tablero estaba en el suelo y faltaban muchas bolas. Demasiadas para jugar una buena partida. Pero lo que mi padre quería era ganar, no jugar.

Seguro que conoces el bawo, chamán; si no, te lo tendré que explicar. El tablero tiene cuatro hileras de ocho agujeros y a cada jugador le corresponden dos hileras. Cada jugador tiene también treinta y dos semillas, pero nosotros teníamos menos, no me acuerdo de cuántas. Cada jugador pone seis semillas en el agujero del nyumba, pero mi padre puso ocho. Yo le habría dicho: Padre, ¿estás jugando al estilo del Sur, con ocho semillas en vez de seis? Pero mi padre nunca hablaba si te podía arrear un puñetazo, y me los había ganado

por menos. Cada vez que yo colocaba una semilla, él me decía: Captura las mías. Pero estaba ansioso por beber y pidió vino de palma. Mi madre le trajo agua y él la agarró del pelo, le dio dos bofetadas y le dijo: Tu piel se habrá olvidado de estas marcas para cuando se ponga el sol. Mi madre no quiso darle el placer de sus lágrimas, de forma que se marchó y volvió con el vino. Lo olí por si tenía veneno, y en caso de tenerlo, no habría dicho nada, pero mientras él estaba ocupado pegando a mi madre por usar brujería para envejecer más despacio o bien para que él envejeciera más deprisa, perdió la partida. Sembré mis semillas, dos en un agujero del final del tablero, y capturé las tuyas. A mi padre no le gustó.

—Has llevado la partida a la fase de mtaji —me dijo.

—No, estamos empezando —dije.

—¿Cómo te atreves a faltarme al respeto? Cuando me hables, llámame «padre» —ordenó.

No dije nada y lo bloqueé en el tablero.

No le quedaban semillas en la fila interior y no podía mover.

—Has hecho trampas —se quejó—. Tienes más de treinta y dos semillas en tu tablero.

—O estás borracho del vino —le dije— o no sabes contar. Has sembrado semillas y yo las he capturado. He sembrado semillas por toda mi fila y he construido un muro que no tienes semillas para romper.

Antes de que pudiera decir otra palabra me dio un puñetazo en la boca. Me caí del taburete y él blandió el tablero de bawo para pegarme igual que había pegado al binga. Pero mi padre estaba borracho y era lento, y yo había estado observando cómo los maestros de n'golo practicaban su arte marcial junto al río. Intentó golpearme con el tablero y las semillas salieron disparadas por los aires. Di tres volteretas hacia atrás como había visto que hacían ellos y me quedé agachado como un guepardo expectante. Mi padre me buscó con la mirada como si hubiera desaparecido.

—Sal, cobarde. Igual de cobarde que tu madre —dijo—. Por eso me da



tanto placer humillarla. Primero te pegaré una paliza a ti y después a ella por criarte, luego os dejaré una marca para que los dos os acordéis de que ha criado a un niño para que se acueste con hombres.

La furia es una nube que me vacía la mente y me deja el corazón negro. Me puse a dar saltos y a levantar las piernas en el aire, a levantarlas más con cada salto.

—Ahora se pone a brincar como un animal.

Mi padre se me echó encima pero yo ya no era un niño. Me abalancé sobre él en la choza, me tiré al suelo con las manos por delante, convertí mis manos en pies y me di la vuelta, giré el cuerpo entero como si fuera una rueda con las piernas en el aire, lo giré hacia él, le atenacé el cuello con los pies y lo derribé con fuerza. Su cabeza se estampó contra el suelo tan estrepitosamente que hasta mi madre, que estaba fuera, oyó el crujido. Entró corriendo y chillando.

—Aléjate de él, criatura. Nos has hundido a los dos en la ruina.

Yo la miré y escupí. Después me marché.

Esta historia tiene dos finales. En el primero, yo le atenazaba el cuello a mi padre con las piernas y se lo rompía cuando lo derribaba. Él se moría allí mismo en el suelo y mi madre me daba cinco cauris y un poco de sorgo envuelto en hoja de palma y me hacía marcharme. Yo le decía que no quería marcharme con nada que hubiera sido de mi padre, ni siquiera ropa.

En el segundo final, yo no le rompía el cuello pero aun así él aterrizaba con la cabeza, que se le partía y le sangraba. Se despertaba imbécil. Mi madre me daba cinco cauris y un poco de sorgo envuelto en una hoja de platanero y me decía: Vete bien lejos, tus tíos son peores que él.

Mi nombre era una de las posesiones de mi padre, de forma que lo dejé en la cerca de su casa. Él siempre llevaba túnicas de buena calidad, sedas de tierras que no había visto nunca, sandalias de hombres que le debían dinero, cualquier cosa que le hiciera olvidar que venía de una tribu del valle del río. Me fui de casa de mi padre rechazando todo lo que me recordara a él. Las

viejas costumbres me llamaron antes de que me marchara y quise quitarme hasta la última prenda. Quería oler a hombre, acre y apestoso, no al perfume de las mujeres de la ciudad y de los eunucos. Quería que la gente me mirara con el desprecio que se reserva a los moradores del pantano. Cuando entrara en la ciudad, o en la alcoba, lo haría de cabeza, como una bestia formidable. El león no necesita túnica, ni la cobra tampoco. Iría a Ku, de donde era mi padre, por mucho que no supiera el camino.

Me llamo Rastreador. Tenía nombre pero lo olvidé hace mucho.

La tercera historia.

La reina de un reino del Oeste me dijo que me pagaría bien si encontraba a su rey. Su corte la creía loca, porque el rey estaba muerto, se había ahogado cinco años atrás, pero a mí no me importaba encontrar a muertos. Cogí el adelanto de su paga y me marché adonde vivían los que habían perdido la vida ahogándose.

Caminé hasta que encontré una vieja sentada con un bastón largo a la orilla de un río. Tenía el pelo blanco en los lados de la cabeza y estaba calva por arriba. Las arrugas de su cara eran como caminos del bosque y sus dientes amarillos significaban que le olía mal el aliento. Las historias decían que se levantaba todas las mañanas joven y hermosa, que florecía plenamente a mediodía, que envejecía hasta ser una vieja arrugada al anochecer y que moría a medianoche para renacer en la hora siguiente. Su joroba era más alta que su cabeza, pero el centelleo de sus ojos indicaba que tenía la mente lúcida. Los peces llegaban nadando hasta su bastón pero nunca más allá.

—¿Por qué has venido a este lugar? —me preguntó.

—Porque por aquí se va a Monono —le dije.

—¿Por qué has venido a este lugar si estás vivo?

—La vida es amor y no me queda amor. Todo el amor se ha escapado de mí y ha corrido hasta un río como éste.

—No es amor lo que has perdido, sino sangre. Te dejaré pasar. Pero cuando me acuesto con un hombre, vivo setenta lunas sin morir.

De forma que me follé a la vieja. Se tumbó boca arriba en la orilla, con los pies en el río. No era más que huesos y cuero, pero me puse duro para ella y saqué todo mi vigor. Entre mis piernas nadaba algo que parecían peces. Me tocó el pecho con la mano y mis rayas de arcilla blanca ondearon alrededor de mi corazón. Me la follé con fuerza, nervioso por su silencio. En la oscuridad sentí que la estaba rejuveneciendo, aunque en realidad estaba cada vez más vieja. Las llamas se propagaron dentro de mí, se me extendieron hasta las yemas de los dedos y hasta la punta de la polla hundida en ella. El aire se congregó en torno al agua y el agua en torno al aire y solté un grito y salí de la vieja y lloví sobre su vientre, sobre sus brazos y sus pechos. Un estremecimiento me recorrió cinco veces. Seguía siendo una vieja, pero esto no me enfureció. Recogió mi lluvia de su pecho y la echó al río. Los peces dieron un salto y se volvieron a sumergir y a salir otra vez. Era una noche en que la oscuridad se comía la luna, pero los peces tenían una luz dentro. Los peces tenían cabeza, brazos y pechos de mujer.

—Síguelas —dijo ella.

Yo las seguí de día y de noche y nuevamente de día. A veces el río sólo me cubría hasta los tobillos. A veces me llegaba hasta el cuello. El agua me enjuagaba todo el blanco del cuerpo y sólo me lo dejaba en la cara. Las mujeres pez, los peces mujer me llevaron río abajo durante días y días y días hasta que llegamos a un sitio que no soy capaz de describir. Era o bien una muralla de río, que se erguía firme aunque yo podía traspasarla con la mano, o bien el río se había doblado hacia abajo y yo todavía podía caminar, tocando el suelo con los pies y con el cuerpo erguido sin caerme.

A veces para seguir avanzando hay que atravesar. De manera que atravesé. No me daba miedo.

No puedo decirte si dejé de respirar o si estaba respirando bajo el agua. Pero seguí andando. Los peces del río me rodeaban como si me estuvieran preguntando qué hacía allí. Seguí caminando y el agua que me rodeaba me ondulaba el cabello y me limpiaba los sobacos. Luego me encontré con algo

que no he visto nunca en ninguno de los reinos. Un castillo en mitad de un prado despejado y cubierto de hierba, hecho de piedra y con dos, tres, cuatro, cinco y seis pisos de alto. En cada esquina, una torre rematada con una cúpula también de piedra. En cada planta, ventanas abiertas en la piedra, y debajo de las ventanas, un suelo de barandillas de oro llamado la terraza. Y del edificio salía una galería que lo conectaba con otro edificio y otra galería que conectaba el segundo con otro edificio, hasta sumar cuatro castillos unidos en forma de cuadrado.

Ninguno de los castillos era tan enorme como el primero, y el último estaba en ruinas. No sé decirte en qué momento el agua desaparecía y dejaba paso a la piedra, la hierba y el cielo. Hasta donde me alcanzaba la vista se veían hileras rectas de árboles, jardines cuadrados y círculos de flores. Ni siquiera los dioses tenían un jardín así. Era pasado mediodía y el reino estaba vacío. Al anochecer, que vino pronto, las brisas cambiaron de dirección y los vientos me pasaron bruscamente al lado, como hombres gordos con prisas. Al anochecer, los hombres, las mujeres y las bestias aparecían y desaparecían de mi vista, surgiendo en las sombras, desvaneciéndose bajo los últimos rayos del sol, apareciendo de nuevo. Me senté en los escalones del castillo más grande y los miré mientras el sol huía de la oscuridad. Hombres caminando junto a mujeres, y niños que parecían hombres, y mujeres que parecían niñas, y niños amarillos con los ojos rojos y branquias en el cuello. Y criaturas con pelo de hierba, y caballos con seis patas, y manadas de abadas con patas de cebra, espalda de burro y cuernos de rinoceronte en la frente, corriendo con más niños.

Un niño amarillo se me acercó y me dijo:

—¿Cómo has llegado aquí?

—He venido por el río.

—¿Y la Itaki te ha dejado pasar?

—No sé quién es la Itaki, sólo he visto a una vieja que olía a musgo.

El niño amarillo se volvió rojo y los ojos se le pusieron blancos. Sus

padres vinieron y se lo llevaron. Me levanté y subí los escalones hasta adentrarme cinco o seis metros en el castillo, donde había más hombres, mujeres, niños y bestias riendo, hablando, charlando y cotilleando. Al final del pasillo había una pared llena de murales de guerras y estatuas de guerreros en bronce, y en uno de los murales reconocí la batalla de las Tierras Medias, donde habían muerto cuatro mil hombres, y en otra la batalla del Príncipe Medio Ciego, que había llevado a su ejército entero a despeñarse por un acantilado que había confundido con una colina. Al pie de la pared había un trono de bronce tan grande que hacía que el hombre que lo ocupaba pareciera un bebé.

—Ésa no es la mirada de un hombre que teme a Dios —me dijo.

Supe que era el rey, ¿quién más podía ser?

—He venido a llevarte de vuelta con los vivos —le dije.

—Incluso las Tierras de los Muertos han oído hablar de ti, Rastreador. Pero has desperdiciado tu tiempo y has arriesgado tu vida en balde. No veo razón alguna para regresar, ni para regresar yo ni para que regreses tú.

—Yo no tengo razón para nada. Simplemente encuentro lo que ha perdido la gente, y la reina te ha perdido a ti.

El rey se rio.

—Ahora estamos en Monono, tú eres la única alma viviente y sin embargo eres el hombre más muerto de esta corte —me dijo.

Inquisidor, me gustaría que la gente entendiera que yo no tenía tiempo para aquella discusión. Nunca peleo por nada y no hay nada por lo que quiera pelear, así que no me hagáis perder el tiempo empezando peleas. Si levantas el puño, te lo romperé. Si blandes la lengua, te la arrancaré de la boca.

No había guardias con el rey en la sala del trono, de manera que me acerqué a él y miré a la multitud que me estaba mirando a mí. El rey no estaba nervioso y tampoco tenía miedo, sólo una cara inexpresiva que decía: Éstas son las cosas que te han de pasar. Cuatro escalones llevaban a la tarima donde estaba su trono. A sus pies descansaban dos leones, que todavía no sé

si eran de carne, de espíritu o de piedra. Tenía la cara redonda, con una sotabarba debajo del mentón, ojos grandes y negros, nariz chata con dos aros y la boca fina, como si tuviera sangre del Este. Llevaba una corona dorada sobre un pañuelo blanco que le escondía el pelo, una capa blanca con pájaros plateados y una pechera violeta sobre la capa, que también tenía adornos dorados. Podría haberlo levantado en vilo con el meñique.

Me dirigí hasta su trono. Los leones no se movieron. Toqué el brazo de latón del trono, tallado en forma de zarpa enhiesta de león, y un trueno retumbó encima de mí, poderoso y lento, emitiendo un sonido negro y dejando un olor a podrido en el aire. En el techo no había nada. Todavía estaba mirando cuando el rey me clavó una daga en la palma de la mano con tanta fuerza que se hundió en el brazo del trono y se quedó allí encajada.

Grité; él se rio y volvió a acomodarse en su asiento.

—Puede que pienses que el inframundo honra su promesa de ser la tierra libre de dolor y de sufrimiento, pero es una promesa que se hace a los muertos —me dijo.

Nadie más se rio con él, pero todos miraron.

El rey me miró con recelo y se acarició el mentón, mientras yo agarraba la daga y me la desclavaba y el tirón me hacía soltar un grito. El rey dio un respingo cuando lo agarré, pero lo que hice fue clavarle la daga en el faldón de la capa y arrancar un pedazo. Se rio mientras yo me vendaba la mano. Le di un puñetazo en toda la cara y sólo entonces murmuró la multitud. Oí que se me acercaban unos pasos letales y me di la vuelta. La multitud se detuvo. No, algo los había refrenado. No había nada en sus caras, ni rabia ni miedo. Y luego la multitud retrocedió de un salto, todos a una, mirando al rey, que acababa de ponerse de pie detrás de mí, con la zarpa ensangrentada del león en la mano. El rey lanzó la zarpa al aire, hasta el mismo techo, y la multitud soltó: Ooooh. La zarpa no volvió a caer. Algunos de los que estaban al fondo echaron a correr. Unos gritaron y otros vociferaron. Los hombres pisotearon a las mujeres y las mujeres pisotearon a los niños. El rey seguía riendo. Luego



se oyó un crujido, seguido de un desgarrón, seguido de un ruido de algo partiéndose, como si los dioses del cielo estuvieran rasgando el techo por la mitad. Omoluzus, dijo alguien.

Omoluzus. Rondadores de los techos, demonios nocturnos de una era anterior a la nuestra.

—Han probado tu sangre, Rastreador. Los omoluzus nunca dejarán de perseguirte.

Le agarré la mano y se la rajé. Soltó un chillido como si fuera una moza de las tribus del río mientras el techo empezaba a moverse, haciendo un ruido como si estuviera resquebrajándose y partiéndose y susurrando, pero todavía inmóvil. Sostuve la mano del rey encima de la mía para recoger su sangre mientras él daba bofetadas y puñetazos como un niño, intentando apartarse. La primera silueta surgió del techo cuando tiré al aire la sangre del rey.

—Ahora nuestros destinos se han mezclado —le dije.

La sonrisa se le esfumó y se le abrió la boca y puso los ojos como platos. Lo arrastré escaleras abajo mientras el techo retumbaba y se agrietaba. Una serie de hombres de cuerpo negro, de caras negras, con negro en lugar de ojos, emergieron del techo como si estuvieran asomando de agujeros. Y cuando salieron del todo, se quedaron de pie en el techo igual que nosotros estamos de pie en el suelo. Los omoluzus sacaron unos cuchillos de luz, afilados como espadas y humeantes como el carbón en llamas. El rey echó a correr chillando y dejando atrás su espada.

Y atacaron. Corrí, y los oía brincar por el techo. Uno dio un salto pero no cayó al suelo, sino que volvió a aterrizar en el techo, como si fuera yo el que estaba al revés. Intenté correr hacia el patio pero dos de ellos me adelantaron. Bajaron de un salto y blandieron sus espadas. Paré las estocadas de ambos con mi lanza, pero la fuerza del golpe me derribó. Uno se me acercó haciendo malabarismos con la espada. Me aparté a la izquierda, esquivando su arma, y le hundí la lanza en el pecho. La lanza lo atravesó despacio, como si estuviera pinchando alquitrán. Él se apartó de un salto, con mi lanza clavada. Agarré la

espada del rey. Entre dos me cogieron los tobillos desde atrás y se me llevaron en volandas hasta el techo, donde la nebrura se arremolinaba como el mar de noche. Golpeé el negro con mi espada, les corté las extremidades y aterricé en el suelo como un gato. Otro intentó agarrarme la mano, pero yo lo agarré y tiré de él hasta el suelo, donde se disipó como el humo. Otro se me acercó por el costado y lo esquivé, pero su espada me dio en la oreja y me la quemó. Me giré, golpeé su espada con la mía y brotaron chispas en la oscuridad. Se estremeció. Mis manos y pies se movían como los de un maestro n'golo. Rodé y di volteretas, sobre las manos y los pies y las manos, hasta que encontré mi lanza, cerca de las cámaras exteriores. Había muchas antorchas encendidas. Corrí hasta la primera y empapé mi lanza con el aceite y las llamas. Tenía justo encima a dos omoluzus. Los oí preparar sus espadas para cortarme en dos. Pero di un salto con la lanza en llamas y los ensarté a ambos. Los dos se inflamaron y las llamas se propagaron al techo. Los omoluzus se dispersaron.

Crucé corriendo la cámara exterior, me alejé por el pasillo y salí por la puerta. Fuera la luna brillaba débilmente, como a través de un cristal empañado. El pequeño rey gordito ni siquiera corría ya.

—Los omoluzus aparecen donde hay techo. No pueden caminar a cielo abierto —me dijo.

—Cómo le va a encantar esta historia a tu mujer.

—¿Tú qué sabes del amor que nadie siente por nadie?

—Vámonos.

Lo arrastré conmigo, pero había otro pasadizo de unos cincuenta pasos de longitud. Después de dar cinco pasos, el techo empezó a desgarrarse. Diez pasos y los omoluzus estaban corriendo por el techo tan deprisa como nosotros por el suelo, y el pequeño rey gordito se estaba quedando rezagado. Quince pasos y me agaché para esquivar una espada que iba directa a mi cabeza y que derribó la corona del rey. Después de quince pasos perdí la cuenta. En mitad del pasadizo agarré una antorcha y la lancé hacia el techo.

Uno de los omoluzus estalló en llamas y cayó, pero se deshizo en humo antes de llegar al suelo. Echamos a correr de nuevo. La cancela, rematada con un arco de piedra que no era lo bastante ancho como para que aparecieran los omoluzus, todavía nos quedaba lejos. Pero mientras pasábamos corriendo por debajo, dos de ellos bajaron de un salto del techo y uno me hizo un corte en la espalda. En algún punto mientras corríamos hacia el río y cruzábamos la muralla de agua perdí tanto las heridas como el recuerdo de dónde estaban. Me las busqué, pero no tenía ni una marca en la piel.

Quédate con esto: el viaje de vuelta a su reino fue mucho más largo que el viaje a las Tierras de los Muertos. Pasaron días antes de que nos encontráramos con la Itaki en la orilla del río, pero ya no era una vieja, sólo una niña que jugaba a dar brincos en el agua y que se me quedó mirando con la picardía propia de una mujer que le cuadruplicara la edad. Cuando la reina recibió a su rey, se peleó con él y lo insultó y le dio tal paliza que supe que era una simple cuestión de días que volviera a buscar la muerte ahogándose.

Sé lo que acaba de pasarte por la cabeza. Y todas las historias son ciertas. Tenemos encima un techo.

## DOS

Cuando me fui de casa de mi padre, una voz, quizá de demonio, me dijo que corriera. Entre casas, posadas y hostales para viajeros cansados, dejando atrás muros de barro y de piedra tan altos como tres hombres. Las calles me llevaron a callejones y los callejones a música, bebida y peleas, que a su vez llevaban a más música, bebida y peleas. Las vendedoras estaban cerrando sus tiendas y recogiendo sus tenderetes. Pasaban hombres cogidos del brazo de otros hombres, pasaban mujeres con cestos sobre la cabeza, había ancianos sentados frente a sus casas, pasando la noche igual que pasaban el día. Me topé con un hombre pero no soltó ninguna palabrota, sino que me dedicó una sonrisa de dientes dorados de oreja a oreja. Eres guapo como una chica, me dijo. Me escapé por el acueducto, intentando encontrar la puerta del este, que llevaba al bosque.

Jinetes a plena luz del día con túnicas rojas ondeantes, armaduras negras y coronas doradas rematadas con plumas cabalgaban caballos engalanados del mismo color rojo. Al llegar a las puertas vi que siete jinetes se acercaban bajo un viento lobuno. Terminada su jornada de trifulcas, sus caballos me pasaron al lado al galope, dejando una nube de polvo. Luego los centinelas empezaron a cerrar la puerta y corrí hacia el Puente Cuyo Nombre Ni Siquiera los Viejos Conocen. Nadie se fijó en mí.

Atravesé unos campos abiertos que se extendían como el mar de arena. Aquella noche crucé un pueblo muerto de muros desplomados. El recinto vacío en el que dormí tenía una sola ventana y ninguna puerta. Detrás había un montículo hecho de los escombros de muchas casas. No había comida y el

agua de las jarras tenía un sabor rancio. Me quedé dormido en el suelo, oyendo el desplomarse de los muros de adobe por el pueblo.

¿Y mi ojo? ¿Qué decir de él?

Oh, si fuera una boca, qué historias te contaría, inquisidor. La primera vez que lo viste parpadear se te abrieron los labios. Escribe lo que veas, da igual que sea brujería o magia blanca, mi ojo será lo que te parezca. No tengo expresión. No tengo mirada. Mi cara es una frente ancha y redonda, igual que el resto de mi cabeza. Unas cejas tan prominentes que les hacen sombra a los ojos. Mi nariz, la ladera de una montaña. Cuando me froto los labios con polvo rojo o amarillo, me los noto tan gruesos como el dedo. Tengo un ojo que es mío y otro que no. Las orejas me las perforé yo mismo, acordándome de que mi padre llevaba turbante para esconder las suyas. Pero no tengo mirada. Eso es lo que la gente ve.

Diez días después de marcharme de casa de mi padre llegué a un valle todavía húmedo de la lluvia que había caído hacía una luna. Árboles de hojas más oscuras que mi piel. Un suelo que te sostenía durante diez pasos para tragársete al siguiente. Madrigueras de reptiles, cobras y víboras. Fui un tonto. Pensé que las viejas costumbres se aprendían a base de olvidar las nuevas. Mientras cruzaba el monte me dije a mí mismo que, aunque todos los ruidos eran nuevos, ninguno daba miedo. Que el árbol no estaba revelando el sitio donde yo intentaba esconderme. Que el calor que notaba debajo del cuello no era fiebre. Que las lianas no estaban intentando echárseme al cuello y estrangularme hasta matarme. Y el hambre, y lo que pasaba por hambre... Un dolor que me golpeaba la panza desde dentro hasta que se cansaba de golpear. Buscar bayas, buscar corteza de árbol joven, buscar monos y buscar lo que comen los monos. Más locura. Intenté comer tierra. Intenté seguir a serpientes que seguían a ratas por la maleza. Noté que algo grande me seguía a mí. Trepé a una roca y las hojas mojadas me golpearon la cara.

Me desperté en una choza, fría como el río. Dentro ardía un fuego, pero el calor estaba en mi interior.

—El hipopótamo es invisible en el agua —dijo una voz.

O bien la choza estaba a oscuras o bien yo estaba ciego; no sabía cuál de las dos cosas.

—*Ye wahren wupsi yeng ve.* ¿Por qué no has hecho caso de la advertencia? —me preguntó la voz.

La choza seguía sumida en sombras, pero mi ojo ya veía un poco más.

—La víbora no tiene nada en contra de nadie, ni siquiera de los chicos tontos. La peligrosa de verdad es Oba Olushere, la serpiente tranquila y gentil.

Mi olfato me llevó al bosque. No vi ninguna víbora. Dos noches antes, al encontrarme temblando debajo del árbol llorón, el brujo había estado tan convencido de que me estaba muriendo que había cavado un hoyo. Pero luego me pasé la noche tosiendo esputos verdes. Y allí estaba ahora, tumbado en el jergón de una choza que olía a violetas, monte muerto y mierda quemada.

—Contesta con el corazón —me dijo—. ¿Qué estás haciendo en las profundidades del monte?

Quise decirle que había ido en busca de mí mismo, pero aquéllas eran las palabras de un idiota. O algo que diría mi padre, pero por entonces yo todavía pensaba que había un yo que perder, no sabía que uno nunca llega a ser dueño de su yo. Pero todo esto ya lo había dicho antes. De manera que no añadí nada y confié en que mis ojos pudieran hablar. Incluso a oscuras me di cuenta de que el brujo me estaba mirando fijamente. A mí y a mis ideas descabelladas sobre el monte, donde yo creía que los hombres corrían con leones y comían los frutos de la tierra y cagaban junto al árbol y no conocían el arte. Por fin salió del rincón a oscuras y me abofeteó.

—La única forma de entrar en tu cabeza es abrirla y mirar dentro, o bien que me digas lo que hay en ella.



—Pensaba...

—Piensas que las tribus del monte y del río gruñimos y ladramos como perros. Que no nos limpiamos el culo al cagar. O que quizá nos lo frotamos contra la piel. Te estoy hablando como hombre.

Inquisidor, tú eres un hombre que recoge palabras. Recoge las mías. Tienes versos para la fresca mañana, versos para el mediodía de los muertos y versos para la guerra. Pero el sol poniente no necesita tus versos y el guepardo que corre tampoco.

Aquel sabio no vivía en la aldea, sino cerca del río. Tenía el pelo blanco de ceniza y de crema de leche. La única vez que yo había visto desvestirse a mi padre, le había vislumbrado en la espalda un círculo de cicatrices en forma de puntos, como estrellas. Aquel hombre tenía un círculo de estrellas en el pecho. Vivía él solo en la choza que se había fabricado usando ramas silvestres para las paredes y matas para el techo. Había frotado las paredes con polvo de piedra negra hasta dejarlas relucientes y luego había trazado en ellas dibujos y pinturas, una de las cuales mostraba a una criatura blanca de brazos y piernas tan largos como árboles. Yo nunca había visto nada parecido.

—Y está bien que así sea, porque no habrías vivido para contármelo —me dijo.

Caí dormido, me desperté, volví a quedarme dormido, me desperté y vi a una pitón blanca enorme enrollándose en un tronco; me desperté y vi a la serpiente fundirse con los colores de la pared. Llegó la luz del sol, iluminó las paredes y vi que estábamos en una cueva. Las paredes tenían forma de cera de velas derritiéndose sobre cera de velas. En la penumbra, varias partes de la cueva parecían una cara que gritaba, o una pata de elefante, o una raja de jovencita.

La pared, cuando me froté la cara en ella, me pareció de piel de un tubérculo. La entrada cercana estaba difuminada por los matorrales que asomaban como mechones sueltos. Me puse de pie y esta vez no me caí. Me

tambaleé como si estuviera hasta las cejas de vino de palma, pero conseguí salir. Fui dando tumbos hasta apoyarme en la roca para mantener el equilibrio, pero aquello no era roca. No se parecía en nada a la piedra. Corteza de árbol. Pero era demasiado ancha, demasiado grande. Miré tan arriba como pude y me alejé tanto como pude. No sólo había sol todavía detrás de las ramas y las hojas, sino que aquel tronco no tenía fin. Para cuando conseguí dar una vuelta completa a su alrededor ya me había olvidado de dónde empezaba. Sólo tenía ramas en la parte alta, cortas como dedos de bebé y extendidas como una maraña de ramitas y hojas. Unas hojas pequeñas, del grosor de la piel, y unos frutos del tamaño de una cabeza. Oí unos piecitos que correteaban de rama en rama: un babuino y su cría.

—Esta hembra de baobab era la más linda de la sabana —dijo el brujo detrás de mí—. Antes del segundo amanecer de los dioses. Pero mira qué cosa: la baobab se sabía guapa. Y exigió a todos los artífices de canciones que cantaran su belleza. Ella y su hermana eran más bellas que los dioses, más incluso que Bikili-Lilis, cuyo cabello se convirtió en los cien vientos. Y esto es lo que sucedió. Los dioses dieron a luz a la furia. Bajaron a la tierra, arrancaron hasta el último baobab y los hundieron todos de vuelta en el suelo, con la copa por delante. Las raíces tardaron quinientas eras en echar hojas y quinientas más en producir flores y frutos.

Durante una luna, todos los habitantes de la aldea visitaron el baobab. Vi cómo lo contemplaban escondidos detrás de las ramas y los árboles. Una vez vinieron tres de los hombres más fuertes de la aldea. Eran altos, de espaldas anchas, musculados allí donde los gordos tenían panzas y con piernas de toro. El primero iba pintado de los pies a la cabeza con ceniza, blanca como la luna. El segundo marcaba su cuerpo con rayas blancas como una cebra. El tercero no tenía más color que su piel oscura y suntuosa. Llevaban collares y cadenas en torno a unas cinturas que no necesitaban más adornos. Yo no sabía a qué habían venido, pero sabía que estaba dispuesto a dárselo.

—Te hemos observado muchas veces en el monte —dijo el hombre a

rayas—. Trepas a los árboles y cazas. No tienes pericia ni arte, pero quizá los dioses te estén empujando. ¿Qué edad tienes en lunas?

—Mi padre nunca contaba lunas.

—Este árbol se tragó a seis vírgenes. Se las tragó enteras. De noche se las oye gritar, pero lo que sale es un susurro. Parece el viento.

Se me quedó mirando un momento largo y luego se rieron.

—Vas a venir con nosotros al rito zareba de mayoría de edad —dijo el rayado.

Y señaló al que brillaba como la luna.

—Justo antes de las lluvias, una serpiente mató a su pareja. Así que lo vas a acompañar tú.

No mencioné que a mí me habían salvado de la picadura de la serpiente.

—Nos reuniremos al empezar el año. Deberías conocer la vida de los guerreros, no la de los putos —dijo el que brillaba como la luna.

Asentí con la cabeza. Me miró más rato que los demás. Alguien le había grabado una estrella en el pecho. Llevaba un aro en cada oreja, que vi que se había perforado él mismo. Era por lo menos una cabeza más alto que los otros, pero hasta aquel momento no me había dado cuenta. Además, aquellos hombres dejarían de ser muchachos en Juba.

—Irás conmigo —le oí decir, aunque no le oí decirlo.

En los zarebas, los ritos de mayoría de edad, no había mujeres. Aun así, necesitabas saber para qué les servían a los hombres. El zareba está en tu mente; el zareba es un viaje por el monte del alba al mediodía. Llegas al palacio de los héroes, que tiene paredes de arcilla y techo de paja. Y palos, y espacios para pelear. Los chicos van allí para aprender de los luchadores más fuertes de todas las aldeas y de todas las montañas. Te cubres de ceniza y así por la noche tienes pinta de venir de la luna. Comes gachas de sorgo. Matas al niño que eres para convertirte en el hombre que eres, pero todo se tiene que aprender. Le pregunté al muchacho que brillaba como la luna cómo se aprende de las mujeres cuando no hay mujeres de las que aprender.

¿Quieres oír más, inquisidor?

Una mañana capté un olor familiar siguiéndome al río. Era un niño que pensaba que yo era el hijo de su tío. Yo estaba pescando. El niño se acercó a la orilla y me saludó como si me conociera, hasta que vio que no me conocía. No dije nada. Su madre le debía de haber hablado del Abarra, el demonio que viene a ti con la apariencia de alguien a quien conoces, provisto de todo menos de lengua. El crío no echó a correr, sino que se alejó caminando despacio de la orilla y fue a sentarse en una roca. Mirándome. No aparentaba más de ocho o nueve años y tenía una raya de arcilla blanca que le iba de oreja a oreja y por encima de la nariz, y manchas blancas como de leopardo por todo el pecho. Yo era un chaval de ciudad y no se me daba bien pescar. Me limitaba a sumergir las manos en el agua y esperar. Los peces me llegaban a las manos, pero se escabullían cada vez que intentaba agarrarlos. Esperé bajo la mirada del niño. Conseguí agarrar uno grande, pero empezó a sacudirse y me dio tal susto que tropecé y me caí al río. El niño se rio. Lo miré y me reí también, pero luego me llegó un olor del bosque, acercándose más y más. Lo olí —ocre, manteca de karité, hedor a sobaco, leche materna— y él lo olió también. Los dos supimos que el viento nos estaba trayendo a alguien, pero él además sabía a quién.

La mujer salió de entre los árboles como si acabara de escaparse de un salto. Una mujer más alta y mayor, con una cara ya llena de aristas y hosca, el pecho derecho todavía enhiesto. El izquierdo lo llevaba envuelto en un paño que le colgaba del hombro. En torno a la cabeza una banda, roja, verde y amarilla. Collares de todos los colores salvo el azul, amontonados unos encima de otros, como una montaña que le llegaba a los lóbulos mismos de las orejas. Una falda de piel de cabra con cauris por encima de una panza preñada. Miró al niño y señaló tras de sí. Luego me miró a mí y señaló en la misma dirección.

Una mañana de sol perezoso, el brujo me despertó de una bofetada y luego salió de la choza sin decir nada. Dejó en el suelo a mi lado una lanza, unas

sandalias y una tela para que me la pusiera de taparrabos. Me levanté deprisa y lo seguí. Río abajo apareció la aldea con sus chozas dispersas por un campo. Primero pasamos junto a unos montículos de hierba seca con las cúspides en forma de pezones. Luego pasamos entre chozas redondas de arcilla y tierra, de colores rojo y castaño y con techos de paja y matas. Hacia el centro de la aldea, las chozas eran más grandes. Redondas y formando un grupo de cinco o seis, de tal manera que parecían castillos, con muros que las unían entre sí y decían: Esto es todo para un solo hombre. Cuanto más grandes eran las chozas, más resplandecían sus muros, señal de que alguien se podía permitir frotarlas con polvo de piedra negra. Pero la mayoría de las chozas no eran grandes. Sólo un hombre que tuviera muchas vacas podía tener una choza para almacenar el grano y otra para cocinarlo.

El dueño de las chozas grandes era un hombre que tenía seis mujeres, veinte hijas y ni un solo hijo. Andaba buscando una séptima esposa que le diera finalmente un varón. Fue uno de los pocos que salieron de sus chozas para verme. Dos niños y una niña, desnudos y sin pintura, nos siguieron a mí y al brujo hasta que una mujer gritó algo en tono bronco y los tres se marcharon corriendo a una choza que teníamos detrás. Ahora estábamos en el centro de la aldea, delante del grupo de edificios de aquel hombre. Había dos mujeres extendiendo una capa nueva de arcilla por el costado de un granero. Tres chicos más o menos de mi edad estaban regresando de cacería con un bosbok muerto. No vi al que brillaba como la luna.

El regreso de los cazadores despertó a la aldea. Hombres y mujeres, niñas y niños, todos salieron para ver el fruto de la cacería, pero se detuvieron al verme a mí. El brujo dijo un nombre que yo no conocía. El hombre de las seis esposas salió y vino hasta mí. Era alto y tenía una panza grande. En la nuca llevaba un moño pintado con arcilla, gris y amarillo, y rematado con cinco plumas de avestruz. El moño porque era un hombre y cada pluma por una presa importante que había matado. Los pómulos surcados de arcilla amarilla y el pecho y los hombros cubiertos de cicatrices de victorias. Aquel hombre

había matado a muchos hombres y leones y a un elefante. Quizá incluso a un hipopótamo. Salieron dos de sus esposas, una de ellas era la mujer del río.

El brujo le dijo:

—Padre que hablas con el cocodrilo para que no se nos coma en la estación de las lluvias, óyeme. —Y le dijo al hombre algo que no entendí.

El hombre me miró de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies. Se me acercó más y me dijo:

—Hijo de Aboyami, hermano de Ayodele, este camino es tu camino, estos árboles son tus árboles, esta casa es tu casa, y yo soy tu querido tío.

Yo no conocía aquellos nombres. O quizá sólo fueran nombres de gente que no tenía nada que ver conmigo. En el monte, la familia no siempre era familia y los amigos no siempre eran amigos. Ni siquiera la esposa era siempre la esposa.

Me acompañó a la entrada y hasta el patio de dentro, donde había niños persiguiendo gallinas. Olían a arcilla y a polen y a toda la mierda de gallina que había por el suelo. La casa tenía seis edificaciones. Al otro lado de la ventana, dos de las esposas molían harina. De la cocina contigua al granero venía el olor dulzón de las gachas. Al lado de la cocina, una de las esposas se estaba lavando bajo el chorro de agua que salía de un agujero en la pared. Más allá había otra pared, larga y oscura, salpicada de unos pezones de arcilla. Luego un patio abierto bajo un techado de paja, con taburetes y alfombras, y, detrás, la pared más larga. El dormitorio de mi tío, que tenía una mariposa enorme encima de las esteras de dormir. Me vio mirar y me dijo que los círculos del centro eran pozos de agua fresca, lo cual significaba que se renovaban cada estación de lluvias, o cada vez que él obtenía agua del wiwi de una esposa nueva. Al lado de su aposento estaba la habitación que servía de almacén y para que durmieran los niños.

—Esta casa es tu casa y estas alfombras son tus alfombras. Pero esas mujeres son mías —dijo, y soltó una risita. Sonreí.

Nos sentamos en el patio abierto, yo en una alfombra y mi tío en una silla

tan echada hacia atrás que estaba más tumbado que sentado. La habían tallado en forma de curva para acomodar sus nalgas y tenía el respaldo reforzado con tres lamas labradas en forma de sendas hileras de huevos. Me acordé de cómo suspiraba mi padre cada vez que se frotaba la espalda contra una silla muy parecida. Un cabezal de cama curvado, como un enorme tocado de cuernos. La espalda enorme y las piernas gordezuelas le daban pinta de búfalo del monte. Mi tío allí tumbado, convertido en bestia poderosa.

—Tu silla... He visto una igual, querido tío —le dije.

Se enderezó. Parecía inquieto por el hecho de que existieran dos.

—¿La fabricó tu gente? —le pregunté.

—Los lobis, los maestros ebanistas de la ciudad, me aseguraron que sólo habían fabricado una. Pero la gente de la ciudad miente, es su naturaleza.

—¿Conoces las calles de la ciudad?

—He caminado por muchas.

—¿Y por qué volviste?

—¿Cómo sabes que dejé la aldea por la ciudad y no la ciudad por la aldea? No le pude contestar.

—¿Dónde has visto esta silla? —me preguntó.

—En mi casa.

Él asintió con la cabeza y se rio.

—La sangre se sigue portando como sangre, aunque esté separada por la arena —dijo, y me dio una palmada en el hombro—. Tráele a mi sangre vino de palma y tabaco —le gritó a una de sus mujeres.

Aquella gente se llamaba a sí misma y a su aldea Ku. Antaño habían controlado ambos lados del río. Luego sus enemigos, los gangatom, crecieron y se hicieron fuertes y se les unió mucha más gente y expulsaron a los ku al lado de poniente. Los hombres ku eran diestros con el arco y las flechas, expertos en llevar el ganado a campos nuevos, beber leche y dormir. A las

mujeres se les daba bien elegir hierba para techar chozas, revestir las paredes de arcilla o bosta de vaca, construir cercas para encerrar a las cabras y a los niños que perseguían a las cabras, traer agua, lavar los pellejos de la leche, ordeñar el ganado, alimentar a las criaturas, cocinar la sopa, lavar las calabazas y batir la mantequilla. Los hombres salían a los campos cercanos para sembrar y segar las cosechas. Abrían pozos. Una vez estuve a punto de caerme en un hoyo tan profundo que se oía a los viejos demonios, grandes como árboles, susurrar en sueños al fondo. El chico que brillaba como la luna me dijo que faltaba poco para cosechar el sorgo, para que las mujeres salieran a los campos con cestas y se llevaran la cosecha.

Un día vi a nueve hombres que volvían a la aldea, altos y relucientes algunos por la pintura nueva y otros por el ocre rojo y la manteca de karité, hombres que parecían haber nacido ya siendo guerreros.

Por las noches cantaban, bailaban y se peleaban, luego volvían a cantar y se ponían máscaras hembra que parecían de chimpancés pero Kava decía que estaban hechas a imagen de todos los parientes muertos, a fin de hablar con ellos en los árboles de los espíritus. Cantaban con máscaras hembra para romper la maldición de muchas lunas de mala caza. El tambor tañía un kekeke. Bambambam, lakalalakalaka bajo el viento.

La aldea se despertó con un olor nuevo que lo invadía todo. Hombres nuevos y mujeres nuevas, maduros hasta el punto de reventar. Los miré desde la casa del hombre que supuestamente era mi tío, mientras él contemplaba a sus mujeres y se rascaba la panza.

—Un chico me prometió que me llevaría a los ritos de mayoría de edad —le dije.

—¿Un chico te prometió el zareba? ¿Bajo la autoridad de quién?

—Bajo la suya —dije.

—Ah, ¿conque eso te ha dicho?



—Sí. Que voy a ser su nueva pareja porque la anterior se murió de una mordedura de serpiente. Y hablo vuestra lengua. Conozco vuestras costumbres, querido tío. Soy tu sangre. Estoy listo.

—¿Qué chaval te lo dijo?

Yo no sabía dónde vivía el chico. Mi tío se acarició el mentón y me miró.

—Naciste cuando te encontramos, y todavía no hace ni una luna. No tengas tanta prisa por morirte.

No le dije que yo ya era un hombre.

—Ya los has visto. Esos chavales que corren por ahí, más pequeños que los hombres que vuelven a la aldea.

—¿Qué chavales?

—Los chavales de punta roja, a los que les han extirpado la parte de mujer.

Yo no entendía de qué me estaba hablando, así que me llevó afuera. El cielo estaba gris y preñado de lluvia expectante. Pasaron corriendo dos chicos y él llamó al más alto, que tenía la cara roja, blanca y amarilla; el amarillo era una franja que le iba de la mitad de la cabeza hasta abajo del todo. Acuérdate de que mi tío era un hombre muy importante, que tenía más vacas que el jefe, y hasta tenía oro. El chico se acercó, reluciente de sudor.

—Estaba persiguiendo a un zorro —le dijo a mi tío.

Mi tío le hizo señas para que se acercara más. Se rio, diciendo que el chico sabía que tenía la marca del final de la infancia y que quería que la aldea lo supiera. El chico se estremeció cuando mi tío le agarró las pelotas y la polla como para sopesarlas. Mira, me dijo. La pintura casi ocultaba el hecho de que la piel había desaparecido, cortada, dejando la punta inflada y floreciente. En el inicio, todos nacemos de dos, me dijo. Tú eres tanto hombre como mujer, igual que la niña es tan mujer como hombre. Este chico va a ser hombre, ahora que el chamán le ha cortado la parte de mujer, dijo.

El chaval estaba completamente rígido, pero aun así intentó mostrarse orgulloso. Mi tío siguió hablando:

—Y a la chica hay que extirparle del neha al hombre que tiene en las entrañas, para que pueda convertirse en mujer. Igual que los primeros seres eran ambas cosas.

Le frotó la cabeza al chico, le dijo que se fuera y volvió adentro.

Había un grupo de hombres congregados sobre una roca. Altos, fuertes, negros y armados con lanzas relucientes. Los vi allí, muy quietos, hasta que el crepúsculo los convirtió en sombras. Mi tío se volvió hacia mí para hablarme casi en voz baja, como si me estuviera contando alguna noticia horrible en presencia de desconocidos.

—Cada sesenta veces que la tierra vuela en torno al sol, celebramos la muerte y el renacimiento. Los primeros nacidos eran gemelos, pero la vida no apareció hasta que el divino varón soltó su semilla en la tierra. Es por eso por lo que el hombre que también es mujer y la mujer que también es hombre son un peligro. Pero para ti ya es demasiado tarde. Te has hecho demasiado mayor y ahora serás al mismo tiempo hombre y mujer.

Se me quedó mirando hasta que sus palabras me entraron en la cabeza.

—¿Nunca seré hombre?

—Serás hombre. Pero hay otra cosa dentro de ti que te convertirá en otra persona. Como esos hombres itinerantes que les enseñan a nuestras esposas secretos de mujeres. Conocerás lo que ellos conocen. Por los dioses, quizá yazcas como yacen ellos.

—Querido tío, me causas una gran tristeza.

No le conté que la mujer ya estaba bullendo dentro de mí y que yo experimentaba sus deseos, aunque en otros sentidos no me sentía mujer porque quería cazar ciervos, correr y practicar deportes.

—Quiero que me corten ya —dije.

—Te debería haber cortado tu padre. Ahora ya es tarde. Demasiado tarde. Siempre estarás en la frontera entre ambas cosas. Siempre irás por dos caminos a la vez. Siempre sentirás la fuerza de uno y el dolor del otro.

Aquella noche no salió la luna, pero cuando el chico apareció frente a la

choza, resplandecía.

—Ven a ver lo que hacen los hombres y mujeres nuevos —me dijo.

—Tienes que decirme cómo te llamas —le pedí yo.

No me contestó.

Cruzamos el monte hasta el sitio donde los tambores les mandaban mensajes a los dioses del cielo y a los antepasados del subsuelo. El chico que brillaba como la luna caminaba deprisa y no me esperaba. Yo todavía iba con miedo de pisar una víbora. Desapareció a través de una densa espesura de hojas y yo me detuve, sin saber adónde tenía que ir, hasta que una mano blanca salió de la espesura, agarró la mía y tiró de ella para hacerme entrar.

Llegamos a un claro donde unos tañían tambores, otros entrechocaban palos y otros silbaban. Dos hombres se acercaron para dar inicio a la ceremonia y nosotros nos escondimos entre la vegetación.

—El bumbangi, el oficiante y proveedor de alimento. También ladrón. Míralo, con su máscara mweelu de plumas jóvenes y su pico gigante de cálao. Y el que está a su lado es el makala, maestro de hechizos y conjuros —dijo Kava.

Los hombres nuevos formaban una hilera, codo con codo. Todos llevaban unas faldas de tela fina que yo sólo le había visto a mi tío y también unos moños pintados con arcilla y decorados con plumas de avestruz y flores. Luego se pusieron a saltar, una y otra vez, más y más alto, tan alto que se quedaban suspendidos en el aire antes de caer de nuevo. Estampaban los pies contra el suelo tan fuerte que la tierra temblaba. Y seguían saltando y haciendo bodom, bodom, bodom, bodom. No había niños. Quizá estuvieran como el chico resplandeciente y yo, escondidos entre los árboles. Luego salieron al claro las mujeres nuevas. Dos mujeres caminaron hasta juntarse con los hombres y se pusieron a saltar con ellos, bodom, bodom, bodom. Hombres y mujeres saltando cada vez más cerca, más cerca, hasta que sus pieles se tocaron, hasta que sus pechos se tocaron, hasta que sus narices se tocaron. El chico que brillaba como la luna todavía me tenía cogido de la

mano. Yo le dejaba. Se fue uniendo más gente y el claro ya era una nube de polvo, de tanto saltar y estampar los pies contra el suelo, y ahora además había viejas danzando, entrando y saliendo del gentío, poseídas por el humo divino.

Las bumbangis cantaban sin parar:

*Hombres con pene,  
mujeres con vagina,  
como no os conocéis,  
no montéis casa todavía.*

El chico me llevó a una parte más fría y profunda del bosque. Los olí en cuanto él los oyó. Un hedor a sudor flotando y viajando por la brisa. La mujer estaba a horcajadas sobre el hombre, subiendo y bajando, subiendo y bajando. Parpadeé hasta adquirir visión nocturna. A la mujer le bailaban los pechos. Los dos hacían ruido. En la habitación de mi padre el único que hacía ruido era mi padre. Este hombre no se movía. En la habitación de mi padre el único que se movía era mi padre. Vi que aquella mujer hacía diez cosas por cada cosa que hacía el hombre. Daba brincos, se meneaba, susurraba, jadeaba, berreaba, gruñía, gritaba, se agarraba el pecho, se abría y se cerraba. El chico que brillaba como la luna me había puesto la mano entre las piernas y me estaba tirando del prepucio hacia arriba y hacia abajo al ritmo de los movimientos de la mujer. El espíritu me golpeó, me hizo soltar un chorro y un chillido. La mujer gritó y el hombre se levantó de un salto y la apartó de un empujón. Nos fuimos corriendo.

Mi padre contaba que se había marchado de su aldea natal porque un hombre sabio le había mostrado que estaba entre gente atrasada que nunca creaba nada, que no sabía ni cómo poner palabras sobre el papel y que sólo follaba para criar. Pero ahora mi querido tío me contó una historia distinta. Escucha al árbol donde vives ahora, porque tu sangre está en él. Escuché una rama tras otra y una hoja tras otra, y no oí nada de los padres ancestrales. La

noche siguiente oí la voz de mi abuelo fuera, confundiéndome con su hijo. Salí, contemplé las ramas altas y no vi nada más que oscuridad.

—¿Cuándo vas a vengarte del asesino de tu padre? Un sueño inquieto me gobierna, esperando que se haga justicia —me dijo, y añadió—: Ahora que Ayodele ha muerto, eres el hijo y hermano mayor. Eso mancilla el plan de los dioses y demanda venganza. Mi calor no se ha enfriado, mi débil hijo.

—No soy tu hijo —le dije.

—Tu hermano Ayodele, que es el mayor, está aquí conmigo y tampoco duerme bien. Estamos los dos esperando la dulce fragancia de la sangre enemiga —dijo el abuelo, sin entender todavía quién era yo.

—No me cuento entre tus hijos.

¿Tanto me parecía a mi padre? Antes de que a mí me saliera el pelo, mi padre ya lo tenía canoso, y yo nunca me había visto en él. Salvo en su testarudez.

—El lance está fresco.

—No tengo lance con el cocodrilo, no tengo lance con el hipopótamo y no lo tengo con ningún hombre.

—El hombre que mató a tu hermano también mató sus cabras —me dijo mi abuelo.

—Mi padre se marchó porque matar era la costumbre ancestral, la costumbre de la gente pequeña que adora a dioses pequeños.

—El hombre que mató a tu hermano sigue vivo —siguió mi abuelo—. Oh, qué grande fue la vergüenza cuando se marchó de la aldea aquel pariente tuyo. No diré su nombre. Oh, qué acto tan vergonzoso, ese hombre es más débil que un pájaro, más cobarde que una suricata. Fueron las vacas las que vinieron a avisarme. El día que entendió que yo no iba a descansar hasta que él se cobrara venganza, abandonó las vacas en el monte y huyó. Las vacas tuvieron que volver solas a la choza. Se ha olvidado de su nombre, se ha olvidado de su vida, de su gente, de la caza con arco y flecha, de proteger de las aves el campo de sorgo, de cuidar de los rebaños, de no acercarse al barro

que dejan las inundaciones porque es donde duermen los cocodrilos para estar frescos. Y tú..., ¿vas a ser tú el único muchacho en un centenar de lunas al que el cocodrilo odia?

—No soy tu hijo —le dije.

—¿Cuándo vas a vengar a tu hermano? —me preguntó.

Di la vuelta a la choza y me encontré a mi tío sirviéndose tabaco de un cuerno de antílope, como hacen los ricos en la ciudad. Yo quería saber por qué se había ido a la ciudad, igual que mi padre, y por qué había regresado, a diferencia de mi padre. Acababa de volver de una reunión con un chamán, que a su vez acababa de volver de leer el futuro en la desembocadura del río. No le pude leer en la cara si el chamán le había vaticinado más vacas, una esposa nueva, o bien que un dios mezquino le iba a mandar hambrunas y enfermedades. Lo olí en él, en el dagga que estaba mascando para obtener la segunda visión y que significaba que no se fiaba de las noticias que le traía el chamán y quería asegurarse en persona. Sonaba a la típica cosa que haría mi tío. Mi padre era un hombre inteligente, pero nunca había sido tan listo como mi tío. Se señaló la línea blanca que tenía en la frente.

—Polvo de corazón de león. El chamán lo mezcla con sangre menstrual de mujer y con corteza de caoba y lo mastica para predecir el futuro.

—¿Y tú lo llevas puesto?

—¿Qué elegirías tú, comerte el corazón del león o llevarlo puesto?

No contesté.

—El fantasma del abuelo es un espíritu loco —le dije—. No para de preguntarme una y otra vez cuándo voy a matar al asesino de mi hermano. No tengo ningún hermano. Y también cree que soy mi padre.

Mi tío se rio.

—Tu padre no es tu padre —me dijo.

—¿Qué?

—Eres el hijo de un valiente pero el nieto de un cobarde.

—Mi padre era igual de viejo y frágil que los ancianos.

—Tu padre es tu abuelo.

Mi tío no vio cómo me habían agitado sus palabras. El silencio se hizo tan denso que pude oír cómo la brisa agitaba las hojas.

—Cuando tenías muy pocos años, aunque aquí no contamos en años, la tribu Gangatom de la otra orilla del río mató a tu hermano. Justo después de que volviera del rito zareba de mayoría de edad. Durante una cacería por las tierras libres, que no son propiedad de tribu alguna, se encontró con un grupo de gangatom. Todo el mundo había acordado que nadie mataría a nadie en las tierras libres, y sin embargo lo despedazaron a hachazos. Tu padre verdadero, mi hermano, era el arquero más diestro de la aldea. Pero uno necesita conocer el nombre del hombre de quien se va a vengar, o bien corre el riesgo de atacar a un dios. Tu padre no quiso escuchar a nadie, ni siquiera a su padre. Dijo que la sangre que corría por sus venas, sangre de león, debía de venirle de su madre, que siempre estaba exigiendo venganza. Fueron los gritos de venganza de su madre lo que la expulsó de la casa de su marido. Dejó de pintarse la cara y nunca más se cepilló el pelo. Hay quien piensa que es absurdo vengar la muerte de un hijo con la muerte de otro hijo, pero había llegado la hora de los absurdos. Y vengó la muerte, pero también lo mataron a él. Tu padre cogió su arco y sus flechas. Apuntó al otro lado del río y juró matar a las seis primeras almas a las que viera. Antes de mediodía ya había matado a dos mujeres, tres hombres y una criatura, cada uno de una familia distinta. De pronto teníamos a seis familias enfrentadas a nosotros. Seis familias nuevas nos querían ver muertos. A tu padre lo mataron en las tierras libres, cuando un hombre que vivía allí se quejó de que las pieles que le había comprado se habían deshecho al cabo de dos lunas. Tu padre fue a atender la queja y a defender su buen nombre. Pero el hombre lo había traicionado hacía dos lunas a tres guerreros gangatom. Un chico apuntó con el arco, le disparó por la espalda y le ensartó el corazón. La historia de las pieles defectuosas venía de los gangatom, ya que aquel hombre no tenía la suficiente astucia

como para inventarse un engaño tan ingenioso. O eso me dijo antes de que yo lo degollara.

Y esto también me lo contó mi tío. Mi abuelo se cansó de matar y se nos llevó a mi madre y a mí de la aldea. Fue él quien abandonó las vacas. Y es por eso por lo que ya en mi infancia mi padre era viejo, viejo como los ancianos de aquí, con sus espaldas jorobadas. De tanto huir se había quedado flaco, en los huesos. Siempre parecía a punto de escaparse. Me dieron ganas de ir corriendo de mi tío a mi padre. A mi abuelo. Ahora mismo el suelo no era el suelo, y el cielo no era el cielo, y las mentiras eran la verdad y la verdad era una cosa movediza y resbaladiza. La verdad me estaba poniendo enfermo.

Yo sabía que mi tío tenía más cosas que decirme; cosas que devolverían el sentido a mi cabeza, porque yo había enloquecido y ya no me podía creer ni a mis antepasados. O quizá me lo creía todo. Me creía que un viejo no era mi padre y que una mujer más joven sí era mi madre. O quizá no fuera mi madre. Dormían en la misma habitación y en la misma cama y él se subía encima de ella como hacen los maridos; yo lo había visto. Quizá mi casa no fuera mi casa, y quizá mi mundo no fuera el mundo.

El espíritu que me hablaba desde las ramas superiores de aquel árbol era mi padre. Y me decía que matara por mi hermano. Y la aldea estaba al corriente. Los vecinos venían a casa de mi tío a preguntar. Las viejas mandaban a los niños con el mensaje: ¿Cuándo vas a vengar a tu hermano? Los demás chavales me lo preguntaban mientras me enseñaban a pescar: ¿Cuándo vas a vengar a tu hermano? Cada vez que alguien la formulaba, la pregunta cobraba vida nueva. Después de muchos años de no querer parecerme a mi padre, ahora quería ser él. Con la diferencia de que él era mi abuelo. Yo quería ser mi abuelo. La necesidad de venganza había vuelto loca a mi abuela.

—¿Dónde vive? —le pregunté a mi tío.

—En una casa que construyeron unos pájaros muy grandes y después la



abandonaron —me dijo—. A medio día de esta aldea si sigues el margen del río.

Me senté detrás del granero.

Pasé días allí.

Sin hablar con nadie.

Mi tío sabía que lo mejor era dejarme en paz. Yo pensaba en mi abuelo y en mi tío y trataba de imaginarme el aspecto de mi padre. Pero aquello nunca funcionaba, y me dejaba con la imagen de mi abuelo y mi madre, los dos desnudos pero sin tocarse. ¿Qué hace el portador con la cosa que no puede sostener? ¿Tirlarla? ¿Dejar que lo aplaste? Para los demás, yo era un loco. Era un animal capaz de matar a cualquiera que me hablara de padres y de abuelos. Odiaba todavía más a mi padre. A mi abuelo. Cuántas lunas llevaba diciéndome que no necesitaba a mi padre. Habíamos llegado a los golpes y los puñetazos, mi padre y yo. Y ahora que no tenía padre, lo quería. Ahora que sabía que, si me hubiera dado una hermana, habría sido mi tía, me vinieron ganas de matarlo. Y a mi madre. La rabia, quizá la rabia me animaría, me haría levantarme y caminar, y sin embargo allí estaba yo, todavía detrás del granero. Todavía sin moverme. Las lágrimas llegaron y se fueron sin ser yo consciente, y cuando lo fui, me negué a aceptarlo.

—Me cago en los dioses, ahora tengo la sensación de que puedo brincar por el aire —dije en voz alta.

La sangre era una restricción; la familia, unas ataduras. Me dije a mí mismo que era libre. Y me lo seguí diciendo todo el día y toda la noche durante tres días enteros.

Nunca fui en busca de mi abuela. ¿Qué habría hecho, salvo contarme más cosas que yo no quería oír? Cosas que me ayudarían a entender el pasado pero me traerían más lágrimas y más dolor. Y el dolor me estaba haciendo enfermar. Acudí al muchacho que estaba encendiendo un fuego delante de su

choza. No le pregunté por qué en su choza, en su granero y en sus fogatas faltaba la compañía de mujeres. Para ser un chico que todavía no era un hombre, se estaba criando a sí mismo.

—Te llevaré al zareba y ganarás la hombría. Pero tienes que matar al enemigo antes de la próxima luna o te mataré yo a ti —me dijo.

—En mi cabeza te llamo el chico que brilla como la luna —le dije.

—¿Por qué?

—Porque la primera vez que te vi tenías la piel de color blanco oscuro, como la luna.

—Mi madre me llama Kava.

—¿Dónde está? ¿Dónde están tu padre, tu hermana, tus hermanos?

—El mal de la noche, todos muertos. Mi hermana fue la última.

—¿Cuándo?

—El sol ha dado la vuelta a este mundo cuatro veces desde entonces.

—Me pone enfermo hablar de padres. Y de madres. Y de abuelos. De toda la sangre.

—Enfría tu rabia, como yo.

—Ojalá la sangre ardiera.

—Enfría esa rabia.

—Los tenía y los perdí y lo que tengo ahora es una mentira, pero la verdad es peor. Me dejaron la cabeza en llamas.

—Vas a venir conmigo al zareba.

—Mi tío dice que no puedo ir al zareba.

—O sea que todavía haces caso de tu sangre.

—Mi tío dice que no soy un hombre. Que no me extirparon la mujer que tengo en la punta de esto.

—Pues retírate la piel.

La parte de detrás de su choza no quedaba lejos del río. Bajamos a la orilla. Llevaba una jícara en la mano. Recogió agua con la mano, la vertió en la jícara y me hizo una señal. Me quedé quieto y él cogió un poco de arcilla

blanca y húmeda y me pintó la cara. Me marcó el cuello, el pecho, las piernas, las pantorrillas y las nalgas. Luego mojó la mano en el agua y me marcó la piel con unas líneas como de serpiente que me hicieron cosquillas. Me reí, pero él era de piedra. Me trazó líneas en la espalda y por las piernas. Me agarró el prepucio y tiró de él y preguntó qué íbamos a hacer con aquel pellejo arrugado. Se dijeron palabras entre los árboles, pero yo las ignoré.

—Ojalá tuviera un enemigo al que matar para vengar a mis padres —dijo Kava—. Pero ¿qué hombre ha nacido que haya matado al aire?

## TRES

Éstas son las cosas que vi.

Tres días y cuatro noches en casa de Kava. Mi tío no protestó. Él era el hombre de la casa de día y de noche, y creía que yo miraba a sus mujeres con la misma boca abierta y la misma lengua suelta con que ellas me miraban a mí. La verdad era que la casa de mi tío era lo bastante grande como para que pasáramos un cuarto de luna sin vernos. Pero yo me oía lo que él estaba escondiendo de sus mujeres: alfombras caras de la ciudad debajo de las baratas, pieles preciosas de grandes felinos debajo de las pieles baratas de cebras, monedas de oro y fetiches dentro de bolsos que apestaban al animal con cuya piel habían sido fabricados. La codicia le hacía encogerse tanto sobre sí mismo que parecía pequeño incluso con su panza enorme.

La choza de Kava, en cambio...

Tenía pieles y telas tiradas por el suelo que al recogerlas resultaban ser prendas de ropa. Una jícara con polvo de piedra negra para sacar brillo a las paredes. Jarras de agua, jarras para batir mantequilla y un cuchillo para desangrar a las vacas. Era una casa todavía gobernada por una madre. Nunca le pregunté si tenía a sus padres enterrados bajo sus pies, o si quizá su padre lo había dejado con su madre para que aprendiera tareas de mujeres, porque nunca salía a cazar.

Yo no quería volver a casa de mi tío, y tampoco quería hablar con las voces de los árboles, que nunca me daban nada y ahora encima me exigían algo. De forma que me quedé en la choza de Kava.

—¿Cómo puedes vivir solo?

—Chico, pregunta lo que quieres preguntar.

—Me cago en los dioses, pues dime lo que quiero saber.

—Quieres saber por qué vivo tan bien sin padres. Por qué los dioses sonrían sobre mi choza.

—No.

—El mismo aliento que te trae noticias de tu padre te dice que está muerto. No puedo...

—Pues no lo hagas —le dije.

—Y tu abuelo es un padre de mentiras.

—¿Y?

—Pues como todos los padres —dijo, y se rio. Y añadió—: Los patriarcas de aquí dicen y cantan con sus bocas embusteras que un hombre no es más que su sangre. Los patriarcas son estúpidos y sus creencias son viejas. Prueba una creencia nueva. Yo pruebo una nueva cada día.

—¿Qué quieres decir?

—Si te quedas con tu familia, la sangre te traicionará. A mí no me busca ningún gangatom. Pero te envidio.

—Me cago en los dioses, ¿cómo puedes envidiarme?

—Pues porque conocer a la familia cuando ya no la tienes es mejor que verlos marcharse.

Se giró hacia el rincón a oscuras de su choza.

—¿Cómo conoces las tareas de la mujer y del hombre? —le pregunté.

Se rio.

—De ver a los hombres y mujeres nuevos en el monte. Los luala luala, la gente que vive al norte de los gangatom, tienen a hombres que viven haciendo de esposas de otros hombres, y a mujeres que viven haciendo de esposas de otras mujeres, y a hombres y mujeres que no tienen hombres ni mujeres, que viven como les parece, y nada de eso es extraño —dijo.

No le pregunté cómo sabía todo aquello si todavía no era un hombre. Por la mañana fuimos a las rocas del río y nos pintamos lo que el sudor había borrado por la noche. Por la noche lo conocí y él me conoció a mí, cuando se

quiso ir a dormir, y cada vez que respiraba, su barriga me tocaba la espalda. O bien teníamos las caras pegadas y él me metía la mano en la entrepierna para cogerme las pelotas. Forcejamos y nos caímos al suelo y nos agarramos y tiramos el uno del otro hasta que una centella nos golpeó a los dos por dentro.

Tú eres un hombre que conoces los placeres, inquisidor, aunque parezcas egoísta con los tuyos. ¿Sabes qué sensación produce, no en el cuerpo sino en el corazón, cuando haces que a un hombre le caiga una centella? O a una mujer, porque también lo he hecho con muchas. Una chica a la que no le han extirpado al niño interior del pliegue de su carne está doblemente bendecida por el dios del placer y la abundancia.

Esto es lo que creo. Creo que el primer hombre estaba celoso de la primera mujer. La centella de la mujer era demasiado potente, sus gritos y gemidos eran tan fuertes que despertaban a los muertos. El hombre nunca pudo aceptar que los dioses le concedieran aquellas riquezas a la mujer, que era más débil, de forma que antes de que la chica se haga mujer, el hombre se dispone a robarle eso, a cortárselo y tirarlo en el monte. Pero los dioses lo pusieron ahí, escondido tan adentro que ningún hombre pueda encontrarlo. El hombre pagará por esto.

Y vi más cosas aún.

El día se había terminado, pero el sol todavía se estaba ocultando. Kava me dijo que nos íbamos al monte y que tardaríamos más de una luna en volver. Bien, pensé, porque ya no aguantaba más la idea misma de la familia. Ni nada que tuviera que ver con Ku. Se me ocurrió que, si me quedaba mucho más tiempo allí, me convertiría en un gangatom y empezaría a matar a gente hasta que en la aldea hubiera un agujero tan grande como el que yo veía al cerrar los ojos. Los muertos nunca mienten, traicionan ni hacen trampas, ¿y qué era una familia más que un sitio donde las tres cosas florecían como el musgo?

—Muy bien, iré contigo hasta que mi tío me eche en falta —dije.

Confiaba en que estuviéramos yendo de cacería. Quería matar. Pero todavía me daba miedo la víbora, y Kava caminaba entre árboles inclinados y plantas arrodilladas y flores danzarinas como si supiera adónde iba. Dos veces me perdí, y las dos veces su mano blanca apareció entre la espesura y me agarró.

—Sigue caminando y deshazte de tu carga —dijo Kava.

—¿Qué?

—Tu carga. No dejes que nada te detenga y te la quitarás de encima igual que una serpiente muda de piel.

—El día en que me enteré de que tenía un hermano fue el día en que me quedé sin hermano. El día en que me enteré de que tenía padre fue el día en que me quedé sin padre. El día en que me enteré de que tenía abuelo fue el día en que me enteré de que mi abuelo es un cobarde que se folla a mi madre. ¿Cómo puedo mudar esta piel?

—Sigue andando —me dijo.

Atravesamos monte, pantanos, bosques y una enorme llanura salina de suelo blanco, caliente y resquebrajado antes de que la luz del día se escapara de nosotros. El monte no paraba de darme sobresaltos y me pasé la noche entera durmiéndome y despertando de golpe. Al día siguiente, después de una caminata bastante larga y de que yo me quejara de lo mucho que estábamos andando, oí unos pasos por encima de mí, en los árboles, y levanté la vista. Kava dijo que llevaba siguiéndonos desde que habíamos girado al sur. Yo no sabía que estábamos yendo al sur. Por encima de nosotros, en el árbol, había un leopardo negro. Echábamos a andar y él echaba a andar. Nos deteníamos y él se detenía. Cogí mi lanza pero Kava levantó la vista y silbó. El Leopardo saltó delante de nosotros, se nos quedó mirando fijamente un momento largo, gruñó y se escapó corriendo. No dije nada, porque ¿qué le puedes decir a alguien que acaba de hablar con un leopardo? Seguimos caminando rumbo al sur. El sol se trasladó al centro del cielo gris pero la jungla era una masa de follaje y maleza, y de frío. Y de pájaros con sus wakakakaka y sus

kokokokoko. Nos topamos con un río gris como el cielo y de aguas lentas. Crecían plantas nuevas sobre un árbol caído que hacía de puente a la otra orilla. Cuando estábamos en mitad del puente emergieron del agua dos ojos, orejas, narices y una cabeza tan ancha como una barca. El hipopótamo nos siguió con la mirada. Sus fauces se abrieron del todo, su cabeza se partió por la mitad y soltó un rugido. Kava se giró y le susurró algo. El hipopótamo se volvió a sumergir en el río. A veces alcanzábamos al Leopardo, que se escapaba corriendo bosque adentro. Cada vez que nos quedábamos demasiado rezagados, nos esperaba. Y aunque cada vez hacía más frío en el monte, yo sudaba más.

—Estamos subiendo —dije.

—Llevamos subiendo desde antes de que el sol se fuera hacia el oeste —me dijo Kava—. Estamos en una montaña.

Sólo necesitas que te digan que abajo es arriba para que el abajo cambie. Yo ya no estaba caminando hacia el sur, estaba caminando hacia arriba. La niebla se cernía sobre el suelo y flotaba por el aire. En dos ocasiones me pareció que eran espíritus. El agua caía goteando de las hojas y el suelo se notaba húmedo.

—Ya no estamos lejos —me dijo Kava justo antes de que yo se lo preguntara.

Pensé que estábamos buscando un claro, pero nos adentramos todavía más en el monte. Las ramas se mecían y me golpeaban la cara, las enredaderas me envolvían las piernas para hacerme caer, los árboles se inclinaban para mirarme y cada arruga de su corteza era un ceño fruncido. Y Kava empezó a hablar con las hojas. Y a decir palabrotas. El chico que brillaba como la luna se había vuelto loco. Pero no estaba hablando con las hojas, sino con la gente que se escondía debajo. Un hombre y una mujer, con la piel del color de la ceniza de Kava y el pelo del color de la tierra plateada, pero tan pequeños que de pie te llegaban del codo al dedo corazón. Eran yumbós, claro. Hadas buenas de la hojarasca, aunque por entonces yo no lo sabía. Se



dedicaron a caminar por las ramas hasta que Kava agarró una rama y entonces se le subieron por los brazos hasta los hombros. Los dos tenían la espalda peluda y los ojos brillantes. El hombre se sentó en el hombro derecho de Kava y la mujer en el izquierdo. El hombre metió la mano en una bolsa y sacó una pipa. Yo me quedé atrás hasta que la boca se me volvió a cerrar, mirando a Kava, con lo alto que era, y a los dos enanitos, uno de ellos dejando una densa estela de humo de pipa.

—¿Un niño?

—Sí —dijo el hombre.

—¿Tiene hambre?

—Le hemos dado de comer bayas y leche de puerca. Y un poco de sangre —dijo la mujer. Los dos tenían voces infantiles.

Estuve caminando mucho rato sin ver nada más que la espalda de Kava. Olí el vómito seco del bebé antes de llegar a él; estaba sentado en un hormiguero muerto, con una flor en la boca y los labios y las mejillas rojos. Kava se arrodilló ante el bebé y el hombrecillo y su mujercita se le bajaron de un salto de los hombros. Kava cogió al bebé en brazos y pidió agua. Agua, repitió, y me miró. Me acordé de que yo llevaba sus odres. Se echó un poco en la palma de la mano y se la dio de beber al niño. Tanto el hombrecillo como la mujercita llevaban jícaras donde les quedaba un poco de leche de puerca. Yo estaba mirando por encima del hombro de Kava cuando el bebé sonrió, con dos dientes delanteros como de ratón y el resto encías.

—Mingi —dijo Kava.

—¿Eso qué significa?

Eché a andar con el bebé, sin contestarme. Luego se detuvo.

—Los dioses no lo estaban vigilando —dijo el hombrecillo—. No hemos podido... —Y no terminó.

No la vi hasta que pasamos frente a su hedor dulzón. Dos piececitos asomando de la maleza, con las plantas de color azul. Moscas entonando una música desagradable. Mi última comida amenazó con volverme a la boca. El

hedor dulzón nos siguió hasta cuando ya estábamos muy lejos. Los malos olores, igual que los buenos, te pueden seguir hasta el día siguiente. Luego llovió un poco y los árboles nos mandaron su olor a fruta. Kava le escondió la cara con la mano al bebé. Habló antes de que yo le preguntara.

—¿No le has visto la boca?

—Tiene boca de bebé, como todos los bebés.

—Eres demasiado mayor para ser tan tonto —dijo Kava.

—No sabes qué edad tengo, y tampoco...

—Calla. El niño es mingi, y la niña muerta también. En la boca le has visto dos dientes, pero los tiene en la parte de arriba, no en la de abajo; por eso es mingi. Si a una criatura le salen los dientes de arriba antes que los de abajo, es que tiene una maldición y hay que destruirla. Si no, la maldición se extenderá a la madre, al padre y a la familia y traerá sequías, hambrunas y plagas a la aldea. Nuestros patriarcas así lo afirman.

—¿Y la otra? ¿También tenía los dientes...?

—Hay muchos mingis.

—Esto es una cháchara de viejas. No es lo que se dice en la ciudad.

—¿Qué es una ciudad?

—¿Qué son los otros mingis?

—Ahora a caminar. A seguir caminando.

—¿Adónde?

El Leopardo salió de un salto de la espesura y los pequeños siguieron corriendo a Kava. Gruñó, miró tras de sí y rugió. Pensé que quería que Kava le diera al bebé.

El Leopardo se bajó de un salto al suelo, luego se puso panza arriba y por fin se desperezó y tembló como si estuviera enfermo. Volvió a gruñir como un perro alcanzado por una pedrada. Se le alargaron las patas delanteras pero todavía más las traseras. La espalda se le ensanchó y se le tragó la cola. Le desapareció el pellejo pero siguió siendo peludo. Rodó por el suelo hasta que le vimos cara de hombre, pero con ojos todavía amarillos y claros como arena

golpeada por un relámpago. El cabello de la cabeza, negro y alborotado, le caía por las sienes y las mejillas. Kava lo miró como si en el mundo uno siempre viera cosas así.

—Esto es lo que pasa cuando nos movemos demasiado tarde —dijo el Leopardo negro.

—Aunque hubiéramos corrido, el bebé estaría muerto igual —dijo Kava.

—Hablo de días tarde; llevamos dos días de retraso. La muerte de esa criatura es responsabilidad nuestra.

—Razón de más para salvar a ésta. Movámonos. Las serpientes verdes ya han captado su olor. Las hienas olieron a la otra.

—Serpientes. Hienas. —El Leopardo negro se rio—. Voy a enterrar a esa bebé. No os pienso seguir hasta que haya terminado.

—¿Con qué la vas a enterrar? —preguntó Kava.

—Algo encontraré.

—Pues te esperamos —dijo Kava.

—Por mí no esperes.

—No es por ti que espero.

—Cinco días, Asani.

—Vengo cuando vengo, gato.

—Te he esperado cinco días.

—Tendrías que haber esperado más.

El Leopardo negro gruñó tan fuerte que pensé que se iba a metamorfosear otra vez.

—Ve a enterrar a la niña —le dijo Kava.

El Leopardo negro me miró. Creo que acababa de darse cuenta de que yo estaba allí. Olisqueó, apartó la vista y se adentró otra vez en la maleza.

Kava contestó a una pregunta antes de que yo se la hiciera:

—Es como cualquier otra criatura del monte. Lo crearon los dioses, pero nadie se acuerda de a quién crearon primero.

Pero ésa no era una de las preguntas que yo quería hacerle.

—¿Cómo os conocisteis?

Kava todavía estaba mirando los arbustos por donde el Leopardo se había marchado.

—Antes del zareba. Yo tenía que demostrar que el niño sin madre es digno de hacerse hombre, o bien morir siendo niño. *Tiene que ir más allá del monte, tiene que adentrarse en campo abierto sin que lo vean pasar los guerreros gangatom. Y no puede volver sin la piel de un gran felino.* Escucha lo que pasó entonces. Yo estaba en el monte amarillo. Oí que crujía una rama y que lloraba un bebé y vi que el Leopardo tenía al bebé cogido por el cuello. Lo sostenía con los dientes. Blandí mi lanza y él gruñó y dejó caer al bebé. Yo tenía intención de salvarlo, pero el bebé se puso a berrear y no se calmó hasta que el Leopardo volvió a cogerlo con los dientes. Arrojé mi lanza, fallé el tiro, él se abalanzó sobre mí y en un parpadeo estaba a punto de darme un puñetazo. Eres un crío, me dijo. Ahora vas a cargar tú con el bebé. Y eso hice. Encontró para mí una piel de león muerto y se la ofrecí al jefe.

—¿Una bestia te dice que cargues a este niño mingi y tú obedeces? —le pregunté.

—¿Mingi? No supe qué significaba eso hasta que llegamos con la mujer —dijo Kava.

—Eso no es... ¿Qué mujer?

—La mujer a quien estamos yendo a ver.

—¿Y desde entonces te escabulles al final de cada luna y le llevas criaturas mingi a esa mujer? Tu respuesta deja más preguntas.

—Entonces pregunta lo que quieres saber.

No dije nada.

Esperamos a que volviera el Leopardo, que regresó en su forma de hombre pero sin la expresión huraña de antes. Ahora caminaba por detrás de nosotros, a veces tan rezagado que me parecía que se había ido por su cuenta, y otras veces tan cerca que notaba cómo me husmeaba. Yo olía en él la hojarasca que había atravesado, la humedad fresca del rocío; debajo de sus uñas, el aroma

de la niña muerta y el almizcle fresco de la tumba que había cavado. El sol ya casi estaba a punto de irse.

Kava era como la mayoría de los hombres: tenía dos olores. Uno cuando el sudor le caía por la espalda y se le secaba, el sudor del trabajo duro. Y otro que se le escondía en los sobacos, en la entrepierna y entre las nalgas: eso que hueles cuando estás lo bastante cerca de alguien como para tocarlo con los labios. El Leopardo negro sólo tenía el segundo olor. Yo nunca había visto a un hombre cuyo cabello fuera algodón negro. Lo tenía en la espalda y las piernas cuando me pasó al lado para cogerle el bebé a Kava. Su pecho eran dos montañas; sus nalgas, grandes, y sus piernas, gruesas. Daba la impresión de que aplastaría al bebé con las manos, pero lo que hizo fue lamerle la frente para quitarle la tierra. Sólo los pájaros hablaban. Allí estábamos: un hombre blanco como la luna, un Leopardo erguido sobre dos pies, un hombre y una mujer igual de altos que una planta y un bebé más grande que ambos. La oscuridad se estaba propagando. La mujercilla saltó de Kava al Leopardo y se le sentó en el brazo, riéndose junto con el bebé.

Una voz dentro de mí dijo que aquellos dos eran más o menos parientes de sangre y que el extraño era yo. Kava no le contaba a nadie quién era yo.

Salimos a un arroyo pequeño y silvestre. Las orillas eran de guijarros y rocas grandes, todo bajo una alfombra de musgo verde. La corriente soltaba risillas y rociaba de neblina las ramas, los helechos y los tallos de bambú que colgaban encima. El Leopardo dejó al bebé sobre una roca, se agachó en la orilla y lamió el agua. Kava llenó sus odres. El hombrecillo jugó con el bebé. Me sorprendió verlo despierto. Me planté junto al Leopardo pero él siguió sin darse por enterado de mi presencia. Kava estaba más allá, buscando peces.

—¿Adónde estamos yendo? —le pregunté.

—Ya te lo he dicho.

—Esto no es la montaña. Hemos dado un rodeo y hemos empezado a bajar otra vez.

—Llegaremos dentro de dos días.

—¿Adónde?

Se agachó, recogió agua con las manos ahuecadas y bebió.

—Quiero volver —le dije.

—No podemos volver.

—Quiero volver.

—Pues vete.

—¿Qué relación tiene ese Leopardo contigo?

Kava me miró y se rio. Su risa decía: Ni siquiera soy hombre todavía pero ya me estás dando problemas de hombre. Quizá me estuviera saliendo la mujer que llevaba dentro. Quizá tendría que agarrarme la piel de la polla y arrancármela a golpes de piedra. Eso es lo que debería haber dicho. No me caía bien el hombre leopardo. No lo conocía lo bastante como para que me cayera mal, pero aun así me caía mal. Olía a raja de culo de viejo. Eso es lo que debería haber dicho. ¿Os comunicáis sin hablar? ¿Os conocéis como hermanos? ¿Duermes con la mano metida entre sus piernas? ¿Debería quedarme despierto hasta que la luna esté bien gorda y hasta que las bestias nocturnas duerman, para ver si acude a ti? ¿O bien eres tú quien acude al Leopardo para yacer encima de él, o él encima de ti, o quizá el Leopardo sea como una de esas que le gustaban a mi padre en la ciudad, que se meten pollas en la boca?

Sentado, el bebé se reía de las muecas y los saltos de mono que estaban haciendo para él el hombrecillo y la mujercita.

—Ponle nombre.

Me volví. Era el Leopardo.

—Necesita nombre —me dijo.

—Ni siquiera sé cómo te llamas tú.

—Yo no necesito nombre. ¿Cómo te llamó a ti tu padre?

—No conozco a mi padre.

—Hasta yo conozco a mi padre. Peleó contra un cocodrilo, una serpiente y una hiena, sólo para terminar enloqueciendo de envidia de hombre. Pero

perseguía al antílope más deprisa que un guepardo. Dime, ¿alguna vez has dado un mordisco bien fuerte con tus dientes más afilados para que la sangre caliente te llene la boca mientras la carne todavía palpita?

—No.

—Entonces eres como Asani.

—Mi tío lo llama Kava, igual que todo el mundo en la aldea.

—Quemáis la comida y os la coméis. Coméis ceniza.

—¿Te vas a marchar esta noche?

—Me marcharé cuando me apetezca. Esta noche dormimos aquí. Por la mañana llevaremos al bebé a tierras nuevas. Encontraré comida, aunque no mucha porque todas las bestias de por aquí han oído cómo nos acercábamos.

Supe que iba a pasar esa noche en vela. Vi que Kava y el Leopardo se alejaban y las llamas se elevaron y no me dejaron ver. Me dije a mí mismo que me iba a quedar despierto vigilándolos. Y eso hice. Me acerqué tanto a las llamas que a punto estuvieron de chamuscarme las cejas. Fui al río, que ahora estaba lo bastante frío como para hacer que te temblaran los huesos, y me eché agua en la cara. Contemplé la oscuridad y seguí las manchas blancas de la piel de Kava. Cerré el puño con tanta fuerza que se me clavaron las uñas en la palma. Hicieran lo que hicieran aquellos dos, yo los iba a ver y me iba a poner a gritar, o a mascullar, o a soltar improperios. Por eso, cuando el Leopardo me despertó, di un respingo, asombrado de haberme quedado dormido. Kava echó agua sobre el fuego mientras yo me levantaba.

—Vamos —dijo el Leopardo.

—¿Por qué?

—Vamos —repitió, y me dio la espalda.

Se convirtió en felino. Kava envolvió al bebé en una tela y lo puso sobre la espalda del Leopardo. Éste no esperó. Me froté los ojos y los volví a abrir. El hombrecillo y la mujercita volvían a estar a hombros de Kava.

—Un búho me habló —dijo la mujercita—. En el monte, hace un día. Me dijo que lees el viento..., ¿no? Me dijo que tienes buen olfato.

—No entiendo.

—Alguien nos está siguiendo —dijo la mujercita.

—¿Quién?

—Asani dice que tienes buen olfato.

—¿Quién?

—Asani.

—No. ¿Que quién nos está siguiendo?

—Avanzan de noche, no de día —dijo Kava.

—¿Ha dicho que tengo buen olfato?

—Dice que eres un rastreador.

Kava ya estaba alejándose cuando me dijo: Vamos. Más adelante, en la oscuridad, el Leopardo saltaba de árbol en árbol con el bebé atado a la espalda. Kava me llamó para que fuera con él.

—Tenemos que movernos —dijo.

Todo estaba oscuro, noche azul, verde y gris; hasta el cielo tenía pocas estrellas. Pero luego el monte empezó a cobrar sentido. Los árboles eran manos que brotaban de la tierra y extendían sus dedos retorcidos. La serpiente enroscada era un sendero. Las alas batientes de la noche pertenecían a búhos, no a demonios.

—Sigue al Leopardo —dijo Kava.

—No sé adónde ha ido —le dije.

—Sí que lo sabes.

Me frotó la mano derecha contra la nariz. El Leopardo cobró vida en mitad de mi cara. Los vi a él y a su rastro por el monte, igual de oloroso que su piel. Señalé en aquella dirección.

El Leopardo había ido primero a la derecha, luego recto cincuenta pasos, luego había cruzado el arroyo saltando de árbol en árbol y finalmente había ido al sur. Se había detenido a mear en cuatro árboles distintos para confundir a quien fuera que nos estaba siguiendo. Yo era consciente de que tenía buen olfato, como decía Kava, pero nunca se me había ocurrido que podía seguir



rastros. Por mucho que el Leopardo se hubiera alejado, yo seguía teniéndolo delante de las narices. Y también a Kava y sus olores, y a la mujercita y la rosa que se frotaba en los pliegues, y al hombre y el néctar que bebía y los bichos que comía, demasiado amargos cuando los necesitaba dulces, y los odres, y el agua de dentro, que todavía olía a búfalo, y el arroyo. Y más cosas y más y todavía más, suficientes para volverme un poco loco.

—Expúlsalo todo —me dijo Kava.

—Expúlsalo todo.

—Expúlsalo todo.

Exhalé una bocanada larga de aire.

—Ahora inhala al Leopardo.

Me tocó el pecho y me frotó alrededor del corazón. Me gustaría haber podido ver sus ojos en la oscuridad.

—Inhala al Leopardo.

Y entonces volví a verlo con el olfato. Supe adónde estaba yendo. Y lo que fuera que estaba asustando al Leopardo empezó a asustarme a mí. Señalé hacia la derecha.

—Por ahí —dije.

Estuvimos corriendo toda la noche. Corrimos más allá del arroyo y de las ramas que se torcían sobre él; corrimos entre árboles de raíces enormes, raíces que se elevaban sobre el suelo y serpenteaban por la tierra en forma de enredos y marañas. Justo antes del amanecer confundí una con una pitón dormida. Árboles más altos que cincuenta hombres subidos los unos a hombros de los otros, y en cuanto el cielo cambió, las hojas se convirtieron en pájaros que echaron a volar. Nos adentramos en la pradera, con sus matorrales y hierbas que nos llegaban por encima de las rodillas, pero sin árboles. Llegamos a unas salinas situadas en un valle bajo cuya tierra blanca nos cegaba con su luz y nos crujía bajo los pies, y que estaba vacía de animales hasta donde alcanzaba la vista, lo cual significaba que quienes nos estaban siguiendo podían vernos. No dije nada. Las praderas se prolongaron

desde el final de la noche hasta el inicio del día, donde todo era gris. El olor del Leopardo por delante de nosotros era como una línea, o un camino. En dos ocasiones estuvimos cerca de verlo, corriendo a cuatro patas y con el bebé atado a la espalda. En otra ocasión, tres leopardos echaron a correr a su lado y nos dejaron en paz a nosotros. Pasamos junto a elefantes y leones y asustamos a unas cuantas cebras. Pasamos por una arboleda sin apenas hojas, como si fueran huesos de árboles, y sus susurros arreciaron. Y seguimos corriendo.

La mañana alcanzó su cenit como si estuviera a punto de cambiar de opinión. Hacía cuatro días que Kava y yo habíamos partido. La mujercita había dicho que nuestros perseguidores dormían de día y cazaban de noche. De forma que caminamos. Al otro lado de un bosque de árboles muertos, el aire se volvía a humedecer y a espesar cuando bajaba de la nariz al pecho. Los árboles volvían a tener hojas y eran unas hojas cada vez más oscuras y enormes. Nos encontramos con una extensión de árboles más grandes que nada que yo hubiera visto en el mundo. Se me habrían acabado los hombres para calcular su tamaño. Ni siquiera eran árboles, sino dedos retorcidos de gigantes enterrados que asomaban del suelo cubiertos de hierba, ramas y musgo verde. Tallos gigantes que brotaban del suelo y llegaban al cielo, tallos gigantes que se adentraban enroscándose en el suelo como puños abiertos. Pasé junto a uno y a su lado yo era un ratón. El suelo eran montículos y pequeñas lomas; no había nada llano. Por todas partes parecía que otro dedo gigante fuera a brotar del suelo, seguido de una mano y un brazo y un hombre verde más alto que quinientas casas. Verde y castaño verdoso y verde oscuro, y un verde que era azul, y un verde que era amarillo. Un bosque entero.

—Los árboles se han vuelto locos —dije.

—Ya estamos cerca —dijo Kava.

La niebla descomponía la luz en azul, verde, amarillo, naranja, rojo y un color que yo no sabía que era violeta. A cien o ciento un pasos, todos los

árboles se doblaban en una misma dirección, casi trenzándose juntos. Troncos creciendo al norte y al sur, de este a oeste, enhiestos, torcidos hacia el suelo, retorciéndose para entrelazarse entre ellos y luego bajando otra vez hasta el suelo, como una jaula silvestre para retener algo dentro o para impedir que algo entrara. Kava saltó sobre uno de los troncos, tan inclinado que estaba casi horizontal sobre el suelo. La rama era igual de ancha que un camino y estaba resbaladiza por culpa del rocío que cubría el musgo. Recorrimos un tronco de punta a punta y saltamos a otro que se doblaba por debajo, y luego volvimos a subir, y fuimos saltando de tronco en tronco, subiendo mucho, luego bajando, y dando tantas vueltas que hasta la tercera vez no me di cuenta de que estábamos colgando cabeza abajo pero no nos caíamos.

—O sea que es un bosque encantado —le dije a Kava.

—Va a ser un bosque cabreado, como no te calles —me dijo.

Pasamos frente a tres búhos posados en una rama, que saludaron con la cabeza a la mujercita. Cuando por fin salimos a cielo abierto, las piernas me ardían. Las nubes eran delicadas como el vaho de la respiración cuando hace frío, y el sol estaba amarillo y hambriento. La casa flotaba delante de nosotros, sobre la niebla. Cierta, estaba construida sobre las ramas, pero las paredes estaban incrustadas en el tronco y tenían las mismas flores y el mismo musgo. Una casa construida en el árbol con los colores de la montaña. Yo no estaba seguro de si habían levantado el árbol alrededor de las ramas o bien las ramas le habían crecido para protegerlo. En realidad eran tres casas, todas de madera y arcilla y con tejados de paja. La primera era pequeña como una choza, no más grande que un hombre de seis cabezas de alto. Había niños corriendo a su alrededor y metiéndose en el agujerito que tenía en la parte de delante. Unos peldaños subían en espiral en torno a la primera casa y llevaban a la segunda, que estaba encima. No eran peldaños. Eran ramas rectas que formaban peldaños, como si los árboles estuvieran contribuyendo a la edificación.

—Es un bosque encantado —dije.

Los peldaños de ramas llevaban a una segunda casa, más grande y con una abertura enorme en vez de puerta y un tejado de paja. De éste salían unos peldaños que llevaban a una casa más pequeña sin aberturas ni puertas. De la segunda casa entraban y salían niños riendo, chillando, llorando, gritando y soltando ooohs y aaahs. Desnudos y sucios, cubiertos de arcilla o vestidos con túnicas que les venían grandes. En la entrada de la segunda casa estaba el Leopardo. Tenía a un niño pequeño agarrándole la cola y se giró y le gruñó, pero después le lamió la cabeza. Salieron más niños a dar la bienvenida a Kava. Lo atacaron todos a una, agarrándolo de las piernas o de los brazos, y uno de ellos incluso le trepó por la espalda resbaladiza. Él se rio y se agachó para que todos se le pudieran poner encima. Un bebé le gateó por la cara, desprendiéndole la arcilla blanca. Creo que fue la primera vez que le vi el rostro.

—En un sitio como éste el rey del Norte alojaba a sus esposas que no podían tener hijos. Aquí todos los niños son mingis —dijo.

—Y tú también estarías aquí si tu madre hubiera seguido las viejas costumbres —dijo la mujer antes de que yo la viera. Con una voz estridente y ronca, como si tuviera la garganta de arena.

Unas cuantas criaturas se fueron corriendo con el Leopardo. A continuación vi la túnica de la mujer, una túnica como ninguna otra que yo hubiera visto en la ciudad, amarilla y con estampado de serpientes verdes y tan sinuosas que parecían vivas. La mujer bajó los escalones y entró en la sala, que en realidad era un recinto abierto con una pared al frente y otra al fondo y los costados abiertos a las ramas, las hojas y la niebla del cielo. La túnica le llegaba justo por debajo de los pechos turgentes y tenía a un niño pequeño mamándole del izquierdo. El turbante rojo y amarillo daba la impresión de que tenía la cabeza en llamas. Parecía mayor, pero cuando se nos acercó le noté una expresión que iba a ver más de una vez en el futuro, de mujer no mayor sino avejentada. El niño estaba mamando fuerte y con los

ojos cerrados. La mujer me agarró el mentón y me miró la cara, ladeó la cabeza y me miró a los ojos. Intenté aguantarle la mirada pero tuve que apartar la mía. Ella se rio y lo dejó estar, pero siguió mirándome. Cuentas sobre cuentas, un valle de collares que le llegaba hasta los pezones. Un anillo le colgaba del labio inferior perforado. Un dibujo doble de cicatrices en forma de puntos le iba desde la mejilla izquierda hasta la frente y le bajaba por la derecha. Yo conocía aquellas marcas.

—Eres una gangatom —le dije.

—Y tú no sabes quién eres —me respondió.

Me miró de los pies a mi cabeza de pelo enmarañado, aunque no tan enmarañado como el del Leopardo. Me miró como si yo estuviera contestando preguntas sin abrir la boca.

—Pero ¿qué vas a saber, yendo con estos dos chavales?

Sonrió. Los dos seguían jugando con los niños. Había un bebé a lomos del Leopardo y Kava estaba haciendo ruidos y poniendo los ojos bizcos para una niña más blanca que la arcilla del río.

—Nunca has visto nada parecido —me dijo la mujer.

—¿Una albina? Nunca.

—Pero conoces la palabra. La has aprendido en la ciudad —dijo ella con un soplo.

—¿Llevo el hedor de la ciudad?

—En el sitio de donde tú vienes, una criatura que nace sin color es una maldición de los dioses. Provoca enfermedades para la familia y esterilidad para las mujeres. Es mejor echarla a las hienas y rezar para que venga otra criatura.

—No soy de ninguna parte. Los cocodrilos cuando van de caza tienen un corazón más noble que vosotros, la gente del monte.

—¿Y dónde viven los corazones nobles, chico? ¿En la ciudad?

—«Chico» es como me llama mi padre.

—Madre de los dioses, tenemos a un hombre entre nosotros.

—En la ciudad nadie entrega una criatura a las hienas ni a los buitres. Lo que se hace es llamar al recogedor de criaturas.

—¿Y qué hace ese recogedor en vuestra preciosa ciudad? ¿Qué hacen con una niña como ella? —dijo la mujer, y señaló a la niña, que soltó una risita—. Primero mandan mensajes con aves por el cielo y con tambores por tierra, quizá incluso mandan notas escritas en hojas de árboles o en papel, para quienes sepan leer. Diciendo: Mirad, hemos cazado a una criatura albina. ¿Y quién es esa gente? Dímelo, niño. ¿Sabes quiénes son?

Asentí con la cabeza.

—Hechiceros, y mercaderes que venden a los hechiceros. Por la criatura entera, vuestro recogedor puede obtener un buen precio. Pero puede ganar una verdadera fortuna si la subasta por partes al mejor postor. La cabeza para la bruja del pantano. La pierna derecha para la mujer estéril. Los huesos molidos en forma de harina para que a tu abuelo le aguante la polla dura para varias mujeres. Los dedos para hacer amuletos, el pelo para lo que te diga el brujo. Un buen recogedor de bebés puede ganar cincuenta veces más por las partes que si se limita a vender la criatura entera. Y el doble por los albinos. Tu recogedor incluso despedaza él mismo al bebé. Las brujas pagan más si saben que el bebé todavía estaba vivo durante una parte del proceso. La sangre con miedo les da sabor a sus brebajes. Eso ayuda a que las mujeres nobles de la ciudad puedan conservar a su lado a sus hombres, y a que vuestras concubinas nunca se queden embarazadas de sus amos. Eso hacen con esta clase de niñas en el sitio del que vienes tú.

—¿Y cómo sabes que vengo de la ciudad?

—Por tu olor. El hecho de vivir con los ku no lo enmascara.

La mujer no se rio, aunque yo había creído que sí lo haría. No me correspondía a mí defender la ciudad. Aquellas calles y aquellas casas no me producían más que asco. Pero tampoco me gustaba que esa mujer hablara como si llevara años esperando a un hombre para reírse de él. Me estaba cansando eso de que los hombres y las mujeres me echaran un vistazo y ya

creyeran que conocían a los de mi clase, y es que de mi clase no había gran cosa que conocer.

—¿Por qué me ha traído aquí Kava?

—¿Crees que le he pedido yo que te trajera?

—Los juegos son para los niños.

—Vete entonces, niño.

—Sólo que has sido tú quien le ha dicho que me traiga. ¿Qué quieres, bruja?

—¿Me llamas bruja?

—Bruja, arpía, zorra gangatom llena de cicatrices, elige lo que quieras.

Ella sonrió deprisa para esconder el ceño fruncido, pero yo se lo vi.

—No te importa nada.

—Y una vieja bruja con un niño mamando de una teta sin leche no va a cambiar eso.

La sonrisa se le esfumó de la cara. Su ceño fruncido me envalentonó; me crucé de brazos. La simpatía me gusta. La antipatía me encanta. El asco lo siento. El desprecio lo puedo agarrar con la palma de la mano y estrujarlo. Y el odio..., con el odio puedo vivir durante días. Pero cuando alguien me dedica una sonrisa petulante de indiferencia me vienen ganas de arrancársela. Tanto Kava como el Leopardo pararon de jugar y se nos quedaron mirando. Se me ocurrió que la mujer iba a dejar caer al bebé y quizá abofetearme. Pero lo mantuvo pegado al pecho, todavía con los ojos cerrados y todavía chupándole el pezón. La mujer sonrió y me dio la espalda. Pero no antes de que mi mirada dijera: Es mejor así, que haya entendimiento entre nosotros. Tú me conoces pero yo también te conozco a ti. Ya podía olerlo todo de ti antes de que bajaras esos escalones.

—Quizá me hayas traído aquí para matarme. Quizá me hayas mandado a buscar porque soy ku y tú eres gangatom.

—Tú no eres nada —replicó, y volvió a subir las escaleras.

El Leopardo corrió hasta el borde del suelo y saltó al árbol. Kava estaba

sentado en el suelo, con las piernas cruzadas.

Durante siete días no me acerqué a la mujer y ella no se acercó a mí. Pero los niños son niños y no pueden ser otra cosa. Me encontré un trozo suelto de tela hecho para los niños y me lo até en torno a la cintura. La verdad era que sentía que la ciudad volvía a estar en mí y que no había conseguido ser un hombre del monte. Otras veces maldecía mi recato y me preguntaba si algún hombre o muchacho se había preocupado tanto alguna vez por un pedazo de tela. La quinta noche me dije a mí mismo que no era una cuestión de ir tapado o no con una tela, sino de hacer lo que me apeteciera o no. La séptima noche Kava me habló de los mingis. Me fue señalando a cada niño y contándome por qué sus padres habían decidido matarlo o abandonarlo para que se muriera. Los que estaban allí tenían suerte de que simplemente los hubieran abandonado a su suerte. A veces los patriarcas exigían que te aseguraras de que la criatura estaba muerta, y la madre o el padre tenía que ahogarla en el río. Kava me lo contó estando los dos sentados en el suelo de la casa del medio, mientras los niños se quedaban dormidos sobre sus esteras y pieles. Me señaló a la chica de piel blanca.

—Ella es del color de los demonios. Mingi.

Un niño de cabeza grande intentaba atrapar a una luciérnaga.

—Le crecieron los dientes de arriba antes que los de abajo. Mingi.

Otro niño ya estaba dormido pero no paraba de hacer el gesto de intentar coger algo con la mano derecha.

—Su gemela se murió de hambre antes de que pudiéramos salvarlos a los dos. Mingi.

Una niña coja fue renqueando al trozo de suelo donde dormía, con el pie izquierdo doblado en la dirección incorrecta.

—Mingi.

Kava hizo un gesto con las manos, sin señalar a nadie.

—Y algunos han nacido de mujeres no casadas. Elimina al mingi y eliminarás la vergüenza. Y todavía podrás casarte con un hombre que posea



siete vacas.

Miré a los niños, la mayoría estaban dormidos. El viento había amainado un poco y las hojas se mecían. No pude ver cuánta luna se había comido la oscuridad, pero el resplandor bastaba para ver los ojos de Kava.

—¿Adónde van las maldiciones? —pregunté.

—¿Cómo?

—Todos estos niños están malditos. Si los tienes aquí, estás conservando una maldición encima de otra. ¿La mujer es bruja? ¿Tiene el poder de quitar maldiciones, maldiciones que salen del útero? ¿O simplemente los está amontonando aquí?

No soy capaz de describir la expresión de su cara. Pero mi abuelo me había mirado así todo el tiempo, y todo el día, el día que me marché.

—Ser tonto también es una maldición —me dijo Kava.

## CUATRO

Kava y el Leopardo llevaban diecinueve lunas salvando a criaturas mingi.

El Leopardo no dormía en el suelo de la casa, ni siquiera cuando tenía forma de hombre. Todas las noches trepaba a la parte alta del árbol y se quedaba dormido entre dos ramas. Se metamorfoseaba en hombre estando dormido —lo he visto— y no se caía. Pero había otras noches en las que se alejaba en busca de comida. Una noche de luna llena, veintiocho días después de que me fuera de Ku, esperé a que hiciera un rato que el Leopardo se había marchado y me puse a seguir su rastro. Gateé por ramas que se torcían hacia el norte, bajé por ramas que se torcían hacia el sur y corrí por ramas que se extendían planas, de este a oeste, como un camino.

Cuando lo encontré, acababa de arrastrar a su presa con los dientes entre las ramas, y su cabeza nunca me había parecido tan poderosa. Había matado al antílope cerrando las fauces en torno a su cuello. El aire iba cargado del olor a muerte reciente. Mordió la base de la pata trasera y la desgarró en busca de la carne más blanda contigua al vientre. La sangre le salpicó el hocico. El Leopardo arrancó más carne de otro mordisco, masticó y tragó deprisa, como un cocodrilo. Cuando me vio estuvo a punto de soltar la carcasa, y nos quedamos mirándonos el uno al otro durante un momento tan largo que empecé a pensar que quizá fuera un leopardo distinto. Desgarró la carne roja con los dientes pero sin quitarme la vista de encima.

Por las noches la bruja subía a la choza de arriba, la casa sin puertas. Yo estaba seguro de que entraba por una trampilla en el techo y quería verla por mí mismo. Se acercaba el alba. Kava estaba sepultado bajo un montón de criaturas dormidas y dormía él también. El Leopardo se había marchado a

terminarse lo que quedaba del antílope. La niebla se había cerrado y yo ya no podía ver los peldaños que pisaba.

—Éstas son las cosas que te han de pasar —dijo una voz que yo no había oído antes. Una voz de niña.

Di un respingo, pero no había nadie ni delante ni detrás de mí.

—Más te vale que subas —dijo otra voz. La mujer.

—No tienes puerta —le dije.

—Tú no tienes ojos —me dijo ella.

Cerré los ojos y los abrí, pero la pared seguía siendo la pared.

—Camina —me dijo la mujer.

—Pero es que no hay...

—Camina.

Yo sabía que me iba a chocar con la pared, y que los iba a maldecir tanto a ella como al bebé que seguramente le seguía mamando del pecho, porque quizá no fuera un bebé, sino un obayifo chupasangre al que le salía luz de los sobacos y del agujero del culo. Eché a andar con los ojos cerrados. Di dos pasos, tres pasos, cuatro, y ninguna pared se me estampó contra la frente. Cuando abrí los ojos, ya tenía los pies dentro de la habitación. Era mucho más grande de lo que me había imaginado, aunque más pequeña que la choza de abajo. Por todo el suelo de madera había talladas marcas, encantamientos, conjuros, maldiciones; por fin sabía la verdad.

—Eres bruja —dije.

—Soy la Sangoma.

—Suenas a bruja.

—¿Conoces a muchas brujas? —me preguntó.

—Sé que hueles a bruja.

—*Kuyi re nize sasayi.*

—No estoy huérfano en el mundo.

—Pero vives la penuria de un chico al que ningún hombre reconoce como suyo. Tengo entendido que tu padre está muerto y que tu madre está muerta

para ti. ¿En qué te convierte eso? Y en cuanto a tu abuelo...

—Lo juro por dios...

—¿Por qué dios?

—Me cansa la esgrima verbal.

—La practicas como un niño. Ya llevas más de una luna aquí. ¿Qué has aprendido?

Guardé silencio. Ella todavía no se había mostrado a sí misma. Yo sabía que estaba en mi cabeza. Todo aquel tiempo había tenido a la bruja lejos enviándome su voz. Quizá el Leopardo hubiera seguido devorando el antílope hasta llegar al corazón y se lo hubiera prometido a ella. Quizá el hígado también.

Algo me golpeó suavemente la cabeza y se oyó una risita. Una bolita me dio en la mano y rebotó, pero no la oí caer al suelo. Otra me dio en el brazo y rebotó también, botó alto sin hacer ruido. Demasiado alto. No parecía haber nada en el suelo. Atrapé la tercera justo cuando me golpeó el brazo derecho. La niña soltó otra risita. Abrí la mano y de ella me salió disparada una cagarruta de cabra; salió hacia arriba y no volvió a bajar. Levanté la vista.

Alguien había sacado brillo al techo de arcilla con grafito. La mujer estaba colgando del techo. No, estaba de pie en él. No, estaba pegada a él y mirándome desde arriba. Pero la túnica no se le movía ni siquiera en medio de la brisa. El vestido le cubría los pechos. Cierto, estaba de pie en el techo igual que yo estaba de pie en el suelo. Y los niños, todos los niños estaban acostados en el techo. O de pie en el techo. Persiguiéndose entre sí, pasando unos por encima y por debajo de los otros, dando vueltas y más vueltas, susurrando y gritando, saltando pero volviendo a aterrizar en el techo.

¿Y qué niños? Dos gemelos varones, cada uno con su propia cabeza, mano y pierna pero unidos por el costado y compartiendo vientre. Una niña hecha de humo azul perseguida por un niño con el cuerpo igual de grande y redondo que una pelota pero sin piernas. Otro niño con la cabeza pequeña y reluciente y el pelo contraído en forma de manchitas, el cuerpo diminuto y las piernas

largas como las patas de una jirafa. Y otro niño, blanco como la niña del día anterior pero con los ojos grandes y azules como bayas. Y una niña con una cara de niño detrás de la oreja izquierda. Y tres o cuatro niños que podrían ser niños normales salvo por el hecho de que estaban de pie cabeza abajo en un techo, mirándome.

La bruja se acercó a mí. La tenía lo bastante cerca como para tocarle la coronilla.

—Quizá somos nosotros los que estamos en el suelo y tú estás en el techo —dijo.

Nada más oír aquello, despegué los pies del suelo y estiré los brazos para evitar que mi cabeza golpeará el techo. La cabeza me giró de abajo arriba. La Niña de Humo apareció ante mí, pero no sentí miedo ni sorpresa. No hubo tiempo para pensarlo pero lo pensé, pensé que hasta una niña fantasma era ante todo una niña. La traspasé con la mano y removí una parte de su humo. Ella frunció el ceño y se alejó corriendo por el aire. Los siameses se levantaron del suelo y se me acercaron corriendo. Juega con nosotros, me dijeron, pero yo no contesté. Se quedaron allí plantados mirándome, con un solo taparrabos a rayas cubriéndolos a ambos. El de la derecha llevaba un collar azul, y el de la izquierda, uno verde. El niño de las piernas largas se inclinó frente a mí con las piernas extendidas y unos pantalones grandes y holgados como los que llevaba mi padre, y de aquel color que yo no conocía. Como se ve el rojo en la noche cerrada. Violeta, me dijo ella. El niño de las piernas largas habló con los siameses en un idioma que yo no conocía. Los tres se rieron hasta que la bruja los llamó. Eran mingis en pleno florecimiento de su maldición.

—¿Has ido alguna vez al palacio de la sabiduría? —me preguntó la bruja, con un brazo pegado al costado y rodeando con el otro a una criatura que no deseaba su pezón.

Yo pasaba por delante de aquel palacio a diario, y más de una vez había entrado. Las puertas siempre estaban abiertas, dado que la sabiduría está

abierta a todos, pero yo era demasiado joven para sus lecciones. Aun así, le pregunté a la bruja:

—¿Dónde está ese palacio?

—¿Dónde está el palacio? En la ciudad de la que te escapaste, chico. Sus alumnos cavilan sobre la naturaleza verdadera del mundo, no sobre la necedad de los viejos. El palacio donde se construyen escaleras de mano para llegar a las estrellas y donde se crean artes que no tienen nada que ver con la virtud ni con el pecado.

—Ese palacio no existe.

—Hasta las mujeres van allí a estudiar la sabiduría de los maestros.

—Entonces, como hay dioses que ese sitio no existe.

—Lástima. Un solo día de sabiduría te enseñaría que las criaturas no están malditas, ni siquiera una que haya nacido de un espíritu para morir y renacer. La maldición viene de la boca de la bruja.

—¿Eres bruja?

—¿Te dan miedo las brujas?

—No.

—Tenles miedo a tus malas mentiras. ¿A qué clase de mujer vas a desnudar con una boca tan sucia?

Se me quedó mirando largo rato.

—¿Cómo es que no lo había visto antes? Me estaré volviendo ciega de tanto ver a chicos shoga.

—Se me cansan los oídos de oír cháchara de brujas.

—Se te tendrían que estar cansando de ser tan tonto.

Di un paso hacia ella y los niños se detuvieron y me fulminaron con la mirada. Habían dejado de sonreír.

—Los niños no pueden evitar nacer como nacen, no pueden decidir. Decidir ser tonto, en cambio...

Los niños volvieron a ser niños, pero yo oí la voz de la mujer por encima del ruido de sus juegos.

—Si yo fuera bruja, me habría mostrado ante ti como un chico apuesto, pues ése es el camino que llevas dentro, ¿no es verdad? Si yo fuera bruja, habría invocado a un tokoloshe, lo habría engañado para que pensara que eres una chica y le habría hecho visitarte en su forma invisible para que te violara todas las noches. Si yo fuera bruja, habría matado hasta el último de estos niños, lo habría despedazado y lo habría vendido en el mercado de las brujas del Malangika. No soy bruja, idiota. Mato brujas.

Tres noches después de la primera luna me desperté en medio de una tormenta dentro de la choza. Pero no había lluvia y el viento soplaba de una parte de la habitación a otra, derribando frascos y cuencos de agua, haciendo traquetear los estantes, removiendo la harina de sorgo y despertando a algunos de los niños. Sobre la alfombra, la Niña de Humo estaba temblando hasta el punto de perder su forma. Gimiendo, primero con una cara tan sólida como la piel, luego deshaciéndose en humo, a punto de desaparecer. De su cara brotó otra que era todo humo y ojos aterrados y una boca que chillaba, temblaba y hacía muecas como si se estuviera obligando a salir de sí misma.

—Los diablos la visitan en sueños —dijo la Sangoma mientras se acercaba corriendo a la Niña de Humo.

En dos ocasiones la Sangoma la cogió de las mejillas, pero las dos veces la piel de la niña se convirtió en humo. Volvió a chillar, pero esta vez sí la oímos. Más criaturas se despertaron. La Sangoma seguía intentando agarrarle la mejilla, gritándole que se despertara. Empezó a abofetearla, con la esperanza de que el humo se convirtiera en piel durante el tiempo suficiente. Por fin consiguió golpearle la mejilla izquierda y la chica se despertó y berreó. Vino a mí corriendo y me saltó sobre el pecho, lo cual me habría derribado en caso de que ella hubiera pesado más que el aire. Intenté darle una palmadita en la espalda pero la traspasé con la mano, así que lo volví a intentar. A veces era lo bastante sólida como para percibirla. A veces notaba sus manitas agarrándome el cuello.

La Sangoma le hizo una señal con la cabeza al Niño Jirafa, que también

estaba despierto, y éste pasó por encima de unas criaturas dormidas hasta llegar a la pared, donde ella había cubierto algo con una sábana blanca. El Niño Jirafa lo agarró, la Sangoma me dio una antorcha y salimos todos. La niña estaba dormida, todavía agarrada a mi cuello. Fuera aún era noche cerrada. El Niño Jirafa colocó la figura en el suelo y retiró la sábana.

La figura se quedó allí, mirándonos como si fuera un niño. Estaba tallada en madera dura y envuelta en una tela de color bronce, con un cauri en el tercer ojo, plumas sobresaliéndole de la espalda y decenas y decenas de clavos clavados a martillazos en el cuello, hombros y pecho.

—¿Un nkisi? —pregunté.

—Quién te ha enseñado uno —dijo la Sangoma, y no era una pregunta.

—Los vi en el árbol del brujo. Y me explicó qué eran.

—Éste es un nkisi nkondi. Caza el mal y lo castiga. Atrae a las fuerzas del otro mundo y así no vienen a mí. Si no, me volvería loca y conspiraría con los demonios, como hacen las brujas. Tiene medicina en la cabeza y en la panza.

—¿Para la niña? Pero si sólo tiene pesadillas —dije.

—Sí. Y yo tengo un mensaje para quien se las está provocando.

Le hizo una señal con la cabeza al Niño Jirafa, que sacó un clavo que estaba en el suelo. Blandió un mazo y lo hundió a martillazos en el pecho del nkisi.

—*Mimi waomba nguvu. Mimi waomba nguvu. Mimi waomba nguvu. Mimi waomba nguvu. Kurudi zawadi mari kumi.*

—¿Qué has hecho? —le pregunté.

El Niño Jirafa cubrió el nkisi, y lo dejamos fuera. Cogí a la niña para bajarla al suelo y ahora era completamente sólida. La Sangoma me miró.

—¿Sabes por qué nadie ataca este sitio? Porque nadie puede verlo. Es como un vapor venenoso. Los estudiosos del mal saben que es un sitio para los mingis. Pero no saben dónde está. Pero eso no significa que no puedan mandar magia por el aire.



—¿Qué has hecho?

—Le he devuelto el regalo al remitente. Multiplicado por diez.

A partir de entonces me despertaba cada día envuelto en humo azul, con la niña tumbada sobre mi pecho, resbalando de mis rodillas a los dedos de los pies, sentada en mi cabeza. Le encantaba sentarse en mi cabeza cuando yo intentaba caminar.

—No me dejas ver nada —le decía yo.

Pero ella se limitaba a soltar una risilla que sonaba como la brisa entre las hojas. Primero me molestaba y después no, y por fin me lo tomé simplemente como lo que era: una nube de humo azul que estaba casi todo el tiempo sobre mi cabeza o sentada en mis hombros.

Una vez la Niña de Humo y yo fuimos al bosque con el Niño Jirafa. Caminamos tanto tiempo que dejé de ser consciente de que habíamos dejado el árbol. En realidad iba siguiendo al chico.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—A encontrar la flor —me dijo.

—Hay flores por todos lados.

—Tengo que encontrar la flor —repitió, y se puso a dar brincos.

—Un brinco para ti es un salto enorme para nosotros. Despacio, criatura. El niño arrastró los pies, pero aun así tuve que andar deprisa.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo con la Sangoma? —le pregunté.

—Creo que poco. Antes contaba los días, pero han pasado muchos —me dijo.

—Claro. A la mayoría de los mingis los matan a los pocos días de nacer, o después de que les salga el primer diente.

—Ella me dijo que me lo preguntarías.

—¿Quién, la Sangoma?

—Me dijo que me preguntarías por qué soy tan mayor si soy mingi.

—¿Y cuál es tu respuesta?

Se sentó en la hierba. Me incliné y la Niña de Humo me bajó correteando

de la cabeza como si fuera una rata.

—Ahí está. Ahí está mi flor.

Cogió una florecilla pequeña y amarilla del tamaño de su ojo.

—La Sangoma me rescató de una bruja.

—¿De una bruja? ¿Y por qué la bruja no te había matado de bebé?

—La Sangoma dice que había mucha gente dispuesta a comprar mis piernas para hacer brujería. Y la pierna de un niño es más grande que la de un bebé.

—Claro.

—¿Te vendió tu padre? —me dijo.

—¿Qué? ¿Si me vendió? No. No me vendió. Está muerto.

Lo miré. Sentí la necesidad de sonreírle, pero al mismo tiempo me sentía falso haciéndolo.

—Todos los padres deberían morirse en cuanto nacemos —le dije.

Él me miró raro, con esa mirada de los hijos que oyen a sus padres decir palabras que no deberían.

—Pongámosle su nombre a una piedra, luego la maldecimos y la enterramos —propuse, y el Niño Jirafa sonrió.

Los niños tienen una cosa, que es que siempre encuentran algo que hacer contigo. Y tienen otra cosa. No se pueden imaginar un mundo en el que no los ames, porque qué puede hacer uno más que quererlos. El Niño Bola descubrió que yo tenía buen olfato. No paraba de rodar contra mí, casi tirándome al suelo, y gritaba: ¡Encuéntrame!, y se marchaba rodando.

—Los ojos cerr... —gritaba, pero rodaba sobre la boca antes de poder decir *cerrados*.

Yo no usaba el olfato. Él dejaba un rastro de polvo de barro seco por el camino y de hierba aplastada en el monte. También se escondía detrás de un árbol demasiado estrecho para lo ancho que tenía el cuerpo en forma de pelota. Cuando un día le salté detrás y le dije: Te veo, él me miró a los ojos abiertos y rompió a llorar, berrear y chillar. Y a aullar, aullaba de verdad. Yo

pensaba que la Sangoma vendría corriendo para hacerme un conjuro y que el Leopardo aparecería corriendo y listo para hacerme picadillo. Le toqué la cara y le froté la frente.

—No, no, no... Te voy a... Escóndete otra vez... Te voy a dar... una fruta, no, un pájaro... Para de llorar... Para de llorar... o te...

Él me oyó en la voz algo parecido a una amenaza y su llanto arreció. Hasta el punto de asustarme más que los demonios. Se me ocurrió hacerle parar de un bofetón, pero eso me hubiera convertido en mi abuelo.

—Por favor —le dije—. Por favor. Te daré todas mis gachas.

Paró de llorar en el acto.

—¿Todas?

—Ni siquiera mojaré el dedo para probarlas.

—¿Todas? —volvió a preguntar.

—Venga, ve a esconderte. Te juro que esta vez sólo usaré el olfato.

Y el niño se echó a reír tan deprisa como antes había llorado. Se frotó la frente contra mi barriga y se escabulló con la rapidez de un lagarto en un día de calor. Cerré los ojos y capté su olor enseguida, pero pasé de largo cinco veces, gritando: ¿Dónde está ese niño?, y él se deshizo en risillas mientras yo gritaba: Te huelo.

Al cabo de siete días llevaríamos dos lunas viviendo con la Sangoma. ¿No va a venir a buscarnos nadie de Ku?, le pregunté a Kava. Me miró como si su mirada fuera una respuesta.

Oye esto, chamán. Tres historias sobre el Leopardo.

La primera. Una noche cargada de calor. A veces yo me despertaba cuando el olor de los hombres de un sitio en el que había estado se intensificaba, y entonces sabía que se acercaban, a caballo, a pie o a lomos de una pareja de chacales. Otras veces me despertaba al notar que cierto aroma se debilitaba y entonces sabía que esos mismos hombres se marchaban,

huían, se largaban o habían encontrado algún sitio donde esconderse. Esa noche el aroma de Kava se estaba debilitando y el del Leopardo también. No había luna, pero algunas de las hierbas iluminaban un rastro en la oscuridad. Corrí entre los árboles y me tropecé con una rama. Me llevé un golpe en el culo, un golpe en la cabeza, rodé y di tumbos por el suelo como una roca desprendida. Y allí estaban, a veinte pasos de mí en el bosque, debajo de un joven iroko. El Leopardo tumbado panza abajo en la hierba. No estaba en su forma de hombre: tenía la piel igual de negra que el pelo y la cola azotaba el aire. Pero tampoco era un leopardo; se agarraba de una rama con la mano y sus gruesas nalgas chocaban contra Kava, que se lo estaba follando con fuerza.

Cuánto odié a Kava, y me dio igual si era el agujero de mujer que yo tenía en la punta del miembro lo que me hacía odiarlo o si tenía una rama de árbol entre las piernas y mi odio no tenía nada de mujer, porque en la punta de mi miembro yo no tenía ninguna mujer, porque aquello era la sabiduría de antaño, que eran chorradas, hasta el brujo lo había dicho.

Quería hacer daño al Leopardo y ser el Leopardo. Olía al animal y notaba que aquel olor se intensificaba, y hay que ver cómo cambia la gente de olor cuando odia, y folla, y suda, y corre atemorizada, y cómo yo lo notaba por mucho que ellos intentaran enmascararlo.

¿Qué brujerías estás tramando hoy, inquisidor? ¿Qué quieres averiguar?

¿Shoga? Pues claro que lo sabía. ¿Acaso los hombres no lo saben siempre? ¿Es la tercera vez que digo el nombre y sigues sin conocerlo? En cuanto a los shogas, encontramos dentro de nosotros a otra mujer imposible de extirpar. No, no a una mujer, sino algo que los dioses se olvidaron de que habían creado, o bien se olvidaron de contárselo a los hombres, quizá con razón. Óyeme, inquisidor, cuando te digo que cada vez que él me lo toca, cada vez que me lo frota fuerte o suave, o cada vez que lo sacude cuando está dentro de mí, yo me quedo ahí y suelto un chorro de semilla contra la pared

de allá. Alcanzo el techo. Alcanzo la cima del árbol, suelto mi chorro por encima del río hasta la otra orilla y le doy a un gangatom en todo el ojo.

¿Conque te ríes, inquisidor?

No es la primera vez que oyes hablar de los shogas. Puedes hablar de ellos con poesía, como hacemos en el Norte; hombres con el primer deseo. Como los guerreros uzundi, que son así de feroces porque sólo tienen ojos los unos para los otros. O puedes llamarlos vulgares como hacéis en el Sur, como los hombres mugawe, que llevan túnicas de mujer para que no veas qué agujero te estás follando. Tienes pinta de basha, de comprador de muchachos. ¿Y por qué no? Los muchachos son bestias bonitas; los dioses nos dieron pezones y agujeros y lo importante no es la polla ni el koo, sino el oro que llevas en el monedero.

Los shogas libran tus guerras, los shogas te guardan a tu novia antes de la boda. Les enseñamos el arte de ser esposas y de cuidar la casa y de la belleza y de complacer a los hombres. Incluso enseñamos al hombre a complacer a su mujer para que le dé hijos, o para derramarle su leche encima todas las noches. O para que ella le arañe la espalda y encoja los dedos de los pies. A veces tocamos música tarabú con koras, yembes o tambores parlantes, y uno de nosotros yace como mujer, y otro yace como hombre y así te enseñamos las 109 posiciones para complacer a tu amante. ¿No tenéis esa tradición? Quizá sea por eso por lo que os gusta que vuestras esposas sean jóvenes, para que no puedan saber si sois pésimos amantes. Kava y yo sólo usábamos las manos. A mí no me resultaba extraño, quizá porque todavía llevaba a la mujer en la punta del miembro. Una vez le pedí al brujo que me la extirpara, después de que mi tío me lo prohibiera. Él me miró desprovisto de toda sabiduría, sólo con asombro, con una arruga en el ceño y apretando mucho los párpados, como si estuviera perdiendo visión.

—¿También quieres tener un solo ojo? —me dijo—. ¿O una sola pierna?

—No es lo mismo —le dije.

—Si el dios Oma, que creó al hombre, te quisiera cortado para revelar esa

carne, la habría revelado él mismo —dijo—. Quizá lo que necesites extirparte sea la sabiduría absurda de esos hombres que todavía levantan paredes con mierda de vaca.

Segunda. Al día siguiente, el Leopardo me despertó de una patada en la cara. Abrí los ojos y lo miré a la cara, al matorral alborotado de su cabello y a aquellos ojos blancos con un puntito negro minúsculo en el centro. Me daba más miedo como hombre que como Leopardo. Su cabeza y sus hombros enormes eran una advertencia de que podía transportar por un árbol a bestias tres veces más grandes que él. Entonces me pisó el pecho, con un arco echado al hombro derecho y un carcaj de flechas en la mano izquierda.

—Despierta. Hoy vas a aprender a usar el arco —me dijo.

Me sacó de la casa y me llevó entre los troncos retorcidos hasta otro campo que daba la impresión de estar muy lejos. Pasamos junto al pequeño iroko donde él dejaba que Kava se lo follara. Fuimos más allá, y más allá de los sonidos del riachuelo, hasta otro campo con unos árboles tan altos que arañaban el cielo y provistos de unas ramas que parecían patas de araña enmarañadas entre sí. El pelo de la cabeza le caía por detrás del cuello y por la espalda hasta un punto en el que le desaparecía por encima de las nalgas. Le volvía a brotar en los muslos y le llegaba hasta los dedos de los pies.

—Kava me ha contado que la primera vez que te vio intentó matarte con una lanza.

—Menudo cuentista está hecho —dijo el Leopardo, y siguió caminando.

Paramos en un claro, a unos cincuenta pasos de un árbol. El Leopardo se descolgó el arco.

—¿Eres suyo y él es tuyo? —le pregunté.

—Es verdad lo que la Sangoma dice de ti —dijo él.

—Esa mujer se puede ir a chupar entre las nalgas de un leproso.

Se rio.

—Enseguida estarás preguntando por el amor —me dijo.

—Bueno, ¿sientes amor por él, y te ama él a ti?

Me miró fijamente. O bien le acababan de salir bigotes o bien yo acababa de fijarme en ellos.

—Nadie ama a nadie —dijo.

Me dio la espalda y señaló con la cabeza el árbol. El árbol extendió los brazos para darle la bienvenida y desvelarle un agujero que tenía en lugar de corazón, un agujero a través del cual yo podía ver. El Leopardo ya tenía el arco en la mano izquierda, la cuerda en la derecha y una flecha entre los dedos. Antes incluso de que yo lo viera levantar el arco, tensar la cuerda y soltar la flecha que pasó por el agujero del árbol sin hacer ruido alguno, él ya había colocado y disparado otra. Por fin colocó y disparó una tercera y me pasó el arco. Yo había pensado que sería ligero, pero era tan pesado como el bebé del bosque.

—Sigue mi mano —me dijo, y me la puso delante mismo de la nariz.

La movió a la izquierda y la seguí con los ojos. Su brazo llegó demasiado lejos y volví la cabeza para ver si estaba a punto de darme una bofetada o hacerme alguna otra pequeña maldad. A continuación movió la mano a la derecha y yo la seguí con la vista hasta que ya no pude verla.

—Sostenlo con la mano izquierda —me dijo.

—Tu flecha... —le dije.

—¿Qué?

—Brilla como el hierro.

—Es de hierro.

—Todas las flechas de los ku son de hueso y de cuarzo.

—Los ku todavía matan a los niños a los que les salen primero los dientes de arriba.

Así fue como el Leopardo me enseñó a matar con arco y flecha. Sostienes el arco por el lado del ojo que usas menos. Tensas el arco desde el lado del ojo que usas más. Abres las piernas hasta tener los pies igual de separados

que los hombros. Usas tres dedos para mantener la flecha en la cuerda. Levantas el arco, te llevas la cuerda hasta la barbilla, todo muy deprisa. Apuntas a tu objetivo y sueltas la cuerda. Mi primera flecha se fue para el cielo y a punto estuvo de alcanzar a un búho. La segunda dio en una rama que había encima del agujero. La tercera no sé a qué le dio, pero algo soltó un chillido. La cuarta dio en el tronco cerca del suelo.

—Se está enfadando contigo —me dijo el Leopardo, y señaló el árbol.

El árbol quería que yo recogiera las flechas. Arranqué la primera de la rama y el agujerito se cerró. Me daba demasiado miedo sacar la segunda, pero el Leopardo gruñó y la arranqué de golpe. Me giré para salir corriendo, pero una rama me arreó en toda la cara. La rama no estaba allí antes. El Leopardo se rio.

—No tengo puntería —dije.

—No puedes ver —me dijo.

Yo no podía ver sin parpadear, no podía tensar la cuerda sin temblar, no podía apuntar sin apoyar mi peso en la pierna equivocada. Podía soltar la flecha pero nunca cuando él me lo decía, de forma que la flecha nunca se clavaba allí donde yo apuntaba. Se me ocurrió apuntar al cielo para poder darle al suelo. Cierto, no sabía que el Leopardo fuera capaz de reírse tanto. Pero no se marcharía hasta que yo hubiera hecho que una flecha pasara por el agujero del árbol, y cada vez que le daba al árbol, éste me abofeteaba con una rama que o estaba siempre allí o no estaba nunca allí. El cielo ya se había oscurecido antes de que yo consiguiera que una flecha pasara por el objetivo. El Leopardo agarró las flechas y echó a andar, que era su forma de decir que habíamos terminado. Nos alejamos por un sendero que no reconocí, con rocas, arena y piedras cubiertas de musgo húmedo.

—Esto antes era un río —me dijo.

—¿Y qué le pasó?

—Que odia el olor a hombre y cada vez que nos acercamos fluye bajo tierra.



—¿En serio?

—No. Se está acabando la temporada de lluvias.

Yo estaba a punto de decirle que llevaba demasiado tiempo viviendo con la Sangoma, pero me contuve. Lo que le dije fue:

—¿Eres un leopardo que se convierte en hombre o un hombre que se convierte en leopardo?

Él seguía caminando por el barro, trepando por las rocas de lo que antaño había sido un río. Las ramas y las hojas tapaban las estrellas.

—A veces me olvido de volver a mi estado original.

—¿De hombre?

—De leopardo.

—¿Y qué pasa cuando te olvidas?

Se volvió para mirarme, apretó los labios y suspiró.

—Tu forma no tiene futuro. Es más pequeña. Más lenta, más débil.

No supe qué decirle, salvo:

—Pues a mí me pareces más rápido, más fuerte y más sabio así.

—¿Comparado con quién? ¿Sabes qué habría hecho un leopardo de verdad? Ya se te habría comido. Ya se habría comido a todo el mundo.

No me asustó, y tampoco él lo estaba intentando. Todo lo que el Leopardo me agitaba estaba en mis partes bajas.

—La bruja cuenta chistes mejores —le dije.

—¿Te ha dicho ella que es bruja?

—No.

—¿Sabes lo que hacen las brujas?

—No.

—O sea que o bien hablas con el culo o bien te tiras pedos por la boca. Ándate con cuidado, chico. Serías una pésima comida. Mi padre cambió y se olvidó de cómo volver a su forma original. Pasó el resto de su vida sumido en la miseria de esta forma.

—¿Y dónde está ahora?

—Un cazador se lo encontró en forma de hombre follándose a un guepardo y lo encerraron en una celda para locos. Pero se escapó, se subió a un barco y navegó al este. O eso he oído.

—¿Has oído?

—Los leopardos somos demasiado astutos, chico. Sólo podemos vivir solos; si de nosotros depende, nos robamos la caza los unos a los otros. Llevo sin ver a mi madre desde que tengo edad para matar a un antílope yo solo.

—Y en cambio no matas a los niños. Es sorprendente.

—Eso me convertiría en uno de vosotros. Sé dónde está el cubil de mi madre. He visto a mis hermanos, pero es asunto suyo por dónde corren y es asunto mío por dónde corro yo.

—Yo no tenía hermanos. Luego vine a la aldea y me enteré de que había tenido uno pero lo habían matado los gangatom.

—Y tu padre pasó a ser tu abuelo, según me ha contado Asani. ¿Y tu madre?

—Mi madre cocinaba el sorgo y se abría de piernas.

—Serías capaz de tener una familia de una sola persona y aun así destruirla.

—No la odio. No tengo nada con ella. Cuando se muera no lloraré, pero tampoco me reiré.

—Mi madre me amamantó tres lunas y luego me dio carne. Con eso me bastó. Aunque, claro, yo soy una bestia.

—Mi abuelo era un cobarde.

—Tu abuelo es la razón de que estés vivo.

—Prefiero que me den algo de lo que estar orgulloso.

—Porque no tenías orgullo ya, claro. ¿Qué dirían los dioses?

Se me acercó lo bastante como para que le notara el aliento en la cara.

—Se te ha agriado la expresión —me dijo.

Escrutó en mi interior, como si estuviera intentando encontrar mi cara perdida.

—Te marchaste porque tu abuelo era un cobarde.

—Me marché por otras razones —le dije.

Se dio la vuelta y extendió los brazos mientras caminaba, como si estuviera hablando con los árboles en vez de conmigo.

—Por supuesto. Te marchaste para encontrar un propósito en la vida. Porque despertarse, comer, cagar y follar está bien, pero no son propósitos. De forma que lo buscaste, y ese propósito te llevó a los ku. Pero tu propósito con los ku pasó a ser matar a una gente a la que ni siquiera conoces. Me reafirmo en lo que he dicho antes: tu forma no tiene futuro. Y aquí estamos. Aquí estás, y las mujeres gangatom bañan a sus hijos al otro lado de ese río. Podrías ir y matar a unos cuantos. Reparar el agravio. Incluso complacer a los dioses y a su vil concepto de equilibrio —dijo el Leopardo.

—¿Estás blasfemando?

—Blasfemar implica que uno cree.

—¿No crees en los dioses?

—No creo en creer. No, falso. Sí que creo que hay antílopes en el bosque y peces en el río, y que los hombres siempre van a querer follar, que es el único de sus propósitos que me gusta. Pero estamos hablando del tuyo. Tu propósito es matar a los gangatom. Y, sin embargo, vives en la casa de una mujer gangatom y juegas con niños mingi. A Asani pude leerlo en un solo día, pero ¿tú? Tú eres un misterio para mí.

—¿Qué leíste en Asani?

—Te puedes alejar de la situación...

—Ya me he alejado de ella.

—Pero sigues llevándola en el corazón. Esos hombres mataron a tu padre y a tu hermano y sin embargo es tu familia la que te pone furioso.

—Qué harto estoy de la gente que intenta leerme.

—Pues para de desplegarlo como un pergamino.

—Estoy solo.

—Gracias a los dioses, o tu hermano sería tu tío.

—No me refiero a eso.

—Ya sé a qué te refieres. Estás solo. Pero estar solo te enferma el alma. Eso es algo que no tenemos en común. Aprende a no necesitar a la gente.

Yo olía las chozas que teníamos encima.

—¿Te gusta más follar como hombre o como bestia? —le dije.

Sonrió.

—¡Menuda pregunta tan sucia!

Asentí con la cabeza.

—Me gusta tener su pecho sobre el mío, sus labios en mi cuello, mirarlo cuando goza de mí. A él le gusta que le azote la cara con la cola.

—¿Eso es lo que lees en Asani?

—Leo que sus pies lo han llevado tan lejos como ha podido.

—¿Siente amor por ti y tú por él?

—¿Amor? Conozco el hambre, el miedo y la pasión. Conozco la sensación de la sangre caliente llenándote la boca cuando muerdes la carne de la presa recién cazada. Asani no era más que un hombre que entró en mi territorio y al que yo podría haber matado. Pero me encontré en plena noche de luna roja.

—No entiendo.

—No, no entiendes. En cuanto al territorio... —Caminó de un árbol al siguiente, y al siguiente, meando para marcar el suelo. Caminó hasta el árbol que nos alojaba y mojó la base.

—Hienas —dijo.

Di un respingo.

—¿Vienen hienas?

—Ya están aquí. Observándonos desde lejos. ¿No te...? No, no conoces su olor. Saben quién vive en lo alto de este árbol. ¿Es así como funciona tu habilidad? ¿En cuanto conoces un olor ya puedes seguirlo adonde sea?

—Sí.

—¿El mío?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Podría encontrar a mi abuelo ahora mismo, con los ojos cerrados, por mucho que esté a siete u ocho días de aquí. Y a sus tres concubinas, incluyendo a la que se mudó a otra ciudad. A veces hay demasiados olores y la mente se me colapsa, se apaga y vuelve trayéndome todo a la vez, como si me despertara en la plaza de la ciudad y todo el mundo me estuviera gritando en un idioma que no entiendo. De pequeño tenía que taparme la nariz y llegar al borde de la muerte cuando todo era demasiado fuerte. Todavía enloquezco a veces.

Se me quedó mirando un rato largo. Aparté la vista para mirar las hierbas que brillaban en la oscuridad y traté de distinguir sus formas. Cuando me volví de nuevo hacia él, todavía me estaba mirando.

—¿Y los olores que no conoces? —me dijo.

—Un pedo podría venir perfectamente de una flor.

La tercera historia.

Tardé toda la noche en darme cuenta de que llevábamos ya dos lunas con la Sangoma.

—Diez y siete años me pasé estudiando la ithwasa, la iniciación para hacerme sangoma.

Había ido a la choza de arriba aquella mañana, como todas las mañanas cuando ella me llamaba. La Niña de Humo me subía por las piernas y el pecho y se me sentaba en la cabeza. El Niño Bola botaba a mi alrededor. La Sangoma estaba palpando las cuentas de un collar que había enterrado tres noches antes y entonaba un cántico suave. El niño al que solía dar de mamar no paraba de chocar contra la pared, coger carrerilla y chocar contra la pared, una y otra vez, y ella no lo detenía. El día anterior, la Sangoma le había dicho al Leopardo que me llevara al bosque y me enseñara a disparar con arco. Lo

único que yo había aprendido era que me tenía que dedicar a otra cosa. Ahora lanzo hachas. Incluso dos a la vez.

—Diez y siete años de pureza, de humillarme ante los antepasados, de aprender adivinación y el oficio del maestro al que llamo Iyanga. Aprendí a cerrar los ojos y a encontrar cosas escondidas. Aprendí medicinas para deshacer las brujerías. Ésta es una choza sagrada. Aquí viven antepasados, antepasados y niños, algunos de los cuales son antepasados renacidos. Otros sólo son niños con dones. Igual que tú eres un niño con dones.

—No soy...

—Modesto, es verdad. Eso está claro, chico. Tampoco eres paciente, sabio ni demasiado listo.

—Y, sin embargo, les dijiste a Kava y al Leopardo que trajeran aquí a este chico sin cualidades. ¿Quieres que me vaya?

Me giré para marcharme.

—¡No!

Le salió más fuerte de lo que había sido su intención, y los dos nos dimos cuenta.

—Haz lo que te plazca. Vuélvete con ese abuelo que se hace pasar por tu padre —me dijo.

—¿Qué quieres, bru... Sangoma?

Señaló con la cabeza al niño de las piernas largas. El crío se fue a la otra punta de la habitación y volvió con una bandeja de fibras de bambú.

—Durante mi ithwasa, mi maestro me dijo que vería cosas lejanas. Demasiado lejanas —dijo la Sangoma.

—Cierra los ojos, pues.

—Necesitas respetar a tus mayores.

—Lo haré, cuando conozca a mayores a los que pueda respetar.

Ella se rio.

—Con tantas cosas saliéndote de la boca, no me extraña que tengas ganas de que te entren otras por detrás.

No iba a conseguir ofenderme. Ni oírme, ni olerme. Ni contarles nada nuevo al chico que brillaba como la luna ni al Leopardo. Ni por un instante.

—¿Qué quieres?

—Mira los huesos. Los he estado tirando cada noche durante una luna y veinte noches y siempre caen de la misma forma. El hueso de hiena cae primero, lo cual significa que he de esperar a un cazador. Y a un ladrón. Y justo después de la primera noche llegaste tú.

—Ese conocimiento me pasó por alto.

—¿Para qué te sirve tener ojos? Conozco a un par que les sacarían más provecho que tú.

—Mujer...

—No he terminado. Usa esas narices que te han dado los dioses o la próxima vez no repararás en la víbora.

—¿Quieres mis narices?

—Quiero a un niño. Ya hace siete noches que se marchó. Los huesos me lo confirman, pero nunca pensé que ningún niño se alejaría tanto de esta comida tan buena.

—Yo no la llamaría...

—No me hagas enfadar, chico. Ha dejado de creer como un niño, ha dejado de creer lo que le he estado diciendo todas estas lunas. ¡Ahora me llama ladrona de niños! Pero así es la vida... ¿Qué criatura quiere creerse que su propia madre lo abandonó para que fuera pasto de los perros salvajes? De forma que me llamó ladrona de niños y después se fue en busca de su madre. Incluso me pegó cuando no quise apartarme de su camino. Mis criaturas estaban demasiado asombradas, o lo habrían matado allí mismo. Se bajó de un salto del árbol y echó a correr hacia el sur.

Miré a mi alrededor. Sabía que algunos de aquellos niños serían capaces de matarme en un abrir y cerrar de ojos.

—Tendrás a tu niño de vuelta.

—Por mí, el niño ese puede meterse otra vez en el koo reseco de su madre

y coserse el cordón de la vida de vuelta en la panza. Pero me ha robado algo valioso.

—¿Una joya? ¿La prueba de que eres una mujer?

—Maldito será el día en que tu mente alcance a tu boca. La vesícula de la cabra que sacrificaron en mi ceremonia de iniciación. La llevaba desde entonces en el pelo. El niño se marchó una mañana, pero me la había quitado aquella noche mientras yo dormía.

—¿Te la robó de la cabeza?

—Como te digo, estaba durmiendo.

—Yo creía que los seres encantados tenían el sueño ligero.

—¿Qué sabes tú de los seres encantados?

—Que cualquier cosa los despierta.

—Debe de ser por eso que deambulas por las noches.

—Yo no...

—Espero que encuentres lo que andas buscando. Pero basta. Quiero lo que me robó. Hablas de brujas... Sin esa vesícula, las brujas sabrán de la existencia de este sitio. Puede que no te importen los niños, pero seguro que te gustan las monedas de oro.

—No me hace falta oro en la ald...

—Nunca volverás a esa aldea.

Me miró y el dibujo de cicatrices que tenía en torno a los ojos le cargó la mirada de ferocidad.

—Coge las monedas y encuentra al niño —me ordenó.

Me abofeteó en la cara con un taparrabos. El olor se me metió en las narices antes de que pudiera respirar.

—Sé cómo funciona ese olfato, chico. Eres incapaz de dejar de buscar a quien deja el olor, o te vuelves loco.

Tenía razón. Yo no sabía si podía odiarla más.

—Coge las monedas y encuentra al niño.

Nos mandó al Leopardo y a mí. Él también tiene buen olfato, me dijo. Yo



había pensado que me mandarían con Kava. El Leopardo no parecía ni complacido ni contrariado. Justo antes de marcharnos, sin embargo, los vi a los dos en el tejado de la tercera choza; Kava agitaba las manos como un loco y el Leopardo tenía la misma pinta de siempre. Kava tiró un palo y el Leopardo se le echó encima como una centella y le rodeó la garganta con la mano. Por fin lo soltó y se alejó. Kava se rio.

—Cuidado con adónde te lleva ese puto gato —me dijo Kava cuando lo vi poco después.

Yo estaba llenando odres de agua en la orilla del río. Y entonces pasó lo siguiente. Después de llenarlos, busqué barro rojo y arcilla blanca. Cuando encontré arcilla, dibujé una línea blanca que me dividía la cara. Luego otra a la altura del ceño. Luego me tracé líneas rojas en las mejillas y siguiéndome las costillas, que ahora se me veían más, aunque eso no me preocupaba de la manera en que habría preocupado a mi madre.

—No me va a llevar a ninguna parte. Me voy para encontrar al niño —dije.

—Cuidado con adónde te lleva ese puto gato —repitió.

No dije nada. Intenté dibujarme las marcas detrás de las rodillas. Kava se me acercó por detrás y cogió un puñado de arcilla blanca. Me la frotó desde las nalgas hasta las rodillas y las pantorrillas.

—Los leopardos son astutos. ¿Conoces sus costumbres? ¿Sabes por qué van solos? Pues porque traicionan incluso a los suyos, y por unas presas que ni siquiera quieren tocar las hienas.

—¿Te ha traicionado a ti?

Kava levantó la vista para mirarme pero no dijo nada. Me estaba pintando los muslos. Yo quería que parara.

—Cuando hayáis encontrado al niño, él seguirá su camino hasta las Tierras del Sur. Las praderas se están secando y la caza es una birria.

—Si quiere...

—Lleva demasiado tiempo siendo hombre. Los cazadores tardarán dos

noches en matarlo. La caza es más salvaje, hay bestias que lo van a hacer pedazos. Por allí los cazadores tienen flechas envenenadas y matan a niños. Hay bestias más grandes que este árbol, hojas de hierba a las que les encanta la sangre, bestias que lo van a...

—Hacer pedazos, sí. ¿Y qué quieres que haga?

Kava se lavó la arcilla de las manos y empezó a trazarme un dibujo en las piernas.

—Que se marche conmigo, y que se olvide de esta mujer y de sus niños malditos. Fue idea de él salvarlos, no mía. Es cosa de los dioses que vivan o mueran. ¿Quién vive en la choza de arriba? —me preguntó.

—No lo...

—Ella sube comida todos los días. Y ahora te lleva a ti.

—Estás celoso.

—¿De ti? ¡Llevo sangre de jefes en las venas!

—No era una pregunta.

Se rio.

—Si quieres jugar con sus artes oscuras, adelante, haz lo que quieras. Pero el Leopardo se viene conmigo. Nos volvemos a la aldea. Entre los dos mataremos a los responsables de la muerte de mi madre.

—Pero si me dijiste que a tu familia la había matado el viento. Me dijiste...

—Ya sé lo que dije, estaba presente cuando lo dije. El Leopardo ha dicho que partirá en cuanto encontréis al niño. Dile que no vas a ir.

—¿Y luego?

—Luego le abriré los ojos —dijo Kava.

—Tu forma no tiene futuro.

—¿Cómo?

—Alguien me lo dijo hace unos días.

—¿Quién? Por aquí no pasa nadie. Te estás volviendo igual de loco que esa zorra. Te he visto, en el tejado de esa choza, agarrando el aire y jugando con él como un niño. La Sangoma infecta este sitio. ¿Qué sabes de ese niño?

¿Que se escapó porque era un ingrato? ¿Acaso ella lo ha acusado de ladrón?  
¿O de asesino?

Se puso de pie y me miró.

—O sea que sí. ¿Piensas como hombre o ella gobierna todos tus pensamientos? El niño se escapó.

—Esto no es una cárcel.

—Entonces ¿por qué se escapó?

—Porque cree que su madre llora por él por las noches. Que no es mingi.

—¿Y quién dice que está mintiendo? ¿La Sangoma? A todos los niños de aquí les cuenta la misma historia. Pero si la Sangoma lleva tantos años viviendo en los árboles, ¿dónde están los niños que se han hecho mayores? El animal y tú vais a cazarlo y traerlo de vuelta, ¿y qué haréis cuando os diga que no, que no quiere volver?

—Ahora te entiendo. Crees que ella también tiene engañado al Leopardo.

—El Leopardo no es tonto. Le da todo igual. Si ella lo manda al este, él va al este, con tal de que allí haya peces y los jabalíes estén gordos. No tiene nada en el corazón.

—¿Y qué arde en el tuyo?

—Follasteis en el bosque —me dijo.

Lo miré.

—Me contó que te estaba enseñando a disparar con el arco. Esa puta bestia me estaba vendiendo patrañas.

Pensé en dejarlo allí con la incógnita, o bien en decirle que no habíamos follado ni follaríamos nunca, para tranquilizarlo, pero también pensé: A la mierda los dioses y la necesidad de Kava de quedarse tranquilo.

—Nunca te amaré —dijo Kava.

—Nadie ama a nadie —le dije yo.

Me dio un puñetazo en la cara —en toda la mejilla— y me derribó en el barro. Se me echó encima antes de que yo pudiera ponerme de pie. Me inmovilizó con las rodillas sobre los brazos y me dio otro puñetazo en la cara.

Le di con la rodilla en las costillas. Gritó y se cayó. Pero yo estaba tosiendo, jadeando, llorando como un niño, y él volvió a abalanzarse sobre mí. Rodamos por el suelo y mi cabeza golpeó una roca y el cielo se puso gris y negro y el barro se hundió y su saliva se me metió en el ojo, pero yo no podía oírlo, sólo veía el fondo de su garganta. Rodamos hasta el río y me agarró el cuello con las manos, me sumergió en el agua, tiró de mí, me sumergió y el agua se me metió por la nariz. El Leopardo le saltó sobre la espalda y le mordió el cuello. La fuerza del ataque los hizo caer a ambos en el río. Me incorporé para ver que el Leopardo aún tenía las fauces en torno al cuello de Kava y que estaba a punto de lanzarlo por los aires como si fuera un muñeco y grité. El Leopardo lo soltó pero gruñó. Kava se adentró en el río dando tumbos hacia atrás y se tocó el cuello. La mano le quedó llena de sangre. Me miró primero a mí y después al Leopardo, que todavía estaba andando en círculos por el río, delimitando el terreno que no se podía traspasar. Kava se volvió, subió corriendo el talud del margen y se metió en el bosque. El ruido hizo venir a la Sangoma en compañía del Niño Jirafa y de la Niña de Humo, que apareció delante de mis ojos y volvió a esfumarse. El Leopardo se transformó en hombre y de camino a la choza pasó por delante de la Sangoma.

—No te olvides de para qué te mandé a buscar —me dijo ella.

Cuando salí del río, me tiró un grueso paño. Pensé que era para secarme, pero estaba todo impregnado del olor del niño.

—Ese niño se puede pasar lunas enteras en mis narices.

—Pues entonces más te vale darte prisa y encontrarlo —me dijo.

Cogimos un arco, muchas flechas, dos dagas, dos hachas y una jícara que até a mi cintura con un pedazo de la tela dentro y salimos antes del alba.

—¿Tenemos que encontrar al niño o matarlo? —le dije al Leopardo.

—Nos lleva siete días de ventaja. Estas cosas son por si alguien lo

encuentra antes que nosotros —dijo desde detrás, pues confiaba en mi olfato, a diferencia de mí: el olor del niño era demasiado fuerte en un sitio y demasiado débil en otro, como si alguien me hubiera trazado su camino delante. Al cabo de dos noches, su rastro seguía por delante de nosotros.

—¿Por qué no ha ido al norte, de vuelta a la aldea? ¿Por qué ir al oeste? —pregunté.

Me detuve y el Leopardo pasó a mi lado, giró al sur y se detuvo al cabo de dos pasos. Agachó la cabeza para olisquear la hierba.

—¿Quién ha dicho que era de tu aldea? —preguntó.

—En caso de que estés intentando captar el olor del niño, no ha ido hacia el sur.

—Es cosa tuya encontrarlo, no mía. Yo estoy buscando la cena.

Antes de que yo pudiera decir nada más, él ya se había puesto a cuatro patas y se había adentrado en la maleza. Era una zona seca, de árboles flacos como tallos de hierbas, sedientos de lluvia. Un suelo rojo y duro de barro resquebrajado. La mayoría de los árboles no tenían hojas, y de las ramas brotaban otras ramas de las que brotaban otras ramas tan finas que al principio yo había pensado que eran espinas. Parecía que el agua se hubiera enemistado con aquel lugar, pero de algún sitio cercano me llegaba el aroma de un pozo. Lo bastante cercano como para oír un chapoteo, un gruñido y un centenar de pezuñas de animales echando a correr en estampida.

El Leopardo me alcanzó antes de que yo llegara al río, todavía a cuatro patas y con un antílope muerto en las fauces. Aquella noche contemplé asqueado cómo yo cocinaba mi parte. Volvía a caminar sobre dos piernas pero se estaba comiendo la pata del antílope cruda, arrancando la piel con los dientes, hundiéndolos en la carne y relamiéndose la sangre de los labios. Yo quería disfrutar de la carne de la misma forma en que la disfrutaba él. También me asqueaba mi pata quemada y negra. Me dedicó una mirada que decía que no entendería nunca por qué ningún animal de aquella tierra se querría comer a su presa quemándola primero. Él no tenía olfato para las

especias y yo tampoco tenía ninguna que echarle a la carne. Había una parte del antílope que no estaba cocinada y procedí a comérmela, masticando despacio, preguntándome si sería aquello lo que el Leopardo comía cuando comía carne, cálida y fácil de desgarrar, y si la sensación del hierro derramándose en la boca era agradable. Pero a mí nunca me gustaría. La cara del Leopardo estaba hundida en aquella pata.

—Los árboles han cambiado —dije.

—Es un tipo distinto de bosque. Aquí los árboles son egoístas. No comparten nada bajo la tierra; sus raíces no mandan nada a otras raíces, ni comida ni noticias. No desean vivir juntos, de forma que, a menos que llegue lluvia, morirán juntos. ¿Y el niño?

—Su olor está al norte. Ni se intensifica ni se debilita.

—O sea que está quieto. ¿Duerme?

—Quizá. Pero si no se mueve, lo encontraremos mañana.

—Antes de lo que yo pensaba. Si quisieras, podrías dedicarte a esto.

—Cuando lo encontremos, ¿querrás seguir adelante?

Él tiró el hueso al suelo y me miró.

—¿Qué más te dijo Asani antes de intentar ahogarte?

—Que me vas a mandar de vuelta con el niño pero tú no vas a regresar.

—Le dije que quizá no regresara, no que no fuera a regresar.

—¿Y qué vas a hacer, pues?

—Depende de lo que encuentre. O de lo que me encuentre a mí. ¿A ti qué te importa?

—Nada, nada de nada.

Sonrió, se levantó y se me puso al lado. El fuego proyectaba líneas duras en su cara y le iluminaba los ojos.

—¿Tú por qué vuelves?

—Porque la Sangoma quiere su vesícula.

—No a la maldita Sangoma, a la aldea. ¿Por qué vuelves a la aldea?

—Porque allí está mi familia.

—No tienes a nadie allí. Asani me contó que lo único que te espera es una venganza.

—Una venganza es algo, ¿no?

—No.

Miró el fuego. La boca se le llenaba de asco al ver cómo se cocinaba la comida, pero el fuego lo había encendido él. Saqué de la jícara el jirón de tela que llevaba el aroma del niño. Por mucho que prefiriera no dormir en el suelo, nuestra presa tampoco podría dormir en lo alto de aquellos árboles.

—Vente conmigo —me dijo.

—¿Adónde?

—No, quiero decir que vengas conmigo después de esto. Después de que encontremos al niño. A la Sangoma no le interesa el niño, lo único que quiere es ponerse esa porquería de vesícula en su porquería de pelo. Así pues, lo encontramos, le metemos miedo y le hacemos volver. Y nos vamos al oeste.

—Kava quiere...

—¿Qué pasa, que aquí manda Asani?

—Algo ha pasado entre vosotros.

—No ha pasado nada. Así es la cosa entre nosotros. Él te supera en años, pero en todos los demás sentidos es el menor. Juega con las vidas ajenas y mata por diversión. Los rasgos más repulsivos de vuestra forma.

—Pues entonces deja de cambiar a ella. Con los actos repulsivos que te gustan nunca te escandalizas.

—Dime uno. ¿Te crees que con esta luna que hay hoy me puedes juzgar, niño? Hay tierras donde a los hombres que aman a otros hombres les cortan la polla y los dejan que se desangren. Además, yo hago lo que hacen los dioses. De todos los rasgos terribles de tu forma, la vergüenza es la peor.

Yo sabía que me estaba mirando. Yo estaba contemplando las llamas pero sentí que volvía la cabeza. El viento de la noche mandaba una fragancia que me resultaba desconocida. Fruta madura, quizá, pero en aquel monte no había

nada que diera fruto. Aquello hizo que recordara algo y me sorprendió no haberme acordado hasta entonces.

—¿Qué les pasó a los que nos estaban siguiendo?

—¿A quiénes?

—La noche en que llegamos a casa de la Sangoma. La mujercita dijo que nos estaba siguiendo alguien.

—Siempre está con miedo de que algo o alguien vaya a por ella.

—Tú también lo creías.

—No creo en el miedo, pero creo en lo que cree ella. Además, existen por lo menos diez y seis encantamientos para despistar a los cazadores y merodeadores.

—¿Como las víboras?

—No, ésas siempre son reales —dijo con una sonrisa perversa.

Estiró el brazo y me agarró del hombro.

—Ve a tener dulces sueños. Mañana encontraremos al niño.

Me desperté de un salto y me puse de pie, hambriento de aire. No, de aire no. Eché a andar de un lado a otro como si hubiera perdido algo, como si me hubieran robado algo. Eso despertó al Leopardo. Caminé a izquierda y derecha, al norte y al sur, me tapé la nariz y respiré hondo, pero seguí sin encontrar nada. Casi me metí en el fuego medio apagado antes de que el Leopardo me agarrara la mano.

—Tengo la nariz ciega.

—¿Qué?

—He perdido su rastro.

—¿Quieres decir que está...?

—Sí.

Se sentó en el suelo de tierra.

—Aun así, tenemos que recuperar la vesícula —me dijo—. Sigamos hacia



el norte.

No conseguimos salir de aquel bosque hasta el crepúsculo. Oliendo nuestro hedor fresco, se negaba a dejarnos salir, azotándonos y abofeteándonos en el pecho y en los pies, proyectando ramitas para que se nos engancharan en el pelo, dispersando espinas por el suelo para pincharnos en los pies y haciendo señas a los buitres que volaban por el cielo para que bajaran. Pero éramos dos animales, carne fresca, y no les interesábamos. Cruzamos la sabana y tampoco se fijaron en nosotros los antílopes, las garcetas ni los jabalíes. Pero a continuación llegamos a otro bosque que parecía vacío. Nadie entraba en él, ni siquiera dos leones que miraron al Leopardo y asintieron con la cabeza.

El nuevo bosque ya estaba a oscuras. Árboles altos pero finos con ramas que se elevaban al cielo y que se romperían bajo el peso del Leopardo. Troncos de los que se caía la piel, mostrando su edad. Pisamos huesos desparramados por todo el suelo. Di un salto involuntario cuando me llegó el olor.

—Está aquí —dijo el Leopardo.

—No conozco su olor de muerto.

—Hay otras formas de saberlo —dijo él, y señaló el suelo.

Pisadas. Algunas de ellas pequeñas como las de un muchacho. Otras grandes pero parecidas a huellas de manos, grabadas en la hierba y en el barro. Y algunas enloquecidas, como si primero hubieran caminado, luego hubieran corrido y por fin hubieran perdido el juicio. El Leopardo me adelantó, caminó unos pasos y se detuvo. Pensé que iba a transformarse, pero lo que hizo fue abrir el saco y lanzarme las hachas. Luego agarró una flecha y sacó su arco.

—¿Todo esto por una vesícula apéptica?

El Leopardo se rio. La verdad es que era más agradable que Kava.

—Estoy empezando a pensar que Kava decía la verdad sobre ti —admití.

—¿Quién ha dicho que mintiera?

Cierto; cerré la boca y me limité a mirarlo, confiando en que cambiara lo que acababa de decir.

—El niño fue secuestrado. Lo raptó la Sangoma en persona. Se lo robó a su propia hermana. Sí, menuda historia, ññato. ¿Y sabes por qué les tiene tanto odio a las brujas? Pues porque su hermana lo era. Lo es. No sé. Lo que cuenta su hermana es que la Sangoma es una ladrona de criaturas que les roba los bebés a sus madres y los instruye en las artes oscuras. Lo que cuenta la Sangoma es que su hermana es una bruja asquerosa y que el niño no era de ella, porque todas las brujas son estériles por culpa de las pociones que beben para adquirir poderes. Había robado a la criatura y se disponía a venderla por partes en el Malangika, el mercado secreto de las brujas. Muchas hechiceras pagarían una buena suma por un corazón de bebé extraído el mismo día.

—¿Qué historia te crees tú?

—La historia en la que no tengo que elegir a un niño muerto. Da igual. Voy a dar la vuelta al bosque. No se escapará.

Y se fue corriendo antes de que yo pudiera decirle que odiaba aquel plan. Sí que tengo buen olfato, como dice la gente. Pero resultaba inútil cuando no sabía qué estaba oliendo.

Pasé por encima de un espeso matorral y me adentré en el bosque. Al cabo de pocos pasos el suelo ya estaba más seco, como arena, y la tierra se me pegaba a los pies. Trepé por un esqueleto gigante, cuyos colmillos indicaban que era un elefante joven, con cuatro costillas aplastadas. Da media vuelta y deja que el Leopardo asuste al niño y lo haga salir, me dijo mi mente, pero seguí adelante. Pasé por un montón de huesos, como un altar, un montículo escalonado, y aparté dos arbolitos con las manos para pasar entre ellos. En las ramas altas no se movía nada, ni aves, ni serpientes ni monos. El silencio es lo contrario del sonido, no su ausencia. Aquello era su ausencia.

Miré hacia atrás pero no pude acordarme de dónde venía. Estaba dando la vuelta al árbol, pisando arbustos y maleza silvestre, cuando algo crujió detrás de mí. No había más que un olor, acre y hediondo. Un hedor a podredumbre.

A podredumbre humana. Pero yo no tenía nada delante ni detrás. Aun así, sentí la presencia del niño. Quise llamarlo por su nombre.

Oí otro crujido y me giré, pero sin dejar de andar. Algo húmedo me tocó la sien y la mejilla. Un olor, aquel olor..., podredumbre. Me toqué la mejilla y encontré algo, sangre y limo, quizá saliva. Entrañas colgando como lianas, otras enredadas debajo de un costillar, olor a podredumbre humana y a mierda. La piel llena de desgarrones, como si todo lo de más abajo hubiera sido serrado con un cuchillo mellado. Una parte de la piel del costado se había desprendido dejando al descubierto las costillas. Lo sostenían las lianas que tenía bajo los brazos y alrededor del cuello. La Sangoma había dicho que le buscáramos un círculo de pequeñas cicatrices en torno al pezón derecho. Era el niño. En lo alto del árbol había otros hombres, mujeres y niños, todos muertos; a la mayoría les faltaba medio cuerpo, a algunos, la cabeza, a otros, las manos o los dedos, y a todos les colgaban las tripas.

—A Sasabonsam, mi hermano de madre, le gusta la sangre. A Asanbosam, que soy yo, le gusta la carne. Sí, la carne.

Di un respingo. La voz sonaba a pestilencia. Un paso atrás. Estaba en la guarida de alguno de los dioses viejos y olvidados, del tiempo en que los dioses eran toscos y sucios. O bien de un demonio. Pero estaba rodeado de gente muerta. Mi corazón, el tambor que yo tenía dentro, sonaba tan fuerte que podía oírlo. El tambor me tañía en el pecho y el cuerpo me temblaba. La voz pestilente dijo:

—Los dioses nos han mandado a uno bien gordo, ya lo creo. A uno bien gordo nos han mandado.

*Me gusta la carne*

*y el hueso.*

*A Sasa le gusta la sangre*

*y la semilla. Él te ha enviado a nosotros.*

*Ukwau tsu nambu ka takumi ba.*

Me volví. No había nadie. Miré hacia delante: el niño. El niño tenía los ojos abiertos, hasta entonces no me había fijado. Muy abiertos, gritando a la nada, gritándonos que llegábamos demasiado tarde. *Ukwau tsu nambu ka takumi ba*. Yo conocía aquella lengua. *A las cosas muertas no les falta quien las devore*. Detrás de mí, el viento cambió de dirección. Me volví otra vez, de golpe. Estaba colgando boca abajo. Una mano gris y enorme me agarró del cuello y sus zarpas se me clavaron en la piel. Apretó hasta dejarme sin aire y me subió al árbol.

No sé cuánto rato tuve la mente apagada. Una liana se me enroscó en el pecho, en las piernas y en la frente, dejándome el cuello y el vientre al descubierto. El niño colgaba justo delante de mí, mirándome con los ojos muy abiertos, buscando. Con la boca todavía abierta. Se me ocurrió que quizá aquella fuera su pose en el momento de morir, el último grito que no le había salido, hasta que vi que tenía algo dentro de la boca, algo negro pero también verde. La vesícula.

—Nos hemos roto un diente, cuando lo único que queríamos era probar un poquito. Una pizquita de nada.

Yo conocía su olor y sabía que estaba encima de mí, pero el aroma no se quedó quieto. Levanté la vista para verlo caer, con la mano en el costado como si estuviera arrojándose de cabeza al suelo. Gris y violeta y negro y apestoso y enorme. Al pasar junto a una rama, la enganchó con los pies y la rama osciló. Sus pies, alargados y con escamas en los tobillos, con una zarpa saliéndole del talón y otra en lugar de dedos, se quedaron curvados en torno a la rama, como ganchos. A continuación se soltó, cayó y se agarró a otra rama, lo bastante baja como para que su cara me quedara delante. Una franja de pelo violeta le recorría el centro de la cabeza. En el cuello y los hombros los músculos se le apelotonaban, como a los búfalos. Tenía un pecho que parecía el vientre de un cocodrilo. Y qué cara. Escamas encima de los ojos, nariz chata pero con unos orificios nasales anchos de los que salían pelos violetas. Unos pómulos altos como si siempre tuviera hambre, la piel gris con verrugas

y dos dientes brillantes y afilados que le asomaban de las comisuras de la boca hasta cuando no hablaba, como si fuera un jabalí.

—Hemos oído que en tierras donde no hay lluvia, las madres hablan de nos para espantar a los niños. ¿Oyes? Dicen verdad, deliciosa, deliciosa.

Y aquel aliento suyo, repulsivo como podredumbre de cadáver, repulsivo como mierda de enfermo. Recorrí con la mirada su pecho y las crestas de huesos que le abultaban bajo la piel, tres a la izquierda y tres a la derecha. Sus muslos atiborrados de músculos, como troncos de árboles por encima de unas rodillas flacas. Me ató bien fuerte. Oí a mi abuelo diciendo que daría la bienvenida a la muerte cuando la viera venir, pero en aquel momento supe que era un necio. Era lo típico que decía alguien que esperaba que la muerte le llegara mientras dormía. Y quise gritarle cuánto se equivocaba, qué injusto era ver venir a la muerte, y quise gritar con tristeza eterna porque aquella criatura había decidido matarme despacio, pincharme mientras me contaba el placer que le producía. Masticar mi piel y cortarme los dedos, y cada desgarrón de mi piel sería un desgarrón nuevo, y cada dolor sería un dolor nuevo, y cada terror sería un terror nuevo, y yo tendría que presenciar su placer. Y me querría morir deprisa de tanto que sufriría, pero no quería morir. No quería morir. No quería morir.

—¿No quieres morir? Niño, ¿nunca has oído hablar de nos? Pronto pronto pronto pronto estarás suplicando —dijo.

Cogió su mano cubierta de verrugas, con pelos en los nudillos y uñas en forma de zarpas y me agarró el mentón. Me abrió la boca de un tirón y dijo:

—Bonitos dientes, bonita boca, niño.

Cayeron gotas de un cuerpo que estaba encima de mí. Fue la primera vez que me acordé del Leopardo. Del Leopardo, que decía que iba a rodear el bosque, pero nadie sabía que aquel bosque tenía siete lunas de ancho. Aquel gato llorón metamórfico hijo de la gran puta no iba a volver. Asanbosam subió por una liana y se alejó dando brincos.

—Va a estar furioso con nos, ya lo creo. Furioso, furioso, muy muy

furioso. No toques la carne hasta que yo me haya bebido la sangre, me dice. Soy el mayor, me dice. Y nos da unos azotes terribles. Terribles. Terribles. Pero se ha ido y tengo hambre. ¿Y sabes qué es peor? ¿Qué es peor y peor? Que él también se come la mejor carne, como la cabeza. ¿Es justo, pregunto? ¿Es justo?

Cuando se volvió a descolgar para mirarme a la cara, tenía en la boca una mano con la piel negra y podrida tirando a verde. Se comió los dedos a mordiscos. Luego estiró el brazo izquierdo hacia mí, me clavó una zarpa en la frente y me hizo sangre.

—Llevo días sin carne fresca —dijo, y abrió mucho esos ojos negros, como si me estuviera suplicando—. Muchos muchos días.

Se metió el brazo en la boca y lo masticó poco a poco hasta que la carne del codo le quedó colgando de los labios.

—Necesita su sangre, ya lo creo, lo dice y es verdad. Déjalos vivos, me dice.

Me miró con los ojos otra vez muy abiertos.

—Pero nunca dice que os deje enteros.

Sorbió la tira de carne muerta.

—Arranco trozos de...

La primera flecha le atravesó el ojo derecho. La segunda le entró por la boca abierta para gritar y le salió por el pescuezo. La tercera le rebotó en el pecho. La cuarta le atravesó el ojo izquierdo. La quinta le atravesó la mano que se estaba llevando al ojo. La sexta se le clavó en la piel suave del costado.

El pie en forma de zarpa le resbaló de la rama. Lo oí golpear el suelo. El Leopardo se acercó saltando de rama en rama, apoyándose en una débil antes de que se rompiera y aterrizando en una fuerte. Se sentó allí donde el tronco se dividía en ramas y se quedó mirando los cuerpos, enrollando la cola alrededor de un puñado de hojas marchitas. Cambió a su forma de hombre antes de que yo pudiera mostrarle mi furia por haber tardado tanto.

En vez de eso, me eché a berrear. Odiaba ser un niño, mi propia voz me decía: No eres más que una criatura. El Leopardo bajó a por el saco y volvió con un hacha. Me hundí en su abrazo y me quedé allí, llorando. Él me dio unas palmadas en la espalda y me tocó la cabeza.

—Deberíamos irnos. Los de su especie viajan de dos en dos —dijo.

—¿Su hermano?

—Viven en árboles y atacan desde las alturas, pero nunca he oído hablar de ninguno tan lejos de la costa. Es Asanbosam, el caníbal. Su hermano, Sasabonsam, es el chupasangre. También es el listo. Deberíamos irnos.

—La vesícula.

—Ya la he cogido.

—¿Dónde está?

—Deberíamos irnos.

—No te he visto...

Me empujó.

—Sasabonsam volverá enseguida. Tiene alas.

## CINCO

El Leopardo decapitó a Asanbosam, le envolvió la cabeza con hojas de sukusuku y la metió en el saco. Nos volvimos por el mismo camino por el que yo había venido, con las armas desenfundadas y listas para cualquier bestia que se nos presentara aquella noche.

—¿Qué vas a hacer con la cabeza? —le pregunté.

—Clavarla en una pared para poder rascarme el culo cuando me pique.

—¿Qué?

No dijo más. Nos pasamos cuatro noches caminando, rodeando unos bosques que habría sido mucho más rápido cruzar, a fin de evitar a los animales de dos caras que debían de haber olido la carne de Asanbosam y alertado a su hermano. A una sola mañana de distancia de las chozas de la Sangoma me llegó un olor, y al Leopardo también. Olor a humo, ceniza, grasa y piel. Él gruñó y yo grité: Vamos. Agarré el arco, las armas y el saco y eché a correr. Cuando llegué al arroyo vimos a un niño flotando boca abajo. El Leopardo saltó al agua y lo pescó, pero una flecha le atravesaba el corazón. Conocíamos al niño. No era uno de los de la choza superior, pero era un mingi. No había tiempo para enterrarlo, así que el Leopardo lo volvió a dejar en el río, boca arriba, le cerró los ojos y lo dejó ir.

El sendero estaba obstruido por dos cadáveres, un niño y la niña albina, cada uno con una lanza clavada en la espalda. Todo estaba teñido de rojo de la sangre de los niños y las chozas estaban en llamas. La de abajo se había desplomado en un enorme montículo de cenizas y humo, y la mediana, debilitada por las vigas quemadas, se había partido en dos. Una de las mitades se había hundido sobre los escombros de la choza de abajo. El árbol



se mecía, negro y desnudo, con todas las hojas ardiendo. El fuego todavía rugía en la choza de arriba. La mitad del techo estaba en llamas y la mitad de la pared, negra y humeante. Salté al primer escalón, que se rompió bajo mi peso. Me caí dando tumbos y todavía rodaba por el suelo cuando el Leopardo subió brincando los escalones más seguros y entró corriendo en la choza. Abrió un agujero a patadas en la pared del fondo, todavía no afectada por las llamas, y siguió dando patadas hasta que el agujero fue lo bastante grande. Salió con su forma felina, sosteniendo a un niño por el cuello de la camisa, aunque el niño no se movía. El Leopardo señaló en dirección a la choza, para indicarme que quedaban más allí dentro.

Y dentro las llamas chillaban, reían y saltaban de hoja en hoja, de madera en madera y de tela en tela. En el suelo, el niño sin piernas estaba agarrando al niño con piernas de jirafa y gritándole que se moviera. Señalé la abertura y cogí en brazos al Niño Jirafa. El niño sin piernas salió rodando por el agujero y yo miré a mi alrededor por si quedaba alguien a quien no hubiera visto.

La Sangoma estaba en el techo, quieta, con los ojos como platos y la boca abierta en un grito silencioso. Una lanza le atravesaba el pecho, pero algo la mantenía pegada al techo como si fuera el suelo, y no era la lanza. Era brujería. Sólo se me ocurría una persona capaz de hacer brujería. Alguien había roto los hechizos de la Sangoma y había llegado hasta su mismo suelo. El fuego brincó hasta su vestido y la hizo inflamarse.

Salí corriendo con el niño.

Los gemelos emergieron del bosque con los ojos muy abiertos y las mandíbulas desencajadas. Supe que aquella expresión ya no los abandonaría nunca, daba igual cuántas lunas pasaran. El Leopardo apartó a un niño muerto para encontrar a otro vivo debajo, un albino. Éste chilló y trató de salir corriendo, pero se tropezó y el Leopardo lo agarró. Yo estaba dejando al Niño Jirafa sobre la hierba cuando apareció la Niña de Humo, temblando tanto que se empezó a dividir en dos, tres y cuatro niñas. Luego echó a correr, se esfumó y reapareció en el margen del bosque. Desapareció y volvió a

aparecer delante de mí, gritando en silencio. Echó a correr una vez más, se detuvo, corrió, se esfumó, apareció, se detuvo y me miró hasta que me di cuenta de que quería que la siguiera.

Las oí antes de verlas. Hienas.

Detrás de un árbol caído había tres peleándose por un pedazo de carne, gruñendo, desgarrándolo, mordiéndose entre ellas para cogerlo y tragándose cachos enteros. Evité pensar en qué podía ser aquello que se estaban comiendo. Otras cuatro hienas habían perseguido a un niño y lo habían obligado a trepar a un árbol, y ahora gruñían y se reían, burlándose de él antes de darle caza. La Niña de Humo apareció justo enfrente del niño y asustó a la manada. Las hienas retrocedieron pero no lo bastante como para que el niño pudiera salir corriendo. Trepé por un árbol que quedaba a unos cincuenta pasos y fui saltando de rama en rama y de árbol en árbol, tal como había visto hacer al Leopardo. De una rama alta me descolgué a una baja y después me volví a encaramar a otra alta. Bajé trepando otra rama, salté a otra y bajé deslizándome por el tronco, que se partía en dos como si fuera un tirachinas, a través de las hojas que me abofeteaban la cara, salté y me agarré a otra rama que primero se dobló bajo mi peso y después me lanzó hacia arriba.

Las hienas soltaban risillas y establecían el orden, decidían cuál de ellas iba a matar al niño. El árbol era alto y tenía las ramas finas, no conversaba con los árboles circundantes. Salté desde una de las ramas más altas, me agarré a otra, me descolgué y aterricé en el árbol, rompiendo todas las ramas que me rodeaban, arañándome las piernas y la mejilla izquierda y tragando hojas. Las cuatro hienas se acercaron más y la Niña de Humo intentó agarrar al niño. Eran hienas grandes, las más grandes de la manada. Hembras. Lancé una daga y por poco no le di a una en la pata. Otra retrocedió de un salto y se puso a tiro de mi segunda daga, que le acertó en la cabeza. Una se escapó y las otras dos se quedaron, gruñendo y soltando risillas.

Con un hacha en cada mano y un cuchillo en la boca, salté desde lo más

alto para aterrizar justo delante de una de las dos que quedaban y asestarle un hachazo doble y rápido en la cara, arrancando y clavando, arrancando y clavando, hasta que la sangre y la carne me salpicaron la cara y me cegaron. La hiena me derribó y me mordió la mano izquierda, desgarrándomela, aplastándomela, haciéndome rechinar los dientes y asustando al niño. La segunda intentó mordirme los pies. Apuñalé a la primera hiena en el cuello. Desclavé el cuchillo y la apuñalé otra vez. Y otra. Y otra. Se desplomó. La hiena que estaba intentando mordirme los pies se acercó para darme una dentellada. La atacé con la mano intacta y el cuchillo le rajó la cara y le reventó un ojo. Soltó un chillido y salió corriendo. Otras dos hienas mordisquearon la poca carne que habían dejado las demás y se largaron.

Mi mano izquierda, ensangrentada y deshecha en colgajos de carne, estaba inerte. El niño estaba tan asustado que se apartó de mí. La Niña de Humo vino corriendo y le hizo señas para que se fuera con ella. Mientras arrancaba a correr, una hiena le saltó encima. Aterrizó encima del niño, muerta con dos flechas atravesándole el cuello. El niño chilló mientras yo lo sacaba de debajo del animal. El Leopardo disparó dos flechas más y el resto de la manada se escapó.

El niño al que el Leopardo había sacado de la choza nunca llegó a despertarse. Enterramos a seis criaturas, pero paramos porque había muchas y cada muerte nos estaba matando. Los otros cuatro cadáveres que encontramos los envolvimos con cualquier tela o piel que pudimos encontrar y los echamos al agua para que el río se los llevara al inframundo. Tenían aspecto de estar volando en respuesta a la llamada de la diosa. Después de que encontráramos bayas y cocináramos carne para los niños, y de que éstos se quedaran dormidos el tiempo suficiente como para dejar de llorar y chillar en sueños, el Leopardo me llevó al bosque.

—Asigna la culpa —me dijo.

—¿Por qué? Ya sabes quién ha sido.

—¿Lo puedes oler?

—Los puedo oler a todos.

—Habrá más.

—Lo sé.

La Niña de Humo no quería que me fuera. Me siguió hasta el borde del claro, dejando atrás la zona antaño protegida por encantamientos, hasta que le dije a gritos que se volviera. El Leopardo tenía a los que habían sobrevivido: el niño rescatado de las hienas, el niño albino, el Niño Bola, los gemelos, el Niño Jirafa y ella. Había demasiados cadáveres para enterrarlos, así que la mayoría los quemamos. El tejado de la choza de arriba se hundió cuando me giré para marcharme y el niño albino rompió a llorar. El Leopardo no supo qué hacer. Tocó la cara del niño con la zarpa hasta que éste se le subió encima y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Debería irme —dijo.

—No puedes rastrearlos.

—Y tú no puedes matarlos.

—Me llevaré el hacha y el cuchillo. Y una lanza.

—Por ahora puedo seguirlos.

—Han cruzado el río para ocultar su rastro. No los encontrarás.

—Sólo tienes un brazo.

—Sólo necesito uno.

Me vendó el brazo con una tela aso oke que yo sabía que había sido el turbante de la Sangoma. En un primer momento, los olores de los hombres se habían debilitado, pero desde el crepúsculo volvían a ser intensos. Estaban descansando durante la noche. Habían llegado paso a paso a la choza por el mismo sendero que nosotros. Los podría haber encontrado incluso sin usar el olfato. Habían ido deshaciéndose de baratijas por el camino, a medida que se daban cuenta de que los amuletos de la Sangoma no valían nada. Los encontré a ellos y a mi tío antes de que fuera noche cerrada, asando carne con un espetón. El olor a carne quemada había espantado a todos los felinos. La media luna daba una luz tenue. Mi tío debía de haber venido a demostrar que

todavía sabía usar el cuchillo. Contra criaturas. Estaban entre dos marulas, bromeando y burlándose, uno de ellos con los brazos extendidos, poniendo unos ojos saltones, sacando la lengua y diciendo algo de una bruja en la lengua de la aldea. Otro estaba comiendo frutas que había en el suelo, caminando borracho y diciendo que era un rinoceronte. Otro decía que la bruja le había hechizado la panza y que tenía que ir a cagar. Lo seguí más allá de los árboles hasta donde el pasto de Napier le llegaba por encima del cuello. Lo bastante lejos como para poder oír las risas de los demás sin que los demás lo oyeran cagar. Se alzó el taparrabos y se puso en cuclillas. Pisé una rama podrida para obligarlo a levantar la vista. Le clavé la lanza en todo el corazón y se le pusieron los ojos en blanco, las piernas le fallaron y cayó en mitad del bosque, sin hacer ningún ruido. Le desclavé la lanza y grité una palabrota. Los otros hombres se dispersaron.

Trepé a otro árbol y volví a proyectar mi voz. Uno de los hombres se acercó y se puso a palpar alrededor del tronco, pero no veía nada en la penumbra. Reconocí su olor. Rodeé una rama con las piernas y me descolgué justo encima de él, blandiendo el hacha, mientras él llamaba a Anikuyo. Asesté un hachazo veloz que le dio en toda la sien. Conocía su olor pero no me acordaba de su nombre, y pasé demasiado tiempo intentando acordarme.

Un garrote me golpeó el pecho y me hizo caer. Mi atacante me rodeó el cuello con los brazos y apretó. Era capaz de hacerlo, de ahuyentar mi vida, y de jactarse de haberlo hecho en persona.

Kava.

Reconocí su olor y él supo que era yo. La luz tenue de la luna le iluminó la sonrisa. No dijo nada, pero me estrujó el brazo izquierdo y se rio cuando yo me tragué un chillido. Alguien gritó para saber si me había encontrado y aproveché para sacar la mano derecha de debajo de su rodilla sin que él se diera cuenta. Me apretó el cuello con más fuerza. La cabeza primero me pesó, después pareció que flotaba y por fin sólo veía rojo. Ni siquiera fui consciente de haber encontrado el cuchillo en el suelo hasta que agarré la

empuñadura, lo vi reírse, le dije: ¿Te follaste al Leopardo?, y le hundí el cuchillo en el cuello, de donde le empezó a manar sangre como agua caliente del suelo. Puso unos ojos como platos. No se desplomó, sino que descendió suavemente sobre mi pecho y su sangre caliente me corrió por la piel.

Yo quería decirle al brujo lo siguiente.

Que la razón de que no pudiera verme en la oscuridad, de que no me hubiera oído moverme por el bosque, de que no me hubiera olido siguiendo su rastro y corriendo detrás de él mientras se escapaba porque sabía que algo se cernía como un viento perverso sobre sus hombros, la razón de que hubiera tropezado y se hubiera caído, la razón de que no me hubiera alcanzado ninguna de las piedras que había encontrado y me había tirado, o bien la mierda de chacal que había confundido con piedras, la razón de que, incluso después de que él la neutralizara con un hechizo y la matara en el techo, la brujería de la Sangoma todavía me protegiera, era que nunca había sido brujería. Yo quería decirle todo esto. Pero lo que hice fue clavarle el cuchillo en el oeste del cuello y degollarlo en dirección este.

Mi tío gritó a los dos últimos hombres que quedaban cerca de él que no se fueran. Les doblaría su paga de cauris, se la triplicaría, para que pudieran contratar a otros hombres que librasen sus disputas de sangre o para que pudieran comprarse otra mujer de una aldea de mujeres más atractivas. Se sentó en el suelo de tierra, pensando que estaban vigilando el bosque, pero estaban mirando la carne. El de la derecha cayó primero; mi hacha le partió la nariz en dos y le abrió el cráneo. El segundo echó a correr y se topó con mi lanza. Se cayó y no fue lo bastante rápido. Le ensarté la barriga con la lanza y golpeé el suelo cuando fui a por su cuello. Tiempo suficiente para que mi tío pensara que había esperanza. Que podía escapar.

Le alcancé con el cuchillo en la parte de detrás del muslo derecho. Cayó con fuerza, gritando y llamando a gritos a los dioses.

—¿A cuál de los niños has matado primero, tío? —le dije plantado junto a él. Suplicaba, pero no a mí.

—Dios ciego de la noche, atiende mis plegarias.

—¿A cuál? ¿Empuñaste tú mismo el cuchillo o pagaste a otros para que lo hicieran?

—Dioses de la tierra y el cielo, siempre os he rendido tributo.

—¿Alguno chilló?

—Dios de la tierra...

—¿Alguno de ellos chilló?

Dejó de alejarse gateando y se sentó en el suelo.

—Todos chillaron. Cuando los encerramos en la choza y le pegamos fuego. Después se acabaron los chillidos.

Lo dijo para perturbarme, y lo consiguió. Yo no quería convertirme en la clase de hombre a quien nunca trastornaban aquellas noticias.

—Y tú... Sabía que eras una maldición, pero nunca me imaginé que estarías escondiendo a mingis.

—No los llames...

—¡Mingis! ¿Alguna vez has visto llover, chaval? ¿Has sentido la lluvia en la piel? ¿Has visto flores abrirse en una sola noche porque la tierra estaba cargada de agua? ¿Y si nunca más vuelves a verlo? Unas vacas y unos gatos tan flacos que se les ven todas las costillas. Eso seguro que lo has visto. Te pasarás lunas enteras preguntándote por qué los dioses se han olvidado de esta tierra. Por qué han secado los ríos y han permitido que las madres den a luz niños muertos. ¿Eso es lo que quieres provocar? Un solo niño mingi ya basta para maldecir una casa entera. Pero ¿catorce? ¿No nos oíste decir que la caza estaba mal y que encima iba a peor? Los bumbangis pueden ponerse máscaras ridículas y bailar a sus dioses ridículos; ninguno de ellos escuchará en presencia de mingis.

—Era Kava el que los estaba protegiendo, yo no.

—¡Mira cómo miente! Es lo que Kava nos dijo que harías. Él te siguió a ti y a un Leopardo con el que yacías por las noches. ¿Cuántas abominaciones caben en un solo chaval?

—Te diría que obligáramos a Kava a demostrar sus palabras, pero ya no tiene garganta.

Tragó saliva. Me acerqué más a él. Se alejó cojeando.

—Soy tu querido tío. Soy el único hogar que tienes.

—Entonces viviré en los árboles y cagaré junto a los ríos.

—¿Te crees que los tambores no lo van a oír? La gente olerá toda esta sangre y te culpará. ¿Quién es ése, el que no tiene familia? ¿Quién es ése, el que no tiene hijos? ¿Quién era aquel del que Kava nos habló cuando volvió a la aldea, contándonos que lanzaba maldiciones a su propia gente? Todos esos hombres a los que has matado..., ¿qué cantarán sus mujeres? Tú, que elegiste a niños malignos y maldijiste la tierra, ahora has matado a sus padres, hijos y hermanos. Eres hombre muerto; ¿por qué no coges ese cuchillo y te degüellas?

Bostecé.

—¿Has acabado? ¿Quieres pasar ya a tu ofrenda?

—El chamán...

—¿Ahora haces caso a los chamanes?

—El chamán me dijo que algo nos caería encima como una tormenta.

—Y tú pensaste que serían centellas. Si es que pensaste algo.

—Tú no eres ninguna centella. Eres una plaga. Mírame, mira cómo nos atacas por la noche como un viento perverso y desencadenas maldiciones. Se suponía que tenías que matar a los gangatom. Y en cambio les has hecho el trabajo. Ni siquiera ellos se vuelven contra los suyos. No tienes a nadie y nunca lo tendrás.

—¿Ahora eres adivino? ¿Vives más allá del mañana? Querido tío, tengo una pregunta.

Mi tío me fulminó con la mirada.

—Los gangatom vinieron a por mi padre y a por mi hermano e hicieron huir a mi abuelo. ¿Cómo es posible, querido tío, que nunca vinieran a por ti?

—Soy tu querido tío.



—Y cuando te pregunté cómo conocías las costumbres de la ciudad, tú me dijiste que habías venido con mi hermano y con mi padre...

—Soy tu querido tío.

—Pero mi padre había muerto. Huiste a la ciudad con mi abuelo, ¿verdad? Y os comprasteis sillas, como ratas. Mi casa no tenía un cobarde sino dos.

—Soy tu querido tío.

—¿Querido por quién?

Me agaché antes de que me arrojara mi propio cuchillo. El arma golpeó el árbol que yo tenía detrás y cayó. Mi tío se levantó de un salto, soltó un grito y cargó contra mí como un búfalo. La primera flecha le atravesó la mejilla izquierda y luego la derecha. La segunda se le clavó en el cuello. La tercera, en las costillas. Se me quedó mirando mientras le fallaban las piernas y caía sobre las rodillas. La cuarta también le traspasó el cuello. El querido tío se cayó de cara. Detrás de mí, el Leopardo bajó su arco. Detrás de él estaban el albino, el Niño Bola, los gemelos, el Niño Jirafa y la Niña de Humo.

—Esto no tenían que verlo —dije yo.

—Sí que tenían que verlo —dijo él.

Al alba nos llevamos a los niños con la única gente que los querría, una gente para la cual ningún niño era una maldición. La tribu Gangatom sacó las lanzas cuando nos vio acercarnos, pero nos dejó pasar cuando el Leopardo les gritó que traíamos regalos para el jefe. El hombre en cuestión, alto, flaco y más guerrero que gobernante, salió de su choza y nos echó un vistazo desde detrás de un muro de guerreros. Volvió la cabeza hacia el Leopardo, pero su mirada, hundida bajo el entrecejo y sumida en las sombras, se detuvo en mí. Llevaba un aro en cada oreja y dos collares de cuentas en torno al cuello. Su pecho, una muralla cubierta de las cicatrices de decenas sobre decenas de enemigos muertos. El Leopardo abrió el saco y arrojó al suelo la cabeza de Asanbosam. Hasta los guerreros retrocedieron de un salto.

El jefe se la quedó mirando durante el suficiente tiempo como para que se juntara sobre ella un enjambre de moscas. Pasó entre los guerreros, la recogió

del suelo y se rio.

—Cuando el caníbal y el chupasangre se llevaron a mi hermana, le chuparon la sangre justa para mantenerla con vida, pero le dieron de comer tanta inmundicia que la convirtieron en su esclava de sangre. Vivía bajo su árbol y comía trozos de cadáveres. Los siguió por todas las tierras hasta que se cansaron de ella. Los siguió al interior de ríos, al otro lado de murallas y hasta a un hormiguero de hormigas rojas. Un día Sasabonsam agarró a su hermano y echó a volar desde lo alto de un acantilado, sabiendo que ella los seguiría.

Sostuvo en alto la cabeza y se volvió a reír. La gente lo vitoreó. Luego me miró a mí y dejó de reírse.

—Así pues, Leopardo, ¿lo tuyo es osadía o estupidez? ¿Traes aquí a un ku?

—También él trae obsequios —dijo el Leopardo.

Saqué la capa de piel de cabra de mi tío y de ella cayó su cabeza. Los guerreros se acercaron. El jefe no dijo nada.

—Pero ¿tú no eres su sangre?

—No soy sangre de nadie.

—Lo veo en ti, lo huelo, da igual que lo niegues. Nosotros matamos a muchos hombres y a varias mujeres, la mayoría de tu tribu. Pero nunca matamos a los nuestros. ¿Qué clase de honor crees que te trae esto?

—¿Acabas de decir que habéis matado a varias mujeres y aun así hablas de honor?

El jefe se me quedó mirando otra vez.

—Te diría que no puedes quedarte aquí, pero no has venido a quedarte.

Miró detrás de nosotros.

—¿Más regalos?

Dejamos a los niños con ellos. Dos mujeres agarraron al Niño Jirafa, cada una de una nalga, y se lo llevaron a su choza. Un joven dijo que su padre estaba ciego y vivía solo y que no le importaría que los gemelos fueran

siameses. Así nunca tendría que preocuparse por perder uno. Un hombre con plumas de noble en el sombrero se llevó al Niño Bola de cacería aquel mismo día. Varios niños y niñas rodearon al albino, tocándolo y dándole golpecitos, hasta que uno de ellos le dio un cuenco de agua.

El Leopardo y yo nos marchamos antes de que se pusiera el sol. Caminamos junto al río porque yo quería avistar a alguien de la aldea ku, a alguien a quien no volvería a ver nunca más. Pero ningún ku quería acercarse al río para recibir un lanzazo de los gangatom. El Leopardo se acababa de girar para volver a adentrarse en el bosque profundo cuando las hojas susurraron detrás de mí. La mayoría de las veces pasaba como un espíritu, pero si tenía el miedo suficiente o estaba lo bastante contenta, o furiosa, podía agitar las hojas y derribar los cuencos. La Niña de Humo.

—Dile que no puede seguirnos —le dije al Leopardo.

—No es a mí a quien sigue.

—Vuélvete —le dije cuando me giré—. Ve a encontrar a alguien que te haga de madre, o de hermano.

Su cara se materializó en el humo, frunciendo el ceño como si no me entendiera. Señalé en dirección a la aldea, pero ella no se movió. Me despedí con un gesto de la mano y le di la espalda, pero ella me siguió. Yo pensaba que, si no le hacía caso, y si no hacía caso tampoco del efecto que estaba teniendo sobre los latidos de mi corazón, se marcharía, pero la Niña de Humo me siguió hasta el margen de la aldea y más allá.

—¡Vuélvete! —le dije—. Vuélvete, no te quiero.

Eché a andar y la niña volvió a aparecerse delante de mí. Ya estaba a punto de gritarle pero vi que lloraba. Le di la espalda y volvió a aparecérseme. El Leopardo empezó a transformarse y gruñó, y ella dio un respingo.

Estábamos en la frontera del territorio gangatom, yendo en dirección norte rumbo a las tierras libres y después a Luala Luala. Yo sabía que la tenía

detrás. Cogí dos piedras y le tiré una. La piedra la traspasó limpiamente, pero yo supe que el gesto la horrorizaría.

—¡Vuélvete, fantasma de mierda! —le grité, y le tiré la segunda piedra.

La Niña de Humo se esfumó y no volví a verla. El Leopardo ya se había alejado un buen trecho para cuando me di cuenta de que yo seguía plantado en el mismo sitio sin moverme. Y no me moví hasta que me gruñó.

Acompañé al Leopardo a Fasisi, la capital del Norte, y encontré a muchos hombres y mujeres con cosas y personas perdidas a quienes les podía ir muy bien mi olfato. El Leopardo se cansó de muros y se marchó al cabo de dos lunas, y yo me pasé muchas lunas solo.

Volví a ver al Leopardo cuando habían pasado años y yo ya era un hombre. En Fasisi me conocían demasiados rencorosos, o sea que me había mudado a Malakal. Él pasó allí cuatro noches antes de dejarle aviso a mi casera de que quería verme, lo cual me pareció obvio porque no tenía ninguna otra razón para estar en aquella ciudad. El Leopardo seguía teniendo un mentón poderoso y una cara apuesta y había venido en forma de hombre, con túnica y capa, ya que como bestia los hombres de la ciudad lo hubieran matado. Sus piernas eran más gruesas y tenía el pelo de alrededor de la cara más alborotado. Llevaba bigotes, pero aquélla era una ciudad donde los hombres amaban a los hombres, los chamanes se casaban con esclavas y la tristeza se lavaba con vino de palma y cerveza de masuku. Olí su llegada la misma noche que entró en la ciudad. Una noche en la que ni siquiera la lluvia, despertando antiguos olores, consiguió debilitar su tufo. Todavía olía como si sólo se lavara cuando cruzaba por casualidad un río. Nos reunimos en la Posada de Kulikulo, un sitio al que yo iba a hacer negocios, donde el gordo del posadero servía sopa y vino y a nadie le importaba quién o qué entrara por la puerta. El Leopardo sostenía una jarra de cerveza en la mano y me ofreció un vino de palma que él no quería.

—Se te ve bien, muy distinto, ya eres un hombre —dijo.

—A ti se te ve igual —dije.

—¿Cómo va tu olfato?

—Mi olfato va a pagar este vino, pues no te veo monedero.

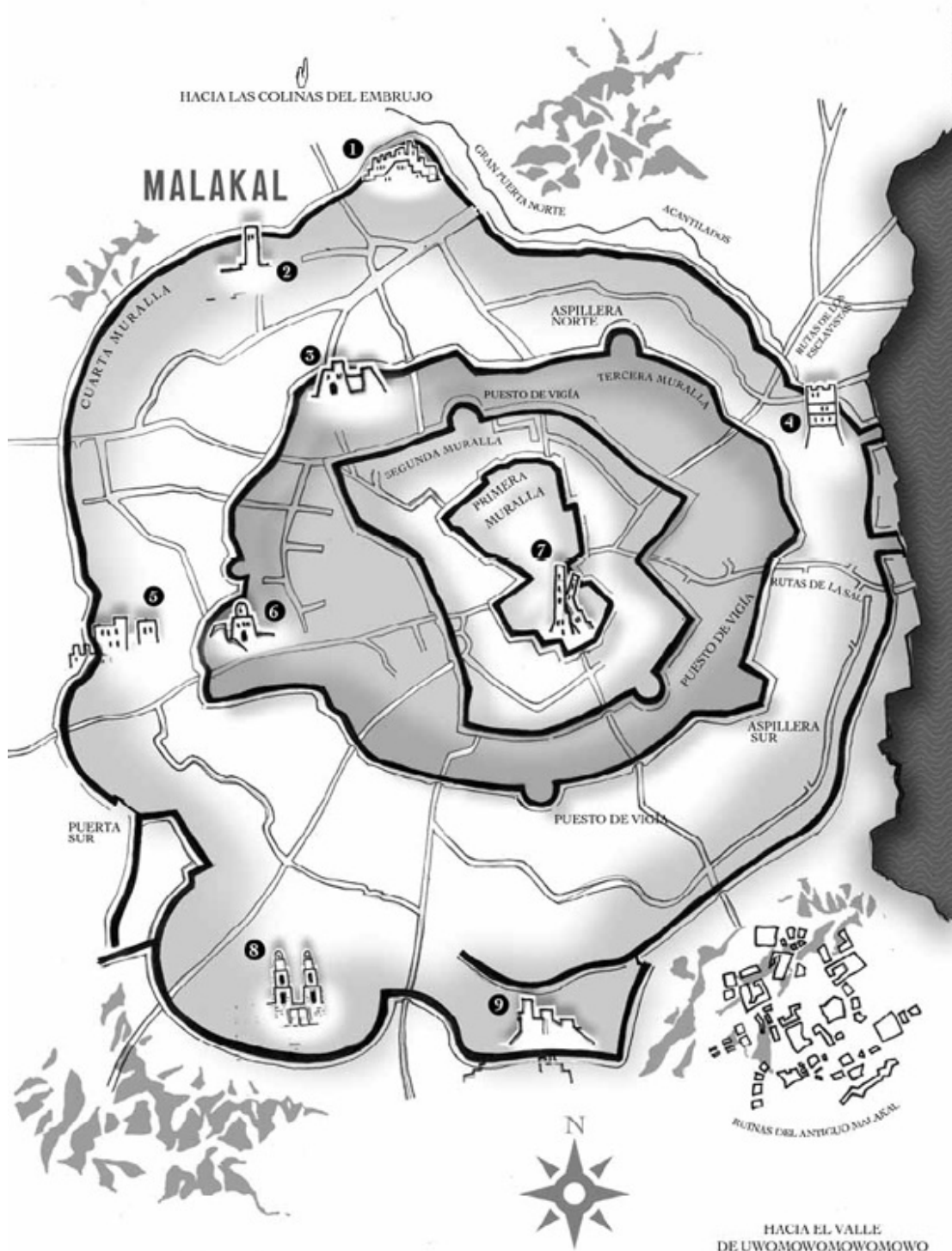
Se rio y me dijo que me traía una propuesta.

—Necesito que me ayudes a encontrar a una mosca —me dijo.

# 2

## MALAKIN

*Gaba kura baya siyaki.*



- 1. FUERTE DEL NORTE
- 2. LA CASA SIN PUERTAS
- 3. CASA DE BELEKUN EL GRANDE
- 4. BARRACONES DEL ESTE
- 5. FUERTE DEL ESTE

- 6. POSADA DEL RASTREADOR
- 7. LA TORRE HUNDIDA
- 8. CAPILLA DEL VIRREY
- 9. FUERTE DEL SUR

MALAKAL: FUERTE DEL NORTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL SUR  
 MALAKAL: FUERTE DEL ESTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL OESTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL NORTOCCIDENTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL SUDOCCIDENTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL SURESTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL NORTOESTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL SUROESTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL NORTOCCIDENTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL SUDOCCIDENTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL SURESTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL NORTOESTE  
 MALAKAL: FUERTE DEL SUROESTE

## SEIS

Esto.

Quieres que lea esto.

Lee la crónica por ti mismo, me dices. Pon mi marca cada vez que diga algo distinto de lo que pasó. No necesito leer; tú escribes lo que Ashe desea. Ashe lo es todo, la vida y la muerte, la mañana y la noche, la buena suerte y los malos presagios. Lo que pensáis en el Sur es que es un dios, pero es de allí de donde vienen los dioses.

¿Y yo lo creo?

Una pregunta inteligente. Muy bien, lo leeré.

*Testimonio del Rastreador en este noveno día. Un millar de reverencias para satisfacción de los patriarcas. El presente documento es un testimonio escrito, una apelación a los dioses del cielo que emiten su juicio con centellas y veneno de víbora. Y para satisfacción de los patriarcas, el Rastreador ofrece un testimonio extenso y remoto, puesto que han pasado muchos años y lunas desde la desaparición original del niño hasta su muerte. Éste no es el primero de los muchos relatos del Rastreador, lo cual significa que dejaré al juicio de los patriarcas, o incluso al juicio de los dioses, esclarecer qué es cierto y qué es falso. La crónica del Rastreador todavía desconcierta incluso a las mentes fuera de lo ordinario. Se adentra en el corazón de tierras extrañas, como si contara cuentos para dormir a los niños, o como si le contara sus pesadillas al chamán para que éste llevara a cabo su adivinación Ifá. Pero lo que satisface a los patriarcas es que los*



*hombres hablen con libertad, y el hombre debe hablar hasta que los oídos de los dioses estén colmados de verdad.*

*El Rastreador se adentra en la imagen, el olor y el sabor de un recuerdo, rememorando a la perfección el olor de la raja del culo de un hombre, el perfume de las vírgenes de Malakal cada vez que él pasaba por debajo de sus ventanas o la visión de la gloriosa luz del sol marcando el lento cambio de las estaciones. Pero de los espacios entre lunas, un año, tres años, no dice nada.*

*Una cosa sabemos: el Rastreador, en compañía de nueve personas, incluyendo a una que todavía vive y otra más cuyo paradero no conocemos, salió en busca de un niño. Secuestrado, según le habían informado. Por entonces se decía que el niño era el hijo o el protegido de un esclavista de Malakal.*

*Una cosa sabemos: partieron inicialmente de Malakal al principio de la estación seca. La búsqueda del niño duró siete lunas. Y fue un éxito: encontraron al niño y lo devolvieron, pero cuatro años más tarde se volvió a perder y la segunda búsqueda, en grupo más pequeño, duró un año y culminó con la muerte del niño.*

*A petición de los patriarcas, el Rastreador habló con detalle de su infancia, y con lengua clara y actitud bien dispuesta narró unos cuantos detalles de la primera búsqueda. De la segunda búsqueda, en cambio, sólo quiso hablar del final, y se negó a dar testimonio de los cuatro años transcurridos entre ambas y durante los que se sabe que residió en la tierra de Mitu.*

*Fue llegado este punto cuando yo, vuestro inquisidor, le puse un cebo distinto. Había venido, aquella novena mañana, a hablarme del año en que se había juntado con el mercenario al que llaman el Leopardo. Cierto: en sesiones previas me había contado que había sido el Leopardo quien había acudido a él para ofrecerle la búsqueda del niño. Pero una mentira es una casa construida cuidadosamente sobre pilares podridos. A menudo el*

*mentiroso se olvida del principio de su mentira antes de llegar al final, y así es como uno lo atrapa. La mentira es una historia meticulosa cuando se permite al mentiroso contarla, y yo quería intentar romper su falsedad a base de pedirle que contara una parte distinta de la historia. De manera que no le pregunté por la primera búsqueda ni por la segunda, sino por los cuatro años que pasaron entre ambas.*

INVESTIGADOR: *Háblame del año en que murió nuestro rey.*

RASTREADOR: *El loco de vuestro rey.*

INVESTIGADOR: *Nuestro rey.*

RASTREADOR: *Pero loco. Perdón, están todos locos.*

INVESTIGADOR: *Háblame del año en que murió nuestro rey.*

RASTREADOR: *Es tu rey, dímelo tú.*

INVESTIGADOR: *Háblame de...*

RASTREADOR: *Fue un año, como cualquier otro. Hubo días, hubo noches y la noche venía al final del día. Lunas, estaciones, tormentas, sequías. ¿No eres un chamán de los que anuncian estas cosas, inquisidor? Tus preguntas se vuelven cada día más extrañas; esto sí que es hablar.*

INVESTIGADOR: *¿Te acuerdas del año?*

RASTREADOR: *Los ku no nombran los años.*

INVESTIGADOR: *¿Te acuerdas del año?*

RASTREADOR: *Fue el año en que su excelencia vuestro rey estiró su excelente pata y se fue al excelente carajo.*

INVESTIGADOR: *Hablar mal del rey se castiga con la muerte en el Reino del Sur.*

RASTREADOR: *No es un rey, es un cadáver.*

INVESTIGADOR: *Basta. Háblame de tu año.*

RASTREADOR: *¿Del año? ¿De mi año? Lo viví plenamente y lo dejé todo atrás cuando se terminó. ¿Qué más hace falta saber?*

INVESTIGADOR: *¿No tienes nada más que decir?*

RASTREADOR: *Me temo que encontrarás historias más grandes entre los*

*que murieron, inquisidor. De aquellos años no tengo nada que contar, más que normalidad, aburrimiento y las peticiones interminables que me hacían montones de esposas furiosas para que encontrara a sus maridos insatisfechos...*

INVESTIGADOR: *¿No estuviste retirado aquellos años?*

RASTREADOR: *Creo que soy la persona más indicada para acordarme de mis años.*

INVESTIGADOR: *Háblame de los cuatro años que pasaste en Mitu.*

RASTREADOR: *Nunca he pasado cuatro años en Mitu.*

INVESTIGADOR: *Tu testimonio del cuarto día afirma que después de la primera búsqueda te fuiste a la aldea de los gangatom y de allí a Mitu. Tu testimonio del quinto día empieza diciendo: Cuando él me encontró en Mitu, yo ya estaba con ganas de irme. Quedan cuatro años sin contar. ¿No viviste en Mitu?*

*[Nota: al reloj de arena ya sólo le faltaba un tercio para estar vacío cuando le hice esta pregunta. Me miró como miran los hombres cuando contemplan la petulancia. Una ceja arqueada, el ceño fruncido, la expresión vacía, una caída de la comisura de los labios y los ojos húmedos, como si estuviera pasando de la furia causada por mi pregunta a algo distinto al pensar en la respuesta. El reloj de arena ya estaba vacío antes de que me contestara.]*

RASTREADOR: *No conozco ningún lugar llamado Mitu.*

INVESTIGADOR: *¿Tú? El Rastreador que afirma haber estado en tantos reinos, en el lugar donde vuelan las bestias y en la tierra donde hablan los monos y en tierras que no figuran en los mapas de los hombres ¿y en cambio no sabes nada de un territorio entero?*

RASTREADOR: *Quita el dedo de mi llaga.*

INVESTIGADOR: *Te olvidas de quién da aquí las órdenes.*

RASTREADOR: *Nunca he puesto un pie en Mitu.*

INVESTIGADOR: *Eso es distinto de «No conozco ningún lugar llamado*

*Mitu».*

*RASTREADOR: Dime cómo quieres que te cuente esta historia. ¿De su anochecer a su amanecer? ¿O quizá como lección, o como encomio? ¿O debería mi historia avanzar como los cangrejos, de lado?*

*INVESTIGADOR: Cuéntaselo a los patriarcas, que interpretarán este escrito como tus mismas palabras. ¿Qué pasó en tus cuatro años en Mitu?*

*Describiré su cara sin impresión ni juicio. Sus cejas se enarcaron más que antes, abrió la boca pero no dijo nada. Creo recordar que gruñó o soltó una palabrota en alguna de las lenguas del norte del río. Luego se levantó de un salto de su silla, derribándola y apartándola de un golpe. Se me tiró encima, gritando y vociferando. Apenas tuve tiempo de chillar llamando al guardia antes de que me agarrara la garganta con las manos. Estoy completamente convencido de que me habría estrangulado hasta matarme. Y siguió apretando con más fuerza, empujándome hacia atrás en mi silla hasta que nos caímos los dos al suelo. Su aliento era pestilente. Lo apuñalé, sí, con la pluma, en la mano y en la parte alta del hombro, pero puedo decir a modo de testimonio que yo estaba ciertamente abandonando este mundo y abandonándolo deprisa. Se le acercaron dos guardias por detrás y se pusieron a golpearlo en la nuca con garrotes hasta que me cayó encima, y aun entonces no me soltó hasta que lo golpearon por tercera vez.*

Tengo que admitir que es una crónica veraz, aunque también me acuerdo de que recibí de tus hombres varias patadas en las costillas, incluso después de que me ataran. Mi espalda recibió varias palizas de un saco de boniatos. Y otra cosa: mis pies recibieron tantos golpes que me sorprende haber entrado en esta habitación caminando. Me engaña la memoria: me metieron aquí a

rastras. Y eso ni siquiera fue lo peor; lo peor fue que les hiciste ponerme una túnica hecha para esclavos; ¿qué ofensa te he causado para provocar algo así?

Míranos ahora. Yo a oscuras incluso de día, tu ahí en un taburete. Con el papel y la pluma apoyados en el regazo mientras intentas no volcar la tinta que tienes a los pies. Y estas rejas de hierro separándonos. El hombre que tengo al lado llama todas las noches a la diosa del amor y yo no he oído unos ruidos así desde la vez en que fui a buscar a mi padre y a mi abuelo a una casa de putas. Entre tú y yo, me encantaría que la diosa le contestara, porque cada noche grita más fuerte.

Así pues. Mi padre y mi hermano asesinados y mi tío muerto por mi mano. ¿Volver con mi abuelo? ¿Para darle qué noticias? Salve, padre, que ahora sé que eres mi abuelo aunque yazcas con mi madre. He matado a tu otro hijo. Fue una muerte sin honor, pero tú ya eras un hombre sin honor. Eres astuto de verdad. Qué astuto eres, inquisidor, por enfadarme tanto como para hacerme hablar con ellos en vez de contigo. ¿Qué clase de testimonio es éste?

Te has lavado desde la última vez que te vi. Agua de manantial con sales preciosas, especias y flores aromáticas. Tantas especias que casi da la impresión de que esa esposa con la que llevas diez años casado está intentando cocinarte. Pero, chamán, huelo la ampolla que tienes en mitad de la espalda, ahí donde te vertió agua hirviendo y te escaldó. Por todos los dioses, sí que intentó cocinarte. Tú le pegaste, por supuesto, bien fuerte en toda la boca. Has venido antes manchado de sangre de ella.

¿Dónde está lo que pasó a continuación? Después de que tus guardias me atizaran en la nuca pero antes de que me trajeran aquí abajo. La parte en que yo te estrangulé hasta dejarte casi muerto. La parte en la que los guardias tuvieron que abofetearte como a un memo drogado de opio en el fumadero de un vendedor de espíritus. No vuelvas a preguntar por Mitu.

Una cosa más. ¿Cuándo me trasladaste a Nigiki? Lo pregunto porque ésta es una túnica de esclavo de Nigiki. Además, allí adonde me giro, huelo las minas de sal. ¿Me trasladaste en plena noche? ¿Qué extrañas pociones me

han mantenido dormido? La gente dice que una celda en Nigiki es más lujosa que un palacio en Kongor, pero esa gente nunca ha estado en esta celda. ¿La has trasladado a ella también, o sólo a tu querido y difícil Rastreador?

La última vez que estuve en esta ciudad también me encadenaron.

Te voy a contar esa historia.

Me dejé vender a un noble de Nigiki, porque aquí los esclavos comen cuatro veces al día, sin pagar por ninguna de ellas, y viven en palacios. Así pues, ¿por qué no ser esclavo? Cada vez que me apeteciera ser libre, sólo tenía que matar a mi amo. Pero aquel noble tenía influencia sobre el loco de vuestro rey. Yo lo sabía porque él se lo contaba a todo el mundo que quisiera escucharlo. Y como yo había entrado en un juego nuevo —la sumisión total a otro— fue a mí a quien se lo contó. En el Reino del Sur no se revendían los esclavos, sobre todo en Nigiki, pero él sí lo hacía, y era así como había amasado su fortuna. A veces el esclavo nacía libre y era robado.

El amo era un cobarde y un ladrón. Por las noches daba latigazos a su mujer y de día le daba puñetazos, para que los esclavos vieran que no había hombre ni mujer por encima de él. Una vez, cuando el amo estaba fuera, le dije a su mujer: Si a la señora le complace, tengo cinco miembros, diez dedos, una lengua y dos agujeros, todos a su disposición. Ella me dijo: Hueles a jabalí, pero quizá seas el único hombre de Nigiki que no huele a sal. Y me dijo: He oído cosas de los hombres del Norte, he oído que les hacéis cosas a las mujeres con los labios y con la lengua. Le hurgué bajo los cinco vestidos que llevaba, le encontré el koo, le abrí los labios a este y oeste y le lamí esa pequeña alma de las entrañas de la mujer que los ku piensan que es un muchacho escondido que hay que extirpar, pero que en realidad está más allá del ser muchacho o muchacha. Hizo más ruido todavía que cuando recibía latigazos, pero como yo estaba escondido debajo de sus vestidos, sus esclavos creyeron que era el simple recuerdo de una sesión de azotes, o que el dios de la cosecha le estaba provocando un éxtasis.

Nunca me dejaba meterle nada que no fuera la lengua, porque así es como

se comportan las amas. ¿Cómo puede una yacer con un jabalí?, me decía.

Estás esperando a ver cómo termina esto. Estás esperando a ver si le llegué a abrir los mares de sus vestidos y tomarla sin pedírmelo ella, porque es lo que hacéis los lores del Sur. O bien estás esperando el momento en que mato a su marido, porque ¿acaso no terminan con sangre todas mis historias?

Pronto le dije al noble: Todavía no ha pasado una luna y ya estoy aburrido de ser tu esclavo. Ni siquiera tu crueldad es interesante. Le dije adiós, le hice un gesto obsceno con los labios y la lengua al ama y me di media vuelta para marcharme.

Sí, de esa forma me marché.

Muy bien, si insistes en saberlo, sí que le pegué al noble en todo el pescuezo con la parte plana de la hoja de una espada, mandé a un esclavo que se cagara en su boca y le até una cuerda en torno a la cabeza para mantener la mandíbula cerrada. Y entonces me marché.

¿Y los niños?

¿Eso qué importa?

Intenté ver a los niños. Más de una vez y más de dos. Un cuarto de luna después de que los dejáramos con los gangatom, yo estaba yendo a hurtadillas por el margen del río Dos Hermanas. Por entonces el viento ya debía de haber llevado hasta la aldea el olor de los cadáveres de Kava, el brujo y mi querido tío. Y, desde la orilla de los gangatom, una lanza me podría haber alcanzado el pecho en cualquier momento y mi verdugo no habría mentido si hubiera dicho: He matado a un ku. Fui correteando de árbol en árbol y de matorral en matorral, consciente de que no debería estar allí. Sólo había pasado un cuarto de luna. Pero quizá el albino se hubiera encontrado con un chaval que lo había pinchado para ver si tenía la sangre blanca, y quizá las mujeres de la aldea tuvieran miedo de los sueños agitados de la Niña de Humo y necesitaran saber que no hacía falta tenerle miedo; ¿y de qué otra manera lo podían averiguar? Y que si se te quería sentar en la cabeza, había que dejarla que se te sentara en la cabeza; y quizá el niño que

pensaba que era una pelota hubiera chocado con un hombre porque era la única forma que conocía de decir: Aquí estoy, juega conmigo, soy un juguete. Y que nunca había que llamar jirafa al Niño Jirafa. Nunca. Y los siameses, qué mentes tan astutas y qué corazones tan joviales, uno te llamaba por encima del hombro derecho, diciéndote: ¿Dónde está el este?, y mientras tanto el otro te robaba sorbos de gachas.

Y no estaba el Leopardo para responder por mí; había encontrado trabajo y diversión en Fasisi. Pero el río pasa por ambas tierras, y los árboles están muy separados entre ellos. Me paré en un árbol y estaba a punto de ir corriendo al siguiente, diecisiete pasos más adelante, cuando me empezaron a llover flechas alrededor. Retrocedí de un salto y el árbol encajó las tres flechas que llegaron. Se oyeron voces de ku, procedentes de la otra orilla del río, que creían que me habían matado. Me tiré al suelo panza abajo y me escabullí como un lagarto.

Dos años más tarde fui a ver a mis niños mingi. Fui desde Malakal, tomando una ruta distinta a la que usaban los ku. El Niño Jirafa ya era tan alto como una jirafa, y sus patas me llegaban a la cabeza; la cara se le veía un poco mayor, aunque todavía joven. Fue el primero que me vio cuando entré en la aldea de los gangatom. Yo no había sabido que el albino era el mayor de todos hasta que vi que era el que más había crecido, musculoso y un poco más alto y muy apuesto. No estaba seguro de si realmente había crecido deprisa o si yo simplemente acababa de fijarme. Mientras corría hacia mí, las mujeres no le quitaron la vista de encima. Los siameses estaban cazando en el monte. El niño sin piernas se había vuelto más gordo y redondo, e iba rodando a todas partes. Vas a ser útil en la guerra, le dije. ¿Ahora sois todos guerreros? El albino asintió con la cabeza mientras el chico sin piernas soltaba una risilla y chocaba conmigo, derribándome al suelo. A la Niña de Humo no la vi.

Y luego, después de una luna, salí a pasear un día con el Niño Jirafa y le dije: ¿Todavía me odia la Niña de Humo? Él no supo cómo contestarme



porque nunca había conocido el odio. Todo hombre que entra en su vida se marcha, me contó mientras caminábamos de vuelta a su casa. En la puerta, la mujer que lo estaba criando me dijo: El jefe se está muriendo y el hombre que va a ser el próximo jefe odia a todos los ku incluyendo a uno que vive con otra gente distinta en casas de piedra.

No hacían falta nombres.

En cuanto al Leopardo, pasaron cinco años antes de que me reuniera con él en la Posada de Kulikulo. Estaba sentado a una mesa, esperándome.

—Necesito que me ayudes a encontrar a una mosca —me dijo.

—Pues consulta a la araña —le dije.

Se rio. Los años lo habían cambiado, por mucho que se lo viera igual. Seguía teniendo el mentón fuerte y sus ojos eran estanques de luz en los que te veías reflejado. Los bigotes y la melena alborotada le daban más pinta de león que de pantera. Me pregunté si todavía sería tan rápido. Me pasé mucho tiempo preguntándome si envejecía como leopardo o como hombre. Malakal era un lugar de ejecuciones públicas y no una ciudad para gente que se transformaba en animales. Pero la Posada de Kulikulo nunca juzgaba a los hombres por su forma ni por su atuendo, por mucho que no llevaran nada más que tierra u ocre rojo untado con grasa de vaca, siempre y cuando su dinero fuera contante y sonante y fluyera como un río. Aun así, sacó unas pieles de un saco, se enrolló algo tosco y peludo alrededor de la cintura y después se echó unas telas de cuero relucientes sobre la espalda. Aquello era nuevo. El animal había aprendido la vergüenza de los hombres, el mismo hombre que una vez había dicho que si el Leopardo tuviera que llevar faldas, habría nacido con ellas. Pidió vino y una bebida tan fuerte que habría matado a una bestia.

—¿No vas a abrazar al hombre que te ha salvado la vida más veces de las que parpadea una mosca?

—¿Las moscas parpadean?

Se volvió a reír y se bajó de un salto del taburete. Le cogí las manos pero

él se apartó y me agarró para darme un fuerte abrazo. Yo estaba a punto de decir que parecíamos una pareja de muchachos amantes del Este cuando sentí que me reblandecía en sus brazos, que me debilitaba, tanto que apenas le pude devolver el abrazo. Me vinieron ganas de llorar, como un niño, y asentí con la cabeza para quitarme aquel impulso. Me separé de él primero.

—Has cambiado, Leopardo —le dije.

—¿Desde que me he sentado?

—Desde la última vez que te vi.

—Ay, Rastreador, los malos tiempos han dejado su marca. ¿Tú no estás pasando malos tiempos?

—Yo estoy de vacas gordas.

Se rio.

—Pero mírate, y le hablas al gato de cambios. —Le temblaba la boca, como si quisiera decir algo más.

—¿Cómo? —le pregunté.

Señaló.

—Tu ojo, memo. ¿Qué clase de encantamiento es ése? ¿No quieres hablar del tema?

—Me había olvidado —le dije.

—Te habías olvidado de que llevas un ojo de chacal en la cara.

—De lobo.

Se me acercó más y olí cerveza. Ahora lo estaba mirando tan intensamente como él a mí.

—Ya estoy esperando el día en que me cuentes esa historia; me muero de ganas de oírla. O quizá me muero de miedo.

Yo había echado de menos aquella risa.

—A ver, Rastreador, no he encontrado muchachos para divertirme en tu ciudad. ¿Cómo lidias con las ansias nocturnas?

—En vez de eso me dedico a beber —dije, y él se rio.

Era cierto que en aquellos años yo vivía como un monje. Salvo cuando

mis viajes me llevaban lejos de allí y me encontraba con muchachos apuestos, o bien con eunucos apuestos, que pese a no ser tan guapos eran más hábiles en las artes amatorias. Y a veces hasta las mujeres me servían.

—¿Qué has estado haciendo estos últimos años, Rastreador?

—Demasiado y demasiado poco —le dije.

—Cuéntame.

Éstas son las historias que le conté al Leopardo mientras yo bebía vino y él bebía cerveza de masuku en la Posada de Kulikulo.

Un año viví en Malakal, antes de mudarme a Kalindar, el reino bajo disputa que había en la frontera con el Sur. Patria de grandes lores jinetes. Ciertamente, el lugar era más bien una colección de establos con habitaciones para que los hombres follaran, durmieran y conspiraran. Daba igual de qué lado vinieras, a aquella ciudad sólo se podía llegar tras una dura travesía por tierra. Era un pueblo amante de la guerra, rencoroso y vengativo en el odio, apasionado y vigoroso en el amor, que despreciaba a los dioses y los desafiaba a menudo. Por supuesto, me afinqué allí.

Así pues, en Kalindar había un príncipe sin principado, que decía que a su hija la habían secuestrado unos bandidos en el camino que iba al norte. Y esto era lo que querían a modo de rescate: el peso en plata de diez y siete caballos. Y escucha esto: el príncipe mandó a su sirviente a buscarme, y el sirviente intentó hacerme ir, de manera acorde con los malos modales del príncipe. Lo mandé de vuelta con dos dedos menos.

El segundo sirviente del príncipe me hizo una reverencia y me pidió que complaciera al príncipe con mi presencia. Así que fui a su palacio, que no eran más que cinco habitaciones apelotonadas en torno a un patio invadido por gallinas. Pero tenía oro. Lo llevaba en los dientes y trenzado en las cejas, y cuando pasó por allí el mozo de las letrinas, llevaba un orinal de oro puro.

—Tú, el que le cortó los dedos a mi sirviente, tengo un trabajo para ti —

me dijo.

—No te puedo encontrar un reino que no has perdido —le dije.

Los kalindar no tienen lengua viperina, de modo que mi comentario quedó en nada.

—¿Reino? No necesito que encuentres ningún reino. Hace cinco días que unos bandidos secuestraron a mi hija, tu princesa. Han pedido rescate, el peso en plata de diez y siete caballos.

—¿Y lo vas a pagar?

El príncipe se acarició el labio inferior sin dejar de mirarse al espejo.

—Primero necesito palabra fiable de que la princesa sigue viva. Me han dicho que tienes buen olfato.

—Ya lo creo. ¿Quieres que la encuentre y te la traiga de vuelta?

—¡Escuchad cómo habla con los príncipes! No. Sólo quiero que la encuentres y me informes de que está bien. Entonces decidiré.

Le hizo una señal a una anciana, que me tiró una muñeca. La recogí del suelo y la olí.

—El precio son siete veces diez piezas de oro —le dije.

—El precio es que te perdone la vida por tu insolencia.

Aquel príncipe sin principado daba tanto miedo como un bebé llorando por haberse cagado, pero aun así fui en busca de la princesa, porque a veces el trabajo en sí ya es recompensa suficiente. Sobre todo cuando el olor de la princesa no me llevó a los caminos del norte, ni a los pueblos de los bandidos, ni siquiera a una tumba improvisada, sino a menos de una mañana a pie del pequeño palacio de su padre. A una choza situada cerca de lo que antaño había sido un mercado de fruta y carne, pero que ahora era monte agreste. La encontré de noche. A ella y a sus raptos de mujeres, uno de los cuales todavía estaba dolorido de un bofetón en toda la oreja.

—¿Diez y siete caballos? ¿Eso valgo para vosotros, diez y siete? ¿Y en plata? ¿Sois de tan baja estofa que pensáis que eso es lo que valgo?

Se pasó un rato tan largo gruñendo y soltando palabrotas que empecé a

aburrirme, y ella siguió renegando. Me di cuenta de que su secuestrador estaba planteándose que quizá debería pagar al príncipe para que la aceptara de vuelta. Olí que tenía el don de metamorfosearse, y en felino, igual que el Leopardo. Quizá en león, y los otros hombres que había allí eran su manada, y la mujer que los miraba con el ceño fruncido a ambos desde el otro lado de la fogata era la que se había apareado con él hasta que había llegado esa princesa. Y allí estaban todos apretujados en una choza con esa princesa que no paraba de parlotear como una cacatúa. El plan era el siguiente: el León y su manada tenían que secuestrar a la princesa y exigir una suma de dinero. Una suma que su padre estaría encantado de pagar porque su hija valía más que la plata y que el oro. Con el dinero del rescate, la princesa pagaría a mercenarios para que derrocaran al príncipe, que no tenía principado que conquistar. Al principio pensé que le ocurría lo mismo que a aquellos chicos y chicas a quienes secuestran cuando son demasiado jóvenes y en mitad de su cautiverio empiezan a mostrar lealtad hacia sus captores, incluso amor. Pero entonces dijo:

—Debería haber elegido a leopardos, por lo menos son astutos.

El líder de los leones rugió tan fuerte que asustó a la gente de la calle.

—Creo que sé cómo termina esta historia —dijo el Leopardo—. O quizá simplemente te conozco a ti. Le contaste al príncipe el complot de su hija y luego te escabulliste tan deprisa como habías llegado.

—Querido Leopardo, ¿y qué habría de divertido en eso? Además, mis días eran largos y tenía poco trabajo.

—Estabas aburrido.

—Como un dios esperando a que el hombre le sorprenda.

Sonrió.

—Volví con el príncipe y le informé adecuadamente. Le dije: Buen príncipe, todavía no he encontrado a los bandidos, pero por el camino he pasado junto a una casa cerca del viejo mercado donde había unos hombres conspirando para robarte tu corona.

—¿Qué? ¿Estás seguro? ¿Qué hombres eran?

—No miré, sino que vine aquí a toda prisa. Y ahora me voy a encontrar a tu hija —le dije.

—¿Y qué hago con esos hombres?

—Manda a alguien que vaya a hurtadillas a esa casa en plena noche y la reduzca a cenizas.

El Leopardo se me quedó mirando, ansioso por sacarme la historia de la boca.

—¿Y lo hizo?

—¿Quién sabe? Pero a la luna siguiente vi a la hija en su ventana, con la cabeza quemada. Entonces maldije Kalindar y me volví a Malakal.

—¿Y ésa es tu historia? Cuéntame otra.

—No. Háblame tú de tus viajes. ¿Qué hace un Leopardo en tierras nuevas cuando no puede cazar?

—Un Leopardo encuentra carne allí donde puede. ¡Y cuando hay carne se la come! Pero ya me conoces. Las bestias como yo no estamos hechas para un solo lugar. Nadie ha viajado tanto como yo. Hasta subí a un barco, y con muchas ganas. Salí al mar, luego subí a otro barco que se adentró más y más en el mar durante muchas lunas.

Subió los pies a la silla y se reclinó en el asiento. Yo ya sabía que iba a hacer eso.

—Vi bestias marinas enormes, entre ellas una que parecía un pez pero podía tragarse un barco entero. Y encontré a mi padre.

—¡Leopardo! ¡Pero si creías que estaba muerto!

—¡Y él también lo creía! Había estado trabajando de herrero y viviendo en una isla en mitad del mar. Me he olvidado del nombre.

—No te has olvidado.

—Me cago en los dioses, quizá no me quiera acordar. Mi padre ya no trabajaba de herrero, sólo era un viejo que esperaba la muerte. Me quedé allí con él. Vi cómo se olvidaba de recordar y finalmente lo vi olvidarse de que se

olvidaba de las cosas. Y ya no tenía nada de leopardo; se había olvidado de todo viviendo con su joven esposa y su familia bajo techo, que es algo que no está en la naturaleza de los leopardos. Maldito seas tú y tus bigotes, me dijo muchas veces. Pero había días en que me miraba y gruñía y tendrías que ver cómo se asustaba, preguntándose de dónde salía aquel gruñido. Una vez cambié de forma delante de él y chilló como chillan los viejos, sin hacer ruido. Nadie lo creyó cuando gritó: ¡Mirad ese gato salvaje, se me va a comer!

—Qué historia tan triste.

—Y se vuelve todavía más triste. Todos los hijos que había en aquella casa, mis hermanos y hermanas, tenían algún vestigio felino. El más pequeño tenía manchas por toda la espalda. Y a ninguno le gustaba llevar ropa, a pesar de que en aquella isla del río tanto las mujeres como los hombres se cubrían todo el cuerpo menos los ojos. En el lecho de muerte no paró de transformarse, de hombre a leopardo y a hombre, asustando a sus hijos y causándole gran dolor a la madre. Al final nos quedamos solos en la habitación él y yo, ya que todos los demás salvo el menor pensaban que aquello eran brujerías. El menor miró a su padre y por fin se vio a sí mismo. Los dos nos convertimos en leopardos y lamí la cara de mi padre para tranquilizarlo. Lo dejé en su sueño eterno.

—Es una historia triste. Pero también es bonita.

—¿Ahora eres un amante de las cosas bonitas?

—Si vieras quién se ha levantado de mi cama esta mañana, no me harías esa pregunta.

Había echado de menos su risa. La posada entera oyó al Leopardo.

—Me he vuelto errante, Rastreador. He estado yendo de tierra en tierra y de reino en reino. Reinos donde la gente tenía la piel más pálida que la arena, y donde cada siete días se comían a su propio dios. He sido granjero y asesino, y hasta he adoptado un nombre, Kwesi.

—¿Qué significa?

—No tengo ni puta idea. Hasta he trabajado de entretenedor de las artes del burdel.

—¿Cómo?

—Basta ya. La razón de que te haya buscado...

—Tus razones se las pueden follar los dioses, quiero que me expliques eso de las artes del burdel.

—No tenemos mucho tiempo, Rastreador.

—Entonces date prisa. Pero no me ahorres ningún detalle.

—Rastreador...

—O me largaré y te dejaré con la cuenta, Kwesi.

Casi hizo un gesto de dolor cuando dije aquello.

—Bien, basta. Pues yo era soldado...

—Esto no empieza como una historia de burdeles...

—Me cago en los dioses, Rastreador. Quizá la historia empieza con un hombre que encuentra un ejército.

—¿En el Norte o en el Sur?

—A la mierda el Norte y el Sur. Como digo, el hombre encontró un ejército que necesitaba a un hombre con talento superior con el arco. Y terminó en unas tierras sin comida y sin diversión. Puede que se le diera de maravilla matar enemigos, pero no se le daba muy bien mantener la paz entre sus compañeros de ejército. Aunque un par de ellos que eran apuestos le resultaron útiles.

—El Leopardo no cambia.

—Y esto es lo que sucedió: atacamos una aldea que no tenía más armas que las piedras para cortar la carne y les quemamos las chozas con las mujeres y los niños todavía dentro. Sucedió así. Yo les dije: No mato a mujeres ni a niños, ni siquiera cuando tengo hambre. Y el cagón del comandante me dijo: Pues mátalos con el arco. Le contesté: Esa gente no son soldados en esta guerra. Y él me dijo: Te he dado una orden. Y me largué, porque no era soldado y la paga no hacía que aquella lucha valiera la pena.



»Y pasó también esto: el muy cagón gritó que era un traidor y en un abrir y cerrar de ojos sus hombres estaban encima de mí; entretanto, los soldados seguían quemando a niños atrapados en las chozas. Vinieron a por mí cuatro soldados y les disparé cuatro flechas en medio de sus cuatro pares de ojos. El cagón intentó gritar otra vez pero mi quinta flecha se le clavó en la garganta. No hace falta decirte, Rastreador, que tuve que marcharme, al amparo de una nube de humo negro. Pero luego me pasé días y días deambulando antes de descubrir que estaba en mitad del mar de arena, donde nada vive. Al cabo de cuatro días sin agua ni comida empecé a ver una mujer gorda que caminaba sobre las nubes y leones sobre dos patas y una caravana que nunca llegaba a tocar la arena. Los hombres de la caravana me recogieron y me tiraron a la parte de atrás.

»Me desperté cuando un niño me echó agua a la cara. La caravana me dejó en la puerta de una casa de Wakadishu.

—Del mar de arena a Wakadishu se tarda lunas enteras, Leopardo.

—Era una caravana muy rápida.

—O sea que ahora eres mercenario —le dije.

—Mira a este leproso acusando a otro leproso de tener la lepra.

—Pero yo encuentro a hombres, no los mato.

—Claro, es sangre de vaca lo que siempre te limpias del casco. ¿Por qué nos peleamos por las palabras? ¿Eres feliz, Rastreador?

—Estoy bastante satisfecho. Este mundo nunca me da nada y sin embargo tengo todo lo que quiero.

—Tonto, eso no es lo que te he preguntado.

—¿Ahora las bestias buscan la felicidad? Si ésa es la clase de hombre que vas a ser, sé menos hombre y más leopardo.

—Me cago en los dioses, Rastreador, es una pregunta muy simple. La respuesta más larga sólo tiene una palabra.

—¿Esto afecta a tu oferta?

—No.

—Entonces aquí va tu respuesta: estoy ocupado, y es mejor estar ocupado que aburrido, ¿verdad?

—Estoy esperando...

—¿El qué?

—A que digas que la tristeza no es la ausencia de felicidad, sino su contrario.

—¿Lo he dicho alguna vez?

—Dices algo parecido. ¿Y a quién pertenece tu corazón?

—Una vez me dijiste que nadie ama a nadie.

—Puede que fuera joven y estuviera enamorado de mi polla.

—*Jakrari mada kairiwoni yoloba mada.*

—¿De qué le sirve esa lengua a un gato?

—Tu polla es como un camello para ti.

Estaba diciéndole esas cosas sólo para oír aquella risa de gato.

—No confío en la gente que hace viajes sin retorno; no arriesgan nada. Digamos que los hombres que no tienen nada que perder suelen decepcionarme —me dijo.

—¿Tú eres feliz? —le pregunté.

—¿Contestas a mi pregunta con otra pregunta?

—Porque estamos aquí, lloriqueando como primeras esposas de hombres que ya no nos quieren. Pero es que a mí de niño no me crio nadie y tú finges que eres un hombre cuando te conviene, pero hay muchas bestias encantadas que pueden hablar. Sea cual sea la oferta que me traes, cada vez me gusta menos.

—La oferta aún no me ha salido de los labios, Rastreador.

—No, pero me estás haciendo una especie de prueba.

—Perdóname, Rastreador, pero no te he visto desde hace muchísimas lunas.

—Eres tú el que ha venido a buscarme, gato. Y ahora me haces perder el tiempo. Aquí tienes dinero para el jabalí crudo. Y un poco más por toda la

sangre que le han dejado para ti.

—Me alegra mucho verte.

—Yo estaba a punto de decir lo mismo hasta que has empezado a preguntarme por mi corazón.

—Oh, hermano, me pregunto por tu corazón todo el tiempo. Y me preocupo por él.

—Esto también es parte de lo mismo.

—¿De qué?

—De tu puto examen.

—Rastreador, hemos nacido libres. Estoy bebiendo y comiendo con otro como yo. Quédate al menos aunque no vayas a comer.

Me levanté para marcharme. Ya me había alejado unos cuantos pasos de él cuando le dije:

—Manda a buscarme cuando haya aprobado el examen que estabas intentando ponerme.

—¿Crees que has aprobado?

—He aprobado al entrar por la puerta. O no habrías esperado cuatro días para mandarme a buscar. ¿Alguna vez has visto a un hombre que no sepa que es infeliz, Leopardo? Búscalo en las cicatrices de la cara de su mujer. O en la excelencia de su ebanistería y de su hierro forjado, o en las máscaras que se fabrica para ponérselas porque no quiere que el mundo le vea la cara. No soy feliz, Leopardo. Pero tampoco soy infeliz, que yo sepa.

—Tengo noticias de los niños.

Él sabía que aquello me detendría.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Todavía tengo tratos con los gangatom, Rastreador.

—Cuéntame las noticias. Ahora.

—Todavía no. Confía en mí, tu chica está bien, por mucho que todavía resople y rezongue y se convierta en humo azul cuando se pone furiosa, que pasa a menudo. ¿Los has visto?

—No, nunca he vuelto.

—Oh.

—¿Cómo que «Oh»?

—Tenías una expresión extraña en la cara.

—No tengo ninguna expresión extraña.

—Rastreador, tú sólo tienes expresiones extrañas. Se te ve absolutamente todo en la cara, por mucho que intentes enmascararlo. Así es como me doy cuenta de que tu corazón está con alguien. Eres el peor mentiroso del mundo y la única cara en la que confío.

—Quiero oír las noticias de los niños.

—Por supuesto. Están...

—¿Ninguno te ha dicho que fui a visitarlos? ¿Ninguno?

—Acabas de decir que no los has visto. Nunca has vuelto, has dicho literalmente.

—Es como si no los hubiera visto nunca, si dicen que no me han visto el pelo.

—Más reacciones extrañas, Rastreador. Los niños están sanos y contentos. El albino pronto será su mejor guerrero.

—¿Y la niña?

—Te acabo de hablar de la niña.

—Come.

—Tenemos otros asuntos que discutir, Rastreador. Basta de nostalgia por ahora.

Se metió el último pedazo de carne en la boca y masticó. Quedaba sangre en el plato. La miró, yo la miré y por fin él me miró a mí.

—Oh, sé una puta bestia, Leopardo. Me preocupa que busques la aprobación de un hombre.

Me dedicó su enorme sonrisa, se llevó el plato a la cara y lo lamió hasta limpiarlo.

—No es una presa recién cazada —le dije.

—Pero me conformo. Y ahora, por fin, la razón de que haya venido a verte.

—¿Algo de una mosca?

—Eso ha sido un comentario ingenioso.

—¿Por qué me has preguntado si era feliz?

—Este camino que te voy a pedir que tomes... Oh, Rastreador, te va a quitar muchas cosas. Es mejor si ya de partida no tienes nada.

—Me acabas de decir que sería mejor si tuviera algo que perder.

—Te he dicho que me decepcionan los hombres que no tienen nada. Algunos. Pero el Rastreador al que conozco no tiene nada y tampoco cultiva nada. ¿Ha cambiado eso?

—¿Y qué, si hubiera cambiado?

—Pues en ese caso te haría preguntas distintas.

—¿Y cómo sabes que yo...?

El Leopardo se dio la vuelta, intentando ver qué me había hecho callar.

—Nada —le dije—. Me ha parecido notar... Me ha parecido que se iba y volvía... Que...

—¿Qué?

—Nada. Una idea pasajera. Nada. Venga, gato, estoy perdiendo la paciencia.

El Leopardo se bajó de la silla y estiró las piernas. Se volvió a sentar y me miró.

—Él lo llama mosquita. Me resulta un apodo extraño, sobre todo dicho con su voz, que parece más voz de vieja que de hombre, pero creo que le tiene mucho apego a esa mosca.

—Repite eso. Y esta vez de forma que se entienda.

—Sólo te puedo contar lo que me contó el tipo. Fue muy claro; me dijo: Déjame las instrucciones a mí. Me cago en los dioses con los hombres que no sois directos. Y vete tú también a la mierda, te he visto esa expresión. Amigo, esto es lo que sé. Un niño ha desaparecido. Los magistrados han dicho que lo

más seguro es que se lo llevara el río, o que lo atraparan los cocodrilos, o las tribus del río, ya que cuando tenéis hambre os coméis lo que sea.

—Vete a la puta mierda, tú y tu madre.

—Si hablamos de mi madre, me parece bien —dijo riendo—. Esto es lo que sé. Los magistrados creen que ese niño se ha ahogado o que lo han matado o se lo han comido las bestias. Pero este hombre del que te hablo, que se hace llamar Amadu Kasawura, es un hombre acomodado y con buen gusto. Está convencido de que su niño, su mosquita, está vivo, y que está yendo hacia el oeste. Rastreador, hay pruebas convincentes en su casa, evidencias que harán que te creas su historia. Además, es un hombre rico, muy rico, lo cual está bien teniendo en cuenta que ninguno de nosotros es barato.

—¿Nosotros?

—Ha contratado a nueve, Rastreador. A cinco hombres, tres mujeres y esperemos que a ti también.

—Pues el monedero debe de ser lo más gordo que tiene. Y el niño... ¿es hijo suyo?

—Él no dice ni que sí ni que no. Es esclavista, vende esclavos negros y rojos a los barcos que vienen de la gente que sigue las luces del este.

—Los esclavistas sólo tienen enemigos. Quizá alguien le haya matado al niño.

—Quizá, pero él está completamente decidido, Rastreador. Sabe que puede que encontremos huesos. Pero entonces por lo menos lo sabrá seguro, y tener la certeza es mejor que pasar años de tormento. Pero me estoy saltando demasiadas cosas y estoy haciendo que la misión...

—¿La misión? ¿Qué vamos a ser ahora, sacerdotes?

—Soy un gato, Rastreador. ¿Cuántas putas palabras crees que conozco?

Esta vez me reí yo.

—Te he contado lo que sé. Un esclavista está pagando a nueve personas para que o bien encuentren a ese niño o le lleven pruebas de que está muerto,

y no le importa lo que hagamos para encontrarlo. Puede que esté a dos aldeas de distancia, puede que esté en el Reino del Sur, puede que sea un puñado de huesos enterrados en el Mweru. Tienes buen olfato, Rastreador. Podrías encontrarlo en cuestión de días.

—Si va a ser una caza tan rápida, ¿por qué necesita nueve personas?

—Rastreador, con lo listo que eres, ¿no lo ves claro? El niño no se ha marchado, se lo han llevado.

—Pero ¿quiénes?

—Será mejor que te lo cuente él. Si te lo explico yo, quizá no vengas.

Me lo quedé mirando.

—Conozco esa expresión —me dijo.

—¿Qué expresión?

—Esa expresión. Estás más que interesado. La idea misma de venir ya te llena de gozo.

—Me lees demasiadas cosas en la cara.

—No es únicamente tu cara. Ven, aunque sólo sea porque hay algo que te intriga, y no es el dinero. Y ahora, hablando de deseos...

Miré a mi interlocutor, que poco antes de que se pusiera el sol había convencido a un posadero de que le sirviera carne cruda bañada en sangre para cenar. Luego olí algo, lo mismo de antes, un olor que venía del Leopardo pero no exactamente de él. Cuando salimos de la posada, el olor era más fuerte, pero se debilitó. Se volvió fuerte, luego más fuerte y por fin más débil. El olor se debilitaba cada vez que el Leopardo se daba la vuelta.

—¿Quién es el chico que nos está siguiendo?

Hablé lo bastante fuerte como para que el chico en cuestión nos oyera. Avanzó de oscuridad en oscuridad, de la sombra negra que proyectaba el poste a la luz roja de una antorcha. Se metió a hurtadillas en el portal de una casa cerrada, a menos de veinte pasos de nosotros.

—Lo que me gustaría saber, Leopardo, es si me dejarías tirar un hacha y partirle la cabeza por la mitad antes de admitir que el chico es tuyo.

—No es mío, y por los dioses que yo tampoco soy suyo.

—Y, sin embargo, lo he estado oliendo todo el tiempo que hemos pasado en la posada.

—Un incordio es lo que es —dijo el Leopardo, mirando cómo el chico salía del portal, demasiado tímido para mirar.

No era alto pero sí lo bastante flaco como para parecerlo. La piel oscura como una sombra, una túnica roja atada al cuello que le llegaba a los muslos, bandas rojas por encima de los codos, pulseras de oro en las muñecas, falda a rayas en la cintura. Llevaba el arco y las flechas del Leopardo.

—Lo salvé de unos piratas en el tercer o el cuarto viaje. Ahora no me quiere dejar en paz. Te juro que parece que el viento me lo traiga todo el tiempo.

—En realidad, Leopardo, cuando he dicho que lo estaba oliendo todo el rato, quería decir que lo estaba oliendo en ti.

El Leopardo se rio pero fue una risita muy pequeña, como la de un niño al que pillan justo cuando está a punto de hacer una travesura.

—Cada vez que pierdo las armas, él tiene mi arco, y siempre me encuentra, da igual adónde me vaya. ¿Quién sabe, aparte de los dioses? Quizá cuente grandes historias de mí cuando yo ya no esté. He meado sobre él para marcarlo como mío.

—¿Qué?

—Es broma, Rastreador.

—Que sea broma no quiere decir que sea falso.

—No soy un animal.

—¿Desde cuándo?

Me refrené de preguntarle: ¿No es éste ya quizá el quinto o sexto chico al que llevas por el mal camino, al que haces esperar sin esperanza algo que nunca le vas a dar, porque eso es lo que das, ¿verdad?, tus ojos en los suyos, tus oídos para todo lo que dice, tus labios para sus labios, todas esas cosas



que eres libre de dar y quitar, y nada de lo que él quiere. ¿O es ya el décimo? Lo que dije, en cambio, fue:

—¿Dónde está ese esclavista?

El esclavista era del Norte y comerciaba ilegalmente con Nigiki, pero él y sus caravanas, llenas de esclavos nuevos, habían acampado en el valle de Uwomowomowowo, que quedaba a menos de un cuarto de día a caballo de Malakal, y aún menos si uno simplemente bajaba la colina. Le pregunté al Leopardo si aquel hombre no tenía miedo de los bandidos.

—Una vez una banda de ladrones intentó robarle cerca de las Tierras Oscuras. Le pusieron un cuchillo en la garganta, se rieron de que sólo tuviera tres guardias y los tres tan fáciles de matar y de que él mismo no fuera armado, teniendo en cuenta el cargamento que llevaba. Los ladrones huyeron a caballo, pero el esclavista mandó un mensaje con los tambores parlantes que llegó al destino de los ladrones antes de que ellos alcanzaran las puertas. Para cuando el esclavista llegó a aquellas puertas, los tres ladrones ya estaban clavados a ellas, con la piel de la barriga rajada y las tripas colgando a la vista de todos. Ahora sólo viaja con cuatro hombres que alimentan a los esclavos durante el camino a la costa.

—Ya le tengo un gran amor —dije.

Cuando llegamos a mis aposentos, pasé de puntillas frente a la posadera, que dos días antes me había avisado de que llevaba una luna de retraso en el alquiler y, agarrándose los pechos enormes con las manos, había añadido que había otras formas de pagar. Una vez en mi habitación, cogí una capa de piel de cabra, dos odres de agua, una bolsa con frutos secos y dos cuchillos. Salí por la ventana.

El Leopardo y yo fuimos a pie. Desde mi posada salimos por la tercera muralla de la ciudad y pasamos por debajo del puesto de vigía de la cuarta, la muralla exterior, que rodeaba la montaña entera y era tan gruesa como un hombre tumbado en el suelo. Luego fuimos de la puerta fortificada del Sur a las colinas rocosas y bajamos directos al valle. El Leopardo nunca viajaba a

lomos de otro animal, y yo nunca había tenido caballo, aunque sí había robado algunos. Al llegar a las puertas vi que el chico nos seguía, todavía correteando de la sombra de un árbol a la del siguiente y entre las ruinas de las antiguas torres que se habían levantado mucho antes de que Malakal fuera Malakal. Yo había dormido allí una vez. Los espíritus eran hospitalarios, o quizá simplemente indiferentes. Las ruinas pertenecían a una gente que había descubierto el secreto de los metales y que sabía tallar la piedra negra. Paredes sin mortero con los ladrillos sólo apoyados los unos en los otros, a veces curvadas en forma de cúpula. Un hombre del mar de arena de los que cuentan las edades habría dicho que el Antiguo Malakal databa de hacía seis edades, o quizá más. Seguramente de la época en que los hombres necesitaban las murallas tanto para impedir las salidas como las entradas. Defensa, riqueza, poder. Sólo tuve aquella noche para observar la ciudad antigua; portales de madera podrida, escalones, callejones, pasajes, conductos para aguas tanto residuales como frescas, todo dentro de unas murallas de setenta pasos de altura y veinte de grosor. Y luego, un día, toda la gente del Antiguo Malakal se esfumó. Murió, huyó, ningún griot se acuerda o lo sabe. Ahora sus manzanas estaban convertidas en escombros que embrollaban el sentido del avance aquí y allá, y obligaban a dar vueltas y más vueltas por lo que habían sido las callejuelas de antaño y a detenerse ante callejones sin salida que obligaban a dar media vuelta, pero ¿media vuelta para ir adónde? Un laberinto. El niño estaba tan rezagado por detrás de nosotros que llegado aquel punto ya estaba perdido.

—Fíjate, tú puedes arrancarle la cabeza a un hombre de una dentellada y aun así es a mí a quien más teme. ¿Cómo se llama?

El Leopardo, como siempre, caminaba solo por delante.

—Nunca me he molestado en preguntárselo —dijo, y se rio.

—Me cago en los dioses, eres el peor gato que ha vivido nunca —le respondí.

Me detuve unos pasos por detrás de él hasta hundirme también en las

sombras. Vi que el niño intentaba ir de resto de torre a resto de torre, de ruina a ruina y de pared desmoronada a pared desmoronada. Yo no tenía problemas para observarlo por mucha oscuridad que hubiera. Se sumió en las entrañas de unas ruinas que no eran tan profundas y trató de encontrar la salida. Cuando echó a correr, su olor cambió un poco; siempre cambia cuando el miedo o el éxtasis dominan. Se tropezó con mi pie y aterrizó en el suelo. Quizá mi pie lo hubiera estado esperando.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—A ti no te importa cómo me llame —me dijo, y se puso de pie.

Hinchó el pecho y miró más allá de mí. Se lo veía mayor que antes, uno de esos muchachos que quizá tengan quince años pero mentalmente siguen teniendo diez. Lo miré y me pregunté qué quedaría de él cuando el Leopardo ya no lo necesitara.

—Te podría dejar en estas ruinas y estarías perdido hasta que se hiciera de día. Y dime, ¿dónde estaría entonces tu precioso Leopardo?

—Sólo hay ladrillos y mierdas que no quiere nadie.

—Cuidado, te van a oír los antepasados y entonces ya no te marcharás nunca.

—¿Todos sus amigos son tan tontos como tú?

Cogí del suelo lo primero que vi y se lo tiré. Él lo agarró al vuelo. Muy bien. Pero lo dejó caer en cuanto vio que era un cráneo.

—No te necesita —dijo.

Le di la espalda y eché a andar hacia donde sabía que estaban las puertas de la muralla.

—¿Adónde vas?

—Me vuelvo a beber la buena sopa de una mala mujer. Dile a tu... como sea que lo llames que me he marchado porque me has dicho que no me necesita. Eso si consigues encontrar la salida de las ruinas, claro.

—¡Espera!

Me di la vuelta.

—¿Cómo salgo de aquí?

Pasé caminando a su lado, sin esperar a que me siguiera. Pisé las cenizas frías de un fuego apagado mucho tiempo atrás. De la tierra del suelo asomaban pedazos de tela blanca, cera de velas, fruta podrida y cuentas verdes que quizá hubieran pertenecido a un collar. Alguien había intentado contactar allí con un antepasado o con los dioses, hacía más de una luna. Dejamos atrás las ruinas y los últimos árboles hasta llegar al borde del valle. Otra noche sin luna.

—¿Cómo te llaman? —le pregunté.

—Fumeli —le dijo al suelo.

—Guarda tu corazón, Fumeli.

—¿Eso qué quiere decir?

Me senté sobre una roca. Sería una tontería intentar bajar al valle con lo oscuro que estaba, aunque pude oler que el Leopardo ya se hallaba a medio camino.

—Vamos a dormir hasta la primera luz.

—Pero él...

—Estará por ahí profundamente dormido hasta que lo despertemos mañana.

Dos cosas que se me ocurrieron mientras dormía aquella noche.

El Leopardo dice demasiadas cosas que le resbalan como el agua sobre el aceite pero que a mí se me pegan como una mancha. Cierto, hay veces en que me da la sensación de que tengo que lavarme para quitármelo de encima. Siempre me alegro de verlo pero nunca estoy triste cuando se marcha. Me había preguntado si era feliz y yo todavía no entendía ni la pregunta ni qué información obtendría él de la respuesta. Nadie sonrío más que el Leopardo, pero dice lo mismo cuando está feliz que cuando está triste. Creo que en ambos casos son caras que se pone antes de tratar de los asuntos que le afectan profundamente, primero en el corazón. ¿Felicidad? ¿Quién necesita ser feliz cuando existe la cerveza de masuku? Y la carne con especias, y el

dinero contante y sonante, y los cuerpos calientes con los que acostarse... Además, en mi familia ser un hombre implica deshacerse de la felicidad, que depende de demasiadas cosas que uno no puede controlar.

Algo por lo que luchar o nada que perder, ¿qué te convierte en mejor guerrero? No tengo respuesta.

Me acordaba de los niños más de lo que me habría imaginado. Pronto se convirtió en algo que sentía como un ligero latido en la cabeza, o como una aceleración del ritmo cardiaco, y aun cuando me decía a mí mismo que ya se me había pasado, que no tenía que preocuparme, y que había hecho una buena obra con aquellos niños, o por lo menos había hecho lo que había podido, me venía la sensación de que no era así. Una velada oscura se vuelve más oscura. Me pregunté si sería otra de las manchas que la Sangoma había dejado en mí, o quizá fuera una ligera locura.

Me desperté con el chico inclinado sobre mí.

—Te brilla el otro ojo en la oscuridad, como si fueras un perro —me dijo.

Le habría dado una bofetada, pero el chico ya tenía un corte nuevo encima del ojo derecho, donde le relucía la sangre.

—Cómo resbalan estas rocas por la mañana. Sobre todo si no conoces el camino.

El chico soltó un bufido. Recogió el arco y las flechas del Leopardo. Me pregunté si alguien me haría temblar alguna vez como el Leopardo hacía temblar a aquel chico.

—Y no ronco —le dije, pero él ya estaba corriendo colina abajo hacia el valle, hasta que se detuvo.

Caminó hasta sentarse en una roca, se quedó allí pensando y esperó hasta que estuve a pocos pasos por detrás de él y echó a correr otra vez. Pero no muy lejos, porque no sabía adónde ir.

—Frótale la panza —le dije—. Le gusta. Le da mucho placer.

—¿Cómo lo sabes? Se la debes de frotar a toda clase de hombres.

—Es un gato. A los gatos les gusta que les frotes la barriga. Igual que a los

perros. ¿Es que no tienes nada en la cabeza?

El suelo se volvió rojo y húmedo, y empezaron a brotar matas verdes como bultos. Cuanto más lejos caminábamos, más grande parecía el valle. Llegaba hasta el mismo final del cielo y todavía más allá. Decían los sabios que antaño había sido un simple riachuelo, una diosa que se había olvidado de que lo era. El riachuelo había serpenteado por el valle, erosionando el terreno, tierra tras tierra, piedra tras piedra, hasta que hacia el final de la presente era del hombre ya había dejado unos valles tan profundos que uno empezaba a ver lo contrario: no unas tierras que llegaban muy hondo, sino unas montañas muy altas. Levantando la vista a medida que bajábamos, y contemplando el otro lado del cielo y de la niebla, vimos montañas pegadas a otras montañas, todas más grandes que ciudades enteras. Tan altas que en vez del color del monte, adoptaban el color del cielo. Bastaba con mantener la vista en el cielo y no en el suelo. La tierra se enrojecía, la maleza dejaba paso a los árboles, al río de aguas cristalinas, y en sus aguas había ninfas gordezuelas, de cabeza grande y boca ancha, que no se escondían a plena luz del día, conscientes de que no eran las presas que aquella caravana andaba buscando.

El chaval, cuyo nombre yo ya había olvidado, echó a correr detrás del Leopardo en cuanto llegamos a la montaña. Cierto, yo sabía que el Leopardo no era suyo y que el chico iba a terminar enfureciendo al gato. Le agarró la cola al Leopardo, que se dio la vuelta de golpe, rugió, cogió impulso y se le echó encima. Vino otro rugido de las inmediaciones de la primera caravana y el Leopardo, que tenía inmovilizado al chaval, se alejó al trote. El chico se levantó de un salto, se limpió con la mano antes de que nadie lo viera y echó a correr detrás de su Leopardo, que ahora estaba sentado en la hierba como un hombre, contemplando el río. Se volvió hacia mí y me sonrió, pero al chico no le dijo nada.

—Tu arco y tus flechas. Te los traigo —dijo el chico.

El Leopardo asintió con la cabeza, me miró y dijo:

—¿Vamos a ver al esclavista?

El esclavista tenía una carpa al frente de su caravana. Y la caravana era tan larga como una calle de Malakal. Cuatro carromatos de un tipo que sólo he visto en las fronteras de los Reinos del Norte del mar de arena, entre gente errante que nunca echa raíces. Los dos primeros estaban tirados por caballos y los dos segundos por bueyes. Eran de color violeta y rosa y verde y azul, como si los hubiera pintado la más niña de las diosas. Detrás de los carromatos había una comitiva de carros abiertos y fabricados a base de tablones. En esos carros había mujeres, gordas y flacas, algunas rojas del ocre, otras relucientes por la manteca de karité y el sebo. Algunas sólo llevaban baratijas, otras llevaban collares y pieles de cabra amarillas y rojas, y algunas, vestidos enteros, pero la mayoría estaban desnudas. Todas capturadas y vendidas, o bien secuestradas de las tribus del río. Ninguna con las cicatrices de los ku o de los gangatom. Ni con los dientes afilados. A los hombres del Este no les parecían bonitas aquellas cosas. Detrás de los carros, hombres y muchachos, altos y flacos como mensajeros, sin papada bajo el mentón, sólo piel y músculos, largos de brazos, largos de piernas, muchos hermosos y más oscuros que el mediodía de los muertos. Con cuerpos de guerreros, porque la mayoría eran guerreros que habían sido derrotados en pequeñas guerras, y ahora iban a hacer lo mismo que todos los soldados que pierden guerras. Todos llevaban grilletes en el cuello y en los tobillos, todos estaban encadenados al hombre de delante y al de detrás. Había menos hombres armados de los que yo creía que iba a ver. Siete, quizá ocho hombres con espadas y cuchillos, sólo dos armados con arcos, y cuatro mujeres con alfanjes y hachas.

—A su debido tiempo. Ahora está concediendo audiencias y juzgando a los malvados —dijo el Leopardo con una sonrisa que me hizo pensar que bromeaba.

Pero más allá de las caravanas, y delante de una carpa grande y blanca con la cubierta curvada y llena de telas ondeantes, estaba sentado el esclavista. A

su derecha había un hombre de rodillas en el suelo, con una fina pipa en la mano y una alfombra enrollada en el regazo. A su derecha otro hombre, sin camisa igual que el hombre arrodillado, sosteniendo un cuenco de oro y un trapo, como si estuviera a punto de lavarle la cara al esclavista. Justo delante de él había otro, negro a la sombra del parasol con el que estaba resguardando a su amo. Otro tenía un cuenco de dátiles, listo para alimentar al esclavista. Éste no nos miró. Pero yo lo vi allí sentado, como el príncipe que seguramente era. Kalindar era famoso por ellos, pero también Malakal estaba infestado de príncipes sin reino, según se decía, porque Kwash Dara era rácano con sus favores. Sus hombres le habían echado una larga túnica sobre el hombro izquierdo dejándole el derecho al desnudo, como es la costumbre entre los príncipes. Por debajo le asomaba una túnica blanca, la de dentro, destinada a esconderle el cetro y el orbe reales. En torno a los brazos tenía sendas pulseras de oro con forma de serpientes enroscadas para matar. Sandalias de cuero en los pies sucios, gorro de tela con lengüetas de seda cubriéndole las orejas por encima de una cara ancha y unos carrillos tan gordos que le escondían los ojos cuando se reía. No nos miró.

Había un hombre y una mujer arrodillados delante de él; a ambos los habían hecho arrodillarse a patadas los dos guardias que estaban detrás de ellos. La mujer era una esclava roja y no oscura como los hombres del final de la caravana, una esclava de dientes blancos y ojos sin mácula. Preciosa. Iba a ser la concubina de otro amo, quizá incluso de un amo del Este, donde una concubina podía poseer un palacio propio. Una mujer capturada en Luala Luala o incluso más al norte, de nariz recta y labios finos. El hombre era más oscuro y le relucía la piel de sudor, no de los aceites corporales con que untaban a los esclavos para obtener un precio más alto. El hombre estaba desnudo y la mujer llevaba túnica.

—Dime la verdad, dímela rápido, dímela ya —dijo el esclavista.

Tenía la voz más aguda de lo que yo me había esperado; una voz como de niño o de bruja desastrada.



—El hombre vive para saquear, el huésped ataca al anfitrión, pero tú eras un hombre encadenado. Un *ira wewe*. Encadenado a veinte y un hombres con pesados grilletos de hierro de los que rompen los huesos de las piernas. No puedes escaparte a menos que se escapen ellos, no puedes ir a ninguna parte a menos que vayan también ellos, no puedes sentarte a menos que se sienten ellos, así pues, ¿cómo has conseguido meterte en el pupu de esta futura princesa?

El hombre no dijo nada. No creo que conociera la lengua de las Tierras Medias. Se parecía a los hombres que vivían en los márgenes del río Dos Hermanas, fuertes y sin reyes, pero fuertes de cultivar el terreno, no de cazar ni luchar con otros ejércitos y guerreros.

La guardia que había detrás de la mujer dijo que era la mujer la que había buscado al hombre, o por lo menos eso contaban los rumores que circulaban a sus espaldas. Que ella había yacido con él mientras los demás hombres les mandaban que no hicieran ruido y confiaban en que yaciera también con ellos. Y lo hizo con dos o tres más, pero sobre todo con aquél.

La mujer se rio.

—Dime la verdad, dímela rápido, dímela ya. ¿Qué voy a hacer con una esclava roja embarazada de un esclavo negro? Ningún mercader te va a querer, nadie te va a convertir algún día en esposa y reina. Vales menos que la túnica que llevas. Quítatela.

Las guardias la agarraron desde detrás y le arrancaron la túnica. La esclava roja miró al esclavista, escupió y se rio.

—La túnica me la puedo lavar y ponerme otra. En cambio, tú...

El hombre que le estaba dando de comer dátiles se acercó al esclavista y le susurró algo al oído.

—Vales menos que el más enfermo de mis bueyes. Haz las paces con la diosa del río porque te vas a reunir pronto con ella.

—Te conviene más cortarme la cabeza o quemarme en la hoguera.

—¿Quieres elegir cómo morir?

—Elijo no ser tu esclava.

Vi la verdad en ella antes que el esclavista. Se había quedado embarazada del esclavo negro porque había querido. La sonrisa de su cara lo decía todo. Sabía que su amo la iba a matar. Era mejor estar con los ancestros que vivir atado a alguien que quizá fuera amable y quizá fuera cruel, quizá incluso te hiciera dueña de muchos esclavos, pero aun así seguiría siendo tu dueño.

—Los hombres que siguen la luz del Este te habrían tratado bien. ¿Nunca has oído hablar de la esclava roja que se convirtió en emperatriz?

—No, pero he oído hablar del esclavista gordo que huele a mierda de buey y que un día se ahogará en su propio aliento. Te maldigo por el dios de la justicia y la venganza.

El esclavista perdió la compostura.

—Matad a esta zorra de una vez —dijo.

La guardia se la llevó mientras ella seguía riéndose. Aun cuando ya se había marchado, yo todavía podía oírla. El esclavista miró al hombre y le dijo:

—Te digo la verdad, te la digo deprisa, te la digo ya. Sólo hay una cosa que a los amos del Norte les guste más que una mujer inmaculada. Un eunuco inmaculado. Lleváoslo y proceded a ello.

Dos guardias cogieron al hombre. Estaba débil y berreaba, de forma que cada uno lo agarró de una cadena y se lo llevaron.

El esclavista me miró como si yo fuera el primer asunto del día. Me miró fijamente al ojo, como hacía todo el mundo, y yo ya ni lo mencionaba.

—Tú debes de ser el que tiene buen olfato —dijo.

## SIETE

Se llevaron a la mujer para ahogarla y al hombre para quitarle la hombría.

—¿Me has traído hasta aquí para que viera esto? —le dije al Leopardo.

—El mundo no siempre es blanco o negro, Rastreador. Todavía no lo has aprendido.

—Sé todo lo que necesito saber de los esclavistas. ¿Alguna vez te he hablado de cuando engañé a un esclavista para que se vendiera a sí mismo como esclavo? Tardó tres años en convencer a su amo de que él también era un amo, después de que el amo le cortara la lengua.

—Hablas demasiado alto.

—Lo justo.

El esclavista tenía tantas alfombras en el suelo, alfombras sobre otras alfombras, alfombras claramente procedentes del Este y otras de colores para los que no existían nombres, que más que un vendedor de hombres parecía un vendedor de alfombras. Estaba tan oscuro que siempre había dos lámparas encendidas. El esclavista estaba sentado en un taburete mientras uno de los hombres le quitaba las sandalias y el otro le llevaba un cuenco de dátiles. Puede que fuera príncipe, o por lo menos un hombre muy rico, pero los pies le apestaban. El portador de la sombrilla intentó quitarle el gorro, pero el esclavista lo abofeteó, no fuerte sino de forma juguetona, demasiado juguetona. El hombre de la sombrilla se giró hacia nosotros y nos dijo:

—Su gran excelencia Amadu Kasawura, león de los montes bajos y amo de hombres, os verá antes de que se ponga el sol.

El Leopardo se dio la vuelta para marcharse pero yo dije:

—Nos verá ahora.

El portador de la sombrilla se obligó a cerrar la boca. El portador de los dátiles se dio la vuelta como diciendo: Ahora vamos a tener fiesta. Creo que sonrió. Fue la primera vez que el esclavista nos miró.

—Creo que no entendéis nuestro idioma.

—Creo que lo entiendo bastante bien.

—Su gran excelencia...

—Su gran excelencia parece haberse olvidado de cómo hay que hablar con los hombres que han nacido libres.

—Rastreador...

—No, Leopardo.

El Leopardo puso los ojos en blanco. Kasawura se echó a reír.

—Estaré en la Posada de Kulikulo.

—Nadie se marcha sin permiso —dijo el esclavista.

Me volví para marcharme y casi había llegado a la entrada cuando aparecieron tres guardias con las manos sobre las armas sin desenvainar.

—Los guardias te confundirán con un fugitivo. Primero te liquidarán y después harán las preguntas —dijo Kasawura.

Los guardias sacaron sus armas y yo las dos hachas que llevaba amarradas a la espalda.

—¿Quién va primero? —pregunté.

Kasawura se rio más fuerte.

—¿Y éste es el hombre del que me dijiste que el tiempo había enfriado su fuego?

El Leopardo soltó un fuerte suspiro. Yo sabía que aquello era una prueba, pero no me gustaba que me pusieran a prueba.

—Mi nombre habla por sí solo, de modo que toma tu decisión deprisa y no me hagas perder el tiempo.

Y también odiaba a los esclavistas.

—Traedle comida y bebida. Y para Kwesi, una pata de cabra cruda. Aseguraos de que esté recién sacrificada, ¿o quizá prefieres una viva para

matarla tú mismo? Sentaos, caballeros —dijo.

Ahora el portador de la sombrilla enarcó las cejas y apretó los labios. Le entregó un cáliz de oro al esclavista, que me lo dio a mí.

—Es...

—Cerveza de masuku —dije.

—Dicen que tienes buen olfato.

Di un trago. Era la mejor cerveza que había probado nunca.

—Eres un hombre rico y con buen gusto —le dije.

El esclavista hizo un gesto quitándole importancia a aquello. Se puso de pie pero nos indicó con la cabeza que nos quedáramos sentados. Incluso él se estaba hartando de aquellos sirvientes que se escandalizaban de cada movimiento. Dio dos palmadas y se marcharon todos.

—Vosotros no perdéis tiempo, o sea que tampoco lo perderé yo. Hace ya tres años que se llevaron de aquí a una criatura, un niño. Estaba empezando a caminar y ya sabía decir «nana». Alguien se lo llevó una noche. No dejaron nada y nadie pidió rescate, ni por medio de una nota ni usando los tambores ni la brujería. Sé lo que debéis de estar pensando. Quizá lo vendieron en el Malangika; un niño les supondría mucho dinero a las brujas. Pero mi caravana está bajo la protección de una sangoma, igual que hay una que todavía os tiene a vosotros bajo su protección por mucho que esté muerta. Pero esto ya lo sabías, ¿verdad, Rastreador? El Leopardo cree que las flechas de hierro rebotan en ti porque te tienen miedo.

Todavía tengo cosas que contarte, le dije al Leopardo con una mirada.

—A este niño lo confiamos a una gobernanta de Kongor. Pero una noche alguien degolló a todos los habitantes de la casa y se llevó al niño. Once personas vivían allí, todas asesinadas.

—¿Hace tres años? No sólo es que nos lleven una ventaja considerable, es que quizá ya hayan ganado la partida.

—Esto no es un juego —dijo él.

—Al ratón nunca se lo parece, pero al gato sí. No has terminado tu historia

y ya parece imposible. Pero termina.

—Gracias. Poco después nos llegó aviso de que varios hombres y quizá una mujer y un niño habían alquilado una habitación en una posada cerca de las Colinas del Embrujo. Ocuparon todos la misma habitación, y es por eso por lo que uno de los clientes se acordaba. Y nos enteramos porque, un día después de que se marcharan, encontraron al posadero. Escuchadme: muerto como una piedra y blanco de toda la sangre que había perdido.

—Lo mataron ellos.

—¿Quién sabe? Pero tenemos noticias de diez días más tarde. Lo siguiente que sabemos es que estuvieron en dos casas de Lish, cuatro hombres y el niño. Y al marcharse no dejaron a nadie vivo.

—Pero de esas colinas a la Ciénaga de Sangre se tarda por lo menos dos lunas, quizá dos y media si se va a pie.

—Dime algo que no nos estemos preguntando ya. Pero los asesinatos fueron idénticos, todo el mundo muerto como la piedra. Aproximadamente una luna más tarde, la gente de Luala Luala se escapó de sus chozas y no quiso volver; dijeron que habían visto demonios nocturnos.

—¿Viaja con una banda de asesinos pero a él no lo han asesinado? ¿Qué cualidad tiene? ¿El hijo libre de un esclavista? ¿Es hijo tuyo?

—Es muy valioso para mí.

—Eso no es ninguna respuesta. —Me levanté—. Ahora mismo, tu historia tiene carne de la que no hablas y huesos de los que sí. ¿Por qué es tan valioso para ti?

—¿Necesitas saberlo para trabajar para mí? Dime la verdad.

—No, no lo necesita —dijo el Leopardo.

—No lo necesito. Pero llevas tres años buscando a un niño desaparecido. Podría estar al otro lado del mar de arena, o podría hacer tiempo que lo ha cagado un cocodrilo en la Ciénaga de Sangre, o podría estar perdido en el Mweru, quién sabe. Incluso si todavía está vivo, ya no se parecerá en nada al

niño que desapareció. Puede que esté viviendo en otra casa y llamando padre a otro hombre. O a cuatro.

—No soy su padre.

—Eso dices. Quizá ahora sea un esclavo.

Se sentó delante de mí.

—Quieres hacerme enfadar. Dime la verdad. Quieres atacarme con tus palabras.

—¿Por qué?

—Todos los hombres que hay aquí han sido desafortunados en la guerra. A todas las mujeres que hay aquí las comprarán y progresarán en la vida. A fin de cuentas, si hubieran vivido tan bien, no habrían terminado en la carreta de un fiador.

—El Rastreador no ha dicho nada, excelente Amadu, sólo es su forma de ser —dijo el Leopardo.

—No hables por él, Leopardo.

—Sí, Leopardo, no hables por mí.

—Tú también fuiste esclavo, ¿no? —me dijo el excelente Amadu.

—No necesito frotarme la nariz con mierda para saber que apesta.

—Muy bien. Y, sin embargo, ¿quién eres tú para que yo necesite demostrarte que mi vida es justa? Tú que buscas, encuentras y devuelves a una esposa por mucho que su marido le haya sacado los ojos. En esta carpa todo el mundo tiene un precio, querido Rastreador. Y hasta es posible que el tuyo sea bajo.

—¿Qué objeto suyo tienes?

—No, no tan deprisa. Sólo necesito saber que la oferta te tienta. Nos hemos reunido, hemos bebido cerveza y ahora tomaremos decisiones. Y tú tienes que saber algo más. Les he hecho esta oferta a más personas. A ocho, quizá nueve. Algunos trabajarán contigo y otros no. Algunos intentarán encontrar al niño antes que tú. No me has preguntado cuánto dinero te voy a pagar.

—No me hace falta. Teniendo en cuenta lo valioso que es para ti.

El Leopardo se estaba sulfurando. No sabía que otros estarían buscando al niño por su cuenta. Ahora me tocaba a mí hacerlo callar a él.

—Rastreador, ¿a ti no te ofende eso? —me dijo.

—¿Si me ofende? Ni siquiera me sorprende.

—Nuestro buen amigo el Leopardo todavía no sabe que en el hombre no hay nada negro, sólo tonos y más tonos del gris. Mi madre no era ni una mujer amable ni una mujer buena. Pero sí que me dijo esto: Amadu, reza a los dioses pero atranca tu puerta. El niño lleva tres años desaparecido.

—Leopardo, piénsalo. Cuando lo encontremos nos repartiremos el dinero entre dos, no entre nueve.

El esclavista dio una palmada y los tres hombres volvieron a entrar apresuradamente y se pusieron a frotarle los pies, a darle dátiles y a mirarme como si yo también fuera a transformarme en Leopardo.

—Te doy cuatro noches para decidirlo. No va a ser un viaje fácil. Hay fuerzas, Rastreador. Hay fuerzas, Leopardo. Vienen con el viento de la mañana o a veces con el sol de mediodía, la hora de la luz cegadora de las brujas. E igual que yo deseo que alguien encuentre al niño, seguro que también hay gente que desea que no aparezca. Nadie me ha pedido nunca rescate y sin embargo sé que está vivo, lo supe antes incluso de que el chamán consultara a los dioses antiguos para que lo confirmaran. Pero a los dos os digo que hay fuerzas. Malos vientos que barren las ciudades en la temporada de calor, y que se llevan lo que no es suyo. Asaltadores de día o ladrones de noche, no os puedo decir lo que encontraréis. Pero estamos hablando demasiado. Os doy cuatro noches. Si vuestra respuesta es sí, reuníos conmigo en la torre hundida del final de la calle de los bandidos. ¿La conocéis?

—Sí.

—Reuníos conmigo ahí después de que se ponga el sol y ése será vuestro sí.



Y nos dio la espalda. Había terminado con nosotros de momento. Y justo entonces me volvieron a la cabeza la mujer a la que había matado y el hombre al que había convertido en eunuco.

—No seas bobo, Rastreador, debes de saber cómo se fabrican los eunucos, ¿no? Seguramente ese hombre morirá.

Le pedí a la casera que permitiera al Leopardo alojarse en una habitación que yo sabía que estaba vacía. Yo no llevaba nada de ropa cuando se lo pedí, de modo que me dijo que sí, claro, pero ahora me vas a pagar el doble de alquiler o bien cuando vuelvas de uno de tus viajes encontrarás tu habitación vacía. Pero si no tengo nada, le dije. El Leopardo aceptó la habitación después de que yo le avisara de que si decidía dormir en un árbol bajo su forma animal, alguien le dispararía un flechazo perfecto con el arco y le acertaría entre las costillas. Y todas las presas que se podían encontrar en la ciudad eran propiedad de alguien, de modo que uno no podía rondar por ahí cazándolas. Y en caso de que mates a la cabra o al pollo de alguien, no te lo traigas a la habitación. Y en caso de que te lo traigas a la habitación, no derrames ni una gota de sangre.

Esto molestó al Leopardo, pero también entendió que era un consejo sabio. Supe que estaría en su habitación dando vueltas y más vueltas, sabiendo que no podía gruñir. Intentando dormir en la ventana pero sabiendo que no podía, y oliendo correr la sangre dentro de la carne de las presas que había en los corrales. De modo que se llevó al chico a su habitación. El tercer día vino a la mía, sonriente y frotándose la panza.

—Tienes pinta de haber metido un impala de tapadillo en tu habitación.

—Que no nos oiga nadie. Es posible que haya estado un poco glotón estos días.

—La posada entera conoce tus apetitos.

—Debes de ser la única monja en la casa de putas. Bestias fantásticas, deseos fantásticos, Rastreador. ¿Adónde vas hoy? Quiero ver tu ciudad.

—Ya has visto la ciudad.

—Quiero verla con tus ojos, o, mejor dicho, con tu nariz. Sé que esta ciudad tiene algo para nosotros.

Lo miré fijamente.

—Ve de putos en tu tiempo libre, gato.

—Rastreador, ¿quién dice que no podemos hacer las dos cosas?

—Como quieras. Ve a lavarte.

Sacó una lengua larga como de serpiente joven y se lamió los dos brazos.

—Hecho —me dijo, y sonrió—. ¿A quién vamos a ver? ¿A un hombre que te debe dinero, para partirle las piernas? ¡Una pierna para cada uno!

Dicen que Malakal es una ciudad construida por ladrones. Malakal son las montañas y las montañas son Malakal, la única ciudad que jamás fue conquistada porque jamás nadie se atrevió con ella. Sólo el ascenso de aquellas montañas ya agotaba a los hombres y a los caballos. Prácticamente todos los hombres de allí eran guerreros de nacimiento, y también la mayoría de las mujeres. Era el último reducto del rey contra vuestros pueblos massykin del Sur, y fue aquí donde le dimos la vuelta a la guerra y os hicimos poner pies en polvorosa a los sureños como los cagones que sois. La tregua fue idea vuestra, no nuestra. Casi todas las ciudades se extienden por el terreno, pero en cambio Malakal asciende hacia el cielo, casa sobre casa, torre sobre torre, y algunas de las torres son tan finas y altas que no tienen ni escaleras y te ves obligado a llegar a la cúspide con sogas. Las torres en sí estaban tan apelotonadas que parecía que se hubieran desplomado las unas encima de las otras, y al sur de la primera muralla había una que sí se había hundido, aunque seguía en uso. Rodeaban la ciudad cuatro murallas, construidas concéntricamente, cuatro círculos alrededor de montañas que se elevaban la una dentro de la otra. La primera muralla se había levantado hacía más de cuatrocientos años, después de que el Antiguo Malakal quedara en ruinas. La cuarta y última todavía estaba en construcción. Cuando te acercas por tierra, Malakal tiene aspecto de ser cuatro fortalezas, cada una elevándose sobre la de más abajo, y con torres encima de otras

torres. Pero si adoptas la perspectiva de las aves, verás grandes murallas como espirales y dentro de ellas caminos que van como patas de araña de las cimas de las montañas a los llanos, con puestos de vigilancia ocupados por guerreros y aspilleras para los arqueros, y casas, y posadas, y talleres, y lonjas, y hospicios, y callejones oscuros para los nigromantes, ladrones y hombres en busca de placer y para los muchachos y las mujeres que se lo dan. Desde nuestras ventanas se veían las Colinas del Embujo, donde vivían muchas sangomas, aunque estaban demasiado lejos. Los ciudadanos aprendían de prisa a aprovechar el espacio en forma de patios donde engordar a las gallinas y a levantar cercas para que no les entraran los perros ni las bestias de las montañas. El descenso de las montañas era la vía más rápida para las rutas de los esclavistas del valle y para las rutas del oro y la sal que iban al mar. Malakal no producía nada más que oro, comerciaba con todo lo que se pudiera esclavizar y exigía tributo a todo el que pasaba, porque si estabas en el Norte era la única ruta al mar.

Por supuesto, hablo de hace nueve años. Ahora Malakal ya no es así para nada.

—No te puedo decir si es un buen momento o un mal momento para estar en la ciudad, porque viene el rey —le dije al Leopardo mientras salíamos.

Se había avistado su caravana a dos días de distancia y se esperaba que a su llegada todo Malakal celebrara su décimo aniversario como Kwash Dara, el rey del Norte, hijo de Kwash Netu, el gran conquistador de Wakadishu y Kalindar. Por supuesto, lo iba a celebrar en la ciudad responsable de haber salvado su real pellejo de tal manera que sus sirvientes pudieran seguir limpiándole el real culo. Pero los griots ya estaban cantando: Alabado sea el rey por salvar la ciudad de las montañas. Los hombres de Malakal ni siquiera formaban parte de su ejército; eran mercenarios que habrían estado dispuestos a luchar para los massykin si éstos hubieran llegado primero trayendo dinero contante y sonante. Pero que mal rayo partiera a los dioses si la ciudad no iba a sacar sus mejores galas y festines. La bandera negra y dorada de Kwash

Dara estaba en todas partes. Hasta los niños se pintaban las caras de dorado y de negro. Las mujeres se pintaban de dorado el pecho izquierdo y de negro el derecho, los dos con el signo del rinoceronte. Los tejedores hacían telas, los hombres se ponían túnicas y las mujeres se envolvían las cabezas con enormes arreglos florales, todos negros y dorados.

—Tu ciudad está poniendo su mejor cara —me dijo el Leopardo.

—Un patriarca me ha dicho que la paz es un rumor y que en menos de un año volveremos a estar en guerra con el Sur.

—Pero en la guerra o en la paz, las mujeres van a querer saber quién se folla a sus maridos.

—Uno de tus razonamientos más certeros, Leopardo.

Vivir en una ciudad era algo nuevo para mí. Siempre he sido un hombre del límite, siempre en la costa, siempre en la frontera. Así nadie sabe si acabo de llegar o si estoy por irme. Nunca tenía más posesiones de las que podía meter en una bolsa para marcharme en menos tiempo del que tarda en vaciarse un reloj de arena. Pero en un sitio como aquél, donde siempre había gente yendo y viniendo, podías estar en el centro inmóvil y aun así esfumarte. Lo cual es conveniente para un hombre odiado por los hombres. Mi posada estaba muy al oeste, en el borde de la tercera muralla. La gente creía que quienes vivían dentro de la tercera muralla eran ricos, pero no era verdad. La mayoría de los ricos vivían dentro de la segunda. Los guerreros, soldados y comerciantes que estaban simplemente pasando la noche en una posada se quedaban dentro de la cuarta, en unos fuertes situados en los puntos cardinales de la ciudad para rechazar a los enemigos. Te cuento todo esto, inquisidor, porque nunca has estado en Malakal y un hombre como tú no irá nunca allí.

Llevé al Leopardo por unas calles que ascendían y descendían, serpenteando y dando vueltas, subiendo en espiral hasta la última torre de la cima de la cordillera. Miré a mi alrededor y me giré para ver que me estaba mirando.

—No nos está siguiendo —me dijo.

—¿Quién? ¿Tu pequeño amante?

—Puedes llamarlo todo menos eso.

—Pero si te seguiría hasta la boca de un cocodrilo.

—No hasta que le baje la inflamación —me dijo.

—¿La inflamación?

—Anoche me intentó frotar la barriga. Me cago en los dioses, no me lo podía creer. ¿A quién se le ocurre frotarle la barriga a un gato?

—Te confundió con un perro.

—¿Acaso ladro? ¿O les huelo las pelotas a los hombres?

—Bueno...

—Cállate.

Ya no me pude aguantar la risa.

El Leopardo frunció el ceño y luego se rio. Caminamos colina abajo. No había mucha gente por la calle, y todo el que salía de su casa volvía a meterse corriendo en ella nada más vernos. Creo que tenían miedo, aunque en Malakal nadie tiene nunca miedo. Sabían que se preparaba algo y no querían tener nada que ver con ello.

—La oscuridad viene deprisa por esta calle —dijo el Leopardo.

Llegamos a la puerta de un hombre que me debía dinero pero me lo intentaba pagar con historias. Nos hizo entrar y nos ofreció zumo de ciruela y vino de palma, pero yo lo rechacé, el Leopardo lo aceptó y yo le expliqué a nuestro anfitrión que en realidad quería decir que lo rechazaba, sin hacer caso de su mirada iracunda. El hombre estaba en mitad de contarme otra historia según la cual el dinero estaba viniendo de una ciudad cercana a las Tierras Oscuras, y quién sabía qué había pasado, quizá hubieran aparecido bandidos, aunque el dinero lo traía su propio hermano, junto con pasteles cocinados por su madre, de los cuales me iba a regalar tantos como pudiera comerme. Los pasteles de su madre eran la única novedad de la historia.

—¿Soy yo o las rutas comerciales se han vuelto menos seguras ahora que

durante la guerra? —me dijo.

Me planteé qué dedo le iba a romper. La última vez lo había amenazado con romperle uno, y si no lo hacía ahora me convertiría en un hombre que no mantenía sus promesas, y en las ciudades no se podía permitir que corriera la voz de algo así. Pero justo entonces me miró y abrió tanto los ojos que me dio la impresión de haber dicho todo aquello en voz alta. El hombre corrió a su habitación y volvió con una bolsa llena de plata. Yo prefiero el oro y siempre se lo digo a mis clientes, antes incluso de ir a verlos, pero aquella bolsa pesaba el doble que la que el hombre me debía.

—Quédatelo todo —me dijo.

—Estoy seguro de que me estás pagando más de la cuenta.

—Quédatelo todo.

—¿Acaba de entrar tu hermano por la puerta de atrás?

—Mi casa no es asunto tuyo. Cógelo y vete.

—Si esto no llega, te...

—Llega de sobra. Vete para que mi mujer no se entere de que han entrado dos hombres sucios en su casa.

Cogí su dinero y me fui, desconcertado por su reacción. Entretanto, el Leopardo no podía parar de reír.

—¿Es un chiste entre tú y los dioses o tienes planeado compartirlo?

—Tu deudor. Tu hombre. Se acaba de cagar encima.

—Es muy extraño. Le iba a romper un dedo tal como le había prometido. Pero me ha mirado como si estuviera viendo al dios de la venganza en persona.

—No te estaba mirando a ti.

Justo cuando estaba a punto de salirme la pregunta de la boca, me llegó la respuesta a la cabeza.

—Tú...

—Me he puesto a cambiar justo detrás de ti. Se ha mojado la ropa de la entrepierna del miedo que le ha entrado. ¿Lo has olido?

—Quizá estuviera marcando su territorio.

—Dale gracias al hombre que te acaba de llenar la bolsa.

—Gracias.

—Dilo con dulzura.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, gato.

A continuación me acompañó a ver a una mujer que quería mandarle un mensaje a su hija, que estaba en el inframundo. Le dije que yo encontraba a desaparecidos y que su hija no estaba desaparecida. Otro quería que averiguara dónde había muerto un amigo suyo que le había robado su dinero, porque allí donde estuviera el cadáver, debajo habría bolsas y más bolsas de oro. Rastreador, me dijo, te daré diez monedas de oro de la primera bolsa. Pero yo le dije: Me darás las primeras dos bolsas enteras y te dejaré quedarte el resto, porque tu amigo está vivo. Pero ¿qué pasa si sólo hay tres bolsas?, me dijo. Y yo le dije: Me lo tendrías que haber dicho antes de dejarme oler el sudor, los meados y la lefa de sus sábanas. El Leopardo se rio y me dijo: Eres más divertido que dos actores de Kampara fingiendo que follan con pollas de madera. No me di cuenta de que se había puesto el sol hasta que el Leopardo se alejó correteando unos pasos y desapareció en las sombras. Los ojos le centellearon como luces verdes en la oscuridad.

—¿No hay diversión en tu ciudad? —dijo.

—Has tardado en preguntarlo. Te aviso, ya hace tiempo que las rameras de esta ciudad dejaron de ser muchachos. No tienen nada ahí abajo más que las cicatrices de un eunuco.

—Puaj, eunucos. Prefiero un abuka sin agujeros, sin ojos y sin boca que un eunuco. Pensaba que se volvían así para dejar de follar, pero me cago en los dioses, ahí están, infestando todos los burdeles, haciendo hervir la sangre de todo hombre que sólo quiere tumbarse un rato para variar. Ojalá pudiéramos encontrar al niño ahora mismo.

—Sé a quién podemos encontrar ahora mismo.

—¿Qué? ¿A quién?

—Al esclavista.

—Se ha ido a la costa a vender a sus nuevos esclavos.

—Está a menos de cuatrocientos pasos de aquí y sólo lo acompaña uno de sus hombres.

—Me cago en los dioses. En fin, dicen que tienes...

—No lo digas.

Nos metimos en un callejón y cogimos dos antorchas pequeñas.

Me siguió, y dejamos atrás una torre de siete plantas y tejado de paja, otra de tres plantas y otra de cuatro. Pasamos junto a una pequeña choza donde vivía una bruja, porque nadie quería vivir encima ni debajo de una bruja; tres casas pintadas con los dibujos cuadriculados de los ricos, y otro edificio de finalidad misteriosa. Dejamos atrás las calles para llegar al noroeste, al borde mismo de la cuarta muralla, y cerca del Fuerte del Norte. Yo era un perro de la sabana; me llegaba demasiado olor a carne, viva, muerta y quemada por las centellas.

—Aquí.

Nos detuvimos en una casa de cuatro plantas de alto, cuyos edificios anexos más altos proyectaban sombras de luz de luna. No había puerta en la parte de delante y la ventana más baja estaba tan arriba que harían falta tres hombres subidos los unos a hombros de los otros para alcanzarla. Una ventana cerca del techo y otra en el centro, oscura salvo por una especie de luz parpadeante. Señalé primero la casa y después la ventana.

—Está aquí.

—Rastreador, tienes un problema —dijo, y señaló hacia arriba—. Yo soy un leopardo, pero ¿tú eres un cuervo?

—Con todos los pájaros que hay en los diez y tres reinos, ¿sólo se te ocurre llamarme cuervo?

—Vale, paloma, halcón... ¿Qué te parece un búho? Más te vale echar a volar rápido porque este sitio no tiene puerta.

—Sí que hay puerta.



El Leopardo se me quedó mirando y luego rodeó la casa a pie hasta donde pudo.

—No, no hay puerta.

—No, tú no tienes ojos.

—Ja, «no tienes ojos». Te escucho a ti y la oigo a ella.

—¿A quién?

—A la Sangoma. Tus palabras suenan como las suyas. También piensas como ella, te crees listo. Te sigue protegiendo su brujería.

—Si fuera brujería, no me estaría protegiendo. La Sangoma me puso algo encima que justamente impide la brujería; me lo dijo un brujo que intentó matarme con metales. No es algo que se sienta en la piel ni en los huesos. Es algo que permanece después de su muerte, lo cual también significa que no es brujería, porque todos los hechizos de una bruja mueren con ella.

Me acerqué a la pared como si fuera a besarla y susurré un conjuro tan débil que no pudieron oírlo ni sus oídos de Leopardo.

—Si fuera brujería... —dije.

Me estremecí y di un paso atrás. Aquello siempre me hacía sentir como cuando bebo el jugo de los granos del café; como si tuviera espinas pinchándome, y como si hubiera fuerzas en la noche yendo a por mí. Le susurré a la pared: Esta casa tiene puerta y yo, el del ojo de lobo, la voy a abrir. Di un paso atrás y la pared se incendió sin que la tocara mi antorcha. Unas llamas blancas se extendieron hasta las cuatro esquinas del contorno de una puerta, consumieron su forma, ardiendo y crepitando, y por fin se apagaron, dejando tras de sí una puerta de madera normal y corriente y sin una sola quemadura.

—Quien sea que hay ahí dentro está trabajando con ciencia —dije.

Unos escalones de mortero y arcilla nos llevaron a la primera planta. Una habitación vacía de olores humanos, con una arcada delineándose en la oscuridad. Por las ventanas entraba la luz azul de la luna. Yo sabía andar con

sigilo, pero el gato era tan silencioso que tuve que mirar atrás un par de veces.

Por encima de nosotros había gente hablando en tono áspero. La siguiente planta a la que subimos tenía una habitación con la puerta cerrada con llave, pero no olí a nadie dentro. A medio camino del siguiente rellano nos llegaron olores: carne quemada, orina seca, mierda, carcasas apestosas de bestias y aves. Cerca de lo alto de la escalera nos llegaron sonidos —susurros, gruñidos, un hombre, una mujer, dos hombres, un animal— y deseé que mis oídos fueran tan agudos como mi olfato. De la habitación de arriba venía un centelleo de luz azul que a continuación se apagó. Era imposible subir los últimos escalones sin ser vistos u oídos, de manera que nos quedamos a medio camino. A fin de cuentas, ya podíamos ver el interior de la habitación. Y vimos qué era lo que emitía el centelleo azul.

Una mujer, con un grillete de hierro y una cadena en torno al cuello y el pelo casi blanco pero azulado bajo la luz que parpadeaba en la habitación. Gritaba y tiraba de la cadena que tenía en torno al cuello y la luz azul estallaba dentro de ella, recorriéndole ese árbol que hay por debajo de la piel y que se ve cuando diseccionas a un hombre. En vez de sangre le recorría el cuerpo la luz azul. Luego se quedó otra vez a oscuras. La luz fue lo único que nos permitió distinguir al esclavista vestido con túnica negra, al hombre que le daba de comer dátiles y a alguien más, cuyo olor yo recordaba pero no reconocí.

Luego esa última persona tocó un palo, que se inflamó como una antorcha. La mujer encadenada se apartó de un salto y se pegó a la pared.

Sostenía la antorcha una mujer. Yo no la había visto nunca, estaba seguro incluso a oscuras, pero su olor me resultaba familiar, muy familiar. Era la más alta de todos los ocupantes de la habitación y tenía el pelo crespo y alborotado como algunas mujeres del otro lado del mar de arena. Señaló con la antorcha al suelo, donde había la mitad de una carcasa hedionda de perro.

—Dime la verdad —dijo el esclavista—. ¿Cómo has subido un perro hasta

esta habitación?

La mujer encadenada soltó un bufido. Estaba desnuda y tan sucia que parecía blanca.

—Acércate y te contaré la verdad —dijo.

El esclavista se acercó y ella abrió las piernas, se separó con los dedos los labios del kehkeh y le soltó un chorro de meados que le mojó las sandalias antes de que pudiera apartarse. Luego se echó a reír, pero él hizo crujir los nudillos y le quitó la risa de la boca de un puñetazo. El Leopardo dio un brinco pero yo lo agarré del brazo. Se oyó un ruido como si la mujer encadenada se estuviera riendo, hasta que la antorcha de la mujer alta la volvió a iluminar y vimos que tenía los ojos inundados de lágrimas.

—Tú tú tú tú tú y tú, largaos. Tenéis que iros todos. Largo, corred corred corred corred porque viene mi padre, viene con el viento, ¿no oís su caballo? Fuera fuera fuera, mi padre no os besaré la frente, sucios sucios sucios id a lavaros lavaros lavaros lavaros...

El esclavista hizo una seña con la cabeza y la mujer alta le puso la antorcha frente a la cara. Ella se volvió a apartar de un salto y gruñó:

—¡Nadie viene! ¡Nadie viene! ¡Nadie viene! ¿Quiénes sois? —dijo la mujer.

El esclavista se acercó para golpearla. La mujer encadenada se encogió y escondió la cara, suplicándole que no le pegara más. Demasiados hombres golpeándola, y golpeándola todo el tiempo, cuando ella sólo quería abrazar a sus niños, al primero, al tercero y al cuarto, aunque no al segundo, porque no le gustaba que lo abrazara nadie, ni siquiera su madre. Yo todavía tenía agarrado al Leopardo y sentí sus músculos moverse y sus pelos erizarse bajo mis dedos.

—Ya basta —dijo la mujer alta.

—Así es como conseguiremos que hable —dijo el esclavista.

—Debes de pensar que es una de tus esposas —dijo ella.

El brazo del Leopardo dejó de palpar. La mujer alta llevaba un vestido de

las Tierras del Norte que tocaba el suelo, pero entallado de manera que mostraba lo flaca que era. Se inclinó junto a la mujer encadenada, que seguía escondiendo la cara. Yo no lo vi pero supe que la mujer encadenada estaba temblando. Su temblor hacía tintinear las cadenas.

—Éstos son los días que no deberían haberte llegado. Háblame de ella — dijo la mujer alta.

El esclavista le hizo una señal con la cabeza al hombre de los dátiles y el siervo carraspeó y se puso a hablar:

—La historia de esta mujer es muy extraña y triste. Soy yo quien va a hablar y voy a...

—No queremos una obra de teatro, burro. Sólo la historia.

Me habría gustado ver la cara que se le quedó, pero la oscuridad se la ocultaba.

—No sabemos cómo se llama, pero ha asustado tanto a sus vecinos que los ha ahuyentado.

—No es verdad. Tu amo les ha pagado para que se vayan. Deja de hacerme perder el tiempo.

—Como si me importara un carajo tu tiempo.

La mujer alta hizo una pausa. Me di cuenta de que nadie se había esperado que el siervo dijera aquello.

—¿Es así como se comporta normalmente? —le preguntó ella al esclavista—. Quizá deberías contarme tú la historia, vendedor de esclavos, y quizá yo debería cortarle la lengua a éste.

El siervo de los dátiles se sacó un cuchillo de debajo de la manga y le dio la vuelta para ofrecerle la empuñadura.

—¿Qué tal con esto? Te doy el cuchillo y lo intentas —dijo.

Ella no lo cogió. La mujer encadenada seguía escondiendo la cara en el rincón. El Leopardo no se movió. La mujer alta miró al siervo de los dátiles con una sonrisa curiosa.

—Tiene labia, éste —dijo—. Muy bien, cuenta tu historia. Te escucho.

—Su vecina la lavandera dice que se llama Nooya. Y nadie la conoce ni la reclama como suya, así que pongamos que se llama Nooya, pero no responde a ese nombre. Sólo responde ante cierto hombre. No queda nadie vivo para contar su historia más que ella, y ella no la cuenta. Pero esto es lo que sabemos. Vivía en Nigiki con su marido y cinco hijos. Saduk, Makhang, Fula...

—La versión corta, siervo de los dátiles.

La mujer alta lo señaló. No le quitaba la vista de encima a la mujer encadenada.

—Un día, cuando el sol cruzó su cenit y empezó a bajar, un niño llamó a su puerta. Un niño que aparentaba tener cinco y cuatro años de edad.

—En el Norte tenemos una palabra para decir eso. Lo llamamos nueve — dijo la mujer alta.

Y sonrió; el siervo de los dátiles frunció el ceño y dijo:

—Un niño llamó a su puerta pompompom como si la fuera a echar abajo. ¡Viene a por mí, viene a por mí, salva a este niño!, decía. ¡Salva a este niño, sálvalo!, decía. ¡Sálvame!

La mujer encadenada le clavó una mirada.

—Ssssssssssssalva al niñññññññññññññññ —dijo.

—El niño gritaba y gritaba, ¿y qué iba a hacer una madre? Una madre con cuatro criaturas. Abrió la puerta y el niño entró corriendo. Se chocó contra una pared y se cayó de culo y no paró de moverse hasta que ella cerró la puerta. ¿Quién te persigue?, le preguntó Nooya. ¿Te estás escapando de tu padre?, le preguntó Nooya. ¿De tu madre? Sí, las madres a veces son estrictas y los padres a veces son crueles, pero la mirada del niño, su mirada de miedo, no era resultado ni de las malas palabras ni de la vara. Nooya estiró el brazo para tocarlo y él se apartó tan deprisa que la cabeza le golpeó el lado de un armario y se cayó al suelo.

»El niño no quería decir que sí con la cabeza, no quería hablar, sólo lloraba y comía y miraba la puerta. Los cuatro hijos de Nooya, entre ellos

Makhang y Saduk, le decían: ¿Quién es este niño tan extraño, madre, y dónde lo has encontrado? El niño no quería jugar con ellos, así que lo dejaban en paz. Lo único que hacía era llorar y comer. El marido de Nooya trabajaba en los pozos de sal y no iba a volver hasta el día siguiente. Por fin Nooya consiguió que el niño dejara de llorar a base de prometerle que por la mañana le daría gachas de mijo con extra de miel. Aquella noche Makhang dormía y Saduk dormía y los otros dos niños dormían y hasta Nooya estaba durmiendo, y nunca se duerme hasta que tiene a todos sus hijos bajo su techo. Oíd esto. Uno de ellos no estaba dormido. Uno de ellos se levantó de su estera y fue a abrir la puerta aunque nadie había llamado. El niño. El niño fue a la puerta a la que nadie estaba llamando. El niño abrió la puerta y lo dejó entrar: un hombre apuesto, de cuello largo y pelo blanco y negro. La noche le escondía los ojos. Labios gruesos, mentón cuadrado y piel blanca como la caolinita. Demasiado alto para la habitación. Iba envuelto en una capa blanca y negra. El niño señaló las habitaciones del fondo de la casa. El hombre apuesto fue primero a la habitación de los niños y mató del primer hijo al tercero, dejando todo el suelo lleno de sangre. El niño se limitó a mirar. El hombre apuesto despertó a la madre estrangulándola. La levantó por encima de su cabeza. El niño seguía mirando. La arrojó al suelo, donde se quedó inmovilizada por el dolor y gimiendo y gritando y tosiendo y sin nadie para oírla. No pudo hacer más que mirar cuando el hombre sacó a su cuarto hijo, el menor, el pequeño lirón, y sostuvo en alto su cabecita dormida. La madre intentó gritar: No, no, no, no, pero el hombre apuesto se rio y degolló al niño. Ella chilló y chilló y el hombre dejó caer al cuarto hijo y caminó hacia ella. Y el niño seguía mirando.

»El padre llegó a casa cuando el sol ya estaba alto en el cielo. Llegó a casa cansado y hambriento y sabiendo que tendría que volver a salir antes de que bajara el sol. Dejó la azada, dejó la lanza, se quitó la túnica y se dejó el taparrabos. ¿Dónde está mi comida, mujer?, dijo. Tendría que estar aquí la cena, y también el desayuno. La madre salió de su habitación. Desnuda. Con

el pelo alborotado. El aire de la habitación estaba húmedo y el padre dijo que olía como si se acercara lluvia. Oyó que se acercaba su mujer y quiso saber dónde estaba el desayuno y dónde estaban los niños. Ella estaba justo detrás de él. La habitación quedó a oscuras y empezó a centellear una luz y el padre dijo: ¿Viene tormenta? Pero si hace un momento hacía sol. Se dio la vuelta y era su mujer quien tenía los relámpagos dentro, igual que ahora. Bajó la vista y vio al cuarto hijo muerto en el suelo. El marido se apartó de un salto y levantó la vista y su mujer le agarró la cabeza con las dos manos y le rompió el cuello. Cuando las centellas de dentro se le apagaron, el juicio le regresó y miró por toda su casa y los vio a todos muertos, a los cuatro hijos y al marido, pero se olvidó del niño y del hombre apuesto porque los dos se habían marchado. Estaban sólo ella y los cadáveres, y Nooya creyó que los había matado ella, y no había nada que le demostrara lo contrario y las centellas le despertaron en la cabeza y se volvió loca. Mató a dos hombres y le rompió las piernas a otro antes de que la atraparan. Y la encerraron en un calabozo acusada de siete asesinatos. Por mucho que nadie se creyera que fuera capaz de romperle el cuello a un hombre corpulento que trabajaba solo en el campo. En su celda, intentaba matarse cada vez que se acordaba de lo sucedido, porque prefería creer que los había matado a todos ella que saber que había sido aquel niño al que había dejado entrar en su casa. La mayor parte del tiempo, sin embargo, no se acordaba y simplemente gruñía como un guepardo en una trampa.

—Es una historia larga —dijo la mujer alta—. ¿Quién era el hombre?

—¿Quién?

—El hombre alto y blanco.

—Ningún griot recuerda su nombre.

—¿Y qué clase de magia le dejó dentro para que le pase esto?

La luz volvía a brillar dentro de la mujer. Y cada vez que le pasaba se echaba a temblar, como si tuviera convulsiones.

—Nadie lo sabe —dijo el siervo de los dátiles.

—Alguien lo sabrá, aunque tú no.

La mujer alta miró al esclavista.

—¿Cómo la has sacado de la cárcel?

—No ha sido difícil —dijo el esclavista—. Llevaban muchos días deseando deshacerse de ella. Asustaba incluso a los hombres. Todos los días nada más despertarse decía: El amo está yendo al este, o al oeste, o al sur, o al norte, y echaba a correr en aquella dirección y chocaba contra la pared o contra las rejas; se rompió un diente dos veces. Luego se acordaba de su familia y se volvía loca de nuevo. Me la vendieron por una sola moneda cuando les dije que se la iba a vender a un ama. La tengo aquí para cuando pueda serme de utilidad.

—¿De utilidad? Estás aquí pisando su mierda y los gusanos del perro muerto que se ha estado comiendo.

—No entiendes nada. El hombre blanco no la mató, y lo que le ha hecho a ella se lo ha hecho a otras. Hay muchas mujeres como ella rondando por ahí, y muchos hombres también. Hasta algunos niños, y he oído que también un eunuco. A las mujeres se lo quita todo y las deja sin nada, pero la nada es algo demasiado grande para que una mujer pueda soportarlo, de modo que las mujeres buscan y corren y rebuscan. Mírala. Incluso ahora quiere estar con él, estar cerca de él y nada más, está dispuesta a dejar que él la devore, no va a dejar de buscarlo. Nunca dejará de seguirlo. Ahora él es su opio. Mírala.

—La estoy mirando.

—Si él va hacia el sur, ella corre al sur hasta esa ventana. Si él gira al oeste, ella cambia de dirección y corre hasta que la cadena le da un tirón del cuello.

—¿Quién es él?

—Él.

—Esta historia tuya no para de crecer. ¿Y el niño?

—¿Qué pasa con el niño?

—Ya sabes qué estoy preguntando, excelencia.



El esclavista no dijo nada. La mujer alta miró cómo la mujer encadenada levantaba la cabeza de los brazos mugrientos. Pareció que la mujer alta le estaba sonriendo. La mujer encadenada le escupió en la mejilla. La mujer alta le pegó en la cara tan fuerte y tan deprisa que le estampó la cabeza contra la pared. Los eslabones de la cadena tintinearón y repicaron por el tirón brusco y luego se distendieron.

—Si esta historia tuviera alas, a estas alturas ya habría volado al este —dijo la mujer alta—. ¿Quieres seguir el rastro de un niño perdido? Pues empieza con esos patriarcas que violan niños en Fasisi.

—Quiero que sigas a ese niño, al que esta mujer ha visto en compañía de un hombre blanco. Es él.

—Un cuento muy viejo que las madres usan para meterles miedo a los críos —dijo la mujer alta.

—Dime la verdad. ¿Por qué dudas? ¿Alguna vez has visto a una mujer como ella?

—Incluso he matado a algunas.

—Hay gente desde Nigiki hasta la Ciudad Púrpura que afirma haber visto a un hombre blanco como la arcilla y a un niño. Y en otras partes. Hay muchos testimonios que los han visto entrar en ciudades, pero nunca nadie los ve salir —dijo el sirviente de los dátiles—. Tenemos...

—No tenemos nada. Una mujer loca que echa de menos a su lirón. Y se está haciendo tarde —dijo la mujer alta.

Cogí al Leopardo de la mano, todavía peluda, todavía a punto de cambiar, y señalé con la cabeza la planta baja. Nos escabullimos y nos escondimos en la habitación vacía, asomándonos para ver la escalera a oscuras. Vimos bajar a la mujer alta. A mitad de camino se detuvo y echó un vistazo en nuestra dirección, pero la oscuridad era tan impenetrable que hasta la notabas en la piel.

—Mañana os haremos saber qué hemos decidido —les dijo a los demás.

La puerta se cerró detrás de ella. El esclavista y su siervo de los dátiles la

siguieron al cabo de poco.

—Tenemos que irnos —dije.

El Leopardo se dio la vuelta para subir las escaleras.

—¡Gato!

Le agarré la mano.

—Voy a liberar a esa pobre mujer.

—¿La misma mujer que tiene relámpagos por dentro? ¿La que está comiéndose una carcasa de perro?

—No es un animal.

—Me cago en los dioses, gato, ¿ahora te quieres pelear? Olvídate de eso. Pregúntale al esclavista por la mujer cuando lo veamos. Además, anoche ni te molestaba que hubiera mujeres encadenadas.

—Esto es distinto. Aquéllas eran esclavas. Ésta es una prisionera.

—Todos los esclavos son prisioneros. Vámonos.

—La voy a liberar y tú no vas a detenerme.

—No te estoy deteniendo.

—¿Quién llama? —dijo la mujer.

Nos había oído.

—¿Es posible que seáis mis niños? ¿Oigo el encantador ruido de mis niños? Hace tanto que os fuisteis y todavía no os he preparado gachas de mijo.

El Leopardo dio un paso y lo volví a coger de la mano. Me apartó de un empujón. Ella lo vio y se volvió corriendo a su rincón.

—Paz. La paz esté contigo. Paz —se puso a repetir el Leopardo.

La mujer corrió primero hacia él y después hacia mí, estrangulándose al final de la cadena. Yo me quedé atrás para no darle la sensación de que estábamos atacándola. La mujer escondió la cara y se echó a llorar otra vez.

El Leopardo se giró para mirarme. Tenía la cara casi escondida en las

sombras pero vi que enarcaba las cejas con expresión de súplica. Era demasiado sensible. Lo había sido siempre. Pero para él, todo eran sensaciones. Ritmo cardiaco acelerado, crecidas de lujuria, sudor cayéndole por el cuello. Al subir los últimos peldaños pasamos por encima de unas cuantas piedras.

—Leopardo, no puede valerse por sí misma. Leo...

—Quieren a mis niños. Todo el mundo me ha robado a mis niños —dijo ella.

El Leopardo volvió a bajar las escaleras y regresó con un ladrillo suelto. Pegado a la pared, y lejos de la mujer, se puso a golpear el final de la cadena, que estaba empotrado en el mortero. Al principio ella intentó echar a correr, pero él la chistó para que guardara silencio. Apartó la vista mientras el Leopardo daba ladrillazos a la cadena. La cadena repiqueteaba sin parar y se negaba a romperse, pero la pared se agrietó más y más hasta permitirle arrancar la cadena de un tirón.

La cadena cayó al suelo. Vi que la mujer se ponía de pie en la oscuridad y la oí arrastrar los pies. Cuando por fin dejó de temblar y levantó la vista, el Leopardo estaba justo delante de ella, la poca luz que entraba le alcanzó los ojos, húmedos. El Leopardo le tocó el grillete que llevaba en torno al cuello y ella se estremeció, pero luego él señaló la grieta de la pared y asintió con la cabeza. La mujer no asintió, sino que mantuvo la cabeza gacha. Le vi los ojos al Leopardo, a pesar de que un momento antes la habitación había estado demasiado oscura para vérselos. La luz que ahora le parpadeaba en los ojos venía de ella.

Una centella le estalló en la cabeza y le bajó por las extremidades. El Leopardo dio un brinco pero ella lo agarró del cuello, lo levantó del suelo y lo arrojó contra la pared. Los ojos de la mujer eran azules, eran blancos, crepitaban como relámpagos. Me eché encima de ella como un búfalo en plena carga. Me dio una patada en todo el pecho y me caí hacia atrás, golpeándome la cabeza; a mi lado, el Leopardo estaba rodando por el suelo.

Ella lo agarró de la parte interior del codo y lo mandó volando contra la pared opuesta. La mujer era pura centella, quemaba el aire. A continuación le agarró la pierna izquierda y tiró de él, estrujándole el tobillo y arrancándole un grito. Las centellas le recorrían el cuerpo y le salían de todos los orificios, haciéndola chillar y reír. Le dio al Leopardo una patada y otra y otra, y yo me levanté de un salto y conseguí que me mirara. Luego apartó la vista de golpe como si alguien la hubiera llamado. Luego volvió a mirarme, luego volvió a apartar la vista. Yo conocía al Leopardo y sabía que estaría furioso, vi que se abalanzaba sobre ella, la golpeaba en la espalda y la derribaba, pero ella se dio la vuelta y lo abatió de una patada. La mujer se apartó de un salto, con una tormenta eléctrica de luces azules dentro. Intentó correr hacia mí, pero el Leopardo le agarró la cadena y dio un tirón tan fuerte que la hizo caer otra vez, pero luego rodó por el suelo, volvió a ponerse de pie de un salto y lo atacó. La mujer volvió a gritar y levantó los brazos, pero entonces una flecha le atravesó el hombro. Pensé que eso la haría chillar más fuerte, pero se quedó en silencio. El chico del Leopardo, Fumeli, estaba detrás de mí. Y entonces volvió a disparar, una segunda flecha al hombro, casi alineada con la primera, que arrancó un aullido de la mujer. Los relámpagos le recorrieron el cuerpo entero y la habitación se llenó de un resplandor azul. La mujer le gruñó pero el chico sacó otra flecha y la miró desde detrás del arco tensado. Podía apuntarle al corazón y acertarle. Ella retrocedió como si lo supiera. La Mujer Centella dio un salto en dirección a la ventana, pero no acertó, se agarró a la repisa clavando las uñas en la pared, se levantó, arrancó las rejas de la ventana a tirones y saltó afuera.

El Leopardo pasó corriendo por delante de Fumeli y de mí y bajó las escaleras.

—¿Te ha enseñado él a...?

—No —me dijo, y se fue detrás del Leopardo.

Cuando salí, el Leopardo y Fumeli ya me llevaban mucha ventaja y se alejaban por un callejón estrecho de cuyas ventanas no salían luces de

fanales. Cuando por fin los alcancé, ya habían dejado de correr.

—¿La tienes? ¿En la nariz? ¿La tienes? —me dijo el Leopardo.

—No ha ido por aquí —le dije, y doblé por un callejón que iba hacia el sur.

El nuevo callejón alojaba a mendigos, había tantos tirados por el suelo que pisamos a unos cuantos, haciéndoles gritar y gemir. La mujer corría como una loca, lo noté en su rastro. Giramos a la derecha por otro callejón, éste plagado de socavones llenos de agua apestosa. Había un guardia en el suelo, temblando y soltando espuma por la boca. Sabíamos que aquello era obra de la mujer, así que ninguno de nosotros lo dijo. Seguimos su olor. Corría por delante de nosotros, volcando carros y derribando a las mulas que intentaban dormir.

—Por aquí —dije.

La alcanzamos en una bifurcación: el camino de la derecha volvía a la ciudad y el de la izquierda iba a la Puerta Norte. Los garrotes o lanzas de los centinelas de aquella puerta no podrían detenerla. Nunca he visto correr tan deprisa a un alma que no estuviera alzada por demonios. Una pareja de centinelas con escudos y lanzas la vieron, se adelantaron un paso y blandieron las lanzas por encima de las cabezas. Antes de que ninguno de ellos pudiera arrojársela, la mujer dio un salto enorme, como si estuviera pisando escalones de aire, y se estampó contra la muralla de la ciudad. Clavó las manos en el mortero para no caerse, trepó hasta lo alto de la muralla y saltó desde allí antes de que vinieran más guardias a por ella. Cuando nos vieron, los centinelas nos apuntaron con sus lanzas.

—Buenos hombres, no somos enemigos de Malakal —dije yo.

—Tampoco amigos. ¿Quién más viene a molestarnos al borde del mediodía de los muertos? —dijo el primer guardia, que era más grande y más gordo y llevaba una armadura de hierro deslustrada.

—Vosotros también la habéis visto, no lo neguéis —dijo el Leopardo.

—No hemos visto nada. Lo único que vemos es a tres brujos haciendo

magia nocturna.

—Tenéis que dejarnos salir —les dije.

—Y una mierda tenemos que dejaros. Marchaos antes de que os mandemos a un sitio que no os va a gustar —dijo el otro guardia, más bajo y flaco.

—No somos brujos —dije yo.

—Todas las presas se han ido a dormir. O sea que pasad hambre. O idos a encontrar las diversiones que mantienen a los hombres en vela.

—¿Vais a negar lo que acabáis de ver?

—Yo no he visto nada.

—No has visto nada. Me cago en los...

Interrumpí al Leopardo:

—Nos parece bien, guardia. No habéis visto nada.

Me quité una pulsera del brazo y se la tiré. Eran tres serpientes, cada una devorando la cola de la anterior, el sello del jefe de Malakal, que me la había regalado por encontrarle algo que hasta los dioses le habían dicho que estaba perdido.

—Yo sirvo a vuestro jefe, pero eso no es nada. Y tengo dos hachas y él tiene un arco y flechas, pero eso tampoco es nada. Y también está esa nada que ha dejado atrás a sus dos perseguidores como si fueran niños y luego ha saltado por encima de la muralla como si fuera una piedra del río. Abrid vuestros cerrojos y dejadnos salir a los tres y nos aseguraremos de que nada de lo que no habéis visto vuelva.

Aquello era la muralla norte. Al otro lado sólo había rocas y unos doscientos pasos hasta el acantilado, cuyo precipicio era el más abrupto de todos. La mujer estaba plantada a un centenar de pasos de distancia, correteando a izquierda y derecha y de vuelta a la izquierda. Luego se dejó caer en el suelo y olisqueó las rocas.

—¡Nooya! —dijo el Leopardo.

La mujer se giró como si hubiera oído un simple ruido y no algo que le

pertenecía a ella, y echó a correr otra vez. Mientras corría, la centella le estalló dentro y la hizo gritar. Sin dejar de correr, Fumeli sacó el arco y una flecha, pero el Leopardo le gruñó. Corrimos por el costado del precipicio hasta su extremo. Estábamos acortando las distancias, porque aunque era más rápida que nosotros, no corría en línea recta. Pero ahora corrió directa al borde del acantilado y, sin frenar para nada, saltó al vacío.

## OCHO

El niño se había esfumado hacía tres años. De camino a la torre hundida, me pregunté cuánto podía cambiar alguien en tres años. Un chico de diez y seis es tan distinto de cuando tenía diez y trece que prácticamente ya no es la misma persona. Lo he visto muchas veces. Una madre que nunca ha dejado de llorar ni de buscar y que me paga para que le encuentre a una criatura robada nunca es un problema. Encontrar a una criatura robada es lo más fácil que hay. El problema es que la criatura nunca es como cuando la secuestraron. A menudo siente un gran amor por quien la robó. Por su madre, ni siquiera curiosidad. La madre recupera a su criatura, pero su cama se queda vacía. El secuestrador pierde a la criatura pero sigue viviendo en su añoranza. Ésta es la verdad de los niños perdidos y luego encontrados: que nadie puede apagar el amor que sienten por la madre que los eligió y nada puede generarles amor por la mujer de cuyo kehkeh salieron. El mundo es extraño y la gente no para de hacerlo más extraño todavía.

Ni yo ni el Leopardo hablamos de la mujer. Lo único que dije aquella noche fue:

—Muéstrale un poco de gratitud al chico.

—¿Qué?

—Las gracias. Que le des las gracias al chico por salvarte la vida.

Caminé de regreso a las puertas de la muralla. Como sabía que el Leopardo no lo iba a hacer, le di las gracias al chico cuando pasé frente a él.

—No lo he hecho por ti —me contestó.

Así que ya ves.

Ahora estábamos caminando hacia la torre hundida. Juntos pero sin hablar.



El Leopardo iba por delante, yo detrás y el chico en medio de ambos, llevando el arco y el carcaj. Como no habíamos hablado, no nos habíamos puesto de acuerdo, y yo seguía medio convencido de rechazar la oferta. Porque el Leopardo estaba mintiendo cuando decía que una cosa era tener mala suerte en la guerra, nacer en un lugar humilde o nacer esclavo, pero que encadenar a una mujer era distinto, por mucho que estuviera claramente poseída por alguna clase de demonio de las centellas. Pero no hablamos de la mujer; no hablamos de nada. Y yo tenía ganas de abofetear al chico por caminar por delante de mí.

La torre hundida estaba al sur de la primera muralla. En aquellas calles, o caminos, o callejuelas, nadie parecía enterado de que venía el rey. En todos los años que yo llevaba en Malakal nunca había pasado por aquella calle. Nunca había visto razón para ir a las viejas torres, más allá de la cima, hasta allí donde apenas nunca llegaba el sol. Ni tampoco para enfilarse un ascenso que al principio era tan abrupto que la calle de arcilla se convertía en una callejuela angosta y luego en escaleras. La bajada volvía a ser abrupta, entre las ventanas de unas casas largo tiempo abandonadas. A ambos lados de la callejuela había edificios con pinta de albergar actos malignos, porque estaban cubiertos de marcas y de pintadas de gente follando con toda clase de bestias. Incluso al bajar todavía estábamos lo bastante arriba como para ver la ciudad entera y la llanura de más allá. Una vez oí decir que los primeros constructores de aquella ciudad, en los tiempos en que todavía no era una ciudad y en que ellos no eran del todo hombres, habían intentado levantar torres lo bastante altas como para regresar al reino de los cielos y empezar una guerra en la tierra de los dioses.

—Ya hemos llegado —dijo el Leopardo.

A la torre hundida.

Que no era una expresión precisa. La torre no estaba hundida, sino que llevaba cuatrocientos años hundiéndose. Eso contaban los ancianos: que en aquellos tiempos se habían construido dos torres separadas del resto de

Malakal. Pero los maestros constructores se equivocaron al decidir levantarlas sobre un camino que bajaba de las montañas en vez de subir a ellas. Dos torres, una gruesa y una fina, construidas para albergar a los esclavos hasta que llegaran las naves del Este a llevárselos. Y la torre fina sería la más alta de todos los reinos, lo bastante alta, dicen algunos, como para divisar desde ella el horizonte del Sur. Ambas tendrían ocho plantas, pero la más alta llegaría todavía más arriba, como un faro para gigantes. Hay quien dice que el maestro constructor era un visionario, y hay quien dice que era un loco que se follaba a las gallinas y luego les cortaba la cabeza.

Pero lo que todo el mundo vio fue lo siguiente. El día en que pusieron la última piedra —después de cuatro años de esclavos muriendo víctimas de accidentes, del hierro y del fuego— fue un día de celebración. El señor de la guerra del fuerte, porque Malakal sólo era un fuerte, vino con sus esposas. También estaba presente el príncipe Moki, hijo mayor del rey Kwash Liongo. El maestro constructor y follador de gallinas estaba a punto de salpicar la base con sangre de gallina e invocar la bendición de los dioses, cuando sin más la torre más alta y fina se balanceó y se resquebrajó, empezó a soltar polvo y a mecerse. Se meció de atrás adelante, de oeste a este, se balanceó tanto que hizo caer a dos esclavos que estaban en el techo inacabado. La torre fina se ladeó, se inclinó y hasta se dobló un poco antes de chocar con la torre gruesa, como dos amantes dándose un beso brusco y apresurado. El beso retumbó y todo tembló como por un trueno. Dio la impresión de que la torre iba a derrumbarse pero no lo hizo. Las dos torres quedaron pegadas entre sí formando una sola, pero ninguna se desplomó. Y después de diez años, cuando se vio que ninguna se iba a hundir, la gente empezó incluso a vivir allí. Luego fue una posada para viajeros cansados, un fortín para los esclavistas y sus esclavos y por fin, cuando tres plantas de la torre fina se hundieron las unas sobre las otras, ya no fue nada. Y nada de todo esto explicaba por qué aquel esclavista quería reunirse con ellos allí. En las tres plantas superiores había muchos escalones rotos. El chico se quedó fuera.

Unas cuantas plantas más abajo retumbaba algo, como unos cimientos a punto de hundirse.

—Esta torre va a terminar de derrumbarse con nosotros dentro —dije.

Subimos hasta una habitación como ninguna otra que yo hubiera visto, con un dibujo como de tela kente pero con círculos y puntas de flecha blancos y negros, y todo dando vueltas por mucho que nada se moviera. Teníamos delante un umbral sin puerta.

—Tres ojos, mira cómo brillan en la oscuridad. El Leopardo y el medio lobo. ¿Es así como obtuviste el olfato? ¿Te gusta la sangre igual que al gato? —dijo el esclavista.

—No.

—Entrad y hablamos —dijo.

Yo estaba a punto de decirle algo al Leopardo, pero de pronto cambió de forma y se puso a trotar a cuatro patas. Dentro, las antorchas proyectaban su luz e iluminaban un techo blanco y unas paredes de color azul oscuro. Parecía un río de noche. Había cojines en el suelo pero nadie sentado en ellos. Lo que sí había era una anciana sentada en el suelo con las piernas cruzadas y un vestido de cuero marrón que olía al becerro del que había salido. Tenía afeitados los costados de la cabeza pero se había dejado el pelo de la coronilla largo, trenzado y blanco. Unos pendientes plateados y redondos, grandes como discos labiales, le colgaban de las orejas y le descansaban sobre los hombros. Alrededor del cuello llevaba varios collares de cuentas rojas, amarillas, blancas y negras. Estaba moviendo los labios pero sin decir nada; no nos miró ni a mí ni al gato, que iba trotando por la habitación como si buscara comida.

—Mi bestia moteada —dijo el esclavista—. Ve a la habitación interior.

El Leopardo se fue corriendo.

Reconocí al sirviente de los dátiles. Al ladito de su amo y listo para llenarle la boca. Y había otro hombre, tan alto que hasta que se apoyó en la pierna izquierda yo había tomado por una columna tallada en forma de

hombre que sostenía el techo. Pensé que, si se ponía a dar pisotones en el suelo, la torre se hundiría por fin. Su piel era oscura pero no tanto como la mía, más bien como el barro antes de secarse. Y hasta en la penumbra le relucía. Le vi los puntos de las preciosas cicatrices que tenía en la frente, una línea curva que le bajaba hasta la nariz y otra hasta las mejillas. No llevaba ni túnica ni vestido, sino muchos collares sobre el pecho desnudo. Una falda violácea en la cintura y dos colmillos de jabalí junto a las orejas. Ni sandalias ni zapatos ni botas, aunque nadie le habría fabricado aquellas cosas a un hombre con sus pies.

—Nunca he visto a un ogo tan al oeste —dije.

El hombre asintió con la cabeza, confirmándome por lo menos que era un ogo, un gigante de las tierras montañosas. Pero no dijo nada.

—Lo llamamos Ogotriste —dijo el esclavista.

El ogo no dijo nada. Estaba más interesado en las polillas que chocaban con la lámpara del centro de la habitación. Cada vez que daba un paso, el suelo temblaba.

Sentada en un taburete de una esquina, junto a una ventana cerrada, estaba la mujer alta y flaca de hacía unas horas. Con el pelo todavía crespo y alborotado como si ninguna madre ni ningún hombre le hubiera dicho que lo domesticara. El vestido todavía negro pero con un reguero blanco en torno al cuello y entre los pechos. Sostenía un cuenco de ciruelas. Tenía cara de ir a bostezar. Me miró a mí y le dijo al esclavista:

—No me habías dicho que era de las tribus del río.

—Me crié en la ciudad de Juba, no en un río —dije.

—Tienes las maneras de los ku.

—Soy de Juba.

—Vas vestido como un ku.

—Esto es una tela que encontré aquí.

—Eres sigiloso como un ku. Hasta llevas su olor. Casi tengo la sensación de que estoy entrando en la ciénaga.

—Parece que sea la ciénaga la que haya entrado en ti, a juzgar por cómo nos conoces.

Ahora el esclavista se rio. Ella mordió una ciruela.

—¿Eres ku o lo intentas? Dinos un refrán sabio del río, algo del tipo: «El que sigue la senda del elefante nunca se moja con el rocío». Para que podamos decir que los chavales del río son sabios hasta en el cagar.

—Nuestra sabiduría son necedades para los necios.

—Cierto. Yo en tu lugar no lo llevaría con tanto descaro —dijo, y mordió otra ciruela.

—¿El qué, mi ingenio? —pregunté.

—No, tu olor.

Se levantó y se me acercó.

Era alta, más alta que la mayoría de los hombres, más incluso que los merodeadores vestidos con pieles de león de la sabana que saltan al cielo. El vestido le llegaba al suelo y se extendía por él de modo que parecía que la mujer flotara. Labios oscuros, como si de niña le hubieran dado de comer tabaco, ojos tan oscuros que eran negros, cara fuerte y como tallada en piedra, pero lisa como si la hubiera tallado un maestro. Y el pelo, alborotado y encrespado en todas direcciones como si le estuviera huyendo de la cabeza. Manteca de karité, como ya he dicho, pero también algo más, algo que yo había sentido hacía unas horas, algo que se me ocultaba. Algo que yo conocía. Me pregunté adónde se habría ido el Leopardo.

El siervo de los dátiles le entregó una vara al esclavista. Éste golpeó el suelo y todos levantamos la vista. Bueno, el ogo no; el ogo la tenía tan arriba ya, que no podía levantarla más. El Leopardo volvió oliendo a carne de cabra.

Dijo el esclavista:

—Os cuento la verdad y os la cuento bien. Hace tres años se llevaron a una criatura, a un niño. Estaba aprendiendo a caminar y apenas sabía decir «nana». Se lo llevaron de su casa en plena noche. No dejaron nada y nadie pidió rescate, ni por medio de una nota ni usando los tambores, ni siquiera la

brujería. Quizá lo vendieron en el mercado secreto de las brujas; un niño pequeño les habría supuesto mucho dinero. El niño vivía con su tía en la ciudad de Kongor. Luego una noche se lo llevaron y dejaron al marido de la tía degollado. Y a los once hijos de la familia, todos asesinados. Podremos viajar hasta esa casa en cuanto salga el sol. Habrá caballos para los que cabalguen, pero tendréis que ir al Lago Blanco y rodear las Tierras Oscuras y atravesar Mitu. Y cuando lleguéis a Kongor...

—¿Por qué has elegido esta casa? —dijo el Leopardo.

Yo no lo había visto transformarse y sentarse en el suelo junto a la anciana, que seguía sin hablar, aunque ahora abrió los ojos, miró a izquierda y derecha y volvió a cerrarlos. Movi6 las manos en el aire como esos viejos que hacen poses junto al río.

—Es la casa donde se vio al niño por última vez. ¿O es que no tenéis planeado iniciar la búsqueda por el principio?

—El principio sería donde se dejaron quitar al niño —dije yo.

—¿Quién fue el último en verlo? Tu negocio consiste en esclavizar a chicos perdidos, no en encontrarlos —dijo el Leopardo.

Tenía gracia cómo ahora, con la panza llena, estaba dispuesto a desafiar a nuestro patrón.

El esclavista se rio. Me lo quedé mirando, confiando en que mi mirada dijera: ¿A qué estás jugando?

—¿Quién es el niño y qué relación tiene contigo? —preguntó el Leopardo.

—¿El niño? Es el hijo de un amigo mío que murió —dijo el esclavista.

—Y probablemente el niño también haya muerto. ¿Por qué necesitas encontrarlo?

—Mis razones son cosa mía, Leopardo. Te pago para que lo encuentres, no para que me investigues a mí.

El Leopardo se levantó. Yo conocía aquella expresión de su cara.

—¿Quién es esa tía suya? ¿Por qué estaba el niño con ella y no con su madre?

—Justo iba a contároslo. Sus padres murieron de la enfermedad del río. Los patriarcas me contaron que el padre había estado pescando un día en el río incorrecto, que había atrapado unos peces destinados a los lores del agua y que las ninfas bisimbi que nadaban bajo el agua y montaban guardia le habían hecho enfermar. Luego él contagió a la madre. El padre era un viejo amigo mío y socio en este negocio. Ahora su fortuna pertenece al niño.

—¿Un esclavista tan rico como tú, pescándose él mismo la cena? —le dije.

El esclavista hizo una pausa.

—¿Sabes mentir bien, maese Amadu? —le dije—. Porque yo sé distinguir a los malos mentirosos. Cuando alguien dice una falsedad, sus palabras suenan turbias en vez de claras y claras cuando deberían sonar turbias. Algo que suena a verdad, pero nunca lo es. Y todo lo que acabas de decir se contradice con lo que dijiste antes.

—La verdad no cambia —dijo él.

—La verdad cambia cada vez que un hombre cuenta la misma historia dos veces. Me creo que existe un niño. Y me creo que el niño está desaparecido, y que si hace muchos años que desapareció, está muerto. Pero hace cuatro días dijiste que el niño estaba viviendo con una gobernanta. Hoy dices que con una tía. Para cuando llegemos a Kongor, ya será un mono eunuco.

—Rastreador... —dijo el Leopardo.

—No.

—Déjale terminar.

—Bien, bien, maravilloso, muy bien —dijo el esclavista, y levantó la mano.

—Pero deja de mentir —dijo el Leopardo—. Te huele las mentiras.

—Hace tres años secuestraron a un niño. Un niño, estaba empezando a caminar y apenas sabía decir «papá».

—Tarde para una criatura, hasta para ser niño —dije.

—Os cuento la verdad y os la cuento bien. Se lo llevaron de su casa en

plena noche, y nadie pidió un rescate. Quizá...

Me saqué las dos hachas de la espalda. Al Leopardo se le pusieron los ojos en blanco y le crecieron los bigotes. La mujer alta se levantó y se acercó al esclavista.

—¿Lo has oído? —le dije al Leopardo.

—Sí. La misma historia, casi palabra por palabra. Casi. Pero se olvida de cosas. Me cago en los dioses, esclavista, lo tienes ensayado y aun así se te olvida. Debes de ser el peor mentiroso del mundo o bien el eco de uno. Si esto es una emboscada, te arrancaré la garganta antes incluso de que él te parta la cabeza por la mitad —dijo el Leopardo.

El Leopardo y yo nos pusimos codo con codo. El ogo nos vio al Leopardo y a mí en una punta de la habitación y al esclavista y a la mujer alta en la otra y se quedó muy quieto, con los ojos escondidos bajo la mata poblada de sus cejas. La anciana abrió los ojos.

—La habitación es demasiado pequeña para tanto tonto —dijo, pero no se movió de la estera.

Debía de ser una bruja. Tenía el aire y el olor de las brujas, ese aroma a citronela y pescado, a sangre de koo de chica, y también la peste de no lavarse los sobacos ni los pies.

—El mensajero es lo que es y no es más —dijo.

—La primera vez su mensaje era un cerdo. Esta vez es una oveja —dije yo.

—Sangoma —dijo la anciana.

—¿Cómo?

—Hablas con acertijos como una sangoma. ¿Has vivido con una? ¿Quién te ha enseñado?

—No sé cómo se llamaba y no me enseñó nada. La sangoma de las Colinas del Embrujo. La que salvaba a los niños mingi.

—También es quien te dio ese ojo —me dijo.

—Mi ojo no es asunto tuyo. ¿Esto es una conjura contra nosotros? —le



pregunté.

—Pero si no sois nada. ¿Por qué iba nadie a conjurarse contra vosotros?  
—dijo la anciana—. ¿Queréis encontrar al niño o no? Contestad a las claras, o quizá...

—¿Quizá qué?

—Quizá la mujer siga siendo parte del hombre. Nadie te ha cortado. No es de extrañar que seas tan veleidoso.

—¿Debería ser como tú, entonces, motivo de orgullo para tu oficio?

La anciana sonrió. Se lo estaba pasando bien. Y me llegó de nuevo un olor, ahora más fuerte, quizá más fuerte por la discordia que reinaba en la habitación, pero también fuera de ella. No era capaz de describirlo, pero lo conocía. No, el olor me conocía a mí.

—¿Qué sabes de los hombres que se llevaron al niño? —le pregunté.

—¿Qué te hace pensar que eran hombres? —dijo la mujer alta.

—¿Cómo te llamas?

—Nsaka Ne Vampi.

—Nsaka —dije.

—Nsaka Ne Vampi.

—Como quieras.

—Te digo la verdad, no sabemos nada —dijo—. Era de noche cuando vinieron. Pocos, quizá cuatro, quizá cinco, quizá seis, pero tenían un aspecto extraño y terrible. Pude leer el...

—Yo también sé leer.

—Pues ve al registro de Kongor y búscalo tú mismo. Nadie los vio entrar. Y nadie los vio marcharse.

—¿Nadie gritó? —dijo el Leopardo—. ¿No tenían ventanas ni puertas?

—Los vecinos no vieron nada. La tía siempre les cobraba de más a las mujeres por las gachas de mijo y el pan ácimo, de forma que ellas no tenían por qué prestar atención a los ruidos que salían de su casa.

—¿Por qué ese niño, entre todos los que había en Kongor? —pregunté—.

En serio, Kongor cría guerreros de forma tan incansable que el gran desafío sería encontrar a una niña. Los niños en Kongor son todos iguales. ¿Por qué él?

—No diremos nada más hasta llegar a Kongor —dijo el esclavista.

—Con esto no basta. No basta ni mucho menos.

—El esclavista ya ha dicho la suya —dijo Nsaka Ne Vampi—. La decisión es vuestra, sí o no, o sea que tomadla deprisa. Cabalgamos por la mañana. Hasta con caballos rápidos se tarda diez y dos días en llegar a Kongor.

—Rastreador, vámonos —dijo el Leopardo.

Y se giró para marcharse. Yo vi cómo el ogo lo miraba pasar.

—Espera —le dije.

—¿Por qué?

—¿Has terminado de trazar los signos?

—¿Qué? Céntrate, Rastreador.

—Tú no. Ella.

Señalé a la anciana que seguía en cuclillas en el suelo. Me miró con cara inexpresiva.

—Llevas dibujando runas desde que hemos entrado en la habitación. Escribiendo en el aire para que ninguno de los presentes lo vea. Pero están ahí. A tu alrededor.

La anciana sonrió.

—¿Rastreador? —me dijo el Leopardo en voz baja.

Yo sabía cómo se ponía cuando no entendía nada. Cambiaba y le daban ganas de pelear.

—La vieja es bruja —dije, y al Leopardo se le erizó todo el pelo de la espalda.

Le toqué detrás del cuello y se apaciguó.

—Estás escribiendo runas para dejar entrar a alguien o bien para impedir que entre —dije.

Di un paso adelante y escruté la habitación.

—Déjate ver —dije—. Tu hedor está en esta habitación desde el momento en que he entrado.

En la entrada, un líquido cayó por la pared y formó un charco en el suelo. Oscuro y reluciente como el petróleo, se extendió despacio como la sangre. Pero el olor que inundó la habitación se parecía al azufre.

—Mira —le dije al Leopardo.

Me saqué una daga de la cintura y la agarré del filo, la arrojé al charco y el charco se la tragó con un ruido de chapoteo. En un abrir y cerrar de ojos, el puñal salió disparado del charco. El Leopardo lo atrapó antes de que me alcanzara en el ojo izquierdo.

—Obra de demonios —dijo.

—Yo a este demonio lo he visto antes —dije.

El Leopardo miró cómo se movía el charco. Yo quería ver cómo reaccionaban los demás. El ogo se encorvó, aunque seguía siendo más alto que nadie. Luego se agachó todavía más. Nunca había visto nada parecido. La anciana dejó de escribir runas en el aire. Sabía que iba a pasar aquello. Nsaka Ne Vampi se puso de pie de golpe, pero retrocedió, un paso lento seguido de otro. Luego se detuvo, pero algo la hizo dar otro paso atrás. Había venido para aquello, pero quizá aquello no fuera lo que se esperaba. Hay bestias capaces de entrar por las puertas. Algunas se pueden conjurar para que emerjan del suelo, otras se pueden evocar para que bajen del cielo como los espíritus. El esclavista apartó la vista.

Y en cuanto al charco... Dejó de extenderse y dio media vuelta, se replegó sobre sí mismo y empezó a crecer como una torta amasada por manos invisibles. La masa negra reluciente subió y se retorció y se estrujó, al mismo tiempo que se elevaba y se ensanchaba. Se dobló sobre sí misma y se volvió tan fina en el medio que amenazó con romperse por la mitad. Pero siguió creciendo. Se le empezaron a escapar pedacitos, como gotitas, que regresaban volando a la masa. El esclavista no estaba mirando. La masa negra susurró

algo que no entendí, no a mí sino al aire. En lo alto de la masa brotó una cara y se volvió a sumergir. Luego apareció en el medio de la masa y volvió a desaparecer. De la parte alta surgieron dos ramas que se convirtieron en extremidades. La parte baja se hendió y se retorció y se enroscó en forma de piernas y pies. La cosa se conformó a sí misma, se esculpió, se curvó para moldear unas caderas anchas, unos pechos llenos, unas piernas de corredora y unos hombros de lanzadora, una cabeza sin pelo y unos ojos blancos relucientes, y cuando la mujer resultante sonrió, mostró unos dientes blancos también relucientes. Pareció soltar un bufido. Al caminar iba derramando gotitas negras, pero las gotitas la seguían. Algunas se separaron de su cabeza pero también la siguieron. Cierto, se movía como si caminara bajo el agua, como si nuestro aire fuera agua, como si todo movimiento fuera una danza. Agarró una capa que había cerca del esclavista y se cubrió con ella. El esclavista seguía sin mirarla.

—Leopardo, la antorcha —le dije—. Esa antorcha de ahí.

Señalé la pared. La mujer negra vio al Leopardo y sonrió.

—No soy la que piensas —dijo.

Su voz era clara pero se perdía en el aire. No quería levantar la voz para hacerse oír.

—Creo que eres exactamente lo que pienso —dije, y le cogí la antorcha al Leopardo—. Y sospecho que hay tanto odio entre tú y la llama como el que sentían ellos.

—¿Quién es, Rastreador? —dijo el Leopardo.

—¿Quién soy, Ojo de Lobo? Díselo.

Se giró hacia mí pero se dirigió al Leopardo:

—El lobo tiene miedo de que si dice su nombre, los invocará. Si estoy mintiendo, dime que miento, Rastreador.

—¿A quiénes? —dijo el Leopardo.

—Yo no tengo miedo de nada, omoluzu —le dije.

—Yo me he elevado del suelo y ellos caen del techo. Yo hablo y ellos

guardan silencio. ¿Y aun así me llamas omoluzu?

—Toda bestia tiene su versión más hermosa.

—Soy Bunshi en el Norte. La gente del Oeste me llama Popele.

—Debes de ser uno de los dioses menores. Una diosecilla. Un espíritu del bosque. Quizá un duende —dije.

—Me habían llegado noticias de tu olfato, pero nadie me había dicho nada de tu labia.

—¿De que no deja de soltar chorradas? —dijo Nsaka Ne Vampi.

—¿Has oído hablar de mí?

—Todo el mundo ha oído hablar de ti. El gran amigo de las mujeres engañadas y el enemigo de los maridos infieles. Cuánto debe de jactarse tu madre de ti.

—¿Y tú qué eres, un meado de Dios? ¿Un escupitajo de Dios, o quizá el semen de Dios?

A mi alrededor el aire se espesó más y más. Todo animal sabe que siempre hay agua en el aire, aunque no llueva. Pero es que algo se estaba condensando en torno a mi nariz impidiéndome respirar. El aire se estaba volviendo más denso y húmedo y me envolvía la cabeza. Yo creía que estaba pasando en la habitación entera, pero sólo era en torno a mi cabeza; una bola de agua formándose y tratando de metérseme por las narices por mucho que yo no respirara. Ahogándome. Me caí al suelo. El Leopardo se transformó y se abalanzó sobre la mujer. Ella se desplomó en forma de charco y se volvió a elevar en la otra punta de la habitación, con la mano férrea del ogo en torno al cuello. Intentó escabullirse pero no pudo cambiar. Se lo impedía la presa del ogo. Éste me hizo una señal con la cabeza mientras sostenía a la mujer como si fuera una muñeca, y el agua se deshizo en el aire. Tosí. El ogo dejó caer a la mujer.

—Leopardo, quédate tú si quieres. Yo me voy —dije.

La anciana habló:

—Rastreador. Soy Sogolon, hija de Kiluya del tercer imperio de las

hermanas de Nigiki, y sí, dices la verdad. Aquí no se ha contado todo. ¿Quieres saber más?

—¿Rastreador? —dijo el Leopardo.

—Muy bien, sí que quiero —le dije, y me quedé donde estaba.

—Cuéntalo pues, diosa —le dijo Sogolon a Bunshi.

Bunshi se giró hacia el esclavista y le dijo:

—Déjanos solos.

—Si tu historia es como la suya, o más aburrida todavía, me voy a sentar con este cuchillo a tallar escenas guarras en el suelo —dije.

—¿Qué sabéis de vuestro rey? —dijo.

—Sé que no es mi rey —dijo el Leopardo.

—Ni el mío —dije yo—. Pero de todo el dinero que gano, el jefe de Malakal quiere la mitad para poder darle una cuarta parte al rey, de manera que sí, es mi rey.

Bunshi se sentó en la silla del esclavista igual que se sientan los hombres, escorada a un lado y con una pierna sobre el brazo de la silla. Nsaka estaba en la puerta, mirando hacia fuera. El ogo estaba inmóvil y la anciana Sogolon había dejado de trazar runas en el aire. Me dio la sensación de que me hallaba entre niños que esperaban a que el abuelo les contara un cuento nuevo sobre el viejo Nan-si, el demonio araña que una vez había sido un hombre. Aquello me recordó que nunca debía crearme del todo las historias que contaban los dioses, espíritus u otros seres mágicos. Si los dioses lo habían creado todo, ¿acaso la verdad no era una creación más?

—Hace mucho tiempo, cuando Kwash Dara todavía era príncipe, tenía muchos amigos con los que salía a cazar, iba al burdel, bebía y peleaba, como cualquier chico de su edad. Pero había uno de sus amigos que cazaba mejor que él, follaba más que él, bebía más que él y lo derrotaba en las peleas, y sin embargo, pese a todo esto, se llevaban como hermanos. Y siguieron siendo amigos incluso cuando el viejo rey enfermó y se fue con sus antepasados.

»Basu Fumanguru pasó a ser conocido como el hombre que le susurraba al

príncipe. Y entonces murió alguien también en el concilio de los patriarcas. Kwash Dara había odiado el concilio desde que era niño. ¿Por qué siempre se acostaban con niñas?, le preguntaba a su nana. Y había oído que se corrían en las manos y llevaban su semilla a las islas del río para dársela a algún dios. En sus días de príncipe, el rey había estudiado en el palacio de la sabiduría y se había atiborrado de conocimiento y de ciencia y de esas cosas que se miden y se calculan y no sólo se creen. Lo mismo había hecho Basu Fumanguru. Kwash Dara reconocía a Basu como un igual en todos los sentidos, y lo amaba por eso. Le decía: Basu, eres como yo en todos los sentidos. Y en el momento en que yo suba al trono, quiero que ocupes un lugar entre los patriarcas. Basu le dijo que no quería aquel cargo, porque los patriarcas se reunían en Malakal, a cinco o seis días a caballo de Fasisi, que era donde había nacido, donde vivía y lo único que conocía. Además, todavía era joven, y ser patriarca implicaba renunciar a muchas cosas. El príncipe llegó a rey y le dijo: Eres demasiado mayor para tener amantes y los dos somos demasiado mayores para juegos. Es hora de dejar de lado esas cosas y hacer lo mejor para el reino. Basu protestó y siguió protestando hasta que el rey tiró su vara real y dijo: Por los dioses, soy Kwash Dara y éste es mi decreto. De modo que Basu Fumanguru ocupó su lugar entre los patriarcas de Malakal, para informar en calidad de espía del rey.

»Pero luego cambiaron las tornas inesperadamente. Basu se enamoró de su cargo. Se volvió devoto y piadoso y tomó una esposa hermosa y casta. Tuvieron muchos hijos. El rey lo había puesto allí para asegurarse de que la sabiduría de los patriarcas se alineaba con el deseo de la casa real. Lo que hizo Basu, sin embargo, fue exigir que los deseos de la casa real se alinearan con la sabiduría de los patriarcas. Todo eran peleas, peleas, peleas. Desafiaba al rey mandándole sus disconformidades con los tambores, lo desafiaba por medio de cartas y de muchos documentos entregados por hombres a pie y a caballo. Lo desafiaba en sus visitas a la corte y hasta en la intimidad de los aposentos del propio rey. Cuando el rey le dijo una vez: Esto

es así porque soy rey, Basu Fumanguru llevó el asunto a las calles de Malakal, desde donde se propagó más deprisa que una infección a las calles de Juba, a los senderos de Luala Luala y a las grandes avenidas del mismo Fasisi. Y Basu le dijo: Eres rey, pero no serás divino hasta que te unas como tu padre a los antepasados.

»De manera que un día Kwash Dara les exigió impuestos sobre el grano a las Tierras de los Ancestros, que era algo que no había hecho ningún rey. Los patriarcas se negaron a pagar. El rey decretó que se los encerrara a todos en la cárcel hasta que se pagaran los impuestos. Dos noches después de que los encerraran, se puso a llover por todo el Reino del Norte y siguió lloviendo hasta que todos los ríos se desbordaron y mataron a mucha gente, no sólo a los ku y los gangatom que vivían junto al gran río. En algunos sitios las aguas crecieron tanto que desaparecieron poblaciones enteras y había cuerpos inflados flotando en todas partes. Las lluvias no amainaron hasta que el rey soltó a Basu Fumanguru. Y la situación siguió empeorando.

»Escuchad esto. En los primeros años, cuando los patriarcas chocaban con el rey, la voluntad del pueblo estaba con los patriarcas, porque el rey era arrogante. Aquello no lo debilitaba, porque había conquistado muchas naciones en la guerra. Pero en su propio país, la gente estaba empezando a preguntarse: ¿Tenemos un rey o tenemos dos? Os digo la verdad. Había gente que tenía más miedo de Fumanguru que del rey, y es que era temible en todo lo que hacía. Y también era un gobernante justo. Pero todo cambia. Los patriarcas, que ya estaban gordos, engordaron más. Se habían acostumbrado tanto a imponer su voluntad que cuando la gente los desafiaba, o bien se retrasaba con el alquiler, o bien no les rendía el tributo adecuado, empezaron a tomarse la justicia por su mano en vez de dejarles aquellos asuntos a los magistrados reales. Capturaban a asaltadores de caminos y les cortaban las manos. Colgaban a quien fuera que invadiera sus tierras para comerse sus frutos. Dejaron de seguir a los dioses y empezaron a juntarse con brujas para



urdir conjuros y maldiciones. Engordaron gracias a unos impuestos que nunca llegaban al rey.

»Pero escuchad. Había gente que odiaba al rey, pero pronto todo el mundo odió a todos los patriarcas menos a Basu. Un hombre decía: Los patriarcas se han llevado mi ganado diciendo que eran impuestos para el rey, pero los recaudadores de impuestos pasaron hace siete días. Un patriarca decía: Págame ahora el valor de tus campos y nos aseguraremos de que los dioses doblan tus cosechas cuando llegue la siega. Pero luego no había cosecha porque los cultivos enfermaban. Otro hombre decía: ¿Cuándo van a parar de venir a por nuestras hijas? Cada vez se las llevan más y más jóvenes, y luego nadie quiere casarse con ellas. Los patriarcas eran la ley en Malakal y en todas las tierras por debajo de Fasisi, y cuando no estaban reunidos en el concilio, se dispersaban por sus ciudades y las infectaban con su corrupción. Pero el rey en persona había decretado que a los patriarcas no los podían juzgar los hombres, sólo los dioses.

»Basu no estaba dispuesto a tolerar nada de esto. Nunca había sido el jefe de los patriarcas —el rey nunca había cumplido aquella promesa—, pero sí se lo respetaba como antiguo guerrero, y ahora chocaba con sus propios hermanos corruptos. La gente decía: Si ese patriarca te ha robado tus cosechas, ve a ver a Basu; si una bruja te ha echado una maldición, ve a ver a Basu; id a ver a Basu porque es el único razonable. La gente decía estas cosas. Una vez un patriarca vio a una chica en la cuarta muralla y decidió que la quería para él. Tenía diez y un años. El patriarca le dijo al padre: Manda a tu hija para que sirva de doncella de la diosa del agua, o bien ni el viento ni el sol protegerán de las enfermedades a tus campos de sorgo. Tu mujer, tus muchos hijos y tú os moriréis de hambre. El patriarca no esperó a que le mandaran a la niña; fue y se la llevó él mismo. Esto es lo que pasó: Basu estaba reuniendo sus cosas para retirarse a un lugar sagrado en el monte y pedir un mensaje de los dioses cuando oyó los chillidos de la niña, que ya tenía al patriarca encima. Le subió la furia a la cabeza y Basu dejó de ser

Basu. Agarró un cuenco de Ifá de oro, de los que se usan para adivinar la voluntad de los dioses, y golpeó al patriarca en la cabeza. Y lo siguió golpeando y golpeando y golpeando hasta matarlo. Después de aquello, Basu entró en aguas nuevas. Sus hermanos lo odiaban y el rey lo odió, y también el resto de la corte. Debería haber sabido que sus días estaban contados. Fumanguru y su familia huyeron a Kongor.

»Y una noche vinieron. Rastreador, ya sabes de quiénes hablo. Era la Noche de los Cráneos, un momento de grandes profecías.

—¿Tus hermanos?

—No son de mi sangre.

—Tú no tienes sangre.

Ella apartó la mirada de mí. El Leopardo, con los ojos muy abiertos, la estaba escuchando como un niño abandonado en un bosque encantado. Bunshi continuó:

—Hay muchas maneras de invocarlos. Si tienes la sangre de alguien, dices una maldición y lanzas la sangre al techo. Pero primero debes estar bajo el hechizo de una bruja, o bien se te aparecen a ti y te matan. O puedes llamar a una bruja para que lo haga por ti. Aparecen en el techo, la gente los llama los rondadores de techos, y cada vez que una bruja los invoca o son atraídos por tu sangre, su ansia se vuelve tan enorme que se ponen a cazarte como perros hambrientos. Y el conjuro ya nunca te abandona. Nadie puede escapar de ellos, y por mucho que te escapes, se te aparecerán cada vez que estés bajo techo, aunque sea durante el instante que dura un parpadeo. Muchos hombres, mujeres, niños y niñas duermen bajo las estrellas porque nunca podrán librarse de los omoluzus.

»Te estarás preguntando, Rastreador, cómo es que no te han seguido hasta aquí. ¿Cuánto tiempo tardaste en dormir bajo techo?

—Casi un año —dije.

—Los omoluzus no pueden seguirte fuera del inframundo si es ahí donde te encontraron. Y si te hubieran encontrado aquí, no podrían seguirte hasta

allí. Aunque si yo fuera tú, no arrojaría sangre.

—¿Qué hicieron los omoluzus? —dijo el Leopardo.

Bunshi se puso de pie. Le ondeaba la túnica a pesar de que no había viento. Fuera se oyó un estruendo, voces airadas y gritos. Gente borracha de alcohol y de juegos, gente borracha por la emoción de la llegada del rey. Kwash Dara, el mismo rey de la historia que nos estaba contando.

—Como he dicho antes, llegaron en la Noche de los Cráneos. Los siete hijos de Fumanguru estaban profundamente dormidos y ya era entrada la medianoche, el mediodía de los muertos. Todos estaban dormidos, incluido el menor, que también se llamaba Basu. Dormían los esclavos a cargo de los terrenos y el jardín, pero las cocineras estaban despiertas moliendo grano, la esposa más joven y la mayor de Basu, y el propio Basu, en su estudio, leía los volúmenes del *Palacio de la sabiduría*. Esto es lo que pasó. Un patriarca con amigos en la corte había mandado a una bruja que pusiera un encantamiento oscuro sobre la casa y luego había pagado a una esclava para que robara la sangre menstrual de la esposa más joven. El hambre de los omoluzus es monstruosa; y es el olor de la sangre lo que los atrae, no su sabor. Aquella esclava encontró los paños de la sangre de la esposa, hizo un fardo con ellos y en plena noche, mientras todos los demás esclavos dormían, arrojó los paños ensangrentados de su ama al techo. La bruja no la avisó de que se escapara, de manera que se fue a dormir. En la oscuridad, el retumbar del techo debió de sonar como truenos lejanos. Truenos de esos que no despiertan ni a quienes tienen el sueño ligero.

»El Rastreador os puede contar quiénes son. Caen del techo de la misma forma en que yo me levanto del suelo. Corren por el techo como si estuvieran amarrados al cielo. Cuando saltan, se quedan a punto de tocar el suelo, pero luego aterrizan de vuelta en el techo con tanta fuerza que te preguntas si no estarán realmente en el suelo y eres tú el que está en el aire. Y tienen unas espadas hechas de algo que no existe en este mundo. De manera que brotaron y se formaron y despedazaron a todos los esclavos vivos menos a una, que

salió corriendo y gritando que la oscuridad había venido a matarlos. Tiene razón el Rastreador en que soy como ellos. Pero no soy una de ellos. Y sin embargo los sentí, los sentí llegar y supe que estaban cerca, aunque no supe en qué casa hasta que oí gritar al mismo Basu. Los omoluzus persiguieron a la esclava, que fue corriendo con la esposa de Basu. La esposa agarró una antorcha, porque se acordó de las grandes leyendas en las que la luz derrota a la oscuridad, pero ellos las rodearon y las decapitaron a ambas.

»Los omoluzus aparecieron en el granero y mataron a las esclavas que estaban cocinando. Se aparecieron en el cuarto de los niños y les clavaron sus espadas antes de que ninguno de ellos pudiera despertarse. No tuvieron piedad con nadie. Cuando entré en la casa ya era demasiado tarde, aunque todavía estaban matando a gente. Llegué a un pasillo inundado de sangre. Un hombre se me acercó corriendo con un bebé en los brazos; eran Basu y el pequeño Basu. Tenía pinta de saber que lo estaba persiguiendo la muerte. Oí retumbar a la muerte en el techo como si fueran truenos, como el mortero haciéndose pedazos. Algo negro corría por el techo como una sombra, persiguiéndolo. Si quieres que tu hijo viva, dámelo, le dije. Soy su padre, me dijo él. No os puedo salvar a los dos y también luchar contra ellos, le dije, y él me contestó: Eres igual que ellos. Pero no compartimos padre ni madre, le dije yo. No tenía tiempo para convencerlo de si era buena o mala. Vi que la oscuridad que lo seguía adoptaba la forma de tres, cuatro y por fin seis omoluzus. Dame al niño, le dije. Él miró un momento largo a su hijo y por fin me lo entregó. El bebé sólo tenía un año, por lo que pude ver. Los dos lo sujetábamos y él no lo soltaba.

»—Ya vienen —me dijo.

»—Ya están aquí —le dije.

»Me miró y me dijo:

»—Esto es obra del rey, Kwash Dara. Es obra de la corte, es obra de los patriarcas, y mi hijo es testigo de que esto ha pasado.

»—Tu hijo no se acordará —le dije.

»—Pero el rey sí —dijo él.

»Levanté el dedo índice y lo convertí en un cuchillo. Me lo clavé aquí, debajo de las costillas, y me abrí en canal. El padre se asustó pero le dije que no tuviera miedo, que estaba fabricando un útero para el niño. Me abrí el útero como hacen a veces las comadronas cuando el bebé todavía no ha nacido y la madre ya está muerta. Metí al bebé y mi piel lo selló dentro. El padre estaba aterrado, pero ver mi panza inflada, como si estuviera embarazada, le dio un poco de paz. ¿Se morirá dentro de ti?, me preguntó, y le dije que no. ¿Has sido madre antes?, me preguntó el tal Basu, pero no le contesté. Os diré la verdad, me sentía pesada por dentro, nunca había estado encinta. Pero quizá todas las mujeres sean madres.

—Tú no eres una mujer —le dije.

—Calla —me dijo el Leopardo.

—La Sangoma dijo que eras un bocazas —dijo Bunshi.

No le pregunté cómo lo sabía.

—Los omoluzus tenían espadas. Y yo también.

—Cómo no.

—Rastreador, ya basta —dijo el Leopardo.

—Vino uno a por mí, blandiendo su espada, pero yo tenía dos.

—Ésa sí que es una escena para los griots, una mujer con pinta de embarazada luchando con dos espadas contra los demonios de las sombras.

—Toda una escena —dijo el Leopardo.

Empecé a sentir curiosidad por él. Se estaba alimentando de la historia de Bunshi como un muerto de hambre, o como un glotón; me preguntaba cuál de las dos cosas.

—Me atacó y lo esquivé, me subí de un salto al techo, que es su suelo, y lo decapité con mis dos espadas. Pero no podía luchar contra todos ellos. Basu Fumanguru fue valiente; desenfundó su cuchillo, pero una espada le vino por detrás y le atravesó el vientre. Sin embargo, la sed de sangre de aquellas criaturas no quedó saciada. Pudieron oler la sangre de la familia en el

niño por mucho que yo lo tuviera dentro. Uno me alcanzó con su espada en el hombro, pero me di la vuelta rápidamente y le abrí el pecho en canal. Eché a correr y salté por la misma ventana por la que había entrado.

—Nunca he oído una historia semejante, ni de boca del halcón ni del rinoceronte —dijo el Leopardo.

—Es una historia muy buena. Hasta tiene monstruos. Pero nada de esto consigue que quiera ayudarte —dije.

Ella se rio.

—Si estuviera buscando hombres nobles deseosos de ayudar a niños, nunca te habría llamado a ti. Me trae sin cuidado lo que quieras. Es una tarea por la que se te pagará cuatro veces el precio más alto que hayas cobrado nunca. Lo que te gusta o lo que quieres, lo que sea que tienes en la cabeza, no significa nada para mí.

—Yo... —Pero no añadí más.

—¿Qué pasó con el niño? Me refiero a después —dijo el Leopardo.

—No lo llevé con su tía. Los omoluzus huelen la sangre de los parientes y, si así lo deseaba quien los comandaba, habrían ido a por cualquier miembro de la familia. Se lo llevé a una mujer ciega de Mitu, que solía ser leal a los dioses antiguos. Como no podía ver, no sabría quién era aquel niño y tampoco intentaría averiguarlo. Tenía una criatura, o sea que podría amamantarlo a él también y mantenerlo durante un año.

—¿Era leal?

—Lo vendió en el mercado de esclavos de la Ciudad Púrpura, cerca del Lago Abbar. Fuera de Kongor, los niños se venden por mucho dinero, especialmente los varones. Me lo confesó mientras empezaba a degollarla con este dedo.

—Qué bien eliges a la gente.

Aunque estaba en la otra punta de la habitación, supe que Nsaka Ne Vampi estaba poniendo los ojos en blanco. Lo supe sin necesidad de mirar.

—Seguí el rastro del niño hasta un mercader de perfumes y plata que se lo

quería llevar al Este. Tardé una luna y llegué demasiado tarde. El hombre se había retrasado llevando la plata y los mercaderes de Mitu habían mandado mercenarios en su busca. ¿Y sabéis dónde lo encontraron? En la frontera de Mitu. Encontraron moscas pero ya no había a muerte. Alguien había saqueado la caravana y había matado a todo el mundo. Nadie había tocado el almizcle, la plata ni la mirra. No se encontró al niño; se lo habían llevado.

—¿El rey? —pregunté.

—El rey lo habría hecho matar.

—O sea que está desaparecido. ¿Por qué no dejarlo así?

—¿Dejarías a un niño en manos de asesinos? —dijo la anciana.

—Claro, porque al niño le iría mucho mejor en compañía de brujas —dije—. ¿Para qué quieren un niño unos asesinos?

—Pues le encontraron utilidad —dijo Bunshi.

Me acordé de lo que el siervo de los dátiles le había contado al esclavista en la torre de la Mujer Centella. La historia del niño que había llamado a la puerta de la mujer, diciendo entre lloros que lo perseguían los monstruos, sólo para dejarlos entrar en cuanto la familia cayó dormida. Le hice una señal con la cabeza al Leopardo, confiando en que captara lo que no se estaba contando.

No sabía si sentarme, ponerme de pie o marcharme.

—Un niño sobrevive a los rondadores de los techos sólo para terminar vendido como esclavo y que luego lo secuestren... ¿quiénes? ¿Brujos? ¿Demonios? ¿Una sociedad de espíritus amantes de los niños con intención de iniciar a aquél a corta edad? ¿Y qué sucede a continuación? ¿Quizá Ninki Nanka, el dragón de la ciénaga, los huele cuando están cruzando el monte y se los come a todos?

—¿No crees en esas criaturas? —me dijo Bunshi—. ¿A pesar de todo lo que has visto y oído y con lo que has luchado? ¿A pesar del animal que tienes al lado?

—No hace falta creer en criaturas malignas cuando hay hombres que

desuellan a sus propias esposas —le dije.

Me giré hacia el Leopardo, que seguía embebiéndose de aquella historia.

—Pero sí que crees que hacerte el listo es buena idea. Muy bien. No te pago para que me creas. Te pago por tu olfato. Tráeme al niño.

—¿O la prueba de que está muerto?

—Está vivo.

—Y cuando lo encontremos, ¿qué? ¿Nos estás pidiendo que vayamos en contra de los deseos del rey?

—Os estoy pagando para que dejéis en evidencia al rey.

—Para demostrar que el rey está detrás de un asesinato.

—No conocéis la historia entera del rey. Y lo que no conocéis no lo soportaríais.

—Claro.

—No te está pagando para que hagas preguntas ni para que pienses. Te está pagando para que huelas —dijo Nsaka Ne Vampi.

—¿Cómo sabes que no han matado al niño?

—Lo sabemos —dijo Bunshi.

Estuve a punto de decir que yo también lo sabía, pero miré al Leopardo. Él me miró también y asintió con la cabeza.

Una puerta se abrió y se cerró. Pensé que sería Fumeli, pero no era su olor. Nsaka Ne Vampi caminó hasta la puerta y se asomó afuera.

—Dentro de dos días cabalgaremos a Kongor —dijo—. Que vengas o no, a mí me da igual. La que te quiere es ella.

Señaló a Bunshi, pero yo seguí mirando más allá de la puerta. Ni siquiera oí lo que dijo a continuación por culpa del olor que ascendía las escaleras. El mismo olor que había notado antes y que había pensado que era Bunshi, pero yo nunca había visto a Bunshi antes de aquella noche y además ella tenía razón: no olía como los omoluzus. El olor se acercaba, alguien lo estaba trayendo, y supe que lo odiaba más de lo que había odiado nada en muchos años, más de lo que había odiado a hombres a los que había matado a pesar



de conocerlos. Estaba subiendo las escaleras, acercándose, oí el ruido de sus pisadas y con cada uno de sus pasos mi furia se fue inflamando.

—Llegas tarde —le dijo en tono brusco Nsaka Ne Vampi—. Todo el mundo está...

La interrumpí lanzando un hacha que le pasó junto a la cara para clavarse en la puerta.

—¡Joder! Casi me das, amigo —dijo el hombre entrando.

—Estaba intentando darte —dije, y le tiré la segunda hacha directa a la cara; la esquivó, aunque el filo le rozó la oreja.

—Rastreador, ¿qué coño...?

Eché a correr y salté sobre él; nos caímos los dos en las escaleras y las bajamos rodando. Le cogí el cuello con las manos y me puse a apretar hasta que se le partiera el cuello o su aliento muriera. Rodamos por las escaleras, nos hicimos moretones, sangramos, su sangre, la mía, los escalones, el mortero deshecho. Yo perdía pie, él perdía la voz, los dos rodamos y rodamos y chocamos contra el suelo de abajo; la fuerza de la caída y el peso del hombre me aplastaron el pecho. Caí hacia atrás y él se me subió encima. Lo aparté de una patada y saqué un cuchillo, pero él me lo arrancó de la mano de un golpe y me dio un puñetazo en la barriga, otro en la cara, otro en la mejilla y otro en el pecho, yo le detuve la mano, le aparté los nudillos, le di un puñetazo debajo del mentón y otro en el ojo izquierdo. El Leopardo bajó corriendo con forma de leopardo y cambió quizá a hombre, no lo vi porque tenía la vista clavada en mi oponente, que corrió, saltó y pataleó; lo esquivé, lo atacé con el codo y le impacté en medio de la cara, derribándolo de cabeza al suelo. Le salté encima y le di un puñetazo en la mejilla izquierda y otro en la derecha y otro en la izquierda; él me golpeó en las costillas dos veces y me hizo caer, pero rodé para apartarme de su cuchillo mientras se clavaba en el suelo. Detuve su patada con una patada, una vez y otra, y me puse de pie como pude mientras él se ponía de pie como podía, y el Leopardo sabía que no le convenía tirar de mí ni detenerme, y yo lo busqué

con la vista y no vi que el otro se acercaba por detrás y me daba un golpe en la nuca, que se humedeció, y caí de rodillas, y él levantó el brazo para golpearme otra vez pero yo lo derribé de una patada en los pies. Me volví a subir encima y levanté la mano para darle otro puñetazo en la cara ensangrentada, que parecía una fruta oscura y jugosa abierta de un golpe, y en aquel momento alguien me puso un cuchillo en la garganta.

—Te voy a cortar la cabeza y se la voy a echar a los cuervos —dijo Nsaka Ne Vampi.

—Llevas su olor —le dije.

—Quítale las manos del cuello. Ahora —me dijo ella.

—No...

La flecha le atravesó el pelo. El chico del Leopardo estaba en el rellano de abajo, con otra flecha en el arco, tensado y listo. Nsaka Ne Vampi levantó las manos. Una ráfaga salvaje de viento azul golpeó el suelo y nos apartó a los unos de los otros en un segundo. El Leopardo y yo nos estampamos con fuerza contra la pared y Nsaka Ne Vampi se alejó rodando.

Nyka se rio de todo aquello mientras intentaba ponerse de pie. Escupió al viento, que aulló con más fuerza y me inmovilizó contra la pared. Una voz lo dominaba, la voz de la anciana. Era un hechizo liberado por la habitación. El viento se apagó igual de repente que había empezado y nos quedamos separados, cada uno en una punta de la habitación. Bunshi bajó las escaleras, pero la anciana se quedó arriba.

—¿Y en serio esperas que éstos encuentren al niño? —dijo Sogolon.

—Veo que os conocéis —dijo Bunshi.

—Señora negra, ¿es que no estás enterada? Somos viejos amigos. Más que amantes, ya que compartí su cama seis meses y sin embargo no pasó nada, ¿verdad, Rastreador? ¿Alguna vez te he dicho que me quedé decepcionado?

—¿Quién es este hombre? —me preguntó el Leopardo.

—Pero, Leopardo, si él me ha hablado mucho de ti. ¿Nunca te ha dicho nada de mí?

—Este hijo de una chacal leprosa no es nada, pero algunos lo llaman Nyka. Les juré a todos los putos dioses que quisieran oírme que si alguna vez llegaba el día en que volviera a verte, te mataría —dije.

—Ese día no es hoy —dijo Nsaka Ne Vampi, que había desenfundado dos dagas.

—Espero por tu bien que lo hagas salir de ti cuando se te folle —le dije—. Hasta su semilla es venenosa.

—Me da que esta reunión no está yendo bien. Tienes truenos bajo la frente —dijo Nyka.

—Rastreador, intentemos...

—¿Intentemos qué, gato?

—Lo que sea que estás buscando, hoy no es el día de encontrarlo —me dijo.

Yo estaba tan furioso que lo único que sentía era calor y lo único que veía era rojo.

—Ni siquiera lo hiciste por oro. Ni por plata —dije.

—Sigues siendo un necio. Hay tareas que son su propia recompensa. Nada significa nada y nadie ama a nadie, ¿no era eso lo que te gustaba decir? Y, sin embargo, eres tú quien está cargado de sentimientos, y confías en ellos por encima de todo, hasta por encima de tu olfato. Necio para el amor, necio para el odio. ¿Todavía piensas que lo hice por dinero?

—Vete ahora o te juro que no me importará matar a quien sea con tal de pillarte a ti —le dije.

—Lo que vas a hacer es marcharte —dijo la anciana—. Pero tú te quedas, Leopardo.

—Adonde vaya él, voy yo —dijo el Leopardo.

—Pues marchaos los dos —dijo la anciana.

Nsaka Ne Vampi se llevó a Nyka al piso de arriba sin quitarme la vista de encima.

—Fuera de aquí —me dijo Bunshi.

—Nunca he estado dentro —le contesté.

En plena madrugada me desvelé en mi habitación a oscuras. Pensaba que estaba saliendo de una simple pesadilla, pero Bunshi había entrado en mi sueño para despertarme.

—Sabías que me seguirías —me dijo.

Su materia espesa cayó goteando del alféizar de la ventana. Se elevó en forma de montículo, se estiró hasta el techo y por fin volvió a adoptar figura de mujer. Bunshi se quedó en la ventana, sentada en el marco.

—O sea que sí eres una diosa —le dije.

—Dime por qué le deseas la muerte.

—¿Me concederás ese deseo?

Se me quedó mirando.

—No le deseo la muerte —dije.

—¿Ah, no?

—Lo que deseo es matarlo.

—Quiero oír la historia.

—Oh, la vas a oír, la vas a oír. Muy bien. Esto es lo que pasó entre Nyka y yo.

Nyka era como un hombre que estaba de vuelta de cosas por las que yo todavía no había pasado. Yo llevaba dos años sin ver al Leopardo y estaba viviendo en Fasisi, aceptando cualquier trabajo que me saliera, incluso encontrando perros para niños tontos que habían pensado que podían quedárselos y que se echaban a llorar cuando yo le llevaba el cadáver recién enterrado del animal de vuelta al mismo padre que lo había matado. Ciertamente, tener un techo sobre mi cabeza era la única razón de que me acostara con mujeres, ya que las mujeres solían estar más dispuestas a dejarme pasar la noche en su casa que los hombres, sobre todo cuando yo estaba buscando a sus maridos.

Una mujer noble que vivía para el día en que por fin la llamaran a la corte, pero que entretanto se follaba a un hombre por cada una de las siete mujeres que había olido en el aliento de su marido, me dijo lo siguiente cuando me arrimé a ella por detrás y pensé en muchachos de piel suave del valle de Uwomowomowowo: Dicen que tienes buen olfato. Tanto el marido como la esposa derramaban perfume sobre las alfombras para disimular el olor de las demás personas a las que se llevaban a la cama. Al acabar, la mujer me miró y me dijo: No te preocupes, ya me daré placer yo sola. ¿Qué quieres de mi olfato?, le pregunté. Mi marido tiene siete amantes. No me quejo porque es un amante terrible, atroz. Pero últimamente se está portando muy raro, y ya era bastante raro de por sí. Me da la sensación de que ha tomado una octava amante, y de que esa amante es o bien un hombre o una bestia. Dos veces ha venido a casa trayendo un olor que no reconozco. Un olor fuerte, como de flores quemadas.

No le pregunté cómo había sabido de mí ni cuáles eran sus deseos cuando encontrara a su marido, sólo cuánto me iba a pagar.

—El peso de un muchacho en plata —me dijo.

Y yo le dije que parecía una buena oferta. Pero ¿qué sabía yo de buenas o malas ofertas? Era joven. Dame algo suyo, porque no he visto nunca a tu marido, le dije. Cogió algo que parecía una alfombra blanca y me dijo: Esto es lo que lleva debajo de la ropa. ¿Estás casada con un hombre o con una montaña?, le pregunté. La prenda era el doble de ancha que el largo de mi brazo y todavía llevaba vestigios del sudor, la mierda y los meados del hombre. No le dije que había restos de dos mierdas distintas en aquella prenda, una del marido y otra resultado del marido dando placer en el culo a otra persona. Nada más olerlo supe dónde estaba. Aunque ya había sabido dónde estaba al mencionar ella las flores quemadas.

—Ten cuidado. Muchos lo confunden con un ogo —me dijo.

Sólo había una cosa que oliera a flores quemadas. Sólo había una cosa que oliera muy fuerte a algo quemado.

El opio.

Lo traían los mercaderes del Este. En todas las ciudades existían fumaderos secretos. Yo no conocía a nadie que lo hubiera fumado y que tuviera futuro. Ni pasado. En un fumadero lleno de humo no había más que presente, lo cual me hizo preguntarme si aquel hombre sería vendedor de opio o su esclavo o secuestrador de fumadores de opio.

El olor del marido y del opio me llevó a la calle de los artistas y los maestros de las malas artes. Las calles de Fasisi carecían de orden. Una calle ancha se retorcía convirtiéndose en un callejón, desembocaba bruscamente en un puente de cuerdas que cruzaba un río y devenía otra vez callejón. La mayoría de las casas tenían techos de paja y paredes de arcilla. En la colina más alta del delta, el complejo real permanecía apostado detrás de unas gruesas murallas protegidas por centinelas. Te aseguro que era un misterio que aquella, la menos magnífica de las ciudades del Norte, fuera la capital del imperio. Nyka decía que era la ciudad que recordaba al rey de dónde veníamos y adónde nunca teníamos que volver, pero a Nyka todavía no le toca entrar en esta historia. Aunque no de los buenos modales, los herreros de Fasisi son unos maestros del hierro. Y era el hierro lo que había hecho que aquella ciudad atrasada conquistara el Norte hacía doscientos años.

Me detuve en una posada cuyo nombre en mi idioma significa «la luz que le sale a una mujer de las nalgas». Las ventanas estaban cerradas a cal y canto pero la puerta estaba abierta. Dentro había hombres tirados en cada pedazo de suelo, boca arriba, con los ojos allí pero las miradas en otra parte y las bocas babeando, sin que a sus dueños les importara que los restos de las brasas caídas de las cazoletas de las pipas les quemaran las túnicas. En el rincón había una mujer de pie junto a una olla muy grande que olía a sopa pero sin pimientos ni especias. Cierto: olía más bien al agua caliente que se usa para desollar a los animales. Algunos de los hombres gemían, pero la mayoría estaban callados como si durmieran.

Pasé junto a un hombre que fumaba tabaco bajo una antorcha. Estaba

sentado en un taburete y tenía la espalda apoyada contra la pared. Cara flaca, pendientes grandes, mentón fuerte, aunque puede que esto último fuera un efecto de la luz. Llevaba afeitada la mitad delantera de la cabeza y se dejaba largo el pelo de atrás. Capa de piel de cabra. No me miró. De otra habitación venía música, cosa extraña, ya que en aquel lugar nadie lo iba a notar. Pasé por encima de varios hombres que no se movieron, hombres que podían verme pero sólo tenían ojos para la pipa. El olor a flores quemadas del opio era tan fuerte que contuve el aliento. Nunca se sabía. Oí a un niño gritar y a un hombre soltar palabrotas en el piso de arriba. Subí corriendo las escaleras.

Para no ser un ogo, el marido era igual de enorme que si lo fuera. Allí estaba, más alto que la puerta, más alto que el caballo de batalla más alto. Desnudo y violando a un niño. Yo sólo veía las piernas del crío, colgando inertes. Pero estaba berreando. Las manos del gigante agarraban las nalgas del niño mientras se la metía a la fuerza. La esposa no lo quería muerto, pensé, pero tampoco había dicho que lo quisiera entero.

Saqué dos dagas arrojadizas, pequeñas, y se las lancé a la espalda. Una le rajó el hombro. El marido soltó un grito, dejó caer al chico y se dio la vuelta. El niño aterrizó boca arriba y se quedó quieto. Lo miré y esperé un momento demasiado largo. El marido se me echó encima, todo músculo y piel, con unos hombros enormes de simio, y me agarró la cabeza entera con las manos. Me cogió como si fuera un muñeco y me arrojó a la otra punta de la habitación. Gruñía de la misma manera que cuando violaba al crío. El niño se dio la vuelta y se agarró a una de las alfombras. El hombre me embistió como si fuera un búfalo. Lo esquivé y se estampó contra la pared, agrietándola y casi atravesándola. Cogí un hacha para clavársela en el talón, pero él estiró la pierna hacia atrás y me arreó tal patada que me mandó a la pared del otro lado. El golpe me dejó sin respiración y me desplomé. El chico echó a correr, pisándome las piernas al salir de la habitación. El hombre arrancó la cabeza de la pared. Tenía la piel oscura, húmeda de sudor, peluda como la de una bestia. Apartó de un manotazo una hilera de lanzas que había apoyadas contra

la pared. Yo había conocido a hombres grandes y a hombres rápidos, pero a ninguno que fuera las dos cosas. Me levanté como pude y traté de correr, pero volvió a agarrarme del cuello. Me dejó sin respiración, pero con eso no le bastaba: quería aplastarme los huesos. Yo no podía alcanzar ningún cuchillo ni hacha. Me puse a dar puñetazos y golpes y le arañé los brazos, pero se rio como si yo fuera el niño al que había estado violando. Me fulminó con la mirada y le vi los ojos negros. Yo estaba empezando a verlo todo oscuro y mis babas le caían por la mano. Hasta me levantó del suelo. Estaba a punto de salirme la sangre a chorros por los ojos. A duras penas conseguí ver al hombre del piso de abajo romperle un jarro de arcilla en la espalda a mi atacante. El marido se dio la vuelta y el hombre de abajo le tiró algo amarillo y apestoso a los ojos. El no ogo me soltó y cayó sobre las rodillas, gritando y frotándose los ojos como si estuviera a punto de arrancárselos. El aire volvió a mis pulmones y caí de rodillas yo también. El hombre de abajo me cogió del brazo.

—¿Está ciego? —le pregunté.

—Quizá durante unos cuantos parpadeos, quizá durante un cuarto de luna y quizá para siempre. Con el meado de murciélago nunca se sabe.

—¿Meado de murciélago? ¿Le has...?

—Los gigantes son igual de peligrosos ciegos, chaval.

—No soy un chaval, soy un hombre.

—Pues muere como un hombre —me dijo, y salió corriendo.

Eché a correr detrás de él. Siguió riendo hasta llegar a la puerta.

Me dijo que se llamaba Nyka. Sin apellido ni casa de origen ni hogar en el mundo, ni siquiera un hogar del que se hubiera escapado. Nyka a secas.

Estuvimos un año cazando juntos. A mí se me daba bien encontrarlo todo salvo trabajos. A él se le daba bien encontrarlo todo salvo a gente. Debería haber desconfiado, pero Nyka tenía razón: yo era un crío. Me hacía llevar túnica, que a mí no me gustaba porque dificultaba el pelear, pero cuando sólo llevaba taparrabos había gente en las ciudades que me tomaba por su esclavo.



En la mayoría de las ciudades a las que íbamos nadie conocía al tal Nyka. Pero allí adonde íbamos y alguien lo conocía, ese alguien intentaba matarlo. En un bar del valle de Uwomowomowowo vi que una mujer se le acercaba y le arreaba dos bofetadas. Intentó darle una tercera pero él le agarró la mano. Con la otra, la mujer sacó un cuchillo y le hizo un corte superficial en el pecho. Aquella noche me metí la mano entre las piernas mientras los oía follar al otro lado de la habitación.

Una vez buscamos a una chica muerta que no estaba muerta. Su secuestrador la tenía metida en una urna funeraria bajo tierra detrás de su casa y la sacaba cada vez que quería divertirse. La tenía amordazada y atada de manos y pies. El día que lo encontramos, acababa de poner a dormir a sus hijos y de dejar a su mujer para ir detrás de la casa a hacerle cosas a la chica. Apartó unas plantas sueltas y movió unas paladas de tierra hasta sacar el palo hueco que tenía encajado en la boca de la urna para que la chica pudiera respirar. Pero aquella noche no era la chica la que estaba dentro de la urna, sino Nyka. Apuñaló en el costado al hombre, que retrocedió dando tumbos y gritando. Yo le di una patada en la espalda y cayó al suelo. Cogí un garrote y lo noqueé. Se despertó atado a un árbol junto al sitio donde tenía enterrada a la chica, que estaba débil y no se sostenía en pie. Le tapé la boca con la mano, le dije que no hiciera ruido y le di un cuchillo. Le sujetamos la mano mientras ella apuñalaba al hombre en el vientre, en el pecho y luego en el vientre una y otra vez. El hombre chilló con la boca amordazada hasta que no pudo chillar más. Yo quería darle esa satisfacción a la chica. Finalmente el cuchillo se le cayó de la mano y se quedó tumbada en el suelo al lado del hombre, llorando. Después de aquello algo cambió en Nyka. Habíamos sido ladrones y mentirosos, pero nunca asesinos.

Te cuento todo esto porque quiero ver a Nyka tal como lo veía antes.

En Fasisi se nos estaba acabando el trabajo. Yo estaba cansado de la ciudad y de todas aquellas mujeres a las que les desaparecía el marido cada siete días. Una noche estábamos en la misma posada a la que íbamos siempre

para dividir las ganancias. Y para beber vino de palma o cerveza de masuku o un licor de color ámbar que te incendiaba el pecho y te hacía resbalarte hasta el suelo. La gorda de la posadera, con su arruga en el ceño justo encima de la verruga que tenía sobre una ceja, se nos acercó.

—Sírvenos a los dos el fuego embotellado —le dijo Nyka.

La mujer sacó dos jarras y las llenó hasta la mitad. No dijo nada, ni siquiera cuando Nyka le dio una palmada en las nalgas mientras regresaba a la barra.

—La fortuna nos espera en la ciudad de Malakal —dije—, o más abajo, en el valle de Uwomowomowowo.

—¿Estás pensando en la fortuna? ¿Y si tengo hambre de aventuras?

—¿Al norte?

—Creo que voy a ir a ver a mi madre —me dijo.

—Un día me contaste que la segunda mejor cosa que os habíais dado el uno al otro era la distancia. También dijiste que no tenías madre.

Se rio.

—Sigue siendo verdad.

—¿Cuál de las dos cosas?

—¿Cuánto fuego embotellado has bebido?

—¿Qué jarra es la tuya?

—¿Has bebido de ella? —preguntó—. Bueno. La última vez que hablamos de padres, me dijiste que te habías peleado con el tuyo. Un día mi padre volvió a casa después de un día de no trabajar, sólo tramar y conspirar y no ir a ningún lado. Nos pegaba por deporte. Una vez le pegó a mi hermano en la nuca con el bastón y mi hermano se quedó tonto de por vida. Mi madre hacía pan de sorgo. A ella también le pegaba. Una vez le pegó con el bastón y ella se pasó dos lunas andando a la pata coja y después ya renqueó para siempre. De manera que sí, digamos que una noche volvió a casa después de estar bebiendo y blandió el bastón y me pegó en la nuca. Luego me pateó y me golpeó mientras yo estaba en el suelo, me saltó otro diente y me gritó que me

levantara para seguir arreándome. Un día hablaremos sólo de padres, Rastreador. De manera que sí, digamos que me pegó con el bastón en la cabeza, pero era demasiado lento y yo demasiado rápido, así que le agarré el bastón al vuelo. Se lo quité de la mano y le pegué con él en la cabeza. Y se cayó, sin más, al suelo. Blandí el bastón y le pegué y le pegué, y él levantó la mano y le rompí todos los dedos, y levantó los brazos y se los rompí, y levantó la cabeza y me puse a romperle la cabeza hasta que oí crac, crac, crac y seguí pegando hasta que oí un crujido y luego un chapoteo y luego a mi madre gritar: Has matado a mi marido, has matado al padre de tu hermano. ¿Cómo comeremos ahora? Lo quemé detrás de nuestra choza. Nadie preguntó por él porque no caía bien a nadie, y todo el mundo disfrutó del olor de su carne quemada.

—¿Y tu madre?

—Conozco a mi madre. Está en el mismo sitio donde la dejé. Y, sin embargo, voy a ir a verla, Rastreador. Me marcho dentro de dos días. Luego podemos ir a correr todas las aventuras que quieras.

—Eres tú quien está siempre buscando aventuras. Reúnete conmigo en Malakal.

—Reúnete conmigo allí donde me huelas. Menuda noche de vagos, y ya nos hemos follado al barrio entero. Bebe más.

Bebí y bebí hasta que domesticamos aquel fuego en el pecho, y luego seguimos bebiendo. Y Nyka me dijo: Olvidémonos de hablar de los padres, amigo. Y me dio un beso en la boca. Nada fuera de lo normal; Nyka besaba a todo el mundo, cuando te saludaba o cuando se despedía.

—Te encontraré dentro de diez días —le dije.

—Ocho es un número mejor —me dijo—. Más de siete días con mi madre y me entran ganas de matarla. Bebe más.

Me brotó un calor en la frente y me bajó por el cuello. Abrí los ojos y los

meados me dieron en la cara y me cegaron. Quise frotarme los ojos sin pensar y mi mano derecha dio un tirón de la izquierda. Tenía un grillete en la mano derecha, una cadena y otro grillete en la izquierda. Delante de mí, una pata en alto y un chorro de pis cayéndome encima. Risas estridentes en la oscuridad. Intenté golpear pero la cadena me detuvo. Intenté ponerme de pie, intenté gritar y las mujeres que había en las sombras se rieron más fuerte. Al principio pensé que simplemente Nyka me habría dejado borracho en un callejón para que los perros me mearan encima. O alguien, un loco o un esclavista —los callejones estaban infestados de ellos—, o que me habría encontrado un marido que no había querido que yo lo encontrara a él. Se me disparó la imaginación y pensé que debían de haberme encontrado tres hombres, o cuatro, o cinco, y que debían de haber dicho: Éste es el hombre que nos quitó el placer de las vidas. Pero los hombres no se reían como mujeres. El perro bajó la pata y se alejó al trote. El suelo estaba sucio y pude distinguir paredes. La imaginación se me volvió a disparar. Quise preguntar: ¿Quiénes sois los hombres a los que estoy a punto de matar?, pero algo me estaba amordazando.

Lo primero que asomó de las sombras fueron dos ojos rojos. Luego unos dientes, largos y blancos y listos. Cuando levanté la vista vi una luz encima de mí, una luz que se filtraba entre las ramas que ocultaban aquel hoyo. Me había caído en una trampa. Una trampa olvidada durante mucho tiempo, hasta el punto de que el trampero nunca sabría que yo iba a morir allí. Pero ¿quién me había amordazado? ¿Acaso era para que no pudiera gritar mientras aquella cosa me arrancaba pedazos a mordiscos? Y, sin embargo, antes de verle la cara, cuando sólo era ojos y dientes, los meados ya me lo dijeron todo. La hiena retrocedió en las sombras y luego se abalanzó sobre mí. Otra salió de un salto de la oscuridad de un lado, golpeó a la primera en las costillas y las dos rodaron por las sombras, gruñendo, bufando y ladrando. Por fin se detuvieron y se echaron a reír otra vez.

—Los hombres del Oeste nos llaman bultungis. Tienes asuntos pendientes

con nosotras —me dijo una de ellas en la oscuridad.

Quise decirle que yo no tenía tratos con demonios moteados, o que de los carroñeros mentirosos nunca viene nada bueno, pero tenía una mordaza en la boca. Y a las hienas, que yo supiera, no les interesaba la carne viva.

Salieron las tres de las sombras: una chica, una mujer mayor que quizá fuera su madre y otra todavía mayor, flaca y de espalda muy recta. La chica y la mujer mayor iban desnudas. La chica tenía unos pechos como ciruelas grandes y las caderas anchas; su nana, una mata de pelo negro en el pubis. La vieja era todo pómulos y tenía los brazos y el cuerpo flacos y los pechos caídos. La mujer mediana, de pelo trenzado, llevaba una túnica boubou roja con desgarrones y manchas. De vino o de tierra o de sangre o de mierda, no lo sé; pude oler todas esas cosas. Busqué en las sombras al macho que me había meado encima pero no había ningún hombre a la vista. Pero las dos mujeres desnudas se me acercaron bajo la luz tenue y entonces se las vi a las dos. Pollas largas, o algo entre las piernas que parecían pollas, gruesas y bamboleantes.

—Fijaos, nos está mirando —dijo la mediana.

—Mira, las mujeres hienas la tenemos más larga y más dura que tú —dijo la más joven.

—¿Nos lo comemos ya? ¿Nos lo llevamos? ¿Despedazado? —dijo la mayor.

—¿Por qué armas tanto alboroto, hombre? A nosotras nos da igual la carne viva o muerta —dijo la mediana.

—Venga, venga, nada de alboroto, rasguemos la carne, exprimamos la sangre, comamos —dijo la vieja.

—Yo digo que lo matemos ya —dijo la joven.

—No, no, comámoslo despacio, empecemos por los pies, carne deliciosa —dijo la anciana.

—Ahora.

—Después.

—¡Ahora!

—¡Después!

—¡Silencio! —gritó la mediana, luego estiró los brazos y le arreó un guantazo a cada una.

La joven se transformó primero, en un abrir y cerrar de ojos. La nariz, boca y barbilla se le proyectaron hacia delante y los ojos se le pusieron en blanco. Los músculos de los hombros le crecieron y se le inflaron, y los de los brazos se le dilataron desde el hombro hasta las puntas de los dedos, como serpientes corriéndole por debajo de la piel. A la anciana el pecho se le extendió como si le estuviera brotando carne nueva de la vieja, todo bajo la piel áspera. Le pasó lo mismo en la cara. Ahora sus dedos eran zarpas negras, con las puntas como de hierro. Todo esto pasó mucho más deprisa de como lo estoy contando. La vieja gruñó y la joven soltó aquella risa jijiji que no era una risa. La vieja embistió a la mediana, pero ésta la apartó de un manotazo como si fuera una mosca. La vieja arañó el suelo con las zarpas, preparándose para cargar otra vez.

—La última vez tardaron cinco meses en curársete las costillas —le dijo la mediana.

—Quitadle la mordaza y dejemos que nos dé diversión —dijo la vieja.

La joven volvió a convertirse en chica humana. Se me acercó y ciertamente echaba una peste tremenda. Fuera lo que fuera lo último que había comido, había sido hacía días y los restos se le habían podrido en alguna parte del cuerpo. Me pasó las manos por el pescuezo y se me ocurrió estamparme la cabeza contra la pared, lo que fuera, el más pequeño acto de resistencia. Ella se rio y su aliento hediondo me pasó por la nariz. Me quitó la mordaza y escupí una arcada de vómito. Las tres se rieron. La chica se me acercó mucho a la cara, como si me fuera a lamer el vómito o a besarlo.

—Es una perra muy guapa, éste —dijo.

—Para ser hombre, no es el peor que me he llevado a la tripa —dijo la vieja—. Piernas largas, músculos finos, nada de grasa, no tiene mucho que

comer.

—Pues lo aderezas con sus sesos y le pones un poco de grasa de puerco en la carne —dijo la joven.

—Una cosa le reconozco —dijo la mediana—. En el único aspecto que importa de los hombres, me impresiona. ¿Cómo consigues correr por ahí con esa cosa tan larga colgando?

Tosí hasta lastimarme la garganta.

—Quizá quiera agua —dijo la vieja.

—Yo tengo agua de la fuerte —dijo la joven, y se echó a reír.

Levantó la pierna izquierda y se agarró la polla colgante, pero en vez de mear se limitó a reírse. La vieja se rio también.

La mediana dio un paso adelante.

—Somos las bultungis —dijo—, y tienes asuntos pendientes con nosotras.

—Asuntos pendientes que voy a cerrar con mi hacha —dije entre toses.

Todas se rieron.

—Se la cortas, la pones en otra habitación y bum. Los hombres siguen portándose como si la tuvieran —dijo la vieja.

—Vieja perra, eso no lo he entendido ni yo —dijo la joven.

La mediana se me plantó delante.

—¿No te acuerdas de nosotras? —me dijo.

—La hiena nunca ha sido una bestia memorable.

—Dejadme que le dé algo que recordar —dijo la joven.

—En serio, ¿quién se acuerda de la hiena? Tenéis pinta de cabeza de perro saliendo del ojo del culo de un gato que camina hacia atrás.

La vieja y la mediana se rieron, pero a la joven le entró la furia. Se transformó. Todavía sobre dos piernas, cargó contra mí. La mediana le puso la zancadilla. La joven aterrizó con la barbilla y derrapó un poco en el suelo. Se puso en cuclillas y gruñó a la mediana, luego empezó dar vueltas a su alrededor como si estuviera a punto de pelearse con ella por una presa recién cazada. Volvió a gruñir, pero la mediana, todavía con forma de mujer, soltó

un gruñido más fuerte que si hubiera rugido. Quizá tembló el hoyo entero, o quizá sólo fuera la hiena joven, pero sentí que algo cambiaba. La oí gimotear unos cuantos jijijis por lo bajo.

—¿Cuánto hace que viste a nuestras hermanas?

Volví a toser.

—Suelo evitar a los cerdos agonizantes y a los antílopes podridos, o sea que nunca veo a vuestras hermanas.

Sólo ahora que la tenía cerca me fijé en que sus ojos también eran blancos. La vieja se alejó por las sombras pero sus ojos aparecieron en la negrura.

—¿Y de qué hermanas me habláis? ¿Qué sois, bestias chicos que os convertís en mujeres?

Todas se rieron.

—Claro que nos conoces. Somos esa especie de bestias en la que las mujeres dan las órdenes y los hombres las cumplen. Y como los hombres han establecido que la polla más grande reina en cielo y tierra, ¿acaso no tiene sentido que la polla más grande la tenga la mujer? —dijo la mediana.

—En este mundo mandan los hombres.

—¿Y qué ha salido de bueno de vuestro mandato? —dijo la vieja.

—Hay caza, hay monte, hay ríos sin envenenar y ninguna criatura muere de hambre por culpa de la glotonería de su padre, porque hemos puesto a los hombres en su sitio y ha sido la voluntad de los dioses —dijo la mediana.

—No se acuerda de ninguna de ellas. Quizá tengamos que llorar. O quizá le hagamos llorar a él —dijo la más joven.

—Te diría cuántas lunas hace, pero no tenemos miedo de las canas en la cabeza ni de las espaldas encorvadas, o sea que no contamos las lunas. ¿No te acuerdas de las Colinas del Embrujo, donde un chaval con dos hachas atacó a una manada de nosotras y mató a tres y mutiló a otra? Ésta ya no pudo cazar más y se volvió presa.

Las otras dos gimieron.

—Mujeres haciendo lo suyo. Protegiendo a sus crías. Amamantándolas,



alimentándolas...

—Dádoles de comer a aquellos niños a los que estabais demasiado saciadas para comeros vosotras.

—Así es la vida en el monte.

—Y si os encontrarais conmigo mientras tengo la mitad de vuestro cachorro en la boca, ¿también pensaríais que así es la vida en el monte? Me cago en los dioses, sois las más arteras de las criaturas. Si estáis en el monte, y sois del monte, ¿por qué huelo vuestra peste en la ciudad? Os revolcáis por las calles y os arrastráis como perras sarnosas ante las mujeres cuyos hijos robáis por las noches.

»No tenéis honor.

»Perras, me habéis metido en un hoyo lleno de huesos de hombres y del olor de los niños a los que asesináis. Un grupo de vosotras mató a diez y siete mujeres y bebés a lo largo de veinte noches en Lajani hasta que los cazadores acabaron con ellas. Hasta que pasé por allí y les pregunté por qué todo apestaba a meados de hiena, pensaban que estaban cazando perros salvajes. Conozco vuestra estrategia. Cambiáis de forma para moveros entre los niños, ¿verdad? Luego los robáis para matarlos. Ni siquiera las especies metamórficas más rastreras caen tan bajo. Honor. El gusano tiene más honor.

—Sigue llamándonos perras —dijo la joven.

—Llevamos un año siguiéndote —dijo la mediana.

—¿Y por qué me atrapáis ahora?

—Ya te he dicho que para nosotras el tiempo no es nada, ni tampoco la prisa. Es tu amigo el que ha tardado un año.

—¡Guaau! Hermana, mírale la cara. Mira cómo se le ha quedado cuando le has mencionado a su amigo. ¿Es que no habías captado ya que te ha traicionado?

—Nyka, se llama. ¿Había un amor intenso entre vosotros? ¿Pensabas que no te vendería nunca ni por plata ni por oro? Entonces ¿cómo es que conocemos su nombre?

—Es mi amigo.

—A nadie lo traiciona nunca su enemigo.

—No dice nada. Ahora no dice nada. Miradle la cara. Vaya cara de palo. Nada escuece como el escozor de la traición. Miradle la cara —dijo la joven.

—Se le está... ¿frunciendo el ceño? ¿Eso es un ceño fruncido, hermanas? —preguntó la mayor.

—Sal de las sombras y lo verás mejor.

—Creo que el chaval va a llorar.

—Anímate, chaval. Te vendió a nosotras hace un año. Desde entonces es posible que te haya cogido cariño.

—Simplemente le tiene más cariño al oro.

—¿Quieres que lo matemos? —dijo la mediana, agachándose frente a mí. Me abalancé sobre ella tan lejos como me permitieron las cadenas, pero ni se inmutó.

—Puedo matarlo por ti. Un último deseo —me dijo.

—Tengo un deseo —dije.

—Hermanas, el hombre tiene un deseo. ¿Quieres que te lo cumpla una sola o las tres?

—Las tres.

—Dinos tu deseo, te escuchamos —dijo la vieja.

Las miré. La mediana me estaba sonriendo como si fuera una curandera que hubiera venido a tocarme la frente, la vieja me miraba con una mano ahuecada junto a la oreja, la joven estaba escupiendo y mirando a otro lado.

—Mi deseo sería que os quedarais en forma de hienas, porque aunque sois unos animales asquerosos y el aliento siempre os apeste a cadáver podrido, por lo menos no tendría que soportar veros imitar burdamente esas formas de mujeres. Unas mujeres que me hacen preguntarme qué clase de mujeres huelen como si cagaran por la boca.

La vieja y la joven aullaron y se volvieron a transformar, pero supe que la mediana no les permitiría que me tocaran. Todavía.

—Y deseo ver desde la perspectiva de los dioses cuando os mate una detrás de la otra.

La mediana se me echó encima como si fuera a besarme. Ciertamente me agarró la cabeza como si me fuera a besar y abrió los labios. Hermanas, dijo, y las otras dos se me acercaron corriendo con forma de mujeres y me agarraron de los brazos. Eran muy muy fuertes y me inmovilizaron del todo por mucho que yo forcejeara. La mediana se acercó para besarme en la boca pero luego movió los labios hacia arriba hasta tocarme la nariz, rozarme la mejilla y detenerse en mi ojo izquierdo. Lo cerré antes de que me lo lamiera. Ella me lo abrió a la fuerza con los dedos. Lo cubrió con la boca y me lo lamió. Grité y forcejeé, levanté el pecho y traté de agachar la cabeza para liberarla de su presa. Grité antes de saber qué estaba haciéndome. Y entonces dejó de lamer. Y se puso a sorber. Cerró los labios en torno al ojo y sorbió y sorbió y yo sentí que me salía de mi propia cabeza, sorbido hasta el interior de su boca. Grité y grité pero eso sólo hizo que las otras dos rieran y rieran. La mujer sorbió y sorbió y alrededor de mi ojo todo pasó a ser oscuro y caliente. El ojo me estaba dejando. Me estaba dejando. Se estaba olvidando de dónde debería estar y yéndose a su boca. Y la mujer siguió sorbiendo hasta que el ojo entero se salió de mi párpado con un ruido húmedo y se quedó en su boca. Tiró de él despacio. Lo lamió por todos lados una vez, dos veces, tres veces y creo que dije que no. Por favor. No. Y entonces me lo arrancó de un mordisco.

Me desperté completamente a oscuras. Me levantaron los brazos y la cara me quedó apoyada en el derecho. No podía tocarme la cara, aunque estaba seguro de que todo debía de haber sido un sueño. No quería tocarlo. No podía tocarme el ojo izquierdo, de manera que cerré el derecho. Todo quedó negro. Lo volví a abrir y vi luz en el suelo. Lo volví a cerrar y todo quedó a oscuras. Las lágrimas me cayeron por las mejillas antes de que se me ocurriera llorar. Intenté levantar las rodillas y mi pie lo pisó, blando y resbaladizo. Lo habían

dejado allí para que lo viera. La diosa que escucha el llanto de los hombres y devuelve el mismo llanto se burló de mí.

Me desperté sintiendo una tela en la cara que me envolvía el ojo.

—¿Ya no dices que nos vas a matar, a esta burda imitación de mujeres? — dijo la mediana—. Quiero oír tu cólera, o tus palabras salvajes. Me entretienen.

Yo no tenía nada que decir. No quería decir nada. Ni siquiera para fastidiarla, que era algo que tampoco quería hacer. No quería nada. Ése fue el primer día.

El segundo día, la vieja me despertó de un bofetón.

—Con lo poco que te damos de comer, y sigues meándote y cagándote encima —me dijo.

Me tiró un pedazo de carne que todavía tenía pelo. Da gracias de que está recién cazada, me dijo. Pero aun así me negué a comer carne cruda. Cómetela y acuérdate de él, me dijo, y se volvió a las sombras. Se transformó despacio, haciendo un ruido como de huesos crujiendo y articulaciones chasqueando. Me tiró otro pedazo de carne. Era un costado de la cabeza de un jabalí.

El tercer día, la más joven llegó corriendo como si la persiguiera alguien. Era a la que menos le gustaba transformarse en mujer de las tres. Se me acercó y me lamió el hombro y me aparté instintivamente. Yo sabía que aquel jijiji no era una risa, pero aun así sonaba a burla. Hizo un ruido que yo no había oído nunca, como un lloriqueo, como un niño diciendo IIIIIII. Abrió la boca, aplanó las orejas y ladeó la cabeza. Enseñó los dientes. De la oscuridad salió otra hiena, más pequeña y con las manchas de la piel más grandes. La hiena joven volvió a decir IIIIIII y la otra se acercó más y me olisqueó las puntas de los pies y se alejó al trote. La joven se transformó en mujer y le gritó a la oscuridad. Me reí, pero mi risa sonó a risa de enfermo. Me dio un puñetazo rápido en la mejilla izquierda, y otro, y otro, hasta que la cabeza me volvió a quedar a oscuras.

El cuarto día, dos de ellas discutían en la oscuridad. Ofrecédselo al clan,

dijo la vieja; reconocí la voz. Ofrecédselo al clan y que lo juzguen ellas. Todas las mujeres del clan merecen un bocado de su carne. No todas las mujeres son hermanas mías, dijo la mediana. No todas las mujeres han criado a sus cachorros como si fueran míos, dijo. La venganza es justa, pero no es sólo para ti, dijo la vieja. Pero me la voy a cobrar yo, dijo la mediana. Ninguna otra mujer ha ansiado este día, ninguna. Y entonces la vieja le dijo: ¿Pues entonces por qué no lo matas de una vez? Lo que tendrías que hacer es entregárselo al clan, te lo repito.

Por la noche, cuando el hoyo estaba a oscuras, oí a la mediana.

—¿Echas de menos tu ojo? —me dijo.

No contesté.

—¿Echas de menos tu casa?

No contesté.

—Yo echo de menos a mi hermana. Éramos nómadas. Mi hermana era mi hogar para mí. El único hogar que he tenido. ¿Sabías que podía transformarse pero decidió no hacerlo? Sólo se transformó dos veces, la primera cuando todavía éramos cachorras. Las dos éramos hijas de los líderes de nuestro clan. Las demás mujeres que tenían una sola forma nos odiaban, y peleaban con nosotras todo el tiempo por mucho que fuéramos más fuertes y más hábiles. Pero mi hermana no quería ser más lista ni ingeniosa, sólo quería ser cualquier bestia de las que se mueven del este al oeste. Quería desaparecer en la manada. De haber podido elegir, habría caminado siempre a cuatro patas. ¿Te parece extraño, Rastreador? Las mujeres del clan hemos nacido para ser especiales y sin embargo lo único que ella quería era ser como todo el mundo. Ni mejor ni peor. ¿Entre los tuyos también existe gente que se esfuerza por no ser nada, por desaparecer en vuestro grupo? Las de una sola sangre nos odiaban, la odiaban, pero ella quería que la amaran. Yo nunca quise su amor, pero recuerdo haber querido quererlo. Ella quería que le

lamieran la piel y que le dijeran a qué macho tenía que gruñir y que la llamaran hermana. Y sin embargo no quería tener nombre, ni siquiera «hermana». Yo le puse un nombre al que ella no quería responder, de modo que me dediqué a llamarla así una y otra vez hasta que ella se transformaba sólo para decirme que dejara de llamarla con aquel nombre o nunca más seríamos hermanas. Nunca más volvería a ser una mujer. He olvidado aquel nombre.

»Murió como habría querido, luchando con la manada. Luchando por la manada. Pero no luchando conmigo. Tú me la robaste.

El quinto día me tiraron carne cruda. La agarré con las dos manos y me la comí. Después me pasé la noche gritando. Nunca había usado mi nombre de nacimiento, pero hasta aquella noche al menos lo recordaba.

El sexto día me volvieron a despertar meándose en mí. La mujer joven y la vieja, las dos desnudas, meándose encima de mí otra vez. Se me ocurrió que lo hacían para ver si conseguían que gritara o chillara o soltara palabrotas, porque yo había oído a la joven decir en mitad de la noche: Ya no habla, eso me molesta más que cuando no se callaba la boca. Se mearon en mí pero no en mi cara. Se me mearon en el vientre y en las piernas pero no me importó. Ni siquiera me importaba morir joven. Me daba igual cómo se divirtieran conmigo aquel día, el siguiente o el otro. Pero entonces salió de las sombras la hiena de hacía tres días. Y retrocedió un poco.

—Date prisa, memo. Vienen más detrás de ti —dijo la joven.

—Quizá podamos ayudarlos —dijo la vieja, y sonrió.

La joven soltó una risilla. Me agarró del pie izquierdo y la vieja del derecho, me levantaron las piernas y me las abrieron. Yo estaba muy débil. Grité y grité, pero, cada vez que gritaba, ellas aullaban para ahogar mis gritos. La hiena salió de las sombras. Era un macho. Vino directo a mí y olisqueó los meados de las hembras. Luego saltó entre mis piernas y trató de meterme la polla. Las hembras se rieron y la vieja me dijo: No te resistas y acabará deprisa. La hiena siguió meneándose hasta meterme su polla mojada

y pestilente. El chico al que el no ogo había violado me dijo que lo peor era cuando los dioses te daban un ángulo de visión nuevo para que te vieras a ti mismo y dijeras: Esto es lo que te está pasando. La hiena no paraba de menearse y embestir, y de encajármela por encima de mis gritos, encantado con todo lo que me salía de la boca, empujando todavía más. Por fin se apartó de mí de un salto. La mujer joven se rio y la vieja dijo: No te resistas y acabarán deprisa. Cuando el primero se fue, vino otro. Y otro. Y otro.

El séptimo día entendí que todavía era un niño. Había hombres más fuertes, y mujeres también. Había hombres más sabios, y mujeres también. Había hombres más rápidos, y mujeres también. Siempre había alguno, o dos, o tres, que me agarraban como si fuera un palo y me partían, que me agarraban como si fuera una tela mojada y me exprimían del todo. Y simplemente el mundo era así. El mundo era así para todo el mundo. Yo, el que pensaba que tenía sus hachas y su astucia, un día sería agarrado y tirado y arrojado con la mierda y vapuleado y destruido. Era yo el que iba a necesitar salvación, y el problema no era que alguien fuera a venir a salvarme, o que no fuera a venir nadie, sino que yo iba a necesitar salvación, y que caminar por el mundo con la forma y los pasos de un hombre no significaba nada. El fuerte olor a meados de hembra hacía que me tomaran por hembra. El olor se disipó mientras yo todavía tenía dentro al último. Se me echó a la garganta, pero ellas lo apartaron a patadas.

Había alguien en el hoyo. Acercándoseme en la oscuridad. Yo me veía a mí mismo tal como me veían los dioses, acobardado y encogido, pero aun así incapaz de detenerme. Alguien arrastraba algo por el suelo. Todavía era de día y venía luz del cielo. La mujer mediana apareció bajo la luz tirando de la pata trasera de una criatura muerta. La piel le relucía bajo la luz. Todavía era mitad bestia, con la pata izquierda de animal y la pierna derecha de mujer. La panza cubierta de pellejo moteado, las manos muertas extendidas, la derecha todavía una zarpa, la izquierda con garras en vez de uñas. La nariz y la boca

seguían proyectándose de la cara de la hiena joven. Cogiéndola de la pata trasera, la mediana se la llevó a rastras a las sombras.

Llegó el día octavo, o noveno, o décimo, había perdido la cuenta de los días y de las formas de señalarlos. Me habían dejado en la intemperie de la sabana. No me acordaba de que me hubieran sacado del hoyo, simplemente estaba fuera. La hierba de la sabana era alta pero ya estaba marrón por culpa de la estación seca. Luego vi a la hiena vieja y a la mediana a lo lejos, supe que eran ellas. Oí a las demás, retumbando por el monte y luego cargando. El clan entero. Corrí. A cada paso la mente me decía: Para. Éste es tu final. Cualquier final es un buen final. Incluso éste. Estrangulaban a sus presas antes de hacerlas pedazos. Se excitaban desgarrando la carne mientras la víctima estaba viva. El retumbar del clan acercándose más y más, mientras yo ardía y sangraba piernas abajo y mis piernas se olvidaban de cómo correr. Tres hienas, machos, salieron brincando del monte y me derribaron. Sus gruñidos en mis oídos, su saliva quemándome los ojos, sus mordiscos clavándoseme en las piernas. Luego llegaron muchas más brincando, tapando el cielo con sus siluetas oscuras, y entonces me desperté.

Me desperté en la arena. El sol ya estaba en mitad de su camino por el cielo y todo era blanco. Ni hoyo, ni monte ni huesos por todos lados, ni tampoco olor a hienas cercanas. Arena por todas partes. No sabía qué hacer, así que eché a andar para alejarme del sol. ¿Cómo había llegado allí y por qué me habían soltado? Nunca he entendido por qué. Se me ocurrió que estaba en mitad de un sueño, o quizá que los últimos días habían sido un sueño, hasta que me palpé el ojo izquierdo y toqué tela. Entonces pensé que no habían querido matarme, sólo dejarme lisiado, porque el hecho de que te mataran era algo que otorgaba dignidad, pero el que no valiera la pena matarte sólo traía vergüenza. El sol me quemaba la espalda. ¿Acaso estaba furioso porque yo le estaba dando la espalda? Pues que me matara de una vez. Ya estaba cansado de todo, de hombres y de bestias amenazando con matarme, sorbiéndome el deseo de vivir, pero sin terminar de matarme nunca. Caminé hasta que no



quedó nada que hacer más que caminar. Caminé día y noche. El frío barría la arena y me quedé dormido. Me desperté en la parte de atrás de una carreta de cerdos y pollos. Vamos a Fasisi, me dijo un viejo mientras azuzaba a sus dos burros. Quizá fuera un hombre amable o quizá tuviera planeado venderme como esclavo. Fuera cual fuera la razón de su amabilidad, salté del carro cuando estábamos pasando por un camino en mal estado lleno de baches y lo vi seguir sin darse cuenta de que yo ya no estaba.

Sabía que Nyka no estaba en Fasisi. Su olor ya se había marchado de la ciudad y estaba a muchos días de distancia, quizá en Malakal. Pero había dejado mi habitación intacta, lo cual me sorprendió. Ni siquiera se había llevado el dinero. Cogí lo que necesitaba y dejé todo lo demás.

Cuanto más me acercaba a Malakal, más fuerte era su olor, aunque me decía a mí mismo que no lo estaba buscando y que no lo mataría cuando lo encontrara. Haría algo mucho peor. Buscaría a su madre, a quien él afirmaba odiar pero de quien siempre hablaba, y la mataría, y le cambiaría la cabeza por la de un antílope, cosiendo cada una al cuerpo del otro. O bien haría algo tan malvado y vengativo que ni siquiera era capaz de imaginármelo. O bien lo dejaría en paz y me marcharía durante años y le permitiría que engordara convencido de que yo ya llevaba mucho tiempo muerto, y entonces iría a por él. Pero en cuanto estuve caminando por las calles por las que él había caminado y deteniéndome en los sitios en los que él se había detenido, supe que estaba en Malakal. Tardé un día en averiguar la calle. Antes de que bajara el sol, supe en qué casa. Antes de que se hiciera de noche, supe en qué habitación.

Esperé a recuperar fuerzas. El resto vino del odio. Había pagado a su posadero para que mintiera por él y le había enseñado a fabricar venenos. Así pues, cuando entré en la cocina del posadero, éste intentó comportarse como si no estuviera asustado. No te he preguntado por Nyka. Voy al piso de arriba a matarlo, le dije. Y también te mataré a ti antes de que puedas coger el veneno que tienes en el armario. Se rio y dijo: Haz lo que quieras, no me cae

bien. Pero se sacó un dardo del pelo y me lo arrojó. Lo esquivé; el dardo se clavó en la pared de detrás de mí y empezó a echar humo. El posadero salió corriendo pero lo agarré de aquel mismo pelo y tiré de él hacia atrás. Te voy a demostrar cómo no vas a poder coger el veneno, le dije, y le puse la mano derecha sobre la encimera y se la corté. Él soltó un chillido y se fue corriendo. Llegó hasta la puerta, incluso consiguió abrirla a medias antes de que mi hacha le alcanzara en la nuca. Lo dejé allí en la puerta y subí al piso de arriba. El olor de Nyka estaba por todas partes pero a él no lo veía. Puede que fuera un ladrón y un mentiroso y un traidor, pero no era un cobarde. Su olor era más fuerte dentro del armario, pero no era olor a muerto. Abrí el armario y Nyka entero estaba colgando de un gancho. Su piel. Pero sólo su piel, lo que quedaba de ella. Nyka mudaba de piel. He visto a hombres, mujeres y bestias con dones extraños, pero nunca a nadie que mudara de piel como las serpientes. Y al quitarse la piel, se había quitado también el olor. En cierto sentido, ahora es un hombre nuevo.

—Entonces ¿cómo has sabido hoy que era él quien subía las escaleras? — preguntó Bunshi.

—Porque siempre mascaba khat. Solía decir que lo mantenía con vida. Quizá tengas curiosidad por saber si alguna vez me he preguntado por qué me soltaron las hienas. Pues no. Porque hacerme esa pregunta implica acordarme de ellas, y llevaba sin acordarme de ellas hasta que has entrado por mi ventana. Nyka ni siquiera se ha fijado en mi ojo. Ni siquiera ha reparado en él.

—Delante está la hiena, detrás hay un zorro —dijo Bunshi.

—Es mejor amiga la hiena.

—Y, sin embargo, fue él quien dijo: El único que puede encontrar a ese niño es el Rastreador. Si quieres encontrar al niño, encuentra al Rastreador. No te voy a insultar tirándote más dinero a los pies. Pero necesito que encuentres a ese niño; ya hay agentes del rey buscándolo porque alguien le ha

dicho que quizá todavía esté vivo. Y ellos sólo necesitan prueba de que está muerto.

—Tres años es demasiado. Ya responde a quien sea que se lo llevó.

—Di tu precio. Sé que no será en monedas.

—Oh, pero sí es en monedas. Cuatro veces las cuatro veces que me ofreciste como paga.

—Tu tono me hace preguntar qué más.

—Su cabeza. Córtasela y clávala tan fuerte en una estaca que la punta le asome de la coronilla.

Ella me miró a oscuras y asintió una vez con la cabeza.

## NUEVE

Pero todo el mundo ha oído hablar del loco de vuestro rey. Digo yo que más vale un rey loco que uno débil, y que más vale un rey débil que uno malo. ¿Qué es la maldad, a fin de cuentas? ¿Un alma triste infectada de demonios que le roban la voluntad, o un hombre que cree ser el mejor de todos los hijos de su madre? Quieres saber cómo llegué a tener dos ojos cuando te he contado que perdí uno. Y yo que pensaba que la entrada en la historia de nuestro glorioso Kwash Dara te habría cosquilleado en los oídos.

¿Conoces a Bunshi? Nunca miente, pero sus verdades son igual de resbaladizas que su piel, y ella las retuerce, las modela y las hace formar en fila bien recta frente a ti, como una serpiente cuando decide que se te va a comer. A decir verdad, no me creía que el rey hubiera hecho asesinar a la familia de un patriarca. Me dieron ganas de volverme a mi habitación y preguntarle a la posadera si había oído hablar de la Noche de los Cráneos y de lo que le pasó a Basu Fumanguru, pero todavía le debía el alquiler y, como ya he contado, la mujer tenía demasiadas ideas de cómo podía pagárselo sin dinero.

Y, sin embargo, lo que Bunshi me había contado del rey encajaba con lo poco que yo sabía y había oído. Con el hecho de que les subía los impuestos tanto a la población local como a los extranjeros, sobre el sorgo, el mijo y el transporte del oro, pero también sobre las importaciones de algodón, seda, cristal e instrumentos de ciencia y matemáticas. Hasta a los lores jinetes les gravaba por cada sexto caballo, y el heno estaba caro. Pero era el aieyori, el impuesto sobre la tierra, el que provocaba muecas torvas en los hombres y angustiaba a las mujeres. No porque fuera alto, que lo era siempre, sino

porque aquellos reyes norteños tenían unas tradiciones inmutables, según las cuales cada decisión le decía al observador atento qué decisiones venían a continuación. Los reyes usaban el aieyori por una sola razón, que era pagar las guerras. Muchas cosas que parecían agua y aceite eran en realidad una mezcla de ambas cosas. El rey exigía un impuesto para la guerra, que en realidad era un impuesto para pagar a mercenarios, y su principal oponente, quizá incluso enemigo, el único que podía haber puesto la voluntad del pueblo en su contra, ahora estaba muerto. Lo habían matado hacía tres años y al parecer también había desaparecido de los anales de los hombres. Ciertamente ningún griot había cantado sobre la Noche de los Cráneos.

Me miras como si supiera la respuesta a la pregunta que todavía no has formulado. ¿Por qué iba nuestro rey a querer una guerra, sobre todo cuando los últimos que habíais empezado una erais vosotros, los comemierdas del Sur? Un hombre más inteligente podría contestar a esa pregunta. Pero escúchame.

Aquella mañana, después de que Bunshi se marchara, yo también partí, rumbo al noroeste de la tercera muralla. No se lo dije al Leopardo. Me fui hacia allí a pie mientras el sol empezaba a salir y vi a Fumeli sentado en la ventana. No supe si me había visto y tampoco me importó. En el noroeste dormían muchos patriarcas, y yo estaba buscando a uno al que conocía. Belekun el Grande. A aquellos patriarcas les gustaba describirse como si fueran los únicos que no sabían los chistes que se hacían sobre ellos. Estaba, por ejemplo, Adagagi el Sabio, cuya estupidez era profunda, y Amaki el Escurridizo, que nadie sabía qué significaba. Belekun el Grande era tan alto que agachaba la cabeza para entrar por las puertas, aunque a decir verdad las puertas eran lo bastante altas para él. Tenía el pelo blanco y veteado, y rígido como un solideo de arcilla, y le gustaba llevar florecitas encima. Había acudido a mí tres años atrás, diciéndome: Rastreador, quiero que encuentres a una chica para mí. Ha robado un montón de dinero de las arcas de los patriarcas, después de que nosotros fuéramos amables con ella y la

acogiéramos una noche de lluvia. Supe que estaba mintiendo, y no sólo porque llevara casi un año sin llover en Malakal. Ya sabía lo que hacían los patriarcas con las chicas antes de que me lo contara Bunshi. Encontré a la chica en una choza cerca del Lago Rojo y le dije que se fuera a vivir a una de las ciudades de las Tierras Medias que no son súbditas ni del Norte ni del Sur, quizá a Mitu o a Dolingo, donde la orden de los patriarcas no tiene espías en las calles. Luego volví con Belekun el Grande y le dije que las hienas habían cazado a la chica y que los buitres sólo habían dejado de ella un hueso, y le tiré a los pies un fémur de simio. Él se apartó de un salto como una niña saltarina.

Así pues, me acordaba de dónde vivía. Intentó esconder el hecho de que le molestaba verme, pero le vi el cambio en la cara, rápido como un parpadeo, antes de que sonriera.

—El día todavía no ha decidido qué clase de día quiere ser, pero ya está aquí el Rastreador, que ha decidido venir a mi casa. Así es, así ha de ser y así...

—Guárdate las palabras de bienvenida para un invitado más digno, Belekun.

—Tengamos buenos modales, pequeña perra. Todavía no he decidido si te voy a dejar entrar por esta puerta.

—Menos mal que no me apetece esperar —dije, y entré sin más.

—Esta mañana tu olfato te trae a mi casa, qué cosas. Más pruebas de que siempre has sido más perro que hombre. No sientes tu culoapestoso en estas alfombras tan caras ni te frotes la piel hedionda en ellas, y..., por los pezones de los dioses, ¿qué maldad llevas en el ojo?

—Hablas demasiado, Belekun el Grande.

Belekun el Grande era grande de veras, tenía una cintura enorme y los muslos fofos, aunque las pantorrillas muy flacas. Había otra cosa que se sabía de él: que la violencia, cualquier asomo o sugerencia de ella, aunque fuera el más pequeño destello de rencor, le hacía ruborizarse. Casi se había negado a

pagarme cuando yo había regresado sin traerle a la chica viva, aunque cuando lo agarré de las pelotitas a través del vestido y se las oprimí con la hoja del cuchillo conseguí que me prometiera el triple. Aquello lo convertía en maestro de las evasivas; yo sospechaba que le ayudaba a no considerarse responsable de los trabajos sucios que le encargaba a la gente. Se decía que al rey no le interesaban las riquezas, justo lo contrario de lo que pasaba con los patriarcas. En su sala de recibir, Belekun tenía tres butacas con respaldo que parecían tronos, cojines con toda clase de estampados y diseños y alfombras de todos los colores de la serpiente de las lluvias; las paredes verdes estaban cubiertas de dibujos y marcas y columnas que llegaban hasta el techo. Belekun iba vestido igual que sus paredes, con una sobretúnica estilo agbadá verde oscuro y reluciente con un dibujo blanco en el pecho que parecía un león. Llevaba sandalias de cuentas en los pies. Belekun se repantingó sobre unos cojines y esteras, levantando una polvareda de color rosa. Todavía no me había invitado a sentarme. En un plato que tenía al lado había queso de cabra y bayas milagrosas y un cáliz de latón.

—Realmente te has vuelto un sabueso.

Soltó una risita que se convirtió en carcajada y luego en una tos brutal.

—¿Has comido bayas milagrosas seguidas de vino de lima? Es una experiencia tan dulce como si una flor virgen te soltara sus jugos en la boca.

—Háblame de ese cáliz de latón. ¿No es de Malakal?

Belekun el Grande se relamió. Era un actor y estaba llevando a cabo aquella representación para mí.

—Claro que no, pequeño Rastreador. Malakal pasó de la piedra al hierro. Nunca tuvo tiempo para las delicadezas del latón. Las butacas vienen de las tierras que hay al norte del mar de arena. Y esas cortinas son sedas finas compradas a los mercaderes de la Luz del Este. No me estoy confesando ante ti, pero me costaron el precio de dos hermosos muchachos esclavos —dijo.

—Aquellos hermosos muchachos tuyos que no supieron que eran esclavos hasta que los vendiste.

Frunció el ceño. Alguien me había prevenido una vez del peligro de recoger fruta demasiado próxima al suelo. Se limpió la mano en la túnica. Relucía pero no era de seda, porque me lo habría contado.

—Busco noticias de uno de los tuyos: Basu Fumanguru —le dije.

—Las noticias de los patriarcas son sólo para los dioses. ¿Qué parentesco tienes con los dioses que te dé derecho a saberlas? Fumanguru es...

—¿Fumanguru *es*? Tenía entendido que *era*...

—Las noticias de los patriarcas son sólo para los dioses.

—Pues vas a tener que avisar a los dioses de que está muerto, porque parece que las noticias de los tambores no han llegado al cielo. Tú, en cambio, Belekun...

—¿Quién quiere saber de Fumanguru? No eres tú, porque te recuerdo como un simple emisario.

—Creo que recuerdas más que eso, Belekun el Grande —dije, y me rocé la entepierna cuando me llevé la mano al brazalete.

—¿Quién es el que quiere noticias de Fumanguru?

—Unos parientes suyos de cerca de la ciudad. Parece que tenía algunos. Quieren saber qué fue de él.

—Oh, parientes. ¿Granjeros?

—Sí, granjeros.

Levantó la vista para mirarme, con la ceja izquierda demasiado enarcada y un trozo de queso de cabra en la comisura de la boca.

—¿Y dónde está esa familia?

—Está donde tiene que estar. Donde ha estado siempre.

—¿Y dónde es eso?

—Seguro que lo sabes, Belekun.

—Las tierras de cultivo están al oeste, no en Uwomowomowowo, porque ahí hay demasiados bandidos. ¿Cultivan las faldas de las colinas?

—¿A ti qué te importa cómo se ganen la vida?

—Sólo lo pregunto para poder mandarles tributo.



—O sea que está muerto.

—Nunca he dicho que estuviera vivo. Todos *somos* en presente en el plan de los dioses. La muerte no es un final ni un principio, ni siquiera es la primera muerte. Me he olvidado de en qué dioses crees tú.

—Porque no creo en ninguno, patriarca. Pero les voy a mandar recuerdos tuyos. Entretanto, esperan respuestas. ¿Enterrado? ¿Quemado? ¿Dónde están su familia y él?

—Con los antepasados. Todos deberíamos compartir su grato destino. No es eso lo que quieres saber. Pero sí, todos muertos. Lo están.

Dio otro bocado de queso y de bayas milagrosas.

—Este queso y estas bayas milagrosas, Rastreador, son como chuparle la teta a una cabra y que le salgan especias dulces.

—¿Están todos muertos? ¿Cómo pasó, y cómo es que la gente no lo sabe?

—Los mató una plaga de la sangre, pero la gente sí lo sabe. A fin de cuentas, fue Fumanguru quien enojó de alguna manera a las bisimbi; debió de enojarlas, sí, claro que sí, y ellas lo maldijeron mandándole enfermedades infecciosas. Oh, encontramos al foco de la infección, también muerto, pero nadie se ha acercado a la casa por miedo a los espíritus de la enfermedad; caminan por el aire, ya sabes, oh, sí, claro que sí. ¿Cómo íbamos a decirle a la gente de la ciudad que su querido patriarca, o quien fuera, se había muerto de una plaga de la sangre? ¡Habría pánico en las calles! Mujeres tirando a sus bebés al suelo y pisoteándolos sólo para salir de la ciudad. No, no, no, fue la sabiduría de los dioses. Además, nadie más había contraído la plaga.

—Ni la muerte, parece ser.

—Parece ser. Pero ¿esto qué es? Los patriarcas no tienen ninguna obligación de contar el destino de otros patriarcas. Ni siquiera a la familia, ni siquiera al rey. Les hablamos de nuestras muertes sólo a modo de cortesía. La familia debería considerar muerto al patriarca en cuanto se une a la gloriosa hermandad.

—Quizá sea tu caso, gran Belekun, pero él tenía esposa e hijos. Todos se

vinieron a Kongor con él. Huyendo, tengo entendido.

—Ninguna historia es tan simple, Rastreador.

—Sí, todas lo son. Ninguna historia se resiste a que la reduzca a una sola frase, o incluso a una palabra.

—Estoy perdido. ¿De qué estamos hablando ahora?

—De Basu Fumanguru. El que era el favorito del rey.

—No sé nada de eso.

—Hasta que lo hizo enfadar.

—No sé nada de eso. Pero es de tontos hacer enfadar al rey.

—Creía que los patriarcas se dedicaban justamente a eso. A hacer enfadar al rey; a defender al pueblo, quiero decir. Hay marcas en las calles, doradas, flechas que señalan los lugares donde el rey ha de detenerse. Hay una justo delante tu puerta.

—El viento puede desviar el curso de un río.

—El viento devuelve la mierda a su lugar de origen. Ahora el rey y tú sois amigos.

—Todo el mundo es amigo del rey. Y nadie es amigo del rey. Es como decir que eres amigo de un dios.

—Vale, pues te llevas bien con el rey.

—¿Por qué iba nadie a ser enemigo del rey?

—¿Alguna vez te he hablado de mi maldición, gran Belekun?

—Tú y yo no somos amigos. Nunca hemos...

—La sangre es la raíz. Como pasa con tantas otras cosas, y estamos hablando de familia.

—La cena me llama.

—Sí, te llama. Claro que sí. Come un poco de queso.

—Mis sirvientes...

—Sangre. Mi sangre. No me preguntes cómo llegó hasta allí, pero debería coger mi mano —saqué mi daga— y cortarme la muñeca aquí mismo, no lo

bastante como para que se escape la vida, pero sí lo bastante como para llenarme la palma de la mano y...

Levantó la vista al techo, antes incluso de que yo señalara en aquella dirección.

—Y el tuyo es muy alto. Pero ésa es mi maldición. Quiero decir que si tiro mi sangre al cielo, criará negro.

—¿Qué significa eso, que criará negro?

—A hombres de la oscuridad más oscura; o por lo menos parecen hombres. El techo se rebela y los engendra. Caminan por el techo como si fuera el suelo. Ya sabes, cuando el techo hace un ruido como si se estuviera resquebrajando.

—El techo...

—¿Qué?

—Nada, no he dicho nada.

Belekun se atragantó con una baya. Dio un trago de vino de lima y carraspeó.

—Esos..., esos omoluzus me parecen un cuento que te contó tu madre. A veces los monstruos que tienes en la mente te escapan de la cabeza por las noches. Pero siguen estando en tu mente. Sí.

—¿O sea que nunca los has visto?

—No, porque los omoluzus no existen.

—Extraño, extraño, Belekun el Grande. Todo esto es muy extraño.

Me acerqué a él; volví a guardar el cuchillo en la vaina. Él intentó incorporarse hasta sentarse pero se desplomó más todavía sobre el codo. Hizo una mueca y trató de convertirla en sonrisa.

—Has mirado hacia arriba antes de que yo mencionara el techo. Y yo no he mencionado a los omoluzus, pero tú sí.

—Las conversaciones interesantes siempre consiguen que me olvide del hambre. Pero acabo de acordarme de que tengo hambre.

Belekun llevó la mano gordezuela hasta un cojín donde tenía una

campanilla de latón, y la tañó tres veces.

—¿A las bisimbi, dices?

—Sí, esas pequeñas zorras demoniacas de las aguas del río. Quizá se fuera al río en una noche en que no debía para hacer una adivinación y molestara a una o dos de ellas, o a tres. Debieron de seguirlo a su casa. Y el resto, como dicen, es el resto.

—Las bisimbi. ¿Estás seguro?

—Tan seguro como que me estás molestando como si fueras un arañazo dentro de mi ojete.

—Porque las bisimbi son espíritus de los lagos. Odian los ríos; las aguas que fluyen las desconciertan y se las llevan a la deriva cuando duermen. Pero en Malakal y en Kongor no hay lagos. Y, además, los omoluzus atacaron su casa. Su hijo pequeño...

—Sí, ese pobre niño. Ya tenía edad de saltar como un toro adulto.

—Un poco pequeño para dar saltos de toro, ¿no crees?

—Un niño de diez y cinco años es mayor de sobra.

—Era un niño de muy poca edad.

—Fumanguru no tenía niños de muy poca edad. El menor tenía diez y cinco años.

—¿Cuántos cuerpos se encontraron?

—Diez y uno...

—¿Cuántos eran de la familia?

—Encontraron todos los cuerpos que tenía que haber en esa casa.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque los conté.

—¿Nueve de la misma sangre?

—Ocho.

—Claro. Ocho.

—¿Y se encontró a todos los sirvientes?

—No queríamos seguir pagando por un cadáver.

Tañó la campanilla con fuerza. Cinco veces.

—Pareces inquieto, Belekun el Grande. Ven, deja que te ayude...

Cuando me agaché para agarrarle el brazo, el aire me pasó rozando el pescuezo dos veces. Me tiré al suelo y levanté la vista. La tercera lanza pasó volando igual de rápida que las dos primeras y se clavó en la pared junto a las otras. Belekun intentó escaparse correteando, con los pies resbalando, y le agarré el pie derecho. Me dio una patada en la cara y se alejó a gatas. Me incorporé hasta ponerme en cuclillas mientras el primer guardia se me acercaba corriendo procedente de una sala interior. Con el pelo recogido en tres trenzas y tan rojo como su falda, cargó contra mí armado con una daga. Antes de que diera veinte pasos, saqué mi hacha y se la arrojé entre los ojos. Dos dagas arrojadas le pasaron por encima y me volví a tirar al suelo mientras otro guardia cargaba contra mí. Belekun estaba intentando gatear hasta su puerta, pero la violencia le agarrotaba los dedos y apenas podía moverse, como si fuera un pez fatigado de haber pasado demasiado tiempo fuera del agua. Dejé que se me acercara el otro guardia y que me lanzara un hacha grande que rodé para esquivar, provocando que diera contra el suelo y le arrancara pequeñas centellas de chispazos. Luego la blandió por encima de la cabeza y volvió a golpearme con ella y casi me cortó un pie. Aquel hombre era como un demonio. Me incorporé apoyándome en los codos y me aparté de un salto mientras él me dirigía un hachazo a la cara. El hacha volvió a pasarme por encima, pero yo saqué mi segunda hacha, me agaché por debajo de su ataque y se la clavé en la espinilla derecha. Se desplomó como un fardo. Le quité el hacha y se la hundí en la sien. Parpadeé para evitar que su sangre me salpicara los ojos.

Belekun el Grande se incorporó. De alguna manera había encontrado una espada. El mero hecho de sostenerla ya le hacía temblar.

—Te hago una concesión, Belekun, porque soy caritativo con los ancianos. Puedes asestar el primer golpe. La primera estocada. Clávame la espada. Córta-me con ella si es lo que te mandan los dioses —le dije.

Farfulló algo. Olí a meados.

Belekun temblaba tanto que le tintineaban los collares y las pulseras.

—Levanta la espada —le dije.

El sudor de la frente le caía hasta la papada. Levantó la espada y me apuntó con ella. Se le cayó de las manos, pero la detuve con el pie y se la levanté hasta que me estuvo apuntando otra vez.

—Te concedo otra caridad, Belekun el Grande. Me tiraré contra tu espada.

Y me tiré contra su espada. Belekun soltó un grito. Luego me miró; yo seguía suspendido en el aire, con su espada por debajo de mí, ambos flotando como si fuéramos polos opuestos de dos imanes.

—¿Las espadas no pueden matarte? —dijo.

—Las espadas no pueden tocarme —dije.

La espada le salió volando de la mano y caí al suelo. Belekun se encogió y salió corriendo hacia la puerta, chillando:

—¡El Aesi, señor de los anfitriones! ¡El Aesi, señor de los anfitriones!

Arranqué una lanza de la pared, di tres pasos y la arrojé. La punta de hierro le atravesó el cuello, le salió por la boca y se encajó en la puerta.

Seis días después de que el Leopardo y yo nos reuniéramos en la Posada de Kulikulo, ya estábamos en el valle de Uwomowomowowo. Bunshi no había venido con nosotros, pero sí el esclavista, que ahora estaba intentando enseñar a Fumeli a montar a caballo. El chico no paraba de agarrar demasiado fuerte las riendas ni de darle al caballo instrucciones contradictorias, de modo que, por supuesto, el caballo se encabritaba y lo tiraba al suelo. Había otros tres caballos un poco más allá, pastando junto a un árbol, todos ensillados con las sillas de colcha de lana floreada de los lores jinetes del Norte. A lo lejos esperaban dos caballos más, uncidos a un carro de batalla rojo con decoraciones doradas, espantando moscas con la cola. Yo llevaba sin ver un carro de batalla desde que había seguido el rastro de dos caballos robados

hasta muy al norte del mar de arena. El caballo volvió a tirar a Fumeli. Me reí bien fuerte, confiando en que me oyera. El Leopardo me vio, se transformó y echó a trotar cuando le hice una señal. Pensé que no sentiría nada cuando viera salir del bosque a Nyka, con Nsaka Ne Vampi a su lado, los dos vestidos con chilabas largas y azules, oscuras como una piel negra en la noche. Él llevaba el pelo recogido en una sola trenza, curvada hacia arriba y hacia atrás, como un cuerno. Ella se cubría el pelo con un pañuelo. Nyka tenía el labio de abajo rojo e hinchado y una venda blanca sucia por encima de las cejas. El esclavista se había traído una caravana, la más bonita de las que se habían quedado en el campamento, y de ella salió la bruja Sogolon. Me pareció que estaba enfadada porque la luz del sol le daba en los ojos, aunque también es posible que fuera su cara de siempre.

—Ojo de Lobo, se te ve más joven a la luz del sol —me dijo Nyka.

Sonrió, e hizo un gesto de dolor al tocarse el labio inferior.

No contesté. Nsaka Ne Vampi me miró. Pensé que asentiría con la cabeza, pero se limitó a mirarme.

—¿Dónde está el ogo? —le dije al esclavista.

—Junto al río.

—Oh, los ogos no son famosos por que les guste el agua.

—¿Quién dice que se esté bañando?

El esclavista fue corriendo con Fumeli, que intentaba montarse otra vez en el caballo.

—Para, niño. Una sola cox y te vas al suelo y ya no te levantas más. De verdad —dijo.

El esclavista nos hizo una señal con la mano para que nos acercáramos. El hombre que siempre le daba de comer dátiles salió ahora de la caravana con un saco echado al hombro y varias bolsitas de cuero sobre una bandeja de plata. El esclavista las fue cogiendo una a una para a continuación lanzárnoslas. Sentí la forma de las monedas de plata dentro y las oí tintinear.

—Ésta no es vuestra recompensa. Es lo que mis contables han asignado

para vuestros gastos, de acuerdo con el talento de cada uno, lo cual significa que todos habéis recibido lo mismo. En Kongor no hay nada barato, especialmente la información.

El siervo de los dátiles abrió el saco, sacó unos cuantos rollos de pergamino y nos los repartió. Nyka rechazó el suyo y Nsaka Ne Vampi también. Me pregunté si ella lo había rechazado siguiendo el ejemplo de él. Unas noches atrás había hablado mucho, pero ahora no decía nada. Fumeli cogió uno para el Leopardo, que seguía con forma de leopardo, aunque estaba escuchando.

—Éste es un mapa de la ciudad que he dibujado de memoria, porque hace años que no voy. Cuidado con Kongor. Las calles parecen rectas y los callejones te prometen llevarte adonde dicen, pero luego se retuercen y serpentean y doblan por sitios a los que no quieres ir, lugares sin retorno. Escuchadme bien, os digo la verdad. Hay dos caminos para llegar a Kongor. Rastreador, tú ya sabes de qué hablo. Algunos de vosotros no. Si vais hacia el oeste y llegáis al Lago Blanco, podéis rodearlo, lo cual añadirá dos días al trayecto; o bien atravesarlo, en ese caso se tarda un día, porque el lago es estrecho. La elección es vuestra, no mía. Luego podéis elegir entre rodear las Tierras Oscuras, lo que añadirá tres días a vuestro viaje, o bien cruzarlas, pero hay que tener en cuenta que son las Tierras Oscuras —dijo el esclavista.

—¿Qué son las Tierras Oscuras? —dijo el joven Fumeli.

El esclavista sonrió y luego perdió la sonrisa.

—Nada que te puedas imaginar. ¿Quiénes de vosotros habéis cruzado las Tierras Oscuras?

Nyka y yo asentimos con la cabeza. Las habíamos atravesado juntos hacía muchos años y ninguno de los dos quería hablar del tema ahora. Yo ya sabía que iba a rodearlas, me daba igual lo que pensarán los demás. Luego asintió con la cabeza Sogolon.

—Nuevamente, decidís vosotros, no yo. Tres días si rodeáis las Tierras Oscuras y uno solo si las atravesáis. Y hagáis lo que hagáis, todavía os



faltarán tres días más para llegar a Kongor. Si dais el rodeo, iréis por unas tierras sin nombre y sin reclamar por ningún rey. Si cruzáis las Tierras Oscuras también atravesaréis Mitu, donde los hombres han depuesto las armas para cavilar sobre las grandes preguntas de la tierra y el cielo. Un país fatigoso y una raza fatigosa; es posible que os resulten peores que lo que os espera en las Tierras Oscuras. Tardaréis un día entero en salir de allí. Pero una vez más, es decisión vuestra. Bibi os acompañará.

—¿Éste? ¿Y qué va a hacer? ¿Darnos de comer todo lo que no podamos alcanzar con las manos? —dijo Nyka.

—Voy para protegeros —dijo Bibi.

Me sorprendió su voz, ahora más imperiosa, como la de un guerrero, no como la de alguien que intenta cantar como un griot. Fue la primera vez que le presté atención de verdad. Era flaco como Fumeli y llevaba una chilaba blanca que le llegaba por debajo de la rodilla e iba atada con cinturón. Del cinturón le colgaba una espada que no había estado allí las dos últimas veces que yo lo había visto. Advirtió que la estaba mirando y se acercó a mí.

—Nunca había visto una takuba tan lejos del Este —dije.

—Entonces su propietario nunca debería haber venido al oeste —dijo él, y sonrió—. Me llamo Bibi.

—¿El nombre te lo ha puesto él? —le pregunté.

—Si con «él» te refieres a mi padre, entonces sí.

—A todos los esclavos que he conocido, su amo les ha impuesto un nombre nuevo.

—Y si fuera un esclavo, tendría un nombre nuevo. ¿Me tomas por esclavo porque le doy dátiles? Él me sugirió ese engaño. La gente le cuenta muchas cosas a un hombre que es menos que una pared.

Le di la espalda, pero aquello comportaba estar de cara a Nyka. Se alejó unos pasos, esperando que yo lo siguiera.

—Rastreador, tú y yo dejamos algo en las Tierras Oscuras, ¿no? —me dijo.

Me lo quedé mirando.

—Lo que tendría que haber dejado es su prepucio de mujer —dijo Nsaka Ne Vampi, y me puso furioso que Nyka le hubiera contado cosas de mí; todavía me traicionaba.

Echaron a andar, pero el esclavista abrió la boca y continuó hablando:

—Por supuesto, a decir verdad, hay rumores. El último lugar donde se vio al niño ni siquiera fue Kongor, pero los ojos no son lo único que ve. Ya os lo he dicho antes. Podéis seguir el rastro de los muertos, a los que encontraron muertos y enterrados de forma apresurada, vacíos como bayas a las que les han sorbido el jugo. Hace mucho tiempo en Kongor se habló de que se había visto a un niño y a cuatro personas más en Nigiki. Pero encontrádmelo y traédmelo a Malakal, donde...

—¿Ya no pides prueba de su muerte? —pregunté.

—Estaré en la torre hundida. No tengo más que decir. Sogolon, quiero hablar a solas contigo —dijo.

Sogolon, que hasta aquel momento no había dicho ni una palabra, se alejó con él hacia la caravana.

—Sé que no necesitas ayuda para llegar a Kongor —me dijo Nyka.

Yo ya estaba mirando hacia el oeste, pero me di la vuelta para verle la cara. Siempre había sido un hombre apuesto, incluso ahora que el pelo blanco le asomaba debajo del mentón y le recorría la parte superior de la trenza. Y con el labio hinchado.

—Te hago una pregunta que sólo tú estás capacitado para responder. Aunque nunca se te han dado bien las palabras, por eso solías necesitarme. Si cogéis el camino que atraviesa las Tierras Oscuras, ¿cuántos de vosotros llegaréis al otro lado, eh? ¿El Leopardo? Como gato es astuto, pero como hombre es demasiado temperamental, su mal genio lo vuelve tonto. Lo mismo que te pasaba a ti de joven, ¿no? ¿Esa vieja que está hablando con el tratante de esclavos? Se va a caer muerta antes de que lleguéis al lago. Y a ver, ese chavalín de ahí, ¿quién se lo folla, el gato o tú? Ni siquiera se

sostiene sobre el caballo, ya no digamos cabalgar. Eso te deja con el esclavo...

—No es ningún esclavo.

—¿No?

—Lo ha dicho él.

—No lo he oído.

—No estabas escuchando.

—Pues te quedan el hombre que no es ningún esclavo y el ogo, y ya sabes cuánto se puede confiar en un ogo.

—Más de lo que se puede confiar en ti.

—Hum. —Se rio.

Nsaka Ne Vampi se había quedado rezagada. Ella se fijó en que yo me había fijado. También me fijé en que Nyka hablaba de «tú», no de «nosotros».

—Tú has hecho otros planes —le dije.

—Me conoces mejor de lo que yo me conozco a mí mismo.

—Debe de ser una especie de maldición, lo de conocerte.

—Nadie me ha conocido mejor que tú.

—Entonces nadie te ha conocido.

—O sea que quieres resolver esto ahora, ¿no? ¿Qué te parece aquí mismo? ¿O quizá junto al lago? ¿O me espero a que vengas sigilosamente en plena noche como un amante? A veces desearía que me amaras, Rastreador. ¿Cómo puedo darte paz?

—De ti no quiero nada. Ni siquiera paz.

Volvió a reírse y se alejó. Luego se detuvo, se rio una vez más y caminó hasta un tapiz enorme y mugriento que cubría algo. Nsaka Ne Vampi se subió al carro de guerra y agarró las riendas. Nyka apartó el tapiz, dejando al descubierto una jaula, dentro de la cual estaba la Mujer Centella. El Leopardo también la vio. Se acercó trotando a la jaula y gruñó. La mujer correteó hasta la otra punta, pero no tenía adónde ir. Ahora parecía una mujer. Tenía los

ojos muy abiertos como si el pavor se le hubiera pegado a la cara, como les pasa a esos niños que nacen en plena guerra. Nyka abrió la cerradura. La mujer retrocedió todavía más y la jaula se movió con ella. El Leopardo se alejó y se tumbó en la tierra, pero sin quitarle la vista de encima. La Mujer Centella se giró a un lado y luego al otro, observando la caravana, los árboles, al Leopardo y a aquel hombre y aquella mujer vestidos del mismo color azul; por fin volvió la cabeza de golpe hacia el norte, como si alguien acabara de llamarla. Y echó a correr sin apenas tocar el suelo y brincó por encima de un montículo, saltó hasta la altura de las copas de los árboles y desapareció. Nyka se subió de un salto al carro de batalla en el mismo momento en que Nsaka Ne Vampi azuzaba con las riendas a los caballos y éstos echaban a galopar. Hacia el norte.

—¿El lago no está al oeste? —dijo Bibi, el sirviente de los dátiles.

No contesté.

A base de asustarlo, Fumeli iba a provocar que su caballo galopara, lo tirara al suelo y le rompiera el cuello. Yo no tenía intención de enseñarle. El Leopardo no servía de nada porque se mantenía todo el tiempo con forma de gato, no hablaba con nadie y se alejaba corriendo tanto como podía siempre y cuando nos oyera. Yo pensaba que Sogolon iba a necesitar ayuda para subirse al caballo. O bien que le amarraría un camastro o carrito para llevarse a sí misma y lo que sea que lleven las brujas, quizá una pierna de bebé, mierda de virgen, una piel entera de búfalo guardada en sal o lo que fuera que le hiciera falta para sus conjuros. Pero la bruja se echó al hombro una bolsa de piel de ciervo, agarró el saliente de la silla de montar con la mano izquierda y se alzó hasta la misma silla. Hasta el ogo se fijó en aquello. Por supuesto, él aplastaría diez caballos juntos sólo montándose en ellos, de modo que echó a correr. Para ser un hombre de tanta altura y peso, era muy silencioso y tampoco hacía temblar el suelo. Me pregunté si le habría comprado el don del sigilo a una sangoma, a un brujo, a una bruja o a un demonio. Nuestros caballos eran fuertes, pero sólo aguantarían trayectos de un día cada vez, así

que teníamos dos días hasta el Lago Blanco. Até el segundo caballo con vituallas al mío. Sogolon se nos había adelantado pero el ogo nos había esperado. Creo que le tenía miedo a la vieja. Bibi se bajó de un salto de su caballo, ató una soga de sisal a la brida de uno de los caballos que llevaban vituallas y le dijo a Fumeli que lo montara.

Ya estábamos en camino. Bunshi no viajaba con nosotros pero Sogolon llevaba colgando del cuello una ampolla del color de su piel. Me fijé cuando me pasó cabalgando al lado. Cuando estuvimos lo bastante cerca como para que nuestros caballos casi se tocaran, la anciana se inclinó hacia mí y me dijo:

—Ese chico. ¿Qué utilidad tiene?

—Pregúntale al que lo utiliza —dije.

Se rio y se alejó al galope hacia la sabana, dejando un rastro que no pude identificar. Yo no tenía prisa por llegar a Kongor porque sin duda el niño desaparecido estaba muerto y por tanto no corría peligro de morirse más. Y todos los demás me molestaban: el Leopardo con su silencio; Fumeli con su petulancia, que yo quería quitarle de un bofetón de las mejillas hurañas; el siervo de los dátiles, Bibi, que no paraba de intentar aparentar ser algo más que un hombre que le mete comida en la boca a otro, y Sogolon, que ya había decidido que no había hombre en el mundo más listo que ella. Mi única opción era pensar en Belekun el Grande, que había intentado matarme al preguntarle yo por el padre del niño desaparecido. Él conocía a los omoluzus y sabía que habían matado al padre del niño, aunque quizá no supiera que había que invocarlos con desafección grave. Él había invocado a un tal señor de los anfitriones. Los hombres que creen en la fe no pueden ser más tontos. Apenas habíamos partido y ya había gente a la que yo ansiaba perder de vista.

Excepto al ogo. Siempre he pensado que, cuanto más grande es alguien, menos palabras necesita, o conoce. Aminoré la marcha de mi caballo y esperé a que el ogo me alcanzara. Realmente olía a limpio, como si antes se hubiera

estado bañando en el río; hasta le olían bien los sobacos, que a veces en ciertos gigantes pueden tumbar a una vaca.

—Calculo que llegaremos al Lago Blanco dentro de dos días —le dije.

Él siguió caminando.

—Llegaremos en dos días —le grité.

Él se giró y me gruñó. Oh, iba a ser un viaje maravilloso.

No es que quisiera compañía. Ciertamente no la de aquella gente. Pero me pasaba la mayoría de los días solo y las noches con gente a la que nunca quería ver por la mañana. Estoy dispuesto a admitir, por lo menos ante la parte más oscura de mi alma, que no hay nada peor que estar en medio de tantas almas, incluso de almas a las que quizá conoces, y aun así sentirte solo. He conocido a hombres, y también a mujeres, que están rodeados de lo que creen que es amor y sin embargo son los seres que están más solos de los diez y tres mundos.

—Ogo. Eres un ogo, ¿verdad?

Aminoró la marcha y mi caballo caminó a su lado. Gruñó y asintió con la cabeza.

—Te he visto allí detrás después de tu baño, arrodillado delante de unas rocas. ¿Era un altar?

—¿Un altar a quién?

—A los dioses, a algún dios.

—No conozco a ningún dios —dijo.

—¿Pues para qué construir un altar?

Me miró con cara inexpresiva, como si no tuviera respuesta.

—¿Estás aquí por el esclavista, por la semidiosa o por la bruja? —le dije.

Siguió caminando, pero me miró y dijo:

—¿El esclavista, la semidiosa o la bruja? ¿Cuál es cuál, te pregunto, cuál es cuál? ¿Y estás seguro de que la negra es una semidiosa y no una diosa? He visto a unos cuantos más como ella; uno era un hombre, o por lo menos tenía forma de hombre, pero lo habían fabricado los dioses. La gente del Sur dice

que un semidiós es un hombre al que los dioses cambian pero no por medio de la muerte, y que la muerte es la cosa que hay que temer. No me gustan los muertos, no me gusta el mediodía de los muertos, no me gustan los comedores de muertos, y los he visto, viejos con gabanes negros que barren la tierra y llevan pellejos blancos en torno al cuello como si tuvieran puesta una piel de buitre. Pero ésta es de un tipo extraño, como sea que llames al animal que es mitad elefante y mitad pez, o mitad hombre y mitad caballo, ahí es donde la has de poner; pero es por el esclavista por lo que estoy aquí, vino a mí y me dijo: Ogotriste, tengo trabajo para ti, y él sabía que yo no tenía trabajo, porque ¿qué trabajo hay en el Oeste para un ogo? Sí, estaba sin trabajo y en mi casa, que yo dejaba abierta día y noche, porque ¿quién iba a ser lo bastante tonto como para entrar a robarle a un ogo? ¿Acaso no sabe todo el mundo que somos unas bestias terribles? Pero en mi casa, o, mejor dicho, en mi choza, ahora estaba el esclavista diciéndome tengo un trabajo para ti, gran gigante, y yo le dije: No soy un gigante, los gigantes son el doble de altos que yo y no tienen nada en la sesera más que carne y violan a los caballos porque creen que todos los animales de pelo largo deben de ser mujeres y una cox del caballo les garantiza cierta diversión en el follar, de forma que me volvió a decir tengo trabajo para ti, necesito que encuentres para mí a unos hombres que me han hecho mal, y yo le pregunté qué tenía que hacer con esos hombres cuando los encontrara, y él me dijo mátalos a todos salvo a uno que no es un hombre sino un niño, y a ése no le toques ni un pelo de la cabeza a menos que ya no sea un niño. Y me dijo es posible, Ogo, que ya no lo sea porque se ha convertido no en un hombre sino en otra cosa, algo a lo que incluso los dioses escupen y llaman abominación, y luego añadió más cosas pero ya no entendí nada más después de que dijera «abominación», y luego le pregunté dónde estaba aquel niño que quería que yo le encontrara, y él me dijo mandaré a otros hombres contigo, y a mujeres también, porque esta misión no es tan fácil como suena, y yo le dije que sonaba bastante sencilla y que estaría de vuelta antes de añorar mi casa y de

que mis cosechas empezaran a estropearse, pero luego me acordé del último hombre al que había matado y de cómo pronto su familia echaría a faltar su crueldad y se pondría a buscarlo, y cuando vinieran a por mí con una multitud enardecida yo iba a dejar viudas a muchas esposas y huérfanos a muchos hijos, de manera que pensé que esta misión se me lleve de aquí todo el tiempo que quiera, porque no tengo nada a lo que volver, y él me dijo entonces eres exactamente igual que todos los demás, porque ninguno de vosotros tiene nada a lo que volver, pero no sé si es verdad, no os conozco a ninguno, aunque he oído hablar de Sogolon la Bruja de la Luna, ¿la conoces? ¿Cómo supiste que estaba escribiendo runas? Tiene trescientos, diez y cinco años de edad, eso me lo dijo, y también me contó otras cosas, porque la gente siempre cree que los ogos somos débiles mentales y que por tanto se nos puede contar todo, y eso mismo hizo, y esto es lo que me contó: Me llaman Sogolon y nunca he respondido a ningún otro nombre. Antes me llamaban Sogolon la fea, hasta que todos los que me llamaban así murieron de la misma asfixia. Sogolon la Bruja de la Luna, que siempre practica sus artes en la oscuridad, me llaman otros. También me dijo que era del Oeste, pero yo vengo del Oeste y a ella le noto olor a la gente del Sudoeste, que huele rancio pero rancio del bueno, mezclado con dulce, del que enciende la vida, que es algo que tú también sabes porque he oído que tienes buen olfato. ¿Y siempre está escribiendo runas? Sus manos nunca están quietas, nunca dejan de moverse. Una mujer tan vieja como ella debía de ser experta en guardar secretos, así que di por sentado que tenía alguna otra razón que no decía, porque el dinero no debe de ser muy importante para ella. Luego me habló con acertijos y rimas, pero sin arte. Y todo aquel tiempo no mostró ira pero tampoco alegría ni amabilidad. Adiviné que se dedicaría a desaparecer y regresar, que es justamente lo que hace. Y eso es lo que sé. Tienes que perdonar a este ogo. Hay tan poca gente que habla con él que cuando le hablan siempre tiene demasiado que decir. Y...

Y de esta manera Ogotriste el ogo se pasó la noche entera hablando.



Mientras parábamos y atábamos los caballos a un árbol. Mientras encendíamos una fogata y cocinábamos gachas y perdíamos la estrella que nos indicaba el oeste, mientras intentábamos conciliar el sueño y no lo conseguíamos y finalmente caíamos en esa clase de letargo en el que siguió hablando en sueños. No estoy seguro de si fue el sol o su voz lo que me despertó. Fumeli dormía. Bibi, acostado a mi lado, estaba despierto y tenía el ceño fruncido. La voz del ogo sonaba más débil y el silencio se tragaba el final de sus frases.

—Ahora me voy a callar —dijo.

Me lo quedé mirando un rato largo. Bibi se rio y se alejó para mear en el monte. Rodé hasta sentarme y bostecé.

—No, continúa, por favor, amigo ogo, Ogotriste. Quiero oír tus palabras. Haces que un viaje largo pase deprisa. ¿Conoces a Nyka?

Su mirada funesta valió la pena.

—Lo conocí una luna antes de conocerte a ti —me dijo.

—Y ya te contó cotilleos de los demás.

—Cuando el esclavista vino a verme, Nyka y Nsaka Ne Vampi ya cabalgaban con él.

—Toda una noticia. ¿Y qué dijo de mí?

—¿El esclavista?

—No, Nyka.

—Que al Rastreador le puedes confiar tu vida, siempre y cuando piense que eres honesto.

—¿Eso dijo?

—¿Es falso?

—No soy la persona indicada para contestar a esa pregunta.

—¿Por qué no? Yo nunca he mentado, pero me doy cuenta de que mentir puede resultar útil.

—¿Y la traición? ¿La traición también tiene alguna utilidad más allá de lo que es?

—No sé qué quieres decir.

—No te preocupes. Ese pensamiento ya está muerto.

—Él ya estaba en el carro también —me dijo, señalando a Bibi, que volvía.

Ensillamos los caballos y partimos. Me dirigí a Bibi:

—Dime una cosa. Tu amo nos ha mentido sobre el niño. La verdad es que el niño le da igual. Lo que sí le importa es complacer a Bunshi.

—Le preocupa el silencio de los dioses —dijo Bibi—. Cree que los ha disgustado porque el silencio de los dioses ha caído sobre todas las casas.

—Debería preocuparse más por el silencio de todos los esclavos que están conspirando contra él —dije.

—Ja, Rastreador, vi la cara que ponías. Hace unos días. Me dio mucho placer tu disgusto. Creo que eres demasiado severo con el noble comercio.

—¿Qué?

—Rastreador, o como sea que te llames. Si no fuera por las esclavas, todos los hombres del Este llegarían vírgenes al matrimonio. Una vez conocí a uno, y no miento, que creía que las mujeres se preñaban metiendo sus tetas en la boca de los hombres. Si no fuera por los esclavos, en Malakal no quedaría nada más que oro falso y sal barata. No justifico el comercio de esclavos. Pero sé por qué está aquí.

—Así que apruebas las costumbres de tu amo —dije.

—Apruebo el dinero que me da para alimentar a mis hijos. A juzgar por tu expresión, veo que tú no tienes. Pero sí, le doy de comer porque el resto de los trabajos se los adjudica todos a los esclavos.

—¿Tu amo es quien quieres ser, cuando seas hombre?

—¿A diferencia del putito que soy ahora? Te digo otra verdad. Si mi amo, como tú lo llamas, fuera un poco más tonto, yo tendría que podarlo y regarlo tres veces cada cuarto de luna —dijo Bibi, y soltó una risita.

—Márchate, pues.

—¿Que me marche? ¿Así, sin más? Háblame del Leopardo ese. ¿Qué

clase de hombre se marcha cuando le da la gana y con total tranquilidad?

—Uno que no tiene amo.

—O que no es amo de nadie.

—Nadie ama a nadie —le dije.

—El hijo de puta que te enseñó eso te odia. Así pues, como diría mi amo, dime la verdad, dímela clara y dímela rápido. ¿Eres tú el que está con el chico que tengo detrás o es el de la piel moteada?

—¿Por qué todos los malnacidos me preguntan por ese malnacido de chaval?

—Porque el gato no dice nada. Los demás siervos del rey, que son esclavos, tenlo claro, estamos haciendo apuestas. ¿Quién es la vara, quién es el cetro y quién toma por el culo?

Me reí.

—¿Y cuál es vuestra apuesta?

—Bueno, como eres tú al que los otros dos odian, todos dicen que los dos se te follan a ti.

Me volví a reír.

—¿Y tú qué dices?

—Que no caminas como alguien a quien le dan a menudo por el culo —dijo.

—Quizá no me conoces.

—No he dicho que no te den por el culo, he dicho que no te dan a menudo.

Me giré para mirarlo. Él me miró a mí. Yo me reí primero. Luego no podíamos parar de reírnos. Luego Fumeli dijo no sé qué de no fustigar lo suficiente al caballo y a punto estuvimos de caernos de nuestras monturas.

A excepción de Sogolon, Bibi parecía el mayor de nosotros. Ciertamente era el único que de momento había mencionado que tenía hijos. Aquello hizo que me acordara de los niños mingi de la Sangoma, a los que habíamos dejado con los gangatom para que los criaran. Se suponía que el Leopardo

tenía que contarme lo que había sido de ellos desde entonces, pero no me había dicho nada.

—¿Cómo llegó a ti esa espada? —le pregunté a Bibi.

—¿Ésta? —La desenvainó—. Ya te lo dije, era de un montañés del Este que cometió la equivocación de venir al Oeste.

—Los montañeses nunca van al Oeste. No contemos mentiras, siervo de los dátiles.

Se rio.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinte, siete y uno? —me preguntó.

—Veinte y cinco. ¿Tan mayor parezco?

—Yo te echaba más, pero no quería ser maleducado con un amigo tan nuevo. —Sonrió—. Yo ya he tenido veinte dos veces. Y cinco años más.

—Me cago en los dioses. Nunca he conocido a un hombre de vida tan larga que no fuera rico, poderoso o simplemente gordo. Eso quiere decir que tienes edad de haber visto la última guerra.

—Tenía edad para luchar en ella.

Eché un vistazo más allá de mí, hacia la hierba de la sabana, que ahora era más corta, y hacia el cielo, más nublado que antes, aunque podíamos sentir el sol. También hacía más frío. Hacía rato que habíamos dejado atrás el valle rumbo a tierras en las que nadie había intentado vivir nunca.

—No conozco a ningún hombre que haya visto la guerra y quiera hablar de ella —dijo Bibi.

—¿Fuiste soldado?

Soltó una risa breve.

—Los soldados son tontos a los que no pagan lo suficiente para ser tontos. Yo era mercenario.

—Háblame de la guerra.

—¿De los cien años que duró? ¿De qué guerra estamos hablando?

—¿En cuál luchaste?

—En la guerra de Areri Dulla. Quién sabe cómo la llaman esos

follabúfalos del Sur, aunque he oído que la llaman la guerra de la Beligerancia del Norte, que me parece para partirse de risa, teniendo en cuenta que fueron ellos quienes empezaron a arrojar sus lanzas. Ésa fue la guerra que lo causó todo. Qué familia tan curiosa. Con toda la endogamia produciendo reyes locos, lo normal sería que un día un rey dijera: Vamos a encontrar sangre nueva para salvar la estirpe. Pero no. De modo que tenemos una guerra detrás de otra. Digo la verdad. No sé si Kwash Netu fue uno de los poquísimos buenos reyes que ha habido, o bien si el nuevo y loco rey Massykin estaba más loco todavía que el último, pero Netu era un genio de la guerra. Tenía arte para la guerra, igual que otros tienen arte para la alfarería o la poesía.

Bibi detuvo su caballo y yo detuve el mío. Me di cuenta de que Fumeli levantaba la vista molesto. El aire estaba húmedo por culpa de la lluvia que no iba a caer.

—Necesitamos movernos ya —dijo Fumeli.

—Tranquilo, chaval. El Leopardo la seguirá teniendo igual de dura cuando por fin llegues a sentarte encima de él —dijo Bibi.

Aquello me hizo volverme. La cara de Fumeli estaba tan horrorizada como yo sabía que estaría. Me volví de nuevo hacia Bibi.

—Mi padre nunca habló de la guerra. Nunca luchó en ninguna —le dije.

—¿Demasiado mayor?

—Puede ser. También era mi abuelo. Pero me estabas hablando de la guerra.

—¿Cómo? Tú... Sí, la guerra. Yo tenía diez y siete años y estaba viviendo en Luala Luala con mis padres. El rey loco Massykin invadió Kalindar, que está a una luna y media de marcha de Malakal, pero aun así está demasiado cerca. Demasiado cerca de Kwash Netu. Mi madre me dijo: Un día vendrán hombres a casa y dirán que te han elegido para ir a la guerra. Yo le dije: Quizá si lucho en la guerra eso le devolverá a nuestra casa la gloria que nuestro padre dilapidó en vino y mujeres. ¿Y cómo vas a traernos la gloria, si

no tienes honor?, me dijo ella. Y tenía razón, claro. Yo me dedicaba a asesinar, y la gente tiene menos necesidad de batallas privadas cuando están todos enredados en una guerra. Y tal como me había advertido ella, vinieron grandes guerreros a casa y me dijeron: Eres joven y fuerte, o por lo menos lo pareces. Es hora de mandar a esa perra del rey de Omororo de vuelta a sus yermos con el rabo entre las piernas. ¿Y por qué iba a luchar?, les pregunté, y eso los ofendió. Has de luchar por el glorioso Kwash Netu y por el imperio. Escupí y me abrí la túnica para enseñarles mi collar. Soy miembro de las Siete Alas, les dije. Luchamos por dinero.

—¿Quiénes son las Siete Alas?

—Mercenarios, secuestrados de niños de las casas de unos padres borrachos con deudas que no pueden pagar. Hábiles con las armas y maestros del hierro. Viajamos deprisa y nos esfumamos como si nunca hubiéramos estado ahí. Nuestros maestros nos ponen a prueba con escorpiones para que no conozcamos el miedo —dijo Bibi.

—¿Cómo?

—Nos pican para ver quiénes sobrevivimos. En la batalla adoptamos la formación del toro. Somos las astas, los más feroces. Atacamos los primeros. Y costamos más dinero del que la mayoría de los reyes pueden pagar. Pero nuestro Kwash Netu era bastante sabio en el arte de la guerra. Me enteré de que el rey loco había dicho lo siguiente: Un gobernante no puede estar en dos sitios a la vez ni en tres, porque sólo es uno. Y él se sienta en Fasisi, de manera que atacemos Mitu. De modo que el Massykin atacó Mitu y Mitu fue suya. Pero creyó que aquello era la victoria, y no fue una idea absurda que, como el rey no podía estar en dos lugares a la vez, nos dejara a nosotros atacar un lugar donde él no podía estar. Pero fue su equivocación, Rastreador. Escucha esto, no mostramos debilidad. Los ejércitos sureños respondieron a la grandeza de Kwash Netu y estuvieron en muchos sitios a la vez.

—¿Brujería?

—No todo viene del útero de las brujas, Rastreador. El padre de tu rey

sabía mover ejércitos más deprisa que ningún rey de antes ni de después. Su ejército podía llevar a cabo en dos días maniobras que les habrían costado siete días incluso a los kongoris. Eligió sabiamente dónde podía luchar y dónde no, compró a los mejores mercenarios y para ello le cobró unos impuestos brutales a su gente. Los mejores eran las Siete Alas. Créete esto también. El rey loco era un bobo veleidoso que gritaba cuando veía sangre y que no sabía ni cómo se llamaban sus generales; Kwash Netu, en cambio, tenía a sus propios hombres a los que liderar por los territorios, hombres fuertes, capaces de gobernar una ciudad o un estado mientras él estaba haciendo la guerra en otro. ¿Has oído hablar de la guerra de las mujeres?

—No, cuéntame.

—Después de que sus generales le dijeran al rey loco: Mi Divinidad, tenemos que retirarnos de Kalindar, nuestras cuatro hermanas corren peligro, el rey lo aceptó. Pero esa misma noche en el campamento, porque él había exigido estar con sus hombres en la batalla, oyó follar a dos gatos y pensó que era un demonio nocturno que estaba llamándolo cobarde por batirse en retirada. De manera que exigió que volvieran a avanzar sobre Kalindar, sólo para que los derrotaran las mujeres y los niños tirándoles piedras y mierda desde sus torres de ladrillos de adobe. Entretanto, Kwash Netu tomó Wakadishu. La batalla final en Malakal apenas fue una batalla. Fueron los restos de un ejército huyendo de mujeres que les lanzaban piedras. La guerra ya estaba ganada.

—Hum. No es eso lo que enseñan en Malakal.

—He oído las canciones y he visto las páginas rojas encuadernadas en cuero que cuentan que Malakal fue la batalla final entre la luz del imperio de Kwash Netu y la oscuridad del Massykin. Canciones de necios. Sólo quienes no hayan luchado en la guerra pueden no ver que ambos bandos eran oscuros. Por desgracia, un mercenario sin guerra es un mercenario sin trabajo.

—Sabes mucho de la guerra, de los generales y de la corte. ¿Cómo has terminado aquí, atiborrando de comida a un cerdo gordo para ganarte la vida?

—El trabajo es el trabajo, Rastreador.

—Y los embustes son embustes.

—Tarde o temprano la oscuridad de la guerra proyecta su sombra en todos los hombres que lucharon en ella. Mis necesidades son simples. Y una de ellas es alimentar a mis hijos mientras ellos también se hacen hombres. En cambio, el orgullo no lo es.

—No te creo. Y después de todo lo que acabas de contar, te creo todavía menos. Hay astucia en tu forma de ser. ¿Tienes planeado matar al esclavista? Ya sé, te ha contratado un rival para que te acerques a él más que un amante.

—Si quisiera matarlo, podría haberlo hecho hace cuatro años. Él sabe de lo que soy capaz. Creo que le complace que la gente piense que soy un chaval afeminado al que le gusta jugar con su boca. Cree que eso significa que puedo mezclarme con sus enemigos y lidiar con ellos.

—O sea que eres su espía. ¿Para espiarnos a nosotros?

—Necio, para eso ya tiene a Sogolon. Yo estoy aquí para tratar con cualquier sorpresa que los dioses os tengan reservada.

—Quiero saber más de lo que esas grandes guerras han hecho contigo.

—Y yo no quiero decir más. La guerra es la guerra. Piensa en lo peor que hayas visto nunca. Y ahora imagínate verlo cada tres pasos durante una caminata de un cuarto de luna.

Ahora estábamos en mitad de las praderas, más verdes y húmedas que el monte bajo parduzco del valle, y los cascos de los caballos se hundían más en la tierra. Más adelante, quizá a medio día de distancia, los árboles se elevaban y se extendían. Las montañas nos rodeaban por todos los costados. A un lado, en dirección oeste desde Malakal, tanto las montañas como el bosque se veían azules. Junto con la hierba y la humedad, brotaban gigantes de bambú, primero uno, después dos, luego una mata entera y por fin un bosque que tapaba el sol de media tarde. Otros árboles se elevaban altos hacia el cielo y los helechos escondían la tierra. Oí un riachuelo antes de oírlo o verlo. De los árboles caídos brotaban helechos y bulbos. Seguimos lo que parecía una



senda hasta que olí que tanto el Leopardo como Sogolon habían ido por allí. A mi derecha, entre las hojas altas, una cascada caía entre las rocas.

—¿Adónde se han ido? —preguntó Fumeli.

—Me cago en los dioses, chico —dije—. Tu gato no es más que...

—No hablo de él. ¿Dónde están los animales? No hay pangolines ni mandriles ni una mariposa siquiera. ¿Es que tu nariz sólo puede oler lo que hay aquí y no lo que ha desaparecido?

Yo no quería hablar con Fumeli. Tenía ganas de acallar con un puñetazo las groserías que le salían de la boca.

—A partir de ahora lo llamaré Lobo Rojo; eso me dijo —dijo Bibi.

—¿Quién?

—Nyka.

—Se burla del ocre rojo con que yo me pintaba la piel. Dice que sólo las mujeres ku van de rojo —le dije.

—¿Y no dice la verdad? Nunca he visto a un hombre de ese color —dijo Bibi.

Se detuvo, con el ceño fruncido, y me miró como si estuviera intentando captar algo que no había visto antes; por fin se encogió de hombros para quitarse la idea de la cabeza.

—¿Y lo de lobo? —me preguntó.

—¿No me has visto el ojo?

Yo conocía aquella mirada: Hay algo que no me estás diciendo, pero no me interesa lo suficiente como para insistirte.

—¿Qué es ese olor que le noto a la bruja? No puedo ubicarlo —le dije.

Se encogió de hombros.

—Cuéntame algo, Ogotriste —le dije al ogo.

Esto es cierto: el ogo no paró de hablar hasta que el anochecer se nos echó encima. Y entonces se puso a hablar de que la noche nos había alcanzado. Me había olvidado de Fumeli hasta que lo oí resoplar, pero no le presté atención

hasta que resopló por tercera vez. Llegamos a una bifurcación del camino: una senda iba a la izquierda y otra a la derecha.

—Vamos por la izquierda —le dije.

—¿Por qué por la izquierda? ¿Es el camino que ha cogido Kwesi?

—Es el camino que cojo yo —dije—. Vete por tu cuenta si quieres, pero desata tu caballo del de Bibi. —Oí el repicar apagado de los cascos sobre el barro y el crujido de las ramas.

No esperé a que dijera nada. El camino era estrecho pero se podía pasar y el sol ya casi se había puesto.

—Ni murciélagos, ni búhos ni bestias que píen —dijo Fumeli.

—¿Ahora qué rama se te ha metido en el culo?

—El chico tiene razón, Rastreador. Por este bosque no se mueve nada vivo —dijo Bibi, con una mano en la brida y la otra en la empuñadura de la espada.

—¿Dónde está ahora tu gran olfato? —dijo Fumeli.

Entonces me paré a pensarlo. Ni una sola vez más aquel chico iba a tener razón en nada. Pero ahora los dos estaban en lo cierto. Yo conocía muchos de los olores de los animales de las praderas de montaña, pero ninguno me estaba llegando a la nariz. Y los aromas del bosque que sí olía —gorilas, martines pescadores, piel de víbora— estaban demasiado lejos. No había nada vivo más que los árboles conspirando en círculos y el agua del río saltando por las rocas. El ogo seguía hablando.

—Ogotriste, silencio.

—¿Eh?

—Calla. Movimiento en el bosque.

—¿Quién?

—Nadie. Eso digo, que nada se mueve en el bosque.

—Yo he sido el primero en decirlo —dijo Fumeli.

¿Era digno aquel crío de que yo me girara para enseñarle mi mala cara?  
No.

—Mucha gente dice que tienes buen olfato, pero yo no. ¿Qué huele ahora tu preciada nariz?

Un cuello tan fino como el suyo, fino como el de una chica. Podría partirlo sin esfuerzo. O bien podía dejar que el ogo lo rompiera en muchos pedazos. Pero cuando respiré hondo, sí me vinieron olores. Dos que conocía, uno que llevaba muchos años sin encontrarme.

—Coge el arco y prepara una flecha, chico —dijo Bibi.

—¿Por qué?

—Ahora —le dijo, intentando dedicarle un susurro cortante—. Y desmonta.

Dejamos los caballos junto a un riachuelo. El ogo metió la mano en su bolsa y sacó dos guanteletes relucientes que yo sólo les había visto a los caballeros del rey. De pronto sus dedos estaban cubiertos de escamas negras y relucientes y sus nudillos eran cinco pinchos. Bibi desenvainó la espada.

—Huelo a fuego abierto, a leña y a grasa —dije.

Bibi se tapó la boca, nos señaló a nosotros y luego se señaló la boca.

No volví a hablar, ahora que sabía lo que íbamos a encontrar gracias al olor. El hedor amargo del pelo, el olor salado de la carne. Pronto pudimos ver el fuego y su luz filtrándose por el bosque. Y allí estaba, ensartada en un espetón, asándose sobre el fuego mientras la grasa goteaba sobre las llamas y chisporroteaba. Una pierna de niño. Y un poco más allá, colgando de un árbol, estaba el niño mirando su pierna, con una soga atada en torno al muñón. Le habían cortado la pierna derecha hasta el muslo y la izquierda hasta la rodilla. El brazo izquierdo lo tenía cortado por el hombro. Lo tenían colgado de un árbol con una soga. También había colgada una niña, que parecía conservar las cuatro extremidades. Había tres de ellos sentados a una buena distancia del fuego y un cuarto en el bosque, aunque no lejos, acuclillado para cagar.

Nos abalanzamos sobre ellos antes de poder verlos y antes de que nos pudieran ver a nosotros. Preparé las hachas y le lancé una al primero a la

cabeza, pero le rebotó. Fumeli disparó cuatro flechas; tres rebotaron y la cuarta se le clavó al segundo en la mejilla. El ogo estampó al tercero de un puñetazo contra un árbol. Luego les abrió de otro puñetazo un agujero tanto al pecho como al árbol. Bibi blandió su espada y le asestó una estocada al tercero en el cuello, pero la hoja se quedó clavada. Se la arrancó empujándolo con el pie y luego se la clavó en el vientre. El primero cargó contra mí, sin nada en las manos. Me aparté de su camino y algo lo derribó. Cuando estuvo en el suelo me tiré encima de él y me puse a darle hachazos en la carne blanda de la cara. En la nariz. Seguí dando más y más hachazos hasta que su carne me salpicó. La cosa que lo había derribado soltó un gruñido antes de volver a convertirse en hombre.

—¡Kwesi! —gritó Fumeli, y corrió hacia el Leopardo, luego se detuvo.

Fumeli le tocó el hombro. Me dieron ganas de decir: Id detrás del árbol y follad si queréis. Ninguno de nosotros se acordaba del que estaba cagando en el bosque hasta que la niña atada al árbol se puso a chillar. Vino hacia nosotros agitando los brazos y con las zarpas reluciendo a la luz del fuego. Rugió más fuerte que un león, pero algo le interrumpió el rugido. Hasta él se quedó desconcertado de que la boca se le hubiera cerrado, hasta que bajó la vista para mirarse el pecho y vio que sobresalía de él una lanza. Soltó su último gemido y se desplomó de cara en el suelo.

Sogolon pasó por encima de su cuerpo para reunirse con nosotros. Encendí un palo seco y lo sostuve encima de la bestia que estaba más cerca del fuego. Se oyó un crujido. El ogo le había roto el cuello al niño al que le quedaba un solo brazo. Era mejor que muriera deprisa y a nadie le pareció mal. La niña, en cuanto la bajamos del árbol, se puso a chillar y chillar hasta que Sogolon le dio dos bofetadas. Estaba cubierta de rayas blancas, pero yo conocía todas las marcas de las tribus del río y aquéllas eran distintas a todas.

—Somos ofrendas. No deberíais haber venido —nos dijo.

—¿Sois qué? —dijo el Leopardo.

Me alegraba mucho de volver a verlo como hombre y no estaba seguro de

por qué. Me seguía irritando hablar con él.

—Somos las gloriosas ofrendas a los zogbanus. Así dejan en paz a las aldeas que tenemos en sus tierras y nos permiten cultivarlas. Me criaron para esto...

—Ninguna mujer es criada para que la use un hombre —dijo Sogolon.

Le arranqué la lanza al último y le di la vuelta con el pie. Por toda la cabeza y el cuello le crecían cuernos largos, curvados y acabados en puntas afiladas como el cuerno del rinoceronte, y tenía otros cuernos más pequeños en los hombros. Aquellos cuernos apuntaban en todas direcciones, como los rizos endurecidos por la suciedad de un mendigo. Cuernos anchos como una cabeza de niño y largos como un colmillo de elefante, cuernos cortos y gruesos, cuernos como pelo, grises y blancos como su piel. Las dos cejas se le convertían en cuernos y sus ojos no tenían pupilas. La nariz ancha y plana y con matas tupidas de pelos saliendo de los orificios. Unos labios gruesos de lado a lado de la cara y dientes de perro. Cicatrices por todo el pecho, quizá conmemorando a sus víctimas. El cinturón le sostenía un taparrabos del que colgaban cráneos de niños.

—¿Qué clase de diablo es éste? —pregunté.

Bibi se agachó, dio la vuelta a la cabeza de la criatura y dijo:

—Zogbanus. Monstruos de la Ciénaga de Sangre. Durante la guerra vi muchos. Tu último rey incluso usó a algunos para lanzarlos enloquecidos contra el adversario. Cada uno que ves es peor que el anterior.

—Esto no es un pantano.

—Están lejos de casa. Esta niña tampoco es de aquí. Niña, ¿adónde están yendo?

—Soy la gloriosa ofrenda a los yeh...

Sogolon la abofeteó.

—*Bingoyi yi kase nan* —dijo la niña.

—Comen carne humana —dijo Sogolon.

Fue entonces cuando todos miramos la pierna que se estaba asando en el

espetón. Ogotriste la tiró al suelo de una patada.

—¿Están viajando? —pregunté.

—Sí —dijo Bibi.

—Pero la niña acaba de decir que la estaban sacrificando para poder compartir sus tierras.

—No son nómadas —dijo el Leopardo.

Caminó hasta mí, pero siguió mirando a Bibi.

—Y no están viajando, están cazando. Alguien les ha dicho que un botín de carne pasaría por este bosque. Nosotros.

La niña chilló. No, no era un chillido, no había miedo en él. Era una llamada.

—¡Id a por los caballos! —nos gritó el Leopardo—. ¡Y tapadle la boca a esa niña!

Incluso mientras corríamos, pudimos oír el rumor que venía del bosque. Un susurro procedente de todos los rincones y de todos los costados, acercándose más y más. Le di una palmada al caballo de Fumeli, que salió corriendo. Sogolon apareció con el suyo y se alejó al galope. La seguí, clavándole con fuerza las rodillas a mi yegua en los ijares. Bibi cabalgaba a mi lado, diciendo algo o riéndose, cuando un zogbanu salió de un salto de la maleza a oscuras con un garrote y lo derribó. No me detuve y su caballo tampoco. Sólo miré atrás una vez para ver cómo los zogbanus, muchos, se amontonaban encima de él hasta que el montón se convertía en colina. Y él no paró de gritar hasta que lo hicieron callar. Alcancé a Sogolon pero ellos nos alcanzaron a nosotros. Uno se me echó encima de un salto pero no me cogió, aunque sus cuernos le rajaron la grupa a mi yegua, que se encabritó y estuvo a punto de tirarme. Salieron dos más del bosque y la atacaron con las zarpas. Al primero se le clavaron varias flechas en la espalda y al segundo varias en el pecho y la cara. El Leopardo, que ahora iba en el mismo caballo que Fumeli, nos gritó que lo siguiéramos. Detrás teníamos a más zogbanus de los que nuestros ojos podían contar, gruñendo y rugiendo, a veces trabándose

los cuernos los unos con los otros y cayéndose juntos. Corrían por el bosque casi tan deprisa como los caballos. Salió uno de entre los árboles y su cara se topó con mi hacha. Deseé tener una espada. Sogolon tenía una y se dedicaba a cabalgar, cercenar y dar estocadas como si estuviera desbrozando maleza. Sin jinete que lo azuzara, el caballo de Bibi se quedó atrás. Los zogbanus se le echaron encima, todos a una, como a veces he visto a los leones hacer con un búfalo joven. Le clavé más fuerte las rodillas a mi pobre montura; todavía había muchos persiguiéndonos. Luego oí un zipzipzipzip a nuestro alrededor. Alguien estaba lanzando dagas. Las bestias tenían armas. Una alcanzó a Sogolon en el hombro izquierdo. La bruja soltó un gruñido de dolor pero siguió cercenando con la mano derecha. Más adelante pude ver al Leopardo y todavía más adelante un claro y un resplandor de agua. Estábamos saliendo al claro cuando de repente un zogbanu saltó sobre mi caballo por detrás de mí y me derribó. Rodamos por la hierba. Me agarró la garganta y me clavó las uñas en el cuello. Les gustaba la carne fresca, de manera que yo sabía que no me iba a matar. Pero estaba intentando que perdiera el conocimiento. Expulsó una bocanada de aliento hediondo que dejó una nube blanca. Tenía los cuernos más pequeños que el resto, era un espécimen joven con ganas de demostrar su valía. Busqué a tientas las dagas y le hundí una en el costillar derecho y otra en el izquierdo una y otra y otra vez, hasta que se desplomó encima de mí y no pude respirar. El Leopardo me lo quitó de encima y me gritó que corriera. Luego se transformó y gruñó. No sé si eso los asustó, pero para cuando llegué al lago, ya todo el mundo se había subido a una balsa de gran tamaño, incluidos la niña y mi caballo. Seguí dando tumbos mientras el Leopardo pasaba brincando a mi lado. La orilla estaba infestada de zogbanus, quizá hubiera diez y cinco, quizá veinte, tan pegados los unos a los otros que parecían una bestia enorme erizada de cuernos y espinas.

Sin que nadie la empujara, la balsa zarpó. Al frente, sentada como si estuviera rezando en su cuartito, sin ver el puto mundo arder a su alrededor, estaba Bunshi.

—Zorra nocturna, nos has puesto a prueba —dije.

—No es verdad —dijo Sogolon.

—¡No era una pregunta!

Sogolon no dijo nada, se limitó a quedarse allí sentada como si rezara aunque yo sabía que no lo estaba haciendo.

—Tenemos que volver a por Bibi.

—Está muerto —dijo Bunshi.

—No está muerto. Los zogbanus se llevan a sus víctimas vivas para comerse su carne fresca.

Se puso de pie y se giró para mirarme.

—No te estoy diciendo nada que no sepas. Lo que pasa es que no te importa —le dije.

—Es un esclavo. Nació para morir sirvien...

—Y tú podrías ser la hermana de tu madre. Bibi es de estirpe más noble que tú.

—Hablas en contra del agua...

Bunshi hizo un gesto con la mano y Sogolon guardó silencio.

—Hay cosas más importantes que...

—¿Que qué? ¿Que un esclavo? ¿Que un hombre? ¿Que una mujer? Todo el mundo en esta balsa está pensando: Por lo menos valgo más que un esclavo. Tardarán días en matarlo, lo sabes. Lo cortarán en pedazos y le quemarán todas las heridas para que no muera de gangrena. Ya sabes cómo operan los comedores de hombres. Y, sin embargo, hay cosas más importantes.

—Rastreador.

—No es un esclavo.

Y me tiré al agua.

A la mañana siguiente me desperté entre unos arbustos marrones y ralos con



una mano sobre el pecho. La niña de la noche anterior, que se había lavado parte de la arcilla, lo tocaba y lo palpaba como si admirara hierro porque sólo había visto latón. La empujé para apartarla. Ella se fue correteando a la otra punta de la balsa, justo a los pies de Sogolon, que estaba plantada como un capitán, sosteniendo su lanza como si fuera una vara de mando. Parecía que el sol ya llevaba un rato en lo alto, porque me quemaba la piel. Luego di un brinco.

—¿Dónde está Bibi?

—¿No te acuerdas? —dijo Sogolon.

Y mientras lo decía, me acordé. De cómo había regresado nadando por unas aguas que parecían grasa negra, y la orilla se había alejado más y más pero yo había usado mi rabia para llegar a ella. Los zogbanus ya no estaban, se habían vuelto al bosque. Yo no tenía mis hachas y sólo me quedaba un cuchillo. La piel del zogbanu me había parecido corteza de árbol, pero la tenía más blanda junto a las costillas, y como pasaba con todas las bestias, se la podía atravesar de un lanzazo. Alguien me agarró la mano con unos dedos ancianos. Unos dedos negros como la noche.

—Bunshi —dije.

—Tu amigo está muerto —me dijo.

—No está muerto porque tú lo digas.

—Rastreador, los zogbanus estaban cazando y nos hemos llevado su última comida. Al niño al que le hemos roto el cuello no se lo van a comer.

—Voy a ir de todos modos.

—¿Aunque signifique tu muerte?

—¿A ti qué más te da?

—Sigues siéndonos de gran utilidad. Es obvio que esas bestias te van a matar, ¿y de qué nos sirven dos cadáveres?

—Voy a ir.

—Por lo menos no dejes que te vean.

—¿Puedes hacerme un hechizo de ocultamiento?

—¿Qué soy, una bruja?

Miré a mi alrededor y pensé que se había ido hasta que la humedad se me metió entre los dedos de los pies. La luna estaba haciendo que el lago subiera por la orilla, no me cupo duda. Luego el agua me subió hasta los tobillos pero no regresó al lago. Aquello no era agua del lago, sólo algo negro, frío y húmedo que me subía por las piernas. Me entró el terror, pero sólo durante un parpadeo, y a continuación dejé que me cubriera. Bunshi estiró su piel por mis pantorrillas hasta llegarme a las rodillas, alrededor y por encima de éstas, me cubrió los muslos y el vientre y por fin el resto de la piel. Ciertamente, aquello no me gustó nada. Bunshi estaba fría, más fría que el lago, y sin embargo al bajar la vista quise ir al lago sólo para verme reflejado en el agua con el aspecto de ella. Al fin me llegó al cuello y me lo rodeó con tanta fuerza que le di una bofetada.

—Para de intentar matarme —le dije.

Ella aflojó su presa y me cubrió los labios, la cara y la cabeza.

—Los zogbanus ven mal en la oscuridad. Pero sí huelen y oyen y sienten tu calor.

Pensé que me iba a llevar ella, pero se quedó quieta. No llegamos muy lejos.

El fuego ya estaba ardiendo con furia en el cielo. Uno de los zogbanus agarró a Bibi de la cabeza y lo hizo incorporarse. Sostuvo la mitad de Bibi en el aire. Su pecho ya estaba abierto en canal para sacarle las tripas y las costillas estaban desplegadas como una vaca sacrificada para un festín. Lo tiraron sobre el asador y las llamas se elevaron para recibirlo.

Me desperté de golpe del sueño y vomité. Me puse de pie. No era el sueño lo que me había dado ganas de vomitar, sino la balsa. Pero ¿qué clase de balsa era aquélla? Un montón enorme de abono de hueso y hierba que parecía una pequeña isla, no algo hecho por el hombre. El Leopardo iba sentado al otro lado, con las piernas en alto. Me miró y yo lo miré a él. Ninguno de los dos saludó al otro. Fumeli estaba sentado a su lado, pero no me miró. Sólo

había sobrevivido uno de los caballos de las vituallas, lo cual reducía nuestras raciones a la mitad. La niña pintada estaba de rodillas junto a Sogolon, que estaba de pie. La isla balsa se hundía un poco bajo el peso del ogo. ¿Qué es esta cosa sobre la que estamos navegando?, quise preguntar, pero sabía que la respuesta se alargaría hasta la noche. Sogolon, plantada allí como si estuviera viendo tierras que nosotros no podíamos ver, estaba sin duda pilotando aquella embarcación con magia. La niña pintada me miró, arrebujaada en una piel curtida.

—¿Eres una bestia, como él? —me preguntó señalando al Leopardo.

—¿Lo dices por esto? —dije señalándome el ojo—. Esto es de perro, no de gato. Y no soy un animal, soy un hombre.

—¿Qué es el hombre y qué es la mujer? —preguntó la niña.

—*Bingoyi yi kase nan* —respondí yo.

—Tres veces me ha dicho eso durante la noche, hasta dormida —me contestó, señalando a Sogolon.

—Una chica es un animal cazado —le dije.

—Soy la gloriosa ofrenda de...

—Que sí, que sí.

Todo el mundo estaba tan callado que pude oír el gorgoteo del agua bajo la balsa. El ogo se dio la vuelta. Me dijo:

—¿Qué es el hombre y qué es la mujer? Pues es una pregunta simple con una respuesta simple, salvo cuando...

—Ahora no, Ogotriste —dije.

—¿Tu nombre? ¿Cómo te llaman? —le pregunté a la niña.

—Los jefes me llaman Venin. Llaman Venin a todos los elegidos. Él es Venin y ella es Venin. Las grandes madres y padres me eligieron ya antes de nacer para sacrificarme a los zogbanus. He estado en las plegarias desde que nací hasta ahora, y lo sigo estando.

—¿Por qué han venido tan al norte?

—Soy la elegida para ser sacrificada a los dioses con cuernos. También lo

fueron mi madre y la madre de mi madre.

—Tu madre y la madre de tu madre... Entonces ¿cómo estás tú aquí? Que alguien me recuerde por qué nos hemos traído a ésta —dije.

—Quizá deberías dejar de hacer preguntas cuando ya sabes la respuesta —dijo el Leopardo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde estaría yo sin la sabiduría del Leopardo? ¿Y cuál es esa respuesta que ya sé?

—Pues que a estas alturas ya se habrían comido al niño y a la niña hasta los huesos. Nos estaban esperando.

—Tu esclavista les dijo que veníamos —le dije al Leopardo.

—No es mi esclavista —me dijo.

—Sois unos necios los dos. ¿Para qué nos iba a mandar a una misión y luego impedirnos que la lleváramos a cabo? —preguntó Sogolon.

—Porque ha cambiado de opinión —le dije.

La bruja frunció el ceño. No tenía intención de decirle: Sogolon, lo que estás diciendo es verdad. El Leopardo asintió con la cabeza.

—Nada indica una traición del esclavista —dijo Sogolon.

—Claro que no. Los zogbanus sólo estaban siguiendo los vientos. Quizá nos haya traicionado alguien que está en esta balsa. O fuera de ella.

El sol estaba justo encima de nosotros y el lago se había vuelto de un azul más intenso. Bunshi estaba en el agua, la vi en las profundidades azules. Su piel, que de noche parecía negra, ahora se veía añil. Nadaba a toda velocidad como un pez, subía a la superficie y se hundía, se alejaba al este y luego al oeste. Era como esas criaturas acuáticas que he visto en los ríos. Una aleta bajándole por la nuca y el cuello; hombros, pechos y vientre de mujer, pero de la cintura para abajo una enorme cola de pez larga y escurridiza.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Sogolon, que hasta entonces no se había molestado en mirarme.

Por delante de nosotros no se veía nada más que la línea que separaba el lago del cielo, pero la bruja tenía la vista clavada allí.

—¿Nunca has visto un pez?

—No es un pez.

—Está hablando con Chipfalambula. Pidiéndole un favor más para el viaje que nos llevará al otro lado. A fin de cuentas, no estamos aquí con permiso.

—¿No estamos dónde?

—Necio —me dijo, y bajó la vista.

—¿En esto? —dije, y di una patada a la tierra.

Me molestaba que la bruja estuviera allí plantada como si fuera la líder. Pasé a su lado para ponerme al frente de la balsa y me senté. Allí el montículo descendía hasta hundirse en el lago. Vi el resto de la balsa bajo el agua. No era una balsa, era una isla flotante controlada por medio del viento o de la magia. Delante de nosotros nadaban dos peces más o menos igual de largos que yo.

Me negué a creerme lo que vi a continuación. Por debajo del agua, la isla abrió una hendidura justo delante de donde yo estaba sentado y se tragó al primer pez. Debajo de mi talón derecho vi que los ojos de Chipfalambula me estaban mirando. Di un brinco. Más abajo, sus enormes aletas, más grandes que barcas, remaban lentamente; la mitad que había debajo del agua era de color azul matinal y la mitad de encima era del color de la arena y la tierra.

—Popele le está pidiendo permiso a Chipfalambula la cobradora del peaje para que nos lleve al otro lado. Todavía no ha contestado —dijo Sogolon.

—Ya hace mucho que hemos zarpado. ¿No es ésa su respuesta?

Sogolon se rio. Bunshi emergió de un salto del agua y se volvió a sumergir por delante de aquella cosa, fuera lo que fuera.

—Chipfalambula no te lleva a las aguas profundas para transportarte al otro lado. Te lleva para devorarte.

Sogolon hablaba en serio. Nadie había sentido que aquella cosa se estuviera moviendo, pero todos lo notamos cuando se paró. Bunshi nadó hasta su misma boca y pensé que iba a ser devorada. Se le metió debajo y volvió a salir por el costado de su aleta derecha. La cosa la apartó de un

manotazo como si fuera una avispa y Bunshi subió volando al cielo y se volvió a zambullir en un punto lejano del agua. Regresó nadando en un abrir y cerrar de ojos y se subió encima del pez gigante. Caminó entre nosotros hasta plantarse junto a Sogolon. El pez gigante empezó a moverse de nuevo.

—Esta vaca gorda se está volviendo cada vez más cascarrabias con la edad —dijo.

Me acerqué al Leopardo. Seguía sentado con Fumeli, los dos con las rodillas pegadas al pecho.

—Quiero hablar contigo —le dije.

Se puso de pie y Fumeli lo imitó. Los dos llevaban faldas de cuero, y el Leopardo ya no estaba tan incómodo con la suya como en la Posada de Kulikulo.

—Sólo contigo —le dije.

Fumeli se negó a sentarse hasta que el Leopardo se giró hacia él y asintió con la cabeza.

—¿Qué es lo siguiente que vas a llevar, sandalias?

—¿Qué quieres? —me preguntó el Leopardo.

—¿Qué pasa, que tienes otros compromisos? ¿Otra reunión en el lomo de este pez?

—¿Qué quieres?

—Fui a ver a un patriarca para hablar de Basu Fumanguru. Sólo para ver si las historias eran ciertas. Me contó que la casa de Fumanguru había sucumbido a la enfermedad, presa de un demonio del río. Pero cuando lo amenacé con cortarme en la mano y arrojar mi sangre, levantó la vista al techo antes de que yo dijera nada. Sabía la verdad. Y estaba mintiendo. Las bisimbi no son demonios del río. No les gustan los ríos.

—¿O sea que es ahí adonde fuiste?

—Sí, es ahí adonde fui.

—¿Y dónde está ahora ese patriarca?

—Con sus antepasados. Intentó matarme cuando lo acusé de mentir. Pero

hay algo más. Creo que no sabía nada del niño.

—¿Y qué?

—¿Un jefe patriarca que no conoce a los suyos? Me dijo que el hijo más pequeño tenía diez y cinco años.

—Sigues hablándome con acertijos —dijo el Leopardo.

—Esto es lo que digo: el niño no era hijo de Fumanguru, da igual lo que digan Bunshi o el esclavista o quien sea. Estoy seguro de que el viejo patriarca sabía que iban a asesinar a Fumanguru, es posible que lo ordenara él mismo. Pero contó ocho cuerpos, los que esperaba.

—¿Está al corriente del asesinato pero no conoce la existencia del niño?

—Porque el niño no era hijo de Fumanguru. Ni pupilo suyo, ni pariente, ni siquiera su invitado. El patriarca intentó matarme porque vio que yo sabía que él estaba al corriente del asesinato. Pero no sabía que había otro niño. Quien fuera que estuvo detrás del asesinato no le reveló nada —dije.

—¿Y el niño no es hijo de Fumanguru?

—¿Por qué iba a tener un hijo secreto?

—¿Y por qué dice Bunshi que es su hijo?

—No lo sé.

—Olvídate del dinero o de los dioses. Por estos pagos la gente sólo comercia con mentiras —me dijo mirándome a los ojos.

—O bien la gente sólo te cuenta lo que cree que necesitas saber —le dije.

Miró a su alrededor un momento, a todos los que estábamos sobre el pez; miró un momento largo al ogo, que se había vuelto a dormir, y después a mí.

—¿Eso es todo?

—¿No te parece suficiente?

—Si tú lo dices.

—Me cago en los dioses, Leopardo. Algo se ha agriado entre nosotros.

—Es tu opinión.

—No, lo sé. Y ha pasado muy deprisa. Pero creo que es tu Fumeli. Hace unos días te lo tomabas a chiste. Ahora sois uña y carne y yo soy tu enemigo.

—¿El hecho de que seamos uña y carne, como tú dices, te convierte en mi enemigo?

—No es lo que he dicho.

—Es lo que has querido decir.

—Tampoco. No pareces tú.

—Parezco...

—Él.

Se rio, se volvió a sentar al lado de Fumeli y pegó las piernas al pecho como él.

La luz del sol se escapó de nosotros. La vi marcharse. Venin estaba al lado de Sogolon, contemplándola y a veces contemplando el lago, a veces juntando los pies cuando veía que estaba sentada sobre piel y no sobre suelo. Todos los demás dormían, observaban el lago, contemplaban el cielo o se ocupaban de sus asuntos.

Llegamos a la otra orilla al anochecer. No supe cuánto rato de sol quedaba. El ogo se despertó. Sogolon fue la primera en bajarse del pez, caminando junto a su caballo. Pisándole los talones, la niña iba agarrada del vestido de Sogolon, con miedo de alejarse aunque fuera un par de pasos, y quizá más ahora que se avecinaba la oscuridad. El ogo se bajó dando tumbos, todavía adormilado. El Leopardo dijo algo que hizo reír a Fumeli. Balanceó la cabeza de lado a lado y luego se frotó la frente contra la mejilla del chico. Agarró las riendas del caballo del chico y me adelantó. Siguiéndolo, Fumeli me dijo:

—¿Qué miras? ¿Estás buscando al siervo de los dátiles?

Cerré los puños con fuerza y lo dejé pasar. La niña Venin caminaba junto a Sogolon y Bunshi también, mientras le desaparecían las aletas de la nuca. Y allí las teníamos, a un centenar de pasos de nosotros, emergiendo de una niebla tan densa que descansaba sobre el suelo, con unos árboles altos como montañas y unas ramas largas que se extendían como dedos rotos. Acurrucadas, compartiendo secretos. De un verde tan oscuro que era azul.



Las Tierras Oscuras.

Yo había estado en ellas antes.

Nos detuvimos y miramos el bosque. Las Tierras Oscuras eran algo que las madres les contaban a los niños: un bosque de fantasmas y monstruos, tanto verdaderos como inventados. Un día de travesía nos separaba de Mitu. Rodear las Tierras Oscuras implicaba tres o cuatro días de viaje y también tenía sus peligros. Había algo en el bosque que yo no podía describir, y menos a los que estaban a punto de adentrarse en él. Los pájaros carpinteros repiqueteaban, avisando a las aves lejanas de nuestra llegada. Un árbol se abría paso entre los demás, como si buscara el sol. Se lo veía rodeado. Tenía menos hojas que los demás árboles y mostraba unas ramas extendidas como un abanico, aunque su tronco era fino. Las Tierras Oscuras ya me estaban infectando.

—Palo apestoso —dijo Sogolon—. Palo apestoso, palo amarillo, palo fierro, pájaro carpintero, palo apestoso, palo amarillo, palo fierro, pájaro carpintero, palo apestoso, palo amarillo...

Sogolon salió despedida hacia atrás. Volvió la cabeza de golpe a la izquierda como si alguien la hubiera abofeteado y luego a la derecha. Oí las bofetadas. Las oyó todo el mundo. Sogolon cayó y tembló, se detuvo, volvió a temblar, tembló una vez más y por fin se agarró la panza y gruñó algo en un idioma que yo había oído antes en las Tierras Oscuras. La niña, que le estaba agarrando el vestido, cayó con ella. Me miró con los ojos muy abiertos, a punto de gritar. Sogolon se puso de pie, pero el aire la volvió a derribar de un bofetón. Saqué las hachas, el ogo cerró los puños, el Leopardo se transformó y Fumeli sacó su arco. El arco del Leopardo. Yo todavía estaba hechizado por la Sangoma y ahora sentí el hechizo igual que uno siente el frío cortante en la brisa de una tormenta que se avecina. Sogolon se alejó dando tumbos, a punto de caerse dos veces. Bunshi fue detrás de ella.

—La locura la ha atrapado —dijo el Leopardo.

—No puedo dominar a éstos y controlar a aquéllos —dijo Sogolon en voz

baja, pero la oímos.

—Es vieja. La locura la coge y se la lleva —dijo Fumeli.

—Si ella es una loca, tú eres joven e idiota —le dije yo.

Bunshi intentó agarrarla, pero la bruja la apartó de un empujón. Sogolon cayó de rodillas. Cogió un palo y se puso a dibujar runas en la arena. Entre lo que parecía un puñetazo invisible y una bofetada invisible, las trazó en la tierra. El ogo ya había tenido bastante. Se puso los guantes de hierro y fue a zancadas hacia la bruja, pero Bunshi lo detuvo y le dijo que allí sus puños no podían ayudarnos. Sogolon hizo marcas y trazos y hoyos y rastrilló la tierra con los dedos, escribiendo runas y cayendo hacia atrás y soltando palabrotas hasta que consiguió dibujar un círculo a su alrededor. Por fin se puso de pie y tiró el palo. Algo se movió por el aire y se le echó encima. No pudimos verlo, sólo oímos la ráfaga de viento. Al cabo de un momento, también oímos un ruido de golpes, como de sacos arrojados contra una pared, primero uno, después tres, después diez y por fin una lluvia entera de ellos. Golpeando con fuerza una pared de nada que rodeaba a Sogolon. Luego silencio.

—Las Tierras Oscuras —dijo Sogolon—. Son las Tierras Oscuras. Todos se sienten más fuertes aquí. Se toman libertades como si tuvieran salvoconducto para salir del inframundo.

—¿Quiénes? —pregunté.

Sogolon estaba a punto de hablar, pero Bunshi levantó la mano.

—Espíritus muertos a quienes nunca les gustó la muerte. Espíritus que piensan que Sogolon los puede ayudar. La acosan con sus peticiones y se ponen furiosos cuando ella les dice que no. Los muertos se tienen que quedar muertos.

—¿Y estaban todos esperándonos en la entrada de las Tierras Oscuras? —pregunté.

—Aquí esperan muchas cosas —dijo Sogolon.

No mucha gente le sostenía la mirada, pero yo no soy como mucha gente.

—Estás mintiendo —le dije.

—Están muertos, eso no es mentira.

—He visto a mucha gente que pide ayuda desesperada, tanto vivos como muertos. Puede que te agarren, se aferren a ti y te obliguen a mirar, o hasta es posible que te arrastren hasta donde murieron, pero ninguno te abofetea como si fuera tu marido.

—Están muertos y eso no es mentira.

—Pero la bruja es la responsable y eso tampoco es mentira.

—A ti te persiguen los zogbanus. Pero hay más.

—Y los espíritus de esta orilla la persiguen a ella.

—¿Crees que me conoces? No sabes nada —dijo Sogolon.

—Sé que la próxima vez que te olvides de escribir runas en el cielo o en la tierra te derribarán de tu caballo o te empujarán por un precipicio. Sé que lo haces todas las noches. Me pregunto cómo duermes. *Tana kasa tano dabo*.

Tanto Bunshi como Sogolon se me quedaron mirando. Miré a los demás y dije:

—Si está en el suelo, es magia.

—Basta —dijo Bunshi—. Esto no nos está llevando a ningún sitio. Tenéis que llegar a Mitu y después a Kongor.

Sogolon agarró a su caballo de la brida, lo montó y luego ayudó a subir a la niña.

—Vamos a rodear el bosque —dijo.

—Pero tardaremos tres días, cuatro con el viento en contra —dijo el Leopardo.

—Aun así, lo vamos a hacer.

—Tú puedes ir adonde quieras —dijo Fumeli.

Yo no quería nada en el mundo más que abofetear a aquel chaval. Pero tampoco quería entrar en las Tierras Oscuras.

—La bruja tiene razón —dije—. En las Tierras Oscuras hay cosas que nos van a encontrar por mucho que nosotros no las estemos buscando. Nos estarán...

—Se tarda menos de un día en cruzar este bosque ridículo —dijo el Leopardo.

—Ahí dentro no hay nada que sea menos que nada. Tú no has entrado nunca.

—Ya estás como siempre, Rastreador, convencido de que lo que te ha derrotado a ti me va a derrotar a mí —dijo el Leopardo.

—Vamos a dar un rodeo —dije, y me giré hacia mi caballo.

El Leopardo murmuró algo.

—¿Qué?

—He dicho que hay algunos que se creen que se han vuelto mi amo.

—¿Por qué iba a querer yo ser tu amo? ¿Por qué iba a querer serlo nadie, gato?

—Vamos a cruzar el bosque. No es más que árboles y maleza.

—¿Qué es esta mala sangre que te ha entrado de golpe? Te digo que he estado en las Tierras Oscuras. Es un sitio de malos encantamientos. Dejas de ser tú mismo. Ni siquiera vas a reconocer a tu yo.

—El yo es lo que los hombres se dicen a sí mismos que son. Yo no soy más que un gato.

Aquella grosería no tenía sentido, y eso que yo lo había visto en sus momentos más descarados. Era demasiado brusca, como un forúnculo que se ha pasado años escondido y revienta de golpe. Luego el forúnculo abrió la boca:

—Cruzar las Tierras Oscuras es un día. Rodearlas son tres días. Cualquiera con sentido común elegiría lo mismo —dijo Fumeli.

—Bueno, hombre y muchacho, elegid lo que queráis. Nosotros no vamos a entrar —dije.

—El único camino posible es cruzarlo, Rastreador.

Agarró el caballo y echó a andar. Fumeli lo siguió.

—En las Tierras Oscuras todo el mundo encuentra lo que busca. A menos que tú seas lo que ellos están buscando —dije.

Pero ya no me miraban. Entonces el ogo echó a andar detrás de ellos.

—¿Por qué, Ogotriste? —le pregunté.

—A lo mejor se está empezando a cansar de tus versos malos —dijo Fumeli—: «En las Tierras Oscuras todo el mundo encuentra lo que busca». Pareces esos tipos de pelo blanco y piel arrugada que creen que dicen cosas sabias pero sólo están diciendo cosas de viejos.

El ogo se volvió para contestarme pero lo interrumpí, aunque debería haber dejado que se explicara durante varios días. Por lo menos eso habría impedido que se fuera con ellos.

—Da igual. Haz lo que tengas que hacer —le dije.

—Parece que el chico ha encontrado su utilidad —dijo Sogolon, y echó a cabalgar con la niña.

Monté mi caballo y la seguí. La niña pintada iba cogida de los costados de Sogolon, con la mejilla derecha apoyada en su espalda. El anochecer nos estaba persiguiendo y no perdía un momento. Sogolon se detuvo.

—¿Alguno de tus hombres ha entrado alguna vez en las Tierras Oscuras?

—El Leopardo ha dicho que sólo es un bosque.

—¿Ninguno ha entrado antes, ni siquiera el gigante?

—Es un ogo. A los ogos no les gusta que los llamen gigantes.

—El cerebro diminuto es lo único que lo salva.

—Explícate con claridad, mujer.

—Hablo tan claro como el agua del río. No van a llegar al otro lado.

—Llegarán si siguen el camino.

—Ya te has olvidado. Eso mismo es lo que el bosque quiere que hagas.

—Tendrán muchas cosas que contarnos al otro lado.

—¿Qué es este bosque? —dijo la niña pintada.

—¿No tienes nombre?

—Venin, ya te lo dije.

—¿Vas a volver a por tus amigos? —me preguntó Sogolon.

—No son mis amigos.

Las miré a ella y a Venin, y luego al cielo.

—¿Dónde está Bunshi?

Sogolon se rio.

—¿Cuánto vas a tardar en encontrar a los que se han ido si te cuesta tanto darte cuenta de que ya no están?

—No sigo las idas y venidas de las brujas.

—¿Vas a ir a por ellos o no?

—Ninguno me daría las gracias.

—¿Es gratitud lo que buscas? Sales barato.

Agarró las riendas.

—Si quieres salvarlos, sálvalos. O no. Menuda banda de compañeros ha terminado siendo esto. Bunshi y su compañía de hombres, por eso ha fracasado antes de empezar. No se puede tener a hombres de compañeros. Un hombre vivo no es más que un hombre que estorba. Quizá nos volvamos a ver en Mitu, o incluso en Kongor.

—Lo dices como si yo me fuera a volver.

—Te veré o no te veré. Confía en los dioses.

Sogolon se alejó al galope. No la seguí.

## DIEZ

La bruja tenía razón. Me desvié para meterme en el bosque antes de llegar al camino. Mi yegua se detuvo. Le acaricié el cuello. Nos adentramos en el bosque. Pensaba que habría una niebla fría, pero en cambio me llegó un calor húmedo que me arrancó el sudor de la piel. Había flores blancas abriéndose y cerrándose. Los árboles se elevaban hasta el cielo con plantas desconocidas brotándoles de los troncos. Había enredaderas que colgaban sueltas y otras que subían hasta los árboles, cuyas hojas tapaban la mayor parte del cielo; el poco cielo que se podía ver ya daba la impresión de que era de noche. Nada se movía ni se mecía, pero aun así los ruidos rebotaban por el bosque. Por todas partes me caían gotitas encima, pero estaban demasiado calientes para ser de lluvia. A lo lejos, tres elefantes bramaron y asustaron a la yegua. No se podía confiar nunca en los animales de las Tierras Oscuras.

Encima de mí, un pájaro carpintero tableteaba despacio, enviando un mensaje por encima y por debajo de su ritmo: Hay hombres cruzando el bosque. Hombres cruzando el bosque. Hombres cruzando ahora el bosque.

Por encima de mí se balanceaban diez y nueve monos, en silencio, sin malas intenciones, quizá con curiosidad. Aun así, nos estaban siguiendo. Los elefantes volvieron a bramar. No me di cuenta de que estábamos en el camino hasta que aparecieron justo delante. Un ejército entero. Bramaron, mecieron las trompas, se levantaron y pisotearon el suelo. Por fin cargaron contra nosotros. Con sus pisotones hacían retumbar el suelo, pero no lo hacían temblar. Me incliné sobre el cuello de la yegua y le tapé los ojos. Eso volvió a asustarla y se movió nerviosa, pero habría sido peor que viera a los elefantes. Pasaron a nuestro lado y también nos traspasaron. Eran fantasmas

de elefantes, o recuerdos de elefantes, o bien en algún lado había un dios soñando con elefantes. En las Tierras Oscuras nunca se sabía qué era carne y qué era espíritu. Sobre nosotros reinaba la noche cerrada, pero entre las hojas se filtraba una luz como de pequeñas lunas. Más a la izquierda, en lo que parecía monte desbrozado pero no lo era, había un grupo de simios: tres o cuatro al frente, apartando unas hojas muy grandes; cinco en el claro alcanzado por la luz, y unos cuantos más atrás, algunos descolgándose de las ramas. Uno de los simios abrió la boca para enseñar los dientes carniceros, largos y afilados, dos arriba y dos abajo. Yo no había aprendido nunca la lengua de los simios, pero sabía que si me detenía, cargarían y se escaparían y volverían a cargar, acercándose un poco más cada vez hasta agarrarnos a mí y al caballo y matarnos a golpes a los dos. No eran fantasmas de simios ni simios soñados, sino simios de verdad, a quienes les gustaba vivir entre los muertos. Rocé con la cabeza unas hojas que se abrieron para revelar varias ramas cargadas de bayas de colores vivos y parecidos a la sangre. Si me comía una, me pasaría un cuarto de luna durmiendo. Si me comía tres más, ya no me despertaría nunca. En aquel bosque perdido de la mano de los dioses, hasta las criaturas vivas jugaban con la muerte y el sueño. En lo alto, más pájaros graznaban y se carcajaban y trinaban y parloteaban, y también imitaban ruidos y chillaban y gritaban. A nuestro lado pasaron corriendo dos jirafas tan pequeñas como gatos domésticos y un jabalí del tamaño de un rinoceronte.

No debería haber ido allí. *No, no tendrías que haber venido*, me dijo una voz dentro y fuera de mi cabeza. No miré a mi alrededor. *Lo que sea que busques en las Tierras Oscuras, lo encontrarás*. Delante de mí colgaban unos hilos de seda fina, centenares y decenas de centenares, hasta el suelo.

Me acerqué un poco y vi que no era seda. Encima de mí, durmiendo boca abajo como murciélagos, había unas criaturas que yo no había visto nunca, pequeñas como ghommids y negras como ellos, pero colgadas boca abajo, aferradas a las ramas con las zarpas de los pies. La seda les salía de las bocas



abiertas. Eran sus babas. Lo bastante espesas como para que yo pudiera cortarlas con el cuchillo mientras las cruzaba a caballo. Ciertamente, había enjambres enteros de aquellas criaturas, colgando de todos los árboles. Cuando pasé junto a una que colgaba de una rama baja, abrió los ojos de golpe. Primero blancos, luego amarillos, luego rojos y por fin negros.

De todas formas era el momento de abandonar el camino, y mi yegua tenía sed. *Vete ahora o quédate*, me dijo una voz suave dentro de mi cabeza. Mientras la yegua bebía, el estanque se iluminó como si fuera de día. Cuando levanté la vista para mirar el cielo, seguía siendo de noche. Aparté a la yegua del agua. Su color azul no reflejaba el cielo. Su aire venía de otra parte, y no de ningún reino subacuático, porque yo lo habría notado. Era el espejo de un sueño, de un lugar donde el sueño era yo. Me puse en cuclillas y me incliné tanto hacia delante que a punto estuve de caerme al agua. Un suelo con dibujo como de estrellas, losas relucientes blancas, negras y verdes, pilares que se elevaban del suelo y tan altos que se salían del estanque. Un gran salón, un salón para un hombre de gran riqueza, más rico que un jefe o un príncipe. Vi qué era lo que relucía como estrellas. Había ribetes de oro en las juntas de las losas, oro arremolinándose en torno a los pilares, hojas de oro en las cortinas que se mecían al viento.

Y en aquella habitación entró un hombre, de pelo corto y rojo como una baya. Llevaba una agbadá negra que le arrastraba por el suelo y una capa que levantaba viento. En la espalda le aparecieron y le desaparecieron unas alas negras antes de que yo pudiera verlas bien. Alzó la vista como si viera algo detrás de mí. Echó a andar en mi dirección. Su túnica se extendió como las alas de antes y su mirada se fijó en algo. Gritó algo que no oí, agarró la lanza de un guardia y dio un paso atrás, preparándose para arrojarla. Me aparté de un salto del estanque y me caí de espaldas.

Y ahora me pasaron por la cabeza las palabras del Leopardo. *El único camino posible es cruzarlo*. Pero no era la voz del Leopardo. Me giré al este. Por lo menos mi corazón me decía que era el este; no tenía forma de saberlo.

Ya estaba oscureciendo en aquella dirección, pero yo todavía podía ver. La última vez que había estado en las Tierras Oscuras aquel espíritu se había anunciado con claridad, como el asesino que le anuncia a su víctima ya atada lo que va a hacerle mientras lo está haciendo. El bosque era demasiado denso y las ramas colgaban demasiado bajas para poder seguir avanzando a caballo, así que me bajé de un salto y llevé a la yegua a pie. Olí su hedor a quemado antes de oírlos, y supe que me estaban siguiendo.

—Yo pa mí que no nos caben ni éste ni el grande.

—¿Y un trozo del grande? Un trozo alcanza.

—Yo pa mí que se va a escapar él, se va a escapar ella, se van a escapar tos.

—No si los hacemos cruzar el arroyo muerto. Mal fario en el viento de la noche. Mal fario en las narices.

—Je, je, je, je. Pero ¿qué hacemos con lo que queda? Si nos jartamos y dejamos una parte, se va a poner mala y pudrirse y los buitres se van a atracar hasta ponerse gordos y cuando nos llegue otra vez el hambre, la carne ya no estará.

Aquellos dos se olvidaban de que yo ya los conocía de la otra vez. Ewele era rojo y peludo, tenía unos ojos negros y pequeños como semillas y daba saltos como de rana. Era el que hablaba más fuerte, siempre estallando de rabia y de maldad, y conspirando tanto que quizá habría conseguido algo si no fuera igual de listo que una cabra noqueada. Y Egbere, el más callado, que siempre gimoteaba flojito y lloraba por toda la pobre gente a la que se comía, porque lo sentía muchísimo o eso les decía a todos los dioses que quisieran escucharlo, hasta que le volvía a entrar el hambre. Y entonces era más salvaje todavía que su primo. Egbere era azul cuando le daba la luz pero negro el resto del tiempo. Calvo y reluciente, a diferencia de su primo peludo. Los dos sonaban como chacales gruñendo en pleno folleteo violento. Yo me acababa de escapar de su trampa, una red hecha con la tela de una araña gigante.

La Sangoma nunca me había enseñado el hechizo, pero yo la había visto

hacerlo y me había aprendido el texto de memoria. Menudo desperdicio usar el hechizo con ellos, pero iba a perder mucho más tiempo si esperaba a que terminaran de urdir su plan. Le susurré el hechizo al cielo. Los dos pequeños ghommids seguían peleándose mientras saltaban de rama en rama por encima de mí. Y entonces:

—¿Adónde ha ido? ¿Adónde ha ido? ¿Dónde está?

—¿Quién quién quién?

—¡Él él él! ¡Mira mira mira!

—¿Adónde ha ido?

—Eso ya lo he dicho yo, idiota.

—Ya no está.

—Y la mierda apesta y el meao es rancio y un tonto es un tonto, como tú.

—Se ha ido, se ha ido. Pero su caballo sigue ahí.

—Es hembra.

—¿Quién?

—El caballo.

—El caballo, el caballo, cojamos el caballo.

Se descolgaron del árbol. Ninguno iba armado, pero los dos abrieron unas bocas anchas como ranas abiertas de oreja a oreja, con unos dientes largos, puntiagudos y numerosos. Egbere se abalanzó sobre el caballo para saltarle sobre la grupa, pero se topó con mi patada y mi talón le aplastó la nariz. Se cayó de espaldas y gritó.

—¿Por qué me das una patada, hijo de una puta medio gata?

—Pero si estoy detrás de ti, idiota. ¿Cómo te voy a dar una...?

Le arreé un hachazo a Egbere en toda la frente y le clavé la hoja hasta el fondo, la saqué y se la clavé en el cuello. Seguí dando hachazos hasta que se le desprendió la cabeza. Ewele gritó y gritó que el viento estaba matando a su hermano, el viento estaba matando a su hermano.

—Pensaba que era tu primo —le dije.

—¿Quién es? ¿Quién es el demonio del cielo que ha matado a mi

hermano?

Conozco a los ghommids. En cuanto se disgustan, pierden el control. Ya no iba a dejar de llorar.

—¡Has matado a mi hermano!

—Calla la boca. Le volverá a crecer la cabeza dentro de siete días. A menos que se le infecte, entonces lo único que le crecerá será una bola enorme de pus.

—¡Déjate ver! ¡Tengo hambre de matarte!

—Es mi tiempo lo que estás matando, trasgo.

*No tienes tiempo*, me dijo alguien en mi cabeza. Esta vez lo oí con claridad. Era una voz masculina y me hablaba como si yo lo conociera, con calidez de viejo amigo, aunque sólo en su sonido, porque la sensación que producía era fría como las regiones inferiores de las Tierras de los Muertos, que he visitado en un sueño. La voz me sacó de mi ensimismamiento y Ewele me atacó. Gritó y la boca se le abrió enorme, los dientes se le afilaron más, el trasgo se volvió todo boca y dientes, igual que esos peces enormes que he visto en las profundidades del mar. Y a medida que rabiaba se iba volviendo más fuerte. Lo aparté de mi cara con la mano pero tenía el pellejo resbaladizo. Intentó morderme una vez y otra y otra, pero salió volando por los aires y se esfumó. Mi yegua lo acababa de apartar de una coz. Monté en ella y salí al galope.

*¿Por qué has vuelto?*, me dijo la voz.

—No he vuelto. Estoy de paso.

*De paso. Pero estás en el camino.*

—La yegua no puede ir mucho rato por el bosque.

*Ya lo sabía yo.*

—No sabes nada, me cago en los dioses.

*Ya sabía yo que volverías.*

—Me cago en los dioses.

*¿Qué clase de historia van a contar sobre ti los griots? No tienes historia.*

*No le sirves de nada a nadie. Nadie depende de ti, nadie confía en ti. Deambulas como los espíritus y los diablos, pero hasta sus devaneos tienen más propósito que tú.*

—¿A eso se reduce la gente? ¿A su propósito? ¿A su utilidad?

*No tienes propósito. Eres un hombre al que nadie quiere. Cuando te mueras, ¿quién llorará por ti? Tu padre se olvidó de ti antes de que nacieras. Te criaron en una casa donde habían asesinado el recuerdo. ¿Qué clase de héroe eres?*

—¿Eso es lo que quieres? ¿Un héroe?

*Tengo noticias de tu padre y de tu hermano.*

Paré el caballo.

—¿Vuelven a estar decepcionados? ¿Van cabizbajos de vergüenza por el inframundo? Parece que nunca cambian, mi padre y mi hermano.

*Tengo noticias de tu hermana.*

—No tengo hermana.

*Han pasado muchas cosas desde que te fuiste de casa de tu madre.*

—No tengo hermana.

*Y ella no tiene hermano. Pero sí tiene un padre, que también es su abuelo. Y una madre que es también su hermana.*

—¿Me estás diciendo que soy yo quien ha traído la vergüenza a su familia?

*¿Qué quieres?*

—Quiero que me mates de una vez o te calles.

*¿Qué clase de hombre no tiene cualidades?*

—Para ser un espíritu, me alucina cuánto te importa lo que piensen los hombres ordinarios. Hablas del propósito como si los dioses lo cagaran con su culo divino y luego se lo dieran a los hombres con algún discernimiento. Yo tenía un propósito, que me otorgaron mi sangre, mi padre y mi abuelo. Tenía un propósito y les dije que se lo metieran por el culo. Usas la palabra *propósito* como si tuviera algo noble, algo procedente de los mejores dioses.

El propósito son los dioses diciendo lo mismo que les dicen los reyes a los hombres sobre los que quieren reinar. Tu propósito se puede ir mil veces al carajo. ¿Quieres saber cuál es mi propósito? Matar a los hombres que mataron a mi padre y a mi hermano y dejaron a un abuelo follándose a mi madre. Matar a los hombres que mataron a mi hermano, y lo mataron porque él había matado a uno de los suyos. Que a su vez había matado a alguien de su familia, que a su vez había matado a uno de su tribu, y así sucesivamente hasta que se mueran los dioses. Mi propósito es vengar a mi sangre para que un día puedan venir a vengarse de mí. Así que no, no quiero tener propósito y no quiero hijos nacidos de la sangre. ¿Quieres saber qué quiero? Pues quiero matar esta estirpe. Esta enfermedad. Acabar con este veneno. Que mi nombre termine conmigo.

*Soy tu...*

—Eres un anjonu y me aburres.

Algo parecido a un grito salió del bosque. Las mismas hojas me rozaron los brazos, los mismos olores me pasaron alrededor. Llegué a un claro que acababa de atravesar. Por aquellos pagos los árboles engañaban.

*Cierras tu mente igual que un niño furioso cierra los puños.*

Llegamos a otro claro, donde la hierba era baja y el aire, vespertino. O bien de primera hora de la mañana. En las Tierras Oscuras siempre reinaba la oscuridad pero nunca era de noche. Nunca era noche cerrada, nunca era el mediodía de los muertos. En el claro, construida en torno a la base de un assegai, había una choza revestida con bosta de vaca. Bosta seca pero de hedor fresco. Detrás de la choza, tumbado boca arriba con las piernas muy abiertas, estaba el ogo.

—¿Ogotriste?

Estaba muerto.

—¿Ogotriste?

Estaba dormido.

—Ogotriste.

Gimió, pero sin despertarse.

—Ogotriste.

Volvió a gemir.

—El mono loco, el mono loco —dijo.

—Despierta, Ogotriste.

—No, no, dormido... No... No duermo.

Cierto, yo pensaba que estaba dormido y por eso hablaba como un loco. O quizá tenía una pesadilla terrible en la que no sabía que estaba dormido.

—El mono loco...

—El mono loco ¿qué ha hecho?

—El... mono... el... mono... me ha soplado polvo de hueso.

Polvo de hueso. El Anjonu había intentado adueñarse de mí una vez con aquel truco, pero yo seguía llevando la protección de la Sangoma, incluso en aquel bosque. Así que había estudiado otras maldades, intentando averiguar adónde no llegaba el hechizo de la Sangoma. Él afirma que habla con tu cabeza, o hasta con tu espíritu, pero sólo es un demonio menor que odia su forma y que le hace un conjuro ogudu a cualquiera que tiene la mala suerte de cruzarse en su camino. Te sopla el polvo de hueso y tu cuerpo se va a dormir, aunque tu mente se queda despierta y aterrorizada.

—Ogotriste, ¿te puedes sentar?

Intentó sentarse pero se volvió a caer. Volvió a levantar el pecho y se cayó otra vez sobre los codos. Se detuvo un momento y la cabeza se le fue hacia atrás como si fuera un niño soñoliento hasta que se despertó de golpe.

—Date la vuelta e incorpórate —le dije.

Si el polvo de hueso podía hacerle aquello a un ogo, dejarlo así de borracho, entonces los otros dos debían de estar sumidos en un letargo más profundo que el de los muertos. Ogotriste intentó levantarse como pudo.

—Espacio..., espacio..., gran gigante.

—No soy un gigante. Soy un ogo —dijo él.

Yo sabía que aquello lo molestaría. Se incorporó hasta sentarse, pero se le

empezó a bambolear la cabeza.

—Gigante es lo que te llaman. ¡Gigante!

—No soy un gigante —intentó gritar él, pero el farfullar se le comió las palabras.

—Mírate babeando en el suelo, no eres nada.

Se puso de pie y se tambaleó tanto que tuvo que agarrarse al árbol. Si nos tocaba correr, no íbamos a poder salir de aquel bosque. Negó con la cabeza. Iba a tener que venirse borracho, pues. En el peor de los casos, siempre podía caerse sobre nuestro enemigo y eso no iba a ser ninguna broma.

—El mono loco..., polvo de hueso..., dentro..., los ha llevado... dent...

—¿Los otros están dentro?

—¿Eh?

—¿Dentro de la choza?

—Ya te lo he dicho.

—No te me pongas chulo, gigante.

—¡No soy un gigante!

Aquello lo enderezó del todo. Luego se volvió a encorvar. Fui con él y le agarré el brazo. Bajó la vista y volvió la cabeza a un lado, como si algo extrañísimo le hubiera aterrizado en el brazo.

—El polvo de hueso es uno de los trucos favoritos del Anjonu, pero dentro de cinco vueltas del reloj de arena estarás como nuevo. Debes de llevar bastante rato ya bajo su embrujo.

—Polvo de hueso, el mono loco...

—No paras de repetirte, Ogotriste. El Anjonu es un espíritu feo y malvado, pero no es un mono.

De repente me vino la idea a la cabeza. Al Anjonu le gusta atormentar, pero siempre atormenta con la sangre, con la familia. ¿Por qué iba a embrujar al ogo, al Leopardo, o incluso al chico? Las Tierras Oscuras tienen a los muertos, a los que nunca nacieron, a los que son como espíritus y a los que han dejado salir del inframundo. Pero como yo no había visto a muchos, me



había olvidado de que el lugar también estaba infestado de hasta la última criatura cruel malnacida. Peor que los hombres murciélago que dormían y babeaban.

—¿Cabes por la puerta?

—Sí, he intentado ir antes pero me he quedado... quedado... quedado...

—No durará mucho, ogo.

Dentro de la choza no olía a bosta de vaca sino a carne en salmuera. El interior de la choza estaba bañado de un resplandor como de luz del día, pero que no venía de ninguna parte, y aquella luz iluminaba una alfombra roja en el centro de la habitación y una pared cubierta de cuchillos, sierras, puntas de flecha y alfanjes. El Leopardo estaba tumbado boca abajo en la alfombra, con la espalda cubierta de manchas y la parte de atrás de los brazos erizada de pelo. Había intentado transformarse, pero el conjuro ogudu era demasiado fuerte. Los dientes le habían crecido y le asomaban de los labios. Fumeli estaba tumbado boca arriba en el suelo de tierra. Me agaché junto al Leopardo y le toqué la nuca.

—Gato, sé que puedes oírme. Sé que quieres moverte pero no puedes.

Lo imaginé intentando moverse, intentando girar la barbilla, intentando mover aunque sólo fueran los ojos. El ogo, todavía tambaleándose, entró por la puerta y se golpeó la cabeza.

—¿Una choza de bosta con puerta? —dijo.

—Ya sé.

—Mira, ot... otra.

Había una puerta alineada con la primera en la otra punta de la choza. El ogo se inclinó demasiado hacia allí y trastabilló. Se apoyó en la pared.

—¿Quién ha cerrado esa puerta a cal y canto? ¿Quién la ha infestado... con tantos cerrojos?

La puerta parecía robada de la choza de otra persona. Tenía cerrojos y pestillos de arriba abajo en uno de sus lados, desde el borde superior de la puerta hasta el suelo.

*Eso es...*

—¿Es qué?

—¿Qué... qué es qué?

—No hablo contigo, Ogotriste.

—Entonces ¿con qui...? No para de darme vueltas la cabeza.

*Conoces esa puerta.*

—Para de hablar conmigo.

—No estoy... hablando contigo.

—No te lo digo a ti, Ogotriste.

*Sólo hay diez y nueve de esas puertas en todas las tierras, y una en este bosque que llamas las Tierras Oscuras.*

—Ogotriste, ¿puedes cargar con el Leopardo?

—¿Si puedo...?

—¡Ogotriste!

—Sí, sí, sí, sí, sí.

—Yo llevaré al chico.

*Seguro que has oído hablar de las diez y nueve puertas.*

—Otro truco.

—¿Con quién estás hablando? —dijo Ogotriste.

—Con un demonio menor que no se calla.

—Una vez trabajé para esclavistas —dijo el ogo.

—Ahora no, Ogotriste.

—No sé... por qué... me da tantas vueltas la cabeza. Pero pasé mucho tiempo trabajando para un esclavista. Una vez detuve una revuelta de esclavos yo solo, con estas manos que aquí ves. Me dijeron que podía matar a cinco sin afectar a sus beneficios, de manera que maté a cinco. No sé por qué. Sé por qué los maté, pero..., la cabeza me da vueltas. No sé por qué estaba trabajando para un esclavista... ¿Sabías que no existen mujeres ogo? O por lo menos yo no he encontrado a ninguna en todas las tierras que he visto... Fíjate, Rastreador..., ¿por qué quiero contártelo?, ¿por qué tengo tantas ganas

de contártelo? Nunca he..., jamás..., nunca he estado con una mujer, porque... ¿con qué mujer se va a aparear el ogo sin matarla...? Y si no la mata esto...

Se levantó la falda. La tenía tan larga y gruesa como mi brazo entero.

—Y si no la mata esto, está claro que la mataría parir a un ogo. No conozco a mi madre, igual que ningún ogo conoce a la suya. El rey del Sur intentó criar a una raza de ogos para que combatieran en la última guerra. Secuestró a chicas..., algunas muy jóvenes, algunas todavía sin edad de quedarse encinta..., maldad, brujería, magia del mediodía. No produjo ni un solo ogo, pero ahora hay monstruos sueltos por el mundo. No somos una raza..., somos un accidente.

—Agarra al Leopardo, Ogotriste —le dije.

El ogo se detuvo, todavía tambaleándose, levantó al Leopardo cogiéndolo de la cintura y se lo echó sobre el hombro derecho. Fumeli pesaba tan poco como yo me había imaginado; me lo eché sobre el hombro derecho y recogí su arco. El ogo fue a la puerta y se detuvo.

—El mono loco...

—Ogotriste, no hay ningún mono loco. El Anjonu estaba intentando engañarte.

*Kafin ka ga biri, biri ya ganka.*

—El mono loco...

*Antes de que veas al mono, el mono te habrá visto a ti.*

Otra vez el grito. Un largo IIIIIIIIIII que resonó a través de las hojas. Fui hasta la puerta. La criatura debía de estar a doscientos pasos y moviéndose muy deprisa. Más deprisa que un caballo al galope, y viniendo hacia la puerta. Agitando los brazos, dando brincos enormes con las piernas, las rodillas llegándole casi a la barbilla. En un momento dado se detuvo y levantó la nariz en el aire, captando un olor en el viento; por fin miró hacia nosotros y volvió a salir disparado, dando dentelladas y escupiendo. Meneando la gruesa cola y dando latigazos con ella. Piel de hombre, pero también de color verde putrefacto. Corría con la cabeza por delante, con los

ojos saliéndosele de las órbitas, el derecho pequeño y el izquierdo más grande y humeante. Volvió a gritar y los pájaros fantasma echaron a volar. Demasiado deprisa. Los jirones de ropa le aleteaban en torno al cuerpo.

—¡La puerta, Ogotriste, la puerta!

Ogotriste tiró al Leopardo al suelo, cerró de un portazo y corrió los tres cerrojos. Un golpe seco golpeó la puerta como un relámpago. Ogotriste dio un brinco. La criatura soltó otro IIIIIIIII, amenazando con ensordecer a todo el que estuviera cerca.

—Mierda —dije.

Las paredes de la choza eran de hojas finas y mierda seca. La criatura las atravesaría de un puñetazo en cuanto se diera cuenta de que podía. Se dedicó a dar golpes y más golpes y la madera vieja empezó a resquebrajarse. Soltó otro IIIIIIIII y luego otro. Ogotriste recogió al Leopardo del suelo.

—La puerta —dijo.

Creí que estaba señalando la puerta de delante, pero me estaba indicando con la cabeza la de detrás. La criatura abrió un agujero de un puñetazo en la puerta de delante y metió la cabeza por él. Su cara tenía forma de cara de hombre cruzado con demonio. El ojo izquierdo le humeaba literalmente. Tenía una nariz aplastada de simio y unos dientes largos y podridos. Gruñó y escupió por el agujero y luego dejé de verlo. Oí sus pasos, más rápidos y enérgicos, corriendo hasta chocar con la puerta. Las bisagras se partieron pero la puerta no se desprendió. IIIIIIIIIII. Se apartó para cargar otra vez.

Ogotriste fue agarrando todos los cerrojos y arrancándolos uno a uno de la puerta de atrás. El mono loco embistió la madera y su cabeza entera la atravesó. Intentó sacarla pero se le había quedado atascada. Levantó la vista para mirarnos y vociferó y gritó y gruñó y oí que su rabo daba latigazos contra la choza. Nos giramos hacia la puerta de atrás y vimos que todos los cerrojos que Ogotriste había arrancado volvían a estar en su sitio.

—La tercera vez atravesará la puerta del todo —dije.

—¿Qué clase de magia es ésta...? ¿Qué clase de magia? —dijo Ogotriste.

Me planté a su lado y estudié aquella puerta. Tenía magia, pero mi olfato no me sirvió para desentrañar su origen. Susurré un hechizo que no recordaba haber oído nunca. Nada. Aquello no era para nada como la casa de Malakal. Era algo en la lengua de la Sangoma, no en la mía. Volví a susurrar tan cerca de la puerta que mis labios besaron la madera. Se encendió una llama en la esquina superior izquierda y se propagó alrededor del marco. Cuando se apagó el fuego, también se habían esfumado los cerrojos.

Ogotriste pasó a mi lado y abrió la puerta de un empujón. Entró de golpe una luz blanca. El mono loco soltó otro IIIIIIIIIII. Yo quería quedarme y pelear, pero tenía a dos hombres dormidos y a un tercero que se podía caer redondo en cualquier momento.

—Rastreador —dijo Ogotriste.

La luz bañaba de blanco la choza entera. Recogí a Fumeli. El ogo cogió al Leopardo y cruzó la puerta primero. Lo seguí renqueando. Un estruendo detrás de nosotros me hizo girarme y vi desprenderse la puerta delantera. El mono loco cargó en nuestra dirección, chillando, pero cuando sus colmillos mellados llegaban ya a la puerta de atrás, ésta se cerró de golpe, dejándonos en la oscuridad y el silencio.

—¿Qué sitio es éste? —preguntó Ogotriste.

—El bosque. Estamos en el bos...

Regresé a la puerta que acabábamos de dejar atrás. Sabía que era un error, pero la abrí de todas maneras, sólo un poco, y me asomé al interior. Un cuarto polvoriento, con losetas de piedra y estantes del suelo al techo con libros, papiros, papeles y rollos de pergamino. No había ninguna puerta rota. Y ningún mono loco. Al final de ese cuarto nuevo, otra puerta que Ogotriste abrió.

Sol. Niños corriendo y escabulléndose, vendedoras de un mercado gritando y vendiendo cosas. Mercaderes avistando negocios provechosos, esclavistas vendiendo carne roja de esclavos, edificios bajos y voluminosos, edificios finos y altos, y a lo lejos una gran torre que yo conocía.

—¿Estamos en Mitu? —dijo Ogotriste.

—No, amigo mío. En Kongor.

# 3

## SEIS HIJOS Y UNO MÁS

*Ngase ana garkusa ura a dan  
garkusa inshamu ni.*

# KONGOR

1. CASA DE BIENES Y SERVICIOS PLACENTEROS DE LA SEÑORITA WADADA
2. CASA DE BASU FUMANGURU
3. CALLEJÓN DE LOS MERCADERES DE PERFUMES
4. LA TORRE DEL GAVILÁN NEGRO
5. CASA DEL VIEJO NOBLE
6. FUERTE DEL EJÉRCITO DEL CACIQUE KONGORI
7. REGISTRO CIVIL
8. CASA MEDIO HUNDIDA
9. CANAL NIMBE





## ONCE

—A los muertos hay que dejarlos con los muertos. Ya se lo dije.

—¿Antes o después de que entráramos en las Tierras Oscuras?

—Antes, después, los muertos son los muertos. Los dioses me dijeron que os esperara. Y mirad... Estáis vivos e ilesos. Confiad en los dioses.

Sogolon me miró sin sonreír y sin burla. La única forma de que todo esto le hubiera importado menos hubiera sido que lo intentara.

—¿Hizo falta que los dioses te pidieran que esperaras?

Me había despertado cuando el sol había llegado a la mitad del cielo y obligado a las sombras a soterrarse. Las moscas zumbaban por la habitación. Me había dormido y me había despertado tres veces antes de que el Leopardo y Fumeli se despertaran una, y el ogo había conseguido quitarse de encima el embotamiento del conjuro ogudu. Estábamos en una habitación desnuda y en penumbra, con las paredes del color marrón verdoso de la mierda fresca de gallina y sacos amontonados hasta el techo. Estatuas altas apoyadas las unas en las otras, compartiendo secretos sobre mí. El suelo olía a grano, a polvo, a botellas de perfume perdidas en la oscuridad y a mierda de rata. Sobre las dos paredes laterales y enfrentadas había tapices hasta el suelo, de tela ukuru azul con figuras blancas de amantes y árboles. Yo estaba tumbado en el suelo, con mantas y esteras de muchos colores por encima y por debajo. Sogolon estaba de pie junto a la ventana, con aquel vestido de cuero marrón que llevaba siempre, mirando al exterior.

—Has dejado toda tu mente en el bosque.

—Mi mente está aquí mismo.

—Tu mente todavía no ha llegado aquí. Tres veces te he explicado ya que

aquel trayecto rodeando las Tierras Oscuras requería tres días, y que nosotros tardamos cuatro.

—En el bosque sólo pasó una noche.

Sogolon se rio con un jadeo.

—O sea que hemos llegado con tres días de retraso —dije.

—Estuvisteis perdidos en ese bosque veinte y nueve días.

—¿Qué?

—Ha pasado una luna entera desde que entrasteis allí.

Y quizá fue entonces, igual que las dos últimas veces que la bruja me lo había explicado, cuando me volví a acostar sobre las esteras, aturdido. Todo lo que no estaba muerto tenía veintinueve días —una luna entera— para crecer, incluyendo la verdad y las mentiras. Durante ese tiempo la gente que estaba de viaje regresaba. Unas criaturas envejecían y otras morían, y las que ya estaban muertas se deshacían en polvo. He oído hablar de grandes bestias que pasan inviernos enteros durmiendo, y de hombres que enferman y no se levantan más, pero ahora me daba la sensación de que alguien me había robado mis días y a la persona que yo debía de haber sido durante ellos. Mi vida, mi aliento, mi caminar... Me vino a la cabeza por qué odio la brujería y toda la magia.

—Yo ya había estado antes en las Tierras Oscuras. Pero la primera vez no se paró el tiempo.

—¿Quién te hizo el cómputo de ese tiempo?

Yo sabía qué quería decir Sogolon detrás de los dobles sentidos de las brujas. Lo que me estaba diciendo, no en voz alta, sino con palabras dentro de las palabras, era que yo no le importaba a nadie en el mundo lo suficiente como para contar los días que me habían desaparecido. Me miró como si esperara respuesta. O por lo menos una respuesta de tonto a la que ella pudiera replicar con una burla ingeniosa. Pero yo me la quedé mirando hasta que apartó la vista.

—Ha pasado una luna entera desde que entrasteis en el bosque —repitió,

pero en voz baja, como si no hablara conmigo.

Miró por la ventana.

—La confianza en los dioses es la única razón de que me haya pasado una luna esperando en Kongor. Si mi voluntad estuviera por encima de la de los dioses, ardería este sitio entero y cada persona que hay en él. En Kongor no se puede confiar en nadie.

—No se puede confiar en nadie en ninguna parte —dije.

Ella se estremeció cuando vio que la había oído.

—Te doy gracias por esperarme en una ciudad que te asquea —le dije.

—No lo he hecho por ti. Ni siquiera por la diosa.

—¿Puedo preguntar por quién?

—Hay demasiados niños en Kongor cuyas historias no tienen final. De esto hace más de doscientos años, viene de antes de que yo fuera niña. Así pues, hagamos que éste sea el único niño cuya historia tiene final, por amargo que sea, y no uno más de los que aparecen sin cabeza cuando se retiran las aguas.

—¿Perdiste a una criatura? ¿O la criatura eras tú?

—Debería haber puesto distancia entre esta ciudad y yo. Debería haberme marchado cuando pasaron cuatro noches sin que aparecierais. La última vez que caminé por estas calles un hombre de buena cuna pagó a cinco sicarios para que me raptaran y así poder enseñarme para qué sirven las mujeres feas. Aquí, en Tarobe. No podía pegar a su mujer porque su mujer tenía sangre real, así que me raptó para eso.

—Los amos kongori siempre han sido crueles.

—Asno corto de luces, aquel hombre no era mi amo, era mi secuestrador. Un hombre sabría la diferencia.

—Podrías haberte escapado y acudir a un prefecto.

—Son hombres.

—A un magistrado.

—Son hombres.

—A un patriarca de oído atento, a un inquisidor, a un vidente.

—Hombres. Hombres. Hombres.

—La justicia podría haber caído sobre tu secuestrador.

—Y la justicia cayó. Cuando aprendí un conjuro y la criatura que su esposa llevaba en el vientre la devoró desde dentro. Y algo más brotó de dentro del hombre.

—¿Un conjuro?

—Mi cuchillo.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en Kongor?

—Amadu debería pagarme el doble sólo por haber vuelto aquí.

—¿Cuándo fue la última vez, Sogolon?

—Ya te lo he dicho.

Un ruido llegó brincando hasta las ventanas, pero tenía un orden y un ritmo, un repiqueteo y un arrastrar, un golpeteo de sandalias y botas, un trote de cascos de caballos sobre tierra dura, y gente respondiendo con ooohs a los aaahs de otra gente. Fui con ella hasta la ventana y miré fuera.

—Vienen de todos los rincones del Norte y algunos de la frontera sur. Los hombres de la frontera llevan un pañuelo rojo en el brazo. ¿Los ves?

La calle llegaba hasta detrás de la casa, varias plantas más abajo. Igual que la mayor parte de Kongor, estaba construida de adobe y piedra, con mortero para impedir que las lluvias deshicieran los muros, aunque el muro lateral parecía la cara de un hombre aquejado de viruela. Seis plantas de altura, diez y dos ventanas de lado a lado, algunas con persianas de madera, algunas abiertas y otras con una plataforma fuera para colocar plantas pero no para soportar el peso de los hombres, aunque había muchos niños de pie y sentados en ellas. Como todos los edificios de Kongor, parecía acabado a mano. Alisado con las palmas y los dedos, calibrado por medio de la antigua ciencia de confiar en que el dios del oficio y la creación midiera cuál era el peso apropiado y la altura apropiada. Algunas de las ventanas no estaban en fila, sino unas encima de las otras, formando dibujos, y algunas eran más

altas y tenían formas imperfectas, aunque regulares, y estaban fabricadas con meticulosidad de maestro o bien con el restallar del látigo de un amo de esclavos.

—Esta casa pertenece a un hombre del sector de Nyembe. Está en deuda conmigo por muchas cosas y muchas vidas.

Sogolon miró hacia abajo y siguió su mirada. Varios hombres se acercaban por una calle serpenteante. En grupos de tres y de cuatro, caminaban tan sincronizados como si estuvieran desfilando. Hombres procedentes del este montados en caballos blancos y negros con riendas rojas, pero no cubiertos de la cabeza a la cola como los sementales de Juba. Pasaron dos hombres por debajo de nosotros, codo con codo. El que estaba más cerca de la calle llevaba yelmo con melena de león, casaca negra con ribetes de oro y abierta por los lados y túnica blanca debajo. Una espada larga en el cinto. El segundo hombre tenía la cabeza afeitada. Un chal negro echado sobre los hombros que cubría una túnica negra y holgada, pantalones blancos y la vaina roja y reluciente de su cimitarra. Tres hombres a caballo se alejaban por la calle serpenteante, los tres con embozos negros ocultándoles la cara, cota de malla, túnicas negras por encima de las piernas enfundadas en armadura, una lanza en una mano y las bridas en la otra.

—¿De qué ejército te parecen?

—No son ningún ejército. No son hombres del rey.

—¿Mercenarios?

—Sí.

—¿De quién? No he pasado mucho tiempo en Kongor.

—Ésos son guerreros de las Siete Alas. Llevan prendas negras por fuera y blancas por dentro, igual que su símbolo, el gavián negro.

—¿Por qué se están reuniendo? No hay guerra ni rumores de guerra.

Ella apartó la vista.

—No los hay en las Tierras Oscuras —dijo.

Sin dejar de mirar a los mercenarios que se estaban congregando, dijo:

—Ya hemos salido del bosque.

—El bosque no tiene salida a la ciudad. El bosque ni siquiera lleva a Mitu.

—Hay puertas y puertas, bruja.

—Me suena a ciertas puertas que conozco.

—Mujer sabia, ¿acaso no lo sabes todo? ¿Qué clase de puerta se cierra sobre sí misma y deja de serlo?

—Una de las diez y nueve puertas. Has hablado de ellas en sueños. No sabía que había una en las Tierras Oscuras. ¿La encontraste con el olfato?

—Ahora también tienes guasa.

—¿Cómo supiste que había una de esas puertas en las Tierras Oscuras?

—Simplemente lo supe.

La bruja susurró algo.

—¿Qué? —dije.

—La Sangoma. Debe de ser el embrujo que hizo para ti la Sangoma el que te permite ver cosas cuando tus ojos son ciegos. Nadie sabe cómo llegaron a existir las diez y nueve puertas. Aunque los viejos griots afirman que las construyeron los dioses. Y hasta el más anciano de los patriarcas te mirará y te dirá: Necio, nada nunca funciona así en todos los mundos, ni bajo el cielo ni sobre él. Otra gente, en cambio...

—¿Te refieres a las brujas?

—Otra gente dice que son los caminos que usan los dioses cuando viajan por este mundo. Atraviesas una y estás en Malakal. Tú has atravesado una que está en las Tierras Oscuras y mira, estás en Kongor. Atraviesas otra y puedes estar incluso en un reino del Sur como Omororo, o en alta mar, o quizá en un reino que no es de este mundo. Hay hombres que se pasan toda su vida hasta que tienen el pelo blanco buscando una de esas puertas, y a ti sólo te ha hecho falta oler una.

—Bibi era de las Siete Alas —dije.

—Sólo era un escolta. Estás oliendo un juego que no está jugando nadie.

—Las Siete Alas trabajan para quien les pague, pero nadie paga más que

nuestro gran rey. Y aquí están ahora, congregados frente a esta atalaya.

—Husmeas cuestiones de poca monta, Rastreador. Deja las cosas grandes para la gente grande de este mundo.

—Si es para esto para lo que me he despertado, me vuelvo a dormir. ¿Cómo están el Leopardo y el ogo?

—Los dioses les han dado buena fortuna, pero se recuperan despacio. ¿Quién era aquel mono loco? ¿Los violó?

—Es raro que no se me ocurriera preguntarlo. Quizá quisiera chuparles las almas y lamerles los sentimientos.

—¡Bah! Tu boca agria me fatiga. El ogo, por supuesto, ya está de pie, porque nunca cae.

—Así es mi ogo. ¿Y la niña?, ¿todavía va contigo?

—Sí. Hace dos días le quité a guantazos la chorrada de escaparse de vuelta con los zogbanus.

—Es un lastre. Déjala en esta ciudad.

—No llegará el día en que un hombre me diga lo que he de hacer. ¿No quieres hablar del niño?

—¿De quién?

—De la razón de que hayamos venido a Kongor.

—Oh. En estos veinte y nueve días que han pasado, ¿qué has sabido de la casa?

—No hemos ido.

Dejé aquel *hemos* para otro momento.

—No te creo —le dije.

—No llegará el día en que me importe lo que crea un hombre.

—Habrá que ver si llegan esos días o no, pero estoy cansado y las Tierras Oscuras me han quitado las ganas de discutir. ¿Has ido a la casa o no?

—He dado la paz a una niña criada por monstruos para desayunarse su carne. Luego he estado esperando a que volvierais a ser útiles. El niño ya no está desaparecido.

—Entonces tenemos que ponernos en marcha.

—Pronto.

Quise decirle que nadie parecía demasiado ansioso por completar nuestra misión de encontrar al niño, y con *nadie* quería decir ella, pero ahora la vi dirigirse hacia la puerta y me fijé en que no era una puerta, sólo una cortina.

—¿Quién es el dueño de esta casa? ¿Es una posada? ¿Una taberna?

—Te lo repito. Un hombre con demasiado dinero y que me debe demasiados favores. Pronto se reunirá con nosotros. Ahora está corriendo por ahí como un pollo sin cabeza, intentando construir otra habitación, o planta entera, o ventana, o jaula.

La bruja ya estaba al otro lado de la cortina cuando miró atrás.

—Este día ya se ha acabado. Y Kongor es una ciudad distinta de noche. Ve a ver a tu gato y a tu gigante —me dijo.

Sólo entonces me acordé de que me había dicho que tenía más de trescientos años de edad. No había mayor indicio de vejez que una vieja que se cree más vieja.

El ogo estaba sentado en el suelo, poniéndose los guanteletes de hierro. Se dio un puñetazo tan fuerte en la palma izquierda que le saltó un chispazo enorme de las manos. A raíz del puñetazo, le salió una rabia que le hizo soltar un bufido entre dientes. Luego se quedó otra vez sin expresión. Él allí sentado y yo de pie delante: era el primer momento en que nuestras miradas se encontraban a la misma altura. El sol se estaba escapando del mediodía, pero dentro de su habitación ya oscurecía. También había cosas almacenadas en aquella habitación. Olí nueces de kola, almizcle de civeta y plomo, y dos o tres plantas más abajo, pescado seco.

—Ogotriste, estás ahí sentado como un soldado con ganas de batalla.

—Mis ganas son de matar —dijo, y volvió a golpearse la palma.

—Puede que suceda pronto.

—¿Cuándo nos volvemos a las Tierras Oscuras?

—¿Cuándo? Nunca, amigo ogo. Jamás tendrías que haber seguido al



Leopardo.

—Todavía estaríamos allí durmiendo si no fuera por ti.

—O seríais carne para el mono loco.

Ogotraste rugió como un león y dio un puñetazo en el suelo. La habitación tembló.

—Le voy a arrancar el rabo del culo manchado de mierda y le voy a hacer comérselo delante de mí.

Le toqué el hombro. Se estremeció un instante y se relajó.

—Claro. Claro. Será como dices, ogo. ¿Todavía quieres ir con nosotros? A la casa, a encontrar al niño, nos cueste lo que nos cueste.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a querer?

—Las Tierras Oscuras cambian a mucha gente.

—Y he cambiado. ¿Ves eso? Eso que está en la pared.

Señaló una espada, larga y gruesa, de hierro parduzco por la herrumbre. La empuñadura, lo bastante ancha para dos manos, y la hoja, recta y gruesa hasta la mitad, donde se curvaba para formar una especie de media luna serrada.

—¿La conoces? —dijo Ogotraste.

—Nunca he visto nada parecido.

—*Ngombe ngulu*. Primero agarré al esclavo. El amo criaba esclavos rojos. Uno se escapó. Los dioses exigían un sacrificio. Había pegado a su amo, así que lo llevé al patíbulo. Tres tallos de bambú clavados en el suelo. Lo empujé al suelo, lo obligué a sentarse y a apoyarse en los tallos y le até las manos a la espalda. Le puse dos tallos pequeños junto a los pies y le até los tobillos. Le puse dos tallos pequeños junto a las rodillas y le até las rodillas. Estaba muy rígido, haciéndose el valiente, pero no era valiente. Cogí una rama y le quité las hojas y la doblé bien tensa como un arco. La rama estaba furiosa, quería estar recta otra vez y no atada, pero la até, la até a una soga de hierba y luego se la até al esclavo alrededor de la cabeza. Mi *ngulu* estaba afilada, tan afilada que sólo mirarla te hacía sangrar los ojos. Mi espada reflejaba la luz del sol y

centelleaba como un relámpago. El esclavo se puso a chillar. Llamó a sus antepasados. Se puso a suplicar. Todos suplican, ¿sabes? Todos los hombres alardean de cómo van a disfrutar del día en que se reúnan con sus antepasados, pero cuando por fin les llega, ninguno se lo pasa bien, sólo lloran y se mean y se cagan. Levanté el brazo de la espada, grité y bajé el brazo y le corté la cabeza por el cuello y la rama se liberó al mismo tiempo que la cabeza y la arrojé por los aires. Y mi amo se quedó contento. He matado a cien, setenta y uno, entre ellos varios jefes y lores. Y algunos también eran mujeres.

—¿Por qué me cuentas esto?

—No lo sé. El bosque. Algo del bosque.

Luego vi al Leopardo. En una habitación, tirado sobre unos trapos arrugados como si hubiera dormido al estilo de los gatos. Fumeli no estaba, o se había marchado o lo que fuera. Hasta entonces ni siquiera me había acordado de él, y me di cuenta de que tampoco le había preguntado dónde estaba a Sogolon. El Leopardo intentó girarse para mirar atrás, estirando el cuello.

—Hay agujeros en el suelo, de arcilla cocida y huecos como bambús.

—Leopardo.

—Cuando echas el agua del orinal en el hoyo, luego se te llevan los meados y la mierda.

—Kongor es distinta a otras ciudades en cuanto a los meados y la mierda. Y los cuerpos de...

—¿Quién nos ha metido en este sitio? —preguntó, y se incorporó sobre los codos y frunció el ceño porque lo estaba mirando.

—Eso pregúntaselo a Sogolon. Parece que este noble le debe muchos favores.

—Quiero irme.

—Como gustes.

—Esta noche.

—No podemos irnos esta noche.

—No he dicho irnos, he dicho irme.

—¿Irte? Pero si no te aguantas de pie. Si te transformas, te matará hasta un arquero medio ciego. Recupera las fuerzas y entonces vete adonde quieras. Le diré a Sogolon...

—No hables por mí, Rastreador.

—Pues deja que hable por ti Fumeli. ¿Qué hay que no haga él por ti?

—Como vuelvas a hablar...

—¿Qué pasará, Leopardo? ¿Qué veneno se ha metido en ti? Todo el mundo os ve a ti y a tu puto.

Aquello lo enfureció todavía más. Intentó levantarse de las esteras, pero se tropezó.

—¿Qué te hace reír tanto? Nada de esto tiene gracia.

—Nadie ama a nadie. ¿Te acuerdas? Un verso que me enseñaste tú. He oído historias de guerreros, místicos, eunucos, príncipes, jefes y sus hijos, todos marchitos de amor inútil por el Leopardo. ¿Y quién es al final el que te corta las pelotas? Ese niño de mierda que no valdría la pena salvar ni aunque fuera el último hombre que queda en el barco. Atención todo el mundo de esta casa, mirad cómo ese puto convierte al gran Leopardo en un gato de callejón.

—Sí, pero mirad cómo este gato de callejón encuentra al niño él solo.

—Otro gran plan. ¿Qué tal te fue el último? Y sin embargo fui yo, el hombre cuyo amor has olvidado, quien se la jugó para salvarte. A ti y al niño de mierda. Y salvándoos perdimos todos nuestros caballos. Quizá salvé al animal que no debía.

—¿Quieres que te dé las gracias?

—Tengo la verdad. Únete a Nyka y a su mujer, o lárgate con tu puto.

—Como lo vuelvas a llamar así... Por los dioses que voy a...

—Recupera las fuerzas y vete. O quédate. Tu mal humor ya no es ningún misterio para mí. Nunca vas a cambiar, Leopardo. Pero trata de mantenerte

lejos de los bosques que no conoces. La próxima vez no estaré ahí para salvarte.

Fumeli estaba en la puerta. Llevaba el arco y la aljaba y puso la espalda recta para sacar pecho. No conseguía decidir si debía reírme o darle una bofetada. De modo que pasé lo bastante cerca de él como para apartarlo de un empujón. Todavía llevaba dentro el conjuro ogudu, un resto tenue pero suficiente para tropezarse y caerse. Llamó de un grito a Kwesi y el Leopardo se puso en cuclillas de un brinco y se tambaleó.

—Acaba con él —dijo Fumeli.

—Sí, acaba conmigo, Leopardo.

Miré al chaval con el ceño fruncido.

—O bien está marcando la habitación como suya o bien ni siquiera es capaz de levantarse para irse a mear a otro lado —dije.

En el pasillo se me acercó la niña. Había encontrado arcilla blanca y se había cubierto todo el cuerpo de dibujos por debajo de un vestido rojo y amarillo. De la cabeza le colgaba un tocado, cordeles con cauris, aros de hierro y un colmillo de marfil en cada sien. Me vino un impulso maligno de hacer algún comentario sobre los comedores de hombres y de mujeres. Pero la niña sólo estaba intentando encontrarse a sí misma a través de las telas y los colmillos y los perfumes. El pensamiento es un animal salvaje.

De noche en Kongor. La ciudad que mostraba el amor más desvergonzado por la guerra y la sangre, donde la gente se congregaba para ver a hombres y animales destrozarse, todavía temblaba al ver a alguien desnudo. Había quien decía que era influencia del Este, pero Kongor estaba muy al oeste y su gente no creía en nada. Salvo en el recato, que era algo nuevo, algo que yo confiaba que no llegara nunca a los reinos del interior, o por lo menos hasta los ku y los gangatom. Agarré una tira larga de tela ukuru que había embrollada en el suelo de mi habitación, me la enrollé en torno a la cintura, me la pasé por encima del hombro, como si fuera un pagne de mujer, y luego me la até con un cinturón. Había perdido mis hachas en las Tierras Oscuras pero seguía

teniendo los cuchillos, y ahora me los sujeté con correas a los muslos. Nadie me vio marcharme, o sea que nadie podía saber adónde estaba yendo.

La ciudad, rodeada casi completamente por el gran río, nunca había necesitado muralla, sólo puestos de vigilancia en las orillas. Junto con los pescadores, barcos mercantes y barcazas de carga que llegaban del norte y del sur a los muelles imperiales. Y que se marchaban por cualquier medio que pudieran. Durante la estación de las lluvias, en mitad del año, el río se desbordaba tanto que Kongor se convertía en una isla durante cuatro lunas. La ciudad estaba más alta que el río, pero al sur había carreteras tan bajas que durante la estación seca viajabas por ellas a pie y durante las lluvias en barco. En Kongor se comían a los cocodrilos, algo que habría hecho gritar de miedo a los ku y escupir de asco a los gangatom.

Bajé las escaleras, salí del edificio y contemplé la casa de aquel noble. Los niños se habían marchado y ya no había nadie en las ventanas. No había miembros de las Siete Alas congregados en la calle. El noble vivía en el sur del sector de Nyembe. Los vientos de matanti se elevaban y hacían remolinos en las calles, dejando una niebla de polvareda por toda la ciudad.

Cogí la capa que llevaba en los hombros y me la envolví en la cabeza, a modo de capucha.

Kongor estaba dividida en cuatro. Sectores de tamaños distintos y organizados por profesiones, modos de ganarse la vida y niveles de riqueza. Al noroeste estaban las avenidas amplias y vacías de los nobles del sector de Tarobe. A su lado, porque uno servía al otro, estaba el sector de Nyembe, artistas y artesanos que lo fabricaban todo para los hogares de los nobles, todo lo que era hermoso. Y también los trabajadores del metal y del cuero y herreros que fabricaban todo lo que era útil. Al sudeste estaba el sector de Gallunkobe/Matyube, habitado por esclavos y gente libre que trabajaba para los amos. Al sudoeste estaba el sector de Nimbe, con calles para administradores, escribas y registradores y contables, con el enorme edificio del registro civil elevándose en el centro.

Me adentré por una calle ancha. A la izquierda una carnicería intentó atraparme con sus olores a carcasas de antílope, cabra y cordero, pero toda la carne muerta huele igual. Una mujer se metió en su casa en cuanto me vio acercarme y le gritó a su hijo que entrara ya mismo o si no mandaría a su padre a buscarlo. El niño se me quedó mirando cuando pasé y entró corriendo. Me había olvidado de que hasta la casa más pobre de Kongor tiene dos plantas. Apelotonadas entre sí, dejando apenas espacio para el patio detrás de sus muros. Además, todas las casas tenían una puerta de entrada propia, fabricada por los mejores artesanos que cada cual se pudiera permitir, con dos columnas de gran tamaño y un dosel para proteger del sol. Las dos columnas subían desde la planta baja hasta la azotea, con una ventanita justo sobre el dosel de la entrada. De la pared de encima asomaba una hilera de cinco o seis puntales de madera de palmera de abanico. De la azotea se elevaban torretas como flechas en fila. Todavía no era de noche, apenas estaba atardeciendo, pero ya casi nadie caminaba por las calles. Y, sin embargo, de todas partes venía música y ruido.

—¿Dónde ha ido la gente? —le pregunté a un niño, que no dejó de caminar.

—Al Bingingun.

—¿Eh?

—A la mascarada —me dijo, negando con la cabeza por tener que hablar con semejante retrasado; la maldición de los que son tan jóvenes.

No le pregunté dónde era aquello, porque se acababa de ir caminando, dando brincos y por fin corriendo hacia el sur.

Otra cosa que tiene Kongor: todo está siempre como la última vez que lo dejaste.

El templo de uno de los dioses supremos seguía allí, aunque ahora a oscuras y vacío, con las puertas abiertas como si todavía esperara que alguien

entrara. Los adornos de bronce que solía haber a lo largo del techo —la pitón, el caracol blanco y el pájaro carpintero— habían sido robados hacía mucho. A ni siquiera diez pasos del templo había otro lugar.

—Ven, chico guapo, qué guapo, ¿qué te la levanta? ¿Cómo voy a saber qué te gusta si vas amortajado como una abuela? —me dijo la mujer mientras los hombres encendían antorchas de pared detrás de ella.

Todavía igual de alta que la puerta, todavía gorda de tanto comer carne de cocodrilo y gachas ugali. Todavía vestida con una tela muy larga en torno a la cintura que le apretaba tanto los pechos que casi se le escapaban pero que mostraba los hombros carnosos y la espalda. Todavía con la cabeza rapada y desnuda, algo que a los kongoris no les gustaba. Y todavía oliendo a incienso del caro porque «las chicas como yo necesitamos tener algo que esté fuera del alcance de las demás», como me decía cada vez que yo le comentaba que olía como si se acabara de bañar en el río de una diosa.

—Te puedo decir simplemente quién soy, señorita Wadada.

—Oh. No, chico, chico, chico. Me gusta más cuando tu miembro rastreador se levanta y señala lo que le gusta. No sé por qué vas envuelto en esa cortina. Estoy sintiéndome todo lo ofendida que deberías estar sintiéndote tú por ti mismo.

La Casa de Bienes y Servicios Placenteros de la Señorita Wadada no era para gente que no fuera ella misma. Las ilusiones eran para los fumadores de opio. Una vez la señorita Wadada había permitido que un metamorfo se follara a una de sus chicas en forma de león, hasta que en un arrebatado de éxtasis el cliente le había dado un zarpazo y le había roto el cuello. Dejé mi cortina en el suelo y subí al piso de arriba con el chico que ella me había dicho que venía de la Tierra de la Luz del Este, lo cual significaba que algún emisario había violado a una chica y la había dejado embarazada antes de volverse con su esposa y sus concubinas. La chica había dejado al bebé con la señorita Wadada, que le había mirado la piel y lo había bañado todos los cuartos de luna con crema y manteca de oveja. Le había prohibido que hiciera

ningún trabajo para que los músculos se le quedaran finos, los pómulos altos y las caderas mucho más anchas que la cintura. La señorita Wadada lo había convertido en la más exquisita de las criaturas, la que contaba las mejores historias sobre la peor gente, aunque prefería que le sacaras todas aquellas historias a polvos y que le pagaras una tarifa extra, además de la que cobraba la señorita Wadada, por ser el mejor sabueso de información de todo Kongor.

—Caramba, si es el ojo de lobo —me dijo—. Ningún hombre me ha hecho mujer después de ti.

La habitación olía igual que la otra de la que yo acababa de salir. No le pregunté si llamarlo «él» lo ofendía, porque yo sólo lo llamaba Ekoie o «tú».

—No sé si vives con una civeta o simplemente llevas su almizcle encima. Ekoie puso los ojos en blanco y se rio.

—Necesitamos tener cosas bonitas, hombre lobo. Además, ¿quién quiere entrar en una habitación que huele al hombre que acaba de marcharse?

Se volvió a reír. Me gustaba que no necesitara a nadie más para reírse de sus chistes. Algo que yo veía en gente obligada a soportar a otra gente. Con Ekoie no importaba que fueras buen o mal amante, o si eras hombre de mucho esfuerzo o poco. Primero se daba placer a sí mismo. Si querías participar o no era cosa tuya. Tenía su cuartito atiborrado de estatuas de terracota, más de las que yo recordaba de la última vez. Y una jaula con una paloma negra dentro a la que confundí con un cuervo.

—Transformo a todos los hombres en paloma antes de que se marchen de esta habitación —me dijo, y se sacó un peine del pelo; los rizos le colgaban como pequeñas serpientes.

—Por supuesto. Tu espectáculo merece un público. O por lo menos un griot.

—Lobo hombre, ¿no conoces los versos que se cantan sobre mí?

Señaló un taburete con respaldo de trono. Recordé que era una silla de partos.



—¿Dónde está tu amigo? ¿Cómo lo llamaban, Nayko?

—Nyka.

—Lo echo de menos. Tenía una luz y un ruido maravillosos.

—¿Ruido?

—Hacía un ruido magnífico, una especie de ronroneo fuerte de gato, o un arrullo de paloma de ojos amarillos, cuando yo se la chupaba.

Me agarró con la mano mientras me lo decía.

—Pequeño embustero. A Nyka nunca le ha gustado la compañía de los muchachos.

—Querido lobo, ya sabes que puedo ser lo que tú quieras, hasta la chica que nunca has tenido..., con la ayuda de cierto vino y de cierta luz.

La túnica le cayó a los pies y salió dando un paso del montón de tela que había quedado en el suelo. Se me puso a horcajadas encima y se estremeció al descender sobre mí y encajarme yo dentro de él. Así era como lo hacíamos siempre. Él descendía sobre mí hasta que su culo quedaba sentado sobre mis muslos, y entonces, sin salirse, se daba la vuelta para ponerse de espaldas a mí. Una vez yo le había dicho que los únicos que necesitaban follar por detrás eran los hombres que mentían a sus mujeres; él había seguido haciéndolo de aquella manera. Me preguntó lo que me preguntaba siempre: ¿Quieres que te folle? Y le contesté lo que le contestaba siempre: Sí. Al marcharme, la señorita Wadada siempre me preguntaba si me había hecho daño.

—Me cago en los dioses —dije entre dientes, y doblé los dedos de los pies con tanta fuerza que me crujieron como si fueran nudillos.

Lo empujé al suelo y salté encima de él. Al acabar, cuando yo ya había salido pero él aún estaba a horcajadas encima de mí, me dijo:

—¿Ahora sigues la luz del Este?

—No.

—¿A los caminantes fantasmas del Oeste?

—Ekoïye, ¿qué cosas preguntas?

—Porque, Rastreador, todos los hombres que viven bajo el cielo y a los

que les encanta pensar que son distintos entre ellos, quizá para aceptar el hecho de ir a la guerra entre ellos, en realidad son todos iguales. Creen que lo que los preocupa aquí —y se señaló la cabeza— se lo pueden quitar follándome. Es una forma de pensar extranjera, que no me esperaba de un hombre de estas tierras. Quizá viajas demasiado. Pronto estarás rezando a un solo dios.

—No tengo en la cabeza nada que quitarme follando.

—Entonces ¿qué quiere el Rastreador?

—¿Quién necesita más después de esto? —dije.

Le di una palmada en el trasero, y pareció un gesto vacío, y los dos sabíamos que lo era. Se rio y luego se inclinó hasta tener la espalda sobre mi pecho. Lo rodeé con los brazos. Me caía el sudor. Ekoïye nunca sudaba.

—Rastreador, he mentido. Los hombres de la Luz del Este nunca se quitan nada follando. Sólo quieren que se la metas por el culo. Así pues, una vez más, ¿qué quiere el Rastreador?

—Quiero noticias antiguas.

—¿Cómo de antiguas?

—De hace tres años y muchas lunas.

—Tres años, tres lunas, tres parpadeos, para mí todo es lo mismo.

—Pregunto por uno de los patriarcas de Kwash Dara. Basu Fumanguru.

Ekoïye se apartó de mí, se puso de pie y se fue a la silla de partos. Luego me miró.

—Todo el mundo sabe lo de Basu Fumanguru.

—¿Y qué dice todo el mundo?

—Nada. He dicho que lo saben, no que quieran hablar. Deberían haber quemado su casa, para matar la plaga, pero nadie se atreve a acercarse a ella. Es un...

—¿Crees que la casa sucumbió a una enfermedad?

—O a la maldición de un demonio del río.

—Ya veo. ¿Cómo de poderoso es el hombre que te paga para que digas

esas cosas?

Se rio.

—Tú pagas a la señorita Wadada para follar.

—Y te pago a ti muy por encima de tu precio para que hables. Ya has visto mi monedero y sabes lo que hay dentro. Ahora habla.

Se me quedó mirando otra vez. Echó un vistazo a su alrededor, como si hubiera más gente en la habitación, y luego se envolvió en una sábana.

—Ven conmigo.

Apartó un montón de baúles y abrió una trampilla que apenas me llegaba al muslo.

—No vas a volver a esta habitación —me dijo.

Se metió por la trampilla él primero. Oscuridad y calor, una alfombra de polvo, luego madera dura, luego barro y arcilla todavía más duros, y en todo momento oscuridad absoluta. Oí muchas cosas, eso sí. En todas las habitaciones se oía a hombres gritar y follar de mil maneras y estilos, aunque los muchachos y las muchachas gemían todos igual, diciendo: Fóllame con tu polla grande y fuerte, con tu ariete Ninki Nanka, y cosas parecidas. Era el adiestramiento de la señorita Wadada. Dos veces me pasó por la cabeza la idea de que aquello era una trampa, y de que el hecho de que Ekoie saliera primero sería la señal para matar al hombre que gateaba detrás. Quizá hubiera un hombre con una espada ngulu esperando mi cuello, aunque Ekoie no vacilaba. Seguimos gateando todavía más, el suficiente tiempo como para que me preguntara quién había construido aquello y quién viajaba tanto para ir a la cama de Ekoie. Por delante de él, las estrellas titilaron en la oscuridad.

—¿Adónde nos estás llevando? —le pregunté.

—Con tu verdugo —me dijo, y se rio.

Llegamos a un tramo de escaleras que daban a la azotea de un lugar que yo no conocía. No olía a civeta, no olía a la señorita Wadada y no olía ni apestaba a casa de putas.

—No, aquí no huele a la señorita Wadada —me dijo.

—¿Estás oyendo las palabras que no digo?

—Las piensas demasiado fuerte, Rastreador.

—¿Es así como conoces los secretos de los hombres?

—Lo que oigo no es secreto. Todas las chicas los pueden oír también.

Se me escapó una risotada. ¿Quién más podía ser experto en leer las mentes de los hombres?

—Estás en la azotea de un mercader de oro del sector de Nyembe.

—Huelo el perfume de la señorita Wadada al sur.

Ekoiye asintió con la cabeza.

—Hay quien dice que fue asesinato y quien dice que fueron monstruos.

—¿Quién? ¿De quién hablas ahora?

—De lo que le pasó a tu amigo, Basu Fumanguru. ¿Has visto a los hombres que se están congregando en nuestra ciudad?

—Las Siete Alas.

—Sí, así es como los llaman. Hombres de negro. La vecina de al lado de Fumanguru dijo que había visto a muchos hombres de negro en casa de Fumanguru. Los vio por la ventana.

—Las Siete Alas son mercenarios, no asesinos. No es propio de ellos matar a un solo hombre y a su familia. Ni siquiera en la guerra.

—Yo no los he llamado las Siete Alas, fue ella. Quizá fueran demonios.

—Omoluzus.

—¿Quién?

—Omoluzus.

—No los conozco.

Fue hasta el borde de la azotea y lo seguí. Estábamos a una altura de tres pisos. Un hombre se acercaba lentamente por la calle, con la piel oliéndole a vino de palma. Aparte de él, la calle estaba vacía.

—Una multitud de hombres quería muerto a ese hombre. Hay quien dice que fueron las Siete Alas, hay quien dice que fueron demonios y hay quien

dice que fue el ejército del cacique.

—¿Porque a todos les gusta el negro?

—Eres tú quien busca respuestas, lobo. Esto se sabe. Alguien entró en casa de Basu Fumanguru y mató a todo el mundo. Nadie vio ningún cadáver y no hubo ritos funerarios. Imagínate a un patriarca de la ciudad de Kongor muerto sin tributo, sin funeral, sin procesión de lores encabezada por un hombre de sangre real, sin que ni siquiera alguien lo declare muerto. Entretanto, de la noche a la mañana crecen arbustos espinosos silvestres en torno a la casa.

—¿Qué dicen vuestros patriarcas?

—Ninguno ha venido a mí. ¿Sabes que lo mataron en la Noche de los Cráneos?

—No te creo.

—¿No te crees que fuera la Noche de los Cráneos?

—No me creo que ninguno de esos follaniños bocazas te haya visitado desde entonces.

—Creo que las Siete Alas se están reuniendo para el rey.

—Y yo creo que te estás escabullendo de la pregunta.

—No de la manera que piensas.

—Hoy en día cualquier plebeyo cree saber lo que hacen los reyes.

Sonrió.

—Pero una cosa sí sé. Hay gente que ha visitado esa casa, entre ellos un par de patriarcas. Y quizá un par de las Siete Alas. Un patriarca que no es de aquí, al que llaman Belekun el Grande, porque la gente de por aquí gasta esa clase de chistes. El tipo era incapaz de cerrar ninguno de sus agujeros, y en particular la boca. Vino aquí con otro patriarca.

—¿Cómo puedes acordarte después de tres años?

—Fue el año pasado. Los dos se estaban turnando para follarse a una chica sorda y la señorita Wadada también los oyó. Estaban diciendo que

necesitaban encontrarlo. Que necesitaban encontrarlo ya o los esperaba la espada del verdugo.

—¿Encontrar qué?

—Dijeron que Basu Fumanguru había escrito una larga invectiva contra el rey.

—¿Y dónde está esa invectiva?

—Han estado entrando en su casa pero nadie encuentra nada, o sea que quizá no esté ahí.

—¿Crees que el rey lo mató por una invectiva?

—Yo no creo nada. El rey viene hacia aquí. Su canciller ya está en la ciudad.

—¿Su canciller visita a la señorita Wadada?

—No, Rastreador estúpido. Aunque yo lo he visto. Parece un rey pero no es el rey. Tiene la piel más negra que tú y el pelo rojo como una herida recién abierta.

—Quizá se pase por aquí para probar tus famosos servicios.

—Demasiado piadoso. Es la santidad hecha hombre. Nada más verlo me olvidé de cuándo lo había visto por primera vez y fue como si lo estuviera viendo siempre. ¿Estoy hablando como un loco?

Un hombre oscuro con pelo rojo. *Un hombre oscuro con pelo rojo.*

—Rastreador, parece que estés en otra parte.

—Estoy aquí.

—Como te contaba, nadie se acuerda de un tiempo en que no fuera canciller, pero tampoco nadie se acuerda de cuándo tomó el cargo ni de lo que era antes.

—No era canciller ayer, pero lo ha sido desde siempre. ¿Mataron a todo el mundo en casa de Fumanguru?

—Quizá deberías preguntárselo a un prefecto.

—Quizá se lo pregunte.

Se giró para contemplar la calle y se envolvió la cabeza con la tela.

—Una cosa más. Acércate, lobo de un solo ojo.

Me señaló la calle. Me puse a su lado mientras se le caía la ropa. Arqueó la espalda y su cuerpo me dijo que podía tomarlo otra vez allí mismo. Me giré para mirarlo y él me dedicó una sonrisa, toda negra. Y me lo sopló por la cara, polvo negro. Polvo de kohl, una nube enorme en mis ojos, nariz y boca. Polvo de kohl mezclado con veneno de víbora, lo pude oler. Me miró con intensidad, no con malicia, sólo con gran interés, como si le hubieran dicho qué iba a pasar a continuación. Le di un puñetazo en la nuez, luego le agarré la garganta y apreté.

—Tienen que haberte dado el antídoto —le dije—. O ya estarías muerto.

Tosió y gimió. Apreté hasta que los ojos amenazaron con salirse de las órbitas.

—¿Quién te manda? ¿Quién te ha dado el polvo de kohl?

Le di un puñetazo fuerte. Se cayó con un grito del borde de la azotea y lo agarré del tobillo. No paraba de agitar los brazos y de chillar y a punto estuvo de escapárseme de la mano.

—¡Por los dioses, Rastreador! ¡Por los dioses! ¡Piedad!

—¿Quieres que te suelte por piedad?

Relajé mi presa y se escurrió un poco. Ekoïye chilló.

—¿Quién sabía que iba a acudir a ti?

—¡Nadie!

Dejé que su tobillo se volviera a escurrir.

—¡No lo sé! Es un encantamiento, lo juro. Tiene que serlo.

—¿Quién te ha pagado para que me mates?

—No ha sido para matarte, te lo juro.

—Este kohl tiene veneno. Una criatura ingeniosa como tú debe saber de encantamientos, así que entérate: nada nacido del metal puede matarme.

—Era para cualquiera que preguntara. Nunca me pidió que te matara a ti.

—¿Quién?

—¡No lo sé! Un hombre con velos, con más velos que una monja kongori.

Vino con la luna en Obora Dikka, en la constelación de Basa. Te lo juro. Me dijo que le soplara aliento de kohl en la cara a cualquiera que me preguntara por Basu Fumanguru.

—¿Por qué iba nadie a preguntarte por Basu Fumanguru?

—Tú eres el primero.

—Háblame más de ese hombre. ¿De qué color era su túnica?

—Ne... negro. No, azul. Azul oscuro, también tenía los dedos azules. No, las uñas eran azules, como si trabajara tiñendo grandes paños.

—¿Estás seguro de que no era negra?

—Era azul. Por los dioses, azul.

—¿Y qué tenía que pasar a continuación, Ekoïye?

—Dijeron que vendrían hombres.

—Creía que era uno solo.

—¡Dijo!

—¿Y cómo se enteraría?

—Yo tenía que volver a mi habitación y soltar la paloma en la ventana.

—A esta historia le están creciendo más patas y alas a cada momento.

¿Qué más?

—Nada más. ¿Acaso soy un espía? Escucha, te juro por los...

—Por los dioses, ya sé. Pero yo no creo en los dioses, Ekoïye.

—Esto no era para matarte a ti.

—Escucha, Ekoïye. No es que mientas, es que no conoces la verdad. Te ha salido de la boca el veneno suficiente para matar a nueve búfalos.

—Piedad —dijo llorando.

El sudor hizo que su tobillo me resbalara en la mano.

—Ekoïye el que nunca suda está sudando.

—¡Piedad!

—Estoy confuso, Ekoïye. Déjame recapitular de una forma que se entienda, que la entienda yo y quizá tú. Aunque Basu Fumanguru lleva tres años muerto, un hombre con túnica azul y la cara velada acudió a ti hace



poco más de una luna. Y te dijo: Si alguien te habla de Basu Fumanguru, un hombre al que no tienes razón para conocer, toma este antídoto y luego le soplas a la cara polvo de kohl impregnado de veneno de víbora, lo matas y me mandas aviso para que yo pase a recoger el cuerpo. O bien no lo matas, sólo lo pones a dormir para que podamos recogerlo como hacen los recogedores de basura por cierta tarifa. ¿Eso es todo?

Él asintió una y otra vez con la cabeza.

—Dos cosas, Ekoie. O bien no tenías que matarme sino sólo dejarme indefenso para que pudieran sacarme la información ellos mismos, o bien tenías que matarme pero primero hacerme las preguntas pertinentes.

—No lo sé. No lo sé. No lo...

—No lo sabes. No sabes nada. Ni siquiera sabes si el antídoto, el matador de venenos, mata el veneno. Y yo que pensaba que eras un chico sabio atrapado en una vida poco sabia. No hay antídoto que mate el veneno, Ekoie, sólo retrasa su efecto. Lo más que puedes vivir son ocho años, quizá diez, cara bonita. ¿Nadie te lo ha dicho? Quizá no tengas mucho veneno dentro y vivas diez y cuatro años. Pero sigo sin entender por qué acudieron a ti.

Ahora se rio. Una risa larga y estridente.

—Porque todo el mundo viene tarde o temprano al comerciante de placer, Rastreador. No podéis evitarlo. Maridos, jefes, lores, recaudadores de impuestos, hasta tú. Como una manada de perros hambrientos. Tarde o temprano todos volvéis a quienes sois. Como cuando tú me tiras al suelo y te follas a este putito bien fuerte porque ya eras un perro antes incluso de tener ese ojo. ¿Sabes qué me gustaría, follahombres? Me gustaría tener veneno para matar al mundo entero.

Cuando lo solté, chilló hasta estamparse en la calle. No se debió de matar: la caída no era lo bastante alta. Pero sí debió de romperse algo, quizá una pierna, quizá un brazo, quizá el cuello. Volví por donde habíamos venido, pasé bajo los mismos ruidos de hombres gastándose hasta la última moneda

en follarse coños rancios y cerré la trampilla detrás de mí. Saqué la paloma de la jaula de bambú de al lado del ventanuco y la cogí suavemente. Le quité la nota que llevaba en torno a la pata izquierda. Y la solté por la ventana.

La nota. Glifos. De un tipo que había visto antes, aunque no recordaba dónde. Aparté la silla de partos al rincón más oscuro de la habitación y esperé. La ventana se veía lo suficientemente grande. La puerta significaría que más gente sabía de aquel acuerdo, entre ellos la señorita Wadada. Lo pensé bien. No podría haber pasado nada bajo el techo de la señorita Wadada sin que ella se enterara. Pero esto también es cierto de los kongoris: aunque yo hubiera matado a Ekoie esa noche, ella seguiría acogiéndome al día siguiente, diciéndome: Quitate esa túnica para que pueda verte, mi príncipe de polla grande y dura, y luego me mandaría con mi siguiente, muchachomuchacha.

A pesar de que la noche avanzaba, el calor continuaba envolviéndome, dejándome la espalda pegada al asiento. Me despegué de la madera y a punto estuve de no oír el golpe de unos pies contra la pared. Escalaba sin cuerdas, quizá un hombre embrujado que convertía en suelo aquello que tocaba con los pies. Las manos aparecieron primero en la repisa de la ventana, los nudillos cenicientos. Las manos impulsaron a los codos, que impulsaron a la cabeza. Un embozo negro en torno a la frente y la boca. Ojos rojos de amante del opio que examinaron la habitación y encontraron por fin mis ojos, pero sin verme. Túnica azul, con una correa de cuero sobre el hombro izquierdo. Metió una pierna y al final de la correa aparecieron dos vainas con espadas y una daga que colgaba. Esperé hasta que hubo entrado del todo en la habitación y los bajos de su túnica azul barrieron el suelo.

—Salve.

Dio un respingo. Le cogí la espada. Mi primera daga le cortó el cuello y la segunda se le hundió debajo del mentón, matando su cabeza antes de que sus piernas se enteraran de que estaba muerto. Se desplomó y su cabeza golpeó el suelo a mis pies. Cuando lo desnudé me dio la sensación de estar más bien

desenvolviéndolo. Cicatrices en el pecho: un pájaro, un rayo, un insecto con muchas patas, glifos que parecían del mismo estilo que la nota. Le faltaban las falanges superiores de ambos dedos índices. No era de las Siete Alas. Y en la entrepierna tenía la cicatriz nudosa y violenta de un eunuco. Yo sabía que no disponía de mucho tiempo, porque quien fuera que lo había enviado debía de estar o bien esperando su regreso o bien siguiendo sus pasos. Su cuerpo no emitía más olor que el del sudor del caballo que lo había traído a estar muerto en el suelo de la señorita Wadada. Le di la vuelta y reseguí con el dedo los glifos de su espalda para acordarme de ellos. Me vinieron dos cosas a la cabeza, una que ya he dicho y otra nueva. La nueva: que no había sangre, ni siquiera donde le había clavado el cuchillo, y la sangre suele salir a chorros como un manantial caliente. Y la que ya he dicho: que el hombre realmente no tenía olor. Los únicos aromas que venían de él eran el de su caballo y el de la arcilla blanca de la pared que había escalado.

Le volví a dar la vuelta. En el pecho tenía dos glifos idénticos a los de la nota. Una media luna con una serpiente enroscada y el esqueleto de una hoja al lado, y una estrella. Luego le retumbó algo en el pecho, pero no era el estertor de la muerte. Algo se puso a golpearle contra los huesos del costillar, reanimándole el pecho y el corazón y haciéndole abrir los ojos de golpe. Luego la boca, pero no como si la estuviera abriendo él, sino más bien como si alguien le estuviera separando las mandíbulas a la fuerza, más y más, hasta que se le empezaron a desgarrar las comisuras de la boca. El retumbar del pecho lo sacudió hasta las piernas, que golpearon el suelo como un martillo. Me aparté de un salto y me puse de pie. Le subieron convulsiones por los muslos, le llegaron al vientre, se le metieron debajo del pecho y por fin se le escaparon de la boca en forma de nube negra que apestaba a carne muerta mucho antes que aquel hombre. La nube se arremolinó como un torbellino de polvo y se ensanchó más y más, tanto que derribó algunas de las estatuas de Ekoïye. El torbellino se volvió a estrechar y se dirigió a la ventana. En medio de los giros de la nube y de la polvareda se formaron dos alas negras y

se volvieron a deshacer en forma de polvo. Puede que fuera un efecto de la poca luz o la señal de una bruja. La nube giratoria salió por la ventana. En el suelo, al hombre se le puso la piel gris y se le marchitó como la corteza de un árbol. Me agaché. Seguía sin olor. Le toqué el pecho con un dedo y se le hundió, seguido de la barriga, las piernas y la cabeza; todo él se deshizo en forma de polvo.

Digo la verdad. Jamás había visto en ningún mundo aquella brujería o ciencia. Estaba claro que quien fuera que había mandado al asesino ya debía de estar viniendo. Al hombre, espíritu, criatura o dios que estuviera detrás de aquello no lo iban a detener dos dagas ni dos hachas.

En aquel momento se infiltró en mis pensamientos un nombre, Basu Fumanguru. No sólo lo habían matado sino que querían que siguiera muerto. Yo tenía preguntas y era Bunshi quien podía contestármelas. Había dejado al niño con un enemigo del rey, pero había muchos hombres que desafiaban al rey en grandes salones y con anuncios e invectivas, y no por eso los mataban. Y si el niño estaba marcado para la muerte, ¿por qué no lo habían matado antes? Yo no sabía de nada que pudiera mover a acabar con Fumanguru a alguien que no quisiera hacerlo ya antes, ciertamente a ningún rey. En tanto que hombre, no era más que un grano en la ingle. Luego se anunció a sí misma la típica idea que sabes que se te va a quedar en la cabeza pero te niegas a aceptarla porque nadie quiere quedarse con esa clase de ideas. Bunshi había contado que los omoluzus habían ido a matar a Fumanguru y que ella había salvado a su hijo siguiendo el último deseo del padre. Pero el niño no era hijo suyo. Alguien le había dicho a Ekoiye que mandara aviso en cuanto apareciera alguien preguntando por Fumanguru, porque sabían que tarde o temprano aparecería alguien preguntando. Alguien llevaba desde el principio esperando esto, esperándome a mí, a alguien como yo. No iban a por Fumanguru.

Iban a por el niño.

## DOCE

Al otro lado de mi ventana ondeaba la bandera del gavián negro. Mi regreso a Kongor no inquietaba a nadie, y el hecho de que me despertara antes que el sol tampoco pillaba desprevenido a nadie, de manera que salí. La bandera ondeaba a unos doscientos o trescientos pasos, en lo alto de una torre situada en el centro del sector de Nyembe, y ondeaba salvajemente, como si el viento estuviera furioso con ella. El gavián negro. Las Siete Alas. El sol estaba oculto detrás de unas nubes cargadas de lluvia. Se acercaba la estación de las lluvias. De manera que salí.

En el patio, arrancando de la tierra los matorrales escasos, había un búfalo. Macho, marrón muy oscuro, con un cuerpo más largo que una vez y media el mío puesto en horizontal, las astas ya fundidas en forma de corona y descendiendo para curvarse hacia arriba como un peinado majestuoso. Pero yo había visto a un búfalo matar a tres cazadores y partir a un león por la mitad. De modo que seguí caminando hacia la arcada sin acercarme para nada a aquella bestia. El animal levantó la vista y se interpuso en mi camino. Volví a acordarme de que necesitaba hachas nuevas, por mucho que ninguna hacha o cuchillo hubiera podido derrotar a aquella criatura. No olí orina; no me estaba entrometiendo en su territorio. El búfalo no resopló ni tampoco pataleó con las pezuñas en la tierra, pero sí me miró fijamente, de los pies al cuello, luego del cuello a los pies, y otra vez, y otra, hasta que la cosa empezó a molestarme. Los búfalos no se pueden reír, pero juro por los dioses que aquél se rio. Luego negó con la cabeza. Más que una simple inclinación, un balanceo brusco de izquierda a derecha y luego otra vez de derecha a izquierda. Me desvié a un lado y seguí caminando, pero él se volvió a

interponer en mi camino. Miró de arriba abajo otra vez y otra y yo habría vuelto a jurar por los dioses, los demonios y los espíritus del río que se estaba riendo. Se me acercó más y retrocedió un paso. Si hubiera querido matarme, yo ya habría estado caminando con los antepasados. Se me acercó más, enganchó un cuerno en la cortina que yo llevaba puesta y tiró de ella, haciéndome girar y caerme. Le solté una palabrota al búfalo pero no recogí la cortina. Además, era de madrugada, ¿quién me iba a ver? Y si alguien me veía, podía decirles que me habían asaltado unos bandidos mientras me estaba bañando en el río. Diez pasos más allá de la arcada, miré atrás y vi que el búfalo me estaba siguiendo.

Ésta es la verdad: el búfalo era un compañero magnífico. En Kongor hasta las viejas se levantaban tarde, de manera que las únicas almas que había en la calle eran las que no dormían nunca. Los borrachos de vino de palma y los bufones de la cerveza de masuku, que estaban más rato en el suelo que de pie. Cada vez que pasábamos junto a uno, mi mirada volaba hacia él y lo veía contemplar a un hombre caminando casi desnudo junto a un búfalo, no como alguna gente camina con un perro, sino de la manera en que los hombres caminan con otros hombres. Un hombre tumbado boca arriba en la calle se giró, nos vio, se levantó de un salto y echó a correr hasta chocarse con una tapia.

Cuatro noches antes de nuestra llegada, el río había inundado las orillas y ahora Kongor volvería a ser una isla durante cuatro lunas. Me marqué el pecho y las piernas con arcilla del río, y el búfalo, tumbado en la hierba y pastando, meneó la cabeza de arriba abajo. Me pinté alrededor del ojo izquierdo, más arriba hasta el pelo y más abajo hasta el pómulo.

—¿De dónde eres, amigo búfalo?

Volvió la cabeza al oeste y señaló con los cuernos hacia arriba y hacia abajo.

—¿Del oeste? ¿De cerca del río Buki?

Negó con la cabeza.

—¿De más allá? ¿De la sabana? ¿Allí se encuentra agua buena, búfalo?  
Negó con la cabeza.

—¿Y por eso te fuiste? ¿O hay otra razón?  
Asintió.

—¿Te ha llamado esa puta bruja?  
Negó con la cabeza.

—¿Te ha llamado Sogolon?  
Asintió.

—¿Cuando estábamos muertos...?  
Levantó la vista y soltó un soplido.

—Con lo de muertos no quiero decir muertos. Quiero decir cuando Sogolon pensaba que estábamos muertos. Debió de buscar a otros. ¿Eres uno de esos otros?

Asintió.

—Y ya te has hecho una idea clara sobre mi estilo en el vestir. Tengo que decir que eres un búfalo bastante particular.

Se alejó por la maleza, espantando moscas con el rabo. Oí pasos de hombre corpulento por la hierba, a unos cincuenta pasos, y me senté a la orilla con los pies en el agua. El hombre se acercó; saqué mi daga pero no me giré. El frío hierro de un cuchillo me tocó el hombro derecho.

—Eh, ajqueroso, ¿cómo te va la vida? —me preguntó.

—Me va bajtante bien —dije, burlándome de su forma de hablar.

—¿Te has perdío? Porque lo parece.

—¿Tengo pinta de haberme perdío?

—Bueno, socio, vas rondando por aquí sin túnica ni na, como si estuvieras chalao o te gustara follar niños, o a los padres, o algo así.

—Me estoy lavando los pies en el río.

—¿Estás buscando el barrio de los maricas o qué?

—Sólo me estoy lavando los pies en el río.

—Pa ir al barrio de los maricas, ¿verdá? ¿Y dónde lo tenemos? Quieto

parao. Pero si por aquí no tenemos barrio de maricas.

—¿Eh? ¿Seguro que no te equivocas? Porque la última vez que estuve en el barrio de los maricas, vi con estos ojos a tu padre y a tu abuelo.

Me dio un golpe suave en el costado de la cabeza con su garrote.

—Levanta —me dijo.

Por lo menos no estaba intentando matarme sin pelea. Llevaba dos hachas atadas a la espalda.

Era casi una cabeza más bajo que yo, pero llevaba el atuendo blanco por dentro y negro por fuera de las Siete Alas. Lo primero que me pasó por la cabeza fue no hacer caso de su enfado y preguntarle por qué se habían congregado las Siete Alas en la ciudad, ya que ni siquiera la sabia Sogolon lo sabía. Pero entonces me dijo algo con la voz más ronca que antes.

—Eso vamos a hacer con la gente como tú —dijo el mercenario.

—¿Cómo?

—¿A quién quieres que le mande tu cabeza, follaniños?

—Te equivocas.

—¿Cómo que me equivoco?

—En lo de que soy un follaniños. Casi siempre son los chicos los que me follan a mí. Aunque fíjate, hubo uno, el mejor en muchas lunas, que tenía el culo tan prieto que no te lo creerás pero tuve que meterle una mazorca para agrandárselo. Y luego me comí la mazorca.

—Primero te voy a cortar el bolo, y luego la cabeza, y luego voy a tirar el resto de ti al río. ¿Qué te parece? Y cuando tus trozos floten río abajo, la gente va a decir luku laka con el shoga follaniños que se lleva el río, no bebáis del río, que os convertiréis también en follaniños.

—¿Con esas hachas me vas a rajar? He estado buscando hierro así de bueno. ¿Son forjadas por un herrero de Wakadishu o se las has robado a la mujer de un carnicero?

—Tira el cuchillo.

Miré a aquel hombre, no mucho más alto que un niño, que confundía la



robustez con el músculo y no paraba de echarme mierda en mi mañana tranquila. Tiré la daga que tenía en la mano y la que llevaba sujeta con una correa a la pierna.

—Me encantaría darle la bienvenida al sol y despedirme de él sin matar a nadie —le dije—. Hay gente al norte del mar de arena que todos los años celebra un banquete en el que dejan un sitio vacío para un fantasma, alguien que antaño estaba vivo.

Se rio, me señaló con el garrote que llevaba en la mano izquierda y sacó una de las hachas con la derecha. Luego tiró el garrote y sacó el hacha izquierda.

—Quizá tendría que matarte por las locuras que dices y no por tus perversiones.

Blandió las hachas delante de mí, meciéndolas y haciendo molinetes con ellas, pero yo no me moví. El mercenario dio un paso adelante y en ese momento un gargajo de algo le dio en todo el pescuezo.

—¡El coño de la burra!

Se dio la vuelta justo cuando el búfalo volvía a carraspear, y sus mocos le alcanzaron en medio de la cara. Cara a cara con el búfalo, dio un salto. Antes de que pudiera asestar un hachazo, sin embargo, el búfalo lo levantó con los cuernos y lo arrojó a lo lejos sobre la hierba. Una de las hachas aterrizó en el prado. La otra vino directa a mí, pero rebotó. Maldije al búfalo. El guerrero tardó un momento largo en incorporarse hasta estar sentado, negó con la cabeza, se puso de pie y todavía estaba tambaleándose cuando el búfalo lo embistió otra vez.

—Ya era hora —le dije—. Me habría dado tiempo de hacer pan.

El búfalo se alejó al trote y me dio un coletazo con el rabo al pasar. Me reí y recogí mis hachas nuevas.

Para cuando volví, la casa ya se había despertado. El búfalo se agachó sobre la hierba y hundió la cabeza en el suelo. Le dije que era igual de perezoso que una vieja abuela y me dio un coletazo. En un rincón próximo a

la entrada principal estaban sentados Sogolon y un hombre que supuse que sería el noble dueño de la casa. De él emanaba bisabol, un perfume caro de las tierras que hay al norte del mar de arena. Llevaba un turbante blanco en torno a la cabeza y por debajo de la barbilla, lo bastante fino como para dejarme ver su piel. Túnica blanca con estampado de plantas de mijo y por encima una casaca oscura de color café.

—¿Dónde está la niña? —pregunté.

—En alguna calle molestando a alguna mujer, porque continúa fascinándole la ropa. En serio, viejo amigo, nunca ha visto nada como esto —dijo Sogolon.

El hombre asintió con la cabeza antes de que yo me diera cuenta de que Sogolon no estaba hablando conmigo. Dio una calada de su pipa y se la pasó a la bruja. El humo que le salió a ésta de la boca era tan denso que podría confundirse con una nube. La bruja había trazado seis runas en la tierra con un palo y estaba dibujando una séptima.

—¿Y cómo le va al Rastreador en Kongor? —preguntó el noble, aunque todavía sin mirarme.

Supuse que estaba hablando con Sogolon de esa forma maleducada en que los hombres ricos y poderosos se creen que pueden hablar de ti delante de ti. Era demasiado temprano para que me pusieran a prueba, me dije.

—Pues no sigue la costumbre kongori de cubrirse la serpiente —dijo Sogolon.

—Ya lo veo. Azotaron a una mujer... ¿hace siete días? No, hace ocho. La encontraron saliendo de la casa de un hombre que no era su marido y sin la túnica de encima.

—¿Y qué le hicieron al hombre? —dije yo.

—¿Cómo?

—¿Al hombre lo azotaron también?

El hombre me miró como si yo acabara de hablar en una de las lenguas del río que ni siquiera yo entendía.

—¿Cuándo vamos a la casa? —le dije a Sogolon.

—¿No fuiste anoche?

—No a la de Fumanguru.

Ella me dio la espalda, pero yo me negaba a dejar que aquellos dos me despreciaran así.

—Esta gran paz está caminando sobre la espalda de un cocodrilo, Sogolon —dijo el hombre—. No es sólo Kongor y no son sólo las Siete Alas. Hay hombres que llevan sin luchar desde que nació el príncipe y que están recibiendo aviso de preparar sus armaduras y sus armas. Las Siete Alas también se están reuniendo en Mitu, junto con otros guerreros bajo otros nombres. Tanto Malakal, de donde venís, como el valle de Uwomowomowowo relucen por culpa de todo el hierro y el oro de las armaduras, las lanzas y las espadas.

—Y hay embajadores viajando a todas las ciudades. Sudando no de calor sino de preocupación —dijo ella.

—Lo sé. Hace cinco días llegaron para parlamentar cuatro hombres de Weme Witu, porque todo el mundo viene a Kongor a resolver sus disputas. Nadie los ha vuelto a ver.

—¿Qué estaban disputando?

—¿Qué estaban disputando? No es propio de ti no enterarte de los movimientos de la gente.

Ella se rio.

—Una cosa es verdad. Años antes de que la madre de ese alfeñique se abriera de piernas para mearlo, antes de que firmaran la paz con papel y con hierro, el Sur se retiró al Sur.

—Sí, sí, sí. Se retiraron al sur, pero no del todo —dijo Sogolon.

—El viejo Kwash Netu les tiró un hueso. Wakadishu, una vez conquistado.

—Acabo de estar en Kalindar y en Wakadishu.

—Pero a Wakadishu nunca le gustó ese acuerdo, ni hablar. Dijeron que

Kwash Netu los había traicionado, que los había vendido como esclavos otra vez al rey del Sur. Años y años se han pasado lloriqueando y el nuevo rey...

—Da la impresión de que Kwash Dara los ha escuchado —dijo ella.

—Y todo este movimiento en el Norte está haciendo retumbar el Sur. Sogolon, se dice que la cabeza del rey loco vuelve a estar infectada de demonios.

Aquello me estaba irritando cada vez más. Los dos estaban diciendo cosas que el otro ya sabía. Ni siquiera estaban discutiendo ni razonando ni peleando ni insistiendo, sino terminando el uno las frases del otro, como si estuvieran hablando entre ellos pero todavía sin dirigirse a mí.

—Tierra y cielo ya han oído bastante —dijo Sogolon.

—Hablas de reyes y guerras y rumores de guerra como si le importaran a alguien. No eres más que una bruja que está aquí para encontrar a un niño. Igual que todos los demás, salvo éste —dije, señalando al noble—. ¿Acaso tiene alguna idea de por qué estamos bajo su techo? Fíjate, yo también sé hablar de alguien como si no estuviera delante.

—Dijiste que tenía buen olfato, no una buena boca —dijo el noble.

—Estamos perdiendo el tiempo hablando de política —dije, y pasé a su lado para entrar en la casa.

—Nadie está hablando contigo —me dijo Sogolon, pero no me giré.

Un piso más arriba se me acercó el Leopardo. No pude descifrarle la expresión, pero hacía tiempo que veía venir aquello. Resolvámoslo pues, me dije, con palabras o puños o cuchillos y zarpas, y el que siga en pie se puede quedar al niño, tú para follártelo o yo para pegarle con un palo de letrina y mandarlo de vuelta a lo que sea que lo cagó. Sí, resolvamos esto. El Leopardo se me acercó tan deprisa que a punto estuvo de derribar dos de las estatuas y tallas que había a docenas en el pasillo y me dio un abrazo.

—Amigo Rastreador, llevo días sin verte.

—Hace días, sí. No podías salir del letargo.

—Qué gran verdad. Me siento como si hubiera dormido años enteros. Y

me despierto en estos aposentos atroces. Venga, dime, ¿qué diversiones hay en esta ciudad?

—¿En Kongor? En una ciudad tan piadosa como ésta, hasta las amantes buscan el matrimonio.

—Sólo por eso ya me encanta. Pero ¿no hay otra razón de que estemos aquí? Estábamos cazando a un niño, ¿no?

—¿No te acuerdas?

—Me acuerdo y no me acuerdo.

—¿Te acuerdas de las Tierras Oscuras?

—¿Hemos pasado por las Tierras Oscuras?

—Hablabas con muy malas palabras.

—¿Malas palabras? ¿Con quién? ¿Con Fumeli? Ya sabes que le gusta que peleemos. ¿No tienes hambre? He visto un búfalo fuera y se me ha ocurrido matarlo, o por lo menos arrancarle el rabo de un mordisco, pero parece un búfalo ingenioso.

—Esto es muy extraño, Leopardo.

—Cuéntamelo sentados a la mesa. ¿Qué ha ocurrido estos días desde que salimos del valle?

Le conté que habíamos pasado una luna desaparecidos. Él me dijo que aquello era un disparate y se negó a oír más.

—Oigo el vacío en mi tripa. Suelta unos gruñidos obscenos —dijo.

La mesa estaba en un gran salón que tenía todas las paredes cubiertas de escenas grabadas. Llegué al décimo grabado antes de darme cuenta de que todas aquellas obras de los grandes maestros del bronce mostraban escenas de gente follando.

—Esto es extraño —repetí.

—Lo sé. No paro de buscar alguno donde la polla entre en la boca o en el pompis, pero no encuentro ninguno. Pero he oído que ésta es una ciudad sin shogas. ¿Cómo es posi...?

—No. Lo extraño es que no te acuerdes de nada. El ogo se acuerda de

todo.

El Leopardo, como era un Leopardo, pasó de largo de las sillas y se subió de un salto a la mesa sin hacer ningún ruido. Agarró un muslo de ave que había en una bandeja de plata, se puso en cuclillas y le dio un mordisco. Me di cuenta de que no le gustaba. Los leopardos comen de todo, pero no había ningún chorro de sangre, rica y caliente, llenándole la boca y bañándole los labios al morder, y eso siempre le hacía poner mala cara.

—El extraño eres tú, Rastreador, con tus enigmas y tus cosas dichas a medias. Siéntate y come gachas mientras yo como... ¿qué es esto? ¿Avestruz? Nunca he comido avestruz, nunca he podido cazarlos. ¿Dices que el ogo sí se acuerda?

—Sí.

—¿Y de qué se acuerda? ¿De estar en el bosque encantado? De eso sí me acuerdo.

—¿Y de qué más?

—De tener mucho sueño. De viajar pero sin movernos. De un largo grito. ¿De qué se acuerda el ogo?

—Parece que de todo. Su vida entera le ha vuelto a la cabeza. ¿Te acuerdas de cuando partimos? Tenías un problema conmigo.

—Lo debemos de haber resuelto, porque no me acuerdo.

—No te lo parecería si te hubieras oído a ti mismo.

—Me estás confundiendo, Rastreador. Me he sentado a comer contigo, y hay un amor entre nosotros que hasta ahora nunca nos ha hecho falta declarar. Así que deja de vivir en una rencilla tan pequeña que ni me acuerdo de ella, por mucho que tú intentes recordármela. ¿Cuándo vamos a la casa del niño? ¿Nos vamos ya?

—Ayer estabas...

—¡Kwesi! —gritó su chico arquero, y dejó caer la cesta que traía.

Se me habría olvidado su nombre de puro resentimiento. Vino a la mesa, sin mirarme ni saludarme con la cabeza.

—No estás lo bastante recuperado como para comer cosas extrañas —le dijo al Leopardo.

—Esto es carne y esto es hueso. No hay nada extraño.

—Vuélvete a la habitación.

—Estoy bien.

—No.

—¿Estás sordo? —le dije yo—. Dice que está bien.

Fumeli intentó fulminarme con la mirada y mostrar su preocupación por el Leopardo con la misma cara, pero lo que le salió fue más bien mostrar un poco de preocupación por mí y fulminar un poco con la mirada al Leopardo. Incluso cuando no tenía gracia, aquel chaval me provocaba la risa. Se largó dando zancadas y agarró la cesta por el camino. Se le cayó uno de los paquetes. Cerdo curado. Pude olerlo. Vituallas. El Leopardo se sentó encima de la mesa y cruzó las piernas.

—Debería deshacerme de él pronto.

—Deberías haberte deshecho de él hace lunas —murmuré.

—¿Qué?

—Nada, Leopardo. Tengo que contarte cosas. Pero aquí no. No confío en estas paredes. De veras que aquí hay cosas extrañas.

—Ya lo has dicho cuatro veces. ¿Qué ves tan extraño, amigo?

—La mujer charco negro.

—A mí lo que me inquieta son estas estatuas. Me da la sensación de que voy a tener a un ejército mirándome mientras follo por las noches.

Agarró una de las estatuas del cuello y me dedicó aquella ancha sonrisa suya que yo ya no recordaba cuándo había visto por última vez.

—Ésta la que más —me dijo.

—Coge tu avestruz —le dije.

Nos envolvimos las cinturas con tela y caminamos en dirección sur, hacia Gallunkobe/Matyube. El sector que compartían hombres libres y esclavos y también el más pobre, a excepción de unas casas vulgares que se extendían a

lo ancho en vez de a lo alto y propiedad de unos hombres libres con mucho dinero pero sin aire de nobleza. La mayoría de las casas constaban de un espacio único y estaban tan pegadas entre sí que compartían azotea. Entre las paredes no cabía ni una rata. Las torres y azoteas del sector de Nyembe le daban pinta de castillo o fortaleza enorme, pero en éste no se levantaba ninguna torre. Los esclavos y los hombres libres no tenían necesidad de vigilar a nadie, aunque todos los demás sí necesitaban vigilarlos a ellos. Y a pesar de ser el sector donde más hombres y mujeres dormían de noche, de día era el más vacío, ya que hombres libres y esclavos estaban trabajando en los otros tres.

—¿Cuándo te contó Bunshi esa historia?

—¿Cuándo? Amigo gato, pero si estabas delante.

—¿Ah, sí? Pues no me... Sí, sí me acuerdo... El recuerdo me viene pero se me escapa.

—El recuerdo debe de estar al corriente de las cosas que haces en la cama. Soltó una risilla.

—Pero, Rastreador, me acuerdo como si me lo hubiera contado alguien, no como si hubiera estado yo presente. No capto el olor. Qué extraño.

—Extraño, sí. Sea lo que sea que te hace fumar el tal Fumeli, deja de fumarlo.

Me alegré de hablar con el Leopardo como siempre, y no quise sacar a colación la amargura de los días pasados, de hacía una sola luna, algo que lo asombraba cada vez que se lo había mencionado. Creo saber por qué. Para los animales, el tiempo es plano; sólo lo miden con los momentos de comer, de dormir y de aparearse, de modo que para él el tiempo perdido era como un tablero con un agujero enorme perforado en el medio.

—El esclavista contó primero que el chico era hijo de su socio y que se había quedado huérfano. Que lo habían secuestrado de la casa de su gobernanta y habían asesinado al resto de los que vivían allí. Luego nos contó que la casa no era de la gobernanta sino de la tía. Luego lo vimos y Nsaka Ne



Vampi intentó sonsacarle información a la Mujer Centella, a la que liberamos pero después saltó por un precipicio y aterrizó dentro de la jaula de Nyka.

—Me cuentas cosas que ya sé. Todo menos lo de la Mujer Centella y la jaula. Y me acuerdo de estar convencido de que el esclavista mentía, pero no sé acerca de qué.

—Leopardo, entonces fue cuando Bunshi se derramó por la pared y nos contó que el niño no era quien nos habían dicho, sino el hijo de Basu Fumanguru, un patriarca, y que en la Noche de los Cráneos los omoluzus atacaron la casa y mataron a todo el mundo salvo al niño, que por entonces era un bebé, y Bunshi se lo escondió en el útero para salvarlo, aunque luego se lo llevó a una mujer ciega de Mitu en quien creyó que podía confiar, pero la mujer llevó al niño a un mercado de esclavos y se lo vendió a un mercader, quizá para su mujer estéril, y luego a esa gente la atacaron con artes malignas. Un cazador se llevó al niño y ahora nadie lo encuentra.

—Despacio, buen amigo. No recuerdo nada de eso.

—Y hay más, Leopardo, porque luego encontré a otro patriarca que se hacía llamar Belekun el Grande y que me contó que la familia había muerto de la enfermedad del río, lo cual es falso, pero que la familia la componían ocho personas, lo cual es verdad, y que seis de ellas eran hijos y ninguno de corta edad.

—¿Qué estás diciendo, Rastreador?

—¿No te acuerdas de cuando te conté esto en el lago?

El Leopardo negó con la cabeza.

—Belekun era un mentiroso y tuve que matarlo, sobre todo porque él intentó matarme a mí. Pero no tenía razón para mentirme sobre aquello, de manera que era Bunshi quien había mentido. Sí, a la familia de Basu Fumanguru la mataron los omoluzus, y sí, lo sabe mucha gente, incluyéndola a ella. Pero el niño que buscamos no era hijo suyo porque no tenía hijos pequeños...

El Leopardo seguía pareciendo confundido. Pero ahora enarcó las cejas

como si le acabara de llegar una iluminación.

—Pero, Leopardo —continué—, he estado husmeando un poco y escarbando un poco y en esta ciudad también hay gente que se pregunta por Fumanguru, me refiero a que hay gente que quiere que los avisen si alguien pregunta, lo cual significa que el asunto cerrado de la muerte del patriarca no está tan cerrado, porque una cosa queda abierta: la desaparición de ese niño que no era hijo suyo. Pero aunque no sea su hijo, sí es la razón de que otros lo busquen y de que nosotros lo estemos buscando, y teniendo en cuenta que Fumanguru era una molestia pero no un verdadero enemigo del rey, quien fuera que mandó a los rondadores de techos a su casa no lo hizo para matar a la familia sino sólo al niño, al que Fumanguru debía de estar protegiendo. Y ese alguien también sabe que el niño está vivo.

Todo esto le conté al Leopardo y digo la verdad: me quedé yo más confundido al contar la crónica que él al oírla. Sólo cuando me repitió todo lo que yo había dicho pude entenderlo. Todavía estábamos con el agua hasta los tobillos cuando me dijo:

—¿Sabes que hemos tenido detrás al búfalo durante toda la conversación?

—Lo sé.

—¿Podemos confiar en él?

—A mí me parece una bestia muy de confianza.

—Más le vale, porque si no lo abatiré con mis fauces y lo convertiré en mi cena.

El búfalo soltó un soplido y golpeó el agua con la pata delantera derecha.

—Está bromeando —le dije al búfalo.

—Un poco —dijo el Leopardo—. Vayamos a la casa del tipo ya. Esta túnica me da picor en las pelotas.

Ogotriste estaba sentado en el suelo de su habitación, dándose puñetazos en la palma de la mano izquierda con la derecha y haciendo saltar chispas. Me

quedé en el umbral. Me vio.

—Y ahí estaba. Lo agarré del cuello y apreté hasta que se le desprendió la cabeza. Y luego le tocó a ella; estiré este brazo, lo sostuve en alto y le arree tal bofetón que le rompí el cuello. Pronto los amos juntaron sillas y a un contingente de hombres y mujeres dispuestos a pagar cauris, maíz y vacas para verme ejecutar a hombres, mujeres y niños con las manos. Pronto construyeron asientos en forma de círculo y empezaron a cobrar entrada y a montar apuestas. No para ver quién me vencía, porque no hay hombre capaz de vencer a un ogo. Sino para ver quién duraba más. A los niños les rompía el cuello deprisa para que no sufrieran. Eso enfadaba a los amos; ¿quién iba a querer ver aquello? La gente necesita espectáculo, ¿no lo ves? Necesitan espectáculo. Me cago en los dioses y que les den a todos por las orejas y por el culo, van a tener un espectáculo, te lo aseguro.

Yo sabía lo que venía a continuación. Dejé al ogo. Se iba a pasar la noche entera hablando, por mucho sufrimiento que le causara hablar de aquellas cosas. Una parte de mí quería prestarle atención, porque había profundidad en sus palabras, cosas que había hecho y que había enterrado donde sea que los ogos entierran a sus muertos. El Leopardo ya iba agarrándose la entrepierna cuando se metió en su habitación con Fumeli. Sogolon no estaba, ni tampoco la niña ni el dueño de la casa. Yo quería ir ya a la de Fumanguru, pero no quería ir solo.

No había nada que hacer más que esperar al Leopardo. En la planta baja, la noche se infiltró sin que yo la viera. Kongor se comporta como una ciudad virtuosa bajo el sol, pero cuando oscurece se convierte en eso en lo que se convierten todas las ciudades virtuosas. Los fuegos iluminaban porciones de cielo, procedentes del lejano Bingingun. A ratos los tambores brincaban sobre las azoteas y sobre las calles y hacían temblar nuestras ventanas, mientras que los laúdes, las flautas y los cuernos se colaban por debajo. Me había pasado el día entero sin ver a un solo hombre del Bingingun. Salí por la ventana, me senté en la cornisa y contemplé los pocos aposentos del otro lado

de la calle que todavía tenían luces parpadeantes y los muchos que ya las tenían apagadas. Fumeli, envuelto en una estera, pasó a mi lado con una lámpara en la mano. Regresó poco después, pasando a mi lado con una bota de vino en la mano. Lo seguí a unos diez y dos pasos de distancia. Había dejado la puerta abierta.

—Coged los arcos, o por lo menos una espada buena. No, mejor dagas, vamos a ir con dagas.

El Leopardo se dio la vuelta en la cama. Tumbado boca arriba, le cogió la bota de vino a Fumeli, que ni me miró.

—¿Ahora bebes vino de palma?

—Si me da la gana, bebo sangre —me dijo.

—Leopardo, no tenemos tiempo que perder. Kwesi.

—Fumeli, dime una cosa. ¿Sopla un mal viento bajo la ventana, o eres tú hablando en un tono que me irrita?

Fumeli se rio por lo bajo.

—Leopardo, ¿qué ocurre?

—Eso digo yo, ¿qué ocurre? ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre, Rastreador? ¿De qué hablas?

—Hablo de la casa del niño. De la casa que vamos a visitar. De la casa que quizá nos indique adónde ha ido.

—Ya sabemos adónde ha ido. Nyka y esa zorra suya ya lo han encontrado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo han dicho los tambores? ¿O te ha susurrado algo un putito antes del anochecer?

Hubo un gruñido, pero no de él, sino de Fumeli.

—Sólo voy a ir a un sitio, Rastreador. A dormir.

—¿Tienes planeado encontrarlo en sueños? ¿O quizá estás pensando en mandar a tu novia?

—Sal de aquí —dijo Fumeli.

—No, no, no. Tú a mí no me hablas. Y yo sólo hablo con él.

—Y si «él» soy yo, entonces te digo que no hablas ni con él ni conmigo —

dijo el Leopardo.

—Leopardo, ¿estás loco o todo esto es un juego para ti? ¿Hay dos niños en esta habitación?

—No soy un ni...

—Cállate, chaval, o te juro por todos los dioses que te...

El Leopardo se levantó de un salto.

—¿Juras por todos los dioses que harás qué? ¿Qué?

—¿Qué es esta recaída? Primero te muestras cálido y después frío, primero eres una cosa y después otra. ¿Te está embrujando este puto? No me importa. Ahora nos vamos y ya lo discutiremos después.

—Iremos mañana.

El Leopardo caminó hasta la ventana. Fumeli se incorporó hasta sentarse en la cama, y me echaba miradas.

—Oh. O sea que volvemos a estar en estas aguas —dije.

—Qué gracioso hablas —dijo Fumeli.

En mi mente, yo tenía las manos puestas en torno a su garganta.

—Sí, estamos en esas aguas, como dices. Iremos a buscar al niño a nuestra manera, mañana. O no iremos. Y en cualquier caso, nos largaremos de aquí —dijo el Leopardo.

—Ya te he contado lo del niño. Por qué necesitamos encontrarlo...

—Me has contado muchas cosas, Rastreador. Pero no muchas que sirvan de gran cosa. Ahora, por favor, vuélvete por donde has venido.

—No. Voy a averiguar qué es esta locura.

—La locura, Rastreador, es que pienses que voy a trabajar alguna vez contigo. Ni siquiera soporto beber contigo. Tu envidia apesta, ¿sabías que apesta? Apesta tanto como tu odio.

—¿Odio?

—En el pasado me confundió.

—Estás confundido ahora.

—Pero luego me di cuenta de que estás lleno de la cabeza a los pies de

simple infelicidad. No lo puedes evitar. A veces hasta luchas contra ella, y a veces bien. Lo bastante como para que yo te permitiera llevarme por el mal camino.

—Me cago en los dioses, gato, estamos trabajando juntos.

—Tú no trabajas con nadie. Tenías planeado...

—¿Qué? ¿Quedarme con el dinero?

—Tú lo has dicho, yo no. ¿Le has oído decirlo, Fumeli?

—Sí.

—Calla esa puta boca apestosa, niño.

—Déjanos en paz —me dijo el Leopardo.

—¿Qué le has hecho? —le dije a Fumeli—. ¿Qué le has hecho?

—¿Aparte de abrimme los ojos? No creo que Fumeli busque ponerse medallas. No es como tú, Rastreador.

—Ni siquiera pareces...

—¿No parezco yo?

—No. Ni siquiera hablas como un hombre. Eres un niño al que su padre le ha quitado los juguetes.

—En esta habitación no hay espejo.

—¿Qué?

—Márchate, Rastreador.

—A la mierda los dioses y a la mierda este niño de los cojones.

Me tiré encima de Fumeli. Salté sobre la cama y lo agarré del cuello. Él me dio una bofetada, el pequeño puto era demasiado débil para hacer otra cosa.

—Ya sabía yo que consultabas a brujas —le dije.

Una bola enorme, negra y peluda me derribó y me di un golpe fuerte en la cabeza. El Leopardo, todo negro y fundido con las sombras, me arañó la cara con la zarpa. Lo agarré de la piel del cuello y los dos rodamos y rodamos por el suelo. Intenté darle un puñetazo pero no acerté. Él se agachó hasta mi

cabeza y me cerró las fauces en torno al cuello. Me quedé sin respiración. Me agarró bien fuerte y meció la cabeza para partirme el cuello.

—¡Kwesi!

El Leopardo me dejó caer. Resollé y tosí entre esputos.

El Leopardo me gruñó y luego rugió casi tan fuerte como un león. Era un rugido que significaba fuera de aquí. Fuera de aquí y no vuelvas.

Me fui hacia la puerta, secándome el cuello mojado. Babas y un poco de sangre.

—No os quiero ver aquí mañana —les dije—. A ninguno de los dos.

—No aceptamos órdenes de ti —dijo Fumeli.

El Leopardo caminaba junto a la ventana, todavía con forma de Leopardo.

—No os quiero ver aquí mañana —repetí.

Y me fui a la habitación del ogo.

El Bingingun. Esto era lo que yo sabía de los kongoris y de por qué odiaban la desnudez. Llevar la piel descubierta era llevar la mente de un niño, la mente de los locos o incluso la mente de quienes no tienen rol en la sociedad, una gente todavía más baja que los usureros y los vendedores de baratijas, porque incluso éstos tenían su utilidad. El Bingingun era la forma que tenía la gente del Norte de crear un espacio para los muertos entre los vivos. El Bingingun era una mascarada: tambores, bailes y grandes cantores de oriki. Debajo de la ropa llevaban el aso oke, una prenda blanca con rayas de color añil que se parece a las que usamos para amortajar a los muertos. Llevaban telas sobre la cara y las manos, porque ahora eran simples máscaras, no gente provista de nombres. Cuando los participantes del Bingingun giran como torbellinos, los antepasados los poseen. Y saltan hasta la altura de los techos.

Los atuendos los fabrican los amewa, los expertos en belleza, porque si conoces a los kongoris sabrás que lo ven todo desde la perspectiva de lo hermoso. No de lo feo, porque la fealdad carece de valor, especialmente la

fealdad de carácter. Y tampoco de lo demasiado hermoso, porque eso suele ser un esqueleto disfrazado. Para el Bingingun se usan las mejores telas, rojas, rosadas, doradas, azules y plateadas, todas decoradas con cauris y monedas, porque en la belleza hay poder. En los estampados, trenzas, lentejuelas, borlas y amuletos medicinales. La danza del Bingingun, y los desfiles del Bingingun, marcan la transformación en los antepasados. Todo esto yo lo sabía por mis viajes, porque en Juba hay mascarada pero no es Bingingun.

Todo esto se lo expliqué al ogo porque íbamos siguiendo una procesión de camino a la casa, a fin de que un hombre tan alto como él no llamara la atención a la luz de las antorchas. Aun así, se lo veía extraño. Al frente del desfile iban cinco timbaleros marcando el ritmo de la danza; tres tañían tambores de tonel, un cuarto tocaba un bata de membrana doble y el quinto cuatro batas pequeños atados juntos que hacían un ruido agudo como la llamada de un cuervo. Detrás de los timbaleros iban los miembros del Bingingun, entre ellos el Rey de los Antepasados con su túnica real y su velo de cauris, y el Pícaro, cuya túnica se daba la vuelta para revelar otra túnica, y otra más, mientras los bingingunos giraban y pataleaban en el suelo al ritmo de los tambores, bum-bum-bacalac-bacalaca, bacalacalacalaca-bum-bum-bum. Diez y quince miembros de aquel clan se movían a la izquierda, pisaban fuerte, se movían a la derecha y brincaban. Todo esto se lo expliqué al ogo para que no empezara otra vez a contarme a quiénes había matado con sus manos y a decir que no había nada en este mundo ni en el próximo como el ruido de un cráneo aplastado. Las sombras no me dejaban ver la cara de Ogotriste, que era más alto que las antorchas y se dedicaba a mover las manos en el aire al ritmo de los bingingunos, desfilando cuando ellos desfilaban y deteniéndose cuando ellos se detenían.

Ésta es la verdad: yo no sabía qué casa era la de Fumanguru, sólo que estaba en el sector de Tarobe, al norte de la frontera con Nimbe, y que estaba escondida casi del todo por matorrales enormes de arbustos espinosos.



—Amigo ogo, busquemos —le dije—. Vayamos calle por calle y parémonos en todas las casas donde no haya luz y que estén escondidas detrás de ramas que pinchan y cortan.

Delante de la cuarta casa, Ogotriste cogió una antorcha de la tapia. En la novena casa lo olí, el hedor ígneo del azufre, todavía fresco después de tantos años. La mayoría de las casas de aquella calle estaban muy pegadas las unas a las otras, pero aquella estaba apartada y convertida en una isla de espinos. Era más grande que las demás, a juzgar por lo que se veía en la oscuridad, y la vegetación había crecido a lo alto y a lo ancho y llegaba hasta la misma puerta de entrada.

Fuimos a la parte de atrás. El ogo seguía guardando silencio. Llevaba sus guanteletes, no me había hecho caso cuando yo le había dicho que no iban a servir de nada contra los muertos. Mira cómo no pudieron salvarte del ogudu, pensé, pero no se lo dije. Se puso a arrancar ramas hasta dejar un espacio seguro para trepar. Saltamos la tapia trasera y aterrizamos sobre una tupida alfombra de hierba. Hierbas silvestres sin cortar, algunas de las cuales me llegaban a la cintura. No había duda de que los omoluzus habían estado allí. Sólo medraban plantas que crecen de los muertos.

Nos detuvimos en el patio, al lado mismo del granero lleno de mijo y sorgo podridos por las lluvias, embadurnados de mierda de rata y cubiertos de crías de rata. La casa, un grupo de edificaciones en forma de estrella de cinco puntas, no era lo que yo me había esperado de Kongor. Fumanguru no era kongori. Ogotriste dejó la antorcha en el suelo e iluminó el patio entero.

—¿Carne podrida, mierda fresca, perro muerto? No sé cuál —dijo el ogo.

—Quizá las tres cosas —dije yo.

Señalé el primer edificio de la derecha. Ogotriste asintió con la cabeza y me siguió. El primer edificio me indicó cómo iba a encontrar el resto. Todo estaba exactamente tal como lo habían dejado los omoluzus. Taburetes rotos, jarros aplastados, tapices rajados, alfombras y ropa arrancadas y tiradas por todos lados. Agarré una manta. Escondidos entre el olor a tierra y lluvia había

dos chicos, los más jóvenes, quizá, pero el olor llegaba a la pared y moría allí. Todos los muertos huelen igual, pero a veces el olor que tenían en vida puede llevarte al sitio en que murieron.

—Ogotriste, ¿cómo entierran a sus muertos los kongoris?

—No los ponen bajo tierra. Los meten en urnas, demasiado grandes para esta habitación.

—Eso en el caso de que hubieran podido elegir. Pero es posible que la familia de Fumanguru esté tirada en cualquier lado, horrorizando a los dioses. A lo mejor los quemaron.

—Los kongoris no hacen eso —me dijo—. Creen que quemar un cadáver libera en el aire lo que lo mató.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he matado a unos cuantos. Fue así. Estaba yo...

—Ahora no, Ogotriste.

Fuimos a la siguiente habitación, que, a juzgar por la cama de madera de yuca, debía de ser la de Fumanguru. El cabecero estaba lleno de escenas —la mayoría de caza— talladas en la madera. Estatuas hechas trizas, libros por el suelo y papeles sueltos, seguramente arrancados de libros. A los omoluzus les debió de traer sin cuidado todo aquello, pero no a la tercera, la cuarta o la quinta persona que había visitado aquella habitación, incluida Sogolon, a quien pude oler nada más entrar en el dormitorio, aunque no se lo dije al ogo. Me pregunté si, a diferencia de los demás que habían estado allí, la bruja habría encontrado lo que buscaba.

—Se dice que Basu Fumanguru escribió muchas invectivas contra el rey. Unos veinte o treinta artículos en total, algunos con testimonios de las fechorías del rey obtenidos de súbditos, nobles y príncipes a los que había tratado injustamente. Hace poco tuve palabras mayores con un tipo que me contó que había gente que buscaba esas invectivas y que lo habían matado por eso. Pero lo poco que sé de Fumanguru me dice que no era tonto. Y también que no habría querido que sus palabras murieran con él —dije.

—¿O sea que esas invectivas no están aquí?

—No. Y no sólo eso, amigo ogo, sino que no creo que sea eso lo que la gente ha estado buscando. ¿Te acuerdas del niño? Bunshi dice que lo salvó ella.

En el suelo relucía una espada. Yo había empezado a odiar las espadas. Demasiado grandes y pesadas, demasiada fuerza contra el viento cuando deberían estar trabajando con él, pero la recogí igualmente. Estaba a medio envainar. Iba a necesitar volver allí a la luz del día, porque ahora no tenía nada para guiarme más que el olfato. Pude oler a un hombre por todo el dormitorio, quizá a Fumanguru, y también a una mujer, pero sus olores se acababan entre aquellas paredes, lo cual significaba que estaban muertos. Salí y me dirigí a la habitación contigua en busca de sirvientes y de los hijos menores. Me di cuenta de que quien fuera que había enterrado a la familia no había visto —o bien no le había importado— a una sirvienta tirada debajo de la madera rota y los jirones de alfombras. Lo único que quedaba de ella eran sus huesos, todavía juntos, aunque ya sin carne. Entré y el ogo me siguió. La cabeza le rozaba el techo. Sonreí, me tropecé con una urna volcada y me caí estrepitosamente. Me cago en los dioses, dije, aunque me había parado la caída un montón de ropa. Túnicas. Aun a oscuras me di cuenta de lo lujosas que eran. Ribetes dorados pero tela fina; por tanto, eran de la esposa. Debía de ser allí donde la sirvienta guardaba la ropa seca después de la colada. Pero aquella fina túnica tenía una fragancia que nada podía lavar. Incienso. Eso me hizo salir de la habitación y volver al dormitorio del dueño de la casa y luego salir al centro del patio y regresar a la habitación de gran tamaño que había junto al granero.

—Están ahí dentro, Ogotriste.

—¿Bajo tierra?

—No. En urnas.

Aquella habitación sin ventanas era la más oscura, pero gracias a los dioses contábamos con la fuerza del ogo. Le quitó la tapa a la urna más

grande, que yo había supuesto que era la de Basu, pero el olor a incienso que quedaba dentro me indicó que era la de la esposa.

—Ogotriste, tu antorcha.

Se irguió y fue a recogerla. Allí estaba la mujer, dentro de la urna, con el cuerpo doblado de un modo imposible, la espalda tocándole las plantas de los pies. El cráneo conservaba el pelo y los huesos asomaban de la tela.

—¿Le rompieron la espalda?

—No, la cortaron en dos.

La segunda urna, más pequeña que la primera pero más grande que las otras, albergaba a Fumanguru. Allí estaban recogidos todos sus huesos, aunque rotos. Túnica azul zafiro, como de rey. Quien fuera que los había enterrado no había robado nada, porque estaba claro que se habrían llevado una túnica tan lujosa, por mucho que fuera de un hombre enfermo. Tenía los huesos de la cara aplastados, algo habitual cuando los omoluzus arrancaban una cara para ponérsela. En otra urna grande había dos de los hijos y otro más en una pequeña. Los huesos del niño más pequeño de la urna pequeña ya casi eran polvo, salvo los brazos y las costillas. Igual que los demás, olía a muerte antigua y a fragancia disipada. No se había hecho nada para preservar ni momificar los cuerpos, lo cual significaba que se había propagado el rumor de la infección. Le estaba haciendo un gesto a Ogotriste para que tapara la última urna cuando un pequeño detalle me guiñó el ojo.

—Trae la antorcha otra vez, Ogotriste.

Levanté la vista justo cuando el ojo se secaba una lágrima. Estaba pensando en niños asesinados, aunque no en aquél.

—¿Qué es eso que tiene en la mano? —pregunté.

—¿Pergamino? ¿Un trozo de arcilla?

Lo agarré. Un jirón de tela muy sencilla, como la tela aso ake pero distinta. Tiré de ella pero el niño no la soltaba. Había muerto con aquello en la mano, su gesto final de desafío, pobre niño, qué valiente. Un tirón más y se soltaría. Era un jirón de tela azul arrancado de algo más grande. El niño

estaba envuelto en paños blancos. Me llevé el jirón a la nariz y me llegó un año de sol, noche, truenos y lluvias, cientos de días de paseos, docenas de colinas, valles, arena, mar, casas, ciudades y llanos. Un olor tan fuerte que se convertía en suspiro y oído y tacto. Podía estirar el brazo y tocar al niño, agarrarlo en mi mente y marearme de sentirlo tan lejos. Demasiado lejos, la cabeza me voló y me saltó y se sumergió bajo el mar y después echó a volar más y más y más alto hasta sentir un aire sin humo. El olor me empujó, tiró de mí, me arrastró por selvas, túneles, entre aves, carne desgarrada, insectos carnívoros, mierda, meados y sangre. Me llené de sangre. Tanta sangre que los ojos se me pusieron rojos y después negros.

—Estabas tan ido que pensaba que ya no volverías —dijo Ogotriste.

Me puse de lado y me incorporé hasta sentarme.

—¿Cuánto rato he estado así?

—No mucho, pero estabas profundamente aletargado. Tenías los ojos blancos como la leche. Pensaba que tenías demonios en la cabeza, pero no te salía espuma de la boca.

—Sólo me pasa cuando no me lo espero. Huelo algo y la vida entera de la persona se me echa encima. Es una locura, incluso ahora que he aprendido a controlarlo. Pero, ogo, hay algo más.

—¿Otro cadáver?

—No, el niño.

Miró dentro de la urna.

—No, el niño al que buscamos. Está vivo. Y sé dónde está.

## TRECE

Cierto, era una tontería decir que había encontrado al niño. Había averiguado que estaba lejos. Al oír mi descubrimiento, el ogo agarró su antorcha y salió disparado a la izquierda, luego a la derecha, luego entró en la habitación del niño y arrancó tantas alfombras del suelo que una nube de polvo se elevó y se hizo aparente incluso en la oscuridad.

—El niño está casi a tres lunas de distancia —dije.

—¿Eso qué significa? —dijo el ogo, que todavía estaba levantando alfombras y blandiendo la antorcha en todas direcciones.

—Casi tan lejos como está el Este del Oeste.

Tiró las alfombras al suelo y la ráfaga de aire apagó la antorcha.

—Bueno, por lo menos ha servido de algo venir hasta aquí —dijo.

—Me pregunto de qué le habrá servido a Sogolon —murmuré.

—¿Qué?

Había olvidado que los ogos tenían un oído muy fino. La bruja había estado aquí y hacía muy poco, quizá la noche anterior. Su olor era más fuerte en la habitación de Fumanguru, entre los libros caídos y los papeles hechos trizas. Entré en el dormitorio y me detuve tras dar el primer paso. El olor me vino de golpe y desde todos lados. Manteca de karité y carbón, la mezcla que se usaba sobre la cara y sobre la piel para fundirse uno con la oscuridad.

—Vámonos, Ogotriste.

Se giró hacia la pared trasera.

—No, por la puerta principal. Ya está abierta.

Nos abrimos paso entre la maleza y nos topamos con un grupo de hombres armados. Ogotriste se echó atrás, sorprendido, pero yo no lo estaba. Llevaban

la piel teñida para fundirse con el negro de la noche. Oí el crujido y el chirrido que hizo el ogo al cerrar con fuerza los nudillos de hierro. Había diez y cinco hombres de pie bajo una media luna, con turbantes azul celeste en las cabezas y velos azul celeste cubriéndoles todo salvo los ojos y la nariz. Una banda del mismo color en torno al pecho y la espalda, túnica negra y bombachos. Y armados con lanza y arco, lanza y arco, lanza y arco y así sucesivamente hasta llegar al último, que llevaba una espada en la mano izquierda, enfundada como la mía. Agarré la empuñadura de mi espada pero no la desenvainé. Ogotriste dio un paso y apartó a un arquero de en medio, mandando por los aires tanto al hombre como a su flecha. Los hombres se giraron hacia él al instante, tensando los arcos y listos para arrojarle las lanzas. El hombre de la espada no iba vestido como los demás. Llevaba, sobre el hombro derecho y por debajo del izquierdo, una capa roja que ondeaba al viento y golpeaba el suelo. Una túnica de pecho abierto que le llegaba justo por debajo de los muslos y atada en la cintura con un cinturón de cuero del que pendía la espada. Les hizo una seña a sus hombres para que bajaran las armas, pero sin dejar de mirarme. Ogotriste estaba en posición, presto para la pelea.

—Parecéis muy seguros de que no vamos a mataros —dijo el de la espada.

—No es mi muerte la que me preocupa —le dije.

Nos miró con expresión severa.

—Soy Mossi, tercer prefecto del ejército del cacique kongori.

—No hemos robado nada —dije.

—Esa espada no es tuya. La vi ahí hace tres noches.

—¿Estabais esperando a alguien o sólo a nosotros?

—Déjame las preguntas a mí y tú encárgate de las respuestas.

Se me acercó hasta pararse justo delante de mí. Era alto pero no tanto como yo, los ojos le llegaban casi a la altura de los míos y tenía la cara oculta por el tinte negro. Casco de jícara con sutura de hierro en el medio, aunque el sol ya se había ido y hacía frío. Un collar fino de plata, perdido en el pelo de

su pecho. La cabeza afilada como una flecha, la nariz aguileña, unos labios gruesos que se curvaban como si estuviera sonriendo y unos ojos tan claros que pude verlos en la oscuridad. Aros en ambas orejas.

—Avisa cuando veas algo que te gusta —dijo.

—Esa espada no es kongori —le dije.

—No. Pertenece a un esclavista de la Tierra de la Luz del Este. Lo pillamos secuestrando a mujeres libres para venderlas como esclavas. No quiso separarse de ella sin separarse de su mano, así que...

—Eres el segundo ladrón de espadas al que conozco.

—Si robas a un ladrón, los dioses te sonrían. ¿Cómo te llamas?

—Rastreador.

—Pues entonces no debías de ser el favorito de tu madre.

Estaba lo bastante cerca de mí como para que le sintiera el aliento.

—Tienes un demonio viviendo en el ojo —me dijo.

Estiró el dedo para tocármelo y yo me aparté instintivamente.

—O quizá él te pegó un puñetazo una noche. —Señaló a Ogotriste.

—No es un demonio. Es un lobo —le dije.

—¿O sea que cuando la luna se muestra le aúllas?

No dije nada y miré a sus hombres. Otra vez señaló a Ogotriste, que todavía tenía los brazos tensos, esperando el momento de golpear.

—¿Es un ogo?

—Intenta matarlo y lo averiguarás.

—En cualquier caso, esta conversación va a continuar en el fuerte. Por ahí.

—Señaló al este.

—¿El mismo fuerte del que ningún prisionero sale? ¿Y si decidimos no ir?

—Entonces esta conversación entre nosotros, tan dulce y tranquila, se volverá difícil.

—Mataremos por lo menos a siete de tus hombres.

—Y mis hombres son muy generosos con sus lanzas. Yo puedo perder a siete. ¿Puedes perder tú a uno? Esto no es un arresto. Prefiero hablar donde



no escuchen las calles. ¿Nos entendemos?

El fuerte estaba en el sector de Nimbe, cerca de la orilla este del río y con vistas a los muelles imperiales. Bajamos los escalones que llevaban a una cámara de piedra y mortero con dos sillas y una mesa. Velas sobre la mesa, lo cual me sorprendió: las velas no son baratas en ninguna parte. Yo llevaba el suficiente tiempo sentado como para que me cogiera un calambre en la pierna izquierda. Cuando el prefecto entró, me puse de pie. Se había lavado la cara. Tenía un pelo negro que cuando le creciera le colgaría rizado y suelto, pero fino como crin de caballo. Yo llevaba sin ver un pelo como aquél desde que había estado perdido en el mar de arena. Y la piel clara como la arcilla seca. Era el aspecto que tenían los hombres que seguían la luz del este, o los que compraban esclavos, oro y civeta, pero sobre todo esclavos. Ahora ya entendía que tuviera aquellos ojos, y aquellos labios, que se veían más gruesos que antes pero aun así más finos que los de la gente de aquí. Me imaginaba lo horrorizadas que se quedarían las mujeres ku y las mujeres gangatom si vieran a un hombre con ese aspecto. Lo harían atar y lo asarían hasta que se le tostara la piel. Piernas como las del Leopardo, musculosas y fornidas. El sol kongori se las había bronceado. Pude comprobarlo cuando se subió más la túnica, por encima de donde la llevaba antes, lo bastante como para mostrar lo blanco que tenía el resto de las piernas y lo negro del taparrabos. Se sacó la tela de debajo del cinturón y dejó que colgara por debajo de las rodillas.

—¿Estás esperando a que venga un genio y te siente?

Él se sentó a la mesa.

—¿Te ha dicho un pajarito que yo iba a venir? —le pregunté.

—No.

—¿Acaso te...?

—Aquí el que hace las preguntas soy yo.

—Para que podáis acusarme de ladrón.

—Esa bocaza otra vez, es como si tuviera diarrea. Te la puedo tapar.

Lo fulminé con la mirada en silencio. Sonrió.

—Brillante respuesta —dijo.

—No he dicho nada.

—Y es tu mejor respuesta hasta ahora. Pero no. No de ladrón, tú serías más bien el bufón del ladrón. El cargo de asesinato, en cambio, está disponible.

—Chistes kongori. Siguen siendo los peores del imperio.

—No soy kongori, o sea que deberías reírte un poco más. En cuanto a esas muertes...

—A los muertos no se los puede matar.

—Tu amigo el ogo ya ha confesado veinte asesinatos en el mismo número de tierras y no da señales de que vaya a parar.

Dejé escapar un fuerte suspiro.

—Trabajaba de verdugo. No sabe de qué estás hablando —dije.

—Ciertamente sabe mucho de matar.

Parecía más viejo que cuando lo había visto a oscuras. O quizá más grande. Yo me moría de ganas de ver su espada.

—¿Por qué has ido esta noche a casa de Fumanguru? —le pregunté.

—Quizá soy un imprudente. La gente con sangre en las manos tiende a lavársela donde la derramó.

—Es la tontería más grande que he oído nunca.

—Ha sido una jugada estúpida, ir con la mascarada y trepar por los espinos y esperar que nadie os viera.

—Sigo la pista de gente perdida.

—Ya los encontramos a todos.

—Hay uno al que no encontrasteis.

—Fumanguru tenía esposa y seis hijos. Los encontramos a todos. Los conté. Luego mandamos a buscar a un patriarca que después se mudó a Malakal. Se llamaba Belekun. Y nos confirmó que en la familia eran ocho.

—¿Cuánto tardó en mudarse después de confirmarlo? —le pregunté.

—Una luna o dos.

—¿Y encontró la invectiva?

—¿El qué?

—Una cosa que estaba buscando.

—¿Cómo sabes que el patriarca estaba buscando algo?

—No eres el único que tiene amigos grandes y gordos, prefecto.

—¿Te pica, Rastreador?

—¿Qué?

—Si te pica. Ya te has rascado el pecho siete veces. Imagino que eres de esas tribus del río que no suelen llevar ropa. ¿De los luala luala, o los gangatom?

—Ku.

—Peor todavía. Y sin embargo dices «invektiva» como si supieras lo que significa. Puede que hasta la hayas estado buscando.

Se sentó en el taburete, me miró y se rio. No conseguí recordar a nadie, hombre, mujer, bestia o espíritu, que me irritara tanto. Ni siquiera el chico del Leopardo.

—Basu Fumanguru. ¿Cuántos enemigos tenía en esta ciudad? —pregunté.

—Te olvidas de que el que hace las preguntas soy yo.

—El que hace las preguntas necias. Creo que deberías pasar directamente a esa parte de la noche en la que me torturas para sacarme las respuestas que quieres.

—Siéntate. Ahora.

—Podría...

—Podrías si tuvieras tus armas. No te lo voy a pedir otra vez.

Me senté.

Caminó a mi alrededor cinco veces antes de pararse y sentarse otra vez, acercando su taburete al mío.

—No hablemos de asesinato. ¿Tienes idea de en qué parte de la ciudad estabas? Te habrían detenido hasta por mirar raro. ¿Y qué te ha hecho ir a la

casa? ¿Un asesinato de hace tres años o algo que sabías que seguiría estando ahí, intacto, hasta inmaculado? Te voy a decir lo que sé de Basu Fumanguru. La gente lo quería. Todos los hombres conocían sus enfrentamientos con el rey. Todas las mujeres conocían sus enfrentamientos con los demás patriarcas. Fue por otra razón por lo que lo mataron.

—¿«Mataron», en plural? —pregunté.

—Lo que les pasó a aquellos cuerpos no pudo hacerlo un solo hombre, si es que fueron hombres y no bestias embrujadas.

Me miró un momento tan largo y tan en silencio que abrí la boca, no para hablar, sólo para pensarme si decir algo.

—Tengo una cosa que enseñarte —me dijo.

Y salió de la habitación. Oí moscas. Me pregunté cómo estarían interrogando al ogo, o si se habrían limitado a dejarlo solo para que detallara a cuánta gente había matado y en cuántos años. ¿Y qué pasaba conmigo? ¿Acaso todo esto era el ogudu, o bien el bosque mismo me había dejado algo dentro, algo que esperaba para atacar? Algo más que un simple recordatorio de mi soledad... Y una cosa más: qué idea tan extraña para tenerla en medio de aquel lugar, mientras un prefecto intentaba atraparme en la acusación que fuera que llevaba tiempo urdiendo.

El prefecto volvió a entrar y me arrojó algo tan deprisa que lo cacé al vuelo antes de ver qué era. Algo negro y relleno de plumas suaves, envuelto en la misma tela aso oke que yo llevaba escondida dentro de la cortina con la que iba vestido. Esta vez estaba listo cuando me llegó todo lo que acompañaba a un olor que yo ya conocía.

—Un muñeco —dijo.

—Sé lo que es.

—Lo encontramos hace tres años cerca del cuerpo del hijo más joven.

—Los niños juegan con muñecos.

—En Kongor a ningún niño le habrían regalado uno. Los kongoris creen que darles muñecos a los niños es entrenarlos para que adoren a ídolos, que

es un pecado terrible.

—Y, sin embargo, hay estatuas en todas las casas.

—Les gustan las estatuas. Pero este muñeco no era de nadie de la casa.

—Fumanguru no era kongori.

—Un patriarca habría respetado sus tradiciones.

—Quizá el muñeco fuera del asesino.

—¿El asesino tenía un año?

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que había una criatura más en la casa. Y que quizá quien mató a la familia iba a por el niño. U otra cosa, mucho más descabellada.

—Ésa ya suena descabellada. ¿Qué era el niño, un pariente pobre?

—Hablamos con toda la familia.

—Belekun el Grande también. ¿Quizá los interrogasteis juntos?

—¿Estás diciendo que los patriarcas están llevando a cabo su propia investigación?

—Te estoy diciendo que tú y yo no somos los únicos que hemos estado hurgando en la casa del difunto Fumanguru. Y que fuera lo que fuera que buscaran, no lo encontraron. Y esto ya no da la impresión de ser un interrogatorio, perfecto.

—Ha dejado de serlo en cuanto hemos entrado en la habitación, Rastreador. Y ya te he dicho que me llamo Mossi. Y ahora, ¿quieres decirme cómo has aparecido en esta ciudad? No hay constancia de tu entrada, y si algo no falta en Kongor son los registros.

—Entré por una puerta.

Se me quedó mirando y se echó a reír.

—Me acordaré de preguntarte la próxima vez que te vea.

—¿Me vas a volver a ver?

—El tiempo no es más que un niño, señor Rastreador. Eres libre de irte.

Caminé hasta la puerta.

—El ogo también. Se nos han acabado las palabras para describir sus

asesinatos.

Sonrió. Llevaba la túnica recogida por encima del muslo, a fin de correr y de luchar mejor.

—Tengo una pregunta —le dije.

—¿Ahora sólo tienes una?

Me habría gustado que se guardara el ansia por mostrarme su ingenio. Pocas cosas había que odiara más que el hecho de que alguien interrumpiera mis frases para hacerse el ingenioso. De nuevo había algo en aquel hombre, quizá no algo ofensivo, pero sí más irritante que un corte en la planta del pie.

—¿Por qué se están congregando las Siete Alas aquí y ahora? —le pregunté.

—Porque no pueden dejarse ver en Fasisi.

—¿Cómo?

—Porque en Fasisi despertarían sospechas.

—Eso no es una respuesta.

—No es la respuesta que quieres, así que te daré otra. Están esperando instrucciones del rey.

—¿Por qué?

—En el sitio del que vienes, ¿no os llegan las noticias?

—No la que estás a punto de contarme.

—Pareces seguro de que estoy a punto de contártela. No hay noticias. Pero hay rumores de guerra desde hace lunas. No, no de guerra, de ocupación. ¿No los has oído, Rastreador? El loco rey del Sur ha vuelto a enloquecer. Después de diez y cinco años de cordura, los demonios le han vuelto a conquistar la cabeza. Hace una luna mandó a cuatro mil hombres a las fronteras de Kalindar y de Wakadishu. El rey del Sur moviliza a un ejército y el rey del Norte moviliza a mercenarios. Como decimos en Kongor: no podemos encontrar el cuerpo, pero podemos encontrar el hedor. Pero por desgracia, con o sin guerra, la gente sigue robando. La gente sigue mintiendo. La gente sigue matando. Y mi trabajo no se termina nunca. Ve a buscar a tu ogo. Hasta

que nos volvamos a encontrar. Entonces me podrás contar la historia de por qué tienes un solo ojo tonto.

Dejé que aquel hombre se fuera a irritar a otro.

No quería enfrentarme al Leopardo. Tampoco quería ver a Sogolon antes de desentrañar los secretos que estuviera urdiendo. Miré a Ogotriste y pensé que llegaría un momento, quizá pronto, en el que yo también necesitaría a un oyente para extraer la oscuridad de mi corazón. Además, ninguno de los dos conocía el camino de vuelta a la casa de Fumanguru, y había demasiadas casas en aquella ciudad que compartían su olor. Al ogo le seguía temblando la boca de tantas muertes que tenía que confesar, de tanto que tenía que decir, una maldición que limpiarse de la piel. En nuestra ruta había muchos árboles pero sólo dos casas, y en una de ellas parpadeaba una luz débil. Vi una roca más adelante y al llegar a ella nos sentamos.

—Ogo, cuéntame cómo mataste a aquella gente.

Y el ogo habló, gritó, susurró, vociferó, chilló, rio y lloró durante la noche entera. A la mañana siguiente, cuando tuvimos luz para ver el camino a casa, el Leopardo y Fumeli ya se habían marchado.

## CATORCE

El ogo me habló de toda la gente a la que había matado, cien, setenta y una personas.

Una cosa has de saber: no hay madre que sobreviva al nacimiento de un ogo. Los griots cuentan historias de amor loco, de mujeres que se enamoran de gigantes, pero son las típicas historias que nos contamos los unos a los otros cuando bebemos cerveza de masuku. El nacimiento de un ogo llega como el granizo. Nadie puede predecir cuándo ni cómo y no hay adivinación ni ciencia que lo vaticine. La mayoría de los ogos mueren en el único momento en que se los puede matar, justo después de nacer, porque hasta un bebé ogo le puede arrancar el pecho a la pobre mujer de la que está mamando, y aplastar el dedo que tiene cogido. Hay quien los cría en secreto, dándoles de beber leche de búfala y adiestrándolos para que hagan el trabajo de diez tiros de arado. Pero a los diez y cinco años de edad algo se le gira al ogo en la cabeza y se convierte en el monstruo que los dioses lo destinaron a ser.

Pero no siempre.

Así que cuando Ogotriste salió de su madre y la mató, el padre maldijo al hijo, afirmando que debía de ser fruto de un adulterio. Maldijo el cuerpo de la madre y se lo llevó a un montículo que había en las afueras de la aldea, para que se la comieran los buitres y los cuervos, y habría matado al bebé o lo habría dejado indefenso en el hueco de un árbol ako de no haberse propagado en la aldea el rumor de que acababa de nacer un ogo. Dos días más tarde, mientras la choza del padre todavía apestaba a placenta, mierda y sangre, llegó un hombre que compró al bebé por siete piezas de oro y diez y cinco



cabras. También le dio al ogo un nombre a fin de que se lo considerara un hombre y no una bestia, pero Ogotriste lo había olvidado. Cuando tenía diez y dos años, Ogotriste mató a un león que le había cogido el gusto a comer carne humana. Lo mató de un puñetazo en el cráneo, y eso fue antes de que un herrero le forjara los guantes de hierro.

Cuando Ogotriste mató a otro león, que en realidad era un metamorfo, su amo le dijo:

—Está claro que sirves para matar, así que matar será tu oficio. No hay forma de detener lo que los dioses te destinaron a ser, no hay forma de cambiar la forma que los dioses te dieron. Tienes que blandir el hacha y tienes que tensar el arco, pero yo decido a quién matas.

El hombre tenía a mucha gente a la que matar en aquellos años y Ogotriste se volvió fuerte y temible, se dejó crecer la melena —porque ¿quién le iba a mandar que se la cortara?— y dejó de lavarse, porque ¿quién le iba a mandar que se lavara? Y el hombre que le daba de comer y le daba pieles de cuero para vestirse y le enseñaba la ciencia de matar le señaló a un hombre que estaba labrando sus tierras y le dijo: Mira a ese hombre. Tuvo todas las oportunidades para ser fuerte y eligió ser débil. Y eso avergüenza a los dioses. El futuro de sus tierras y de sus vacas está en mis manos, así que mándalo con sus antepasados. De esa manera crío al ogo. Más allá del bien y del mal, más allá de la justicia y la injusticia, deseando únicamente los deseos de su amo. Y de esa manera se crío Ogotriste, para pensar únicamente en lo que quería, en lo que deseaba y en quién era un obstáculo para sus deseos, desplomándose, furioso, gimoteando, berreando, suplicando que lo mataran.

Ogotriste mataba a todo el mundo que le ordenaba su amo. Parientes, amigos convertidos en adversarios, rivales y hombres que se negaban a vender sus tierras, porque el amo se veía a sí mismo como un cacique. Ogotriste mataba, mataba y volvía a matar, y el día en que entró en la choza de un hombre testarudo que vendía su mijo en vez de darlo a modo de tributo y le rompió el cuello a su familia entera, incluyendo a tres criaturas, se vio a

sí mismo reflejado en un espejo reluciente de hierro que había en la pared, con la última niña colgándole como una muñeca rota de las manos. Tan alto que su cabeza quedaba fuera del espejo y lo único que se veía eran los brazos monstruosos y la niña. Y no era un hombre sino una bestia, con piel de bestia, que hacía cosas que ni siquiera hacen las bestias. No era el hombre que había oído a los griots recitarle poemas a la mujer de su amo y había deseado poder cantarlos él también. No era el hombre que permitía a la mariposa y la polilla posársele en el pelo y las dejaba quedarse allí, a veces para morir, y en el pelo se le quedaban para siempre, como joyas de color amarillo intenso. Valía menos que una mariposa, era un asesino de niños.

En casa del amo, la esposa del amo fue un día a hablar con él y le dijo: Me pega todas las noches. Si lo matas, puedes quedarte una parte de su dinero y siete cabras. Y Ogotriste dijo: Ese hombre es mi amo. Y ella le dijo: No hay amos ni esclavos, sólo existe lo que quieres, lo que deseas y lo que te lo impide. Y cuando Ogotriste vaciló, la mujer le dijo: Mira qué hermosa soy todavía, y no se acostó con él, porque habría sido una locura, dado que él no sólo era grande ya, sino que tenía la vitalidad de un hombre joven multiplicada por diez, porque era un gigante en todos los sentidos, pero sí que le dio placer con las manos, hasta que él gritó y soltó un chorro de leche de hombre que la golpeó en la cara y la hizo salir despedida cuatro pasos atrás. Aquella noche Ogotriste entró en el dormitorio de la pareja cuando el marido estaba encima de la mujer, lo agarró del pescuezo y le arrancó la cabeza, y la mujer chilló: ¡Asesino! ¡Violador de mujeres! ¡Socorro! Y él saltó por la ventana, porque el amo tenía muchos guardias.

Segunda historia.

Los años envejecieron y los años murieron, y el ogo era el verdugo del rey de Weme Witu, en el más rico de los reinos del Sur, aunque en realidad no era más que un cacique vasallo del rey del Sur, que todavía no estaba loco. A Ogotriste lo llamaban el Verdugo. Llegó el momento en que el rey se cansó de su esposa número diez y cuatro y se puso a propagar mentiras y a decir

que ella se abría de piernas para muchos, como un arroyo que se bifurca en dos direcciones, y que había yacido con muchos lores, muchos caciques, muchos sirvientes, quizá algún mendigo, y que hasta la habían visto sentarse sobre la lengua juguetona de un eunuco. Y así se terminó la historia. Cuando muchos dieron testimonio sobre ella, incluyendo a dos doncellas de baño que afirmaron haberla visto una noche con un hombre metiéndosela por cada agujero, aunque no se acordaban de qué noche había sido, la corte de patriarcas y místicos, todos los cuales tenían caballos nuevos y literas y carros de guerra que les había regalado el rey, la condenó a muerte. Una muerte rápida, bajo la espada de Ogotriste el Verdugo, porque los dioses sonreían a la clemencia.

El rey que sólo era un cacique dijo: Llevadla a la plaza de la ciudad para que muchos puedan aprender de su muerte, que la mujer nunca ha de engañar al hombre. La reina, antes de sentarse en la silla de la ejecución, tocó a Ogotriste en el codo, el más suave de los toquecitos, como crema tocándole los labios, y le dijo: En mí no hay malicia hacia ti. Mi cuello es hermoso, impoluto, inmaculado. Se quitó el collar de oro y se lo enrolló en torno a la mano que blandía el machete, un machete fabricado para un ogo, más ancho en su punto más ancho que el pecho de un hombre. Por el amor de los dioses, hazlo de prisa, le dijo.

En la tierra había clavados tres tallos de bambú. Los guardias la tiraron al suelo, la obligaron a incorporarse hasta sentarse y la ataron al bambú clavado en el suelo. La mujer levantó la barbilla pero le caían lágrimas por las mejillas. Ogotriste cogió una rama desnuda de hojas y la dobló bien tensa como un arco. La rama estaba furiosa, quería estar recta otra vez y no atada, pero él la ató, la ató a una soga de hierba y luego se la ató a la esposa alrededor de la cabeza. Ella hizo un gesto de dolor y trató de acomodarse a la fuerte tensión de la rama. La rama le apretó el cuello y ella soltó un grito y Ogotriste sólo pudo mirarla y confiar en que su mirada dijera: Voy a terminar con esto rápido. Su ngulu estaba afilada, tan afilada que sólo de verla ya te

hacía sangrar los ojos. Su espada reflejaba la luz del sol y centelleaba como un relámpago. La esposa se puso a chillar. Lloró. Gritó. Llamó a sus antepasados. Se puso a suplicar. Todos suplican, ¿sabes? Se pasan la vida alardeando de cómo van a disfrutar del día en que se reúnan con sus antepasados, pero cuando por fin les llega ese día ninguno se lo pasa bien, sólo lloran y se mean y se cagan.

Ogotriste levantó el brazo de la espada, vociferó y lo dejó caer, y la espada seccionó el cuello pero la cabeza no se desprendió del todo. La ciudad y su población estaban presenciando la ejecución esperando un corte limpio que los hiciera reír. Pero la espada se quedó clavada en mitad del cuello y a la mujer se le salieron los ojos de las órbitas y la boca se le puso a vomitar sangre y soltó un gemido que sonó como ohhhhhhhhhhh-hahhhhhuc, y la gente gritó, y la gente apartó la mirada, la gente olió el asco en la gente que estaba presenciando la ejecución, y el guardia le gritó al Verdugo que terminara deprisa. Antes de que pudiera dar otro golpe con la espada, sin embargo, la rama impaciente le arrancó a la mujer el resto de la cabeza del cuello y la lanzó por los aires.

He aquí unas palabras ciertas. Cada vez que el ogo tomaba un camino, ese camino lo llevaba a Kalindar. El Kalindar que había a medio camino entre el Lago Rojo y el mar, y que reclamaban para sí tanto el rey del Norte como el rey del Sur, sólo era la mitad del territorio. El resto serpenteaba por parajes olvidados fuera de las murallas de la ciudadela, y en esas afueras los hombres hacían apuestas sobre torneos de sangre y artes oscuras. Y llegó un momento en que el ogo pensó: Si matar es mi trabajo, jamás tendré otro. Y escuchando los vientos cálidos y los tambores secretos, empezó a enterarse de dónde se celebraban peleas, de quiénes querían disputarlas y de quiénes querían presenciarlas, en el subsuelo del estadio, donde las paredes estaban manchadas de sangre y las tripas se barrían del suelo y se daban de comer a los perros. Las llamaban los Espectáculos.

Pronto Ogotriste se encontró en aquella ciudad. Dos guardias que estaban

sentados junto a las puertas de Kalindar lo vieron y le dijeron: Camina cien pasos, gira a la izquierda, camina hasta pasar frente a un hombre ciego sentado en un taburete rojo y dobla al sur hasta que te encuentres un hoyo en el suelo con unos escalones que bajan.

Pareces listo para morir, le dijo el maestro de los Espectáculos cuando lo vio. Luego lo llevó a un enorme patio subterráneo y le señaló una celda.

—Lucharás dentro de dos noches. Dormirás ahí. No dormirás bien y te levantarás de mal humor, y eso te ayudará.

Pero Ogotriste no estaba de mal humor, sino abatido por la melancolía. Durante los entrenamientos, el maestro de los Espectáculos lo hizo azotar con palos, pero todos los palos se rompían y todos los hombres caían exhaustos antes incluso de que Ogotriste se levantara del suelo.

En cuanto a los ogos, una cosa has de saber. La mayoría nunca sienten alegría ni tampoco melancolía. Tienen poco entendimiento y unos temperamentos que pasan del frío al calor en un instante. Dos ogos que dicen: Si lo matas a él, estás matando a mi hermano, aun así son capaces de aplastar la cabeza de su hermano hasta que no quede nada. Nadie entrena a un ogo. No es necesario. Sólo hay que hacerlo enfadar, o hacerle pasar hambre. Y Ogotriste no era amigo de los demás ogos, y ninguno era amigo suyo, y uno era más alto que los árboles y más corpulento que los elefantes, y otro era bajo pero ancho y duro como una piedra, y otro más tenía músculos en la espalda y en los hombros que se elevaban más que su cabeza y la gente decía que aquél era un simio. Y uno que se pintaba de azul, y otro que comía carne cruda.

Y el maestro le dijo: Mira, no te tengo encadenado. No soy un esclavista. Ven cuando vengas y vete cuando te vayas, y de lo que yo apueste por ti, te quedas la mitad, y de lo que yo apueste en contra de ti, te llevas la tercera parte, y si ganas, la gente que haya venido a verte te bañará en oro y en cauris, y de todo eso sólo me quedará una quinta parte. *Ko kare da ranar sa.* ¿Qué quieres hacer con el dinero, mi melancólico ogo?

—Quiero tener el bastante para navegar en un dhow que soporte mi peso.

—¿Navegar adónde?

—No importa. Sólo importa el irme de aquí.

La noche de la primera pelea, Ogotriste y siete ogos más desfilaron al ruedo. No era más que un foso profundo, los restos de un pozo que descendía quizá unos doscientos brazos en el subsuelo, quizá más. Con rocas asomando de la tierra irregular y unas cornisas a alturas desiguales donde se ponían de pie hombres, nobles y caciques, junto con algunas mujeres. Los asistentes habían hecho sus apuestas para todos los combates, los cuatro que se celebrarían aquella noche. En el fondo del pozo se elevaba del agua un montículo seco.

El maestro puso a Ogotriste en la segunda ronda, y dijo: A éste, nuevo y sin estrenar, lo llamaremos Caratriste. Ogotriste bajó vestido con un macawii rojo en torno a la cintura y se detuvo delante del maestro. Que los dioses del trueno y de la comida le den fuerza, porque mirad, aquí viene otro, dijo el maestro, y bajó de un salto al agua, desde donde trepó a una cornisa. Los hombres gritaron, vitorearon y armaron jaleo. Bajaron a una mujer dentro de un balde para que recogiera todas las apuestas. Guau, dijo el maestro, mirad ahora, aquí viene, el Rompespaldas, y los hombres de las cornisas bajas treparon más arriba.

El Rompespaldas era el peor, porque se comía la carne cruda de la bestia que mataba. De la boca le asomaban colmillos de jabalí. Alguien le había pintado el cuerpo enorme de ocre rojo. El maestro dijo: Hagan sus apuestas, dignos caballeros. Pero antes de que pudiera terminar, el Rompespaldas le arreó un puñetazo a Ogotriste que lo derribó al agua. La chica chilló: ¡Subid el balde! Porque el ogo rojo se había fijado en él nada más bajar al foso. Rompespaldas miró al público y soltó un bramido. Ogotriste salió del agua y lo derribó; agarró una roca para aplastarle la cabeza, pero tenía las manos mojadas y resbaladizas y el Rompespaldas se escurrió de su presa, se dio la vuelta y le arreó un puñetazo en el mentón. Ogotriste escupió sangre. El ogo

rojo blandió su garrote con pinchos y asestó un garrotazo a los pies de Ogotriste, pero éste se apartó y le propinó una patada en las pelotas. El ogo rojo cayó de rodillas y su propio garrote de pinchos se le hundió en el ojo izquierdo. Ogotriste golpeó una vez con el garrote en la cabeza a Rompespaldas, y otra vez, y otra. Por fin levantó el cuerpo sin cabeza y se lo arrojó a los hombres de la cornisa más baja.

Seis fueron a por él y a los seis los mató con aquel garrote.

De manera que su fama se extendió por Kalindar, y vinieron más y más hombres para verlo y para apostar. Y como el foso era pequeño y ya no cabía todo el mundo en él, pusieron más vigas de madera de lado a lado de la boca para que pudieran verlo más hombres, y el maestro pasó a cobrar el triple, el cuádruple, el quíntuple, y luego combate a combate, por mucho que los asistentes ya hubieran pagado antes por la oportunidad de ver al triste ogo y apostar por él.

—Miradlo, mirad cómo nunca cambia de cara —decían.

Él se enfrentaba a todos y a todos los mataba, y pronto empezaron a no quedar ogos en la región. Pero la chica del balde que recogía las apuestas era una esclava de mirada tan triste como la suya. Les llevaba comida, aunque muchos ogos intentaban violarla. Uno la agarró una noche y dijo: Mira cómo me crece, y la tiró al suelo, pero mientras se estaba poniendo encima de ella, Ogotriste lo agarró del tobillo, lo sacó de un tirón de su celda, lo blandió como si fuera un garrote y lo estampó contra el suelo una vez y otra y otra más, hasta que no salió un solo ruido de aquel ogo. Y durante todo ese rato la chica no dijo nada, pero el maestro dijo:

—Que te maldigan los dioses, ogo triste, porque ese gigante valía mucho más que esta niña boba.

Ogotriste se giró hacia él.

—No nos llames gigantes —le dijo.

La chica empezó a sentarse en su celda. Cantaba versos, pero no se los cantaba a él. Este último es de las Tierras del Norte, le decía, este otro del

Este.

—Deberíamos ir allí —le decía.

—Ningún hombre está atado a mí y yo no estoy atado a nadie —dijo el maestro cuando Ogotriste le comunicó que se marcharía pronto—. Te has hecho rico matando. Pero ¿adónde vas a ir? ¿Dónde hay un hogar para el ogo? Y si existiera ese hogar, amigo ogo, ¿no crees que alguno de los de aquí ya se habría ido a buscarlo?

Aquella noche la chica acudió a él y le dijo: Ya se me han terminado los versos que cantar. Dame palabras nuevas. Él caminó hasta las rejas, que no estaban cerradas con llave, y entonó:

*Dale palabras a la voz  
y carne a estos versos  
carbón y ceniza  
la llama parpadea  
y da luz.*

Ella se lo quedó mirando a través de las rejas.

—Lo que te digo es la verdad, ogo, tienes una voz espantosa y esos versos son terribles. Los griots reciben su don de los dioses. —Luego se rio—. Dime la verdad. ¿Cómo te llaman?

—No me llaman de ninguna manera.

—¿Cómo te llama tu padre?

—Me llama maldición de los demonios que se follaron a la puta de su mujer y la mataron.

Ella volvió a reírse.

—Me río, pero me pone muy triste —dijo—. Si vengo aquí es porque no eres como los demás.

—Soy peor. He matado al triple que el más valiente de los guerreros.



—Sí, pero eres el único que no me mira como si yo fuera la próxima.

Ogotriste se acercó a las rejas y las empujó para abrirlas un poco. La chica se apartó un paso y trató de que no pareciera que había dado un brinco.

—Es verdad, soy capaz de matar a lo que sea. Si me rajas la piel para encontrarme el corazón, lo encontrarás blanco. Blanco como la nada.

La chica lo miró. Era casi el triple de alto que ella.

—Si de verdad no tuvieras corazón, no te habrías dado cuenta. Me llamo Lala.

Cuando Ogotriste le dijo al maestro que quería marcharse, no le dijo que se quería ir al norte y luego al este, porque a cualquiera que hubiera escrito los versos que recitaba la chica no le iba a importar que él fuera mucho más alto que los más altos de los hombres. Tampoco pidió comprar a Lala, aunque tenía planeado llevársela. Pero el maestro se enteró de que aquella nueva idea procedía de su recaudadora de apuestas. Estaba claro que no eran amantes, porque ni siquiera la mujer más enorme puede soportar a un ogo, y ella era pequeña como una niña y frágil como una ramita. Aquel ogo estaba acercándose a la forma de pensar de ella y empezando a hablar como ella.

A la mañana siguiente, Ogotriste se despertó y vio cómo el ogo azul, en mitad del patio, sacaba la polla de la chica y dejaba a Lala aplastada, desgarrada y hecha trizas en una media luna de su propia sangre. Ogotriste no fue corriendo con ella, no lloró y no salió de su celda, y tampoco le habló del tema al maestro.

—Te enfrentaré con él en un último combate para que puedas vengarla — dijo el maestro.

Aquella misma noche otra esclava vino a su celda y le dijo: Mírame, soy la nueva doncella de las apuestas. Me van a bajar a mí en el balde.

—Diles a los viejos que es una tontería apostar contra mí.

—Ya han apostado.

—¿Qué?

—Ya han hecho sus apuestas, la mayoría por ti y unos cuantos contra ti.

—¿Qué quieres decir?

—Dicen que eres el ogo listo.

—Habla claro y di la verdad, esclava.

—El maestro de los Espectáculos ya solicitó apuestas hace siete días, por medio de esclavos, de mensajeros y de palomas, comunicando que te iba a hacer pelear a muerte contra el ogo azul.

Ya antes del combate resonaba un estruendo procedente del foso y rebotaba en la tierra y la roca. Nobles con vestidos aristocráticos y babuchas de ribetes dorados, y como aquélla era una noche especial con un espectáculo especial, los nobles se habían traído a varias mujeres de su clase, con las cabezas envueltas como flores altas señalando al cielo. Estaban impacientes, a pesar de que muchos combates dejaban brazos rotos, cabezas aplastadas o cuellos arrancados como a los pollos. Algunos hombres empezaron a soltar palabrotas y las mujeres también. Traed al de la cara triste, entonaron. Ogo triste, ogo triste, ogo triste, dijeron, y cantaron: ogo.

Triste.

Ogotriste.

Ogotriste.

El ogo azul se quitó una capucha negra y saltó al montículo desde una cornisa alta. Sacó pecho. Las mujeres silbaron y llamaron a Ogotriste. El ogo azul dijo: Le voy a meter una rama de iroko por el culo hasta que le salga por la boca y lo voy a asar en el espetón.

Ogotriste vino desde el oeste, por un túnel que hasta entonces no había usado nadie. Se había enfundado los nudillos en tiras de hierro.

—Saltan las centellas y los truenos, hasta los dioses están echando un vistazo a este combate. Fijaos bien, buenos caballeros. Fijaos bien, buenas esposas y doncellas. Este día no lo vais a olvidar nunca. ¡Quien no haya apostado todavía, que apueste ahora! ¡Quien ya haya apostado, que apueste otra vez!

La nueva esclava bajó en el balde y los hombres le tiraron bolsas y

monedas y cauris. Algunas cayeron dentro del balde y otras le dieron en la cara.

Ogotriste vio cómo bajaban a la nueva esclava hasta la cornisa inferior y luego la izaban de cornisa en cornisa y alrededor del foso para recoger las apuestas. Sólo entonces le llegó la poesía que la chica cantaba en un idioma que él no entendía. Un idioma que quizá dijera: Míranos, hablamos de melancolía, y la melancolía siempre es la misma palabra sin importar el idioma. El puño del ogo azul se le estampó en toda la mejilla y le hizo escupir aquel pensamiento. Se cayó al agua, que se le metió por la nariz y lo atragantó.

El ogo azul saludó con el brazo al público, una parte del cual vitoreaba y la otra silbaba, un ruido claro cuando Ogotriste sacaba las orejas del agua y turbio cuando volvía a hundirse. El ogo azul se puso a dar zancadas por el montículo, empujando la entrepierna hacia delante y follándose el aire. Bajó la vista para mirar a Ogotriste y se rio tan fuerte que se le escapó la tos. A Ogotriste se le ocurrió quedarse allí, confiando en que el nivel del agua subiera, quizá en forma de marea, y se lo tragara. El ogo azul retrocedió un poco y bajó la cabeza como si fuera un toro. Corrió tres pasos y dio un salto en el aire. Juntó las manos para estampárselas en la cabeza a Ogotriste. Éste encajó el codo en el barro y se incorporó a medias para asestar un puñetazo con el puño derecho, que le atravesó el pecho al ogo azul y le apareció por la espalda. Al ogo azul se le salieron los ojos de las órbitas. La multitud guardó silencio. El ogo azul cayó y rodó por el suelo, tirando de Ogotriste hacia arriba. El ogo azul seguía teniendo los ojos como platos. Ogotriste vociferó hacia las paredes del foso, sacó la mano y le arrancó el corazón al ogo azul, que lo miró un momento, escupió sangre y cayó muerto. Ogotriste se puso de pie, lanzó el corazón a la cornisa central y todos los hombres se apartaron.

El maestro de los Espectáculos salió corriendo y se dirigió a la multitud:

—¿Ha existido alguna vez un campeón como éste, así de melancólico, hermanos? ¿Cuándo lo derrotará alguien? ¿Cuándo lo detendrá alguien? ¿Y

quién lo detendrá? ¿Y la muerte de quién, repito, la muerte de quién, hermanos, lo hará sonre...?

La gente que estaba justo delante del maestro lo vio. Unos nudillos de hierro que le brotaban del pecho. Los ojos del maestro se pusieron blancos. La mano del ogo tiró rápidamente hacia atrás y le arrancó el espinazo. El hombre se arrugó como si estuviera hecho de trapo. La esclava bajó la vista desde su balde. El pozo entero quedó en silencio hasta que una mujer gritó. Ogotriste echó a correr hasta la primera cornisa, rompió de un puñetazo el soporte de madera que la mantenía en su sitio y un grupo de hombres cayó gritando por la arremetida de su puño. Una, dos y tres. La cuarta cornisa intentó escaparse corriendo por el agua, pero él la agarró por un extremo y la arrojó a otra cornisa llena de hombres, derribándolos a todos. Había hombres y mujeres llamando a gritos a los dioses y subiendo despavoridos por las escalerillas de mano. Aún más gente trepando por encima de la gente que subía por las escalerillas. Pero Ogotriste arrancó otro soporte y dos cornisas cayeron, y de un solo golpe, de un solo puñetazo, de un desgarrón, de un porrazo, cuerpos amontonados sobre cuerpos. Un hombre al que había asestado un puñetazo salió volando al barro, que se lo tragó. A otro lo hundió a pisotones en el agua hasta teñirla de rojo. A continuación se puso a arrancar de la pared una escalerilla detrás de otra y una cornisa detrás de otra. Saltó a una de las pocas cornisas que quedaban, golpeando, empujando a unos contra otros y tirándolos al vacío, luego saltó de una cornisa a otra y a otra hasta estar tan arriba que para matar a la gente sólo tenía que dejarlos caer. Por fin saltó a lo alto del pozo y atrapó a dos que se escapaban corriendo, les agarró las cabezas y se las estampó entre sí. Un chico alcanzó el borde del pozo y se chocó con él. Un chico todavía muy lejos de hacerse hombre, vestido con túnica elegante como su padre, que se lo quedó mirando con más curiosidad que miedo. Ogotriste le tocó la cara con las dos manos, suave, gentil, como la seda, luego lo agarró y lo tiró al fondo del pozo. Después rugió como una bestia. La esclava del cubo seguía colgando en lo alto. No dijo nada.

Ogotriste había vuelto casi dando brincos hasta la casa del noble. Había entrado en su habitación y se había puesto a roncar de inmediato. El búfalo estaba en el patio comiendo hierba, que debía de tener un sabor horrible pero que a él parecía gustarle. Levantó la vista, me vio vestido con la cortina y soltó un soplido de burla. Yo mascullé y tiré de ella, como si no pudiera quitármela. El búfalo volvió a hacer un ruido que sonaba a risa, pero ninguna bestia astada es capaz de reírse, aunque quién sabía qué dios estaba haciendo travesuras a través de él.

—Amigo búfalo, ¿ha venido alguien a esta casa? ¿Alguien vestido de negro o de azul?

Negó con la cabeza.

—¿Alguno del color de la sangre?

Soltó un soplido. Yo sabía que él no podía ver el color de la sangre, pero aquel búfalo tenía algo que me impulsaba a tomarle el pelo.

—Por desgracia, creo que nos están vigilando.

Se dio la vuelta, luego se volvió a girar para mirarme y soltó un gruñido largo.

—Si aparece algún hombre vestido de azul y negro, o con capa negra, da la voz de alarma. Pero haz lo que quieras con él.

Movió la cabeza de arriba abajo e hizo una gárgara.

—Búfalo, antes de que se ponga el sol volveremos a la orilla del río para encontrar mejor hierba.

Hizo otra gárgara y meneó el rabo.

Dentro de la habitación del Leopardo sólo quedaba un vestigio de olor. Si quería, podía olisquear el fondo de las alfombras, más allá de la mierda y el esperma y el sudor del Leopardo y del chico, y averiguar adónde se habían ido y adónde iban a ir. Pero ésta es la verdad: no me importaba. Lo único que quedaba en la habitación era lo que habían hecho, nada de ellos. He aquí otra

verdad: sí que me importaba una pizca, lo bastante como para saber que estaban yendo al sudoeste.

—Se han ido antes del alba —me dijo el dueño de la casa a mi espalda.

Llevaba un caftán blanco que no escondía la desnudez de debajo. ¿Un viejo shoga? Esa era la pregunta que yo no quería formular.

Eché a andar hacia la habitación de Sogolon y el noble me siguió. No intentó detenerme.

—¿Cómo te llamas, señor? —le pregunté.

—¿Qué? ¿Cómo me llamo? Sogolon dijo que no habría nombres... Kafuta. Me llamo Kafuta.

—Muchas gracias por la habitación que nos has ofrecido y por la comida, lord Kafuta.

—No soy un lord —dijo, mirando más allá de mí.

—Eres el señor de esta magnífica casa —le dije.

Sonrió, pero la sonrisa abandonó rápidamente su cara. Si yo hubiera creído que el dueño de la casa deseaba entrar en la habitación de Sogolon, le habría dicho: Llévame a su habitación, ésta es tu casa. Aquel noble no tenía miedo de la bruja; más bien parecían hermanos, o personas que comparten secretos antiguos.

—Voy a entrar —le dije.

Me miró, luego miró más allá de mí y por fin volvió a mirarme, apretando los labios para ocultar su preocupación. Fui hasta la puerta de la bruja. Me di la vuelta mientras le preguntaba:

—¿Vienes conmigo?

Pero él ya no estaba.

Sogolon no tenía la puerta cerrada con llave. Ninguna de aquellas puertas tenía cerradura, aunque yo me había imaginado que la suya sí. Quizá todo el mundo cree que lo único que tienen las viejas es secretos, y aquélla fue la segunda vez que pensé en secretos al pensar en ella.

Los olores de la habitación me llegaron primero. Algunos conocidos que

me llevaban fuera de la habitación y otros que no me sonaban de nada. En el centro de la estancia, una estera negra y roja con los típicos dibujos curvados de las telas de los reinos del Este y cabezal de madera. Pero en las paredes, pintadas, garabateadas, rayadas a cuchillo y escritas, había runas. Algunas pequeñas como la yema de un dedo. Otras más altas que la misma Sogolon. De ellas venían los olores, a carbón, a tinte de madera, a mierda y a sangre. Vi la estera y el cabezal y ya no presté atención al suelo. Pero también estaba cubierto de runas, las más recientes de sangre. Tan cubierta de marcas estaba la habitación que no me atreví a mirar al techo, porque sabía lo que vería allí. Runas pero también una serie de círculos, cada uno más grande que el anterior. Cierto, yo tenía el tercer ojo, habría visto runas escritas en el aire.

Un solo olor de la habitación, más reciente que los demás, viajó con la corriente de aire y se hizo más fuerte.

—Le estás dando miedo al dueño de esta casa —dije.

—No es mi dueño —dijo Bunshi mientras se derramaba del techo al suelo. Me quedé quieto y rígido; no había modo de que una masa negra que bajaba del techo me inquietara.

—Creo que no quiero saber quiénes son tus dueños —le dije—. Quizá tú misma seas un lord al que ya nadie venera.

—Y, sin embargo, con el gigante has sido muy amable —dijo.

—Llámalo ogo, no gigante.

—Ha sido muy noble por tu parte escuchar a un hombre que está vaciando el mundo entero de su consciencia.

—¿Nos has estado espiando, bruja del río?

—¿Todas las mujeres son brujas para ti, Ojo de Lobo?

—¿Y qué pasa si lo son? —dije.

—Lo único que sabes de las mujeres es que tu madre le monta la polla a tu abuelo, y culpas a todas las mujeres por eso. El día en que murió tu padre fue el primer día de libertad que vio tu madre, hasta que tu abuelo volvió a esclavizarla. Te has limitado a ver sufrir a una mujer y echarle la culpa.

Caminé hasta la puerta. No quería oír más del tema.

—Éstas son runas de protección —le dije.

—¿Cómo lo sabes? Por la Sangoma, claro.

—Tenía los troncos de los árboles cubiertos de ellas, algunas talladas, otras grabadas a fuego, otras suspendidas en medio del aire o en las nubes o en el suelo. Pero era una sangoma. Vivir como ella era saber que día y noche iban a surgir fuerzas malignas que vendrían a por ti. O espíritus ultrajados.

—¿A quién ultrajó la Sangoma?

—Me refería a Sogolon, no a ella.

—Menuda historia te has inventado de ella.

Fui junto a la ventana y toqué las marcas que rodeaban el marco.

—Éstas no son runas.

—Son glifos —dijo Bunshi.

Yo ya sabía que eran glifos. Como las marcas de aquel atacante que había entrado por la ventana del puto. O como la nota que la paloma tenía enrollada en la pata. Pero no eran las mismas marcas exactamente; al menos no podía estar seguro.

—¿Las has visto antes? —me preguntó.

—No. Escribe las runas para impedir que entren los espíritus. ¿Para qué quiere los glifos?

—Haces demasiadas preguntas.

—No necesito las respuestas. Además, me marchó hoy, antes de que se ponga el sol.

—¿Hoy? ¿Necesitas que te diga que es demasiado pronto?

—¿Demasiado pronto? Llevamos una luna y varios días aquí. Una luna entera desperdiciada en un bosque en el que no debería haber entrado nadie. El ogo y yo nos marchamos hoy al anoecer. Junto con todo aquel que desee acompañarnos. Quizá el búfalo.

—No, Ojo de Lobo. Hay más cosas que descubrir aquí. Más cosas que...

—¿Qué? Estoy aquí para encontrar a un niño, cobrar el oro y encontrar al



siguiente marido perdido que no está perdido.

—Hay cosas que ni siquiera sabes que no sabes.

—Sé adónde está yendo el niño.

—¿Y le estás guardando el secreto?

—Se lo cuento a quien creo que necesita saberlo. Quizá nos mandarás a esta misión esperando que fracasáramos. Pero, en fin, seas quien seas, porque la verdad es que no lo sé..., ¿dónde está ahora tu equipo? Nyka, y su mujer...

—Tiene un nombre.

—No quiero acordarme, me cago en los dioses. Además, fueron los primeros en partir, antes incluso de que nosotros saliéramos del valle. El Leopardo ya no está, y Fumeli tampoco, aunque no es que el chico sirviera de gran cosa, y ahora Sogolon se ha ido adonde sea. Te digo la verdad. Nunca vi por qué hacía falta un grupo para encontrar al niño. Ni yo ni ninguno de los demás. Ni Nyka, ni el gato ni tu bruja.

—Piensa como un hombre, no como un niño, Rastreador, ésta no es una misión para uno solo ni para dos.

—Y, sin embargo, te has quedado con dos. En caso de que Sogolon vuelva y esté dispuesta, entonces seremos tres.

—Uno, tres, cuatro o ninguno, para el caso es lo mismo. Si lo único que necesitáramos fuera alguien que encontrara al niño, Rastreador, podría haber contratado a doscientos rastreadores con perros. Dos preguntas te hago, y puedes elegir cuál contestas primero. ¿Crees que el secuestrador te va a dar al niño sólo porque tú le digas: Aquí estoy, dame al niño?

—Me lo van...

—¿Es el rastreador tan necio como para creer que soy la única que busca a ese niño?

—¿Quién más lo busca?

—El que te visita en sueños. Piel como el alquitrán, pelo rojo, cuando lo ves, oyes un batir de alas negras.

—No conozco a ese hombre.

—Él te conoce a ti. Lo llaman el Aesi. Responde ante el rey del Norte.

—¿Y por qué iba a visitarme en sueños?

—Son tus sueños, no los míos. Tienes algo que él quiere. Quizá también sepa que ya has encontrado al niño.

—Háblame más de ese hombre.

—Nigromante. Brujo. Es el asesor del rey. Viene de una antigua estirpe de monjes que empezaron a experimentar con ciencias secretas e invocar a demonios y los expulsaron de la orden. El rey se lo consulta todo, incluso hacia dónde ha de escupir. ¿Sabes por qué llaman a Kwash Dara el Rey Araña? Porque siempre se mueve con cuatro brazos y cuatro piernas, lo que pasa que dos de cada son del Aesi.

—¿Por qué quiere al niño?

—Ya hemos hablado de esto. El niño es la prueba de los asesinatos.

—¿Los cadáveres no son prueba suficiente? ¿O es que creen que la mujer se partió a sí misma por la mitad? ¿Quién es el niño?

—El niño es el último hijo del último hombre honrado de los diez y tres reinos. Tengo intención de salvarlo por mucho que sea lo último que haga en este mundo o en el siguiente.

—No te lo pienso preguntar por tercera vez.

—¿Cómo te atreves a preguntarme nada? ¿Quién eres para exigirme que te explique las cosas con claridad? ¿Ahora eres mi amo, es eso lo que pretendes?

Se le pusieron unos ojos como platos y le creció una aleta de la nuca.

—No. No pretendo nada más que descansar. Estoy cansado de esto. —Me di la vuelta para salir—. Me marcharé dentro de dos días.

—¿Hoy no?

—Hoy no. Parece que necesito saber más cosas.

—¿Dónde está el niño? ¿A cuántas lunas de distancia? —me preguntó.

—No vuelvas a hablar de mi madre.

Aquella noche soñé de nuevo que estaba en una selva. Una clase nueva de

sueño que me hacía preguntarme por qué estaba en él, y por qué era un sueño de árboles y vegetación y gotas amargas de lluvia. Y moviéndome pero sin caminar, consciente de que algo se me iba a revelar en un claro, o en el reflejo de un charco, o en el chillido solitario de un pájaro fantasma solitario. La revelación de algo que yo ya conocía. La Sangoma me había dicho una vez que la selva de los sueños era donde encontrabas las cosas que estaban escondidas en el mundo de la vigilia. Y aquella cosa escondida quizá fuera un ansia. El conocimiento estaba en las hojas, en la tierra, en la niebla y en un calor espeso como un fantasma, y el lugar era una selva porque la selva era el único sitio donde algo podía aguardar oculto tras una hoja de gran tamaño. La selva te encontraba a ti, tú no podías buscarla a ella, por eso todo el mundo que visitaba aquella selva intentaba averiguar por qué estaba allí. Pero la búsqueda del significado te volvía loco, me había dicho también la Sangoma.

De modo que no pregunté qué significaba nada cuando la Niña de Humo fue la primera en venir corriendo hacia mí y pasar de largo, no haciéndome el vacío sino más bien como si estuviera acostumbrada a mi presencia. Y en la selva había un hombre al que sólo pude ver por el pelo que tenía en las manos y piernas. El hombre me tocó el hombro, el pecho y la barriga; inclinó la frente para pegarla a la mía, luego agarró dos lanzas y se marchó. Y estaba el Niño Jirafa con las piernas muy abiertas, y el niño sin piernas hecho una bola y rodando entre ellos, y la arena que había en mitad de la espesura parpadeó, sonrió y por fin el albino se levantó de la arena como si surgiera de ella en vez de haber estado simplemente escondido en ella. Luego agarró una lanza y se fue a buscar al hombre para el que yo no tenía nombre, aunque seguía reconfortado por la idea de que sí conocía su nombre. Había dejado de caminar pero seguía caminando y la Niña de Humo se me sentó en la cabeza y me dijo: Cuéntame un cuento donde haya una hormiga, un guepardo y un pájaro mágico, y esta vez oí todo lo que me decía.

## QUINCE

Los fantasmas saben a quién asustar. Cuando el sol alcanza su cenit, los hombres y las mujeres agarran a sus hijos y se meten en sus casas, cierran las ventanas y corren las cortinas, porque en Kongor la hora de las brujas es el mediodía, la hora de la bestia, cuando el calor resquebraja la tierra para dejar salir a siete mil demonios. A mí no me dan miedo los demonios. Fui hacia el sur y giré al este siguiendo la calle fronteriza hasta el sector de Nimbe. Luego doblé al sur por una calle curvada, al oeste por un callejón y una vez más en dirección sur hasta llegar al registro civil.

En Kongor se guardaban los registros de todo el Reino del Norte y de la mayoría de los Estados libres, y su registro civil estaba abierto a todo el que declarara su propósito. Pero nadie acudía a aquellos grandes salones, cinco plantas altas de pergaminos amontonados en estantes, amontonados los unos encima de los otros, igual de alto que cualquier palacio de Kongor. El registro civil era como el palacio de las nubes en el cielo: la gente se contentaba con que existiera, sin necesidad de entrar en él nunca, de leer ninguno de sus libros o documentos ni nada parecido. De camino allí, yo confiaba en encontrarme con algún demonio, espíritu o quien fuera que saciara el hambre de mis dos hachas nuevas. Me moría de ganas de pelea.

Pero no había nadie más que un viejo jorobado.

—Busco los anales de los grandes patriarcas. Y también sus registros fiscales —le dije al viejo, que no levantó la vista de los mapas de gran tamaño que tenía delante.

—Esos jóvenes..., una panda de atolondrados, una panda de gallitos. O sea que este gran rey, que lo único que tiene de grande es el eco de su voz, lo

cual significa que no tiene nada de grande, conquista unas tierras y dice que ahora son tuyas, va y cambia los mapas, y los jóvenes sacáis los papiros y la tinta y le dibujáis los mapas nuevos y os olvidáis de países enteros como si los dioses del inframundo hubieran abierto un hoyo en la tierra y se hubieran tragado una parte del mundo. ¡Mira, necio, mira!

El maestro archivero me sopló una nube de polvo del mapa a la cara.

—Lo cierto es que no sé qué estoy mirando.

El viejo frunció el ceño. Yo no sabía si tenía el pelo blanco por la edad o por el polvo.

—Mira, en el centro. ¿No lo ves? ¿Estás ciego?

—No si te veo a ti.

—No seas maleducado en este gran recinto, si no quieres insultar a quienes te engendraron.

Intenté no sonreír. Sobre la mesa había cinco gruesas velas, una más alta que su cabeza y otra tan consumida que si nadie se hiciera cargo de ella lo incendiaría todo. Detrás de él, torres y más torres de papeles, papiros, rollos de pergamino y libros encuadernados en cuero y apilados los unos encima de los otros, hasta el mismo techo. Me sentí tentado de preguntarle qué pasaba si quería un libro que estaba en el medio de la pila. Entre las torres había fajos de rollos y papeles sueltos que se caían abiertos. El polvo flotaba en torno a su cabeza como una nube y por todos lados correteaban gatos engordados a base de ratones.

—Voto a los dioses, ahora resulta que no sólo es ciego sino también sordo —dijo el archivero—. ¡Mitu! Este maestro cartógrafo, como estoy seguro de que se hace llamar, se ha olvidado de Mitu, la ciudad que hay en el centro del mundo.

Volví a mirar el mapa.

—Este mapa está en una lengua que no entiendo.

—Algunos de estos pergaminos son más antiguos que los hijos de los dioses. Dicen que la palabra es el deseo divino. Y que la verdad sólo es

visible para los dioses. Así que cuando las mujeres o los hombres escriben palabras, se están atreviendo a contemplar lo divino. Oh, qué poder.

—Busco los registros familiares y fiscales de los grandes patriarcas. ¿Dónde están...?

Me miró como un padre que acepta la decepción que es su hijo.

—¿A qué gran patriarca buscas?

—A Fumanguru.

—Ah, ¿o sea que ahora lo llaman «grande»?

—¿Quién dice que no lo es, viejo?

—Yo no. Me resultan indiferentes todos los patriarcas y su supuesta sabiduría. La sabiduría de verdad está aquí. —El archivero señaló tras de sí sin mirar.

—Suenan a herejía.

—*Es herejía, joven mentecato. Pero ¿quién la va a oír? Eres mi primer visitante en siete lunas.*

Aquel viejo cabrón se estaba convirtiendo en mi persona favorita de Kongor a excepción del búfalo. Quizá porque era de los pocos que no me señalaban el ojo y me decían: ¿Eso qué es? Un libro encuadernado en cuero, que tenía atril propio y tan grande como la mitad de un hombre, se abrió y de él empezaron a salir luces y redoble de tambores. Ahora no, gritó el viejo, y el libro se cerró solo de un golpe.

—Los registros de los patriarcas están por ahí. Camina a la izquierda y dobla al sur después del tonel lleno de pergaminos que hay al final. Los de Fumanguru llevan el pájaro blanco de los patriarcas y la marca verde de su nombre.

El pasillo olía a polvo, a papeles podridos y a gatos. Encontré los registros fiscales de Fumanguru. Me senté sobre una pila de libros en el pasillo y dejé la vela en el suelo.

Fumanguru pagaba muchos impuestos, y después de comprobar los registros de los demás, entre ellos los de Belekun el Grande, me di cuenta de

que pagaba más de lo que debía. Su voluntad última de que sus tierras fueran a manos de sus hijos estaba escrita en un papiro suelto. Y también había muchos libritos encuadernados en cuero reluciente o en piel de vaca peluda. Sus diarios, sus registros, sus agendas, o quizá las tres cosas. Había una anotación que decía que no tenía sentido criar vacas en tierra de moscas tse-tse. Otra decía: ¿Qué vamos a hacer con nuestro glorioso rey? Y otra:

Mucho me temo que no voy a estar para mis hijos y que voy a dejar de existir pronto. Mi cabeza reside en la casa de Olambula, la diosa que protege a todos los hombres de carácter noble. Pero ¿acaso soy noble?

Y allí estaba yo, deseando abofetear a un muerto. Ahora el viejo guardaba silencio. Fumanguru, en cambio:

Día de Abdula Dura

El patriarca Ebekua me ha llevado aparte y me ha dicho: Fumanguru, traigo noticias de las Tierras del Cielo y de las cámaras del inframundo que me han hecho temblar. Los dioses han hecho las paces con los demonios, y también los espíritus de la crianza y de la abundancia, y en todos los cielos reina la unidad. Mi respuesta fue que no me creo esto porque exige de los dioses algo de lo que no son capaces. Mira, los dioses no se pueden aniquilar a sí mismos; incluso el poderoso Sagon, cuando intentó quitarse la vida, sólo consiguió transformarla. Para los dioses no hay nada que descubrir, nada nuevo. Los dioses carecen del don de sorprenderse a sí mismos, que incluso quienes se arrastran por el barro poseen en abundancia. ¿Qué son nuestros hijos más que personas que nos siguen sorprendiendo y decepcionando? Y Ebekua me dijo: Basu, no sé cómo te ha entrado esta idea en la cabeza, pero despídete de ella y no nos hagas hablar otra vez del tema.

Un diario más pequeño, encuadernado con piel de cocodrilo, se abría así:

Día de Basa Dura

Oh, ¿cómo voy a conocer la voluntad de Kwash Dara? ¿Acaso cree que la conozco? ¿Es que no sabe que incluso cuando éramos niños yo ya iba a la mía?

Cinco páginas más adelante:

Luna en Bufa

Y nada más hasta tan cerca del borde inferior de las páginas que las palabras casi se caían:

¿Impuestos a los patriarcas? ¿Al grano? ¿A algo tan esencial como el aire?

Luna en Obora Gudda

Día de Maganatti Jarra a Maganatti Britti

Hoy nos ha liberado. Las lluvias no quieren parar. Obra de los dioses.

Tiré aquel diario y cogí otro, éste encuadernado en piel de vaca blanquinegra y peluda, no en cuero reluciente. Las páginas estaban cosidas con hilo rojo brillante, lo cual significaba que era el más reciente, por mucho que estuviera en la mitad del montón. Estaba claro que él lo había puesto ahí. Los había desordenado para que nadie pudiera reconstruir la historia de su vida, no me cabía duda. Un gato pasó corriendo a mi lado. Un aleteo por encima de la cabeza me hizo levantar la vista. Muy por encima de mí, dos palomas salieron volando por una ventana.

¿Acaso no estamos viviendo en un año de lores locos?

Luna en Sadassaa

Día de Bitá Kara

Hay hombres por los que he perdido todo amor, y hay palabras que escribiré en un mensaje que no mandaré o en una lengua que nunca nadie podrá entender.

Día de Lumasa

¿Qué es el amor por un hijo, más que obsesión? Miro la magia de mi hijo menor y lloro, y luego contemplo los músculos y la fuerza del mayor y sonrío con un orgullo que se nos dice que debería estar reservado a los dioses. Y por los dos, y también por los cuatro medianos, siento un amor que me asusta. Los miro y lo sé, lo sé, lo sé. Soy capaz de matar al que haga daño a mis hijos. Soy capaz de matarlo sin piedad y sin pensarlo. Soy capaz de buscarle el corazón y arrancárselo y metérselo en la boca, aunque mi víctima sea su propia madre.

Seis hijos.

Seis hijos.

Luna en Gurrandala



Día de Gardaduma

Esa noche después de que se marchara Belekun me la pasé entera escribiendo. Luego oí lo siguiente: un gemido, una hosca respuesta, un grito interrumpido por un bofetón y otra respuesta hosca. Delante de mi puerta, cuatro plantas más abajo. Abrí la puerta de golpe y allí estaba Amaki el Ecurridizo. Con la espalda mojada de sudor. Habría jurado que vi también al dios del hierro, pero fue mi propia cólera que me subió a la cabeza. Amaki tenía su cuenco de Ifá en el suelo, a los pies. Se lo estampé contra la cabeza. Una y otra vez. Cayó encima de la chica, cubriéndola del todo.

Van a venir pronto a por mí. Me lo han dicho Afuom y Duku: No te preocupes, hermanito, hemos hecho arreglos. Vendremos a por tu mujer y tus hijos y la gente creerá que se han esfumado como un recuerdo perdido.

Se estaba escondiendo en Kongor.

Seis hijos.

Entre aquel diario y el de debajo había un pedazo de papiro. Noté que en algún momento había tenido una fuerte fragancia, como esas notas que se envían a las amantes. Era la caligrafía de Fumanguru, pero no tan tosca y apresurada como en los diarios. Y decía:

Para llegar al fondo de la verdad uno está dispuesto a sufrir tristeza, pero no aburrimiento.

Basu Fumanguru había estado al norte del mar de arena. Se lo notaba en su amor por los acertijos, los juegos y los dobles sentidos, a veces en el límite de una ciudad malvada, donde si no adivinabas la respuesta correcta te mataban sin dudar. Pero ¿para quién era todo aquello? ¿Para sí mismo o para quien leyera los diarios? Fumanguru sabía que alguien los leería algún día. Sabía que había fuerzas yendo a por él y había hecho trasladar todo aquel material con antelación. Nadie se llevaba nada del registro civil, ni siquiera el rey. Alguien vendría a investigar, quizá buscando las invectivas, pero nadie podría encontrarlas y quizá ni siquiera existieran. Todos aquellos rumores de invectivas contra el rey, como si nadie hubiera escrito nunca una protesta contra el rey... Y, sin embargo, debajo de aquellos diarios no había invectivas, sólo páginas y más páginas de libros de contabilidad fiscal, cuántas vacas más había ganado el año anterior. Registros del rendimiento de

sus cosechas en Malakal. Y de las tierras de su padre, y de una dote que había ayudado a pagar para la hija de su primo.

Hasta que me topé con una página, escrita en papiro antiguo, llena de líneas y casillas y nombres. La luz de la vela brillaba más, lo cual significaba que fuera estaba más oscuro. No se oía para nada al maestro archivero, lo cual me hizo preguntarme si se habría marchado.

La vela ardía despacio. En el encabezamiento de la página, y escrito en letras muy grandes, ponía: Kwash Moki. El tatarabuelo del rey. Moki había tenido cuatro hijos y dos hijas. Su primogénito había sido Kwash Liongo, el celebrado rey, bajo cuyo nombre figuraban a su vez cuatro hijos y cinco hijas. Debajo del nombre de Liongo, su tercer hijo, Kwash Aduware, que había reinado, y debajo de éste, Kwash Netu. Debajo de Netu había dos hijos y una hija. El hijo mayor era Kwash Dara, nuestro rey actual. Creo que nunca había sabido cómo se llamaba la hermana del rey antes de ver su nombre allí escrito: Lissisolo. Había dedicado su vida a servir a una diosa, aunque no sé a cuál, pero las siervas de las diosas pierden su nombre para recibir uno nuevo. Mi casera me había contado una vez que se rumoreaba que no era monja, sino que estaba loca. Al parecer, su cabecita no había podido soportar algo terrible que había hecho. La casera no sabía qué, pero algo terrible. Así que la habían mandado a vivir en una fortaleza de las montañas que no tenía entrada ni salida, para que las mujeres que allí servían también estuvieran encerradas para siempre. Aparté a un lado el árbol genealógico, todavía molesto por el acertijo de Fumanguru.

Debajo de aquel árbol de reyes había más documentos escritos de su puño y letra. Registros contables y anotaciones y registros de otra gente y anotaciones sobre otra gente, e inventarios de las partidas de alimentos de todos los patriarcas, y una lista de visitas, y otros diarios, algunos fechados años antes de los que había encima. Y hasta dos libritos de consejos de Fumanguru sobre el amor, que parecían datar de cuando el rey y él estaban buscando todo menos el amor. Y cuadernos vacíos de palabras, y páginas que

traían olores, y dibujos de embarcaciones, y de edificios y de torres más altas que Malakal, y de un libro que trazaba el relato del viaje prohibido al Mweru, pero que cuando lo abrí contenía glifos, distintos a los que yo había visto antes.

Y también había libro tras libro y página tras página sobre la sabiduría y la instrucción de los patriarcas. Proverbios que Fumanguru había oído o bien se había inventado, yo no lo sabía. Y actas de reuniones de los patriarcas, algunas ni siquiera escritas por él. Lo maldije abierta y largamente hasta que caí en la cuenta de algo.

De que estaba padeciendo aburrimiento.

Tal como él había predicho que me pasaría. Y entonces la inteligencia de sus métodos me llegó como una ráfaga repentina que me arrojara una flor contra la cara. Padecer aburrimiento para llegar a la verdad. No, padecer aburrimiento para llegar al fondo de la verdad. La verdad estaba en el fondo.

Agarré dos pilas de libros y documentos que me llegaban hasta la barbilla y las aparté, dejando un solo libro en el suelo. Encuadernado en cuero rojo y atado con un nudo, lo cual me inflamó la curiosidad. Las páginas estaban en blanco. Solté otra palabrota y casi lo tiré a la otra punta de la habitación, hasta que la última página se soltó y salió volando. «Allí donde entran los pájaros», decía. Levanté la vista hacia la ventana. Claro. En la repisa había dos plafones de madera sueltos. Trepé hasta allí y los aparté. Debajo de la madera, un morral de cuero rojo, lleno de hojas de papel grandes y sueltas. Soplé la primera página para quitarle el polvo y vi que ponía:

Invectiva dirigida al rey  
De su más humilde siervo, Basu Fumanguru.

Miré aquel documento por el que ya habían muerto varias personas. Aquel documento que hacía conspirar y confabularse a los hombres; aquellas páginas sueltas, sucias y malolientes que ya habían cambiado el curso de las vidas de tanta gente. Algunas pedían castigos en forma de multas y que se

terminaran las torturas por delitos menores. Una pedía que la propiedad de un muerto fuera a su primera esposa. Pero otra declaraba lo siguiente:

Que todos los hombres libres de los territorios, tanto los nacidos libres como los libertos, jamás sean esclavizados ni vueltos a esclavizar, ni tampoco sus vidas incautadas para servir en la guerra sin salario correspondiente a lo que valen. Y que idéntica libertad vaya a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Yo no sabía si el rey lo habría matado por aquello, pero sabía que mucha otra gente sí. Y luego venía lo siguiente:

Que a todo hombre justo que crea tener una causa contra el rey lo proteja la ley, y que ni él ni su familia reciban daño alguno. Y que aunque la causa contra el rey sea desestimada, tampoco le pase a ese hombre nada. Y que si la causa contra el rey se resuelve en favor del hombre, nadie le haga ningún daño ni a él ni a su familia.

Estaba claro que o bien Fumanguru era un hombre sabio o bien era el más inconsciente de los soñadores. O bien estaba contando con la buena naturaleza del rey. Había invectivas allí que estaban al borde mismo de la traición. La más osada e inconsciente venía al final:

Que la casa real regrese a las normas que decretaron los dioses y abandone el actual rumbo que lleva seis generaciones corrompiendo las acciones de nuestra realeza. Esto es lo que exigimos: que el rey siga el orden natural establecido por los dioses del cielo y por los dioses del subsuelo. Que nuestros monarcas regresen a la pureza de la estirpe que pusieron en forma de palabras los griots de tiempos remotos en lenguas olvidadas. Porque hasta que los reyes del Norte regresen al camino de la pureza, estarán yendo en contra de la voluntad de todo lo que es justo y bueno, y nada impedirá que esta casa caiga o sea conquistada por otra.

Llamaba corrupta a la casa real. Y pedía un regreso a la estirpe verdadera de los reyes, la de seis generaciones atrás, o bien los dioses se asegurarían de que cayera la casa de Akum. Fumanguru había escrito su propia sentencia de muerte, unas palabras que garantizaban su ejecución antes mismo de que llegaran al rey, pero luego las había escondido en un lugar secreto. ¿Para que las encontrara quién?

De manera que leí la mayoría de sus diarios y los ojeé todos, incluido el

que había estado escribiendo muy poco antes de morir. Una cosa sé: la última entrada era del día anterior a su asesinato, y sin embargo el diario estaba allí, en aquel archivo. Pero el único que lo podía haber añadido a su propio montón era él mismo; no se lo habrían permitido a nadie más. ¿Quién era yo para poner razón en lo que carecía de ella? Allí no había despedida, ni instrucciones últimas, ni siquiera ese condimento de amargura de quien sabe que le llega la muerte pero no está contento con su destino.

Pero también había algo que no concordaba. Fumanguru no mencionaba para nada al niño. Ni una sola vez. Algo debería haber emanado de aquel niño —una fragancia de algo más grande, más profundo e importante, igual de seguro que lo que yo olía en el muñeco pero más grande— si aquel niño era la razón de que a Basu y a su familia los hubieran cazado y matado los omoluzus. Pero en el registro no había constancia del valor del niño, ni de sus parientes, ni siquiera de la utilidad que tenía. Fumanguru se lo estaba ocultando a sus propios registros. A su manera, se lo estaba ocultando incluso a sí mismo. Y entre los olores había algo agrio procedente de las páginas. Algo derramado y seco, pero procedente de un animal, no de la tierra ni de la palmera ni la viña. Leche. Ya invisible pero todavía presente. Me acordé de una mujer que había estado amamantando a un bebé y que me había enviado de la forma más curiosa un mensaje para que la salvara de su marido y captor. Cogí la vela.

—Incendios más grandes han empezado con llamas más pequeñas —dijo una voz.

Di un salto y cogí mis hachas, pero él ya tenía su espada en mi cuello. Yo llevaba un rato oliendo a mirra pero había creído que debía de ser un frasco viejo que el archivero tenía detrás.

El prefecto.

—¿Me has seguido o has hecho que me siguiera alguien? —le pregunté.

—¿Me estás preguntando si vas a tener que matar a un hombre o a dos?

—Yo no he...

—¿Sigues llevando puesta esa cortina? ¿Dos días más tarde?

—Por los dioses, como alguien más diga que llevo una cortina...

—Ese estampado es de cortina de hombre rico. ¿No eres de una tribu del río? ¿Por qué no llevas simplemente ocre y manteca?

—Porque los kongoris tenéis ideas raras sobre el vestirse y la desnudez.

—No soy kongori.

—Tienes tu espada en mi cuello. Contesta mi pregunta.

—Te he seguido yo mismo. Pero me he cansado cuando he visto que el gigante iba a lloriquearte la noche entera. Sus historias eran entretenidas, pero sus lloriqueos son insufribles. No es así como plañimos a los muertos en el Este.

—No estás en el Este.

—Y tú tampoco estás entre los ku. ¿Acaso no es por eso por lo que estabas a punto de quemar esa nota?

—Quítame la espada del cuello.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque tengo una espada entre las puntas de los pies. Mátame y quizá me caiga muerto antes que tú. Pero quizá te dé una patada y te conviertas en eunuco.

—Deja ese papel.

—¿Crees que he venido hasta aquí para quemar esto? —le dije.

—No creo nada.

—Bastante común en los prefectos.

Me apretó más la espada contra el cuello.

—El papel. Déjalo.

Dejé el papel y levanté la vista para mirarlo.

—Mírame —le dije—. Voy a acercar el papel a la llama, porque creo que eso me va a revelar algo. No te conozco y tampoco sé lo tonto que eres, pero no puedo explicarlo de forma más simple.

Apartó la espada.

—¿Cómo sé que es verdad? —me dijo.

—Vas a tener que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? Ni siquiera me caes bien.

Nos miramos el uno al otro durante un momento largo. Cogí una hoja de papel, la que olía más agrio.

—Tú y ese vestido que es una cortina —me dijo.

—¿Vas a seguir hasta que me quite la ropa o qué?

Esperé una réplica mordaz pero no me llegó. Podría haber seguido por aquel camino, intentando averiguar por qué no me había llegado la réplica mordaz, o podría haber intentado pillarlo antes de borrarla de la cara, pero no lo hice.

—¿Qué estás hac...?

—Por favor, guarda silencio. O por lo menos vigila que no venga el archivero.

Se calló y negó con la cabeza. Fumanguru había escrito aquellas invectivas con tinta roja, de un color vivo pero de tono claro. Me acerqué la vela y luego puse el papel justo encima de la llama.

—Mossi.

—¿Cómo?

—Mi nombre. El nombre que has olvidado. Mossi.

Bajé la llama para poder verla parpadear a través del papel y sentir la calidez en mi dedo. Apareció una serie de figuras. Glifos, letras que se movían de izquierda a derecha o bien de derecha a izquierda, no me quedó claro. Glifos escritos con leche para permanecer escondidos hasta aquel momento. Mi nariz me ayudó a encontrar otras cuatro páginas escritas con leche. Las pasé por encima del fuego hasta que aparecieron glifos, línea tras línea, renglón tras renglón. Sonreí y miré al prefecto.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—¿No me dijiste que eras del Este?

—No, la piel se me ha puesto pálida de tanto lavarla.

Me lo quedé mirando con cara inexpresiva hasta que cambió de tercio:

—Del Norte y después del Este —dijo.

Le di el primer papel.

—Éstos son glifos de la costa. Letras crueles, las llama la gente. ¿Puedes leerlas?

—No —dije.

—Puedo leer parte.

—¿Y... qué... dicen...?

—No soy experto en marcas antiguas. ¿Crees que las escribió Fumanguru?

—Sí, y...

—¿Para qué? —me preguntó.

—Pues para que si el hombre que no debía llegaba tan cerca del agua, no fuera capaz de beberla.

—Me pone muy triste haberte entendido.

—Se supone que los glifos son el idioma de los dioses.

—Eso si los dioses fueran demasiado viejos y tontos para conocer las palabras y los números de los hombres modernos.

—Hablas como si hubieras dejado de creer en los dioses.

—Simplemente me divierte que tengas tantos.

Me molestó mirarlo y ver que me estaba mirando a mí.

—Mis creencias no son nada. Él creyó que los dioses le estaban hablando. ¿Qué te lleva a Fumanguru? —dijo Mossi.

Y yo pensé por un instante: ¿Qué tengo que construir ahora y cuánto tengo que construir encima? La sola idea ya me cansó. Me dije que simplemente estaba cansado de creer que había un secreto que proteger de un enemigo desconocido, cuando lo cierto era que estaba cansado de no tener a nadie a quien contárselo. Ésta es la verdad: llegado este punto se lo habría contado a cualquiera. La verdad era la verdad, y yo no era su dueño. No debería importarme quién la oyera; el hecho de que aquel hombre oyera la verdad no la cambiaba. Ojalá hubiera estado ahí el Leopardo.



—Podría preguntarte lo mismo. Su familia murió de una enfermedad — dije.

—No hay enfermedad que corte a una mujer en dos. El prefecto de prefectos declaró este asunto cerrado y eso mismo les recomendó a los jefes, que se lo recomendaron al rey.

—Y sin embargo aquí estás, delante de mí, porque no te tragaste esa historia.

Se sentó en el suelo y apoyó la espada en una pila de libros. La túnica se le escurrió por encima de las rodillas y vi que no llevaba ropa interior. Soy ku y por tanto no me viene de nuevo ver las partes de hombre de los hombres, o eso me dije tres veces. Sin mirarme, se tapó la entrepierna con el faldón de la túnica. Encorvó la espalda sobre los papeles y leyó.

—Mira —me dijo, y me acerqué—. O bien tenía la mente un poco trastornada o bien su intención era confundirte. Mira esto, tanto el buitre como el polluelo y la pata señalan al oeste. Esto es escritura del Norte. Algunos glifos transmiten un sonido, como el sonido del buitre, que es mmmm. Otros son una palabra entera o significan una idea. Pero mira esto de aquí, en la cuarta línea. ¿Ves como es diferente? Esto es de la costa. De la costa del Reino del Sur, o incluso de ese sitio, ahora no me acuerdo de cómo se llama. Esa isla que está al este, ¿cómo se llama...?

—Lish.

—Esta escritura todavía se encuentra en Lish. Cada letra es un sonido y todos los sonidos componen...

—Sé qué es una palabra, prefecto. ¿Y qué dice?

—Paciencia, Rastreador. «Los... dioses del cielo. Ya no hablan con los espíritus de la tierra. La voz de los reyes se está convirtiendo en la nueva voz de los dioses. Rompe el silencio de los dioses. Sigue al carnicero de dioses, porque él sigue al asesino de reyes.» ¿Le ves algún sentido a esto? Porque para mí es absurdo. «El carnicero de dioses con sus alas negras.»

—¿Alas negras?

—Eso dice. Nada de esto se mueve como una ola. Creo que es intencionado. Un rey es rey por una reina, no por un rey. Pero el niño...

—Espera. Quédate aquí, no te muevas.

Levantó la vista y asintió con la cabeza. De los muslos, que tenían la piel más clara que el resto del cuerpo, le brotaban unos pelos demasiado rectos. Fui directo al mostrador del maestro archivero, pero seguía ausente. Supuse que el viejo guardaría los registros y diarios de los reyes y los asuntos reales detrás de él. Subí dos travesaños de una escalera de mano y miré a mi alrededor hasta ver la marca dorada en forma de cabeza de rinoceronte. Me puse a pasar páginas empezando por la última y el polvo se me metió en la nariz y me hizo toser. Al cabo de unas cuantas páginas me encontré con la casa de Kwash Liongo, un diagrama casi idéntico al que Fumanguru había esbozado en papel. En la página anterior estaban Liongo, sus hermanos y hermanas y el rey anterior, Kwash Moki, que había subido al trono a los veinte años y había gobernado hasta los cuarenta y cinco.

—¿Qué dice de esas alas negras?

Sé que di un respingo. Y sé que él lo vio.

—Nada —le dije.

Agarré el fajo de papeles y los puse sobre la mesa. Las velas proyectaron colores sobre ellos como luz tenue de sol.

—Ésta es la casa de Akum —dije—. Que ha gobernado durante más de quinientos años, hasta llegar a Kwash Dara. Su padre es Netu, mira. Encima de él, mira, está Aduware, el Rey Guepardo, que fue el tercero en la línea sucesoria después de que el príncipe heredero muriera y su hermano fuera desterrado. Luego, por encima de él, está Liongo el Grande, que reinó casi setenta años. ¿Quién no conoce al gran rey Liongo? Luego en esta otra página otra vez Liongo y por encima de él, Moki, su padre, el Rey Niño.

—Pasa la página.

—Ya la he pasado. No hay nada antes.

—No la has...

—Mira —le dije, señalando la página en blanco—. No hay nada.

—Pero Moki no es el primer rey Akum. Eso significaría que la dinastía tiene sólo doscientos cincuenta años.

—Doscientos setenta.

—Sigue pasando —dijo Mossi.

—Árbol genealógico. Fasisi Kwash Dara. Akum. La sede de su gobierno, su título honorario, su nombre de rey y su familia.

Tres páginas más allá, alguien había dibujado otro árbol genealógico en una tinta azul más oscura. En lo alto de la página estaba Akum. Al pie de la página estaba Kwash Kagar, el padre de Moki. Pero encima de él había algo curioso, y lo de más arriba era todavía más curioso.

—¿Esto es una stirpe nueva? Antigua, quiero decir —dijo el prefecto.

—La casa de Akum hasta llegar al padre de Moki. ¿Qué ves ahí?

—Por encima de Kagar hay una línea que señala a Tiefulu... Que es nombre de mujer. Su madre.

—Al lado de ella...

—Kwash Kong.

—Ahora mira por encima de Kong.

—Otra mujer, otra hermana. Rastreador, ninguno de estos reyes es hijo de un rey.

—Hasta Moki.

—Hay muchos reinos que siguen la línea sucesoria de la esposa, o de la hermana.

—Pero el Reino del Norte no. A partir de Moki, todos los reyes han sido el primogénito varón del rey, no el hijo de su hermana. Sostenme esto.

Volví con los glifos. Él me siguió, pero mirando los mapas, no a mí.

—¿Qué estabas diciendo de reyes y dioses? —dije.

—No he dicho nada de reyes y...

—¿Tienes que ser tan fatigoso en todo?

Me tiró los papeles a los pies y agarró las invectivas.

—El rey es rey por la reina, no por el rey —dijo.

—Dame eso. Mira esta invectiva.

Se inclinó sobre mí. No era el momento adecuado para pensar en mirra.

Leyó:

—«Que la casa real regrese a las normas que decretaron los dioses y abandone el actual rumbo que lleva seis generaciones corrompiendo las acciones de nuestra realeza. Esto es lo que exigimos: que el rey siga el orden natural establecido por los dioses del cielo y por los dioses del subsuelo. Que nuestros monarcas regresen a la pureza de la estirpe que pusieron en forma de palabras los griots de tiempos remotos en lenguas olvidadas». Esto es lo que escribió.

—De forma que hace seis generaciones la línea sucesoria de los reyes del Norte pasó del hijo de la hermana del rey al hijo del rey. Aquí están los datos para el que los busque. Y estas invectivas llaman claramente a un regreso al viejo orden, lo cual algunos considerarían una locura y otros considerarían traición. La mayoría, sin embargo, nunca se remontarían tan atrás en la estirpe real para hacer estas comprobaciones —dije.

—¿Y qué crees que pasará si esto se encuentra?

—Un escándalo, quizá.

Se rio. Qué irritante.

—Corren los tiempos que corren y la gente es lo que es. Algo tan antiguo... A la gente le resbalará como una pastilla de jabón —dijo.

—Aquí falta algo o bien...

—¿Qué es lo que no me estás contando? —dijo Mossi, y entornó los ojos con expresión de recelo malicioso.

—Has visto lo mismo que yo. Y te he contado lo que sé —dije.

—¿Y qué opinas?

—No tengo la obligación de contarte lo que opino.

—Cuéntamelo de todos modos.

Se inclinó junto a mí hacia los documentos. Aquellos ojos suyos.

Reluciéndole en la penumbra.

—Creo que esto está conectado con el niño. El que estaba en casa de Fumanguru.

—¿El que crees que se llevaron consigo los asesinos?

—No fueron ellos quienes se llevaron al niño. Y no me preguntes cómo lo sé, límitate a creerme. Alguien a quien conozco afirma que aquella noche salvó al niño. Quien fuera que mandó a los asesinos a casa de Fumanguru debe de saber que alguien salvó al niño.

—Quieren lavar su huella del mundo y enmascarar su rastro.

—Eso pensaba yo. Pero han pasado demasiadas cosas. No había razón para matar a Fumanguru, sólo que iban a por el niño. Es la razón de que todavía haya tanta gente interesada en un asesinato de hace tanto tiempo. Dos días atrás le pregunté a alguien que debía de saberlo si había oído algo de Fumanguru. Me contó que dos patriarcas que se estaban follando a una chica sorda habían dicho que tenían que encontrar las inyectivas o alguien moriría. Quizá ellos. Uno era Belekun el Grande. Has de saber que lo maté —le dije.

—¿Ah, sí?

—No antes de que intentara matarme él a mí. En Malakal. Y de que mandara a sus hombres a matarme.

—Está claro que no ha nacido hombre más estúpido. Continúa, Rastreador.

—En fin, el otro era un chaperero llamado Ekoie. Que me dijo que fuéramos a hablar a otra parte, de manera que cogimos un túnel que llevaba a una azotea. Primero me dijo que la casa de Fumanguru todavía recibía muchas visitas. Entre ellas, la vuestra.

—Por supuesto.

—Y la de otros con vuestro uniforme.

—Yo sólo he ido dos veces. Por mi cuenta.

—Ha habido otros.

—No sin mi orden.

—Me dijo...

—¿Confías más en la palabra de un prostituto que en la de un agente de la justicia?

—Eres un agente del orden, no de la justicia —le dije.

—Continúa con tu historia.

—No me sorprende que confundas las dos cosas.

—Que continúes.

—Me dijo que todos los que seguían yendo a casa de Fumanguru..., que no sabía por qué iban. Luego intentó lanzarme un hechizo con polvo de kohl secado en veneno de víbora —le dije.

—¿Y estás vivo? Una sola bocanada de eso basta para matar a un caballo. O para convertirte en zombi.

—Lo sé. Lo tiré desde la azotea.

—Por los dioses, Rastreador. ¿También está muerto?

—No. Pero tienes razón. Intentó convertirme en zombi y llevarme de vuelta a su habitación. Luego tenía planeado soltar a una paloma para informar a alguien de que me tenía en su poder. Yo mismo solté la paloma. Y créeme, prefecto, enseguida apareció en la habitación un hombre, armado, aunque creo que venía a llevarse, no a matarme.

—¿A llevarse? ¿Adónde?

—Lo maté antes de averiguarlo. Iba vestido de prefecto.

—Menudo rastro de cadáveres vas dejando atrás, Rastreador. Pronto la ciudad entera apestará por tu culpa.

—Te acabo de decir que iba vestido de...

—Ya he oído lo que decías.

—Y él no dejó atrás un cuerpo. Te contaré más del tema. Pero escucha. Cuando murió, vi que salía de él algo parecido a unas alas negras.

—Por supuesto. ¿Qué es una historia sin unas preciosas alas negras? ¿Y qué tiene todo esto que ver con el niño?

—Encontrar al niño es mi misión. Por eso estoy aquí. Un esclavista me ha

contratado a mí y a otros, todos de fuera de tu ciudad, para que lo encontremos. Al principio íbamos juntos, pero ahora la mayoría van por su cuenta. Y hay más gente buscando al niño. No, no contratada por el esclavista. No te puedo decir si nos han seguido o si van un paso por delante de nosotros. Pero ya han intentado matarnos.

—Bueno, tú tampoco te quedas corto en lo tocante a matar, Rastreador.

—Nos han enviado aquí por una razón. Para ver el sitio del que se lo llevaron, sí, pero sobre todo para averiguar adónde se lo llevaron.

—Oh. Sigue habiendo muchas cosas que no me estás contando. Como, por ejemplo, ¿quién es esa gente de la que me hablas? ¿Acaso hubo unos que vinieron a matarlo y otros que vinieron a salvarlo? Y si quienes vinieron a salvarlo se lo llevaron, ¿a ti qué más te da? ¿No estará más a salvo con ellos que contigo?

—La persona que lo salvó luego lo perdió.

—Por supuesto. Y quizá esa misma persona lo vendió a las brujas.

—No, pero confió en quien no debía. Pero aquí está la cosa. Creo que sé quién es, ese ni...

—Nada de esto tiene sentido. Tengo una explicación distinta.

—¿Ah, sí?

—Pues sí.

—El mundo espera.

—Tú confiabas en que Fumanguru formara parte de las artes ilícitas, o del comercio de esclavos. Da igual, ambas cosas tienen el mismo resultado: inocentes vendidos, violados o muertos. Fumanguru se cavó a sí mismo un hoyo tan grande y ancho que terminó cayendo en él. Fue una matanza limpia y exhaustiva, murieron todos salvo el niño. Pero mientras el niño siga vivo, las cuentas no están del todo saldadas. Ésa es la gente que persigue a tu niño.

—Buen argumento. El problema es que casi nadie conoce la existencia del crío. Ni siquiera tú sabías nada antes de que yo te lo mencionara.

—¿Entonces?

—Fumanguru estaba protegiendo al niño. Escondiéndolo. En aquel momento no debía de ser más que un bebé. Y has de saber que yo sé quién es el niño. No tengo pruebas, pero cuando las encuentre, resultará ser quien yo creo que es. Y hasta entonces, ¿qué es esto?

Le di la tira de papel que le había quitado a la paloma. Él se la llevó a la nariz y luego se la apartó de la cara.

—Son del mismo estilo que los glifos de la invectiva. Dicen: Noticias del niño, ven ahora.

—El prefecto que intentó matarme los tenía grabados a fuego en el pecho.

—¿Estos mismos?

—Obviamente estos mismos no. Pero caracteres del mismo estilo.

—¿Te ac...?

—No, no me acuerdo. Pero Fumanguru usa el mismo idioma.

—Menudo enigma, Rastreador. Cuanto más me cuentas, menos sé.

—¿Eso es todo? ¿Fumanguru no escribió nada más?

Volvió a inspeccionar los papeles. Había dos más que olían a leche agria. Fue resiguiendo todas las marcas con la mano mientras yo las leía.

—Son instrucciones —me dijo—. «Llévalo a Mitu, a la mano guiada del que tiene un solo ojo, atraviesa el Mweru y deja que se coma tu rastro.» Eso dice.

—Ningún hombre vuelve del Mweru.

—¿Eso es verdad o son cuentos de viejas? La última parte de este texto no puedo leerla.

—¿Por qué iba a mandarlo ahí? Y, además, ya será un hombre —le dije.

—¿Quién será un hombre?

—Estaba hablando solo.

—¿Tu madre no te enseñó que es de mala educación? Me has dicho que sabes quién es el niño. ¿Quién es?

Lo miré.

—Bueno, pues dime quién lo está persiguiendo y por qué.



—Eso sería como decirte quién es.

—Rastreador, así no puedo ayudarte.

—¿Quién te ha pedido ayuda?

—Está claro que los dioses deben de sonreír al ver lo lejos que has llegado tú solo.

—Escucha, hay tres personas que me han contratado para encontrar al niño. Un esclavista, un espíritu del río y una bruja. Entre los tres ya me han contado cinco historias distintas de quién es el niño.

—¿Cinco mentiras para que lo encuentres o para que lo salves?

—Las dos cosas. Ninguna.

—Quieren que lo salves pero no quieren que averigües a quién estás salvando. ¿Eres capaz de traicionarlo?

—Me estaba preguntando qué pensaría un prefecto de unos mercenarios como nosotros.

—No, te estabas preguntando qué pienso de ti.

Eché a andar entre los montones de libros y se metió detrás de una muralla de ellos. Oí el ligero arrastrar de un pie, una cojera bien disimulada.

—Pero éste es el registro civil, ¿verdad? —me dijo.

—Es tu ciudad.

—¿Quién registra las vidas de los reyes?

Me giré y señalé detrás del mostrador del archivero. Estaba claro que el viejo ya no iba a volver aquella noche. El libro en cuestión se componía de hojas sueltas, cosidas entre sí toscamente y encuadernadas con cubiertas de cuero, y tenía más polvo que los demás. Era una crónica de la vida de Kwash Dara, hasta el mismo presente. Su nombre figuraba alineado con el de sus dos hermanos y su única hermana. Uno de los hermanos se había casado con la hija de la reina de Dolingo, para formar una alianza. El otro se había casado con la viuda de un cacique de las praderas con pocas tierras pero muchas riquezas. La hermana mayor figuraba como primera de las mujeres del reino y el libro sólo decía que había entregado su vida para servir a Wapa, la diosa

de la tierra, la fertilidad y las mujeres, después de que su marido, un príncipe de Juba, se quitara la vida y matara también a sus hijos. La historia no decía adónde se había ido ni mencionaba ninguna fortaleza en las montañas.

—¿Qué pasa con los reyes de antaño? Los reyes de eras anteriores a ésta...  
—dijo Mossi.

—Los griots. Incluso después de llegar la escritura, la verdadera marca de un rey debió de seguir siendo que alguien memorizara su historia, que la recitara en forma de poesía, o bien cuando la gente se reunía para oír loas a hombres famosos. Esto es lo que imagino. No empezó a haber crónicas escritas de los reyes hasta la era de Kwash Netu. El resto reside sólo en las voces de los griots. Y ahí está el problema. Los hombres que cantan las hazañas de los reyes siempre están a sueldo de los reyes.

—Oh.

—Pero hay otros. Griots cuya crónica de los reyes el rey no conoce. Hombres que escriben versos secretos, hombres con canciones que podrían prohibirse y por las que podrían ejecutarlos.

—¿Y a quiénes se las cantan?

—A sí mismos. Hay hombres que creen que la verdad sólo debe estar al servicio de la verdad.

—Pues entonces estarán muertos.

—La mayoría. Pero hay un par o quizá tres cuyas canciones se remontan a hace un millar de años.

—¿Y ellos también afirman remontarse a hace mil años?

—¿Por qué cojeas?

—¿Qué?

—Nada.

—Oh, qué muchacho tan desdichado. ¿Sabes, Rastreador? Estás metido en esto hasta las cejas y sin embargo no has dicho ni pío de la situación.

—¿Qué situación?

—Te dedicas a contar intrigas del que todavía es tu rey. A quien yo sirvo

como prefecto.

Hacía mucho rato que yo no miraba su espada. Ataca a tu enemigo primero, habría dicho él. Pero me estaba dando la espalda y contemplando una pila de documentos.

—Fumanguru escribe este como sea que lo llames contra el rey, y como lo asesinaron, lo consideras libre de culpa. Pero mira el mundo como lo miramos los prefectos. Estás a punto de preguntarme qué quiero decir. Quiero decir lo siguiente. La mayoría de las veces, cuando una fechoría llega a la puerta de un hombre, es porque él la ha invitado.

—Así que toda muerte llega a la víctima que la merece. Eres un prefecto de la cabeza a los pies.

—Menuda esposa serás algún día.

Ni siquiera me molesté en ponerle mala cara.

—Pues entonces haz lo que hacen tus superiores y declara el caso cerrado. Óyeme. Como éste es un recinto abierto al que puede entrar cualquiera, y como no estoy conectado con ningún crimen, sé un buen miembro del ejército del cacique kongori y márchate.

—Espera un...

—¿Acaso no hemos terminado con nuestros asuntos pendientes, prefecto? Hay un niño que no te crees que exista, una invectiva que piensas que no significa nada, sobre un rey al que sirves y consideras intachable, y que tampoco está conectada con una serie de acontecimientos que no sucedieron y que, aun en caso de que sucedieran, no significaron nada. Todo esto en torno a un hombre cuya familia entera fue asesinada porque se llevó a casa una serpiente creyendo que era una mascota pero luego le mordió. ¿No es eso, prefecto? Me sorprende que sigas aquí. Pon tierra de por medio, venga.

—No vas a ser tú quien me eche.

—¡Oh, me cago en los dioses! Pues entonces quédate. Yo me marchó.

—Te olvidas de quién tiene la autoridad aquí —me dijo, desenvainando su espada.

—Tienes autoridad sobre los tuyos. ¿Y dónde están, tus zombis azules y negros?

Blandió su espada al frente y se me acercó. Un ruido parecido a zup silbó entre nosotros y nos apartamos los dos de un salto mientras la lanza se clavaba en el suelo. Negra con marcas azules.

—Una de las tuyas —le dije.

—¡Calla la boca!

Una luz parpadeante se encendió encima de nosotros, y sólo al clavarse la flecha en una torre de libros vimos que la luz venía de unas llamas. Una sombra fugaz nos acababa de disparar una flecha en llamas. El fuego se elevó del suelo y meneó el rabo. Se retorció a la izquierda, luego a la derecha y por fin nuevamente a la izquierda como un lagarto que ve demasiadas cosas que comer. Las llamas saltaron sobre un montón y todos los libros se inflamaron, uno detrás de otro, y otro, subiendo y subiendo. De la ventana vinieron tres flechas más. El fuego me hizo titubear y detenerme a preguntarme cómo era posible que una pared entera estuviera ya en llamas. Una mano agarró la mía y me sacó del hechizo.

—¡Rastreador! Por aquí.

El humo me quemaba los ojos y me hacía toser. No me acordaba de si la Sangoma me había protegido del fuego. Mossi tiraba de mí y me insultaba por no ir más deprisa. Cruzamos a la carrera una arcada de llamas justo antes de que se desplomara y el papel ardiendo me diera en la cabeza. Mossi saltó por encima de un montón de libros, atravesó una muralla de humo y desapareció. Yo miré atrás, casi frené para pensar otra vez en la velocidad del fuego y por fin salté a través del humo. A punto estuve de aterrizarle encima.

—Ve pegado al suelo. Hay menos humo. Y nos verán menos cuando salgamos.

—¿Quiénes?

—¿Crees que esto es obra de un solo hombre?

Aquella zona del recinto sólo tenía humo, pero al fuego se le estaba

acabando la comida y estaba más hambriento que nunca. Saltaba de montón en montón y devoraba el papiro y el cuero. Una torre se desplomó y nos arrojó sus llamas a través de la muralla de humo. Salimos dando tumbos. No me acordaba de dónde estaba la puerta. Mossi me agarró de la túnica y volvió a tirar de mí. Corrimos a la derecha, entre dos paredes de libros, luego a la izquierda, a la derecha y luego en dirección a lo que me pareció que era el norte, aunque no estaba seguro. Mossi seguía agarrándome la túnica. El calor estaba lo bastante cerca como para quemarme el vello de la piel. Llegamos a la puerta. Mossi la abrió de golpe y se apartó de un salto antes de que se clavaran cuatro flechas en el suelo.

—¿A qué distancia puedes lanzar esas hachas?

Agarré una de ellas.

—Bastante lejos.

—Bien. A juzgar por el ángulo en que se han clavado estas flechas, vienen de esa azotea de la derecha.

Volvió a adentrarse en el humo y salió con dos libros en llamas. Señaló con la cabeza la ventana y con el dedo a la puerta. No les des tiempo a sacar más flechas. Tiró los libros por la ventana y cuatro flechas surcaron el viento; dos de ellas se clavaron en la ventana. Eché a correr, me tiré al suelo y salí rodando por la puerta; luego me levanté de un salto, hacha en mano, y la arrojé. Mientras giraba hacia los arqueros, el arma trazó una curva, degollando a uno y clavándose en la sien del otro. Me adentré de un brinco en las sombras para eludir la trayectoria de dos flechas, que seguían lloviéndonos, algunas en llamas y otras envenenadas, hasta que por fin la lluvia se detuvo.

El registro civil ardía por los cuatro costados, hasta la última sala, y en la calle se estaba empezando a congregarse una multitud. Ya no quedaban arqueros en la azotea. Me alejé de la muchedumbre y di la vuelta corriendo hasta la parte de atrás del edificio. En la azotea, Mossi estaba secando su espada en la falda de un hombre muerto y luego la envainó. Yo no sabía

cómo se me había adelantado. Además, en la azotea no había dos cadáveres sino cuatro.

—Sé lo que vas a decir. No lo di...

—Estos hombres son perfectos.

Caminó hasta la cornisa y contempló el incendio.

—Dos están muertos —dijo.

—¿No están muertos todos?

—Sí, pero dos estaban muertos antes de que los matáramos. El gordo es Biza y el alto es Thwoko. Los dos llevaban más de diez y tres lunas desaparecidos, pero nadie sabía qué les había pasado. Los dos...

Oí los cuerpos en la oscuridad y supe qué les estaba pasando. Se les estaban abriendo las bocas hasta desgarrárseles. Incluso a oscuras supe que les estaban subiendo convulsiones de los muslos al vientre y al pecho para salirles volando por la boca en forma de una nube tan negra como la noche, una nube que apenas pudimos ver, que se arremolinó y se esfumó. Había demasiadas sombras para ver nada, pero supe por la forma en que giraban la nube y el polvo que estaban formando unas alas, cuyo aleteo oímos los dos. Nos quedamos allí, mirándonos, ninguno quería ser el primero en hablar, en decir nada de lo que acabábamos de ver.

—Si los tocas, se desharán en polvo —le dije.

—Entonces más vale no tocarlos —dijo alguien, sobresaltándome; Mossi sonrió.

—Mazambezi, ¿han sido las llamas lo que te ha atraído o echabas de menos mi aroma?

—Está claro que uno vive con la mierda y se acostumbra a su perfume.

Dos perfectos más subieron a la azotea; ninguno le dijo nada a Mossi, sino que se quedaron contemplando el fuego y cubriéndose la boca para protegerse del humo que empezaba a venir hacia nosotros.

—¿Qué se hace cuando se ve arder nuestra historia? —dijo Mazambezi.

—Tus palabras hablan de esa pérdida, Mazambezi. Llenaremos un archivo

nuevo —dijo Mossi.

—¿Sabéis cómo ha empezado?

—¿No lo sabes tú? Tus hombres...

—Unos hombres disfrazados del ejército del cacique —me interrumpió Mossi—. Yo mismo los he visto, han disparado flechas en llamas al interior del registro civil. Quizá sean usurpadores. Atacándonos donde más puede dolernos.

—Eso también va a tener que constar en acta. Pero ¿dónde la almacenaremos? —dijo Mazambezi riendo.

—Tienes que echar un vistazo a estos hombres, Mazambezi, sus cuerpos enteros han sido arrasados por las artes oscuras —dijo Mossi.

Volví a mirar los cadáveres. Algo centelleó, reflejando la luz del fuego, y grité:

—¡Mossi!

Se agachó justo cuando la espada de Mazambezi hendía el aire sobre su cabeza. Al agacharse de golpe, perdió el equilibrio. Uno de los hombres tensó un arco pequeño y me apuntó. Me tiré junto al cuerpo en cuyo cráneo se había quedado clavada mi hacha, la arranqué mientras me llegaba una flecha y la devolví a su sitio. Me levanté de un salto y blandí mi arma, que giró vertiginosamente y lo alcanzó en mitad del pecho. Mazambezi y otro prefecto estaban combatiendo a Mossi con espadas. Mazambezi cargó contra él, con la espada al frente como una lanza. Mossi lo esquivó y le clavó las rodillas en el pecho. Mazambezi le clavó el codo en el costado; Mossi cayó y se dio la vuelta para apartarse de la estocada del otro prefecto, que arrancó chispas del suelo. El prefecto volvió a levantar la espada pero Mossi blandió la suya desde el suelo y le cortó un pie. El prefecto cayó y chilló. Mossi se incorporó de un salto y le hundió la espada en el pecho. Se detuvo un segundo, jadeando, y Mazambezi aprovechó para rajarle toda la espalda. Yo me interpuse entre ellos de un salto y blandí mi hacha. Su espada chocó contra

ella y la fuerza del impacto lo hizo salir despedido por el suelo. Se incorporó, aturdido y confuso, y Mossi se plantó entre ambos de un salto.

—Basta de esta locura, Mazambezi, siempre dijiste que eras incorruptible.

—Y tú dices que eres apuesto y yo no entiendo qué ven las mujeres en ti.

Mossi levantó la espada, igual que Mazambezi, y se puso a caminar en círculos como para enzarzarse en combate otra vez. Yo di un salto y me interpuse entre ambos.

—¡Rastreador! Te va a...

La estocada de Mazambezi me pasó a un milímetro de la cara y yo le agarré la hoja de la espada. El prefecto se quedó asombrado. Tiró de la espada para cortarme los dedos pero ni siquiera me hizo sangre. Mazambezi se quedó pasmado. Dos espadas le atravesaron la espalda y le salieron por el vientre. Mossi le arrancó sus espadas y el prefecto se desplomó.

—Te preguntaría cómo, pero ¿debo?

—Una sangoma. Un hechizo. Con una espada de madera me habría matado —le dije.

Mossi asintió con la cabeza, sin creerse la respuesta pero sin querer tampoco insistir.

—Van a venir más —dije.

—Mazambezi no era como los otros. Él hablaba.

—Sólo posee a algunos. A los demás les paga.

Mossi se giró para observar a la multitud iluminada por la luz del incendio. Soltó una palabrota y pasó corriendo junto a mí. Lo seguí por la escalera de atrás, saltando los peldaños de tres en tres igual que él. Se abrió paso entre la muchedumbre. Corrí detrás de él pero el gentío crecía y se retiraba como si fuera oleaje. Alguien gritó que Kongor estaba perdido, porque sin pasado no podíamos tener futuro. La multitud me aturdió, me dejó sordo y ciego, hasta que me di cuenta de que estaba oliendo al maestro archivero. Mossi lo estaba abofeteando en la oscuridad, abofeteándolo una vez y otra hasta que le agarré la mano. El viejo estaba acobardado en el suelo.



—Mossi.

—Este hijo de puta no quiere hablar.

—Mossi.

—Han asesinado a mis libros, han asesinado a mis libros —dijo el archivero.

—Permíteme que hable por ti. Un hombre vino a verte y te dijo: Avísame si viene alguien preguntando por los registros de Fumanguru. He llegado yo, te he preguntado dónde estaban los registros de Fumanguru y tú has mandado mensaje con una paloma.

Asintió con la cabeza.

—¿Quién? —gritó Mossi.

—Uno de los tuyos —le dije yo.

—Métete tus falsedades por el culo, Rastreador.

—Lo único que te miente son tus propios ojos.

—¿Por qué han asesinado a mis libros? ¿Por qué han asesinado a mis libros? —lloriqueaba el maestro archivero.

—Vamos a ver qué es lo que sabe y lo que no sabe.

Me acerqué a Mossi.

—Escúchame. Su caso es el mismo que el de Ekoiye. Sólo le han contado lo que le podían confiar, que es nada. Y se lo ha dicho un simple mensajero, no el hombre que mandaba el mensaje. Quizá haya sido el ejército del cacique y quizá no. Alguien está al mismo tiempo un paso por delante de nosotros, siempre esperando a que lleguemos, y un paso por detrás, esperando a que nos movamos para poder seguirnos. En algún momento del curso de la última hora alguien nos ha estado vigilando y ese alguien ha oído lo suficiente.

—Rastreador.

—Escúchame.

—Rastreador.

—¿Qué?

—El archivero.

Solté una palabrota. El archivero se había marchado.

—Ese viejo no puede haber ido lejos —dijo Mossi justo en el instante en que una mujer chillaba y un hombre gritaba: ¡No, abuelo, no!

—No era su intención —dije.

En aquel momento, el techo del registro civil se hundió y sofocó una parte de las llamas, pero la plaza entera seguía bañada en luz y calor.

—Necesitamos poner tierra de por medio con este sitio, ahora mismo — dije.

Mossi asintió con la cabeza. Nos metimos por un callejón desierto que tenía charcos aunque hacía mucho tiempo que no llovía, y en el que los perros asilvestrados hurgaban en todo lo que la gente tiraba. Un perro que casi parecía una hiena me hizo estremecer. A Sogolon no se la veía por ninguna parte y a la niña tampoco. Lo único que yo conocía del olor de Sogolon era la citronela y el pescado, que me podrían haber llevado a cientos de mujeres. Nunca había oído su piel en la de la niña, y el ogo apenas tenía olor. Tampoco se me había ocurrido memorizar el olor del dueño de la casa ni el del búfalo.

—Deberíamos ir hacia el este —dije.

—Estamos yendo hacia el sur.

—Pues ve tú por delante.

Giró a la derecha por el callejón más próximo, también desierto.

—Los kongoris debemos de estar faltos de diversiones si un incendio de nada nos atrae así.

—Eso no era un incendio de nada —le dije.

Se volvió hacia mí.

—Y primero lo considerarán obra de un forastero.

—Cuando lo han provocado miembros de tu fuerza.

Me dio un golpecito en el pecho.

—Necesitas quitarte eso de la cabeza.

—Y tú necesitas meterte en la cabeza lo que está pasando a tu alrededor.

—Ésos no eran mis hombres.

—Pues llevaban tu uniforme.

—Pero no eran mis hombres.

—Has reconocido a dos.

—¿Es que no me has oído?

—Oh, te he oído.

—No me mires con esa cara.

—No puedes verme la cara.

—Sé que la estás poniendo.

—¿Qué cara, tercer prefecto del ejército del cacique kongori?

—Ésa. La que dice: Es un necio, o es corto de luces, o niega lo que ve.

—Mira, podemos irnos o podemos tener más que palabras, pero no hacer las dos cosas a la vez.

—Ya que parece que tienes más vista que yo, mira detrás de ti y dime si ese tipo es amigo o enemigo.

El tipo en cuestión caminaba despacio, como enfrascado en sus asuntos. Nos detuvimos. El tipo se detuvo, quizá a unos doscientos pasos detrás de nosotros, no en el callejón sino allí donde el callejón se cruzaba con la calle que iba al norte. Cómo era posible que hasta ahora no me hubiera fijado en lo oscuro que estaba, pensé. Mossi, a mi lado, respiraba aceleradamente.

Tenía el pelo corto y rojo. Le relucían taponos en las orejas. Era el mismo hombre al que yo había visto en el lago de las Tierras Oscuras. El hombre al que Bunshi llamaba el Aesi. Con su capa negra que ondeaba como un par de alas, despertando al viento y levantando una polvareda. Mossi desenvainó su espada; yo no desenvainé mis cuchillos. El polvo que rodeaba al hombre no se asentó de vuelta en el suelo, sino que empezó a elevarse y descender y arremolinarse para formar unas bestias parecidas a lagartos y tan altas como las paredes, y que después se deshicieron una vez más en polvo y por fin formaron cuatro figuras igual de enormes que el ogo. De nuevo cayeron al

suelo convertidas en polvo y de nuevo se elevaron y se agitaron como alas. El perfecto me agarró del hombro.

—¡Rastreador!

Mossi se alejó corriendo y lo seguí. Llegó al final del callejón y giró rápidamente a la derecha. Lo prometo, corría más deprisa que el Leopardo. Me volví una vez y vi al Aesi todavía plantado allí, con el viento y el polvo alborotados a su alrededor. Habíamos llegado corriendo a una calle donde había gente. Todo el mundo caminaba en la misma dirección y despacio, como si vinieran del incendio. Si corríamos más deprisa que los demás, nuestro perseguidor se fijaría en nosotros. Como si me oyera, Mossi frenó. Pero la gente de la calle —mujeres, algunos niños y sobre todo hombres— se movía demasiado despacio, dando por sentado que sus camas estarían igual que las habían dejado. Nosotros los adelantábamos y de vez en cuando mirábamos atrás, pero el Aesi ya no nos seguía. Una mujer con vestido blanco iba tirando de su hijo, que no paraba de mirar atrás y de intentar soltarse de su mano. El niño levantó la vista y se me quedó mirando. Yo pensé que su madre se lo llevaría a rastras, pero ella también se había detenido. Y me estaba mirando igual que el niño, con la mirada vacía de los muertos. Mossi se giró de golpe y también lo vio. Hasta el último hombre, mujer y niño de la calle nos miraba. Pero estaban igual de quietos que estatuas de madera. No movían ni un brazo, ni un dedo. Lo único que se les movía era el cuello cuando se giraban para mirarnos. Continuamos caminando despacio pero ellos permanecieron allí quietos, siguiéndonos con la mirada. Rastreador, dijo Mossi, pero en voz tan baja que apenas lo oí. Y la gente nos seguía con la mirada. Un viejo que iba en dirección contraria se giró tanto, sin despegar los pies del suelo, que pensé que se le iba a partir el espinazo. Mossi todavía empuñaba su espada.

—Los tiene poseídos —dije.

—¿Y por qué no nos posee a nosotros?

—No lo...

La madre soltó la mano de su hijo y cargó contra mí, chillando. La esquivé y estiré la pierna para ponerle la zancadilla. Su hijo me saltó sobre la espalda y me la mordió hasta que Mossi me lo quitó de encima. El crío soltó un bufido que despertó a todos los presentes. Y todos cargaron contra nosotros. Echamos a correr, derribé a un viejo de un codazo en la cara y Mossi abatió a otro con el lado plano de la espada.

—No los mates —le dije.

—Ya lo sé.

Oí un silbido. Un hombre me golpeó en la espalda con una roca. Mossi lo apartó de un puñetazo. Derribé a otros dos a patadas, me subí de un salto a espaldas de un tercero y me tiré sobre ellos. Mossi apartó a bofetadas a dos niños y a sus madres que nos atacaron después. Dos chavales se me echaron encima y los tres nos caímos al barro. Mossi agarró a uno del cuello de la túnica, me lo quitó de encima y lo arrojó contra el muro. Que Dios me perdone o me castigue, dije antes de noquear al otro de un puñetazo. Pero siguieron viniendo. Algunos de los hombres tenían espadas, lanzas y dagas, pero no las usaban. Lo único que hacían era intentar agarrarnos y derribarnos en el barro. Sólo habíamos recorrido la mitad de la calle cuando del final vino un retumbar, acompañado de chillidos de mujeres y de hombres volando por los aires, a diestra y siniestra, a diestra y siniestra. Muchos echaron a correr. Pero muchos corrieron directos hacia el búfalo, que ahora cargaba entre ellos, derribándolos con los cuernos y la cabeza. Detrás del búfalo iban Sogolon y la niña, las dos a caballo. El búfalo nos despejó un camino a cornadas y soltó un soplido al verme.

—Va a poseer a todo el que pase por este callejón —nos dijo Sogolon al llegar a nuestro lado.

—Ya lo sé.

—¿Quién es esta gente? —preguntó Mossi, pero se apartó amedrentado cuando el búfalo le gruñó.

—No hay tiempo para explicaciones, tenemos que irnos. No se van a

quedar en el suelo, Mossi.

Miró tras de sí. Algunas personas ya se estaban despertando. Dos de ellas se dieron la vuelta y se nos quedaron mirando.

—No necesito que nadie me salve de éstos.

—No, pero con esa espada que tienes, ellos sí que van a necesitar pronto que alguien los salve de ti —dijo Sogolon.

Sogolon señaló el caballo de la niña y se bajó del suyo de un salto. Muchos de los hombres y mujeres de la calle se habían levantado y los niños ya estaban todos de pie.

—Sogolon, nos vamos —le dije, montando en su caballo y cogiendo las riendas.

El gentío se estaba congregando en gran número, apelotonándose y formando una sola sombra en la oscuridad. La bruja se agachó y se puso a dibujar runas en la tierra. Me cago en los dioses, no tenemos tiempo para esto, pensé. Cuando miré a Mossi, lo vi agarrado a la niña, que no decía nada y tenía una expresión siniestra y a la vez tranquila, jugando a las dos cosas. La multitud cargó contra nosotros como un solo hombre. Sogolon dibujó una runa más en la tierra sin levantar la vista. La multitud ya estaba cerca, a unos ochenta pasos. Por fin la bruja se puso de pie y nos miró, con la horda ya lo bastante cerca como para que pudiéramos verles las miradas perdidas y las caras inexpresivas aun cuando gritaban. Entonces Sogolon dio un pisotón en la tierra y una ráfaga de viento derribó a todo el mundo al que no se llevó volando. A los hombres los tiró por el suelo, a las mujeres con túnicas las levantó por los aires y a los niños los hizo salir disparados. El huracán barrió el callejón entero hasta el mismo final.

Sogolon volvió a montar en su caballo y cruzamos el sector al galope, como si nos persiguiera una muchedumbre, aunque no nos perseguía nadie. Ella llevaba las riendas y yo le agarraba la cintura. Cuando llegamos a la calle que formaba la frontera entre sectores, supe dónde estábamos. La casa quedaba al nordeste, pero no cabalgamos hacia la casa. Lo que hicimos fue

seguir por la calle fronteriza entre Nyembe y Gallunkobe/Matyube hasta que llegamos al río crecido. Sogolon no se detuvo.

—Bruja, ¿tienes intención de ahogarnos?

Sogolon se rio.

—Ésta es la parte donde el río cubre menos —dijo.

El búfalo iba a su lado, y la niña y Mossi, detrás de ella.

—No vamos a dejar atrás a Ogotriste.

—Nos está esperando.

No pregunté dónde. Cruzamos el río y llegamos a lo que yo sabía que era Mitu. Mitu eran praderas fértiles, no una ciudad sino una agrupación de granjeros, terratenientes y ganaderos. Sogolon nos llevó hasta un camino de tierra iluminado sólo por la luz de la luna. Cabalgamos bajo los árboles, el búfalo en cabeza y el prefecto callado. Esto último me sorprendía.

Al llegar al primer cruce de caminos, Sogolon nos dijo que desmontáramos. Ogotriste salió de detrás de un árbol más pequeño que él y se puso de pie.

—¿Cómo se te está dando la noche, Ogotriste? —le pregunté.

Se encogió de hombros y sonrió. Abrió la boca para decir algo pero se detuvo. Incluso él sabía que si se ponía a hablar, amanecería antes de que terminara. Echó un vistazo a la niña y frunció el ceño cuando vio desmontar a Mossi.

—Se llama Mossi. Te lo contaré todo por la mañana. ¿Encendemos un fuego?

—¿Quién ha dicho que nos vamos a quedar aquí? ¿En un cruce? —dijo Sogolon.

—Pensaba que las brujas les teníais un amor especial a los cruces —dije.

—Seguidme —dijo ella.

Nos detuvimos justo en medio de los dos caminos. Eché un vistazo a Ogotriste, que estaba ayudando a la niña a bajarse del caballo, para asegurarme de que estuviera entre ella y el prefecto.

—Sé que a ti no te hace falta que te hable de las diez y nueve puertas — dijo Sogolon.

—Fue así como llegamos a Kongor.

—Pues aquí hay una.

—Ja, todas las viejas piensan que eso es lo que hay en los cruces de caminos. Si no una puerta, alguna otra clase de magia nocturna.

—¿Te parece ésta una noche para tus tonterías?

—Le tienes miedo. Creo que nunca te había visto con miedo a nada. Déjame mirarte la cara. He aquí la verdad, Sogolon. No sé si estás de mal humor o si siempre tienes esa cara. Y yo sé quién es. El niño.

—*Aje o ma pa ita yi onyin auhe.*

—La gallina no sabe cuándo la van a cocinar, así que quizá debería escuchar al huevo —dije, y le guiñé el ojo a Sogolon, que frunció el ceño.

—¿Y quién es? —me preguntó.

—Alguien a quien ese Aesi está intentando por todos los medios encontrar antes que tú. Quizá para matarlo, quizá para raptarlo, pero tiene tantas ganas de encontrarlo como tú. Y todo señala al rey.

—¿Te lo habrías creído si te lo hubiera dicho yo?

—No.

—El rey quiere borrar la Noche de los Cráneos, ese niño...

—El rey fue a por ese niño desde el principio. Quizá el Aesi lo esté buscando para él o quizá ese demonio pelirrojo actúe por cuenta propia. He leído las invectivas de Fumanguru.

—Esas invectivas no existen.

—Eres demasiado vieja para andarte con juegos.

—Nadie ha podido encontrarlas.

—Y, sin embargo, yo las he leído. Hay palabras más traidoras en los juegos de las niñas.

—Éste no es el lugar.

—Pero sí es el momento. Con todas tus brujerías, nunca lees lo que hay



entre líneas.

—Habla claro, necio.

—Fumanguru escribió notas con leche entre las palabras. Instrucciones para llevar al niño al Mweru. Cómo me miras. Qué callada estás. «Atraviesa el Mweru y deja que se coma tu rastro», decía.

—Sí, sí, nadie ha trazado nunca un mapa del Mweru, ni siquiera los dioses. Allí el niño estaría a salvo.

—Eso es como decir que estaría a salvo en el infierno.

—Aquí hay una puerta, Rastreador.

—Ya hemos hablado de eso. Ábrela.

—No puedo y no podré nunca. Sólo la gente de las sangomas tiene las palabras que abren las puertas. Y tú ya las has usado dos veces, no mientas.

—La primera vez sólo fue una puerta que habían escondido las brujas. Nada que ver con la puerta que llevaba a Kongor. ¿Quién es el niño?

—Has dicho que ya lo sabías. No lo sabes. Pero llevas marcada a fuego una suposición. Abre esta puerta y te explicaré lo que has leído en ese archivo. Abre la puerta.

Me aparté de Sogolon y vi que todos me estaban mirando. Ahuequé las manos debajo de la boca como si estuviera cogiendo agua para beberla y susurré la palabra que me había enseñado la Sangoma. Soplé, pensando a medias que la noche indiferente me iba a dejar allí plantado como un tonto y a medias que delante de mí se iba a dibujar una puerta de llamas. Una chispa se encendió muy arriba, a la altura de las copas de los árboles, como las chispas que se forman al entrecuchar dos espadas. Desde ese punto superior, las llamas se extendieron a ambos lados, curvándose hacia abajo como un círculo hasta que los dos extremos tocaron el suelo del camino. Luego la llama se apagó.

—Ahí lo tienes, bruja. La llama ha muerto y no hay ninguna puerta. Porque estamos en un cruce de caminos, donde nunca habría una puerta. Sé

que eres de baja estofa, pero por lo menos en los últimos días debes de haber visto eso que llamamos una puerta.

—¿Nunca se calla la boca o qué? —le dijo Mossi a la niña.

Ella se rio. Y yo me puse furioso. Más de lo que me esperaba que pudiera venir de aquel prefecto. Furioso y sin modo de mostrarlo, eché a andar. Al cabo de diez y cinco pasos, vi que el camino ya no era de tierra sino de roca. La oscuridad era más luminosa, como el resplandor plateado de la luna, y el aire se había enfriado y enrarecido. Los árboles eran más altos y estaban más desperdigados que en Mitu, y a lo lejos y por encima de las nubes se veían montañas negras. Los demás me siguieron. No pude verle la cara a Mossi, pero supe lo asombrado que estaría.

—Incluso un sangomin, cuando no está lloriqueando como una perra hambrienta, puede llevar a cabo gestas magníficas. O simplemente esto —dijo la bruja mientras montaba en su caballo y pasaba cabalgando a mi lado.

Me adelantaron el búfalo y después la niña. Mossi me estaba mirando, pero aparte de sus ojos no pude descifrar su expresión. Corrí hasta alcanzar a Sogolon, que esperó a que montara detrás de ella. El aire se iba enfriando a medida que nos alejábamos, hasta el punto de que intenté tirar de mi cortina para cubrirme más.

—No duermas esta noche —me susurró la bruja.

—Pero el sueño ya me está reclamando.

—El Aesi irrumpirá en tu sueño buscándote.

—¿Y no me despertaré nunca?

—Te despertarás, pero él verá la mañana a través de ti.

—No reconozco este aire —dije.

—Estás en Dolingo, a cuatro días de viaje a caballo de la ciudadela —me dijo, y seguimos subiendo la colina.

—La última puerta me llevó directo a la ciudad.

—Las puertas no están ahí para obedecerte.

—Sé quién es ese niño vuestro —susurré.

—Crees que lo sabes. ¿Quién es, pues?

## DIECISÉIS

—O te cambias de sitio con la niña o aquí se termina el cabalgar —me dijo Sogolon.

—Y yo que pensaba que agradecerías tener a un hombre joven tan cerca del culo.

—¿Ésta es la clase de culo de la que quieres estar cerca ahora? ¿De qué nos estás intentando convencer, Ojo de Lobo?

Me entró una furia tan repentina que salté del caballo.

—Tú. La bruja prefiere que cabalgues tú con ella —le dije a la niña, que se bajó de un salto de su caballo.

—¿Prefieres cabalgar o ser cabalgado? —me dijo Mossi.

—Esta noche todo el mundo menos el cielo se caga en mí.

El prefecto me ofreció su mano y me ayudó a montar. Intenté apoyarme con las manos en la grupa del caballo en vez de agarrarlo a él, pero las manos no paraban de resbalarme. Mossi llevó una mano atrás, me cogió la derecha y se la puso en el costado. Luego llevó la otra mano atrás e hizo lo mismo con mi izquierda.

—¿Echarse mirra es parte del trabajo de prefecto?

—Echarse mirra es parte de todo, Rastreador.

—Qué prefecto tan fino. Debe de haber mucho dinero en Kongor.

—Mirad, dioses, un hombre vestido con una cortina se queja de que soy demasiado fino.

El camino olía a ciénaga. A ratos los caballos caminaban como si se les pegaran los cascos al suelo. Yo estaba cansado y sentía todos los cortes y arañazos de Kongor, el más profundo en el antebrazo. Abrí los ojos al notar

que Mossi me estaba apartando con dos dedos la frente de su hombro. Sólo pude confiar por los dioses en no haberle babeado encima.

—No lo dejes dormir. Es lo que me ha dicho la vieja. ¿Por qué no puedes dormirte? —me preguntó Mossi.

—La vieja bruja y sus viejos cuentos de brujas. Tiene miedo de que el Aesi se me meta en los sueños.

—¿Esto es otra cosa que yo debería saber?

—Sólo si te la crees. Ella cree que el Aesi me visitará en sueños y me robará la mente.

—¿Tú no te lo crees?

—Me da la impresión de que si el Aesi quiere robarte la mente, es porque una parte de ti se la ha querido dar.

—Os tenéis en muy alta estima el uno al otro —me dijo.

—O bien somos el uno al otro como la serpiente al halcón. Pero mira adónde te ha llevado a ti el amor por tus prefectos.

Después de aquello no dijo nada más. Me dio la sensación de que lo había herido en sus sentimientos, lo cual me preocupó. A mí me hería todo lo que decía mi padre, pero no lo suficiente como para sentarme a pensar en ello. Perdón, mi abuelo.

Nos detuvimos en cuanto nos pareció que el suelo estaba más seco. Un claro rodeado de árboles dispersos de sabana. Sogolon cogió un palo largo y garabateó un círculo de runas a nuestro alrededor. Luego nos ordenó al prefecto y a mí que fuéramos a buscar leña para el fuego. En lo más denso de la arboleda, la vi hablar con Ogotriste y señalar el cielo. Mossi partió dos ramas de un árbol. Se dio la vuelta, me vio y vino caminando hasta detenerse muy cerca de mí.

—¿La vieja es tu madre?

—Me cago en los dioses, prefecto. ¿No está claro que la detesto?

—Por eso mismo te lo pregunto.

Le puse bruscamente mis ramas encima de las suyas y me alejé. Cuando

llegué junto a la bruja, todavía estaba garabateando runas. ¿Éstas son sólo para ti?, pensé, pero no se lo dije. Ogotriste agarró el tronco de un árbol, lo arrancó del suelo y lo puso de lado para que se sentara en él la niña. Mossi intentó acariciar al búfalo, pero la bestia le bufó y el prefecto se apartó de un salto.

—Sogolon. Tú y yo vamos a tener unas palabras, bruja. ¿Por qué mentira quieres empezar? ¿La de que el niño era de la sangre de Fumanguru? ¿O la de que los omoluzus fueron a por Fumanguru?

Ella tiró el palo, se agachó dentro del círculo y dejó escapar un susurro suave.

—Vamos a tener unas palabras, Sogolon.

—Ese día no llegará, Rastreador.

—¿Qué día?

—El día en que me des órdenes.

—Sogolon, vas a...

Una ráfaga me golpeó en el pecho, me hizo girar en el aire y me arrojó a la otra punta del claro antes de que yo la viera soplar. El ogo se me acercó corriendo y me ayudó a levantarme. Intentó limpiarme la tierra de la ropa, pero yo sentía cada manotazo como un puñetazo. Le dije que ya estaba limpio y me senté junto al fuego que había encendido Mossi. La niña me miró un momento largo antes de abrir la boca.

—Vuelve a molestarla y te destruirá —me dijo.

—¿Y cómo encontrará al niño, entonces?

—Es Sogolon, maestra de las diez y nueve puertas. Ya lo has visto.

—Pero me necesita para atravesarlas.

—No te necesita, lo sé.

—Entonces ¿por qué sigo aquí? ¿Y qué sabes tú? Hace unos días estabas encantada de ser carne para los zogbanus.

El frío no remitió durante la noche. El tronco de Ogotriste era lo bastante pequeño como para que yo lo usara de almohada. El fuego ardía en las alturas

y calentaba el suelo, pero se fue debilitando hasta quedar negro, aunque todavía crepitaba y escopeteaba.

La bofetada me escoció en la mejilla y abrí los ojos de sopetón. Ya había agarrado mi hacha para usarla cuando vi a la niña encima de mí.

—Nada de dormir hasta llegar a la ciudadela de Dolingo. Lo ha dicho Sogolon.

Boxeé con las orejas del búfalo hasta que me azotó con la cola. Le hice al ogo todas las preguntas que se me ocurrieron para que siguiera hablando hasta la mañana, pero también él intentó apartarme a manotazos. Luego bostezó y se quedó dormido. Y después la niña se le subió encima y se le tumbó sobre el pecho. Si él se daba la vuelta, no quedaría nada de ella, pero daba la impresión de que había hecho aquello antes. Sogolon se encogió como una criatura dentro de su círculo de runas y se puso a roncar.

—Camina conmigo. Oigo un río —me dijo Mossi.

—¿Y si no me apetece?

—¿Tienes que ser un marido cascarrabias en todo? Ven conmigo o quédate donde estás, yo me voy de todas maneras.

Lo alcancé en una floresta de árboles flacos cuyas ramas pinchaban como espinos. Seguía yendo por delante de mí, pasando por encima de los troncos muertos y cortando ramas y arbustos para abrirse paso.

—¿Y puedes sentir al niño? —me dijo, como si hubiéramos estado hablando del tema.

—En cierta manera. Dicen que tengo buen olfato.

—¿Quién lo dice? —me preguntó.

—Quién no lo dice. Si capto el olor de un hombre, de una mujer o de una criatura, mi nariz los sigue adonde vayan, sin importar la distancia, hasta que se mueren.

—¿Incluso si van a otras tierras?

—A veces.

—No te creo.

—¿Es que en tu tierra no hay bestias fantásticas?

—¿O sea que te consideras una bestia?

—A todas las preguntas contestas con otra pregunta.

—Que me aspen si parece que me conozcas de toda la vida.

Mossi sonrió. Se tropezó y le cogí el brazo para impedir que se cayera. Me dio las gracias con un gesto de cabeza y siguió hablando:

—¿Dónde está ahora?

—En el sur. Quizá en Dolingo.

—Pero ya estamos en Dolingo.

—Quizá en la ciudadela. No lo sé. A veces su olor es tan fuerte que creo que está donde estás tú, luego al cabo de unos días desaparece como si su olor fuera algo de lo que me acabo de despertar. Nunca pasa de fuerte a débil ni de débil a fuerte, simplemente hay veces en que está completamente presente y otras completamente ausente.

—Ciertamente eres una bestia fantástica.

—Soy un hombre.

—Eso ya lo veo, Rastreador.

Se detuvo y me puso una mano en el pecho.

—Víbora —dijo.

—¿La gente dice que tienes buen oído?

—Eso no tiene mucha gracia.

La noche escondió mi sonrisa y me alegré de ello. Caminé por donde él me había señalado. No oí ningún río y tampoco noté olor de río.

—¿Quién es ese omoluzu que iba detrás de Fumanguru?

—¿Te lo creerías si te lo contara?

—Hace medio día estaba en mis aposentos bebiendo té con cerveza. Ahora estoy en Dolingo. Un trayecto de diez días en menos de una noche. He visto a un hombre poseer a mucha gente y algo parecido al polvo salir de unos muertos.

—Los kongoris no creéis en magia ni en espíritus.



—No soy kongori, pero dices la verdad, no creo. Hay gente que cree que la diosa habla con las hojas para que crezcan y que susurra conjuros para persuadir a las flores de que se abran. Otros creen que crecen si les das agua y sol. Sólo existen dos tipos de cosas, Rastreador: las que pueden explicar los hombres sabios y las que quieren explicar. Por supuesto, no estás de acuerdo.

—Eres igual que todos los hombres instruidos. Todo en el mundo se reduce a dos cosas: una u otra, sí o no, noche o día, bueno o malo. Tenéis tanta fe en las parejas que me pregunto si sabéis contar hasta tres.

—Palabras duras. Pero tú tampoco crees.

—Quizá no me gusta elegir bandos.

—Quizá no te gusta comprometerte.

—¿Todavía estamos hablando de omoluzus?

Se reía demasiado, en mi opinión. De casi todo. Salimos del bosque. Extendió una mano para impedirme que siguiera avanzando. Un precipicio, aunque no muy profundo. Aquella parte del cielo estaba encapotada. Me hizo pensar en los dioses del cielo caminando por los nueve mundos y causando los truenos, aunque no me acordaba de la última vez que había oído truenos en el cielo.

—Ahí tienes el río que te decía —me dijo.

Contemplamos el río al fondo del todo, plácido y remoto, aunque lo oímos golpear las rocas de más arriba.

—Los omoluzus son rondadores de los techos. Los invocan las brujas o cualquiera que tenga un pacto con ellas. Pero no basta con invocarlos, hay que arrojar la sangre de un hombre o de una mujer contra el techo. Húmeda o seca. Eso los despierta, aviva su ansia y les hace matar a quien sea que la tenga y beber de ellos. Muchas brujas han muerto por creer que los omoluzus sólo buscan a la persona cuya sangre se ha derramado. Pero el hambre de los omoluzus es monstruosa; es el olor de la sangre lo que los atrae, no su sabor. Y una vez invocados, corren por los techos de la misma forma en que

nosotros corremos por los caminos, y matan a todo el que no se llame omoluzu. Yo he luchado contra ellos.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En otro sitio que los sabios decís que no existe. En cuanto prueban tu sangre, ya no paran de seguirte hasta que estás en el otro mundo. O al revés. Y ya nunca más puedes vivir bajo techo, ni en una choza, ni siquiera pasar por debajo de un puente. Son negros como la noche y densos como el alquitrán y cuando aparecen en tu techo suenan como los truenos y el mar. Otra cosa: si tu brujería es lo bastante poderosa, no hace falta sangre, pero para eso hay que ser una bruja entre las brujas, o el más excelso nigromante, o por lo menos uno de ellos. Y una cosa más: nunca tocan el suelo, ni siquiera cuando saltan, el techo tira de ellos con tanta firmeza como de nosotros el suelo.

—¿Y esos omoluzus mataron al patriarca Fumanguru y a su esposa y a todos sus hijos? ¿A sus sirvientes incluso? —me preguntó.

—¿Qué otra cosa podría partir a una mujer por la mitad de un solo golpe?

—Venga ya, Rastreador, parece que los dos somos hombres de conocimiento más que de fe. Descansa, pues, si no crees a la vieja.

—Los dos hemos visto a ese Aesi y lo que es capaz de hacer.

—Un mal viento mezclado con polvo.

Bostecé.

—Lo creamos o no, Rastreador, estás perdiendo esta batalla con la noche.

Mossi se tiró de los dos cinturones y la vaina de la espada le cayó al suelo. Luego se agachó, se desabrochó ambas sandalias, se desató las fajas azules de la túnica, se cogió la túnica por el cuello, se la quitó por la cabeza y la tiró como si no se la fuera a poner nunca más. Y así se quedó delante de mí, con un pecho que eran dos barriles, un vientre que eran olas de músculos y una mata debajo que proyectaba sombras impidiendo ver lo de más abajo, y cogió carrerilla desde el borde del precipicio. Antes de que yo pudiera gritarle que

aquello era una locura, pasó corriendo a mi lado y saltó al vacío, gritando hasta que lo interrumpió el chapoteo de la zambullida.

—¡Me cago en todos tus dioses, qué frío! ¡Rastreador! ¿Por qué sigues ahí arriba?

—Porque la luna no me ha vuelto loco.

—La luna, preciosa hermana, cree que el loco eres tú. Un cielo con los brazos abiertos y sin embargo no quieres volar. Un río con las piernas bien abiertas y no te quieres zambullir.

Lo vi nadar y bucear por el agua plateada. A veces era como una sombra, pero cuando flotaba era tan blanco como la luna. Dos lunas cuando daba una voltereta para sumergirse.

—Rastreador. No me dejes solo en este río. Mira, me están atacando los demonios del río. Voy a sucumbir a la enfermedad. O bien me va a ahogar una bruja del río para que me convierta en su marido. Rastreador, no voy a parar de gritar tu nombre hasta que vengas. Rastreador, ¿no querías permanecer despierto? ¡Rastreador! ¡Rastreador!

Ahora me dieron ganas de saltar, aunque sólo fuera para aterrizar sobre su cabeza. Pero el sueño vino a mí como una amante.

—Rastreador. Ni se te ocurra saltar a este río vestido con esa idiotez de cortina. Finges que la ropa es algo natural en los ku, cuando todos sabemos la verdad.

Llevas dos días intentando que me quite la túnica, pensé, pero no se lo dije. Mi zambullida hizo tanto ruido que pensé que debía de ser la de otra persona hasta que me hundí. El frío me pegó tan fuerte y tan de repente que tragué agua y salí a la superficie tosiendo. El prefecto se estuvo riendo hasta que también a él le entró la tos.

—Por lo menos sabes nadar. Con los hombres del Norte nunca se sabe.

—¿Crees que no sabemos nadar?

—Creo que estáis tan obsesionados con los espíritus del agua que nunca os metéis en el río.

Dio una voltereta para sumergirse y me salpicó con los pies.

Todavía estaba nadando y buceando y chapoteando y riendo y gritándome que volviera al agua cuando me senté en la orilla. Yo había dejado la ropa en lo alto del acantilado y necesitaba ir a por ella, pero no porque tuviera frío. Mossi salió del agua, sacudiéndose la pátina de agua de la piel, y se me sentó al lado.

—Diez años llevo viviendo en ese lugar. Me refiero a Kongor —me dijo.

Contemplé el río.

—Diez años llevo en esa ciudad, diez años entre su gente. Es raro, Rastreador, llevar diez años viviendo en el mismo sitio que una gente que es la más abierta con diferencia pero también la menos amigable que he conocido nunca. Mi vecino es incapaz de sonreír cuando le digo: Buenos días y que no te alcance la ruina, hermano. En cambio, es capaz de decirme: Mi madre ha muerto, cómo la odié en vida y la seguiré odiando muerta. Y puede que me deje fruta en mi umbral si a él le sobra, pero nunca me llamará a la puerta para que yo lo salude y le dé las gracias, o peor, para que lo invite a entrar. Es un amor áspero.

—O quizá no le gustan los perfectos.

Supe sin necesidad de mirar que tenía el ceño fruncido.

—¿Adónde quieres ir con esto? —le pregunté.

—Me da la sensación de que estabas a punto de preguntar cómo me hace sentir que hayan matado a unos hombres que me eran gratos. Y en cierta manera sí que me eran gratos. La verdad es que siento remordimientos por no sentirme mal. Me digo a mí mismo: ¿Cómo puedo sentir dolor por una gente que siempre mantenía su amor a distancia? Esto te aburre. Me aburre a mí también. ¿Todavía tienes ganas de dormir?

—Si sigo oyendo esas cosas, las tendré.

Asintió con la cabeza.

—Podemos pasarnos la noche hablando o te puedo señalar imágenes de poderosos cazadores y bestias salvajes en las estrellas. O también puedes

decir: A la mierda la bruja y sus antiguas creencias, soy un hombre de ciencia y de matemáticas.

—Las burlas no cuestan nada.

—El miedo no cuesta nada. La valentía sí.

—Así que ahora el cobarde soy yo por no dormir. ¿Qué te parece?

—Qué noche tan extraña. ¿Falta poco para el mediodía de los muertos?

—Creo que ya ha pasado.

—Oh.

Se quedó un momento callado.

—Los hombres de la Luz del Este veneráis a un solo dios —le dije.

—¿Qué quiere decir «la luz del este»? La luz que cae allí es la misma que cae aquí. Sólo existe un dios. De temperamento vengativo, pero también compasivo —dijo.

—¿Cómo sabéis que habéis elegido al dios correcto?

—No sé qué quieres decir.

—Si sólo podéis tener uno, ¿cómo sabéis que habéis elegido al adecuado?

Se rio.

—Elegir a un señor sería como elegir al viento. Él eligió crearnos.

—Todos los dioses crean. No hay razón para venerarlos. Mis padres me crearon a mí. No les debo ninguna veneración.

—¿O sea que te criaste tú solo?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí.

—Es difícil crecer sin padres, en el Este o en el Oeste.

—No están muertos.

—Oh.

—¿Cómo sabes que tu dios es bueno?

—Porque lo es. Nos lo dice él —dijo Mossi.

—O sea que la única prueba que tienes de que es bueno es su palabra. ¿Te

he dicho que soy madre de veinte y nueve hijos? Y tengo sesenta años.

—Dices tonterías.

—No digo ninguna tontería. Si es simplemente que él dice: Soy bueno, entonces no hay prueba, sólo su palabra.

—Quizá deberías dormir.

—Duerme tú si quieres —le dije.

—¿Para que puedas verme dormido?

Negué con la cabeza.

—Si estamos en Dolingo, sólo estás a diez días a caballo de Kongor.

—No tengo nada en Kongor a lo que cabalgar de vuelta.

—¿No tienes mujer ni hijos ni hermanos ni hermanas con los que viniste? ¿No tienes una casa con dos árboles y un pequeño granero con mijo y sorgo a la que regresar?

—No, no, no, no, no y no. De unas cuantas de esas cosas hui para venir aquí. ¿Y a qué he de volver ahora? A una habitación donde debo el alquiler. A una ciudad donde la gente me tiraba tanto del pelo que me lo corté. A unos hermanos del ejército del cacique a los que he matado. Y a otros hermanos que me quieren matar a mí.

—Tampoco te espera nada en Dolingo.

—Hay aventuras. Está ese niño al que buscáis. A alguien le será útil mi habilidad con la espada. Y está tu espalda, que necesita claramente que alguien te la guarde, porque nadie más lo está haciendo.

No me reí más que un momento.

—Cuando era pequeño, mi madre me decía que dormimos porque la luna es tímida y no le gusta que la miremos cuando se desviste —le dije.

—No cierres los ojos.

—No los tengo cerrados. Pero ahora tú sí.

—Pero nunca duermo.

—¿Nunca?

—Poco, a veces nunca. La noche viene y se va como un destello y es

posible que yo haya dormido un par de vueltas del reloj de arena. Como por la mañana nunca estoy cansado, doy por sentado que he dormido lo que necesitaba.

—¿Qué ves por las noches?

—Las estrellas. En mi tierra es por la noche cuando la gente les hace maldades a los enemigos a los que de día llaman amigos. Es cuando salen a jugar los sihrs y los jinns, y la gente conspira y urde complots. Los niños crecen con miedo a la noche porque creen que hay monstruos en ella. Se montan una gran historia sobre ella, sobre la noche y la oscuridad y hasta el color negro, que aquí ni siquiera es un color. Aquí es distinto. Aquí la maldad no tiene reparos en atacar en pleno día. Pero eso deja una noche de aspecto hermoso y con sensación de frescor.

—Eso ha sido casi un verso.

—Soy un poeta entre prefectos.

Se me ocurrió decir algo sobre las ondas que hacía el viento en el río.

—¿Cómo se llama ese niño? —me preguntó en voz baja.

—No lo sé. No creo que nadie se molestara en ponerle nombre. Es el Niño. Valioso para mucha gente.

—¿Y sin embargo nadie le ha puesto nombre? ¿Ni siquiera su madre? ¿Quién lo tiene ahora?

Le conté la historia hasta llegar al mercader de perfumes y plata. Se incorporó y se apoyó en los codos.

—¿No fueron los omoluzus?

—No. Porque no era la sangre del niño la que seguían. Aquellos asesinos eran distintos. Tanto al mercader como a sus dos esposas y tres hijos les habían sorbido la vida. Igual que a Fumanguru. Ya viste los cuerpos. Fueran quienes fueran, te dejan peor vivo que muerto. No me lo creí hasta que vi a una mujer que era como una zombi con centellas recorriéndole el cuerpo en vez de sangre. Vine a Kongor para encontrar el olor del niño.

—Ya veo para qué me necesitas.

Aunque no se la viera, supe que tenía una sonrisita en la cara.

—Lo único que tienes es buen olfato —me dijo—. Pero yo tengo toda la cabeza. Lo voy a encontrar en un cuarto de luna, antes de que lo encuentre el hombre de las alas.

—¿En siete noches? Hablas como un hombre al que yo conocía. ¿Y te importa lo que hagamos cuando lo encontremos?

—Yo persigo, Rastreador. La captura se la dejo a otros.

Se tumbó en la hierba y yo me miré las puntas de los pies. Luego miré la luna. Luego miré las nubes, blancas y relucientes por encima, plateadas en el medio y negras por debajo, como si estuvieran preñadas de lluvia. Me pregunté por qué nunca pensaba en el niño, ni en el aspecto que debía de tener, ni en cómo debía de hablar, a pesar de que era la razón de que estuviéramos allí. O sea, había pensado en él cuando intentábamos averiguar todo lo sucedido, pero me fascinaba más Fumanguru, o las mentiras de Belekun el Grande, o el juego que se llevaban con la información tanto Sogolon como Bunshi. Me fascinaba toda la gente que buscaba a aquel niño más que el niño en sí. Me vino a la cabeza una habitación llena de mujeres dispuestas a pelearse por un amante tedioso. Incluso el hecho de que el Aesi quisiera al niño inflamaba más mi curiosidad que el niño mismo. Aunque estaba seguro de que era el rey en persona quien lo quería muerto. El rey del Norte, ese Rey Araña de cuatro brazos y cuatro piernas. Mi rey. Mossi dejó escapar algo a medio camino entre un suspiro y un gemido y lo miré. Tenía la cara vuelta hacia mí pero los ojos cerrados, y la luz de la luna se movía sobre sus rasgos.

Antes de la primera luz del alba algo apareció flotando en la brisa, un olor lejano a animales, y me acordé del Leopardo. Me ardió la furia por dentro, pero se marchó enseguida, dejando tristeza y muchas palabras que yo podría haber dicho. Su risa habría rebotado por aquel barranco. No quería echarlo de



menos. Había pasado años sin verlo antes de que nos reencontráramos en aquella posada, pero hasta entonces siempre había creído que era la única alma que si alguna vez yo necesitaba aparecería sin que se lo tuviera que pedir siquiera. El odioso Fumeli monopolizó mis pensamientos y tuve ganas de escupir. Aun así, me pregunté dónde estaría. Su olor no me resultaba desconocido, podría haber usado su recuerdo para encontrarlo, pero no lo hice.

Partimos antes del alba. El búfalo no paró de señalarse el lomo hasta que me subí a él, me tumbé y me quedé profundamente dormido. Me desperté con las gruesas cerdas del pecho del ogo frotándome la mejilla.

—El búfalo se ha cansado de cargar contigo —dijo Ogotriste, que me sostenía por la espalda con su enorme mano derecha y por las corvas con la izquierda.

Por delante de nosotros, Sogolon cabalgaba con la niña y Mossi cabalgaba solo. El sol casi había desaparecido, dejando un cielo amarillo, naranja y gris sin nubes. Había montañas lejanas a ambos lados, pero la tierra era llana y estaba cubierta de hierba. Yo no quería que me llevaran en brazos como a un bebé, pero tampoco quería compartir caballo con Mossi, y a pie habría obligado a todos a ir más despacio. Fingí que bostezaba y cerré los ojos. Pero luego me pasó algo por la nariz y me levanté de un brinco. El niño. A punto estuve de resbalarme de la mano de Ogotriste, pero me cogió a tiempo y me dejó en el suelo. El olor venía del sur pero estaba yendo al norte, con tanta seguridad como que nosotros estábamos en el norte y yendo al sur.

—¿El niño? —dijo Mossi.

No lo había visto descabargar, ni tampoco había reparado en que todo el mundo se había detenido.

—Al sur. No estoy seguro de a qué distancia. Quizá a un día o quizá a dos. Está yendo hacia el norte, Sogolon.

—Y nosotros hacia el sur. Nos encontraremos en Dolingo.

—Pareces muy segura —dijo Mossi.

—Lo estoy ahora. No estaba tan segura hace diez días, hasta que hice mi trabajo, igual que el Rastreador fue a hacer el suyo.

—Te ofrezco un trato. Tú me dices cómo has averiguado lo que sabes y yo te digo cómo he averiguado lo que sé yo —le dije.

—Sí, el rastro del niño se calienta y se enfría. Caliente un día y frío al siguiente, tal cual. Nunca desaparece, ¿verdad? No como un niño que se aleja demasiado hasta que su olor se esfuma, sino como si cruzara un río para despistar a unos perros salvajes. Esto no es un acertijo, Rastreador, seguro que sabes a qué se debe.

—No.

—Estamos llegando a la casa de un hombre que me debe muchos favores. Vamos a parar ahí. Y... la casa de un hombre...

El viento la derribó del caballo, la arrojó por los aires y la dejó caer de espaldas en el suelo. Se le escapó todo el aire por la boca. La niña se bajó de un salto del caballo y fue corriendo con ella, pero algo invisible la abofeteó. Oí las bofetadas, el ruido de piel mojada sobre piel, pero no había nada que ver más que la cara de la niña torciéndose a izquierda y derecha. Sogolon levantó la mano para protegerse la cara, como si se le estuviera acercando alguien con un hacha. Mossi se bajó de un salto de su caballo y fue corriendo hacia ella, pero el viento también lo hizo salir despedido hacia atrás. Sogolon cayó de rodillas, se agarró el vientre, chilló, gritó y dijo algo en un idioma que yo no conocía. Yo había visto todo aquello antes, justo antes de entrar en las Tierras Oscuras. Sogolon se puso de pie pero el aire la volvió a derribar de un sopapo. Saqué mis hachas aun sabiendo que no iban a servir de nada. Mossi corrió otra vez hacia la bruja pero el viento lo derribó. Una voluta de aire nos trajo voces, ahora un grito y al instante siguiente una risa. Fuera lo que fuera, estaba trastornando el hechizo de la Sangoma, y noté que había algo sobre mí y también dentro de mí que estaba intentando huir. Sogolon volvió a gritar algo en el mismo idioma, mientras el viento la aferraba del cuello y la empujaba contra el suelo. La niña se puso a buscar un palo,

encontró una piedra y empezó a dibujar runas en la tierra. Hizo marcas, escarbó, rayó y rastrilló la tierra con los dedos, dibujando runas primero y después un círculo en torno a Sogolon. El aire aulló hasta no ser más que viento y después nada.

Sogolon se puso de pie, intentando recobrar el aliento. Mossi corrió para ayudarla a levantarse, pero la niña saltó entre ambos y le apartó la mano de una palmada.

—No la puede tocar ningún hombre —dijo.

Era la primera noticia que yo tenía de aquello. En cambio, sí había dejado que el ogo la subiera a lomos de su caballo.

—¿Han sido los mismos espíritus que en el margen de las Tierras Oscuras? —le grité.

—Es el hombre de las alas negras —dijo Sogolon—. ¿Eso es...?

Yo también lo oí, a ambos lados del camino, un crujido como si la tierra se estuviera partiendo. El búfalo se paró y giró en redondo. La niña, protegiendo a Sogolon, agarró su vara y le quitó un extremo para revelar una punta de lanza. La tierra seguía crujendo y la niña cogió a Sogolon para ayudarla a subirse otra vez a su caballo. El búfalo echó a trotar y Ogotriste se dispuso a recogerme y ponerme sobre sus hombros. De la tierra chirriante salieron calor y azufre, que nos hicieron toser. Y unas risas de viejas, que aumentaron gradualmente de intensidad hasta convertirse en un retumbar.

—Deberíamos correr —dijo Mossi.

—Buen consejo —dije, y los dos corrimos hasta el caballo.

Ogotriste se puso los nudillos de hierro. Los crujidos y las risas aumentaron de intensidad hasta que algo emergió de golpe en mitad del camino, soltando un grito. Una columna, una torre que se dobló y crujió y escupió pedazos de sí. Tres más brotaron bruscamente del suelo de la derecha, como obeliscos. Sogolon estaba demasiado débil para llevar las riendas del caballo, así que la niña le clavó las rodillas. El caballo intentó galopar, pero la columna movediza y chirriante se desplegó, cobró forma y se

convirtió en una mujer, oscura y cubierta de escamas por debajo de la cintura y elevándose de la tierra como si el resto de su cuerpo fuera una serpiente. Se elevó tanto como dos árboles y espantó al caballo de Sogolon, que se encabritó sobre las patas traseras y tiró al suelo a sus dos jinetes. La piel de la criatura parecía la luna, pero era polvo blanco que flotaba en el aire como las nubes. A ambos lados del camino se elevaban cuatro más de aquellos seres, con las flacas costillas abultándose bajo la piel, pechos voluminosos, caras de ojos oscuros y bucles rebeldes subiendo como llamas altas. Las criaturas de la derecha tenían piel de polvo y las de izquierda tenían piel de sangre. También se oyó un batir de alas, aunque ninguna de ellas tenía alas. Una se abalanzó sobre Mossi y lo derribó. Luego levantó la cabeza y le crecieron las zarpas. Lo iba a hacer añicos antes de que él pudiera darse la vuelta. Me planté de un salto frente a él y le di un hachazo en la mano a la criatura, cortándosela por la muñeca. La criatura chilló y retrocedió.

—Brujas mawana —dijo Sogolon—. Son brujas mawana, controladas... por él.

Una de ellas agarró el caballo de Mossi. Ogotriste fue corriendo y le propinó un puñetazo, pero la bruja no soltó al animal, que era demasiado grande como para que ella se lo comiera pero lo bastante pequeño como para que se lo pudiera llevar con ella al agujero. Ogotriste corrió, dio un salto, le aterrizó en el hombro y le rodeó el cuello con las piernas. La bruja se bamboleó hacia arriba, hacia abajo y a los lados, intentando hacerlo caer, pero él siguió aporreándole la frente hasta que oímos un crujido y la bruja soltó finalmente al caballo. La bruja mawana agarró a Ogotriste y lo lanzó por los aires. El ogo rodó por el suelo hasta detenerse y ponerse de pie. Ahora estaba enfadado. Una bruja ensangrentada agarró al búfalo de los cuernos para apartarlo, pero a aquel animal no lo podía mover nada. Lo que hizo el búfalo fue retroceder, tirando de ella. Yo me subí de un salto a sus hombros y le arrojé mi hacha, pero ella la esquivó y retrocedió, casi acobardada. Ogotriste saltó sobre la espalda de una bruja polvorienta; todo él era del

mismo tamaño que la parte de la bruja que quedaba por encima de la superficie. Ella se giró de repente y trató de golpearlo, pero lo tenía montado a su espalda. Se elevó de golpe, se agachó y se sacudió el cuerpo con brío de perro mojado, pero Ogotriste no se soltó. Le rodeó el cuello con el brazo y apretó hasta asfixiarla. La bruja no pudo soltarse, de modo que volvió a elevarse, a agacharse y a agitarse, haciendo que a él se le mecieran las piernas, y por fin le clavó las zarpas en el muslo derecho. Pero aun así el ogo no se soltó. La siguió agarrando del cuello hasta que ella se cayó. Emergieron dos más y fueron a por Sogolon y la niña. Mientras yo corría hacia ellas, saltando por encima de Mossi y gritándole al búfalo que viniera conmigo, la niña levantó la lanza, que atravesó limpiamente el puño de la primera bruja. Ésta chilló y yo salté sobre los cuernos del búfalo para lanzarme contra ella desde más altura. Con las dos hachas listas, se las clavé en el cuello y la decapité. La cabeza le quedó colgando de un pedazo de piel. La otra bruja retrocedió. Mossi me miró. La bruja se le estaba acercando por detrás. Le tiré un hacha, él la cogió al vuelo y giró el cuerpo entero en redondo, poniendo toda su fuerza en el hacha y degollando a su adversaria. O adversario, porque aquella tenía una barba larga. Las últimas dos brujas, una de polvo y la otra de sangre, se elevaron tanto que pareció que se iban a desprender del suelo y salir volando. Pero las dos volvieron a hundirse. Corrí hacia ellas pero se escaparon sumergiéndose en la tierra igual que se zambulle un ave en el mar.

—No sabía yo que una bruja pudiera atacar a otra —dije.

Sogolon, que seguía en el suelo, dijo:

—A ti no te atacarían.

—¿Cómo? Pero si he peleado contra todas, mujer.

—No me digas que no te has dado cuenta de que todas estaban huyendo de ti —me dijo.

—Es porque sigo protegido por la Sangoma.

—Son de carne, no de hierro ni de magia.

—Quizá tengan miedo de un ku nacido varón —dije.

—¿Te dormiste anoche?

—¿Tú qué crees, bruja?

—Olvídate de lo que yo crea. ¿Te dormiste o no?

—Ya te lo he dicho, ¿tú qué crees?

La niña agarró su lanza y la levantó por encima del hombro.

—¿Te pasaste la noche despierto?

Miré directamente a la cría.

—Niña, ¿qué estás haciendo? ¿O sea que Sogolon te enseña dos lecciones y ya te crees que me puedes tirar una lanza? Vamos a ver si tu lanza puede atravesarme la piel antes de que mi hacha te parta en dos la cara.

—Se pasó la noche despierto, Sogolon. Yo estaba con él —dijo Mossi.

—No hace falta que respondas por mí.

—Y no hace falta que tú te ensañes con la gente que está de tu parte —me dijo él.

Negó con la cabeza mientras me pasaba al lado. La niña ayudó a Sogolon a levantarse. Ogotriste volvió enseñando las manos vacías como si hubiera perdido algo.

—Tu caballo se ha roto dos patas —dijo—. No se puede hacer nada más que...

—Aunque el Aesi no se meta en tus sueños, encontrará otra manera de seguirnos —dijo Sogolon.

—A menos que te refieras a un sueño diurno en el que estoy entre un príncipe de Omororo y su primo todavía más apuesto, me negaré.

—¿Qué pasa con el prefecto?

—¿Qué pasa conmigo? —dijo Mossi.

—Te ha atacado a ti primero, Sogolon —le dije.

—Y a ti no te ha atacado en absoluto.

—Quizá mis runas funcionen mejor que las tuyas.

—Eres tú quien puede seguirle el rastro al niño. Quizá te necesite.

Cruzamos un bosque espeso y salimos para ver estrellas danzando sobre la

sabana abierta, cerca del lugar donde se hallaba la casa del hombre que Sogolon había dicho que estaba en deuda con ella. Mossi caminaba a mi lado pero hacía muecas frecuentes de dolor. Tenía moretones en ambas rodillas; yo, en el codo.

—No sé cómo ibas a saberlo tú —me dijo Mossi.

—¿Cómo iba a saber el qué?

—Por qué el rastro del niño se calienta y al cabo de un instante se enfría y luego se vuelve a calentar.

Detrás de mí caminaba el búfalo y detrás de él, Ogotriste.

—Porque están usando las diez y nueve puertas —dije.

## DIECISIETE

Dividías en seis la casa del noble de Kongor. Una casa que no era más que una habitación, con un arco sobre la puerta y paredes de arcilla y mortero. Luego ponías otra habitación encima de la primera, y otra y otra y otra, y luego una más y una encima de todo, con un tejado que se curvaba como la luna cuando se corta por la mitad. Así era la casa de aquel hombre, una casa que parecía una columna truncada y trasplantada a los caminos de las montañas de Dolingo. El anciano nos esperaba delante de su choza, mascando khat, y no se mostró sorprendido cuando nos acercamos. Hacía tres noches que habíamos salido de Kongor. Sogolon estuvo a punto de caerse del caballo cuando intentó desmontar. El hombre señaló al interior y la niña ayudó a entrar a la bruja. Luego el hombre volvió a sentarse en la entrada de su casa y volvió a mascar.

—Mirad al cielo, *woi lolo*. ¿Lo veis? ¿Podéis verlo?

Mossi y yo levantamos la vista, los dos igual de confundidos.

—¿No veis cómo el divino cocodrilo se come la luna?

Mossi me tocó el hombro y me dijo:

—¿Hay alguien aquí que no esté loco?

No le contesté, y de habérselo preguntado, no lo hubiera sabido, pero ¿acaso era yo el único que se daba cuenta de que aquel hombre era idéntico al dueño de nuestra casa de Kongor? El Leopardo se habría dado cuenta. Y lo habría dicho.

—¿Tienes un hermano al norte de aquí? —le pregunté.

—¿Un hermano? Ja. Mi madre te diría que con un solo niño ya tuvo bastante. Y todavía vive, mi madre, todavía desafiándome a que me muera



primero. Pero él la ha mordido fuerte, ¿verdad? La ha mordido bien fuerte. Más fuerte que todos los espíritus de la sangre.

—¿Espíritus de la sangre?

—La tiene mordida y eso significa que está cerca, significa que os viene pisando los talones. ¿Sabéis de quién os hablo?

—¿Quiénes son los espíritus de la sangre?

—Nunca, ni en este mundo ni en el siguiente, pienso mencionar su nombre. El de las alas negras. —Y se rio.

Esa mañana la niña pintó runas con arcilla blanca en la puerta de Sogolon.

—¿La bruja te enseñó a hacer esto cuando estabais las dos fuera? —le pregunté, pero no me contestó.

Me dieron ganas de decirle que estaba desperdiciando su desprecio conmigo, pero guardé silencio. Me vio acercarme a la puerta y se interpuso en mi camino. Tenía los labios apretados y una mirada de ojos entornados, parecía una cría a quien le han encomendado que vigile a sus hermanos pequeños.

—Niña. Ningún arte ni poder va a impedirme que entre en esa habitación.

Ella sacó su cuchillo, pero se lo quité de un manotazo. Intentó coger otro, pero la miré y le dije:

—Prueba a clavármelo.

Se me quedó mirando un momento largo. Vi que le temblaban los labios y que fruncía el ceño. De repente me lanzó una puñalada, pero su mano me pasó de largo del pecho. Lo volvió a intentar y el cuchillo que tenía en la mano rebotó. Siguió intentándolo una y otra vez, apuntándome al pecho y al cuello, pero el cuchillo se negaba a tocarme. Luego me apuntó al ojo, pero el cuchillo se desvió por encima de mi cabeza. Se lo cogí. Intentó darme un rodillazo en las pelotas, pero le agarré la rodilla y la empujé al otro lado de la puerta. Salió dando tumbos hacia atrás y a punto estuvo de caerse.

—Tenéis demasiado tiempo, vosotros dos —dijo Sogolon desde la ventana.

Entré en la habitación a tiempo de ver que una paloma echaba a volar desde sus manos. Luego metió la mano en una jaula y sacó otra. Llevaba algo rojo enrollado en torno a la pata.

—Es un mensaje para avisar a la reina de Dolingo. No se muestran amables con la gente que se presenta sin anunciarse.

—¿Dos palomas?

—Hay halcones en los cielos.

—¿Cómo estás hoy?

—Estoy bien. Gracias por preguntar.

—Si fueras una sangoma en vez de una bruja, no te haría falta dibujar runas allí adonde vas y sufrir ataques cuando te olvidas. Cuántas cosas necesitas tener en mente al mismo tiempo.

—Así es la mente de todas las mujeres. Se me había olvidado lo grande que es Dolingo. Desde aquí lo único que se puede ver es el collado. Tardaremos otro día en estar entre sus árboles...

—Dolingo se puede ir a la mierda cien veces. Tú y yo vamos a tener unas palabras, mujer.

—¿Es que no estamos hablando ahora?

—Estamos hablando de muchas cosas, pero centrémonos en el niño. Si el Aesi lo busca, y el Aesi acecha tras el rey, también lo busca el rey.

—Por eso lo llaman el Rey Araña. Te lo dije hace más de una luna.

—Tú no me dijiste nada. Fue Bunshi. Las invectivas lo explicaban todo del niño.

—Las invectivas no decían nada de ese niño.

—Entonces ¿qué es lo que encontré en los archivos antes de que ardieran, bruja?

—¿A ti y al prefecto cara bonita?

—Si tú dices que la tiene...

—Pero todavía no te has escapado. O bien eres muy difícil de cazar o bien él no está poniendo mucho empeño.

Me miró y regresó a la ventana.

—Esto es entre ella y yo —dije.

—Demasiado tarde —dijo Mossi, y entró en la habitación.

Mossi. Sogolon estaba de espaldas a nosotros pero vi que se le tensaban los hombros. Intentó sonreír.

—No sé cómo te llaman, aparte de prefecto.

—Los que me consideran su amigo me llaman Mossi.

—Prefecto, ésta no es tu misión. Lo que te conviene es dar media vuelta y volverte a...

—Lo repito. Es demasiado tarde.

—Como me interrumpa un hombre más antes de que termine de hablar... Esta misión no consiste en encontrar a padres borrachos ni en devolver niños perdidos a sus hogares, prefecto. Vuélvete a casa.

—El sol ya se ha puesto sobre todo eso, gracias a vosotros. ¿Qué casa le queda en Kongor a este prefecto? El ejército del cacique pensará que todos los cuerpos de la azotea murieron por mi espada. Ya habrán quemado mi casa.

—Nadie te pidió que arrimaras el hombro.

Mossi entró, se sentó en el suelo con las piernas extendidas y le dio la vuelta a la vaina de la espada para apoyarla entre ellas. Tenía costras en ambas rodillas.

—Y sin embargo ya estoy hasta el cuello, da igual que me lo pidierais o no. ¿A quién tenéis que maneje bien la espada? Yo me dedicaba a hacer lo que me pagaban para hacer. Es culpa vuestra que ya no tenga esa opción. Pero no os guardo rencor. Y uno nunca debería rechazar grandes aventuras ni grandes desafíos, creo yo. No soy tan esquivo como el ogo ni tan simple como la niña. Nunca se sabe, vieja. Si esta misión tuya me excita, quizá participe en ella gratis.

Mossi sacó de su morral un fajo de hojas de papiro que llevaba dobladas para que no ocuparan espacio. Antes de verlas, ya supe por el olor qué eran.

—¿Te llevaste las invectivas? —le dije.

—Tenían cierto aire de cosa importante. O quizá sólo fuera la leche agria. Sonrió, pero ni Sogolon ni yo nos reímos.

—No hay manera de que la gente más abajo del desierto os riais. Así pues, ¿quién es ese niño al que buscáis? ¿Y cómo se lo puede encontrar?

Desplegó los papeles y Sogolon se dio la vuelta. Se nos acercó pero no lo suficiente como para que pareciera que trataba de leerlos.

—Esos papeles parecen quemados —dijo.

—Pero se doblan y se desdoblán como si estuvieran intactos —dijo Mossi.

—No son quemaduras, son glifos —dije—. De estilo norteño en las dos primeras líneas y de la costa más abajo. Fumanguru los escribió con leche de oveja. Pero tú ya sabes todo esto —le dije.

—No. No lo sabía.

—Encontré glifos de este tipo por toda tu habitación de Kongor.

Ella me fulminó brevemente con la mirada, pero la cara se le relajó.

—No los escribí yo. Es a Bunshi a quien le tienes que preguntar por ellos.

—¿A quién? —dijo Mossi.

—Luego —le dije, y él asintió con la cabeza.

—No leo marcas del Norte ni de la costa —dijo Sogolon.

—Vaya, me cago en los dioses, hay algo que no sabes hacer. —Señalé con la barbilla a Mossi—. Él sí que puede leerlos.

La habitación tenía una cama, aunque yo estaba seguro de que Sogolon nunca dormía en camas. La niña fue a su lado, hablaron las dos en voz baja y se volvió a la puerta.

—La invectiva que el prefecto tiene en la mano sólo es una. Fumanguru escribió cinco, y una me llegó a mis aposentos. Decía que la monarquía necesitaba ir adelante yendo atrás, lo cual me dio ganas de averiguar más. ¿Has leído la invectiva entera?

—No.

—No te hace falta. Se vuelve aburrida cuando deja de hablar del rey. El resto no es más que otro hombre diciéndoles a las mujeres lo que tienen que hacer. Pero por lo que dice del rey, fui a buscarlo una noche.

—¿Por qué te iba a interesar nada que tuviera que ver con el patriarca y con el rey? —le dije.

—Nunca me ha interesado. ¿Por qué crees que ningún hombre puede tocarme, Rastreador?

—Pues...

—No te molestes en hacer comentarios ingeniosos. No fui a visitarlo por mí, sino por otra persona.

—Por Bunshi.

Se rio.

—Fui a ver a Fumanguru porque sirvo a la hermana del rey. Y por lo que había escrito, daba la impresión de ser un hombre que comprendía las cosas. El único capaz de ver más allá de su panza oronda y entender qué iba mal en el imperio, en el reino, cómo el Reino del Norte estaba plagado de maldad e infortunios y descontento ya desde que la última generación vive en él. ¿Acaso tu mirada se saltó la parte en la que hablaba de la historia de los reyes? Yo sabía lo del linaje de los reyes. El hecho de que la sucesión del rey había cambiado cuando Moki ascendió al trono. No le correspondía a él ser rey. Antes de él, todos los reyes habían sido los primogénitos de la hermana mayor del rey. Así había estado escrito durante cientos de años. Y de pronto tuvimos a Kwash Moki.

—¿Cómo llegó a ser rey? —dijo Mossi.

—Asesinando a su hermana y a todos los que vivían bajo su techo —dije yo.

—Y al llegar el momento, Moki mandó a su hermana mayor a la antigua hermandad de mujeres donde ninguna puede ser madre. De esa forma, su hijo mayor, Liongo, se convirtió en rey. Y así siguió sucediendo año tras año y era

tras era, hasta que llegamos a Kwash Aduware y todo el mundo se había olvidado ya de cómo llegaba uno a ser rey y de quién podía ser rey, y hasta los griots de tierras lejanas empezaban a cantar que siempre había sido así. Desde entonces, ésa es la maldición de esta tierra.

—Pero todas las canciones de los griots tratan de guerras victoriosas y conquistas de nuevos territorios. ¿Exactamente cuándo tuvo lugar la maldición?

—Mira detrás de los muros de palacio. Los registros muestran a todos los hijos que sobrevivieron. ¿Crees que muestran a todos los que murieron? Demasiados hijos varones muertos significan que la sangre real es débil. ¿Acaso cuentan esos registros que Kwash Netu tuvo tres esposas antes de encontrar a una que le diera un príncipe? Kwash Dara perdió a su primer hermano por una plaga. Y tenía tres hermanas cortas de luces porque su padre engendraba a sus concubinas. Y un tío igual de loco que los reyes del Sur, y casi todas las esposas que no le daban un hijo varón encontraban la muerte. ¿En qué libro está escrito eso? La podredumbre impregna a la familia entera. Una pregunta te hago, y contesta la verdad. ¿Cuándo fue la última vez que viste llover en Fasisi?

—Y, sin embargo, hay árboles.

—El problema no es la derrota. Es la victoria.

Hasta Mossi se acercó al oír aquello. Sogolon se dio la vuelta por fin y se sentó en el antepecho de la ventana. Casi esperé a que Bunshi apareciera goteando por la pared.

—Sí, los grandes reyes del Norte hacen la guerra y ganan mucho, pero siempre quieren más. Tierras libres, territorios en contienda. Aquellas ciudades y pueblos que no eligen bando. Los hombres criados por hombres y no por mujeres no pueden contenerse. Las mujeres no son como los hombres, no conocen la avaricia. Cuanto más se extiende un reino, peor se vuelve. Los reyes del Sur se fueron volviendo más y más locos porque no paraban de cometer incesto entre ellos. Los reyes del Norte sufren una locura distinta. La

perversidad los maldice, porque la estirpe entera viene de la peor clase de maldad, porque ¿qué perversidad mata a su propia sangre?

—Me interesan más las preguntas cuya respuesta es el niño —dije.

—¿Dices que sabes quién es? Pues cuéntame lo que sepas —dijo Sogolon.

Me volví hacia Mossi, que nos estaba mirando a uno y a otro como si todavía no hubiera podido decidir a quién creer, a quién seguir. Se frotó la barba juvenil, más larga y más roja de lo que yo recordaba, y miró los documentos que tenía en la mano.

—Léelo, Mossi.

—«Los dioses del cielo..., no, los señores del cielo... Ya no hablan con los espíritus de la tierra. La voz de los reyes se está convirtiendo en la nueva voz de los dioses. Rompe el silencio de los dioses. Sigue al carnicero de dioses, porque él sigue al asesino de reyes. El carnicero de dioses con sus alas negras.» ¿Continúo?

—Por favor.

—«Llévalo a Mitu, a la mano guiada del que tiene un solo ojo, atraviesa el Mweru y deja que se coma tu rastro. No descanses hasta Go.»

Sogolon negó con la cabeza. Era la primera vez que leía u oía aquello, y sabía que yo lo sabía.

—Así que Fumanguru dice que hay que llevarle al niño al que tiene un solo ojo en Mitu, atravesar el Mweru y luego ir a Go, una ciudad que sólo existe en los sueños. ¿Y que el Aesi es el carnicero de dioses? Quizá me equivoqué al elegir a Basu —dijo Sogolon.

—¿Y te atreves a decirlo ahora? Murió precisamente porque lo elegiste — dije.

—Cuidado con lo que dices —intervino la niña.

—¿Acaso le puse un cuchillo en el cuello y le dije: Fumanguru, haz esto? No.

—«Sigue al carnicero de dioses, porque él sigue al asesino de reyes» — repetí.

—¿Y?

—Deja para la niña lo de hacerse la tonta, Sogolon. El carnicero de dioses es el Aesi. El asesino de reyes es el niño.

Sogolon se rio, al principio flojito, casi una sonrisa, y después con un aullido estridente.

—Son profecías, ¿no? Sobre un niño...

—¿Qué clase de profecía pone esperanzas en un niño? ¿Qué profeta es tan necio? ¿Las putas brujas de los ku? ¿En algo que no lleva vivo ni diez años? Tu perfecto cara bonita viene de un sitio donde la gente siempre está hablando de niños mágicos. Todo el mundo siempre está poniendo sus esperanzas en los hijos del destino. En una criatura que se mete el dedo en la nariz y se come lo que caga.

—Y, sin embargo, esa profecía tiene más sentido que todas las patrañas que vendéis tú y el pez —le dije—. He tomado este camino contigo porque pensaba que llevaría a algún lado. Este niño demuestra que el rey mató a Fumanguru igual que lo demuestra un corte en el culo de un burro. Tú sigues escondiéndote la verdad entre las tetas. Sé todo lo que has interpuesto en mi camino para que no la averigüe, Sogolon, como por ejemplo que estuviste en casa de Fumanguru e intentaste usar un hechizo para ocultarlo. Sé que has estado buscando maneras de encontrar al niño por tu cuenta para no necesitar me. Hasta tuviste una luna entera para encontrarlo sola, y sin embargo aquí estamos. Tienes razón, Bunshi no es tu ama. Pero no está acostumbrada a mentirles a los hombres. Casi enloqueció cuando la pillé diciendo falsedades. Y a todo esto, ¿esta niña qué? ¿Te vas por una puerta secreta y la haces jugar con lanzas y cuchillos y ahora se cree una guerrera? ¿Va a ser otra persona que muere bajo tu custodia? Veo claro, bruja, que de eso también le vas a poder echar la culpa a la Sangoma. Es más poderosa muerta que viva.

—Sólo digo la verdad.

—O sea que o bien eres una mentirosa, o bien te han mentido a ti. He



olido tus intenciones en todo momento, Sogolon. La noche en que Bunshi me contó que Fumanguru se había enemistado con los demás patriarcas fui a ver a uno de ellos. Luego lo maté cuando él intentó matarme a mí. Él también quería información sobre las invectivas. Hasta sabía lo de los omoluzus. Tu pez me dijo que el niño era hijo de Fumanguru, pero Fumanguru tenía seis hijos y el niño no era ninguno de ellos. El día antes de conocerte, el Leopardo y yo seguimos al esclavista hasta una torre de Malakal, donde tenía encerrada a una mujer con el mal de las centellas en el cuerpo. También estaban allí Bibi y Nsaka Ne Vampi. Así que o bien estabas tirando nueces al suelo a modo de rastro para que el pájaro lo siguiera, o bien tu aparente control no es más que eso, y no controlas nada.

—Cuidado con lo que dices. ¿Te crees que necesito un hombre? ¿Piensas que te necesito a ti? Conozco las diez y nueve puertas.

—Y aun así no puedes encontrarlo.

Mossi se me puso detrás. Sogolon miró, frunció el ceño un instante y por fin sonrió.

—¿Qué utilidad tiene?, me preguntaste cuando viste al chico del Leopardo. Las mujeres como tú se quedan el grano y queman la paja —le dije.

—Pues dame la carne y no la grasa.

—Me necesitas. O te habrías deshecho de mí hace una luna. No sólo me necesitas, pues me esperaste una luna entera. Porque yo puedo encontrar a ese niño; tu puerta sólo acelera el proceso.

—¿Él va contigo?

—Mossi va por su cuenta. Hemos hecho un largo camino, Sogolon. Más camino del que yo habría hecho con mentiras y medias verdades, pero hay algo en esta historia..., no, no es eso. Hay algo en la manera en que tú y el pez dais forma a esta historia, controlando del todo cómo la oímos los demás, que se ha convertido en la única razón de que haya venido. Y ahora va a ser la única razón de que me marche.

Me di la vuelta para largarme. Mossi esperó un segundo, mirando a Sogolon, y por fin se giró.

—Está ahí mismo. Léelo. Está todo ahí. Y en cambio estás esperando a que te componga yo toda la historia como si fueras un niño pequeño.

—Pues sé una madre.

—Prefecto cara bonita, lee otra vez esas líneas.

Mossi volvió a sacar los papeles de su morral.

—«Los dioses del cielo... Ya no hablan con...»

—Sáltate eso.

—Como quieras. «Sigue al carnicero de dioses, porque él sigue al asesino de reyes.»

—Alto.

Sogolon me miró como si lo acabara de explicar todo claramente. A punto estuve de asentir con la cabeza, creyéndome tonto por no haberlo entendido todavía. Y lo habría dejado ahí.

—¿El niño es un asesino que las profecías dicen que va a matar al rey? —dijo Mossi antes de que pudiera decirlo yo—. ¿Queréis que encontremos al niño que un chiflado ha dicho que está destinado a cometer el peor crimen que se puede cometer? Esta misma conversación que estamos teniendo ya es traición.

Mossi todavía era un hombre que seguía a su uniforme.

—No. Eso nos tomaría diez años más, si fuera cierto. ¿Mala esclava y ama terrible? ¿Por qué crees que dice que hay que llevarlo al Mweru, de donde ningún hombre sale vivo? ¿Y a Go, que ningún hombre ha visto? «Asesino de reyes» se refiere al asesino de la estirpe depravada, rechazada por los dioses, por qué si no iba a tener el Rey Araña una relación tan estrecha con el carnicero de dioses. El niño no ha venido a matar al rey. El niño es el rey.

Tanto Mossi como yo nos quedamos en silencio; el prefecto parecía más estupefacto que yo. Le dije a Sogolon:

—Y tú le confiaste ese príncipe a una mujer que lo vendió en cuanto tuvo

ocasión.

Sogolon se giró hacia la ventana.

—La gente es engañosa a más no poder. ¿Y ahora qué?

—Cuéntenos la verdad sobre el niño. La escucharemos.

Esto es lo que nos contó Sogolon en la habitación. La niña estaba de pie en la puerta, como protegiéndola. Y luego el viejo estaba allí también, aunque ni Mossi ni yo nos acordábamos de cuándo había pasado junto a la niña. Sogolon contó la siguiente historia:

Cuando el percusionista ewé te quiere mandar buenas o malas noticias, tensa mucho las cuerdas del tambor y pone una voz aguda o bien la pone grave. Por medio del punteo, por medio del tono y por medio del ritmo, transmite el mensaje que sólo puedes oír si está destinado a ti. Así pues, cuando Basu Fumanguru escribió sus invectivas, y decidió mandar la primera al mercado, la segunda al palacio de la sabiduría, la tercera a la residencia de los grandes patriarcas y la cuarta al rey, compuso una quinta, ¿y a quién se la mandó? Nadie lo sabe. Pero nadie llegó a recibir nunca las invectivas y nadie averiguó qué decían. Lo único que sé es que las hermanas que servíamos a la hermana del rey estábamos yendo al vestíbulo del oeste para dedicarles una libación a los dioses de la tierra, ya que el sitio donde vivíamos estaba en la tierra, y los dioses del cielo eran sordos a nuestros ruegos... Y entonces nos llegó el sonido de los tambores.

Mantha. La montaña que queda a siete días al oeste de Fasisi y al norte de Juba. Vista de lejos, a los ojos de los guerreros, los viajeros y los piratas de la tierra, Mantha es una montaña y nada más. Se eleva alta como una montaña, tiene rocas como una montaña y bosque silvestre como una montaña. Barrancos y rocas y bosque y piedras y tierra, todo sin plan alguno. Hay que dar la vuelta a la montaña, y para eso perder un día más, ascender otro medio día hasta ver los ochocientos y ocho escalones, tallados en la roca como si los

dioses los hubieran hecho para ellos. En una época más antigua que la actual, Mantha era la fortaleza desde la que un ejército podía ver acercarse al enemigo sin que el enemigo supiera que lo estabas observando. De ese modo nadie te sorprendía en tus tierras y nadie te invadía nunca. Pero ya hace más de novecientos años que Mantha dejó de ser el sitio desde donde observar a los enemigos para ser el sitio donde esconderlos. Kwash Likud, de la antigua casa de Nehu, antes de la casa del presente rey, mandaba a sus antiguas esposas a Mantha en cuanto se casaba con una nueva, o bien si no le daban hijos varones, o si esos hijos eran feos. Justo antes de la dinastía de Akum, los reyes, nada más ser coronados, desterraban a todos sus hermanos y primos varones allí, una prisión real donde podían morir o convertirse en el nuevo rey si el rey moría primero. Luego llegaron la dinastía de Akum y los reyes que seguían los pasos de su padre. Y Kwash Dara no era distinto de Kwash Netu. Y Netu tampoco era distinto de su bisabuelo, que había emitido el real decreto de que la hermana mayor del rey tenía que unirse a la hermandad divina, al servicio de la diosa de la seguridad y la abundancia. Y así sucedió una y otra vez que todos los reyes siguieron el ejemplo de Kwash Moki y violaron la verdadera línea sucesoria de los reyes y le dieron la corona a su hijo.

Y sucedió que la hermana del presente rey, antes de que éste fuera coronado, y antes de cumplir diez y siete años, debía entregarse a la hermandad divina, pero se negó. Que se ordenen hermanas divinas las mujeres feas a las que ningún hombre quiere, dijo. ¿Por qué voy a dejar yo de lado succulentas carnes y sopas y panes para comer mijo y beber agua con esos adefesios arrugados y amargados, e ir vestida de blanco durante el resto de mis días? Ciertamente ningún hombre le dio ninguna respuesta, y tampoco su padre. Aquella princesa se olvidó de que era una princesa y empezó a andar como un príncipe. Como un príncipe coronado. Montaba a caballo y atacaba y se defendía con la espada, y tiraba con arco, y tocaba el laúd, y divertía a su padre y asustaba a su madre, porque ésta tenía edad de saber lo

que les pasaba a las mujeres de voluntad fuerte. Aunque fueran princesas. Padre, mándame a unirme a las guerreras de Wakadishu, o mándame en calidad de rehén a una corte del Este, y te haré de espía, le decía ella. Lo que debería hacer es mandarte a un príncipe que te ablande a golpes esa cabeza tan dura que tienes, le decía su padre, y ella contestaba: Pero, gran rey, ¿estás listo para la guerra que estallará cuando yo mate a ese príncipe? Y él decía: No tengo ningún deseo de enviarte a Wakadishu ni a las Tierras del Este, y ella le contestaba: Lo sé, buen padre, pero ¿por qué dejar que eso te lo impida? Tenía un ingenio vivo, algo que los hombres del Norte creen que es un don exclusivo de los hombres, y el rey siempre le estaba diciendo: Eres mucho más un hijo para mí que el hijo que tengo.

Porque ésta es la verdad: antes de ser Kwash Dara, el rey era veleidoso y vengativo y mostraba una gran malicia por pequeñeces. Pero no era tonto. Fue Lissisoló quien le dijo a su padre: Plantéate devolver Wakadishu al rey del Sur, padre, después de que los patriarcas dijeran en asamblea abierta que era sabio que un rey, después de la guerra, se quedara con el botín entero y no le dejara nada al enemigo, porque éste lo consideraría débil. Nosotros no la queremos para nada, le dijo. De allí no vienen ni buenas frutas ni plata pura ni esclavos fuertes, es casi todo ciénagas. Además, hay tantas semillas de rebelión sembradas allí que el enemigo la perderá sin que tengamos que mover un dedo. El rey asintió con la cabeza al oír palabras tan sabias y dijo: Eres mucho más un hijo para mí que el hijo que tengo. Entretanto, Kwash Dara se pasaba los días y las noches rechazando a las cincuenta mujeres que se le entregaban, para poder violar y matar a la única que lo rechazaba. O azotando a cualquier amigo o príncipe que lo derrotara en las carreras de caballos y exigiendo que le cocinaran el caballo. O diciéndole a su padre en la corte: Los dioses me lo susurran al oído, pero dime la verdad, padre, ¿te vas a morir pronto? Y soltaba estas cosas porque había muchos dispuestos a decirle que era el hombre más hermoso y sabio del mundo.

Entonces Kwash Netu cambió la ley. ¡Inaudito! No soportaba ver el reino

sin su hija, de manera que dijo: Tú, querida Lissisolo, nunca tendrás que unirte a la hermandad divina. Pero tienes que encontrar marido. Un noble o un príncipe, pero no un cacique. De modo que ella encontró a un príncipe, uno de los muchos que había en Kalindar, sin principado. Pero la semilla de aquel marido era fuerte y ella parió cuatro hijos en siete años, y conservó su sitio junto al rey. Entretanto, Kwash Dara se dedicaba a unirse a los guerreros tres días después de la batalla para decirles entre dientes que se había vuelto a perder los combates por culpa de lo lento que era su caballo.

Abreviemos esta historia. El rey murió, dicen que atragantado con un hueso de pollo. Kwash Dara le quitó la corona de la cabeza a su padre, allí mismo, en el campo de batalla, y dijo: Soy rey. Contemplad a vuestro rey y veneradme. Y cuando el general del rey le dijo: Pero, excelencia, sólo se te venera después de muerto, cuando te conviertes en dios. Y Kwash Dara le gritó pero no hizo nada delante de los demás generales. El general estaba muerto al cabo de una luna. Envenenado. No había pasado ni un año cuando los súbditos del imperio empezaron a preguntarse: ¿Es el rey del Sur el que está loco, o este rey nuevo del Norte? Yo todavía no la servía a ella, así que no sé cómo empezaron primero los rumores y después las acusaciones. Pero los rumores volaron y aterrizaron en forma de susurros días antes de que el rey, en la asamblea de la corte, se levantara del trono, se girara y señalara directamente a la hermana, diciéndole: Querida Lissisolo, en el primer aniversario de mi reinado, tu conjura ha sido descubierta. ¿Te creías que podías mantenerla en secreto para alguien que es rey y dios? Lissisolo siempre se reía desenfadadamente de su hermano y ahora se rio cuando él habló, porque, por todos los dioses, ¿cómo podía decir aquello en serio?

Y cuando él se acercó a ella y le dijo: El rey divino tiene oídos en todas partes, hermana, ella le dijo: ¿De qué rey estamos hablando? Lissisolo no lo sabía, porque el rey divino era su padre, que ahora estaba con los antepasados. Lissisolo se rio de su hermano y le dijo: Sigues siendo el niño en la cama real, diciendo que lo mío es mío y lo tuyo es mío también. Hasta

los lores y los caciques que lo odiaban sabían que aquello era una falta de respeto a Kwash Dara. El rey es el trono y el trono es el rey. Si te burlas de uno, te estás burlando del otro. Él le dio un bofetón en toda la cara y ella retrocedió dando tumbos y estuvo a punto de caerse.

—Y aquí viene tu príncipe consorte, nacido en a quién le importa qué territorio —le dijo al príncipe de Kalindar, que había dado un paso adelante, pero que pensó lo que comportaría dar otro y se refrenó.

»¿Te crees que no sé que eras la favorita de nuestro padre? ¿Te crees que no sé que me habría cortado la polla y te la habría pegado a ti usando delicada brujería sólo para convertirte en la única cosa que quería que yo fuera? ¿Te crees que no estoy al corriente, querida hermana, de todas las brujerías que le hiciste para convencerlo, al más grande y fuerte de los reyes, para que no te mandara a la hermandad divina y de esa forma violara la tradición sagrada de los dioses a los que todos servimos, incluso tú? Si hasta yo, que soy tu rey, tu Kwash Dara, tengo que postrarme ante la voluntad de los dioses, ¿por qué tú no? —le dijo a su hermana.

—Yo sirvo a quien merece que lo sirvan —dijo ella.

—¿Habéis oído, excelentes miembros de la corte, habéis oído? Parece que todos los reyes y dioses tienen que hacerse dignos del servicio de la princesa Lissisolo.

Lissisolo se limitó a mirar a su hermano. Aquel chaval nunca había sido listo, pero alguien le había estado dando astutos consejos.

—Sólo los dioses conocen mi corazón.

—En eso estamos de acuerdo. Porque ciertamente yo lo conozco, hermana. Pero basta de hablar, comamos. Traed vinos dulces y carnes fuertes, y miel y leche con un poco de sangre de vaca como la beben las tribus del río, y cerveza.

Esto es lo que la gente dice que sucedió, la gente que se exilió al Sur. Los sirvientes y las sirvientas llevaron a la gran mesa de delante del trono toda clase de carnes y toda clase de ensaladas y frutas y bebidas, en copas de oro y

de plata, de cristal y de cuero. Y en la mesa real y en las demás mesas del gran salón se comió mucho, se bebió mucho y hubo gran celebración. Ninguna copa de hidromiel o de cerveza podía quedar vacía o el esclavo a su cargo era azotado. En las mesas, carnero, tanto crudo como asado, ternera también de ambas maneras, y pollo y buitre y palomas rellenas. Pan, mantequilla y miel. El aire iba cargado de aroma a ajo, cebolla, mostaza y pimienta.

El rey se bajó del trono y se sentó a la cabecera de la mesa real con sus guerreros y asesores más veteranos, sus hombres y mujeres nobles. Lissisolo estaba a punto de sentarse a su derecha, a tres sillas de distancia, donde siempre se sentaba, cuando él le dijo:

—Hermana, siéntate en la otra punta de la mesa, porque somos de la misma sangre. ¿Y a quién más voy a querer ver cuando levante la vista de mi carne?

Todos los ocupantes de todas las mesas esperaron la señal del rey y empezaron a comer. Cogieron la carne, cogieron la fruta, cogieron el pan con levadura, cogieron el pan ácimo, pidieron hidromiel y cerveza de daro, mientras los griots tocaban la kora y el tambor y cantaban que el gran Kwash Dara todavía era más grande después de un año de reinado. El rey cogió una pata de pollo, pero en vez de comérsela, se quedó mirando a su hermana. Luego dio una palmada y dos hombres de fuertes brazos y piernas rodearon la mesa cargando con una cesta grande cubierta con una tela. Luego el rey se giró hacia la gente que tenía cerca y habló en voz baja, como si estuviera compartiendo un chiste sólo para los oídos de unos pocos:

—Ahora escuchadme. He traído un par de exquisiteces especiales, ambas venidas de las nobles casas del Sur.

Y levantó la voz para decir:

—Para ti, hermana, para que no haya malicia entre nosotros y volvamos a ser iguales.

Los dos hombres levantaron la tela, le dieron la vuelta a la cesta y dos



cabezas ensangrentadas cayeron de ella y aterrizaron en la mesa. La gente se apartó de un salto, muchas mujeres gritaron y Lissisolo dio un respingo, aunque no tan grande como el rey se esperaba, y luego se limitó a quedarse allí sentada, mirando a aquellos dos lores del Reino del Sur, uno un patriarca y el otro un cacique y asesor del rey, las dos cabezas cortadas y rodando por la mesa hasta quedar delante de ella. Las mujeres seguían chillando y dos nobles se levantaron.

—Sentaos, hermosos hombres y mujeres. ¡Sentaos!

El salón entero quedó en silencio. Kwash Dara se puso de pie y caminó hasta su hermana. Agarró una de las cabezas por el pelo y la levantó para mirarla de cerca. Los ojos todavía abiertos, la piel morena casi azul, el pelo frondoso y alborotado y la barba rala como si se la hubiera mesado.

—Este de aquí, este marica. ¿Es un marica? Debe de serlo para creer que mi hermana, una princesa, podía llegar a rey. ¿Qué clase de brujería debieron de hacerle para que conspirara y tramara...? Acuérdate, hermana... Escucha unas palabras sabias de tu sabio rey. Cuando arrastres a un hombre a una conjura, debes arrastrar también a su mujer, o bien pensará que es una conjura contra ella. La próxima vez que te entre la enfermedad de la conspiración, intenta no contagiar a nadie, hermana. Mejor juega una partida de bawo.

Dejó caer la cabeza sobre la mesa y Lissisolo dio un salto.

—Lleváosla —dijo.

Y he aquí una verdad: el rey tenía miedo de matar a su hermana, porque si por sus propios ríos corría sangre divina, también debía de correr por los de ella, ¿y quién mataría a la hija de un dios?

Así que la encerró en una mazmorra llena de ratas grandes como gatos. Lissisolo no gritó ni lloró. Se pasó allí día tras día y le dieron de comer sobras de la mesa real, para que, aunque sólo le llegaran huesos y restos, supiera de dónde venían aquellos restos. Los guardias se burlaban de ella pero no la tocaban. Un día le trajeron un cuenco de agua y le dijeron que venía con un

excelente aderezo, y cuando se lo pusieron delante vio una rata flotando en el agua. Así que se giró y dijo: Mi cuenco también tiene un aderezo especial, y les echó encima sus meados. Los dos guardias se abalanzaron sobre las rejas, y ella les dijo:

—Adelante, sed vosotros quienes os atreváis a tocar la carne divina.

Lissisoló no supo esto, pero pasó diez y cuatro días en la mazmorra. Por fin su hermano vino a verla, con túnica roja y un turbante blanco sobre el que había puesto una corona. No había silla en la celda, y el guardia vaciló cuando Kwash Dara le indicó que se pusiera a cuatro patas, como un burro, para que el rey pudiera sentarse en su espalda.

—Te echo de menos, hermana —le dijo.

—Yo también me echo de menos —dijo ella.

Siempre ingeniosa, aunque no lo suficiente como para saber cuándo le convenía apagar la llama de su ingenio para que no brillara demasiado frente a un hombre, por mucho que fuera su hermano.

El rey le dijo:

—Tenemos diferencias y las seguiremos teniendo, hermana. Son los caminos de la sangre, pero cuando vienen los problemas, cuando vienen los infortunios, cuando simplemente vienen malos tiempos, entonces debo ponerme del lado de mi sangre. Por mucho que me haya traicionado, mi dolor es su dolor.

—No tienes pruebas de que te haya traicionado.

—Toda verdad reside en los dioses, y el rey es la divinidad.

—Sólo cuando muere, en caso de que los dioses quieran su compañía.

—Ahora, y los dioses han de obedecer sus propias leyes.

—¿Quién es tu último cobarde que se esconde en las sombras?

El hombre salió de las sombras y se puso bajo la luz de la antorcha. Piel negra como la tinta, unos ojos tan blancos que relucían y el pelo rojo como un lirio de sangre. Ella sabía su nombre antes de que él lo dijera.

—Eres el Aesi —dijo Lissisoló.

Igual que les parecía a todas las mujeres, hombres y niños de aquellas tierras, cuando lo vio fue como si el Aesi siempre hubiera estado detrás del rey, aunque nadie se acordaba de cuándo había ocupado aquel lugar. Como el aire y como los dioses, no existía principio ni final, sólo el Aesi.

—Te traemos noticias, hermana. Y no son buenas.

El rey se meció sobre la espalda del soldado. El Aesi se acercó a las rejas.

—Tu marido y tus hijos han sucumbido a la enfermedad del aire, porque es esa época del año y se fueron adonde reinaban esos aires malignos. Los enterrarán mañana, con ceremonia digna de príncipes, claro. Pero fuera del recinto real, porque quizá todavía lleven la enfermedad. Tú vas a...

—Te crees que te sientas como un rey cuando eres la mancha de mierda del culo del burro que la cola no puede quitar. ¿Qué has venido a buscar aquí? ¿Un grito? ¿Una súplica por mis hijos? ¿Que me tire al suelo para que puedas reírte? Ven a las rejas y acerca la oreja para que pueda soltarte un grito.

—Te dejo con tu dolor, hermana. Luego volveré.

—¿A qué? ¿Qué quieres? ¿Tu mujer todavía te oye decir mi nombre cuando la follas, o dejas que sea éste quien se la folle?

El rey se levantó de un salto y tiró su cetro a la celda. Luego dio media vuelta para marcharse. El Aesi se giró hacia Lissisolo y le dijo:

—Mañana te marcharás para unirte a la hermandad divina, tal como es tu destino dictado por los dioses. El reino entero llorará por tu pérdida y te deseará una paz duradera.

—Ven un rato antes y te daré la paz que habré dejado en el cubo.

—Te dejamos con tu dolor, hermana.

—¿Dolor? No sentiré dolor. Rechazo el dolor, lo reemplazo por la furia. La furia que me provocas camina más alta y más grande que ningún dolor.

—Te mataré a ti también, hermana.

—¿También? De verdad, eres la idea de imbécil que tienen los imbéciles. El sol todavía no se ha puesto desde sus muertes y ya has confesado sus

asesinatos. Los griots secretos dicen que al nacer de nuestra madre te caíste de cabeza. Pero se equivocan. Nuestra madre te debió de dejar caer a propósito. Sí, márchate, lárgate de aquí, cobarde, deberían venir y cortarte tus partes como se las cortan a las mujeres del valle del río. Entérate, hermano. A partir de este día te maldigo a ti y los nombres de tus hijos por toda la eternidad.

Las maldiciones de sangre aterraban incluso a Kwash Dara, que se marchó rápidamente, pero el Aesi se quedó para mirarla.

—Todavía puedes casarte con alguien —le dijo.

—Y tú todavía puedes ser otra cosa que el bacín de la mierda del rey —dijo ella.

Nada más cerrarle el guardia la puerta, se desplomó en el suelo y lloró tan fuerte que se puso enferma. La mañana en que la mandaron a la fortaleza de Mantha para unirse a la hermandad divina, la rabia y el dolor ya se habían ido.

Abreviemos esto. La diosa del agua lo ve todo y lo sabe todo. Yo era una sacerdotisa que servía en un templo de Wakadishu cuando un día bajé los escalones que llevaban al río y de pronto apareció Bunshi. No brotó el miedo en mí, aunque vi que tenía una cola de pez negra como el alquitrán. Me envió a Mantha sin nada más que mi vestido de cuero, una sandalia y un sello de la casa de Wakadishu. La princesa Lissisolo no salía de sus aposentos, tocaba la kora al atardecer y no hablaba con nadie. En la hermandad divina nadie tenía poder ni clase ni rango, de modo que su sangre real no significaba nada. Pero todas las hermanas veían que necesitaba estar sola. Se contaba que caminaba por aquellos parajes de noche bajo la luz de la luna para decirle en voz baja a la diosa de la justicia y de las niñas cuánto la odiaba.

Un año más tarde, mientras yo iba caminando al templo para ofrecer libaciones, me señaló y me dijo:

—¿Cuál es tu cometido?

—Llévate hasta tu propósito real, princesa.

—Mi propósito no tiene nada de real y no soy ninguna princesa —dijo.

Dos lunas más tarde me llevó a su lado. Mujeres iguales, pero sabiendo que ella era de la realeza. Dos lunas más tarde le dije que la diosa del agua tenía un cometido más elevado para ella. Tres lunas más y me creyó, después de que yo invocara al rocío para que me elevara del suelo y por encima de la cabeza de ella. No, no es que me creyera, pero sí se creyó que su vida iba a depararle algo más que ser una viuda sin hijos y rezar plegarias a una diosa a la que odiaba. Y no, tampoco era una creencia, porque ella decía que la fe haría que mataran a toda la gente que la rodeaba. No, mi señora, le dije yo, sólo la fe en el amor provoca eso. Se puede aceptar, corresponder y atesorar, pero nunca hay que creer que el amor puede hacer nada más que ser amor. El año no había terminado cuando Bunshi se le apareció en la última noche de calor del año, cuando casi todas las mujeres, cien y veinte y nueve, iban a bañarse con las ninfas en la cascada, para revelarles la verdad sobre su línea sucesoria y decirle que era ella quien la iba a restaurar. Mandaremos a un hombre, todo está organizado, le dijo Bunshi.

—Mira mi vida. Completamente rodeada de un agujero poseído, encargado y dispuesto por hombres. ¿Y ahora tengo que aceptar lo mismo de las mujeres? No sabes nada de la hermandad femenina, no eres más que un tenue eco de los hombres. ¿El rey verdadero va a ser un bastardo? ¿También tú te caíste de cabeza al nacer, espíritu del agua?

—No, excelencia. Hemos encontrado a un príncipe en...

—Kalindar. ¿Otro? Parece que estén en todas partes, como los piojos, esos príncipes sin reino de Kalindar.

—Casarte con un príncipe hará que tu hijo sea legítimo. Y cuando regrese la verdadera estirpe de los reyes, ese hijo podrá reclamar su lugar ante todos los lores.

—Que se vayan a la mierda todos los lores. Los reyes de ahora también salen de úteros de mujeres. ¿Qué va a impedir a ese niño hacer lo mismo que hacen todos los hombres? Matar a los demás.

—Pues gobierna tú, princesa. Gobierna a través de él. Y márchate de este sitio.

—¿Y qué pasa si me gusta este sitio? En Fasisi hasta el viento conspira contra ti.

—Si es tu deseo quedarte, quédate, mi señora. Pero mientras tu hermano sea rey, incluso aquí llegarán plagas por encima y por debajo de la tierra.

—De momento no me ha visitado ninguna plaga. ¿Cuándo ha de tener lugar esa pestilencia? ¿Por qué tarda tanto?

—Quizá los dioses te estén dando tiempo para prevenirla, excelencia.

—Tienes demasiada labia. No acabo de fiarme. Déjame ver por lo menos a ese hombre.

—Vendrá a ti disfrazado de eunuco. Si te complace, encontraremos a un patriarca que apoye nuestra causa.

—¿A un patriarca? Entonces estamos condenadas a que nos traicionen — dijo.

—No, mi señora.

Le llevé al príncipe de Kalindar. Ningún hombre había puesto un pie en Mantha desde hacía cien años, pero sí muchos eunucos. Ninguna de las mujeres le iba a pedir al eunuco que se quitara la túnica, porque las cicatrices de los eunucos muestran gran brutalidad con el cuchillo. Pero en la entrada principal estaba la gran guardia, hija de la estirpe de las mujeres más altas de Fasisi, que te agarraban la entrepierna y apretaban. Antes de que fuera allí, yo le había dicho a aquel príncipe: Esto es lo que has de hacer: olvídate de tu gran incomodidad y no muestres tormento o te matarán en las puertas y no les importará haber matado a un príncipe. Cógete las pelotas y palpa cada una, luego empújalas hasta que estén fuera del saco y dentro de tu mata de pelo. Después te agarras el kongkong y te lo estiras bien fuerte entre las piernas hasta que casi te toque el ojete. La guardia te palpará la piel de las pelotas, que te colgará a ambos lados del kongkong, y te tomará por una mujer. Ni siquiera te mirará a la cara. El príncipe llegó hasta la misma cámara

de Lissisolo antes de quitarse el velo y la túnica. Alto, moreno y de cabellos frondosos, ojos castaños, labios gruesos y morenos, cicatrices decorativas por encima de las cejas y en ambos brazos, y muchos años más joven que ella. Lo único que sabía era que aquella mujer era una princesa coronada y que él se llevaría un título.

—Me servirá —dijo Lissisolo.

No me hizo falta ir a buscar al patriarca. Pasaron siete lunas y el patriarca me encontró a mí. Fumanguru terminó las invectivas y me mandó un mensaje con el tambor de ewé que sólo las mujeres devotas podían oír, porque lo tocó como si fuera un himno devocional, diciéndome que tenía un mensaje para la princesa y noticias que quizá fueran buenas o quizá fueran malas, pero ciertamente serían sabias. Cabalgué siete días para encontrarme con él y le dije que sus deseos y profecías se habían hecho realidad, pero que el hijo de la princesa no podía ser un bastardo. Cabalgamos otros siete días de vuelta, el patriarca Basu Fumanguru, el príncipe de Kalindar y yo. Algunas de las hermanas lo sabían y otras no. Algunas sabían simplemente que lo que estaba pasando era de gran importancia. Otras creían que había llegado gente nueva que había violado el himen de Mantha, a pesar de que durante muchos años la fortaleza había sido un lugar para hombres. A algunas les pedí que no hablaran de lo que estaba pasando y a otras las amenacé. Pero tan pronto nació el niño supe que su vida corría peligro. El único sitio donde va a estar a salvo es el Mweru, le dije a la princesa, que no quería perder a otro hijo. Si lo escondes aquí, lo perderás casi seguro, porque alguna de las hermanas nos traicionará, le dije. Y ciertamente no me equivocaba. Una hermana se marchó en plena noche, no para hacer el viaje que serían diez y cinco días a pie, sino sólo lo suficientemente lejos como para soltar una paloma. Consiguió liberar a la paloma antes de que yo la alcanzara, pero logré hacerle confesar que se la había mandado a un lord de Fasisi. Luego la degollé. Volví y le dije a la princesa: No hay tiempo de marcharnos. Ya ha salido un mensaje de camino a la corte. Aquella noche le mandamos el niño a Fumanguru, sabiendo que

tardaría siete días en llegar, y a la princesa la dejamos con otra secta de mujeres sabias leales a la reina de Dolingo. El niño se quedó con Fumanguru tres lunas, como si fuera su hijo. El resto ya lo conoces.

Esa mañana nos quedamos sentados en aquella habitación, sintiendo el silencio. Detrás de mí, Mossi respiraba más y más despacio. Me pregunté dónde estaría el ogo y cuánta mañana ya habríamos dejado atrás. Sogolon llevaba tanto rato mirando por la ventana que fui a su lado para ver qué contemplaba. Por eso el niño me pasaba a veces por la nariz y se esfumaba al cabo de un instante. Y también era la razón de que a veces estuviera a un cuarto de luna de distancia y a veces a cinco lunas.

—Sé que están usando las diez y nueve puertas —le dije.

—Ya sé que lo sabes —dijo.

—¿Quiénes son? —preguntó Mossi.

—Sólo conozco a uno de nombre, y sólo por la gente a la que va dejando atrás, sobre todo mujeres. La gente de las Colinas del Embrujo lo llama Ipundulu.

—El ave centella —dijo el viejo por lo bajo.

Un murmullo áspero, una maldición entre dientes. Sogolon asintió con la cabeza y volvió a mirar por la ventana. Miré fuera y no vi nada más que el mediodía que se avecinaba. Estaba a punto de decir: ¿Qué miras, vieja?, cuando el viejo dijo:

—El ave centella, el ave centella, mujer, ten cuidado con el ave centella...

Sogolon se dio la vuelta y dijo:

—Estás a punto de cantarnos algo, hermano.

El viejo frunció el ceño.

—Estoy hablando del ave centella. Hablando por hablar.

—Les deberías contar la historia —dijo Sogolon.

—El Ipundulu es...



—A la manera de tus antepasados. Tal como te enseñaron.

—Los cantores ya no cantan, mujer.

—Dices mentiras. Los griots del Sur todavía cantan. Son pocos y se esconden, pero todavía cantan. Les he hablado de ti. Les he dicho que guardas en tu memoria lo que el mundo te manda que olvides.

—El mundo lleva el apellido de su padre.

—Muchos hombres cantan.

—Muchos no cantan nada.

—Tendremos versos.

—¿Ahora eres mi dueña? ¿Ahora me das órdenes?

—No, amigo mío. Te estoy concediendo un deseo. Los griots del Sur...

—No hay griots en el Sur.

—Los griots del Sur hablan contra el rey.

—¡Pues los griots del Sur dicen la verdad!

—Viejo, acabas de decir que no existen los griots del Sur —dijo Sogolon.

El viejo caminó hasta un montón de túnicas y las apartó. Debajo había una kora.

—Tu rey encontró a seis de nosotros. Tu rey los mató a los seis, y a ninguno despacio. ¿Te acuerdas de Babuta, Sogolon? Vino a hablar con seis de nosotros, entre ellos Ikede, a quien conoces, y les dijo: ¡Basta de esconderos en cuevas sin razón alguna, cantemos la historia verdadera de los reyes! Pero no poseemos la verdad. La verdad es la verdad y no se puede hacer nada al respecto, da igual que la escondas, la mates o incluso la cantes. Ya es la verdad antes de que puedas abrir la boca y decir: Ésa es la verdad. La verdad es la verdad incluso después de que los que gobiernan manden griots envenenados para propagar mentiras hasta que echen raíces en los corazones de los hombres. Babuta les dijo que conocía a un hombre en la corte del rey que servía al rey pero era leal a la verdad. Y aquel hombre le había dicho: El rey sabe de vosotros porque tiene seres que reptan por la tierra y palomas en el cielo. Así pues, reúne a tus griots y haz que una caravana se los lleve a

Kongor, porque allí podrán vivir a salvo entre los libros del registro civil. Porque la era de la voz se terminó y ahora vivimos en la era de la escritura. La palabra sobre piedra, la palabra sobre pergamino, la palabra sobre tela, la palabra que es incluso más grande que el glifo, porque genera un sonido en la boca. Y una vez en Kongor, haz que los escribas les recojan las palabras de sus labios, y de esa forma podrán matar a los griots pero nunca podrán matar las palabras. Y en las cuevas rojas que apestaban a azufre, Babuta les dijo: Esto es bueno, hermanos míos. Parece que tenemos que aceptar la palabra de ese hombre. Pero Babuta era de la época en que las palabras caían como cataratas en una sala y olían a verdad. Y el hombre le había dicho: Cuando la paloma llegue a la boca de la cueva, al anochecer de pasado mañana, cógele la nota que lleva en la pata derecha y sigue las instrucciones de los glifos, porque te dirán adónde ir. ¿Sabes cómo funcionan esas palomas? Vuelan en una sola dirección, sólo hacia su hogar. A menos que estén embrujadas para creer que su hogar está en otra parte. Y Babuta le dijo al hombre: Atiéndeme, ninguno de estos hombres ha aprendido a leer, y el hombre dijo: Cuando veas los glifos los entenderás, porque los glifos hablan como el mundo. Y Babuta se dirigió a los demás, y se dirigió a mí, y nos dijo: Esto es bueno, ya no tendremos que vivir como perros. Claro, ahora iremos al archivo de los libros y viviremos como ratas, le dije yo. Hay que ser imbécil del todo para confiar en alguien de la corte del rey. Y él me dijo: Vete a chupar la teta de una hiena por llamarme necio, y yo me marché de la cueva porque sabía que estaba marcada y me dediqué a deambular. Babuta y cinco hombres más se quedaron esperando en la cueva, día y noche. Y sucedió que tres noches después se posó la paloma en la entrada de la cueva. No sonó tambor alguno. Ningún tambor indicó adónde se habían ido Babuta y los otros cinco. Pero nadie los volvió a ver jamás. Así pues, no existen los griots del Sur. Sólo estoy yo.

—Ha sido una larga historia —dijo Sogolon—. Si no hay versos, pues no los hay. Háblales del ave centella. Y de quiénes viajan con ella.

—Ya has visto cómo trabajan.

—Y tú también.

—Que uno de vosotros deje de mirarse la mierda y nos cuente la historia —dijo Mossi, y si no hubiera sonreído al decirlo, habría sido la primera vez que no me irritaba.

El hombre se sentó en la cama donde Sogolon no dormía nunca y dijo:

—Llegó un mensaje funesto del Oeste, hace diez y cuatro noches. En una aldea a orillas del Lago Rojo, una mujer le dijo a su vecina: Hace un cuarto de luna que no vemos a nadie de esa casa, la que está a tres chozas a la izquierda. Pero son gente discreta que se ocupa de sus asuntos, dijo otra mujer. Pero ni siquiera el espíritu de la brisa es tan discreto, dijo otra, y se fueron a la choza a ver qué pasaba. Alrededor de la choza apestaba a muerte, pero el hedor venía de bestias muertas, de vacas y cabras sacrificadas no para comerlas sino por ansia de sangre y diversión. El pescador, su primera esposa y la segunda y sus tres hijos estaban muertos pero no olían. ¿Cómo describir una imagen extraña incluso para los dioses? Estaban todos juntos como fetiches de adoración, apilados como si los fueran a quemar. Su piel era como corteza de árbol. Como si algo les hubiera sorbido toda la sangre, la carne, los humores y los ríos de la vida. A la primera y a la segunda mujer les había abierto en canal el pecho y les había arrancado el corazón. Pero antes las había mordido por todo el cuello y las había violado, dejando que su semilla muerta se les pudriera en el útero. Ya has pronunciado su nombre.

—Ipundulu. Pero ¿quién es su bruja? Ronda suelto por ahí como si ya no siguiera órdenes de nadie —dijo Sogolon.

—No las sigue. La bruja que lo controlaba murió antes de poder pasarle su propiedad a su hija, de modo que Ipundulu volvió a transformarse en el ave centella y agarró a la hija con las garras y se elevó más y más por los cielos y la soltó desde las alturas. Ella se estrelló en el suelo y se hizo pulpa. Era fácil ver que su semilla estaba dentro de las dos esposas, porque aun después de que empezaran a pudrirse, les salían chispitas de centellas del kehkeh. El

Ipundulu es el más apuesto de los hombres, tiene la piel blanca como la arcilla, más blanca que la de éste, y es igual de guapo.

Señaló a Mossi.

—*Ayet bu ajijiyat kanon* —dijo Mossi, sorprendiéndonos a todos.

—Sí, perfecto, es un pájaro blanco. Pero no es bueno. Es tan maligno como la gente cree. Peor. Y como es apuesto y lleva una túnica igual de blanca que su piel, parece que las mujeres van a él por voluntad propia, pero él les infecta la mente en cuanto entran en la habitación. Y entonces se abre la túnica, que no es una túnica sino unas alas, y no lleva túnica, y las viola, de una en una y de dos en dos, y a la mayoría las mata y a algunas las deja vivas, pero no están vivas, son muertas vivientes con centellas recorriéndoles el cuerpo donde antes tenían la sangre. He oído rumores de que también transforma a los hombres. Y cuidado con acercarse al ave centella y que él se dé cuenta, porque entonces se transforma en algo grande y furioso y al batir las alas libera truenos que hacen temblar el suelo y te dejan sordo y derrumban casas enteras y centellas que te electrocutan la sangre y te dejan hecho una carcasa calcinada.

»Esto es lo que pasó en una casa de Nigiki. Una noche calurosa. Un hombre y una mujer en una habitación y una nube de moscas encima de un jergón. El hombre era apuesto, cuello largo, pelo negro, ojos luminosos y labios gruesos. Demasiado alto para la habitación. Miró la nube de moscas con una sonrisa. Hizo una señal con la cabeza a la mujer y ella, desnuda y sangrando por el hombro, se le acercó. Tenía los ojos en blanco y le temblaban los labios. Estaba completamente mojada. Se acercó a él, con los brazos rígidos a los costados, pisando su propia ropa y desparramando el sorgo de un cuenco roto. Y se detuvo frente a aquel hombre que todavía tenía su sangre en los labios.

»Él le agarró el cuello con una mano y con la otra le palpó el vientre en busca de signos de la criatura. Le crecieron dientes de perro de la boca y hasta más allá de la barbilla. Le manoseó de mala manera la entrepierna, pero

ella no se movió. Ipundulu señaló el pecho de la mujer con el dedo y le brotó una zarpa en el dedo corazón. Se la hundió con fuerza en el pecho y la sangre brotó mientras él le abría el pecho en canal para sacarle el corazón. La nube de moscas zumbó y se arremolinó y se engordó de sangre. Las moscas se apartaron un segundo y dejaron ver a un niño sobre el jergón, cubierto de marcas como las que dejan los ácaros rojos. De las marcas le empezaron a salir gusanos, decenas, docenas, cientos, que brotaron de la piel del niño, desplegaron alas y se alejaron volando. El niño tenía los ojos muy abiertos y la sangre le manaba sobre el jergón también cubierto de moscas. Mordiéndolo, escarbando, chupando. Se le abrió un poco la boca y le salió un gemido. El niño era un avispero.

—¿Adze? ¿Están trabajando juntos? —dijo Sogolon.

—Y no sólo ellos dos. Hay más... Ipundulu y Adze sorben la vida de los cuerpos pero no los dejan convertidos en carcasas resacas. Eso lo hace Eloko, el trasgo de la hierba. Éste siempre caza solo o con los de su especie, pero como el rey les quemó el bosque para plantar tabaco y mijo, ahora se unen a quien sea. Una mujer centella contó su historia. Se vuelven así cuando Ipundulu les chupa toda la sangre, pero se detiene antes de terminar de chuparles la vida, y entonces les planta las centellas en el cuerpo y también las deja locas. Un griot del Sur le sacó todo esto de la boca a la mujer centella, pero no hizo versos con la historia. Eran tres hombres y dos más, y uno más. Es lo que te estoy diciendo. Trabajan juntos. Pero el líder es Ipundulu. Y el niño.

—¿Qué pasa con el niño? —preguntó Sogolon.

—Ya conoces la historia. Al niño lo usan para infiltrarse en la casa de la mujer.

—Pero lo obligan.

—Eso da igual —dijo—. Y una cosa más. Hay otro que los sigue tres o cuatro días más tarde, porque para entonces ya lo atrae el aroma de los cuerpos podridos y de los humores hediondos. Y ese otro los raja con sus

zarpas y se bebe el jugo apestoso de la podredumbre y luego les devora la carne hasta hartarse. Él tenía un hermano, hasta que alguien lo mató en las Colinas del Embrujo.

Los miré con la cara más tranquila que pude.

—Están usando al niño, Sogolon —dijo el hombre.

—Nadie te ha preguntado sobre...

—Han cambiado al niño.

—Escucha.

—Han convertido al niño en...

Una ráfaga de viento fuerte como una tormenta se elevó del suelo y nos arrojó a todos contra la pared. La ventisca soltó un susurro furioso y por fin salió por la ventana.

—Nadie ha convertido al niño en nada. Vamos a encontrarlo y...

—¿Y qué? —dije—. ¿Qué ha dicho este hombre que te disguste?

—¿No lo has oído, Rastreador? ¿Cuánto tiempo lleva el niño desaparecido? —dijo Mossi.

—Tres años.

—El viejo está diciendo que el niño ya es uno de ellos. Si no es un bebedor de sangre, está bajo nigromancia.

—No la provoques. Está a punto de arrancar el techo —dijo el hombre.

Mossi me dedicó una mirada que decía: ¿Esta ancianita? Le dije que sí con la cabeza.

—El Rastreador tiene razón. Están usando las diez y nueve puertas —dijo Sogolon.

—¿Y cuántas puertas has atravesado tú? —preguntó Mossi.

—Una. No está bien que alguien como yo atraviere las puertas. Mi oficio procede del mundo verde, y esa manera de viajar viola el mundo verde.

—Es una forma muy complicada de decir que las puertas son malas para las brujas —dije—. Necesitas que te las abramos yo y mi magia de la Sangoma. Y el mero hecho de pasar por ellas ya te debilita.

—Qué hombre, sabe más de mí que yo misma. Escribe mi canción pues, Rastreador.

—El sarcasmo siempre enmascara otra cosa —dijo Mossi.

—Qué deprisa has reemplazado al Leopardo.

—Calla la boca, Sogolon.

—Ja, ahora mi lengua suelta va a ser un río.

—Mujer, estamos perdiendo el tiempo —le dijo el viejo, y Sogolon guardó silencio.

El hombre se acercó al baúl y sacó un pergamino enorme.

—Viejo —dijo Mossi—. ¿Eso es lo que creo que es? Pensaba que no existían mapas de estas tierras.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

El viejo desplegó el rollo de pergamino. Un dibujo muy grande, marrón, azul y del color del hueso. No era la primera vez que yo veía dibujos así; había tres en el palacio de la sabiduría, pero por entonces yo no sabía qué eran ni para qué servían.

—¿Un mapa? ¿Eso es un mapa de nuestras tierras? ¿Y quién lo ha hecho? Qué maestría, qué detalle, hasta al representar los mares orientales. ¿Esto lo ha hecho un mercader del Este? —dijo Mossi.

—También los hombres y mujeres de estas tierras dominan esas artes, forastero —dijo Sogolon.

—Claro.

—¿Crees que corremos con leones y cagamos con las cebras y somos incapaces de trazar mapas de nuestras tierras o dibujar búfalos?

—Yo no he dicho eso.

Sogolon lo dejó en paz con un soplido. Pero el mapa estaba haciendo sonreír a Mossi como a un niño que ha robado una nuez de kola. El viejo arrastró el mapa al centro de la habitación y puso dos ollas y dos piedras en las esquinas. El azul me atrajo. Era claro como el cielo y tenía remolinos de azul oscuro como el mismo mar. Pero no como el mar de verdad, sino como

el mar de los sueños. Emergiendo de aquel mar, como si estuvieran saltando a tierra firme, había criaturas grandes y pequeñas, peces majestuosos y una bestia de ocho colas que estaba devorando un dhow.

—Estaba esperando el momento de enseñarte esto, el mar de arena antes de que fuera de arena —le dijo el viejo a Sogolon.

¿Qué aguas son éstas?, me pregunté.

—Un mapa no es más que un dibujo de la tierra, lo que ha visto un hombre para que podamos verlo nosotros. Y planear adónde vamos —dijo Mossi.

—Gracias a los dioses por este hombre que nos cuenta lo que ya sabemos —dijo Sogolon, y Mossi guardó silencio.

—¿Las tienes marcadas en rojo? ¿Basándote en qué sabiduría? —preguntó Sogolon.

—La sabiduría de las matemáticas y de las artes oscuras. Nadie viaja cuatro lunas en una sola vuelta del reloj de arena, a menos que se mueva como los dioses, o usando las diez y nueve puertas.

—Que son éstas —dije.

—Aquí están todas.

Sogolon se puso de rodillas y Mossi se agachó, él excitado y ella silenciosa y ceñuda.

—¿Dónde oíste algo de ellas por última vez? —dijo la bruja.

—En las Colinas del Embrujo. Hace veinte y cuatro noches.

—Has dibujado una flecha que va de las Colinas del Embrujo a... ¿Adónde apunta esto? ¿A Lish? —dijo Mossi.

—No, ésa va de las Colinas a Nigiki.

—Esta otra señala de Dolingo a Mitu, pero cerca de Kongor —dije.

—Sí.

—Pero nosotros hemos venido de Mitu a Dolingo, y antes de las Tierras Oscuras a Kongor.

—Sí.



—No lo entiendo. Has dicho que ellos estaban usando las diez y nueve puertas.

—Por supuesto. En cuanto atraviesas una de las puertas, ya sólo puedes ir en una dirección hasta que las hayas atravesado todas. No puedes dar marcha atrás hasta que hayas terminado.

—¿Y qué pasa si lo intentas? —dije.

—Tú que besas una puerta y las llamas consumen su máscara deberías saberlo. Las llamas de la puerta te consumen y te queman, algo que asusta incluso al Ipundulu. Ya deben de llevar dos años usándolas, Sogolon. Por eso cuesta tanto encontrarlos y es imposible seguir su rastro. Están siguiendo el recorrido de las puertas hasta completar el circuito, y entonces podrán ir hacia atrás. Por eso he dibujado todas las líneas con flechas en los dos extremos. De ese modo pueden matar por la noche, matan sólo en una casa, quizá en dos o quizá en cuatro, matan todo lo que pueden en siete u ocho días y se esfuman antes de haber dejado un rastro.

Me acerqué al mapa, señalé y dije:

—Si yo estuviera yendo de las Tierras Oscuras a Kongor y luego desde aquí, cerca de Mitu, hasta Dolingo, entonces tendría que pasar por Wakadishu para llegar a la puerta siguiente, en Nigiki. Si ellos están viajando al revés, entonces ya han atravesado la puerta de Nigiki. Y ahora están cruzando Wakadishu para llegar a...

—Dolingo —dijo Mossi.

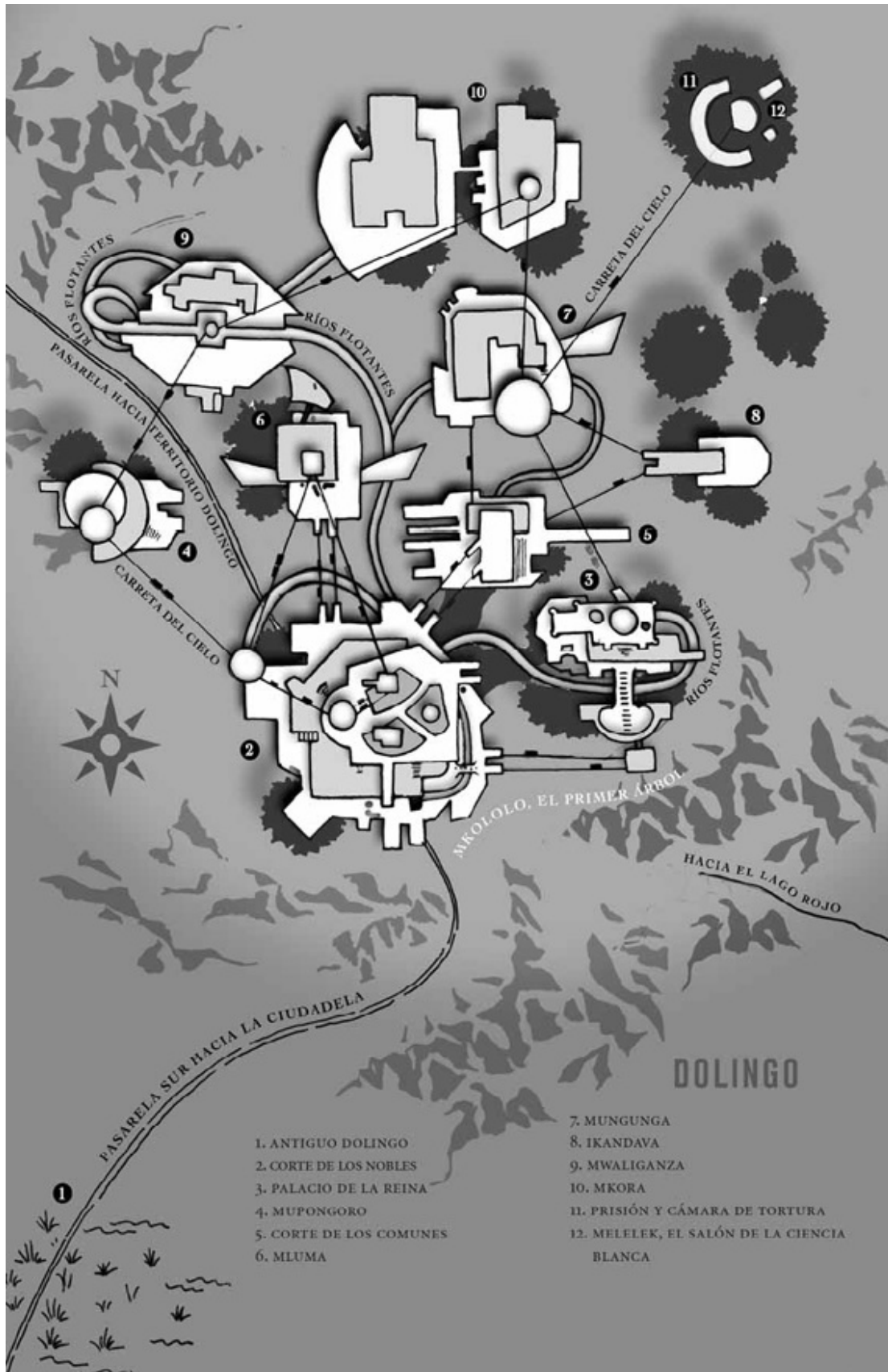
Presionó con el dedo el mapa, una estrella situada entre las montañas que había justo debajo del centro.

—Dolingo.

# 4

## CIENCIA BLANCA Y MATEMÁTICAS NEGRAS

*Se peto ndwabwe pat urfo.*



## DIECIOCHO

Estamos en la gran jícara del mundo, donde la Diosa Madre lo sostiene todo con las manos para que lo que queda al fondo de la esfera no se caiga nunca. Y, sin embargo, el mundo también es plano sobre el papel, y ahí sus tierras adoptan formas de manchas de sangre al traspasar una sábana, formas irregulares que a veces parecen cráneos de hombres deformes.

Reseguí los ríos del mapa con el dedo hasta llegar a Ku, que no iluminó nada en mí. Me produjo asombro que en un tiempo yo había querido ser un ku por encima de todas las cosas, pero ahora ya no me acordaba de por qué. Mi dedo me llevó al otro lado del río, hasta Gangatom, y en cuanto toqué aquel símbolo de sus chozas oí una risilla en mi recuerdo. No, no en mi recuerdo, sino en ese lugar donde no podía distinguir el recuerdo de los sueños. La risilla no tenía sonido alguno, pero era azul y soltaba humo.

Se estaba acabando el día y nos estábamos acomodando para pasar la noche. Fui a la otra ventana. Fuera, el prefecto estaba subiendo un montículo a la carrera, su silueta negra se recortaba contra el crepúsculo. Se quitó una chilaba larga que no le había visto nunca y se quedó en taparrabos; se subió a una roca. Se agachó y cogió dos espadas. Agarró con fuerza las empuñaduras, miró primero una y después la otra y se las hizo rodar por los dedos hasta tenerlas bien cogidas. Levantó la espada de la mano izquierda en posición defensiva, se apoyó en una rodilla y asestó una estocada tan rápida con la derecha que pareció que blandiera una espada de luz. Dejó que la fuerza de la estocada lo levantara por los aires, donde giró, cortó el espacio y cayó sobre la rodilla izquierda. Volvió a dar un salto y cargó con la espada derecha mientras bloqueaba con la izquierda, y con un sablazo a la derecha y otro de

derecha a izquierda las clavó ambas en el suelo, dio una voltereta y aterrizó en cuclillas como un gato. Luego volvió a subirse a la roca. Se detuvo y miró en mi dirección. Vi que el pecho le subía y le bajaba. No era posible que me viera.

El viejo volvió a cambiar de postura. Sacó una kora, más grande de lo que yo me imaginaba. La base era la mitad redonda y voluminosa de una jícara, que se acomodó entre las piernas. El mástil era igual de largo que un niño, con cuerdas a derecha a izquierda. Lo cogió por los bulukalos, los cuernos, y se sentó junto a la ventana. Del bolsillo extrajo algo que parecía una lengua grande y plateada y bordeada de pendientes.

—Los grandes músicos de las Tierras Medias encajan el nyenyemo en el puente para que la música salte por encima de las casas y atraviese las paredes, pero ¿quién necesita un saltador de casas y atravesador de paredes bajo el cielo abierto?

Tiró el nyenyemo al suelo.

Once cuerdas en la mano izquierda y diez en la derecha; se puso a puntearlas y a tararear con voz grave mirando el suelo. Hacía muchos años que yo no oía de cerca una música como aquella. Se parecía al arpa en el sentido de que se elevaban muchas notas a la vez, pero no era un arpa. Y se parecía al laúd, pero sin las melodías nítidas del laúd, y con un sonido más fuerte.

Fuera, Sogolon y la niña, la bruja a caballo y la niña montada en el búfalo, cabalgaban hacia el oeste. Los pasos que hacían temblar el suelo por encima de nosotros significaban que el ogo se estaba moviendo de un lado a otro. Sentí que el suelo temblaba bajo sus pies hasta que oí una puerta abrirse de golpe. El viejo construyó un ritmo con los dedos de la mano derecha y una melodía con la izquierda. Carraspeó. La voz le salió más aguda que cuando hablaba. Aguda como un grito de alarma, o más, y chasqueando la parte superior de la lengua contra el velo del paladar para marcar el ritmo.

*Soy yo quien os habla,*

*un griot del Sur.*

*Quedamos pocos de los que fuimos,  
pero de estar escondido salgo,  
de la selva salgo,  
de mi cueva al mundo.*

*Una amante*

*yo buscaba,*

*una amante*

*yo quería,*

*y a otra*

*perdí*

*que yo quería.*

*El tiempo a todos los hombres hace viudos*

*y también a las mujeres,*

*dentro de él,*

*negro como él,*

*una negrura que te sorbe por su agujero.*

*Y el agujero más grande del mundo*

*es el agujero de la soledad,*

*que hace que pierdas el alma.*

*Una amante*

*él buscaba,*

*una amante*

*él quería,*

*y a otra*

*perdió*

*que quería.*

*El hombre que con codicia come*

*es como el que se muere de hambre.*

*Dime que los puedes distinguir.*

*De día te hartas  
y de noche pasas hambre.  
Mira cómo te engañas.  
Una amante  
buscas,  
una amante  
quieres,  
y a otra  
pierdes,  
a la que quieres,  
pierdes  
una amante,  
pierdes  
una amante,  
pierdes  
una amante.*

Luego punteó las cuerdas y dejó que hablara la kora sola, pero me marché antes de que cantara más. Salí corriendo porque era un hombre, y las cuerdas y las canciones nunca deberían afectarme así. Salí adonde nada podía dejarlo a uno sin aire. Adonde pudiera decir que era el viento lo que me humedecía los ojos, en serio, era el viento. El prefecto seguía sobre la roca, con el viento soplando a su alrededor y alborotándole el pelo. La kora continuaba sonando, viajando por el aire, mandando su tristeza hasta el mismo camino por donde habíamos venido. Yo odiaba aquel lugar, odiaba aquella música y odiaba aquel viento, y odiaba acordarme de los niños mingi, porque ¿qué eran para mí aquellos niños y de qué les servía yo? Y ésa no era la cuestión, no lo era para nada, porque yo nunca pensaba en los niños y ellos nunca pensaban en mí, pero ¿por qué me iban a olvidar y por qué me iba a importar a mí que me olvidaran? ¿De qué me iba a servir que se acordaran y por qué me iba a acordar yo, y por qué me estaba acordando ahora? Y traté de detener el

recuerdo. Sentí que me venía y me dije: No, no voy a pensar en mi hermano muerto, ni en mi padre muerto y en mi padre que es mi abuelo, ¿y por qué iba a querer nadie a nadie? Si nada tienes, nada necesitas. A la mierda los dioses de todas las cosas. Y quise que se fuera el día y que llegara la noche y que llegara un día nuevo y me arrancara de todo lo que había sucedido antes, igual que el agua que se lleva una mancha de mierda del algodón. Mossi seguía allí plantado. Todavía sin mirarme.

—Ogotriste, ¿ya te vas a dormir? El sol ni siquiera ha terminado su camino de hoy.

El ogo sonrió. Se había hecho un sitio en la azotea con alfombras y telas y trapos y varios cojines a modo de almohadas.

—Estos últimos días sólo he visto pesadillas —dijo—. Más me vale quedarme aquí para no romper la pared de un puñetazo y derribar la casa entera.

Asentí con la cabeza.

—En estas tierras la noche es fría, ogo.

—El viejo me ha encontrado trapos y alfombras, y además no siento mucho el frío. ¿Qué piensas de Venin?

—¿De Venin?

—La niña. La que va con Sogolon.

—Sé quién es. Creo que hemos encontrado al niño.

—¿Qué? ¿Dónde está? Tu olfato...

—No ha sido mi olfato. Todavía no. Hay mucha distancia entre nosotros y él. Ahora mismo está demasiado lejos para que yo lo note. Puede que estén en Nigiki, de camino a Wakadishu.

—Esos dos sitios están a media luna de distancia. Se tarda días en ir del uno al otro. Puede que no sea tan listo como Sogolon, pero hasta yo lo sé.

—¿Quién cuestiona tu mente, ogo?



—Venin me llamó simple.

—¿Esa niña que nunca estuvo tan orgullosa como cuando era la carne de los zogbanus?

—Ha cambiado. Es distinta de como era hace sólo tres días. Antes nunca hablaba, ahora gruñe como un chacal y siempre está resentida. Y no escucha a Sogolon. ¿Lo has visto?

—No. Y no eres simple.

Me acerqué a él y me agaché.

—Tiene un talento enorme —dijo el ogo.

—¿Quién? —le pregunté.

—El prefecto. Lo he visto ejercitarse. Es maestro de algún arte.

—Maestro de arrestar a gente y hostigar a mendigos, sí.

—No te cae bien.

—No tengo sentimientos hacia él, ni me cae bien ni mal.

—Oh.

—Ogotriste, quiero que sepas lo que hemos hablado. El niño está con unos hombres que no son de este sitio, ni de ningún sitio de hombres buenos.

Me miró con las cejas enarcadas pero los ojos inexpresivos.

—Hombres que no son hombres pero tampoco demonios, aunque quizá sean monstruos.

—Ipundulu.

—¿Lo conoces?

—No es un hombre real —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace muchos años, Ipundulu intentó arrancarme el corazón. Yo trabajaba para una mujer de Kongor. Siete noches se pasó, siete noches seduciéndola.

—Así que has vivido en Kongor. No me lo habías dicho.

—Fue un trabajo de diez y cuatro días. Pero, en aquella época, Ipundulu se regocijaba en hacer las cosas despacio. Tomaba a aquella mujer todas las

noches, pero llegó una noche en que sólo lo oí a él. Cuando entré ya la había matado y se estaba comiendo su corazón. Y esto es lo que me dijo: Tú vas a ser una comida mucho más grande. Y echó a volar y se me tiró encima, y sacó una zarpa y me rajó la piel. Pero mi piel es gruesa, Rastreador, y se le atascó la zarpa. Lo agarré del cuello. Y apreté hasta que le empezó a crujir. Y le habría arrancado la cabeza, pero su bruja estaba al otro lado de la ventana. Me lanzó un conjuro y me dejó ciego durante diez y seis parpadeos. Luego lo ayudó a escapar. Lo vi alejarse por el cielo, con las alas blancas y el cuello colgando, pero aun así cargando con la bruja.

—Ya no está sometido a esa bruja, ni a ninguna otra. La bruja no dejó heredera, o sea que ahora es amo de sí mismo.

—Rastreador, eso no es bueno. Cuando estaba sometido a ella, ya era capaz de arrancarle la garganta a una criatura. ¿Qué no hará ahora?

—El niño sigue vivo.

—Ni siquiera yo soy tan simple.

—Si está usando al niño, es que está vivo. Ya viste a una de las que tienen centellas en la sangre. Son incapaces de ocultarlo. Y se vuelven locas.

—Lo que dices es verdad.

—Hay más. Viaja con otros, cuatro o cinco. Hemos oído testimonios. Todos son chupasangres, y parece que atacan casas donde hay muchas criaturas. El niño llama primero a la puerta, dice que se ha escapado de unos monstruos, y la gente de la casa lo deja entrar. Luego, en plena noche, el niño deja entrar a los demás para que devoren a todo el mundo.

—Pero ¿el niño no es uno de ellos?

—No, pero ya conoces al Ipundulu, debe de haberlo embrujado.

—En estas tierras sabemos que embruja a niñas, pero nunca a un niño. Le voy a aplastar la cabeza yo mismo, antes de que pueda batir las alas. Esas alas traen truenos, ¿lo sabías?

—¿Qué quieres decir?

—Que bate las alas y desata una tormenta con rayos y truenos, más fuerte

y más maligna que el viento que crea Sogolon con su magia.

—Pues entonces le cortaremos las alas. Te hablaré de los demás luego.

—Y hablando de alas, ¿qué pasa con el hombre de las alas negras?

—¿El Aesi? También está buscando al niño, y no descansará hasta que lo encuentre. Pero no sabe ni dónde estamos ni quién tiene al niño, y tampoco conoce las diez y nueve puertas, o las habría usado. La cosa es simple. Salvamos al niño y se lo devolvemos a su madre, que vive en una fortaleza en las montañas.

—¿Por qué?

—Es la hermana del rey.

—Esto es muy confuso.

—Haré que sea simple.

—¿Como yo?

—No. No, Ogotriste. No eres simple. Escúchame, esto no es cuestión de ser simple. Hay cosas que me han contado pero no tengo las palabras para contártelas a ti, eso es todo. Pero has de saber que este niño forma parte de algo más grande. De algo muy grande, y cuando lo encontremos, si conseguimos mantenerlo a salvo, eso repercutirá en todos los reinos. Pero tenemos que encontrarlo antes de que esos hombres lo maten. Y tenemos que encontrarlo antes que el Aesi, porque él también lo matará.

—Dijiste que era una tontería creer en niños mágicos, acuérdate.

—Y sigo creyendo que es una tontería.

Me puse de pie y me asomé por el borde de la azotea. El prefecto se había ido.

—Ogotriste, me gustan las cosas simples. Me gusta saber que esto es lo que voy a comer, esto es lo que voy a ganar, ahí es adonde voy a ir y éste es a quien voy a follarme. Y ésa sigue siendo la manera en que he decidido ir por el mundo. Pero ese niño... No me importa tanto el niño como el hecho de que ya estamos metidos hasta el cuello en esto. Terminémoslo.

—¿Eso es lo único que te mueve?

—¿Debería haber más?

—No lo sé. Pero estoy cansado de poner a luchar a mis manos cuando ni siquiera sé por qué estoy luchando. El ogo no es un elefante ni tampoco un rinoceronte.

—No sé qué decirte. Está el dinero. Y sospecho algo más; sospecho que esa criatura, ese niño, tiene algo que ver con la justicia en el mundo. Y por mucho que no me importen el niño o ni siquiera este mundo, aun así me muevo por él.

—¿No te importa nada en el mundo?

—Pues no. Bueno, sí. No lo sé. El corazón me salta y me da vuelcos y juega conmigo. ¿Quieres que te diga una cosa, querido ogo?

Asintió con la cabeza.

—No soy padre pero tengo niños. No tengo ninguno aquí, pero existen. Y los conozco menos de lo que te conozco a ti, pero los veo en sueños y los añoro. Hay una, una niña, que sé que me odia, y eso me angustia, porque lo veo con sus ojos y tiene razón.

—¿Niños?

—Viven con los gangatom, una de las tribus del río, que está en guerra con la mía.

—¿Tienes a esa niña y a otros?

—Sí, tengo más, uno tan alto como una jirafa.

—Y los tienes viviendo con los gangatom, a pesar de que están en guerra con los ku y tú eres un ku. Los ku te van a matar.

—Es como dices, sí.

—Me haces pensar que ser simple no es tan malo.

Me reí.

—Puede que tengas razón en eso, querido ogo.

—Has dicho que es posible que el niño esté en Nigiki o en Wakadishu.

—Están usando las mismas puertas que usamos nosotros para escaparnos de las Tierras Oscuras. Nos han hablado de un ataque a una casa al pie de las

Colinas del Embrujo que venció incluso a su magia sagrada. Hace veinte y cuatro días, casi una luna. Se pasaron siete u ocho días en un mismo sitio, matando y devorando, lo cual quiere decir que deben de haber usado la puerta que va a Nigiki. Desde Nigiki habrán seguido matando de camino a Wakadishu.

—Ya casi estarán ahí.

—Ya están ahí. Se tarda cinco días en llegar a pie a Wakadishu, quizá seis, y están yendo a pie. Calculo que no hay bestia capaz de soportar su inmundicia, de manera que no llevarán caballos. Si están en Wakadishu, sólo estarán ahí durante un par de días más, quizá tres. Luego caminarán hasta la siguiente puerta, la que atravesamos para llegar a Dolingo.

—¿Y no nos los encontraremos allí?

—Cruzarán la ciudadela. Querrán alimentarse, ¿y quién puede resistirse a una sangre tan noble como la de los dolingon? Además, Ogotriste, somos muy pocos. Quizá necesitemos ayuda.

—¿O sea que les salimos al paso?

—Sí, les salimos al paso.

Dio una palmada y el eco se propagó por el cielo. Luego extendió los brazos y me acerqué a él como para abrazarlo. Se apartó un poco, sin saber muy bien cuáles eran mis intenciones. Lo rodeé con los brazos, le puse la cabeza en el sobaco e inhalé despacio y profundamente.

—¿Qué estás haciendo? —me dijo.

—Intentar acordarme de ti.

Luego Ogotriste me preguntó si la niña me parecía guapa.

—Venin, ya te he dicho cómo se llama —dijo.

—Es guapa para ser chica, creo, pero tiene los labios demasiado finos y el pelo también, y sólo es un poco más oscura que el prefecto, que tiene una piel asquerosa. ¿A ti te parece guapa?

—Me siento mitad ogo. Mi madre murió al tenerme, lo cual está bien, porque si hubiera vivido me habría maldecido a mí y mi nacimiento. Pero en

muchos sentidos no me siento un ogo.

—Tienes razón y dices la verdad, querido ogo. Y sí, es guapa.

El resto de mis palabras me las quedé, pues podrían haber sido un chiste ofensivo. Él asintió con la cabeza y apretó los labios, satisfecho con mi respuesta, y apoyó la cabeza en sus harapos.

En el piso de abajo, pasé por la habitación del prefecto.

—Todavía es temprano pero te doy las buenas noches, Rastreador —me dijo cuando me vio.

—Buenas. —Fue lo único que me salió de la boca.

Sólo entonces me fijé en que el viejo había dejado de tocar, estaba en la habitación, quizá contemplando la oscuridad. Bajé a la planta baja y esperé a Sogolon.

—Ese viejo tuyo estaba cantando.

La niña había entrado primero, jadeando y resoplando. Sogolon la cogió de la mano y la cría la apartó de un manotazo y la inmovilizó contra la pared. Me levanté de un salto pero la niña la soltó, gruñó y se fue escaleras arriba. Sogolon cerró la puerta.

—Venin —dijo.

La niña le soltó una palabrota en aquel idioma que yo no entendía. Sogolon le contestó en el mismo idioma. Yo conocía ese tono de Sogolon: Estoy aquí para hablar y tú estás aquí para escuchar. Me imaginé a la niña deseándole que se la follara mil veces un hombre cubierto de verrugas, o algo igual de cruel. Subió los dos tramos de escalera soltando reniegos y cerró la puerta de un portazo.

—En esta casa nadie sabe para qué es la noche —dijo Sogolon.

—¿Para follar? ¿O para hacer brujerías? Dormir es para los dioses antiguos y para quienes los siguen, Sogolon. Ese viejo tuyo estaba cantando.

—Mentira.

—No saco gran cosa de mentirte, vieja.

—Pero quizá te divierte. Tenías razón antes en esa habitación cuando se ha negado a cantar. Las canciones se quedan dentro de su boca y ninguna sale desde que Kwash Netu se coronó rey.

—Sé lo que he oído.

—¿Hace treinta años que no canta, o más, pero ha cantado delante de ti?

—Pues sí, aunque estaba de espaldas.

—Los griots silenciosos no abren la boca así sin más.

—Quizá estuviera esperando a que te marcharas.

—Tu aguijón ya es menos afilado que hace una luna. Quizá alguien le haya dado algo nuevo de lo que cantar.

—No estaba cantando sobre mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no soy nada. ¿No estás de acuerdo?

—Hablaré con él cuando se despierte.

—Quizá ha cantado sobre sí mismo. Pregúntaselo.

—No me va a contestar.

—No se lo has preguntado.

—Los griots nunca explican sus canciones, sólo las repiten, a veces añadiendo algo nuevo. Si lo hicieran, estarían dando la explicación, no la canción. ¿Y no ha mencionado al rey?

—No.

—¿Ni al niño?

—No.

—¿Pues de qué otra cosa estaba cantando?

—Quizá de lo que cantan todos los hombres. Del amor.

Se rio.

—Quizá haya gente en este mundo que todavía lo necesita.

—¿Lo necesitas tú? —me preguntó.

—Nadie ama a nadie.

—Al rey anterior a éste, Kwash Netu, nunca le gustó aprender nada. ¿Qué falta le hacía? Esto es algo que la mayoría de la gente no sabe de los reyes y de las reinas. En eras remotas, aprender servía de algo. Yo aprendí las artes oscuras para usarlas a favor y en contra de quien fuera. Tú aprendiste en el palacio de la sabiduría para poder descansar en un sitio mejor que tu padre. Aprendes a usar un arma para defenderte. Aprendes un mapa para poder ser el amo de tu viaje. En todas las cosas, aprender te lleva de donde estabas adonde quieres ir. Pero los reyes ya están ahí. Es por eso por lo que los reyes y las reinas pueden ser la gente más ignorante del reino. Y la mente de aquel rey estaba tan vacía como el cielo hasta que alguien le dijo que había griots que cantaban canciones de antes de que él fuera niño. ¿Te lo puedes creer? Nunca se le había ocurrido que alguien pudiera memorizar nada que hubiera sucedido antes de que él naciera, porque es así como los reyes crían a sus hijos.

»Pero aquel rey no sabía que había griots que cantaban canciones de reyes anteriores a él. Quiénes eran. Qué hacían. Canciones que hablaban de la maldad de Kwash Moki. Y el rey ni siquiera oyó una de aquellas canciones. El hombre que tenía al lado le dijo: Mi Excelente Majestad, hay una canción que se puede levantar en tu contra. De manera que reunieron a todos los cantores que sabían versos de antes de los tiempos de Kwash Moki y los mataron. Y si no podían encontrar a uno para matarlo, mataban a su esposa e hijos e hijas. Los mataron y quemaron sus casas y les ordenaron que se olvidaran de todas aquellas canciones. Y a este viejo le mataron a su familia entera. Se escapó, pero todavía hoy se está preguntando por qué no lo mataron a él. Lo podrían haber silenciado sin necesidad de matar a nueve personas. Pero así hacen las cosas estos reyes del Norte. Hablaré con él cuando se despierte, eso está claro.

Me despertaron unos sollozos antes de que saliera el sol. Primero pensé que



era el viento, o los residuos de un sueño, pero entonces lo vi delante de la cama donde yo dormía, al ogo, agachado en un rincón junto a la ventana sur, llorando.

—Ogotriste, ¿qué pasa...?

—Ha sido como si pensara que, si le podía poner los pies encima, podría caminar sobre él. Es la impresión que ha dado. ¿Podía caminar por él? ¿Por qué no ha podido?

—¿Caminar por dónde, querido ogo? ¿De quién hablas?

—Del griot. ¿Por qué no ha podido?

—¿Caminar por dónde?

—Caminar sobre el viento.

Fui corriendo a la ventana norte de mi habitación, me asomé un instante y corrí a la ventana sur, junto a la cual estaba agachado Ogotriste. Vi a Sogolon y bajé las escaleras. Aquella mañana no llevaba su vestido de cuero marrón de siempre, sino que iba de blanco. El griot estaba a sus pies, con las extremidades retorcidas como una araña quemada, roto por demasiados sitios, muerto. Sogolon estaba de espaldas a mí, con la túnica ondeando al viento.

—¿Todo el mundo duerme todavía? —me dijo.

—Salvo el ogo.

—Dice que ha pasado por su lado y ha seguido andando más allá del borde de la azotea, como si estuviera siguiendo un camino.

—Quizá estuviera siguiendo el camino que lleva a los dioses.

—¿Te parece que es momento para hacer bromas?

—No.

—¿Qué te cantó? Ayer, ¿qué te cantó?

—¿La verdad? Cantó de amor. De nada más. De buscar amor. De perder el amor. Habló del amor como hablan los poetas de la tierra de Mossi. Del amor que había perdido. De eso cantó nada más, del amor que había perdido.

Sogolon levantó la vista más allá de la casa y hacia el cielo.

—Su espíritu ha seguido caminando por el viento.

—Claro que sí.

—Me da igual que estés de acuerdo o no, ¿me oy...?

—Estamos de acuerdo, mujer.

—No nos conviene que los demás se enteren. Ni siquiera el búfalo. Mándalo a pastar a otra parte.

—¿Quieres llevarte al viejo a rastras hasta lo profundo del bosque? ¿Quieres que sea comida de las hienas y los cuervos?

—Y luego de los gusanos y los escarabajos. Ya no importa. Está con los antepasados. Confía en los dioses.

El ogo salió con nosotros, con los ojos todavía rojos. Pobre ogo, no es que fuera un ser agradable, pero el hecho de que alguien se hubiera quitado la vida con tanta violencia lo había agitado.

—Vamos a llevarlo al bosque, Ogotriste.

Seguíamos en la sabana. No había muchos árboles, pero sí hierbas amarillas que me llegaban hasta la nariz. Ogotriste había recogido al griot del suelo y ahora lo llevaba en brazos como si fuera un bebé, a pesar de la cabeza ensangrentada. Los dos nos adentramos en las hierbas más altas.

—La muerte sigue reinando sobre nosotros, ¿verdad? Todavía quiere decidir ella cuándo se nos lleva. A veces antes incluso de que los antepasados nos hayan hecho sitio. Quizá el viejo fuera un hombre que desafiaba a ese rey supremo, ogo. Quizá haya dicho: A la mierda los dioses, yo elijo cuándo me voy con mis antepasados.

—Quizá —dijo él.

—Me gustaría tener mejores palabras, palabras como las que él solía cantar. Pero debió de pensar que, fuera cual fuera su cometido, ya había cumplido con él. Y después ya no le quedó nada más que...

—¿Tú crees en los cometidos? —me preguntó Ogotriste.

—Creo a la gente cuando dice que cree en ellos.

—Los ogos no creen en los dioses del cielo ni en el reino de los muertos. Cuando mueres, eres pasto de los cuervos.

—Me gusta cómo piensan los ogos. Y si...

La cosa me pasó volando junto a la cara tan deprisa que pensé que debía de ser algún truco. Luego me pasó otra junto a la cabeza. La tercera me vino directa a la cara y pareció que iba a por mis ojos, pero la bloqueé y sus zarpas me arañaron la mano. Una fue a por el hombro del ogo, que la apartó de un manotazo tan deprisa y con tanta fuerza que la reventó en una nube de sangre. Pájaros. Dos más le fueron a la cara y tuvo que dejar caer al griot. Consiguió apartar a uno de un manotazo y agarrar al otro, aplastándolo entero. Uno me arañó el pescuezo. Lo atrapé allí detrás y traté de romperle el cuello, pero lo tenía muy duro; batió las alas, se puso a dar zarpazos y me dio un picotazo en el dedo. Lo solté y el pájaro voló a mi alrededor y vino de vuelta a por mí. Ogotriste se interpuso de un salto y lo abatió de un golpe. Cuando estuvo en el suelo vi lo que eran: cálaos, con la cabeza blanca, una veta de plumas negras en la coronilla, cola larga y gris y un enorme pico rojo, más grande que la cabeza, que se curvaba hacia abajo; el color rojo identificaba a los machos. Otro aterrizó sobre el griot y se puso a aletear. El ogo se acercó para agarrarlo cuando levanté la vista.

—Ogotriste, mira.

Justo encima de nosotros chillaba una nube negra de cálaos. Tres se nos echaron encima, luego cuatro y luego más.

—¡Corre!

El ogo se quedó donde estaba y peleó, asestando puñetazos y manotazos y aplastando con los puños y arrancando alas, pero los pájaros no dejaron de llegar. Dos que iban a por mi cabeza chocaron y se pusieron a pelear sobre mi cráneo. Eché a correr, cubriéndome la cabeza con las manos mientras me arañaban los dedos. El ogo se cansó de pelear y salió corriendo también. Dejaron de seguirme cuando ya estaba cerca de la puerta de la casa. Sogolon salió y nos dimos la vuelta para ver a la bandada de pájaros —cientos de ellos, o más— agarrar con sus zarpas al griot, levantarlo despacio a poca altura del suelo y llevárselo volando. No dijimos nada.

Recogimos nuestras cosas y Sogolon les dijo a los demás que el viejo se había ido a lo más profundo del bosque para hablar con los espíritus, lo cual no era exactamente mentira, y que debíamos llevarnos todo lo que pudiéramos cargar. ¿Para qué necesitábamos nada, si estábamos a menos de un día de la ciudadela de Dolingo?, le pregunté. Sogolon frunció el ceño y le dijo a la niña que cogiera más comida. La niña soltó un bufido y le dijo: Si quieres más comida, ve a buscarla tú. Me pregunté si Mossi estaría pensando lo mismo que yo, pero no era algo que quisiera preguntarle en aquel momento. Agarró un jirón de tela y lo usó para vendarme el araño del cuello. Sogolon cogió uno de los caballos, la niña se subió a hombros de Ogotriste y se le sentó en el derecho. Mossi se montó en el búfalo y los dos se dieron la vuelta y se me quedaron mirando mientras yo echaba a andar.

—No seas tonto, Rastreador, nos vas a retrasar —dijo Mossi.

Alargó la mano y me ayudó a subirme con él.

El día se puso primero rojo y después negro, pero seguíamos sin estar cerca de la ciudadela de Dolingo. Se me cerraron los ojos, me quedé dormido apoyado en el hombro de Mossi, me desperté con un respingo horrorizado y me volví a quedar dormido, esta vez sin importarme, aunque de nuevo vi que tampoco habíamos llegado. Dolingo debía de ser uno de esos lugares que parecen pequeños pero que luego tardas dos vidas en cruzar. La primera vez que me había despertado la tenía dura. Cierto, por eso me había apartado de un brinco. Debía de habérmelo provocado algún sueño que se había desvanecido nada más despertarme. Como pasa siempre con los sueños. Sí, pasa siempre con los sueños. Me aparté tanto de Mossi como pude, porque la verdad era que podía olerlo. Cierto, podía oler a todo el mundo, pero todo el mundo no estaba respirando mucho más despacio que los demás. Me maldije a mí mismo por haberme dormido en el hombro de Mossi y confiaba en no haberle babeado ni haberle clavado la polla en la espalda, aunque cuando se me empina, se me empina hacia arriba y no hacia delante. Por supuesto, el deseo de no haberla tenido dura mientras dormía sólo consiguió ponérmela

dura ahora que estaba despierto, y me dediqué a pensar en cálaos, en cielos nocturnos, en agua rancia, en lo que fuera.

—Amigo búfalo, si te cansas de nosotros, podemos caminar —dijo Mossi.

El búfalo gruñó y Mossi interpretó que su gruñido significaba «quedaos quietos», aunque yo me quería bajar. Y también deseé por una vez llevar una túnica gruesa y pesada. No es que las túnicas pudieran esconder el deseo de ningún hombre. Pero aquello no era deseo, era mi cuerpo aferrándose a un sueño que mi cabeza ya había olvidado hacía rato. Estábamos ascendiendo ligeramente, adentrándonos en un aire nocturno más frío y dejando atrás colinas pequeñas y rocas grandes.

—Sogolon, dijiste que estábamos en Dolingo. ¿Dónde está, pues? —le pregunté.

—Estúpido Rastreador idiota. ¿Crees que estamos pasando entre montañas?

Dolingo. El paisaje boscoso no había cambiado gran cosa desde que habíamos salido de la casa del griot, pero a medida que se iba volviendo más denso, me había parecido que estábamos dando un rodeo a todas aquellas rocas enormes para evitar escalarlas. Ahora me habría caído del búfalo si Mossi no me hubiera cogido la mano.

Dolingo. Aquello no eran rocas enormes, por mucho que fueran igual de anchas que colinas —un millar, seis millares, quizá incluso diez millares de pasos de perímetro—, sino troncos de árboles con ramitas pequeñas y bajas. Árboles igual de altos que el mismo mundo. Al principio, cuando levanté la vista, lo único que vi fueron luces y lianas y algo que llegaba más arriba que las nubes. Llegamos a un claro tan amplio como un campo de batalla, lo bastante grande como para permitirme abarcar con la vista dos de aquellos árboles. El primero llegaba tan lejos como el campo mismo; el segundo era más pequeño. Los dos troncos se elevaban entre las nubes y más allá. Mossi me cogió la rodilla, estoy seguro de que sin pensarlo. El primer árbol tenía una edificación, quizá de madera o de mortero o de ambas cosas, que rodeaba

la base del tronco y se elevaba cinco plantas, cada planta de unos ochenta o cien pasos de altura. En algunas ventanas parpadeaban luces y en otras brillaban con fuerza. El tronco se elevaba oscuro y continuaba todavía más arriba, atravesando más nubes, donde se bifurcaba. En la rama izquierda había lo que parecía un fortín gigantesco, de paredes enormes y lisas con ventanas y puertas altas, otra planta encima y otra más encima, hasta llegar a un total de seis plantas, con una terraza sobre la quinta y una plataforma colgante sujeta con cuatro sogas que debían de ser tan gruesas como el cuello de un caballo. En lo alto de todo, un complejo con torres y techos magníficos de gran palacio. A la derecha, la bifurcación continuaba sin adornos e igual de alta que los fortines, rematada con un palacio, pero incluso el palacio tenía muchos pisos, plataformas, terrazas y techos de oro. Las nubes se apartaron, la luna brilló con más fuerza y me fijé en que la bifurcación tenía tres ramales en vez de dos. Un tercer ramal, igual de grueso que los otros dos, y engalanado con algunos edificios terminados y otros en construcción. Y una terraza que se alargaba más que el resto, tanto que pensé que se rompería pronto. De aquella terraza colgaban varias plataformas, izadas y bajadas por medio de cuerdas. ¿Cuántos esclavos harían falta para tirar de ellas? ¿Y qué clase de presente era aquél, qué clase de futuro, en el que la gente construía hacia arriba y no a lo ancho? ¿Unas cosas encima de otras, en lugar de a los lados? ¿Dónde estaban las granjas y dónde estaba el ganado? Y sin eso, ¿qué comía la gente de allí? Más allá, en la enorme llanura, se elevaban otros siete árboles gigantes, entre ellos uno provisto de unas plataformas inmensas y resplandecientes que parecían alas y de una torre que tenía forma de vela de dhow. Otro de los árboles tenía un tronco que apuntaba ligeramente hacia el oeste pero las estructuras estaban un poco escoradas al este, como si todas las edificaciones se estuvieran escapando un poco de la base. De rama a rama, de edificio a edificio, había sogas y poleas, plataformas y vagonetas suspendidas yendo de un lado a otro y de arriba abajo.

—¿Qué es este lugar? —dijo Mossi.

—Dolingo.

—Nunca he visto nada tan magnífico. ¿Aquí viven los dioses? ¿Ésta es la casa de los dioses?

—No. Aquí vive gente.

—No sé si quiero conocer a esa gente —dijo Mossi.

—Es posible que a las mujeres les guste tu perfume de mirra.

Se oyó un chirrido metálico y un ruido de engranajes y la plataforma descendió. Las sogas de alrededor se tensaron y las poleas empezaron a girar. La plataforma, al descender de las alturas, ocultó la luna y nos cubrió de sombras. Era igual de larga y ancha que un barco, y al aterrizar hizo temblar el suelo.

Mossi todavía me estaba agarrando la rodilla. Sogolon y la niña galoparon en cabeza, esperando que las siguiéramos. La plataforma ya estaba ascendiendo y el búfalo se subió de un salto a ella, resbalándose un poco. Mossi me soltó la rodilla. Descabalgó de un salto y se tambaleó por el movimiento ascendente de la plataforma. Desde una torre alta, alguien hizo girar un círculo de cristal o de plata, quizá un disco, que reflejó la luz de la luna y la proyectó sobre la plataforma. Oímos engranajes, transmisiones y ruedas. Nos elevamos más y más, y a medida que nos acercábamos pude ver dibujos labrados en las paredes, rombos y más rombos, hacia arriba, hacia abajo y transversalmente, y esferas con el mismo diseño, y antiguos glifos y bandas y líneas embrolladas que parecía que todavía se movían, como si un maestro artista las hubiera pintado con viento. Seguimos subiendo, más allá del tronco, más allá de cualquier puente o camino, hasta alcanzar las ramas del árbol. En el costado de la rama derecha alguien había pintado la cabeza negra de una mujer, de más de cuatro pisos de altura, y en su cabeza, un turbante todavía más alto.

La plataforma llegó a la misma altura que una pasarela y se detuvo por completo. Sogolon se apeó primero y Venin la siguió, caminando sin mirar a derecha ni a izquierda, ni tampoco hacia arriba, donde había varios orbes de

luz pero sin cables ni fuentes. Luego se apearon Ogotriste y el búfalo. Ellos ya habían estado allí antes, pero yo no. Mossi seguía aturdido. Sogolon y Venin dejaron al caballo esperando a un lado. Estábamos en la rama derecha, la rama del palacio, y en la pared más cercana había un letrero en un idioma parecido a uno que yo conocía, con letras de la altura de hombres.

—Éste es Mkololo, el primer árbol y residencia de la reina —me dijo Ogotriste.

La luna se había acercado lo suficiente como para escuchar a hurtadillas nuestras conversaciones. Cruzamos un puente ancho de piedra que se curvaba por encima de un río y desembocaba en un camino sin recodos. Tuve ganas de preguntar qué clase de ciencia podía conseguir que fluyera un río a tanta altura, pero ahora teníamos delante el palacio, como si acabara de brotar del suelo, como si fuéramos simples ratones contemplando árboles. La luna teñía de blanco todos los muros. En el nivel inferior, una muralla alta y un puente que salía hacia la izquierda sobre una cascada. En el nivel siguiente, algo que yo sólo había visto en el mar de arena: un acueducto. Por encima, la primera planta, con las ventanas iluminadas y dos torres. Y más arriba aún, más cámaras y habitaciones, y salones, y torres y techos magníficos, algunos con cúpulas con forma de calabaza y otros parecidos a puntas de flecha. Elevándose a la derecha, una plataforma alargada y poblada de gente proyectó su sombra por debajo de nosotros mientras nos acercábamos a unas puertas dobles tan altas como tres hombres. Allí montaban guardia dos centinelas en armaduras verdes, con gorjales hasta la nariz y lanzas largas en la mano. Agarraron los tiradores y abrieron las puertas. Pasamos a su lado, pero yo tenía las manos en las hachas y Mossi se iba agarrando la espada.

—No insultéis la hospitalidad de la reina —dijo Sogolon.

Veinte pasos más adelante fluían las aguas de un foso, con un puente de no más de tres hombres de anchura que nos llevó al otro lado. Sogolon lo cruzó primero, luego el ogo, Venin, el búfalo, Mossi y por último yo. Vi que Mossi miraba a su alrededor y daba un respingo cada vez que oía el más



pequeño chapoteo o ahogaba un grito cada vez que volaba un pájaro por encima de nosotros o chirriaban los engranajes de las plataformas de fuera. Yo iba prestando más atención a Mossi que adonde estábamos yendo, y además estaba claro que Sogolon conocía el sitio. Del agua emanaba calor, pero en ella nadaban peces y bestias parecidas a peces. Cruzamos el puente y nos acercamos a unas escaleras, contemplando a hombres, mujeres, bestias erguidas y criaturas que yo no había visto nunca, ataviados con armaduras de hierro y cotas de malla y capas y tocados de plumas largas. Los hombres y las mujeres tenían la piel más oscura que yo había visto jamás. En cada escalón había dos guardias. En el escalón superior se abría una entrada más alta de lo que yo podía medir.

Ésta es la verdad: había estado en dominios magníficos de todas las tierras y también bajo el mar, pero ¿cómo describir aquella corte? Mossi estaba paralizado de asombro, y yo tampoco podía moverme. Los salones eran tan altos que yo me esperaba que los hombres y las mujeres también lo fueran. En el gran salón había guardias posicionados a lo largo de las paredes, veinte más otros diez, y seis más de cara a nosotros. Todos tenían dos espadas y una lanza y llevaban al descubierto las caras de color negro azulado. También las manos. Y la gente que caminaba por el gran salón igualmente tenía la piel más oscura que yo había visto desde los días en que el Leopardo caminaba como un gato. También había guardias en nuestro rellano de la escalera, dos. Yo quería ver de qué estaban hechas sus espadas. Aquel salón tenía oro en todas las columnas y recorriendo las juntas de las armaduras, pero el oro habría sido un metal terrible para una espada. El suelo del salón quedaba por debajo de nuestra plataforma, pero el trono era lo más alto, una pirámide toda asiento imperial, rodeada por todos los costados de una cornisa o escalón en el que estaban sentadas varias mujeres, y por encima de ellas, el trono en sí y la reina en sí.

Su piel, igual que la de sus hombres, era de un negro que venía del azul más profundo. Su corona era como un ave dorada que le hubiera aterrizado

en la cabeza y le hubiera rodeado la cara con las alas. El dorado también le bordeaba los ojos y le relucía desde sendos puntos en los labios. Del cuello le colgaba un chaleco holgado de tiras doradas y los pezones le asomaban cuando se inclinaba hacia atrás.

—Escuchadme —dijo. Tenía una voz más grave que el runrún de los monjes—. Ya había oído los rumores. Rumores de que existen hombres del color de la arena, y algunos incluso del color de la leche, pero soy reina y me creo lo que me place. Así que no me creí que existieran. Pero mirad al que tenemos delante.

La lengua de Dolingo sonaba como la de Malakal. Sonidos bruscos articulados rápidamente y sonidos alargados que se estiraban a propósito. Mossi ya había fruncido el ceño.

Me dio un codazo.

—¿Qué está diciendo?

—¿No hablas el dolingon?

—Por supuesto. Me lo enseñó un eunuco gordo cuando tenía cuatro años. Claro que no lo hablo. ¿Qué está diciendo?

—Está hablando de hombres a los que no ha visto nunca. De ti. Estoy casi seguro.

—¿Debería llamarlo hombre de arena? —dijo la reina—. Lo llamaré hombre de arena, porque me resulta gracioso... He dicho que me resulta gracioso.

El salón entero estalló en risas, aplausos, silbidos y gritos a los dioses. La reina hizo un gesto fugaz con la mano y todos se detuvieron en un instante. Luego le hizo una señal a Mossi, pero éste no la entendió.

—Rastreador, se están riendo. ¿De qué se ríen?

—La reina te acaba de llamar chico de arena o persona de arena.

—¿Y eso les parece gracioso?

—¿Es sordo o qué? Le he dicho que venga aquí —dijo la reina.

—Mossi, te está hablando a ti.

—Pero si no ha dicho nada.

—Es la reina, y si la reina dice que ha dicho algo, lo ha dicho.

—Pero es que no lo ha dicho.

—Me cago en los dioses. ¡Ve!

Dos lanzas le pincharon suavemente la espalda. Los guardias echaron a andar, y si Mossi no se hubiera movido, las puntas le habrían traspasado la piel. Bajaron los escalones de nuestra plataforma, cruzaron el espacioso salón entre las mujeres, hombres y bestias de la corte y se detuvieron al pie de la sala del trono. La reina le hizo señas al prefecto para que se acercara y los dos guardias que obstruían la escalera se apartaron.

—Canciller, has estado en más territorios de los que figuran en los grandes libros. Dime, ¿alguna vez has visto a un hombre como éste?

Un hombre alto y delgado de pelo largo y fino cruzó la sala para hablar con la reina. Primero le hizo una reverencia.

—Muy excelente reina, muchas veces, y la cuestión es que...

—¿Y cómo es que nunca me has comprado ninguno?

—Perdóname, mi reina.

—¿Hay hombres todavía más pálidos que éste?

—Sí, Magnificencia.

—Qué aterrador y qué delicioso. —Luego se dirigió a Mossi—: ¿Cómo te llamas?

Mossi se la quedó mirando con cara inexpresiva, como si realmente fuera sordo. Sogolon le dijo a la reina que el hombre no entendía su lengua.

Un guardia se adelantó y le dio al canciller la espada de Mossi. El canciller miró la hoja, examinó la empuñadura y dijo en la lengua kongori:

—¿De dónde has sacado esta espada?

—Es de una tierra extranjera —dijo Mossi.

—¿De qué tierra?

—La mía.

—¿Y esa tierra no es Kongor?

El canciller, mirando a la reina, le dijo a Mossi:

—Está claro que alguien debió de ponerte nombre. ¿Cuál es? El nombre, el nombre.

—Mossi.

—¿Qué?

—Mossi.

—¿Qué?

El canciller hizo una señal con la cabeza y una lanza pinchó suavemente a Mossi en el costado.

—Mossi, mi Excelente Majestad —dijo Mossi.

El canciller se lo repitió a la reina.

—¿Mossi? Mossi a secas. ¿Los hombres como tú caen del cielo y eligen un nombre sin más? ¿De dónde eres, maese Mossi? ¿De qué casa? —dijo el canciller.

—Mossi de la casa de Azar, de las Tierras de la Luz del Este.

El canciller lo repitió en la lengua de Dolingo y la reina soltó una risa parecida a un balido.

—¿Por qué iba un hombre del este del mar a vivir en estas tierras? ¿Y qué enfermedad es esa que te ha quemado todo el color de la piel? Dímelo ahora, porque en esta corte a nadie le gusta que irrites a su reina... He dicho que en esta corte a nadie le gusta que irrites a la reina.

La corte prorrumpió en noes y ajás y gritos a los dioses.

—Y, sin embargo, tiene el pelo negro como el carbón. Levántale esa manga... Sí, sí, sí, pero ¿cómo es posible? ¿Tienes el hombro más claro que el brazo? Te lo estoy viendo, ¿te han cosido esos brazos al cuerpo? A mi sabio consejero más le vale empezar a aconsejarme.

Yo estaba contemplando todo aquello y preguntándome si sólo el Sur tenía reyes y reinas locos. Esperé que Sogolon dijera algo, pero guardó silencio. Intenté leerle la expresión, pero su cara no era la mía; si a mí me das asco, lo sabes en cuanto te doy los buenos días. La reina estaba jugando, ¿y cuál era

su juego? El ogo estaba quieto pero le crujían los nudillos de apretarlos tanto. Le toqué el brazo. A Mossi no se le daba mejor esconder lo que pensaba. Y ahora estaba allí plantado, mirándolo todo y sin entender nada.

Me vio la cara y la suya se ensombreció de preocupación. ¿Qué?, me articuló en silencio, pero no supe cómo decirle nada.

—Quiero ver más. Quitádsela —dijo la reina.

—Quítate la túnica —le dijo el canciller a Mossi.

—¿Qué? —dijo Mossi—. No.

—¿No? —dijo la reina. Eso lo había entendido a pesar de la lengua kongori—. ¿Acaso una reina debe esperar que un hombre dé su permiso?

Hizo una señal con la cabeza y dos guardias agarraron a Mossi. Él le dio un puñetazo en la mejilla a uno, pero el otro le puso un cuchillo en la garganta. Mossi se giró hacia mí y yo articulé en silencio: Paz, paz, prefecto. El guardia le encajó el mismo cuchillo entre la prenda y los hombros y se la cortó. El otro guardia le tiró del cinturón y todo cayó al suelo.

—¿No hay exclamaciones de sorpresa? ¿No oigo ninguna? —dijo la reina, y la sala entera prorrumpió en exclamaciones de sorpresa, toses, resuellos y gritos a los dioses.

Pensando: ¿Por qué me han de pasar estas cosas?, Mossi puso la espalda recta, irguió la cabeza y se quedó allí de pie. Las mujeres, los hombres y los eunucos que estaban sentados al pie de la reina se acercaron todos lentamente para mirar. Yo no entendía cuál era el misterio.

—Extraño, muy extraño. Canciller, ¿por qué la tiene más oscura que el resto del cuerpo? Levántasela, quiero verle el saco de las pelotas.

El canciller se acercó a cogerle las pelotas a Mossi, que dio un respingo. Mientras todo aquello pasaba, Sogolon no decía nada.

—¿Igual de oscuras? Sí, es extraño, canciller.

—Sí que es extraño, excelencia.

—¿Eres un hombre hecho con partes de otros hombres? Tienes los brazos más oscuros que los hombros, el cuello más oscuro que el pecho, las nalgas

más blancas que las piernas y la..., la... —Se dirigió al canciller—. ¿Cómo la llamáis los cortesanos?

Lo confieso, me reí.

—No frecuento la compañía de los cortesanos, excelencia —dijo el canciller.

—Claro que sí, caminan a cuatro patas y no saben hablar, pero son tu gente. Pero basta de esto. Quiero saber por qué la tiene más oscura que el resto del cuerpo. ¿Así son los hombres en otras tierras? ¿Es esto lo que habría visto si me hubiera casado con uno de los príncipes de Kalindar? Hombre del Este, ¿cómo se explica el color de ese hombre que está al lado de Sogolon?

El canciller sólo dijo que resultaba curioso que un hombre de piel tan clara tuviera unas pelotas tan oscuras.

Mossi me vio disimular una risa y frunció el ceño.

—Los dioses han estado jugando conmigo, mi reina —dijo.

El canciller le repitió a la reina lo que había dicho Mossi, casi palabra por palabra.

—¿Y con qué hombre estaban jugando cuando se la quitaron y se la dieron a éste? Quiero saber estas cosas. Ahora mismo.

Mossi pareció desconcertado otra vez, pero se limitó a mirar a la gente que lo estaba mirando. Y no dijo nada.

Sogolon carraspeó.

—Excelente Majestad, recuerda para qué hemos venido a Dolingo.

—No soy propensa a los olvidos, Sogolon. En especial cuando se trata de favores. Y en especial teniendo en cuenta la manera en que me lo suplicaste.

Mossi la miró con el mismo asombro que yo estaba escondiendo.

—Mira tus aturridos labios. ¿Y por qué yo, la más sabia de las reinas, no iba a hablar la lengua de los salvajes del Norte, sobre todo cuando tengo que tratar constantemente con salvajes? Hasta una niña podría aprenderla en un día... ¿Y por qué mi corte no dice ooh y aaah?

El canciller tradujo para la corte, que prorrumpió en oohs y aaahs y en

gritos a los dioses.

La reina hizo un gesto con la mano y los guardias pincharon suavemente a Mossi con sus espadas. Mossi recogió su ropa y volvió con nosotros. Yo no le quité la vista de encima, pero él se limitó a mirar al frente.

—Me contaste tu misión porque crees que somos hermanas. Pero yo soy reina y tú no eres más que una polilla que se arrima a la llama.

—Sí, excelencia —dijo Sogolon, y le hizo una reverencia.

—Acepté ayudarte porque Lissisolo y yo deberíamos reinar juntas. Y porque tu rey les da reparo incluso a los demonios. Cómo le gustaría poder conquistar Dolingo. Sé lo que piensa por las noches. Piensa que un día se olvidará de que Dolingo es neutral y tomará la ciudadela. Y un día lo intentará. Pero hoy no será ese día, y tampoco mientras yo reine. También estoy muy aburrida. Tu hombre hecho de retales es lo más parecido a algo digno de mi atención que veo en muchas lunas. Por lo menos desde que corté por la mitad a uno de esos príncipes de Mitu para ver si estaba tan vacío como sugerían sus palabras. Tú, el de las marcas, ¿has visto nuestras carretas del cielo?

Me estaba hablando a mí.

—Sólo durante el ascenso para verte, Excelente Majestad —le dije.

—Mucha gente todavía se pregunta qué artes o conjuros las mantienen en el cielo. Pero no son ni artes ni conjuros, son el hierro y las sogas. No tengo magos, tengo maestros del acero y maestros del cristal y maestros de la madera. Porque en nuestro palacio de la sabiduría hay gente que es realmente sabia. Odio a los hombres que aceptan las cosas como son y que nunca cuestionan nada, nunca arreglan ni mejoran ni obran mejor. Dime, ¿te doy miedo?

—No, mi reina.

—Te lo daré. Guardias, llevaos a estos dos a Mungunga. El ogo y la niña pueden ir a sus aposentos. Dejados a las mujeres los asuntos de peso. Y dadle de comer al búfalo hojas de colocasia. Debe de hacer lunas que nadie le

da de comer nada digno de él. Y ahora marchaos todos. Salvo esta mujer que se cree que es mi hermana.

—Deberías enseñarme esas palabras, perfecto —le dije a Mossi riendo.

Mossi llevaba un rato soltando más y más palabrotas en su lengua natal, caminando de arriba abajo por la carreta y pisando tan fuerte que la hacía bambolearse un poco. Eso me distraía del hecho de que estábamos colgando a una gran altura y siendo transportados entre los árboles enormes por medio de engranajes. Cuantas más palabrotas decía él, menos me imaginaba yo que una soga se partía y nosotros nos precipitábamos a la muerte. Cuantas más palabrotas decía él, menos me imaginaba yo que la reina nos estaba mandando más y más alto y más lejos del suelo para matarnos.

—Un poco más alto y podremos besar a la luna —le dije.

—A la mierda la luna y todos los que la veneran —dijo Mossi.

Continuaba caminando. De arriba abajo, a la ventana y de vuelta. Seguirlo me permitía por lo menos contemplar la carreta. A aquellas alturas, la luna brillaba tanto que el verde era verde y el azul era azul y la piel de Mossi era casi blanca, ahora que se había atado la túnica rota en la cintura y se había dejado el pecho al descubierto. Menuda carreta era aquélla; al principio pensé que le habían dado la vuelta a un carromato para que las ruedas estuvieran en la parte de arriba y luego habían pasado sogas muy tensas por las ruedas. Después, cuando vi que estaba abombada como la panza de un pez enorme, pensé que era un barco que navegaba por el cielo. Tenía una popa y una proa como los barcos y era más gorda en el medio como los barcos pero con ventanas como de casa por todos los lados y un techo de troncos ensamblados con alquitrán. El suelo, llano y liso y húmedo por el rocío, casi resbaladizo. Además, el aire soplaba frío a esa altura, y la última persona que había viajado en aquella cosa había sangrado. Mossi seguía caminando de un lado a otro y soltando palabrotas, y cuando pasó a mi lado le agarré el brazo. Intentó



moverse, intentó quitarse de encima mi mano y apartarme de un empujón, pero yo no lo solté hasta que dejó de resoplar y de maldecir.

—¿Qué?

—Para.

—No es *a ti* a quien ha humillado.

—Sólo hace unas noches que ibas sin ropa. Entonces no estabas enfadado.

—Porque sabía dónde estaba y con quién. Que viva con todos vosotros no significa que ya no sea un hombre del Este.

—¿Con todos nosotros?

Suspiró y fue a un costado para asomarse por la ventana. Una nube tan plateada y fina que se podría deshacer en cualquier momento y en la lejanía otra carreta iluminada por antorchas que se cruzaría con la nuestra.

—¿Quiénes serán? ¿Por qué iba nadie a viajar de noche? ¿Adónde van?

—¿Ya estás pensando como un prefecto?

Sonrió.

—Sus guardias no nos han seguido.

—Esta reina no considera que los hombres seamos una gran amenaza. O cortarían las sogas de esta cosa antes de que llegáramos al otro lado. Y nos precipitaríamos a una muerte segura.

—Ninguna de esas cosas me pone una sonrisa en la cara, Rastreador. Quizá piensen que si nos dejan a los dos aquí solos, hablaremos, y quizá hayan descubierto alguna forma mágica de escucharnos.

—Los dolingon están muy adelantados para esta época, pero nadie lo está tanto.

—Quizá deberíamos fingir que estamos follando como tiburones rabiosos, para darles algo que escuchar. ¡Arráncame la polla con ese ariete tuyo! ¡Oh, me has reventado el ojete!

—Cuántas cosas sabes. ¿Es así como follan los tiburones?

—Dios, qué listo es. Es la primera bestia que se me ha ocurrido. Palabra de Dios, Rastreador, ¿es que nunca sonríes?

—¿Qué razón hay para sonreír?

—La liviandad de mi compañía, para empezar. La magnificencia de este lugar. Te lo digo, aquí vienen a yacer los dioses.

—Pensaba que venerabas a un solo dios.

—No significa que no pueda ver a los otros. ¿Por qué son conocidas estas tierras?

—Por el oro y la plata y los cristales de roca que tanto gustan en tierras lejanas. Creo que la ciudadela está en las alturas porque han arruinado el suelo.

—¿Crees que estos árboles gigantes están vivos?

—Creo que aquí todo está vivo, gracias a lo que sea que lo mantiene con vida.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Dónde están los esclavos? ¿Y qué aspecto tienen?

—Sabia pregunta. Yo...

Los gritos nos llegaron antes que la carreta y esta vez pasó tan cerca que pudimos oler a licor y a humo, tan cerca que el tañido de los tambores se nos metió en los oídos y en el pecho, mientras que alguien rasgaba la kora y el laúd como si fueran a arrancarles las cuerdas. La carreta avanzó hasta que tuvimos delante a sus ocupantes. El retumbar no sólo venía de los tambores, sino también de los pies de hombres y mujeres que saltaban y pataleaban como si fueran ku o gangatom en plena danza de apareamiento. Un hombre con la cara reluciente y pintada de rojo se llevó una antorcha a la boca, escupió fuego como si fuera un dragón y la llamarada estalló justo entre nosotros. Me aparté de un salto, pero Mossi no se movió. La carreta, que no se había detenido, siguió su camino hasta que los tambores se convirtieron en el recuerdo de un ritmo. Estábamos yendo a la rama más alejada del palacio. La tercera.

—Alguien ha derramado sangre en esta carreta, alguien joven —dije.

—Aquí los hombres y las mujeres parecen muy desatados. Quizá hayan

matado a una criatura para divertirse.

—¿Qué es *desatado*? Se lo he oído antes a hombres como tú.

—¿Hombres como yo?

—Hombres que sólo tienen a un dios triste. Te comportas como esas viejas que se han olvidado de que fueron jóvenes. Tu único dios cree que el placer no tiene importancia.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Ya casi hemos llegado al otro lado. Rastreador, ¿qué plan tenemos?

—No soy yo quien se ha declarado nuestra reina.

—Si quisiera saber lo que piensa la reina, se lo habría preguntado a ella. Pero dime: ¿hay un plan?

—Si lo hay, yo no lo conozco.

—Esto es una locura. O sea que el plan, por lo que veo, es esperar hasta que huelas que ese niño mágico está cerca, y cuando se manifiesten esos chupasangres o lo que sean, ¿qué hacemos? ¿Pelear? ¿Llevarnos al niño? ¿Girar como danzarines? ¿Vamos a esperar simplemente? ¿No vamos a usar el ingenio?

—Me estás preguntando cosas que no sé.

—¿Cómo vamos a salvar a esa criatura de la maldad que lo custodia? Y si lo salvamos, ¿qué hacemos, entonces?

—Quizá debemos trazar un plan ahora —dije.

—Quizá deberías irte y demostrarle a Sogolon lo listo que eres.

—¿En serio?

—Sería la opción preferible, si te ves capaz.

—Nunca ha habido un plan, aparte de luchar con quienes sean que tienen al niño y recuperarlo. Matarlos si hace falta. No hay artimaña ni estrategia ni subterfugio ni plan, como has dicho. Aunque ésa no es toda la verdad. Creo que sí hay plan.

—¿Y cuál es?

—No lo sé. Pero Sogolon sí lo sabe.

—Entonces ¿para qué nos necesita? Sobre todo teniendo en cuenta que actúa como si no nos necesitara.

Miré a mi alrededor. Alguien nos estaba vigilando, escuchando o leyéndonos los labios.

—Ven conmigo a las sombras —dije, y él se adentró en ellas conmigo—. Creo que Sogolon tiene un plan —continué—. Yo no lo conozco, y el ogo tampoco, ni nadie de los que viajaban antes con nosotros. Pero eso también forma parte del plan.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hay plan para nosotros porque nosotros no formamos parte del plan. Nos mandará a pelear contra los chupasangres, y quizá a que nos maten, mientras ella y la niña salvan al niño.

—¿No es ése el pacto al que te comprometiste?

—Sí, pero algo cambió en Sogolon cuando supo que íbamos a ir a Dolingo. No sé qué es, pero sé que no me va a gustar.

—No confías en ella —dijo Mossi.

—Cuando nos estábamos yendo de casa del viejo, mandó dos palomas. Palomas a la reina.

—¿Confías en mí? —me preguntó Mossi.

—Pues...

—Tu corazón busca respuesta. Bien.

Sonrió y traté de no devolverle la sonrisa, aunque transmití calidez con la cara.

—¿Por qué no le pones simplemente un cuchillo en el cuello y le exiges que te responda?

—¿Así es como hacéis que obedezcan las mujeres en el Este? Sogolon no se deja intimidar. Ya la has visto, te puede mandar por los aires.

—Yo lo que veo es que alguien la está hostigando —dijo Mossi.

—Alguien nos está hostigando a todos.

—Pero quien la hostiga a ella no va a por nadie más. Y tampoco le da

tregua.

—Pensaba que sólo creías en un dios y en un demonio —le dije.

—Creo que repites eso hasta el punto de hartar. He visto muchas cosas, Rastreador. Sus enemigos han ganado peso. Quizá todos tengan causas justas. En el otro bando.

La carreta chocó con algo y se sacudió. El golpe me echó al prefecto encima y lo cogí al vuelo cuando su cabeza me estaba golpeando el pecho. Me agarró del hombro y se incorporó. Me dieron ganas de hacerle algún comentario sobre la mirra. O sobre su aliento en mi cara. Se irguió otra vez, pero la carreta volvió a bambolearse y ahora Mossi me agarró del brazo.

Cinco guardias nos recibieron en la plataforma y nos dijeron estáis desembarcando en Mungunga, el segundo árbol. A continuación nos llevaron por un puente empinado de piedra, con vigías a ambos costados del camino, primero a mi habitación, donde me dejaron, y después imagino que a Mossi a la suya. La mía tenía pinta de estar colgando del árbol gigante en sí, y colgando con sogas. No sé adónde llevaron al prefecto. Mi nueva habitación también tenía cama, algo a lo que ya me estaba acostumbrando, aunque no sé por qué alguien querría dormir en una cama blanda. Cuanto más se pareciera tu cama a las nubes, menos alerta estarías si había problemas que pudieran despertarte. Pero dormir en una cama era una idea magnífica. Había también agua para lavarse y una jarra de leche para beber. Me acerqué a la puerta y se abrió sin que la tocara. Eso me hizo detenerme y mirar a mi alrededor dos veces.

El balcón de fuera era una plataforma fina, de un par de pasos de ancho, y suelta, con una cuerda a la altura del pecho para evitar que los borrachos se cayeran y se reunieran con sus antepasados. Detrás de aquel árbol había dos más, y detrás de aquéllos, varios más. Yo estaba rebuscando en la cabeza una palabra más grande que *inmenso*, algo que calificara a una ciudad igual de grande que Juba o Fasisi pero donde todo estaba amontonado a lo alto y elevándose al cielo en vez de creciendo a lo ancho. ¿Acaso aquellos árboles

todavía crecían? En muchas ventanas parpadeaba la luz de los fuegos. De algunas venía música, y sonidos desperdigados por el viento de otras: alguien comiendo, un hombre y una mujer peleando, gente follando, alguien llorando, voces armando ruido por encima de otras voces, y nadie durmiendo.

También había una torre cerrada y sin ventanas, pero a la que iban a parar todas las sogas que transportaban a las carretas del cielo. La reina no había mentido al decirnos que Dolingo no funcionaba con magia. Pero funcionaba con algo. La noche se estaba yendo, dejándonos, dejando a la gente que no quería dormir, dejándome a mí preguntándome de qué le estaría hablando Sogolon a la reina y dónde estaría la bruja ahora. Quizá fue por eso por lo que tardé más de la cuenta en notarme aquel olor. La mirra. Me froté el pecho, abrí las aletas de la nariz e inhalé como si estuviera bebiendo.

En mis sueños había monos colgando de las lianas de la selva, pero los árboles eran tan altos que no me permitían ver el cielo. El día y la noche eran como siempre son en las Tierras Oscuras. Me llegaban ruidos, risas que a veces sonaban a llanto. Confiaba en ver al prefecto, esperaba verlo, pero un mono que iba andando sobre dos patas me tiró de la mano, vamos, y se alejó saltando y lo seguí, y entonces me vi en un camino, y caminé, y corrí, y volví a caminar, y hacía mucho frío. Tuve miedo de oír alas negras, pero no las oí. Y luego estalló un incendio en el oeste, y pasaron corriendo a mi lado elefantes, leones y muchas bestias, muchas de ellas de nombres olvidados. Y un jabalí con el rabo en llamas pasó chillando: Es el niño, es el niño, es el niño.

Me despertó un olor.

—Bienvenido a Dolingo la magnífica, Dolingo la inconquistable, Dolingo la que hace que los dioses del cielo bajen a la tierra porque en el cielo nunca hubo nada parecido a Dolingo.

Estaba frente a mí, bajo, gordo y azul de día de la misma forma en que de noche eran azules los dolingon, y a punto estuve de decirle que si me hubiera encontrado durmiendo como siempre, con el hacha debajo de la almohada,

ahora sería un hombre sin cabeza. En vez de eso, me froté los ojos y me incorporé hasta sentarme. Lo tenía tan cerca que estuve a punto de chocarme con su cabeza.

—Primero te lavas, ¿no? ¿Sí? Luego te comes la comida del levantarse, ¿no? ¿Sí? Pero primero te lavas, ¿no? ¿Sí?

Llevaba un casco metálico pero sin la guarda para la nariz de los guerreros. El casco estaba acabado en oro, eso sí, y el tipo tenía pinta de ir a mencionármelo pronto.

—Magnífico casco —le dije.

—¿Te encanta? ¿No? ¿Sí? Oro de las minas sureñas y destinado a mi cabeza. Esto que ves no es bronce, sólo oro y hierro.

—¿Has luchado en alguna guerra?

—¿Guerra? Nadie va a la guerra con los dolingon, pero sí, tienes que saber que soy un hombre muy valiente.

—Te lo veo en la ropa que llevas.

Y, ciertamente, llevaba la túnica gruesa y acolchada de los guerreros, pero debajo de ella le abultaba una panza de embarazada. Dos cosas. «Lavarse» implicaba que dos sirvientes vinieran a la habitación. Dos puertas laterales se abrieron sin que nadie las tocara, y el sirviente sacó de ellas una bañera de madera untada de brea y llena de agua con especias. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que había puertas allí. Me frotaron con piedras la espalda, la cara, y hasta me restregaron las pelotas con la misma aspereza con que me habían restregado las plantas de los pies. «Comer» significaba que saliera una tabla de madera de una ranura que antes no estaba en la pared, que el hombre me señalara el taburete que ya había allí y luego me diera la comida con aquellas cosas que les gustaban a los hombres veleidosos de Wakadishu, cuchillos y cucharas, haciéndome sentir como si fuera un niño. Le pregunté al hombre si era un esclavo y se rio. La tabla de madera volvió a retirarse al interior de la pared.

—En nuestra radiante reina residen toda la sabiduría y todas las respuestas

—dijo.

Se fueron, y después de salir y caminar diez pasos en medio del frío, decidí volver a entrar y vestirme con las túnicas que me habían dejado. Los raros momentos de llevar túnica me hacían odiar todavía más a aquella gente. Al llegar a la puerta oí algo que se movía por la habitación, jadeos y ruido de pies. No estaba seguro de si entrar a la carga o a hurtadillas, pero cuando decidí abrir la puerta de golpe me encontré la habitación vacía. Espías, supuse. No tenía ni idea de qué podían estar buscando. La puerta del balcón se abrió antes de que yo pudiera llegar a ella. Retrocedí unos cuantos pasos y se cerró. Avancé unos cuantos pasos y se abrió.

Volví a salir y fui hasta un camino que discurría por el borde de aquel nivel. De tierra y piedra, como si estuviera tallado en una montaña. Esto es lo que pasó. Caminé hasta llegar a una interrupción del borde, y pegada a esa interrupción y colgando del borde había una plataforma de tablonos de madera, sostenida por cuerdas en las cuatro esquinas. Sin decir yo nada, y sin que hubiera nadie a la vista, la plataforma descendió un trecho largo hasta el nivel inferior. Me apeé de la plataforma y caminé por el nuevo camino, que era una avenida del tamaño de dos. Al otro lado estaba el palacio y el primer árbol. En el nivel inferior de mi ramal, una casita con tres ventanas sin luz y el techo azul, que parecía aislada de todo lo demás. Ciertamente no había escaleras ni camino que llevara a ella. Estaba bajo la sombra enorme de la plataforma de vigilancia, una tarima igual de grande que un campo de batalla, sobre la cual desfilaban guardias. Los distintos niveles estaban conectados entre sí; el más bajo tenía un puente levadizo y una muralla del color rojo de la tierra de la sabana. El siguiente era un muro de contención que daba la mitad de una vuelta. Luego un tercero, elevado por unos arcos enormes y poblado de árboles silvestres y dispersos, y todavía uno más, que tenía los muros más altos, siete o quizá ocho veces más altos que la puerta y las ventanas. Aquella planta tenía torres de techos dorados, y todavía dos pisos más encima. Delante y a la derecha de otro árbol, y a la misma altura que mis



ojos, había unas escalinatas amplias que llevaban a un gran recinto. En las escaleras había hombres en parejas y en grupos de cinco y más grandes, con casacas azules, grises y negras que les llegaban hasta el suelo; sentados, de pie y con aspecto de estar hablando de asuntos serios.

—Pensé que me iban a sangrar las pobres pelotas de lo fuerte que me las han restregado esos putos eunucos —me dijo Mossi cuando lo vi.

Lo habían alojado en esa planta. Y se me ocurrió: ¿por qué nos habían separado tanto?

—Señores, les he dicho, no soy yo quien os ha cortado las partes, no descarguéis vuestra furia sobre mi pobre caballero. O sea que esto es lo que te hace reír, las historias de mi sufrimiento —dijo Mossi.

No era consciente de haberme reído. Él me dedicó una amplia sonrisa. Luego puso una cara grave.

—Caminemos, tengo que hablar contigo —dijo.

Sentí curiosidad por cómo funcionarían los caminos en una ciudad que iba hacia arriba en vez de a lo ancho. ¿Adónde caía aquella cascada?

—Lo siento mucho por ti, Rastreador. En una multitud no te habría encontrado.

—¿Qué?

Señaló el atuendo que yo llevaba, idéntico al suyo y al de muchos de los hombres y muchachos que teníamos alrededor, una túnica larga y una capa sujeta sólo por el cuello. Y únicamente de los colores que ya había visto: gris, negro y azul. Algunos hombres, todos mayores, llevaban gorros rojos o verdes en la calva y fajas rojas y verdes en la cintura. Las pocas mujeres que se cruzaban con nosotros iban en carros y carretas abiertas, algunas con vestidos blancos de anchas mangas que parecían alas, con el canesú abierto para mostrar unos pechos llenos y con turbantes de colores diversos y terminados en punta como torres altas.

—Nunca te había visto tan vestido —me dijo Mossi.

Pasó a nuestro lado un carro tirado por dos burros, con un viejo y un niño

dentro. Llegaron al límite de mi campo de visión y desaparecieron. Al principio pensé que el hombre se había despeñado intencionadamente.

—El camino avanza en espiral, a veces entrando del árbol y a veces saliendo de él. Pero en cualquier momento, si quieren salir de la ciudadela, uno de esos puentes que nos subieron hasta aquí los tiene que llevar hasta abajo —dijo Mossi.

—Una noche aquí y ya eres el guía de Dolingo entero.

—Se aprende mucho en una noche cuando no duermes. Por ejemplo, los dolingon construyen hacia arriba debido a una antigua profecía a la que muchos todavía dan crédito que dice que un día regresará la gran inundación. Me lo ha contado un viejo, aunque puede que el hombre esté loco de tanto caminar insomne por las calles. La gran inundación que se tragará todas las tierras, incluyendo las Colinas del Embrujo y las montañas sin nombre que hay más allá de Kongor. La gran inundación que mató a las grandes bestias que caminaban por el mundo. Una cosa has de saber: he estado en muchos lugares y algo que todos parecen compartir es la historia de esa gran inundación que tuvo lugar y de otra que un día se hará realidad.

—Parece que lo único que todos los lugares comparten son unos dioses tan mezquinos y celosos que prefieren destruir todos los mundos a tener uno que viva sin ellos. Has dicho que teníamos que hablar.

—Sí.

Me cogió del brazo y apretó el paso.

—Creo que debemos dar por sentado que nos están escuchando, o incluso siguiéndonos —me dijo.

Cruzamos el puente y llegamos bajo una torre ancha con un arco de entrada de piedra azul más alto que diez hombres. Seguimos caminando, sin que Mossi me soltara el brazo.

—No hay niños —dije.

—¿Qué?

—No he visto niños. No los vi anoche, pero supuse que sería porque era

de noche. Pero de momento hoy tampoco he visto ninguno.

—¿Y cuál es tu queja?

—¿Has visto a alguno tú?

—No, pero te tengo que contar otra cosa.

—Ni esclavos. Dolingo no es Dolingo gracias a la magia. ¿Dónde están los esclavos, pues?

—Rastreador.

—Primero pensé que los sirvientes que me bañaron eran esclavos, pero más bien parecen maestros de su oficio, por mucho que ese oficio sea frotar espaldas y restregar pelotas.

—Rastreador, yo...

—Pero hay algo que no enca...

—¡Me cago en los dioses, Rastreador!

—¿Qué?

—Anoche estuve en los aposentos de la reina. Después de que los guardias te dejaran en tu habitación, me acompañaron a mí a la mía, pero sólo para bañarme y llevarme de vuelta.

—¿Y por qué te hizo volver?

—Los dolingon son un pueblo muy directo, Rastreador. Y ella es una reina muy directa. No hagas preguntas cuando ya sabes la respuesta.

—Pero es que no la sé.

—Me llevaron de vuelta a sus aposentos a bordo de la misma carreta con la que vinimos aquí. Pero esta vez me acompañaron cuatro guardias. Pensé en desenvainar mi espada, pero entonces me acordé de que nos habían quitado las armas. La reina quería verme. Al parecer, la tenía fascinada. Seguía pensando que mi piel era mágica y también mi cabello y mis labios, que me dijo que parecían una herida abierta. Y me hizo yacer con ella.

—No te lo he preguntado.

—Pero debes saberlo.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! No sé por qué pienso que debes saberlo, porque no significa nada para ti. Maldita sea. Y estaba fría, Rastreador. No quiero decir que estuviera distante ni que no mostrara sentimientos, o incluso placer, sino que estaba fría al tacto, tenía la piel más fría que el viento del norte.

—¿Qué te hizo hacer?

—¿Eso es lo que me preguntas?

—¿Qué esperas que te pregunte, perfecto, cómo te hizo sentir? Hay muchas mujeres a las que podría preguntárselo.

—Yo no soy una mujer.

—Claro que no. Se supone que la mujer ha de considerar normales estas cosas. El hombre, en cambio, cae de rodillas y grita qué horror, qué degradante.

—Cuánto me sorprende que no tengas amigos —dijo Mossi.

Se alejó y tuve que apresurarme para alcanzarlo.

—Me has pedido los oídos y te he dado un puño —le dije.

Caminó varios pasos antes de detenerse y darse la vuelta.

—Acepto tu disculpa, por así llamarla.

—Cuéntamelo todo —le dije.

Mungunga se estaba despertando. Hombres vestidos de patriarca de camino adonde van los patriarcas. En las ventanas, las aguas sucias de la noche anterior eran vertidas en jarras que ninguna mano sostenía a unas cloacas que iban por dentro del tronco del árbol. Pasaban caminando hombres con túnicas y gorros, llevando libros y rollos de pergamino. Pasaban hombres con capas y pantalones, subidos en carros tirados por burros y mulas sin bridas. Mujeres empujando carros rebosantes de sedas, frutas y bagatelas. Había gente colgada de los muros de contención, con tintes, palos y brochas, pintando el mural de la reina en el costado de la rama derecha. De todas partes y de ninguna venía el dulce olor a grasa de pollo chisporroteando sobre las llamas y del pan cociéndose en los hornos. Y también sonaban por todas partes los mismos ruidos, hasta el punto de que dejaban de oírse: engranajes

en marcha, sogas chirriando y el retumbar rítmico de ruedas enormes girando, aunque no había nada visible a lo que adjudicar aquellos ruidos.

—Ni siquiera me dejaron lavarme solo, alegaron que la reina era muy sensible a la suciedad y estallaba en una tormenta de estornudos si notaba una sola pizca. Les dije: Entonces os debe de pasar como a muchos en estas tierras, que tenéis las narices ciegas a la peste de vuestros propios sobacos. Luego me frotaron con una fragancia que me dijeron que le resultaría muy agradable a la reina y que hizo que me encogiera de asco, porque olía igual que la mierda que echan en los campos cultivados. ¿No me notas todavía ese olor, en el pelo, en la nariz?

—No.

—Pues entonces es que los que me han bañado esta mañana me han restregado hasta arrancármelo junto con toda la piel y la mayor parte del pelo. Sogolon estaba presente, Rastreador.

—¿Sogolon? ¿Mirando?

—Estaban todos mirando. No hay reina que folle sola, ni rey tampoco. Sus doncellas, dos brujos, dos hombres que parecían consejeros, un médico, Sogolon y todos los guardias de la reina.

—Algo está enfermo en este reino. ¿Y tú le...? ¿Cómo se puede...?

—Sí, sí, maldita sea. Creo que la vieja zorra le prometió algo de mí a la reina y no se molestó en preguntarme si me parecía bien.

—¿Qué te hizo hacer?

—¿Cómo?

—No hay niños en ninguna parte y la reina te obliga a yacer con ella en tu primera noche aquí. ¿Le...?

—Sí, si eso es lo que quieres saber. Le puse dentro mi semilla. Hablas como si la excitación significara algo. Ni siquiera significa consentimiento.

—No te lo he preguntado.

—Me lo ha preguntado tu mirada. Y me ha juzgado.

—A mi mirada no le importa.

—Bien. Pues entonces a mí tampoco me importará. Luego sus brujos y cuidadoras de noche han certificado que mi semilla estaba dentro de ella. El brujo se ha asegurado.

—¿Por qué una reina se acuesta con un extranjero al que acaba de conocer para obtener su semilla? ¿Y por qué eso es asunto de la corte entera? Lo que yo te digo, Mossi, en estas tierras pasa algo malo.

—Y la reina estaba fría como la cima de una montaña. No dijo ni una palabra y me avisaron de que tampoco la mirara directamente. No parecía que respirara. Y todo el mundo estaba mirando, como si yo estuviera allí para reparar un socavón.

—¿Quién te advirtió?

—Los guardias que me lavaban.

—¿Se parecían a ella? ¿Tenían esa misma piel tan negra que es azul?

—¿No la tiene todo el mundo al que vemos?

—No hemos visto ni esclavos ni niños.

—Eso ya lo has dicho. Tenía una jaula, Rastreador. Una jaula con dos palomas. Qué mascotas tan extrañas.

—Nadie tiene de mascotas a esos bichos asquerosos. El Aesi usa palomas. Y Sogolon también. Cuando le pregunté, me dijo que estaba mandándole un mensaje a la reina de Dolingo.

—Dos veces me hicieron vaciarme dentro de ella.

—¿Y qué te dijo Sogolon?

—Nada.

—Tenemos que encontrar a los demás.

Le agarré la mano, tiré de él hasta un portal y lo retuve allí.

—Rastreador, ¿qué cojones estás...?

—Hombres, dos, siguiéndonos.

—Ah, ¿te refieres a los dos hombres que caminan a un centenar de pasos detrás de mí, uno con túnica blanca y capa y el otro con chaleco abierto y pantalones blancos de jinete? ¿Que intentan dar la impresión de que no están

confabulados el uno con el otro pero que claramente caminan juntos? Creo que me siguen a mí, Rastreador.

—Podemos llevarlos hasta esa plataforma y despeñarlos.

—¿Todas tus formas de divertirte son tan ingeniosas?

Lo aparté de un empujón. Continuamos andando y dejamos atrás más escalones de los que podía contar, pero me fijé en que el camino nos llevó dos veces hacia la derecha rodeando el tronco cubierto de pequeños techos, torres y palacios. Y en casi todos los recodos veíamos algún árbol nuevo a lo lejos. A medida que doblábamos recodos, yo me iba enfadando más con Mossi, aunque no sabría explicar por qué.

—Una ciudad sin niños y una reina ansiosa por conseguir un hijo, aunque sea de ti. Hay cierto honor en eso, ¿no?

—No hay honor en esas costumbres tan bajas.

—Y sin embargo te quitaste la túnica y estuviste a la altura de las circunstancias.

—¿Qué mosca te ha picado? —me dijo.

Lo miré.

—Me siento perdido y no sé qué hacer aquí.

—¿Que te sientes perdido? Pues yo te estoy siguiendo, o sea que también debo de estarlo.

Los dos hombres habían dejado de esperarnos y empezaron a acercarse.

—Quizá lo que estés buscando no sea una razón para luchar, ni para salvar al niño, sino una razón a secas —dijo Mossi.

—Por los dioses, ¿qué coño quiere decir eso?

—Me he pasado la vida persiguiendo a hombres. La gente o bien persigue algo o bien se escapa de algo, pero tú pareces ir a tu aire. No te va nada en esto, y es normal. Pero ¿acaso hay algo que te importe? ¿O alguien?

Al oír eso sólo deseé arrearle un puñetazo que le devolviera a la boca su siguiente comentario.

Me clavó una mirada afilada, esperando respuesta.

—¿Qué vamos a hacer con esos hombres? —le dije—. No tenemos armas, pero sí puños. Y pies.

—¿Están...?

—No te vuelvas, los tenemos encima.

Los dos hombres parecían monjes, altos y muy flacos, uno con pelo largo y cara erudita de eunuco. El otro, no tan alto pero también flaco, nos miró durante menos de un instante antes de apartar la vista. Mossi se llevó la mano a la espada pero no tenía espada. Los hombres pasaron de largo. Los dos olían mucho a especias.

En el camino de vuelta a mi habitación, ni siquiera la idea de la paz de los dioses me disuadió de ponerme a soltar palabrotas.

—No me puedo creer que te la hayas follado.

Mossi se giró de golpe hacia mí.

—¿Qué?

Me detuve y me di la vuelta. Sólo nos habíamos cruzado con un carro. La calle seguía vacía, pero se oía a gente comprando, vendiendo y gritando por los bazares de los callejones.

—Ya me has oído. Gracias a los dioses, yo sólo soy un tosco chaval de la selva —le dije—. Debe de creer que tú eres un príncipe del Este.

—¿Eso crees, que eres demasiado tosco para que te usen y te maten? —dijo Mossi.

—Si concibe, podrás dar gracias a los dioses por ser un padre de multitudes. Como una rata.

—Escucha, follacabras. No me juzgues por algo que tú también harías. ¿Acaso pude elegir? ¿Crees que quería hacerlo? ¿Qué habrías hecho tú, insultar a la reina en la misma noche en que te ha concedido hospitalidad? ¿Qué nos habría pasado?

—Éstas son aguas nuevas para mí. Nunca un hombre ha tenido que



follarse a otra persona por mi bien. Si concibe, irán a por ti.

—Si concibe, vendrán a por todos —dijo Mossi.

—No, a por ti.

—Pues que vengan. Así aprenderán que en Dolingo hay un hombre que no es un cobarde.

—Me dan ganas de golpearte con todas mis fuerzas.

—¿Tú, el sabueso que camina sobre dos piernas, crees que puedes golpear a un guerrero? Ojalá pudieras.

Me acerqué a él con los puños fuertemente cerrados, mientras varios hombres con túnicas de académicos salían de un callejón y pasaban a nuestro lado. Tres de ellos se dieron la vuelta y siguieron caminando con el grupo pero andando hacia atrás para observarnos. Di media vuelta y caminé hasta mi habitación. No quería que Mossi me siguiera ni tampoco lo esperaba, pero me siguió, y en cuanto atravesó la puerta lo empujé con fuerza contra la pared. Él intentó apartarme de un empujón pero no pudo, así que me dio un rodillazo en las costillas, que se me movieron como si me hubiera roto una. El dolor me golpeó en el pecho y corrió hasta el hombro. Me dio un empujón muy fuerte. Me tambaleé, me tropecé y me caí.

—Me cago en los dioses —dijo, y suspiró.

Me ofreció una mano para ayudarme a levantarme, pero tiré de él hacia abajo y le di un puñetazo en el estómago. Se cayó, gritando, y me abalancé sobre él para volver a golpearle, pero él me agarró las manos, yo tiré de ellas y los dos rodamos hasta chocar con la pared y luego hasta la puerta de la terraza, que se abrió, y a punto estuvimos de caernos. Rodé hasta ponerme encima de él otra vez y lo agarré del cuello. Levantó las dos piernas por detrás de mí, me las cruzó a la altura del hombro y me apartó, luego me saltó encima cuando me estampé contra el suelo. Me lanzó un puñetazo pero lo esquivé y soltó un grito al golpear el suelo. Volví a saltarle encima y le rodeé el cuello con el brazo, pero se dio la vuelta de golpe y se estampó contra el suelo con fuerza conmigo debajo, haciendo que se me escapara el aire de la

nariz y de la boca. No podía moverme ni ver nada. Mossi se giró por debajo de mí, estrangulándome con un brazo y atenazándome las piernas con las suyas. Intenté mover el brazo libre pero me lo cogió.

—Para —me dijo.

—Ve a follarte un cactus.

—Para.

—Te voy a ma...

—Para o empiezo a romper dedos. ¿Vas a parar? Rastreador. Rastreador.

—Sí, cabrón hijo de puta.

—Discúlpate por llamar puta a mi madre.

—Se lo llamo a tu madre y a tu pa...

Grité el resto de la palabra. Me había tirado tanto del dedo que sentí que casi se me rasgaba la piel.

—Me disculpo. Quítate de encima.

—Estoy debajo de ti —me dijo.

—Suéltame.

—Por los dioses, Rastreador. Sácate esa furia del cuerpo. Tenemos problemas más grandes. ¿Quieres parar? Por favor.

—Sí. Sí. Sí.

—Dame tu palabra.

—¡Te doy mi puta palabra!

Me soltó. Tuve ganas de darme la vuelta y pegarle un puñetazo, o una bofetada si no podía ser un puñetazo, o una patada si no podía ser una bofetada, o un cabezazo si no podía ser una patada, o morderle en caso de que me agarrara la cabeza. Pero lo que hice fue ponerme de pie y apretarme el dedo.

—Está roto. Me lo has roto.

Se sentó en el suelo y se negó a levantarse.

—No tienes el dedo más roto que las costillas. Pero los dedos son rencorosos. Si tienes un esguince, te durará un año.

—No me voy a olvidar de esto.

—Sí te vas a olvidar. Has empezado esta pelea porque otro hombre te engañó mucho antes de que yo te conociera. O porque me he follado a una mujer.

—Soy tonto de remate. Todos me miráis y veis al tonto que olfatea. No soy más que un sabueso, como tú has dicho.

—He hablado con demasiada dureza. Estaba en medio de la pelea, Rastreador.

—Soy el sabueso de las Tierras del Río, donde construimos las chozas con mierda, así que no soy más que la bestia de todos vosotros. Y todo el mundo tiene dos planes, o tres, o cuatro planes para poder ganar y que todos los demás pierdan. ¿Cuál es tu segundo plan, prefecto?

—¿Mi segundo plan? Mi primer plan era averiguar quién había asesinado a un patriarca y a su familia, hasta que me encontré con una gente que no quería que sus cadáveres descansaran. Mi segundo plan era no seguir a un sospechoso hasta el archivo que se quemó. Mi segundo plan era no convertirme en fugitivo junto con una panda de cabrones que ni siquiera son capaces de cruzar la calle juntos, y todo porque ahora mis hermanos me matarían sin pestañear. Mi segundo plan, créetelo o no, era no verme atrapado con una panda de gente así de lamentable porque no tengo ningún sitio más adonde ir.

Se puso de pie.

—Idos a la mierda tú y tu autocompasión —le dije.

—Mi segundo plan es salvar al niño.

—A ti no te importa ese niño.

—Te equivocas. Una sola noche. Sólo me hizo falta una noche para perderlo todo. Pero quizá todo no fuera nada si pudo perderse tan deprisa. Ahora ese niño es lo único que va a hacer que parezca que los últimos días han tenido algún sentido. Si he de perderlo todo, que se vayan a la mierda los

dioses y los demonios si mi vida no significa algo. Ese niño es lo único que me queda por perder.

—Sogolon quiere salvar al niño ella. Quizá a la niña y al búfalo también, para que los proteja hasta Mantha.

—A la mierda mil veces lo que quiera Sogolon. Te sigue necesitando para encontrar al niño. Es muy sencillo, Rastreador: no le cuentes nada.

—No le...

Me miró y se llevó un dedo a los labios. Luego señaló con la cabeza por encima del hombro. Se me acercó en silencio hasta tocarme la oreja con los labios y susurró:

—¿Qué hueles?

—Todo, nada. Madera, piel, peste a sobaco, olores corporales. ¿Por qué?

—Los dos estamos bien bañados.

—¿Qué hueles que yo no note?

Nos cambiamos los lugares y retrocedí lentamente hasta la otra punta de la habitación. Toqué el taburete con la pantorrilla y lo aparté de en medio. Siguiéndome despacio, Mossi recogió el taburete por la pata. Justo antes de llegar a la pared lateral, la misma pared de la que salía la mesa, me detuve y me di la vuelta. Gachas, barniz de madera, cuerda de hierba seca y sudor, y una vez más olor a cuerpo sucio. ¿Al otro lado de la pared? ¿Dentro de la pared? Señalé los tablones de madera y la expresión de la cara de Mossi formuló las mismas preguntas. Le di una palmada a la madera y algo se escabulló como una rata.

—Creo que es una rata —susurró Mossi.

Pasé los dedos por encima de la madera y me detuve en una lama de unos tres dedos de ancho. Agarré la madera con los dedos y tiré de ella. Seguí tirando hasta que la madera se desprendió de la pared. Metí la mano en el hueco y arranqué otro tablón.

—Mossi, por los dioses.

Se asomó al interior de la pared y contuvo la respiración. Nos quedamos

los dos allí, mirando. Seguimos agarrando tablones y desprendiéndolos, unos tablones tan altos como nosotros, y lo que no se quería mover lo hundíamos a patadas y luego lo apartábamos a patadas. Mossi agarraba los tablones casi presa del pánico, como si se nos estuviera acabando el tiempo. Tiramos y arrancamos hasta abrir un boquete en la pared igual de ancho que el búfalo.

El niño no estaba ni de pie ni tumbado, sino apoyado en un lecho de hierba seca. Tenía los ojos muy abiertos y expresión de terror. Estaba asustado pero no podía hablar, intentaba huir pero no podía. Tampoco podía gritar porque tenía algo parecido a las tripas de un animal embutido en la boca y la garganta. No podía moverse por culpa de las cuerdas. Hasta su último miembro —piernas, pies, dedos de los pies, brazos, manos, cuello y todos los dedos— estaba atado a una cuerda y tirando de ella. Sus ojos, muy abiertos y húmedos, parecían ciegos por la enfermedad del río, y tenían las pupilas grises como un cielo huraño. Parecía ciego pero podía vernos, y estaba tan aterrado de ver que nos acercábamos que se estiró y gimoteó y trató de protegerse la cara de nuestros golpes. Aquello hizo que la habitación entera enloqueciera: la tabla que hacía de mesa se puso a entrar y salir de la pared, las puertas a abrirse y cerrarse, las sogas del balcón a tensarse y distenderse y el cubo de la mierda a vaciarse. El niño llevaba una cuerda enrollada en torno a la cintura para impedir que se escapara, pero uno de los tablones tenía un agujero lo bastante grande para su ojo, o sea que sí, podía ver.

—Chico, no vamos a hacerte daño —dijo Mossi.

Le acercó la mano a la cara y el niño se puso a golpear con la cabeza una y otra vez contra la hierba, apartando la cara, esperando un golpe, con las lágrimas cayéndole de los ojos. Mossi le tocó la mejilla y el niño chilló con la tripa en la boca.

—No conoce nuestra lengua —dije.

—Míranos, no somos azules —dijo Mossi, y dedicó un momento largo a acariciarle la mejilla despacio.

El niño seguía dando tirones y patadas a los tablones, las ventanas y las

puertas seguían abriéndose y cerrándose, arremetiendo hacia fuera y cerrándose de golpe. Mossi le siguió acariciando la mejilla cada vez más despacio, hasta que se detuvo.

—Deben de haber atado estas cuerdas con magia —dije.

No podía desatar los nudos. Mossi metió el dedo en una ranura que tenía en la sandalia derecha y sacó un cuchillito.

—Los centinelas tienden a registrarte menos cuando pisas mierda —me dijo.

Le cortamos todas las cuerdas al niño pero él se quedó allí quieto, apoyado en la hierba seca, desnudo y cubierto de sudor, con los ojos muy abiertos como si llevara la vida entera conmocionado. Mossi agarró el tubo que le bajaba por la garganta, lo miró con toda la tristeza del mundo y le dijo:

—Lo siento, lo siento mucho.

Y tiró, no deprisa pero con vigor, y no paró hasta que se lo hubo sacado del todo. El niño vomitó. Una vez cortadas todas las sogas, la puerta y todas las ventanas permanecieron cerradas. El niño nos miró, con la piel despellejada por el roce de las cuerdas y la boca temblando, como si estuviera a punto de hablar. No le dije a Mossi que quizá le hubieran cortado la lengua. Mossi, prefecto de una de las ciudades más rebeldes del Norte, nunca había visto una crueldad semejante.

—Mossi, todas las casas, todas las habitaciones y esas carretas del cielo son así.

—Lo sé. Lo sé.

—En cada sitio al que voy para salvar a ese niño me encuentro con algo peor que el mal del que lo estamos salvando.

—Rastreador.

—No. Esos monstruos no lo van a matar. El niño está intacto. Nadie le ha hecho daño. Lo huelo. Está vivo, no huele a muerte ni a podredumbre. Mira a este niño al que estás sosteniendo, ni siquiera puede ponerse de pie. ¿Cuántas

lunas lleva detrás de esa pared? ¿Desde que nació? Mira este sitio de pesadilla. ¿Cómo pueden ser peores los chupasangres?

—Rastreador.

—¿Cómo...? Tú y yo somos iguales, Mossi. Cuando alguien nos llama, sabemos que vamos a encontrarnos con maldades. Mentiras, engaños, palizas, heridas, asesinatos. Tengo un estómago fuerte. Pero seguimos pensando que los monstruos son los que tienen zarpas y escamas en la piel.

El niño lo miraba mientras Mossi le frotaba los hombros. Dejó de temblar, pero miró más allá de las puertas del balcón como si fuera hubiera algo que no había visto nunca. Mossi lo dejó sobre el taburete y se giró hacia mí.

—Estás pensando en qué puedes hacer —me dijo.

—Si tú no dices nada...

—Nunca te diría qué tienes que pensar. Pero... Rastreador, escucha. Hemos venido aquí a por el niño. Somos dos contra un país entero y hasta quienes han venido con nosotros quizá estén en nuestra contra.

—Todo el mundo con quien hablo me dice: Rastreador, no tienes nada por lo que vivir ni por lo que morir. A nadie le empeoraría la vida si desaparecieras esta noche. Pero quizá por esto sí que valga la pena morir... Dilo.

—¿El qué?

—Di que esto nos supera a mí y a nosotros, que ésta no es nuestra lucha, que éste es el camino de los necios y no de los sabios, que esto no va a cambiar nada... ¿Y bien? ¿Qué ibas a decir?

—¿A cuál de estos hijos de perra sarnosos matamos primero?

Abrí los ojos como platos.

—Piénsalo, Rastreador. El plan es que no salgamos nunca de aquí. Pues quedémonos. Estos cobardes llevan tanto tiempo viviendo sin enemigos que seguramente creen que las espadas son artículos de joyería.

—Tienen cientos y más cientos de hombres. Y cientos más.

—No necesitamos preocuparnos de esos centenares. Sólo de los pocos que

hay en la corte. Empezando por esa reina asquerosa. Sigámosle la corriente por ahora, hagámonos los tontos. Pronto nos convocarán a la corte, esta noche. Ahora lo que tenemos que hacer es dar de comer a este...

—¡Mossi!

El taburete estaba vacío. La puerta de la terraza se mecía sobre sus goznes. El niño no se encontraba en la habitación. Mossi salió corriendo tan deprisa al balcón que le tuve que agarrar la capa para que no se cayera. Gritaba, pero no le salía ningún ruido de la boca. Lo arrastré de vuelta a la habitación, pero seguía empujando hacia delante. Lo rodeé con los brazos más y más fuerte. Dejó de forcejear y me permitió que lo abrazara.

Esperamos a que anocheciera para ir a buscar al ogo. El idiota que me daba de comer vino a mi puerta para decirme que la cena sería en la corte, pero sin la presencia de la reina. Cuando empezaran a sonar los tambores yo tenía que ir a los muelles y aguardar a que llegara la carreta del cielo. ¿No? ¿Sí? Mossi estaba escondido detrás de la puerta con su cuchillo. Alguien debía de haber visto al niño tirarse al vacío, por mucho que el pobre no hubiera hecho ningún ruido mientras caía. O quizá que un esclavo se precipitara a su muerte no fuera ninguna novedad en Dolingo. Esto estaba pensando yo mientras el hombre seguía intentando meter la cabeza por mi puerta, hasta que le dije: Señor, si entras, te follaré a ti también, y la piel azul se le puso verde. Me dijo que volvería para servirme un glorioso desayuno por la mañana, ¿no? Sí.

Sentí el olor de Ogotriste en MLuma, el tercer árbol, el que se parecía más bien a un poste con alas gigantescas para atrapar la luz del sol. A Mossi le preocupaba que hubiera guardias vigilándonos, pero la arrogancia de Dolingo era tan grande que nadie consideraba que un par de futuros donantes de semen constituyeran ninguna amenaza. Le dije: Cómo de pintorescas les deben de haber parecido nuestras armas, y no sólo las nuestras, sino todas las armas. Eran como esas plantas sin espinas que nunca habían conocido a un animal que se las comiera. Cuando las miradas de los hombres y las mujeres



hicieron que Mossi se llevara la mano al cuchillo que tenía escondido dentro de la casaca, le puse la mano en el hombro y le susurré: ¿Cuántos hombres con piel como la tuya han visto? Él asintió con la cabeza y siguió caminando.

En MLuma, la carreta se detuvo en la quinta planta. Encontramos a Ogotriste en la octava.

—No sé por qué está tan rabiosa. Ya lo estaba antes incluso de que llegáramos a esta ciudad —dijo Ogotriste.

—¿Quién, Venin? —le pregunté.

—Deja de llamarme con ese nombre asqueroso, me dijo. Pero es su nombre, ¿cómo la voy a llamar si no? Tú estabas presente cuando dijo: Me llamo Venin. ¿Verdad que sí?

—Bueno, conmigo siempre ha estado rabiosa, o sea que...

—Rabiosa, no estaba rabiosa nunca. Yo nunca estuve rabioso con ella cuando le dejaba sentarse en mi hombro.

—Ogotriste, hay cosas más importantes, y tenemos que hablar de ellas.

—¿Por qué nos han separado de los demás, Venin?, eso es lo único que le dije, y ella me dijo que no se llamaba así, y me gritó que sacara de allí mis brazos de monstruo y mi cara de monstruo, ni se te ocurra acercarte a mí, porque soy una guerrera temible que quiere quemar el mundo. Y luego me llamó shoga. Ha cambiado.

—Quizá no viera las cosas igual que tú, Ogotriste —dijo Mossi—. ¿Quién sabe qué piensan las mujeres?

—No, ha cambiado, y...

—No digas Sogolon. Tiene la mano raquílica metida en demasiados cuencos para que podamos hablar de todos. Hay un complot, Ogotriste. Y puede que la niña esté confabulada con Sogolon.

—Pero es que escupió cuando dije su nombre.

—¿Quién sabe por qué estarán peleadas? Tenemos problemas más graves, ogo.

—Todas estas cuerdas que salen de la nada y tiran de todo... Magia

maligna.

—Esclavos, ogo —dijo Mossi.

—No entiendo.

—Deja eso para otro día, Ogotriste. La bruja ha venido con otros planes.

—¿No quiere salvar al niño?

—Ése sigue siendo su plan. Simplemente nosotros no formamos parte de él. Su intención es quedarse con el niño después de que yo se lo encuentre, y con la ayuda de esa reina. Creo que la reina y ella han hecho un trato. Quizá cuando Sogolon rescate al niño, la reina le dará salvoconducto al Mweru.

—Pero para eso estamos nosotros. ¿Por qué el engaño?

—No lo sé. Quizá el trato es que la reina se nos pueda quedar para hacer sus experimentos malignos.

—¿Por eso todo el mundo es azul? ¿Por las artes malignas?

—No lo sé.

—Venin me sacó de su puerta de un empujón con una sola mano. Qué asco debo de darle.

—¿Te sacó de un empujón? ¿Con una sola mano? —le pregunté.

—Eso he dicho.

—He visto a una mujer encolerizada volcar una carreta llena de metal y especias. Puede que fuera mi carreta o puede que yo la hiciera montar en cólera —dijo Mossi.

—Ogotriste —dije, levantando la voz para hacer callar al prefecto—. Necesitamos estar en guardia, necesitamos armas y necesitamos irnos de esta ciudadela. ¿Qué piensas del niño? ¿Deberíamos rescatarlo también?

Con el ceño fruncido, el ogo nos miró a los dos y luego al otro lado de la puerta.

—Deberíamos salvar al niño. Él no tiene ninguna culpa.

—Entonces eso es lo que haremos —dijo Mossi—. Esperaremos a que lleguen a Dolingo. Y los atacaremos por nuestra cuenta, sin decírselo a la bruja.

—Necesitamos armas —dije.

—Sé dónde las tienen guardadas —dijo Ogotriste—. Ninguno de ellos pudo levantar mis guanteletes, así que tuve que llevarlos yo al custodio de las armas.

—¿Dónde está?

—En este mismo árbol, en el nivel más bajo.

—¿Y Sogolon? —dijo Mossi.

—Ahí —dijo el ogo, y señaló algo detrás de nosotros: el palacio.

—Bien. Iremos cuando lleguen los chupasangres. Hasta entonces...

—Rastreador, ¿qué es eso? —dijo Mossi.

—¿Qué es qué?

—¿Tienes buen olfato o no lo tienes? Ese olor dulzón que hay en el aire.

Mientras lo decía, lo olí. El olor se fue volviendo más dulce y más fuerte. Como la habitación era roja, nadie vio la neblina anaranjada que se levantaba del suelo. Mossi fue el primero en caer. Yo me tambaleé, me caí de rodillas y vi que Ogotriste corría hasta la puerta, daba un puñetazo furioso a la pared, se caía primero de culo y después de espaldas y hacía estremecerse la habitación entera antes de que todo se volviera blanco.

## DIECINUEVE

Yo sabía que hacía siete días que habíamos salido de Kongor. Y cuarenta y tres desde que habíamos iniciado nuestro viaje. Y en una luna entera. Lo sabía porque llevar la cuenta era lo único que me ayudaba a tener los pies en el suelo. Una argolla enorme en torno a mi cuello, unida a una cadena larga y pesada. Los brazos encadenados detrás de la espalda. Mi ropa había desaparecido. Tenía que girarme para ver la bola a la que la cadena estaba remachada. Las dos eran de piedra. Alguien les había hablado de lo mío con los metales. Sogolon.

—Dinos dónde está el niño, venga —me dijo una voz.

El canciller. La reina debía de estar en el piso de arriba esperando noticias. No, la reina no.

—Si Sogolon quiere noticias del niño, dile a la bruja que venga ella en persona —le dije.

—Chico, chico, chico, te conviene hablarme de tu olfato. Si me voy yo, vendrán otros hombres con instrumentos, sí.

La última vez que yo había estado en un sitio a oscuras, habían salido mujeres metamorfos de las sombras para echárseme encima. El recuerdo me hizo estremecer, aunque aquel idiota creyó que era por su amenaza de tortura.

—¿Ya has olido al niño?

—Sólo hablaré con la bruja.

—No, no, no, que no. ¿Ya has...?

—Huelo algo. Huelo a cabra, a hígado de cabra.

—Qué talento tienes, hombre de los ku. Ciertamente he desayunado hígado, y sorgo de mi propio campo, y café de los mercaderes del Norte, muy

exquisito, sí.

—Pero el hígado de cabra que huelo está crudo, ¿y por qué viene el olor de tu entrepierna, canciller? ¿Tu reina sabe que practicas la ciencia blanca?

—Nuestra gloriosa reina permite todas las prácticas.

—Siempre y cuando no sea en la corte de tu gloriosa reina. Pues mira, ahora vas a tener que torturarme, canciller, o por lo menos matarme. Sabes que no te miento, nada va a impedirme que se lo cuente a quien quiera oírlo.

—No si te corto esa lengua.

—¿Tal como hacéis con vuestros esclavos? ¿Acaso tu reina no quiere a estos viajeros sanos y enteros?

—Nuestra reina sólo necesita una parte de vosotros sana y entera.

Apreté las piernas sin darme cuenta y él soltó una risotada.

—¿Dónde está el niño?

—El niño no está en ninguna parte. Todavía está viniendo de Wakadishu, y hay varios días de camino, ¿verdad? Podéis ir a buscarlo ahí.

—Pero vosotros estáis en Dolingo para encontraros con él.

—Y no está en Dolingo. ¿Dónde anda la bruja? ¿Está escuchando esto? ¿Acaso te escucha a ti, o sólo eres el eco gordo de otras voces más importantes?

Soltó un bufido.

—Sí, dicen que tengo buen olfato, pero nadie te había dicho que también tengo labia.

—Si me voy, volveré con...

—Con tus instrumentos. Tus palabras me han asustado más la primera vez.

Me puse de pie. Por mucho que llevara la cadena en el cuello y no pudiera ir a ninguna parte, el canciller dio un respingo.

—No pienso hablar ni contigo ni con tu reina. Sólo con la bruja.

—Tengo la autoridad...

—Trae a la bruja o empieza a torturarme.

Se levantó los bajos de la agbadá y me dejó solo.

Aunque olí su llegada, aun así me cogió por sorpresa. La puerta frente a mi celda se abrió y la bruja entró. La seguían dos guardias a varios pasos de distancia. El que tenía las llaves abrió la reja y se apartó mucho para dejarla pasar. Los guardias intentaban no mostrar su miedo por la Bruja de la Luna. Sogolon se sentó en las sombras.

—Sé que te lo estás preguntando —me dijo—. Te estás preguntando por qué no has visto ni a un solo niño en Dolingo.

—Me estoy preguntando por qué no te maté cuando tuve ocasión.

—Hay ciudades que crían ganado y otras que cultivan trigo. Dolingo cría hombres, pero no de forma natural. No te hace falta una explicación y tardaríamos años en dártela. Esto es lo que has de saber, que luna tras luna, año tras año y puñado de años tras puñado de años, las semillas y los úteros de los dolingon se han vuelto inservibles. Y lo que no es estéril engendra unos monstruos de aspecto inenarrable. Malas semillas entrando en malos úteros, las mismas familias, una y otra vez, hasta que los dolingon pasaron de ser las criaturas más sabias a las más idiotas. Tardaron cincuenta años en decirse los unos a los otros: Míranos, necesitamos semillas nuevas y úteros nuevos.

—Dime que va a haber monstruos en este cuento tan aburrido.

—Es más que simple magia. Si ella concibe, agarrarán a Mossi y lo meterán en el tronco. Será la fuente y ellos exprimirán esa fuente. Lo exprimirán hasta que esté muerto. Pero eso es sólo para los miembros de la realeza. Luego cogen a otros hombres y los exprimen y los matan para el resto de la gente. Los científicos y los brujos de aquí pueden hacer sembrar y criar incluso a tu ogo, cuya semilla es inútil.

—Pues entonces la ciudadela debería estar infestada de niños. ¿Qué hacen, los esconden?

—Luego se llevan a las criaturas antes de que nazcan y las almacenan en el gran útero, los alimentan y los hacen crecer hasta que son tan grandes

como tú. Y sólo entonces nacen. Pero están sanos y viven largas vidas.

—Un hombre de mi edad diciendo babababa y cagándose encima dos veces al día. Así es el gran Dolingo.

—Ya han pasado dos días. ¿Dónde está el niño?

—No hay niños, no hay esclavos y tampoco hay viajeros. Tú ya sabías esto. Lo sabías desde que el mapa mostró que la siguiente puerta llevaba a Dolingo.

—Nadie obtiene salvoconducto en Dolingo —dijo ella—. Ya has visto que lo tienen todo perfectamente pensado. Hacen falta un montón de súplicas, documentos y un tratado sólo para pasar por la calle principal. Mira la magnificencia de esta ciudadela. ¿Crees que la han obtenido a base de permitir que pase cualquiera y les robe sus secretos? No, necio. Usan a todo el que llega a sus calles para criar, y al que no le pueden sacar provecho lo matan.

—Mandaste esas palomas para avisarla de que venías. Trayéndole regalos.

—¿Por qué se están demorando tanto en Wakadishu?

—El prefecto, el ogo y yo.

—¿Por qué no vienen? —me preguntó Sogolon.

—Quizá las mujeres wakadishu tengan más carne y más sangre. ¿Tú no eres una mujer del Sur?

—El Aesi ya está en una caravana rumbo a Dolingo.

—¿Alguien te ha traicionado? ¿Qué me dices a eso, Sogolon?

—No dices más que guasas.

—Y tú no haces más que traicionar.

—Han existido dos Dolingos. Igual que existía un Malakal anterior a Malakal. El antiguo Dolingo no tenía rey ni reina, sólo un gran concilio, todos hombres. ¿Para qué poner el reino entero en manos de un solo hombre?, contaban que les decía la gente, lo cual era mentira, porque nunca le preguntaron nada a la gente. Decían aquellos hombres: ¿Para qué poner nuestro futuro en la palma de un solo hombre? Si a un hombre le pones el

poder en la mano, tarde o temprano cerrará el puño. Olvidaos de reyes y reinas, cread un concilio con los hombres más inteligentes. Y pronto los hombres más inteligentes sólo escucharon a los más inteligentes, y pronto se volvieron necios. Pronto empezaron a tardar tanto en hacerlo todo, desde la recogida de la mierda hasta las decisiones sobre la guerra, que la mierda empezó a fluir por las calles y a punto estuvieron de perder la guerra contra las cuatro hermanas del Sur. Diez y dos hombres eran, y cuando se ponían de acuerdo nadie veía más allá de su arrogancia. Cuando no alcanzaban el acuerdo, se dedicaban a pelearse y pelearse, y la gente se moría de hambre, y cada vez eran más arrogantes, y lo confundían con ser sabios. Y el pueblo de Dolingo cobró conciencia de una verdad: que una bestia de diez y dos cabezas no es diez y dos veces más sabia. Sólo es un monstruo que se hace callar a sí mismo a gritos. Así que Dolingo mató a diez y uno de aquellos hombres y coronó rey al que quedaba.

—Siguen con miedo a una gran inundación que nunca ha sucedido —dije.

—Ahora son la envidia de los nueve mundos. Todos los reyes quieren aliarse con ellos, todos los reyes quieren conquistarlos. Pero ¿cuál fue el primer decreto sabio del rey? Que Dolingo no libraría ninguna guerra y que no tendría enemigos, bajo ninguna circunstancia. Comercian con los buenos y con los malos.

—Y esta historia no es ni buena ni corta.

—Le dije a Amadu que no os necesitaba a ninguno de vosotros. Me valía con cinco o seis guerreros cualesquiera y un sabueso. Tú eres el único al que necesito, pero hasta tú eres tonto. Hasta el último de vosotros es tonto. Pasáis tanto tiempo gruñendo y rezongando como hienas hambrientas que ninguno tenéis tiempo para encontrar vuestro propio culo, ya no digamos a un niño. ¿Quieres saber qué representa para mí Kongor? Kongor es donde los hombres me enseñaron su verdadera utilidad. Y cualquier cosa que un hombre pueda hacer, la hace mejor un candelero.

—Y, sin embargo, estás ayudando a encontrar a un niño que será un



hombre cuando crezca —le dije.

—Pero ¿sabes qué voy a hacer? ¿Sabes qué voy a hacer? Me voy a cobrar la mayor de las venganzas. Os voy a enterrar a todos. Del primero al último. Voy a estar en cada lecho de muerte. En cada accidente. En cada infestación de malos espíritus. En cada recodo traicionero. Y me reiré. Y si el cuchillo sólo está clavado hasta la mitad, lo hundiré hasta el puño. O viajaré por el aire y te infectaré la mente. Y seguiré viviendo. Os enterraré a ti y a tu hijo y al hijo de tu hijo. Y viviré. Yo..., yo... —Se detuvo y contempló la celda como si fuera la primera vez que la veía.

—Quizá tendrías que volverte al sitio del que vienes —le dije.

—No llegará el día...

—... en que un hombre te diga lo que has de hacer. ¿No tienes suficientes espíritus en la cabeza que ya hacen eso?

»Pero estamos hablando de ti.

—Estás hablando de todo el mundo menos de mí. Mira lo que hacéis todos. La compañía se desbanda antes incluso de reunirse en el valle. Tres de vosotros vais a las Tierras Oscuras y uno tiene que seguiros porque sois hombres y los hombres no escucháis. Y eso nos ha retrasado una luna entera.

—De manera que nos has vendido.

—De manera que os he quitado de en medio.

—Y, sin embargo, mírame y mírate a ti. Uno de los dos tiene buen olfato y el otro lo sigue necesitando —le dije.

—Uno de nosotros va encadenado y el otro no.

—Nunca has aprendido a pedir favores.

—La reina os tratará a ti, al prefecto y al ogo mejor que si fuerais concubinas.

—¿Nos dará a cada uno un palacio que nunca visita?

—Toda mi vida me han dicho los hombres que ésa es la mejor vida que hay. Pues bien, ahora llega la reina de Dolingo y dice: Éste es vuestro único

cometido durante el resto de vuestras vidas. A juzgar por cómo hablan los hombres, debería ser el mejor regalo del mundo.

—Sería mucho mejor si el hombre pudiera decidir.

—O sea que ahora eres como una mujer en todo. ¿Cómo te hace sentir eso?

—Diles a los griots que te canten la canción de tu victoria sobre el hombre.

—¿El hombre? Tú sólo eres una nariz.

—Una nariz que todavía te resulta útil.

—Sí, una nariz que quizá todavía resulte útil. El resto de ti no es más que un estorbo. Y cuando yo consiga al niño, has de saber que habrás ayudado a devolver el orden natural al Norte. Que eso te dé sustento mientras te acomodas para pasar el resto de tu vida aquí.

—Aquí, donde todo es antinatural. Que le den por el culo al Norte.

—Me ves con buenos ojos, chaval. Porque no me has visto antes. ¿No has estado en Kongor? ¿No has visto congregarse a las Siete Alas? ¿Qué crees que hay en el corazón de este rey? Si el rey del Sur está demasiado ocupado confundiendo su trono con su letrina para empezar una guerra, ¿por qué los está congregando? Y no sólo a los mercenarios en Kongor. La infantería fue llamada hace una luna a la frontera de Malakal y de Wakadishu. Toda la caballería de Fasisi ha sido llamada a filas. El rey del Sur es una clase de loco. El rey del Norte es de otra clase mucho peor. Primero violará el tratado y atacará Wakadishu, fíjate en lo que te digo. Y con eso no le bastará, porque nada es nunca suficiente para alguien que tiene ese tipo de veneno. Luego irá a conquistar todo lo que pueda señalar en el mapa. Y Dolingo.

—Por mí puede quemar Dolingo hasta que no quede nada.

Sogolon se me acercó, todavía fuera del alcance de mis cadenas cuando me puse de pie.

—Ja. ¿Crees que va a conformarse con Dolingo y todos los Estados libres? ¿Qué crees que va a hacer con Ku y Gangatom y Luala Luala? Un reino más

grande necesitará más esclavos. ¿De dónde crees que los va a sacar? Y no le va a importar que tengan patas de jirafa o que no tengan piernas.

—Bruja de los cojones.

—Una bruja de los cojones que sabe que el único futuro de tus niños es que Fasisi vuelva a ser el Norte verdadero. El rey ya se está llevando a los hombres y a todos los muchachos sanos de Luala Luala. Hace demasiado tiempo que el mundo gira como no debe y todo está ya desequilibrado. Y esta zorra arrugada que tienes delante... va a recurrir a todo y a todo el mundo, y ciertamente a un niño que es menos que una mancha de mierda en la pared de un preso, si eso devuelve al trono a la verdadera línea sucesoria de la hermana. El Norte verdadero. El futuro del Norte está en los ojos de ese niño. Y quizá vuelvan también los dioses. El futuro es más grande que yo, más grande que tú y más grande incluso que Fasisi. No espero que lo entiendas; sigues dormido, y los hombres como tú nunca se despiertan de ese letargo.

—Entonces busca mi ayuda en sueños, zorra.

—A la reina le gusta que sus sementales estén enteros, ésa es la verdad. Pero ya ha encontrado a su semental y no eres tú. El prefecto carabonita se la folla bien, yo estaba delante y lo he visto. Tan bien que ella ni siquiera se ha dado cuenta de que lo que a él le gusta son los hombres. Vivirá bien hasta que se le agoten las semillas, o hasta que lo haga mal, o se haga viejo, o hasta que ella se aburra y lo mande a la cámara de fuego y le dé otro uso. Tú, en cambio... Les da igual qué parte de ti aplastar, romper o cortar, siempre y cuando no sea ésa. Escúchame, necio. Todo este asunto nunca ha ido contigo, siempre lo has sabido. No tenías nada que perder y lo único que ibas a ganar era un poco de dinero. Menos dinero del que les doy yo a los mendigos de la calle. Pero ahora tienes mucho que perder. Ya ves cómo esta gente vive su vida entera con los esclavos bajo control... ¿Crees que no van a saber qué hacerte a ti?

—Una cosa, Bruja de la Luna... ¿Es así como te llaman?

—La gente siempre está poniendo nombre a las mujeres, cuando ellas ya

tienen uno.

—Estás usando palabras como *mujer*, como si tú representaras a alguna. Como si fueras de alguna hermandad femenina. Pero, ¿a cuántas hermanas has traicionado?

—El futuro de Fasisi es más importante que cualquier cosa que puedas decir.

—Todavía tengo algo que añadir.

—¿Y qué es ese algo?

—Cuando por fin me muera a manos de los dolingon, ¿cuántas runas tendrás que escribir cada noche para impedirme que vaya a por ti?

Ella se alejó de mí y se adentró en las sombras antes de que pudiera verle la cara. Pero tenía las manos caídas a los costados.

—Estás en el Melelek. Haz lo que te digan y vivirás una larga vida.

—Me conoces lo suficiente como para saber que nunca voy a hacer lo que me digan. Me matarán en cuanto haya matado a diez guardias. Y entonces tú y yo danzaremos eternamente en tu cabeza.

Se acercó a las rejas, cansada de mirarme.

—El futuro de Fasisi es más importante que cualquier cosa que puedas decir.

—Ya lo has repetido dos veces. En serio, Sogolon, deberías coger ese coño reseco...

Sogolon salió de la línea de sombras, aunque no se me acercó lo bastante como para que pudiera agarrarla. Miró a su alrededor, después a mí otra vez, y sonrió.

—El niño. Está aquí.

—Formular un deseo no lo hace realidad.

—Pero lo estás oliendo. Estás girando la cara a la derecha tan bruscamente que te vas a romper el cuello. O sea que está en el Este. Dime dónde está, dímelo ahora y nunca conocerás el dolor.

—El dolor es mi hermana.

—Dime dónde está y tendrás aposentos para ti solo con toda la comida que quieras. Dolingo no es un sitio para ti y para la gente como tú, pero es posible que te encuentren a un muchacho. O a un eunuco.

—Te voy a matar. ¿Crees que me hace falta jurárselo a los dioses? A la mierda los dioses. A la mierda las brujas y a la mierda los brujos. Me lo juro a mí mismo. Te encontraré y te mataré, en esta vida o en la próxima.

—Pues me moriré. Pero ya he vivido trescientos, diez y quince años y ni siquiera la muerte ha podido matarme. Espero que lo entiendas antes de que te mueras tú. El Norte verdadero está por encima de cualquier cosa. De todo —dijo.

Levantó la mano y un viento abrió de golpe la puerta del otro lado. Los dos guardias entraron corriendo y se quedaron junto a los barrotes. Detrás de ellos entró la niña, Venin, y se me quedó mirando.

—Tu rey, aun después de desterrar a su hermana a Mantha y de decirle que iba a vivir allí el resto de su vida, se dedica a mandarle cada dos lunas a un asesino para matarla. Al último dejamos que Bunshi se le metiera por la boca y lo hirviera por dentro. A cuatro de ellos los maté yo en persona. Uno estuvo a punto de degollarme y el otro cometió la equivocación de querer violarme primero. Me lo follé con una daga y le abrí un koo hasta el mismo cuello. Y cuando el rey no nos está mandando asesinos, nos manda veneno. Frutas que matan a la vaca a la que se las damos. Arroz que le quema la lengua a una cabra. Vino que mata a una sirvienta que sólo se estaba asegurando de que no estuviera demasiado caliente.

Señaló a los guardias y dijo:

—Tú, el del Melelek. Quiero saber dónde está el niño antes de que salga el sol o le daremos otra utilidad a tu cuerpo.

Y se marchó, pero la niña se quedó. Me dieron ganas de preguntarle si le gustaba el espectáculo. Pero no me estaba mirando con desprecio —he visto muchas caras despectivas—, sino con curiosidad. Me la quedé mirando y ella

me miró a mí y no aparté la vista ni siquiera cuando los guardias abrieron la reja.

—Te necesitan limpio —dijo uno de ellos.

—¿Y cómo...?

No vi el cubo hasta que el agua me dio en toda la cara. Los dos guardias se rieron pero la niña no se inmutó.

—Ya está limpio —dijo uno de ellos.

Venin se volvió para irse.

—¿Ya te vas? Pero si está a punto de empezar la diversión, ¿verdad, amigos? Se va, amigos, se va. Nos deja solos. ¿Qué vamos a hacer sin ella?

Uno de los guardias se acercó y me pasó caminando por detrás. No me molesté en girarme.

—Nobles caballeros, ¿estamos en el Melelek? ¿Qué es el Melelek? —les pregunté.

El guardia me dio una fuerte patada en la corva y me desplomé al suelo gritando. Luego me dio un rodillazo en la espalda y me empujó al suelo para darme la vuelta. El otro guardia se me acercó corriendo para agarrarme las piernas, pero corrió demasiado deprisa. Cogí impulso con una pierna y le di una patada en todas las pelotas. Se encogió de dolor y el guardia que yo tenía en el cuello retrocedió de un salto, ya que probablemente nunca había visto a nadie resistirse. Vaciló, dio otro respingo, abrió mucho los ojos y por fin blandió su porra.

No sé cuánto tiempo tardé en abrir los ojos. Se abrió la puerta y entraron dos hombres, ambos con túnicas negras y las caras escondidas con capuchas. Uno llevaba una bolsa, que agarraba con unas manos livianas como el polvo. Cuando llegaron a la reja, los guardias se apartaron hasta ponerse contra la pared. Los dos hombres entraron y los guardias salieron, haciendo un

esfuerzo para no correr. Los recién llegados se detuvieron a mi lado y se agacharon.

Practicantes de ciencia blanca.

Hay quien dice que se los llama así porque de tanto hacer magia y malas artes y pociones y quemar vapores durante tanto tiempo se les quema el marrón de la piel. Yo siempre había pensado que el nombre les venía porque creaban cosas malignas de la nada, y la nada es blanca. La gente los miraba y los tomaba por albinos, y a los albinos, por ellos. Pero la piel del albino es el deseo de los dioses. En el practicante de la ciencia blanca todo es impío. Los dos se descubrieron las cabezas y de las capuchas les salieron sendas matas de rizos que parecían manojos de rabos. Rizos igual de blancos que su piel. Ojos negros y rizos también en las barbas. Caras flacas de pómulos altos y labios gruesos y rosados. El de la derecha sólo tenía un ojo. Me cogió de las mejillas y apretó hasta abrirme la boca. Cada palabra que yo intentaba decir me salía de la cabeza como una ola que moría antes de alcanzar la boca. El tuerto me metió los dedos en un agujero de la nariz y después en el otro, luego se miró el dedo y se lo enseñó al otro, que asintió con la cabeza. El otro frotó una mano contra mis orejas; tenía unos dedos ásperos como piel de animal. Por fin se miraron entre sí y asintieron con la cabeza.

—Me queda un agujero donde no habéis mirado. ¿Queréis examinarlo? — pregunté.

El tuerto trajo su saco.

—El dolor que vas a sentir no será pequeño —me dijo.

Antes de que yo pudiera decir nada, el otro me amordazó con una bola de piedra. Me dieron ganas de decirles que eran estúpidos, aunque no eran los primeros estúpidos de Dolingo. ¿Cómo podía confesar yo nada si estaba amordazado? Y entonces me volvió a llegar a la nariz el olor del niño, muy fuerte, casi como si estuviera delante de aquella celda, aunque enseguida empezó a alejarse. El científico tuerto se desató un nudo del cuello y se retiró la capucha.

Un ibeji maligno. Yo había oído que habían encontrado uno al pie de las Colinas del Embrujo y que la Sangoma lo había quemado a pesar de que ya estaba muerto. Incluso muerto había conseguido agitar a aquella mujer imperturbable, porque era el único tipo de mingi al que ella mataría sin pestañear. Los ibeji malignos estaban destinados a no nacer, pero no eran los douada nonatos, que rondaban el mundo de los espíritus, serpenteando por el aire como renacuajos y a veces colándose en este mundo a través de un recién nacido. El ibeji maligno era el gemelo que el útero estrujaba y aplastaba para deshacerlo pero sin conseguirlo. El ibeji maligno crece sobre su descontento como si fuera el demonio de la carne misma del cuerpo, que sale por los pechos de la mujer y la mata envenenándole la sangre y los huesos. El ibeji maligno sabe que nunca será el favorito, de manera que ataca al otro gemelo en el útero. El ibeji maligno a veces muere al nacer, cuando la mente no le ha crecido. Cuando la mente sí le ha crecido, lo único que sabe es cómo sobrevivir. Se mete dentro de la piel del gemelo, sorbiéndole la comida y el agua de la carne. Sale del útero junto con el gemelo, tan pegado a su piel que la madre cree que es también carne del bebé, sin formar, fea como una quemadura y desagradable, y a veces los tira a los dos a los descampados para que se mueran. Es carne arrugada e inflamada, y piel y pelo, y un solo ojo enorme y una boca que babea sin cesar, y una mano con zarpas y otra metida en la panza como si estuviera cosida, y unas piernas inútiles que se menean como aletas, y un pene flaco y duro como un dedo y un ojete que expulsa mierda como si fuera lava. El ibeji maligno odia a su gemelo porque nunca será ese gemelo, pero al mismo tiempo lo necesita porque no puede comer comida ni beber agua ya que no tiene garganta, y los dientes le crecen en cualquier lado, incluso encima del ojo. Es un parásito. Gordo y lleno de bultos, como entrañas de vaca amarradas entre sí, y va dejando limo allí por donde se arrastra.

El ibeji maligno tenía una sola mano desplegada sobre el cuello y el pecho del científico tuerto. Ahora desclavó las zarpas y de cada agujero manó un



poco de sangre. La segunda mano se despegó de la cintura del científico, dejándole un verdugón. Me estremecí y traté de gritar pese a la mordaza y pataleé contra los grilletes, pero lo único que tenía libre era la nariz para husmear. El ibeji maligno desprendió su cabeza del hombro del gemelo y abrió un ojo. Su cabeza era un bulto sobre otro bulto, y sobre otro bulto, con verrugas y venas e inflamaciones enormes en la mejilla derecha, con una cosita que se le agitaba como un dedo. La boca, de comisuras constreñidas, se le abrió y su cuerpo experimentó una sacudida y se distendió como masa de harina cuando le das una palmada. De la boca le salió un gorgoteo como de bebé. El ibeji maligno se apartó del hombro del científico y se deslizó por mi vientre y hasta mi pecho; olía a sobaco y a mierda de enfermo. El otro científico me agarró la cabeza por los costados y me la inmovilizó. Forcejeé y forcejeé, temblando, intentando mover la cabeza, intentando patalear, intentando gritar, pero lo único que conseguí fue parpadear y respirar. El ibeji maligno se me subió al pecho, con el cuerpo inflándosele como una bola y expulsando el aire como un pez globo. Extendió dos dedos largos y huesudos que pasaron caminando sobre mis labios y se detuvieron en mis orificios nasales. El ibeji maligno parpadeó tristemente con su único ojo, luego me metió dos dedos por la nariz y grité y grité y me brotaron lágrimas de los ojos. Los dedos me arañaron la carne con sus zarpas, se me hundieron por los agujeros, me traspasaron el hueso, me atravesaron más carne, dejaron atrás la nariz y me arrancaron un dolor ardiente entre los ojos. Luego dejaron atrás los ojos y se adentraron por mi frente, provocándome latidos y punzadas de dolor en las sienes, hasta que la mente se me quedó en blanco, regresó y se me volvió a quedar en blanco. Me ardía la frente. Oía sus zarpas cortándome y correteándome por dentro como ratones. El fuego se me propagó desde la cabeza hasta la espalda y me bajó por las piernas hasta llegarme a las puntas de los pies, y tuve convulsiones como si los demonios me hubieran conquistado la cabeza. Y la oscuridad me invadió los ojos y la cabeza y luego hubo un parpadeo.

Y Sogolon entró por la puerta y caminó hasta la celda y los guardias abrieron la reja y ella entró y se agachó para mirarme y se incorporó otra vez y caminó hacia atrás alejándose de mí, asintió con la cabeza y salió de la celda caminando hacia atrás y subió los escalones también hacia atrás, y el guardia caminó hacia atrás hasta la verja y la cerró con llave y Sogolon retrocedió hasta cruzar la puerta, que se cerró. Y salió y volvió a entrar y Venin estaba en la celda mirándome pero echó a andar hacia atrás y grité y el niño atado salió disparado hacia arriba en mitad de su caída y regresó al balcón y yo me senté en la silla y aparté la vista del balcón y lo volvimos a atar y lo empujamos de vuelta sobre las hierbas secas y la pared se recompuso, absorbiendo todos los trozos arrancados, y Mossi y yo rodamos hacia atrás por el suelo, y yo le di un golpe con el brazo pero él lo paró y sus piernas soltaron las mías y dejó de estrangularme con un brazo, luego rodó hasta tenerme debajo y me estranguló con un brazo, y sus piernas atraparon las mías y gritó y arrancó el puño de la pared mientras yo me apartaba de su brazo y me ponía de pie, luego me refrené de darle un puñetazo y me volví a caer al suelo, y él retiró la mano que me había ofrecido, pero yo lo hice caer al suelo y le di un puñetazo en el estómago, y en mi casa mi abuelo se estaba follando a mi madre sobre la sábana azul que ella había comprado para hacer ropa de luto y los ruidos del clímax le volvieron a la boca, y él se la estaba follando hacia fuera, no hacia dentro, y por fin salió de ella y se dio bofetadas en el pene duro hasta que se le reblandeció y le cayó sobre la mata blanca de vello, y mi madre dejó de apartar la vista para mirarlo y había espíritus en el árbol que no era nuestro pero era el espíritu de mi padre y estaba furioso conmigo, y mi abuelo y todas las demás cosas vivas hacían un ruido como de sorber el aire, de respirar al revés, y las centellas saltaron del exterior adentro y volaron hacia atrás dejándonos atrás a mí y al Leopardo y a aquel chico cuyo nombre yo nunca conseguía recordar, y luego el Leopardo estaba atacándome, y atravesamos una puerta de fuego que llevaba a Kongor y otra que iba a Dolingo y el viejo griot recompuso sus carnes y reabsorbió sus

fluidos y saltó hacia arriba desde el suelo pero no pude ver adónde iba y era de noche en el patio de Basu Fumanguru y los cuerpos estaban en urnas y la esposa no era más que ropas y huesos y estaba cortada por la mitad y en otra urna había un niño agarrando un jirón de tela de un muñeco y el muñeco se me acercó a la nariz, y el niño me estalló en la cara y los pies le olían a musgo del pantano y a mierda y su olor se alejó y desapareció y apareció otra vez al este de las Colinas del Embrujo y el olor atravesó colinas y descendió por valles hasta la colina occidental y desapareció y apareció otra vez en los puertos de Lish y el olor del niño cruzó el mar y traté de detener el rastro en mi mente porque sabía que aquel ibeji maligno lo estaba siguiendo y evoqué a mi madre y evoqué a dioses del río que mataban con enfermedades, y a dos nómadas que me desafiaron a que peleara con los dos al mismo tiempo en su tienda y uno de ellos se sentó encima de mí y el otro se tumbó en el suelo y lo follé con el dedo gordo del pie, pero el ibeji maligno quemó el recuerdo y la frente me ardía y traté de gritar con la boca amordazada y mi nariz siguió otra vez al niño y el niño cruzó la bahía de Lish a Omororo y sus compañeros y él caminaron días y cuartos de luna y lunas por unas tierras que yo no conocía y atravesaron las Colinas del Embrujo hasta Luala Luala y su olor se esfumó y volvió a aparecer al sur, fuera del mapa, y el olor del niño iba a pie o a caballo, yo no lo sabía y el olor se esfumaba y aparecía en Nigiki caminando, corriendo o a caballo, y se detenía en la ciudad, olí que iba en línea recta y luego doblaba un recodo, luego daba la vuelta por una esquina y se quedaba allí un buen rato, quizá hasta caer la noche, y por la mañana su olor se marchaba y seguía en dirección sur hasta unas cuevas o algo parecido y habían pasado varios días y después el olor del niño ponía rumbo al oeste, y seguía hacia el oeste, y se dirigía a Wakadishu, y de Wakadishu iba a Dolingo y traté de pensar en mi padre, no, en mi abuelo, y en el Leopardo, y en los colores dorado y negro, y en ríos y en mares y en lagos y en más ríos y en la niña azul, y pensé Niño Jirafa, quédate conmigo, quédate en mi cabeza, crece, debes de estar creciendo, debes de haber crecido, ¿eres tú el que corre

junto al río? Di algo, di que odias que yo nunca volviera, pero no te acuerdas de mí, o sea que no odias nada, odias aire, odias un recuerdo que no consigues ubicar, como un olor que no puedes ubicar pero aun así lo reconoces porque te lleva a un lugar donde eras otro, no abandones a niños, pero el ibeji maligno quemó aquel pensamiento, la cabeza me hirvió y el recuerdo desapareció por completo, yo lo notaba, sabía que él quería seguir el rastro del niño, pero yo no quería, pero sus zarpas se me hundían más y más y yo no sentía sus incisiones pero sí las oía, y las puntas de los pies me ardían, se pudrían y se me caían, y él quería encontrar al niño, estaba en el camino conmigo, yo sólo podía oler pero él podía ver y ahora también pude ver yo, un camino lleno de gente vestida con túnicas y hablando, lo único que hacía la gente de Dolingo era hablar, y atravesamos un puente porque su olor se estaba intensificando cada vez más y el olor giró a la derecha y ahora el ibeji maligno lo pudo ver y yo también lo pude ver, y era un callejón pequeño como el callejón del bazar y el callejón del bar, pero este callejón no era más que la parte de atrás de una casa y el olor iba hasta una carreta y yo estaba en la carreta, que me llevó al séptimo árbol, el que llamaban Melelek, y me llevó cinco niveles más abajo y casi hasta el tronco pero sin llegar al tronco, y todo eran callejones y túneles y nadie veía mucho el sol y el olor del niño caminaba por aquella calle ancha y luego giraba una y otra vez y atravesaba un puente y giraba a la derecha una vez y otra y luego a la izquierda y luego iba recto y luego bajaba y luego se quedaba un rato en alguna parte y el ibeji maligno trajo la visión y pude ver al niño y la cabeza me ardió y una mano blanca tocó el hombro del niño y señaló con la uña larga de un dedo y el niño fue a la puerta de aquella casa y llamó con golpes muy fuertes y se puso a llorar y a decir algo que yo no pude oír, y yo lo podía oler como si lo tuviera delante, estaba gritando, tenía miedo, y una anciana le abrió la puerta y él no entró corriendo, sino que retrocedió como si también tuviera miedo de ella y ella intentó agacharse pero él la tocó y miró atrás de golpe, como si alguien lo estuviera siguiendo, y pasó corriendo junto a ella, y ella se recompuso el

pagne sobre el hombro, miró a su alrededor y por fin cerró la puerta y mi mente se apagó. Y cuando volví a abrir los ojos todavía los notaba cerrados. Se cerraron y se volvieron a abrir sin que interviniera mi voluntad. El ibeji maligno salió correteando de mí como un cangrejo y trepó por el hombro del tuerto. Los dos practicantes de ciencia blanca estaban encima de mí mirándome, el tuerto frunciendo el ceño y el otro enarcando las cejas. Luego estaban junto a las rejas. Luego volvían a estar encima de mi cabeza. Luego estaban saliendo por la puerta. Se lo iban a contar todo a Sogolon. Ella iba a salir y encontrar al niño. Yo todavía podía verlo y ver la casa en la que había entrado, ya que la infección del ibeji maligno seguía dentro de mí. Tenía los labios húmedos de la sangre que me caía de la nariz. La reina la iba a traicionar. Me pesaba demasiado la cabeza para desarrollar aquel pensamiento, y todavía me ardía el interior de la cabeza, y me dio la sensación de que no era sangre lo que me manaba de la nariz sino el interior derretido de la cabeza. Los codos me fallaron y me volví a caer hacia atrás, pero cuando mi cabeza golpeó el suelo me pareció que había aterrizado sobre agua y que me hundía.

Y me hundí más y más, y el fuego de mi cabeza se empezó a enfriar, y no paraba de entrar y salir gente, y de hablarme en voz baja y de gritarme, como si todos fueran antepasados que se habían congregado en las ramas del gran árbol del patio de nuestra casa. Pero mi cabeza no se centraba. Algo retumbó y volvió a retumbar y luego un recuerdo o un sueño diurno gritó y gritó y me golpeó el cráneo. El golpe me despertó para mostrarme que no estaba dormido. Algo se estampó contra la puerta y cayó al suelo. Y luego el impacto sonó como un golpe seco y dejó una marca de nudillos en la puerta, como si alguien hubiera dado un puñetazo a una masa de pan. Otro puñetazo y la puerta salió volando y se estrelló contra las rejas de la celda. Me levanté de un salto y me caí. Ogotriste entró dando zancadas, con los guanteletes

puestos y uno de los guardias agarrado del cuello. Luego tiró al guardia a un lado. Detrás de él entraron Venin y Mossi con unas cosas brillantes que me hicieron daño en la cabeza. Todo lo que dijeron me rebotó por la cabeza y se marchó antes de que yo lo entendiera. El ogo agarró la cerradura de mi celda y la arrancó. Venin se acercó con un garrote que era casi la mitad de alto que ella y en mi locura la vi levantarlo como si fuera una pluma y golpear con él la celda de al lado de la mía, destrozando la cerradura. La celda estaba tan oscura que no me había dado cuenta de que había más prisioneros allí, pero ¿por qué no iba a haberlos? Pensar encima de mis pensamientos hizo que me doliera la cabeza y la bajé hasta apoyarla en los brazos que me tenían cogido. Mossi. Creo que me preguntó si podía caminar. Negué con la cabeza y no pude parar de menearla hasta que él me sostuvo la frente para detenerla.

—Los esclavos se están rebelando —dijo—. En MLuma, donde estábamos, en Mupongoro y en otras partes.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí? No puedo...

—Tres noches —dijo.

Entraron dos guardias con espadas. Uno de ellos intentó dar una estocada a Venin, que se agachó, dio un garrotazo a la media vuelta y le aplastó la cara. Mi asombro se perdió en el movimiento de Ogotriste al recogerme y echármelo al hombro izquierdo. Todo se movía muy despacio. Entraron corriendo tres guardias más, o quizá cuatro o cinco, pero esta vez fueron directos a los prisioneros, hombres y mujeres que no debían de ser de Dolingo, ya que no tenían aquella piel azul ni aquellos cuerpos flacos y marchitos. Los prisioneros recogieron las armas, pedazos de armas y barrotes que Ogotriste había arrancado y ahora estaban desperdigados por el suelo. Mi cabeza rebotó en la espalda de Ogotriste, provocando que me diera todavía más vueltas. Luego el ogo se giró y vi que los prisioneros se echaban encima de los guardias como si fueran una ola encima de la arena. Gritaron, cargaron y salieron corriendo de la celda entre nosotros, apretándose todos para salir por la puertecita como hace la arena por el cuello de un reloj de arena.

—El niño... Sé dónde está. Sé dónde... —dije.

No me di cuenta de adónde estábamos yendo hasta que llegamos. El sol me tocó la espalda y nos detuvimos. Sentí que volaba por los aires, luego me dejaron sobre la hierba y el hocico del búfalo me tocó la frente. Mossi se puso en cuclillas a mi lado.

—El niño, sé dónde está.

—Tenemos que olvidarnos del niño, Rastreador. Dolingo está sangrando. Los esclavos han cortado sus ataduras y han atacado a los guardias en el árbol tercero y el cuarto. Y la revuelta se va a extender.

—El niño está en el quinto árbol —dije.

—Mwaliganza —dijo Ogotriste.

—El niño no es cosa nuestra —dijo Mossi.

—El niño lo es todo.

Entraron y salieron ruidos de mí. Estruendos y golpes secos y crujidos y gritos y chillidos.

—¿Y lo dices después de lo que te ha hecho Sogolon? ¿De lo que nos ha hecho a todos?

—¿Acaso tiene el niño la culpa, Mossi?

El prefecto apartó la vista.

—Mossi, yo la mataría por lo que ha hecho, pero esto..., esto no afecta a las razones por las que lo ha hecho.

—Putas patrañas sobre niños divinos que han de sublevarse y reinar. Vengo de unas tierras que apestan a profecías de niños redentores y de ellas nunca ha salido nada más que guerras. No somos caballeros. No somos duques. Somos cazadores, asesinos y mercenarios. ¿Por qué nos van a importar los destinos de los reyes? Que se ocupen ellos de los suyos.

—Cuando los reyes caen, nos caen encima a nosotros.

Mossi me cogió del mentón. Le aparté la mano de un golpe.

—¿Qué es lo que se ha metido en tu cabeza? ¿Eres como ésta? —dijo señalando a Venin.

—Como éste.

—Lo que tú digas. El Rastreador ayudando a la bruja...

—No la estamos ayudando. De verdad, si veo que uno de ellos va a matarla, me quedaré mirando. Y luego lo mataré a él. Y aunque... aunque... aunque no me importaran los reyes y reinas legítimos, o la maldad que campa por el Norte, ni la justicia, siempre devolveré un hijo a su madre —le dije.

El sol se burló de mí. Salía humo de una torre del segundo árbol y sonaban tambores de advertencia. Ninguna de las carretas se movía, porque los esclavos habían dejado de moverlas. Todos los ruidos sobresaltaban a Ogotriste, que corría de un lado a otro y apretaba tanto los nudillos que le crujían las articulaciones. Un estruendo sobresaltó al búfalo, que soltó un bufido, indicando que teníamos que marcharnos. Cuando me incorporé hasta sentarme, apartando de un manotazo la ayuda de Mossi, Venin se me acercó, todavía cogiendo el garrote como si fuera de juguete.

—Yo voy. Tengo asuntos pendientes con Sogolon.

—¿Venin? —dijo Mossi.

—¿Quién es Venin? —dijo Venin.

—¿Cómo? Eres tú. Venin ha sido tu nombre desde que te conocí. ¿Quién eres, si no ella?

—No es «ella» —dije.

El hombre que estaba dentro de la niña se me quedó mirando.

—Hace tiempo que lo sabes —me dijo.

—Sí, pero no estaba seguro. Eres uno de esos espíritus que Sogolon ata con sus runas, pero te has escapado de ella.

—Mi nombre es Jakwu, guardia blanco del Rey Batuta, que ocupa el trono de Omororo.

—¿Batuta? Hace más de cien años que murió. Eres..., no importa. Deja a la vieja para los chupasangres. Está en buena compañía con ellos —dijo Mossi.

—¿Todos los espíritus quieren lo mismo que tú? —le pregunté.



—¿Vengarse de la Bruja de la Luna? Sí. Algunos quieren más. No todos morimos a manos de ella, pero ella es responsable de todas nuestras muertes. A mí me sacó de mi cuerpo para aplacar a un espíritu furioso y ahora cree que me ha aplacado a mí.

Seguía teniendo la voz de Venin, pero yo había visto aquello en otras posesiones. La voz seguía siendo la misma, pero el tono, el timbre y las palabras que elegía eran tan distintos que parecía otra voz. La voz de Venin se había vuelto ronca. Le salía como un retumbar, como la voz de un hombre muy entrado en años.

—¿Dónde está Venin?

—Venin. ¿La niña? Ya no está. Nunca volverá a este cuerpo. Consideradla muerta. Ya no es ella, pero seguirá existiendo. Ahora está haciendo lo que solía hacer yo, deambular por el inframundo hasta que recuerde cómo llegó allí. Y luego se pondrá a buscar a Sogolon, igual que el resto de nosotros.

—Apenas podía montar a caballo y ahora blande un garrote. ¿Y tú? Apenas te sostienes en pie —dijo Mossi.

Llegaron gritos del final de la calle, doblando el recodo. Un grupo de hombres y mujeres nobles de Dolingo, que caminaban deprisa y creían que les iba a bastar con eso. Miraban atrás, apretaban el paso, sin que los hombres y mujeres del frente vieran a los que iban detrás, y luego corrían, y el grupo entero, quizá veinte o quizá más, corrió hacia nosotros, apartando a algunos a empujones, derribando a otros y pisoteándolos. Un estruendo les venía pisando los talones. Mossi y Ogotriste y Venin se desplegaron a mi alrededor mientras preparábamos las armas. Los nobles pasaron corriendo y chillando a nuestro alrededor como si fueran dos ríos. Detrás de ellos, armados con bates, palos y garrotes, y con lanzas y espadas, venían los esclavos, corriendo y dando tumbos como zombis pero ganando terreno. Ochenta o más, persiguiendo a los nobles. Una lanza se clavó en la espalda de una de las nobles y le salió por el vientre, y la mujer cayó al suelo. Los rebeldes pasaron corriendo a nuestro alrededor sin acercárenos, salvo uno que se acercó

demasiado y Ogotriste le dio una patada con la bota que lo partió por la mitad, y otro que se topó con la espada de Mossi, y dos más cuyas cabezas chocaron con el garrote de Venin. Los demás pasaron corriendo a nuestro alrededor y no tardaron en acorralar a los nobles. Volaron pedazos de carne. Con Ogotriste en cabeza, corrimos por donde ellos habían venido, y un solo grito del ogo se encargó de mantener a los rebeldes fuera de nuestro camino.

Las carretas se habían detenido, muchas con gente atrapada dentro, pero las plataformas nos llevaron abajo, ya que sus esclavos todavía no se habían contagiado de la libertad. Cuando nos apeamos de la plataforma al suelo —yo todavía tambaleándome y tropezando y Mossi todavía sosteniéndome derecho con la mano—, Mungunga estalló en llamas y explosiones. El fuego inflamó algunas de las sogas y se propagó a una de las carretas y la cubrió de llamas. Sus ocupantes, algunos ya ardiendo, saltaron al vacío. Al pie de Mungunga, una puerta tan alta como tres hombres y de diez zancadas de ancho reventó por los goznes y se desplomó, levantando una nube de polvo. Los esclavos desnudos que salieron corriendo frenaron precipitadamente, algunos blandiendo palos y varas de metal, y todos renquearon un momento, parpadearon y levantaron los brazos para protegerse de la luz. Tenían sogas cortadas en torno al cuello y las extremidades, y llevaban encima todo lo que podían cargar. No logré distinguir a los hombres de las mujeres. Los guardias y los amos, acostumbrados a que nadie les ofreciera resistencia, se habían olvidado de cómo luchar. Ahora los esclavos corrían entre nosotros y a nuestro alrededor, muchísimos, algunos arrastrando cuerpos enteros de amos, otros llevando manos, pies y cabezas.

Los esclavos corrían mientras de más arriba llovían cuerpos elegantes. Caían sogas de las terrazas superiores y los esclavos empujaban a sus amos al vacío. Cuerpos de nobles cayendo sobre cuerpos de esclavos. Matando a ambos. Y luego caían más encima.

En Mwaliganza, la plataforma nos llevó a la octava planta. Todo parecía estar en calma, como si la cosa no hubiera llegado hasta allí. Yo iba montado

en el búfalo, aunque estaba tumbado sobre él, agarrado a sus cuernos para no caerme.

—Es en esta planta —dije.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Mossi.

—Porque es aquí adonde nos está llevando mi nariz.

Pero no dije mis ojos, ni tampoco que, cuando el ibeji maligno me había hundido las zarpas por la nariz, había podido ver la casa donde vivía la anciana, con sus paredes grises tan desgastadas que asomaba el naranja por debajo y con sus pequeñas ventanas cerca del techo. Los demás nos siguieron a mí y al búfalo, mientras nobles y esclavos se apartaban rápidamente de nuestro camino. Giramos a la izquierda y cruzamos corriendo un puente hasta un camino de tierra. Yo captaba el olor del niño. Pero también un olor a muerto viviente que conocía lo bastante como para dar un respingo de horror y experimentar un asco tan completo que me sentí enfermo. Pero no era capaz de identificarlo. A veces el olor no abre la memoria, sólo señala el hecho de que debería recordarlo.

Pasó corriendo una pequeña manada de esclavos y prisioneros, arrastrando cuerpos de nobles, desnudos y azules y muertos. Se detuvieron frente a una puerta que yo no había visto hasta entonces pero sí conocía. La puerta de la anciana estaba abierta y desprendida de los goznes. En el umbral había dos guardias dolingon muertos, con los cuellos en un ángulo en el que los cuellos no se doblan. De la misma entrada salían unos escalones que dejaban atrás una planta para subir a la siguiente, de donde venían gritos y estrépito de metal sobre metal, metal sobre mortero y metal sobre piel. Llegué a la puerta y me volví a caer en brazos de Mossi. No me preguntó y tampoco protesté cuando él me llevó a un lado, junto a una ventana, y me hizo sentarme en el suelo.

Luego él, Ogotriste y Venin-Jakwu subieron corriendo las escaleras

mientras dos hombres más aterrizaban en el suelo, ya muertos antes de que se les rompieran los huesos. Los hombres gritaron órdenes y al levantar la vista vi lo amplia que era aquella sala. La antorcha que había encima de mí parpadeó. Retumbó un trueno y todo tembló. Luego retumbó otro, como si hubiera una tormenta a un palmo de distancia. El techo se resquebrajó y cayó una lluvia de polvo. Yo estaba en el suelo de la cocina. En la misma cocina también había comida cocinada, con grasa coagulada en una olla y aceite de palma en unas jarras junto a la pared. Me levanté con esfuerzo y fui a coger la antorcha. Había guardias muertos por todo el suelo, muchos de ellos carcasas vacías, drenadas de todos sus fluidos y rugosas como corteza de árbol. Por encima de aquella planta colgaba un balcón y de él colgaban hombres muertos. De ellos goteaba sangre. Un niño, inmóvil y con las manos en los costados, voló por encima del balcón y flotó por el aire. Se quedó allí suspendido, con los ojos abiertos pero sin ver nada, rodeado de un enjambre de moscas y de otras cosas que se movían. Levanté la antorcha mientras por su cara, por sus manos, vientre, piernas y piel se abrían agujeros del tamaño de semillas. La piel del niño parecía un avispero del que ahora empezaron a asomar y salir unos bichos rojos cubiertos de sangre. Le salieron moscas de la boca y de los oídos y unas larvas gordas le asomaron por toda la piel y cayeron pesadamente al suelo, batiendo las alas y volando de vuelta al niño. Pronto ya no fue más que un enjambre de moscas con forma de niño. Luego el enjambre se juntó para formar una bola y dejó caer al crío, que aterrizó en el suelo como si fuera masa de pan. El enjambre se compactó más y más y descendió gradualmente hasta detenerse a poca distancia del suelo, a seis pasos de mí. Los bichos y las larvas y los capullos se apretaron entre sí, adoptando la forma de algo con dos extremidades, después tres y por fin cuatro y una cabeza.

El Adze, con los ojos resplandeciendo como el fuego, una piel negra que se fundió con las sombras de la sala, un jorobado de largas manos y dedos cuyas uñas arañaban el suelo, pataleó con las pezuñas y se me acercó, y yo

me aparté y blandí la antorcha hacia él, lo cual le hizo soltar una risa jadeante. Siguió viniendo hacia mí y di un paso atrás y volqué con el pie una jarra de aceite. El aceite empezó a extenderse por el suelo y el Adze gritó, brincó y dio un salto atrás, se descompuso en forma de bichos y se escapó volando al piso de arriba. Oí que el ogo gritaba y que algo se estrellaba contra la madera y la rompía. Mossi se subió de un salto al balcón, blandiendo una espada, se dio la vuelta y le cortó la cabeza a un guardia infectado de centellas. Volvió de un salto al suelo y regresó corriendo a la refriega.

Con la antorcha todavía en la mano, agarré otra jarra llena de aceite de palma y empecé a subir las escaleras. Al cabo de cinco peldaños, la cabeza me empezó a palpar, el suelo se empezó a mover y tuve que apoyarme en la pared. En lo alto de las escaleras dejé la jarra en el suelo, sacudí la cabeza para despejármela y aparecieron ante mí unos ojos amarillos y una cara larga y delgada de piel roja y con rayas blancas en la frente. Las orejas puntiagudas, pelo verde como hierba en los brazos y hombros y rayas blancas hasta el mismo pecho. Me sacaba medio cuerpo de altura y sonrió con unos dientes puntiagudos y afilados como de pez gigante. En la mano derecha empuñaba un fémur que había afilado en forma de daga. Soltó una risilla seguida de otra y de otra y se abalanzó sobre mí, pero un par de destellos de luz le hicieron reventar la barriga en un estallido de sangre negra. Mossi bajó de un salto, sosteniendo ambas espadas con los brazos extendidos a los lados. Luego los cruzó frente al pecho y la espada izquierda rajó la espalda del demonio y la derecha le seccionó la mitad del cuello. El demonio cayó rodando por la escalera.

—No paraba de decir Eloko, Eloko. Creo que se llama Eloko. Se llamaba —dijo Mossi—. Rastreador, quédate abajo.

—Están yendo abajo.

Pero se volvió corriendo al combate. La sala era una escuela. Por eso la habían elegido y por eso al niño le debía de haber resultado tan fácil engañar a quien saliera a la puerta. No había ni rastro de niños, sin embargo. Al otro

lado de la sala, cerca de la ventana, Venin-Jakwu sonrieron mientras dos elokos cargaban, uno por tierra y otro desde el techo. El primer eloko se les echó encima desde una planta colgante, pero ellos lo embistieron con la empuñadura del garrote y se lo hundieron en el pecho. Él intentó apuñalarlos con un cuchillo largo de hueso, pero Venin-Jakwu lo esquivaron y le estamparon la empuñadura del garrote en toda la nariz. Otro demonio se les acercó por detrás con su cuchillo y les rajó el muslo. Venin-Jakwu gritaron y se cayeron, pero cayeron en posición defensiva, rodaron por el suelo y desde allí golpearon con el garrote a su oponente en toda la cara. El tercer eloko se acercó a ellos a hurtadillas por detrás. Solté un grito, dije: ¡Jakwu! Y ellos se apartaron a la izquierda, aunque él les venía por la derecha. Con un palmo de distancia entre ellos, Venin-Jakwu detuvieron el fuerte impulso del garrote, lo bajaron para golpear de abajo arriba, por el lado de la derecha y justo entre las piernas del eloko. Éste chilló y cayó de rodillas. Venin-Jakwu le aporrearon una y otra vez la cabeza hasta que no quedó cabeza. Retumbó otro trueno y cayó mortero del cielo.

—Vuestra pierna —dije, señalando la sangre que caía.

—¿A quién planeas matar con eso?

Miré mi antorcha y mi aceite. Venin-Jakwu se alejaron corriendo. Yo los seguí, fortalecido y con la mente menos tormentosa, aunque todavía mareado. El Adze se descolgó de una viga del techo en forma de jorobado, pero se echó encima de Ogotriste en forma de enjambre. Atacó el brazo y el hombro izquierdo del ogo. Ogotriste apartó a muchas moscas a manotazos y aplastó a muchas otras, pero en el Adze había demasiadas. Algunas empezaron a abrirle agujeros en el hombro y cerca del codo y Ogotriste soltó un grito. Le tiré la jarra, que se le rompió en el pecho, dejándolo todo pringado de aceite de palma. Él me miró encolerizado.

—Frótatelo en el brazo..., el aceite..., frótatelo.

Las moscas le escarbaron en la piel. Ogotriste recogió un puñado de aceite que le caía por la barriga y se lo frotó por el pecho, el brazo y el cuello. Los

bichos emergieron de golpe, brotando de unos agujeros más grandes parecidos a heridas y cayendo todos al suelo. El resto del enjambre se puso a volar enloquecido, juntándose y apretándose para crear una única forma, que luego descendió más y más hasta posarse en el suelo y transformarse nuevamente en un adze con un solo pie y media cabeza, y en esa cabeza había bichos y larvas que se retorcían como gusanos. En un abrir y cerrar de ojos, Venin-Jakwu le aplastaron el resto de la cabeza hasta convertírsela en un charco de pulpa roja en el suelo.

—¿Dónde está Sogolon? ¿Y el niño?

Ogotriste señaló con su brazo sano otra habitación. Venin-Jakwu corrieron en aquella dirección, golpeando con su garrote a los guardias con el cuerpo infestado de centellas. Fueron hasta la puerta y se estrellaron contra un trueno que los arrojó lejos del umbral y a mí me hizo perder el equilibrio. Dentro, Mossi salió de debajo de un montón de estantes desplomados y vasijas de arcilla.

Y allí estaba, dándome la espalda y con los pies despegados del suelo: Ipundulu. Con mechones blancos en el pelo y plumas largas en la nuca que le sobresalían como cuchillos y le bajaban hasta la espalda. Unas alas blancas con plumas negras en las puntas y que le llegaban de lado a lado de la habitación. El cuerpo blanco y sin plumas, flaco pero musculoso. Patas negras de pájaro flotando por encima del suelo de arcilla. Ipundulu. Tenía el brazo derecho en alto y las zarpas cerradas en torno al cuello de Sogolon. No pude ver si la bruja todavía estaba viva, pero la sangre salpicaba el suelo de debajo. Por toda la piel le chisporroteaban y le saltaban centellas. Ipundulu se sacó un cuchillo del hombro y se lo arrojó a Mossi, que se apartó de un salto, levantó sus espadas y lo miró con furia. Sogolon, con los labios blancos, abrió un ojo a medias y me miró. Detrás de mí, Venin-Jakwu rodaron por el suelo, intentando levantarse. De la piel de Ipundulu saltaron centellas hasta la cara de Sogolon, que gimió y rechinó los dientes. Mossi no estaba seguro de cómo atacar. Quizá alguien me dijo que lo hiciera o quizá yo lo intuí, pero le

tiré la antorcha directamente al ave centella. Le alcanzó en mitad de la espalda y el cuerpo entero le estalló en llamas. Dejó caer a Sogolon y graznó como un cuervo, se revolvió y se sacudió y trató de volar mientras las llamas consumían plumas y piel a velocidad de vértigo y con voracidad. Ipundulu chocó contra la pared y siguió corriendo, agitando los brazos y chillando, convertido en una bola de llamas furiosas que le devoraban las plumas, la piel y la grasa. La habitación entera apestaba a humo y a carne carbonizada.

Ipundulu cayó al suelo. Mossi corrió hasta Sogolon.

El ave centella no se estaba muriendo. Yo lo oía resollar, transformado otra vez en hombre, con la piel ennegrecida donde se le había chamuscado y roja allí donde se le había resquebrajado y había dejado al descubierto la carne de debajo.

—Está viva —dijo Mossi, y fue dando zancadas hasta Ipundulu, que yacía en el suelo retorciéndose y resollando—. Y él también —dijo, y le hundió a Ipundulu la hoja de la espada justo debajo de la barbilla.

Algo me hizo acercarme a contemplar los estantes volcados —los platos, ollas y cuencos de pescado desecado—, y a mirar debajo de una silla. Lo que había debajo de la silla me devolvió la mirada. Unos ojos muy abiertos y luminosos en la penumbra, devolviéndome la mirada. Una voz dentro de mí dijo: Es él. Es el niño. El pelo alborotado y apelmazado, porque ¿cómo iba a ser el pelo de un niño sin una madre que se lo peinara y se lo cortara? Dio un respingo, aterrado, y al principio pensé que sería por quienes lo habían tenido secuestrado, porque es natural que a un niño lo asusten los monstruos. Pero debía de haber estado en docenas de casas y haber presenciado docenas de asesinatos, hasta el punto de que el hecho de que mataran a una mujer y se la comieran y que mataran a una criatura y se la comieran ya debía de parecerle un simple juego de niños. Si vivías toda la vida con monstruos, ¿qué te resultaba monstruoso? Se me quedó mirando y yo me lo quedé mirando a él.

—Mossi.

—Quizá tendrías que haberte saltado Dolingo —le dijo él al Ipundulu.



—Mossi.

—Rastreador.

—El niño.

Se volvió para mirarme. Ipundulu intentó incorporarse apoyándose en los codos, pero Mossi le puso la espada contra el cuello.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mossi.

—No tiene nombre.

—¿Y cómo lo llamamos? ¿Niño?

Venin-Jakwu y Ogotriste se me acercaron por detrás. Sogolon seguía tirada en el suelo.

—Si no se despierta pronto, todos sus espíritus se darán cuenta de que está débil —dije.

—¿Qué hacemos con éste? —dijo Mossi.

—Matarlo —dijo Venin detrás de mí—. Mátalo, coge a la bruja y coge al n...

Atravesó la ventana, reventando un trozo de pared y provocando una lluvia de cascotes, que golpearon a Ogotriste en la cabeza y el cuello. Justo detrás de mí, su ala negra y larga golpeó a Venin-Jakwu y los mandó volando contra la pared.

El olor, yo conocía aquel olor. Me giré de golpe y su ala me hizo perder pie, cogió impulso y me golpeó en toda la cara. Entró en la habitación y Mossi lo atacó con las dos espadas. Una le alcanzó en el ala y se quedó allí atascada. El monstruo le hizo soltar de un golpe la otra y cargó contra él.

Batiendo sus alas de murciélago para elevarse por el aire, el monstruo levantó los pies y le arreó una patada en el pecho. Mossi se estampó contra la pared y el monstruo se estampó contra él. Luego le clavó una zarpa en la cabeza, abriéndole una raja hacia abajo desde la parte alta de la frente, cortando entre las cejas y siguiendo más abajo todavía.

—¡Sasabonsam! —dije. Olía igual que su hermano.

Apartó a Mossi de una bofetada y se enfrentó conmigo.

La cabeza todavía se me movía más despacio que los pies. Vino a por mí justo mientras Sogolon se despertaba y provocaba un viento que lo levantó a él del suelo y me tiró al suelo a mí. El monstruo luchó contra el viento y Sogolon empezó a perder fuerzas. Sasabonsam se tambaleó pero consiguió acercarse lo suficiente como para clavarle las zarpas en las manos, que la bruja tenía en alto. Intenté levantarme, pero me caí sobre una rodilla. Mossi continuaba en el suelo. Yo no sabía dónde estaban Venin-Jakwu. Y para cuando Ogotriste se levantó y recordó su furia lo bastante como para entrar dando zancadas en la habitación, Sasabonsam agarró a Ipundulu de la pierna, enrollando su zarpa de hierro como una serpiente en torno a ésta, agarró al niño con la otra mano después de que éste saliera gateando de debajo de la silla, corrió hasta la ventana y atravesó el marco en un estallido de cristal y pedazos de pared. Uno de los guardias, con las centellas recorriéndole el cuerpo, siguió corriendo a su nuevo amo y cayó al vacío allí donde Sasabonsam había volado. Entré dando tumbos detrás de Ogotriste y vi a Sasabonsam en el cielo con sus alas de murciélago, perdiendo altura un par de veces por culpa del peso de Ipundulu y luego batiendo las alas con más fuerza y estruendo y remontando el vuelo.

En fin. Ogotriste, Venin-Jakwu, Mossi y yo nos quedamos en la habitación, alrededor de Sogolon. La bruja intentó ponerse de pie, fulminándonos a todos con la mirada. Fuera, las calles estaban cubiertas de carros volcados, cuerpos muertos con violencia y palos y garrotes rotos. El humo de los dos árboles rebeldes se elevaba por el cielo. A lo lejos, aunque no mucho, un estruendo de combates. Pero ¿qué combates? Los guardias dolingon no estaban en condiciones de pelear, mucho menos preparados para la guerra. En el árbol de la reina no se veía movimiento en palacio. Todas las sogas que iban y venían de allí parecían haber sido cortadas. Vi a la reina con mi imaginación, agazapada en su trono como una niña, ordenando a su corte que la creyeran cuando decía que la rebelión iba a ser sofocada y aplastada en

un abrir y cerrar de ojos, y luego berreando, chillando y llamando a los dioses.

Nos acercamos a Sogolon, y ella, sin saber muy bien qué hacer, se movió de un lado a otro y finalmente se apartó de nosotros. Intentó levantar la mano izquierda, pero a medio camino abandonó porque el gesto hacía que le sangrara el pecho. No paraba de fulminarnos con la mirada, primero con los ojos muy abiertos, luego nublados, casi dormidos y luego despiertos de golpe otra vez. Se giró hacia Mossi.

—Te iba a tratar como a su consorte. Nada le hubiera importado siempre y cuando le mantuvieras el útero lleno.

—Hasta que se cansara de él y lo mandara al tronco —dije.

—A los guapos los trata mejor que un rey a sus concubinas. Es la verdad.

—No es la verdad que me contaste. Ni en las palabras ni en el sentido y ni siquiera en la rima.

Nos acercamos más. Ogotriste hizo crujir los nudillos de la mano izquierda, con la mano derecha ensangrentada y caída. Venin-Jakwu se vendaron la herida de la pierna y agarraron una daga. Mossi, con media cara cubierta de sangre, apuntó a la bruja con sus dos espadas. Sogolon se volvió hacia mí, el único que no iba armado.

—Podría provocar un huracán que hiciera salir a todo el mundo volando por la ventana.

—Y te quedarías demasiado débil para detener la sangre que mana de ti y a los demás que están viniendo a matarte. Como el que está dentro de Venin —dije.

Ella retrocedió contra la pared.

—Sois todos demasiado estúpidos. Ninguno de vosotros está listo. ¿Os creíais que iba a dejar el destino del Norte en vuestras manos? No tenéis habilidad, no tenéis cerebro y no tenéis plan, todos estáis aquí por el dinero y a ninguno os importa el destino de la tierra en la que cagáis. Qué bendición, qué gran regalo ser tan ignorantes y necios.

—A nadie aquí le falta habilidad, Sogolon. Ni cerebro. Simplemente tenías otros planes —dijo Mossi.

—Te lo dije, os lo dije a todos, no crucéis las Tierras Oscuras. Dejad de ir por el mundo con la polla por delante e id con la cabeza por delante. O bien quedaos atrás y dejad que alguien os lidere. ¿Os creíais que le iba a confiar el niño a una gente como vosotros?

—¿Y dónde está tu niño, Sogolon? ¿Lo tienes tan acurrucado contra el regazo que no podemos verlo? —dijo Mossi.

—No tenemos ni habilidad ni cerebro ni plan. Pero, si no fuera por nosotros, estarías muerta —le dije.

—Diosa de las corrientes y de las inundaciones, escucha a tu hija. Diosa de las corrientes y de las inundaciones.

—Sogolon —le dije.

—Diosa de las corrientes y de las inundaciones.

—¿Todavía llamas a esa zorra culebreante? —dijeron Venin-Jakwu.

—Bunshi. ¿Estás llamando a tu diosa?

—No hables de Bunshi —dijo Sogolon.

—Mírala, todavía se cree que puede dar órdenes —dijeron Venin-Jakwu—. Esta Bruja de la Luna no ha cambiado nada en cien años. Os digo la verdad. ¿Todavía te llaman profeta las mujeres de Mantha o ya te ven como a una simple ladrona?

—Necesitamos salvar al niño, y tú ya sabes adónde están yendo —me dijo Sogolon.

Venin-Jakwu, con la venda de la pierna casi roja, empezaron a dar vueltas a su alrededor como si fuera una leona y se pusieron a hablar:

—Así pues, ¿qué os ha contado de sí misma la Bruja de la Luna esta? Porque la única que cuenta historias de Sogolon es Sogolon. ¿Os ha contado que creció entre los guerreros watangi que viven al sur de Mitu? ¿O que era una sacerdotisa del río de Wakadishu? ¿O que se hizo guardaespaldas y consejera de la hermana del rey cuando sólo era una doncella del agua, y que

pisó muchas cabezas para llegar a sus aposentos? Y miradla, ya tiene otra misión. Salvar al hijo de la hermana real. ¿Y os ha dicho que no la manda nadie? Partió con la misión de encontrar al niño para dejar de ser el hazmerreír de Mantha. Y menudo hazmerreír. La Bruja de la Luna, con su centenar de runas pero un solo conjuro, por fin demuestra su valía. Quizá os lo cuente más tarde. Escuchadme, os voy a decir algo. Es cierto que la Bruja de la Luna tiene trescientos, diez y cinco años, eso es verdad. Yo la conocí cuando sólo tenía doscientos. ¿Y os ha dicho cómo ha vivido tanto tiempo? ¿No? Eso se lo guarda bien pegado al flaco regazo. Hace doscientos años, yo todavía era un caballero y sólo tenía un agujero en vez de dos. ¿Sabéis quién soy? Soy el mismo que la derribó del caballo cuando ella se olvidó de escribir una runa lo bastante poderosa como para controlarme.

Sogolon seguía mirándome a mí.

—Y a su pequeña diosa, ¿la habéis conocido? ¿Ha bajado chorreando por la pared últimamente? Si eso es una diosa, yo soy la divina serpiente elefante. Esa pequeña jengu de río, que va por ahí diciendo que ha peleado contra los omoluzus, cuando sólo hace falta agua de mar para matarla. Su diosa es un diablillo.

—Ninguno de vosotros merecía vivir, ni uno solo —dijo Sogolon sin dejar de mirarme.

—Eso es entre los dioses y nosotros, ladrona de cuerpos —dijeron Venin-Jakwu.

—Siempre fuiste una rata sarnosa, apestosa e ingrata, Jakwu. Un asesino y un violador de mujeres. ¿Por qué crees que te di ese cuerpo? Un día todo lo que hiciste te pasará a ti.

—Ese cuerpo ya tenía una dueña —dije yo.

—Todos los días antes de que saliera el sol, esa dueña se volvía corriendo al bosque para que los zogbanus pudieran comérsela. Daba igual adónde me la llevara yo y cómo la entrenara. Le estoy dando un uso mucho mejor a su cuerpo del que le iba a dar nunca ella —dijo Sogolon.

—Lo único que querías era que yo dejara de tirarte del caballo —dijeron Venin-Jakwu—. Igual que tú llevas tanto y tanto tiempo tirando a la gente de sus cuerpos.

—¿Cómo? —dijo Mossi.

—No me lo preguntes a mí, pregúntaselo a ella.

—El tiempo corre y vuela y esos monstruos todavía tienen al niño. Tú sabes adónde están yendo, Rastreador.

Sogolon miró a su alrededor, a todos nosotros, hablando con todos y sin convencer a nadie.

—A nosotros no ha intentado matarnos —dijo Ogotriste.

—Habla por ti —dijeron Venin-Jakwu.

—Acordamos salvar al niño —dijo Mossi, y se me acercó.

—No la conocéis. Yo la conozco desde hace doscientos años, y lo que hace por encima de todo es calcular cómo puede usar a la gente. ¿Nunca os ha preguntado qué utilidad tenéis? Y yo no he acordado nada con ninguno de vosotros —replicaron Venin-Jakwu.

—Quizá no. Pero vamos a salvar al niño, y quizá necesitemos los engaños de la Bruja de la Luna.

—Una Bruja de la Luna muerta no os va a servir de nada.

—Ni tampoco una niña muerta que intentó pasar por encima de tres de nosotros para matarla.

Ahora Venin-Jakwu nos miraron a la cara por turnos. Pasaron un pie por debajo de la espada de un guardia caído y la levantaron hasta cogerla con la mano. La agarraron, disfrutando de su tacto, y sonrieron.

—¡Soy un hombre! —dijeron—. Me llamo...

—Jakwu. Sé cómo te llamas. Sé que debes de ser un temible guerrero que ha matado a muchos. Ayúdanos a salvar a esta criatura y habrá dinero para ti —dije.

—¿El dinero puede ayudar a que me crezca una polla?

—Las pollas están muy sobrevaloradas —dijo Mossi.

No sé si estaba intentando hacer sonreír a los presentes.

Sogolon tenía el pecho rojo por encima del corazón. Ipundulu había intentado abrirle el pecho en canal y arrancarle el corazón, pero ella habría preferido que la viéramos caerse muerta antes que admitirlo.

—Encárgate de tu corazón —le dije.

—Mi corazón está bien —dijo ella.

—Está a punto de caérsete del pecho.

—No me ha llegado muy adentro.

—Nada parece llegarte muy adentro —dijo Mossi.

Al pie del árbol nos esperaba el búfalo con dos caballos. Al parecer yo estaba preguntando con la mirada todo lo que quería preguntar con la boca, porque el búfalo asintió con la cabeza, soltó un bufido y señaló a los caballos. Jakwu se montó en el primero.

—Sogolon cabalgará contigo —le dije.

—Yo no cabalgo con nadie —dijo Jakwu, y se fue al galope.

Mossi se me puso detrás.

—¿Hasta dónde llegará? —me dijo.

—¿Antes de ver que no conoce el camino? No muy lejos.

—¿Y Sogolon?

—Puede ir a lomos del búfalo.

—Como quieras —dijo Mossi.

Agarré un pedazo de túnica de Mossi y le limpié la cara. Había dejado de manarle la sangre.

—Es un rasguño —me dijo.

—Un rasguño de un monstruo con zarpas de hierro.

—Lo has llamado por un nombre.

—Dame eso —le dije, y le cogí una de las espadas.

Le hice un desgarrón en el borde de la túnica y le arranqué una larga tira de tela. Luego le enrollé aquel jirón en torno a la cabeza y se lo até por detrás.

—Sasabonsam.

—No es uno de los nombres que recuerdo de la casa del viejo.

—No. El Sasabonsam vivía con su hermano. Mataban desde lo alto de los árboles. Su hermano era el caníbal, y él, el chupasangre.

—No faltan árboles en el mundo. ¿Por qué viaja con esa manada?

—Porque maté a su hermano —le dije.

Dos cosas. El Sasabonsam llevaba una espada en el costado. E iba cargando tanto con el niño como con Ipundulu, que debía de pesar tanto como él.

A nivel del suelo, los dos árboles en llamas parecían estar a cientos y cientos de pasos, que era la distancia a la que estaban. Estábamos a punto de partir cuando un grupo de guardias de la reina, diez y nueve, quizá más, todos a pie pero plantados delante de nosotros, nos ordenaron detenernos.

—Su Radiante Excelencia dice que no ha dado a nadie permiso para marcharse.

—Vuestra radiantez tiene cosas peores de las que preocuparse que quiénes se largan de su radiante cuchitril —dijo Mossi, y cabalgó entre ellos.

Los soldados se apartaron de un salto cuando el búfalo arañó el polvo con la pezuña delantera.

—Qué lástima marcharnos... Ésta es una rebelión que me da gozo ver —dijo Mossi.

—Hasta que los esclavos se den cuenta de que prefieren la esclavitud conocida a la libertad que no conocen —dije.

—Recuérdame que tenga esta pelea contigo en otro momento —dijo él.

Cabalgamos la noche entera. Pasamos por el sitio donde había vivido el anciano griot, pero de su casa ya sólo quedaba el olor. No había nada más, ni siquiera los escombros del adobe agrietado y de los ladrillos rotos. Aquello me hizo preocuparme genuinamente por que ni la casa ni el hombre hubieran existido, sino que ambos hubieran sido un sueño. Como fui el único en darme cuenta, no dije nada y pasamos cabalgando en un abrir y cerrar de ojos junto a aquella nada. Jakwu intentaba seguirnos al mismo tiempo que iba en



cabeza, pero tuvo que retroceder tres veces. Ni siquiera yo recordaba el camino, a diferencia de Mossi, que surcaba la noche como una bala. Yo me limitaba a ir agarrado de sus costados. Sogolon intentaba ir sentada con la espalda erguida encima del búfalo, que corría tan deprisa como los caballos, pero estuvo a punto de caerse dos veces. Atravesamos el territorio de las brujas mawana, pero sólo una de ellas brotó del suelo para vernos, y en cuanto nos vio se volvió a hundir rápidamente como si el suelo fuera agua.

Antes de que el sol ahuyentara la noche, el olor del niño abandonó mi nariz. Me levanté de un salto. Sasabonsam había volado hasta la misma puerta y la había atravesado. Me di cuenta. Mossi se quejó de que mi frente le estaba golpeando el pescuezo y eso me hizo echarme hacia atrás. Cuando llegamos al camino de tierra aminoró la marcha hasta ponernos al trote. La puerta chisporroteaba, agitaba el aire a su alrededor y emitía un zumbido, pero se estaba encogiendo. Pude ver el camino a Kongor bajo la luz amarilla del día.

—¿Cuándo van a...?

—Las puertas no se abren solas, Sogolon. Ya la han atravesado. Llegamos tarde —le dije.

Sogolon rodó por un costado del búfalo y se cayó. En lugar de un grito le salió una tos.

—Esto es culpa tuya —me dijo señalándome—. Nunca has estado preparado ni listo ni has sido nada delante de ellos. A ninguno de vosotros le importa esto. Ninguno de vosotros ve lo que el mundo entero va a perder. La primera ocasión en dos años y los dejáis escapar.

—¿Y cómo, vieja? —dijo Mossi—. ¿Alguien lo vendió a los esclavistas? Eso lo hiciste tú. Nosotros nos habríamos enfrentado a Dolingo entero y habríamos salvado al niño. Pero tuvimos que perder el tiempo salvándote a ti. ¿Salvoconducto? Y un cojón. Pusiste el destino entero de tu misión en una reina que estaba más interesada en aparearse conmigo que en escucharte a ti. Todo esto es culpa tuya.

La puerta estaba encogiéndose y por ella todavía habría cabido un hombre pero no el ogo ni el búfalo.

—Pasarán días hasta que se pueda cruzar a Kongor —dijo la bruja.

—En ese caso más te vale tallarte un bastón y caminar —dijo Mossi—. Hasta aquí hemos llegado.

—El esclavista doblará la paga. Lo prometo.

—¿El esclavista o la hermana del rey? ¿O quizá esa jengu de río que finges que es una diosa? —le pregunté.

—Lo único que importa aquí es el niño. ¿O eres tan necio que no te das cuenta? Todo eso ha sido sólo por el niño.

—Me da la sensación, bruja, de que ha sido sólo por ti. No paras de decir que somos unos inútiles cuando justamente nos has estado usando. Y en cuanto a la niña, la pobre Venin, te deshiciste de su cuerpo porque Jakwu, o como se llame, te resultaba de más utilidad. Todo este fracaso es culpa tuya.

Jakwu se bajó del caballo y caminó hasta la puerta. Creo que nunca había visto una.

—¿Qué veo a través de este agujero?

—El camino a Mitu —dijo Ogotriste.

—Lo voy a tomar.

—Puede que no te sienta muy bien —dije—. Jakwu nunca ha visto las diez y nueve puertas, pero Venin sí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que aunque tu alma sea nueva, puede que tu cuerpo arda —dijo Mossi.

—La voy a cruzar —dijo Jakwu.

Durante todo este tiempo, Sogolon no le había quitado la vista de encima a la puerta. Se acercó a ella tambaleándose. Yo sabía lo que estaba pensando. Que había llegado a los trescientos, diez y quince años, sobreviviendo quizá a cosas peores, y además, ¿quién tenía tiempo para cuentos de vieja que nadie podía demostrar?

—Bueno, todos tenéis pinta de que los dioses os sonrían, pero aquí no hay nada para mí —dijo Jakwu—. Quizá me vaya al Norte y les pida a esos pervertidos de Kampara que me fabriquen una de sus pollas de madera.

—Que te visite la buena fortuna —dijo Mossi, y Jakwu asintió con la cabeza.

Puso rumbo a la puerta. Sogolon se apartó de su camino.

Mossi me agarró del hombro y dijo:

—¿Y ahora adónde?

No supe qué decirle, ni tampoco cómo decirle que, fuéramos adonde fuéramos, confiaba en ir con él.

—A mí ese niño me da igual, pero iré adonde tú vayas —dijo.

—¿Aunque sea a Kongor?

—Bueno, me gustan las diversiones.

—¿Te divierte que intenten matarte?

—Me he reído de cosas peores.

Me giré hacia Ogotriste.

—Gran ogo, ¿adónde vas a ir tú?

—¿A quién le importa ese maldito gigante? —dijo Sogolon—. Lo único que sabéis es llorar como mariquitas porque la vieja es más lista que vosotros. ¿No es para eso que estáis hechos todos? Y si no podéis oler algo ni tocarlo ni bebéroslo ni follároslo, no significa nada para vosotros. Nunca hay nada por encima de vosotros.

—Sogolon, nunca paras de llorar la muerte de unos valores morales que nunca tuviste —le dije.

—Os lo estoy diciendo, a todos. Todo el dinero que queráis. Vuestro peso en plata. Y cuando el niño ocupe el trono de Fasisi, tendréis polvo de oro para regalárselo a vuestros sirvientes. Y si no lo hacéis por mí, hacedlo por el niño. Para que el niño vea a su madre. ¿Os gusta ver a una mujer postrada de rodillas? ¿Queréis ver mis pechos arrastrarse por el suelo?

—No te deshonres a ti misma, mujer.

—Estoy más allá del honor y del deshonor. Las palabras sólo son palabras. El niño lo es todo. El futuro del reino es..., el niño va a...

La puerta se había encogido hasta la mitad de mi altura y estaba flotando sobre el suelo. De ella salió la mano en llamas de Jakwu, agarró a Sogolon por el cuello del vestido y tiró de ella hasta meterla. Los pies de la bruja se inflamaron antes de que Jakwu consiguiera meterla entera, pero todo fue muy rápido, más rápido que el parpadeo de un dios. Mossi y yo corrimos hasta la puerta pero la abertura ya era más pequeña que nuestras cabezas. Sogolon gritó, gritó por algo que sólo pudimos imaginar que le estaba pasando, hasta que la puerta terminó de cerrarse.

## VEINTE

Un fuerte viento inflaba las velas e impulsaba el dhow. El capitán decía que nunca lo había visto ir tan deprisa, salvo en plena tormenta, pero afirmaba que no era obra de la diosa del río ni de la del viento. No estaba seguro de cuál de las dos, aunque la respuesta era obvia para cualquiera que fuera bajo cubierta. Hacía un día que nos habíamos embarcado en el dhow rumbo a Kongor, y las razones eran las siguientes. No podíamos atravesar Dolingo, porque nadie había oído si la rebelión se había extendido o bien si los hombres de la reina la habían sofocado. Las montañas de Dolingo eran más altas que las de Malakal y habríamos tardado cinco días en atravesarlas, y después cuatro jornadas más en atravesar Mitu, antes de llegar a Kongor. En cambio, el trayecto en barco por el río era de sólo tres noches y medio día. La última vez que yo había navegado a bordo de un dhow había sido en uno de menos de diez y seis pasos de eslora y menos de siete de manga, que nos había transportado a cinco. El de ahora era tan largo como medio campo de sorgo, tenía más de veinte pasos de manga y dos velas, una igual de ancha que el barco e igual de alta y la otra de la mitad de aquel tamaño, las dos cortadas en forma de aletas de tiburón. Los tres pisos que había bajo cubierta, todos vacíos, hacían que la embarcación fuera más rápida pero también más fácil de volcar. Un barco de esclavistas.

—¿Alguna vez has visto un barco parecido? —me dijo Mossi cuando le señalé el dhow amarrado junto al río.

Después de media jornada a pie habíamos llegado a un claro y al río, que venía de muy al sur de Dolingo, lo esquivaba por el lado izquierdo,

serpenteaba en torno a Mitu y se bifurcaba para rodear Kongor. Al otro lado del río, los árboles gigantes y las densas nieblas escondían el Mweru.

—Los he visto parecidos —le dije, refiriéndome al barco.

Estábamos todos cansados, incluso el búfalo y el ogo. Estábamos todos doloridos y la primera noche el ogo tenía los dedos tan agarrotados que había volcado tres jarras de cerveza mientras intentaba cogerlas. Yo no me acordaba de qué me había golpeado en la espalda para tenerla tan dolorida, y cuando me sumergí en el río, hasta la última herida, arañazo y moretón se pusieron a chillarme. Mossi también estaba dolorido, e intentaba ocultar su cojera, pero hacía una mueca de dolor cada vez que pisaba con el pie izquierdo. La noche antes se le había vuelto a abrir el corte de la frente y le había estado manando sangre por la cara. Le corté otro jirón de túnica, machaqué plantas silvestres hasta hacer una pasta y se la unté sobre la herida. Él me agarró la mano y el escozor le hizo ponerse a soltar palabrotas, luego relajó su presa y dejó caer las manos hasta mi cintura. Le vendé la frente.

—Entonces sabrás por qué está amarrado aquí, en las afueras de Dolingo.

—Mossi, Dolingo compra esclavos, no los vende.

—¿Qué quiere decir eso, que el barco va vacío? No después de lo que ha pasado en la ciudadela.

Me giré hacia él y miré al búfalo, que acababa de resoplar con la vista puesta en el río.

—Mira cómo flota por encima del agua. Va vacío.

—No me fío de los esclavistas. En una sola noche podemos pasar de ser pasajeros a ser el cargamento.

—¿Y cómo iba un esclavista a hacer eso con nosotros? Necesitamos llegar a Kongor, y ese barco va a o bien a Kongor o bien a Mitu, que en cualquier caso nos deja mucho más cerca de Kongor.

Le hice una señal al capitán, un esclavista gordo y con una calva que se pintaba de azul, y le pregunté si le importaría llevar pasajeros. La tripulación estaba en el costado de babor, mirándonos desde arriba: desarrapados y

cubiertos de moretones y de polvo, pero llevando todas las armas que les habíamos quitado a los dolingon. Mossi tenía razón: el capitán nos echó un vistazo y también los treinta hombres de su tripulación. Pero Ogotriste no se quitó los guanteletes, y una sola mirada suya nos consiguió pasaje gratis. Pero llevad a esa vaca a la bodega con el resto de las bestias, dijo el capitán, y el ogo tuvo que agarrar al búfalo del cuerno para impedirle que cargara. El búfalo ocupó un pesebre vacío junto a dos cerdos que deberían haber estado más gordos.

El segundo nivel tenía ventanas, y el ogo se aposentó allí y frunció el ceño cuando pareció que teníamos intención de quedarnos con él. Tenía pesadillas y deseos que nadie más conocía, le expliqué a Mossi cuando se quejó. El capitán me contó que le había vendido su cargamento a un noble flaco y azul que se dedicaba a señalarlo todo con la barbilla, sólo dos noches antes de que el dios de la anarquía se liberara en Dolingo.

El barco iba a atracar en Kongor. Nadie de la tripulación dormía bajo cubierta. Uno, al que no pude verle la cara, mencionó que había fantasmas de esclavos, furiosos por haber muerto a bordo porque las cadenas no les habían permitido entrar en el inframundo. Aquellos fantasmas, maestros de la malicia y de la añoranza, se pasaban todos sus días y noches pensando en los hombres que los habían agraviado y afilando aquellos pensamientos hasta convertirlos en cuchillos. De modo que no tendrían nada contra nosotros. Y si querían que alguien escuchara la injusticia de la que habían sido víctimas, yo había oído cosas peores de los muertos.

Bajé las escaleras hasta la primera cubierta, por unos peldaños tan empinados que para cuando llegué abajo ya habían desaparecido en las sombras. No podía ver apenas nada de tan oscuro que estaba, pero mi olfato me llevó adonde se hallaba acostado Mossi; ya nadie más que yo podía oler la mirra en su piel. Había enrollado retales de una vela para usarlos de almohada y los había amontonado contra un mamparo, a fin de poder oír el río. Me acosté para dormir a su lado, pero no pude conciliar el sueño. Me

tumbé de costado, de cara a él, y me pasé tanto rato contemplándolo que di un respingo cuando vi que él también me estaba mirando a mí, cara a cara. Estiró el brazo y me tocó el rostro antes de que yo pudiera moverme. Parecía que no estuviera parpadeando siquiera, y los ojos le brillaban demasiado en la oscuridad, casi plateados. Y su mano no había abandonado mi cara. Me frotó la mejilla y llevó la mano a la frente, me resiguió una ceja con el dedo y luego la otra y volvió a bajar la mano hasta mi mejilla, como una mujer ciega leyéndome la cara. Luego me puso el pulgar sobre el labio y sobre el mentón, mientras sus dedos me acariciaban el cuello. Y allí tumbado me olvidé de cuándo había cerrado los ojos. Luego lo sentí en los labios. No existen esos besos entre los ku, ni tampoco entre los gangatom. Y nadie en Kongor ni en Malakal llevaría a cabo unos movimientos tan gentiles con la lengua. Su beso me hizo querer otro. A continuación me metió la lengua en la boca y se me abrieron mucho los ojos. Pero lo volvió a hacer, y mi lengua le correspondió. Cuando me agarró la polla con la mano, ya la tenía dura. Aquello me produjo otro respingo y le rocé la frente con la palma de la mano. Hizo una mueca de dolor y sonrió. Mi visión nocturna lo distinguió entre las sombras, gris y plateado. Se incorporó hasta sentarse y se sacó la túnica por la cabeza. Me lo quedé mirando a él y a su pecho magullado lleno de manchas moradas. Tenía ganas de tocarlo pero me daba miedo que hiciera otra mueca de dolor. Se subió a horcajadas sobre mí y me agarró los brazos, y solté un bufido. Estaba dolorido. Me dijo que éramos unos pobres viejos lastimados a los que no les convenía ponerse a... No oí el resto, porque entonces se inclinó para chuparme el pezón derecho. Gemí tan fuerte que esperé que algún marinero soltara una palabrota en cubierta o susurrara que algo raro estaba pasando con aquellos dos. La presión de sus rodillas contra mis costillas magulladas me hizo respirar entrecortadamente. Le acaricié el pecho y él cogió aire y lo soltó en forma de gemido. Me daba miedo hacerle daño, pero me apartó la mano y me la puso en el suelo. Me sopló en el ombligo y luego bajó hasta mi entrepierna y me practicó sus delicadas artes. Le supliqué que parara con el



más débil de los susurros. Volvió a ponerse encima de mí. Los tablones del suelo, más sueltos de lo que deberían estar, crujieron con cada sacudida. Dejé escapar todo entre los dientes rechinantes y le agarré el culo. Me puse encima. Él me agarró la nalga izquierda justo donde tenía una magulladura y solté un grito. Se rio, empujándome más adentro, con los labios sobre los suyos. Ninguno de los dos consiguió guardar silencio, y los dos pensamos que se fueran a la mierda los dioses porque íbamos a hacer ruido.

Por la mañana, cuando me desperté, había un niño mirándome. No me sorprendió para nada, ya me lo esperaba, a él y a más como él. El niño enarcó las cejas con curiosidad y se arañó el grillete que tenía en torno al cuello. Mossi gruñó, asustándolo, y el niño se fundió con la madera.

—Has salvado a niños antes —dijo Mossi.

—No me había dado cuenta de que estabas despierto.

—Eres distinto cuando crees que no te mira nadie. Siempre he pensado que lo que a uno lo hace un hombre es todo el espacio que ocupa. Yo estoy aquí sentado, con la espada ahí, la cantimplora allí, la túnica allá, esa silla de ahí y yo con las piernas abiertas porque, en fin, porque me gusta. Pero tú, en cambio, te haces más pequeño. Me preguntaba si sería por tu ojo.

—¿Cuál?

—Bobo —me dijo.

Se sentó delante de mí, apoyado en los tablones. Le froté las piernas peludas.

—Te hablo de ése —me dijo—. Mi padre tenía los ojos distintos. Los había tenido los dos grises hasta que un enemigo de la infancia le puso uno marrón de un puñetazo.

—¿Y qué le hizo tu padre a su enemigo?

—Ahora lo llama sultán y gran eminencia.

Me reí.

—Hay niños que son muy importantes para ti. Yo he pensado en esas cosas, en los niños, pero... en fin. ¿Para qué pensar en volar cuando no vas a

poder ser nunca un pájaro? En el Este tenemos unas pasiones extrañas. Mi padre..., bueno, mi padre es mi padre y es como era su padre. No es que yo..., porque no fui el primero..., ni siquiera el primero en llevar su apellido..., y además, a mi mujer me la eligieron de una familia noble antes de que yo naciera, y así estaba planeado que pasara, porque así funcionan las cosas. La cuestión no es lo que yo hiciera, la cuestión es que el profeta permitió a los hombres que nos descubrieran y era tan pobre que..., yo..., me desterraron y me dijeron que no volviera nunca a sus costas o me esperaba la muerte.

—¿Mujer? ¿E hijo?

—Cuatro. Mi padre me los quitó y se los dio a mi hermana para que los criara. Era mejor eliminar mi inmundicia de sus recuerdos.

Me cago en los dioses, pensé. Me cago en los dioses.

—Luego me desvié de mi rumbo. Quizá fueran los dioses. Pero tú piensas en unos niños.

—¿Y tú no?

—No pasa una noche sin que piense en ellos.

—Debe de ser por esto por lo que las esposas descarriadas nos quieren perder en cuanto nos corremos. Por nuestras tristes conversaciones sobre niños.

Sonrió.

—¿Has oído hablar de los mingis? —le pregunté.

—No.

—En algunas tribus del río, e incluso en ciudades como Kongor, matan a los recién nacidos que no son dignos. Criaturas que nacen débiles, o a las que les faltan brazos o piernas, o a las que les salen los dientes de arriba antes que los de abajo, o con poderes o formas extrañas. A cinco de esos niños de formas extrañas los salvamos, pero siguen viniendo a mí en sueños...

—¿Salvamos? ¿En plural?

—Ya no importa. Esos cinco vuelven a mí en sueños, y he intentado visitarlos, pero viven con una tribu que es enemiga de la mía.

—¿Cómo?

—Porque se los di a los enemigos de mi tribu.

—Nada de lo que me cuentas termina del modo en que creo que va a terminar, Rastreador.

—Después de que mi tribu intentara matarme por salvar a niños mingi.

—Ah. Contigo y con esa gente, los ríos nunca fluyen rectos. Por ejemplo, nos llevas en busca de ese niño y no hay ni una sola línea recta entre nosotros y el niño, sólo arroyos que llevan a otros arroyos, que a su vez llevan a más arroyos, y a veces..., y dime si miento, te pierdes tanto en la corriente que el niño desaparece de la vista, y con él la razón de que lo busques. Desaparece igual que ese niño que acaba de esfumarse en esta bodega.

—¿Lo has visto?

—La verdad no depende de que yo la crea, ¿verdad?

—La verdad es que a veces me olvido de a quién estamos buscando. Ni siquiera me acuerdo del dinero.

—¿Qué te impulsa, entonces? ¿No es reunir a madre e hijo? Es lo que dijiste hace unos días.

Se me acercó gateando y los haces de luz le dibujaron rayas en la piel. Me apoyó la cabeza en el regazo.

—¿Eso me preguntas?

—Sí, eso te pregunto.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Lo miré.

—Cuanto más lejos voy...

—¿Sí?

—... mayor es la sensación de que no tengo nada a lo que volver —dije.

—¿Y de esto te das cuenta después de cuántas lunas?

—Perfecto, esta clase de revelaciones sólo llegan de una manera: demasiado tarde.

—Háblame de tu ojo.

—Es de un lobo.

—¿A esos chacales los llaman lobos? Quizá perdieras una apuesta con un chacal. No estás de broma, ¿verdad? Qué pregunta quieres primero: ¿cómo o por qué?

—Una puta hiena metamorfa con su forma de mujer me sorbió el ojo hasta sacármelo de la cuenca y luego me lo arrancó de un mordisco.

—Debería haber preguntado primero por qué. Y más después de anoche —dijo.

—¿Qué pasa con anoche?

—Que tú..., nada.

—Anoche no fue un pago en depósito de absolutamente nada —le dije.

—No, eso no fue.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—No estamos hablando de nada. Más que de tu ojo.

—Me arrancaron el ojo unos bandidos.

—Unos bandidos hienas, has dicho.

—La verdad no depende de que te la creas, perfecto. Me pasé varias lunas deambulando por el yermo que hay entre el mar de arena y Juba, no me acuerdo de cuántas, pero sí me acuerdo de que me quería morir. Pero no antes de matar al responsable.

He aquí una breve crónica del ojo de lobo. Después de que aquel hombre me traicionara y me entregara a la manada de hienas, no conseguí encontrarlo. Me dediqué a deambular sin rumbo, rebotando rencor pero sin ningún lugar para descargar todo aquel odio. Regresé al mar de arena, a unas tierras de escarabajos grandes como pájaros y de escorpiones que te quitaban la vida de una picadura, y me senté en un hoyo de la arena mientras los buitres aterrizaban y volaban en círculos. Y entonces vino a mí la Sangoma, con el vestido ondeando al viento, aunque no había viento, y con las abejas volándole en torno a la cabeza. Oí el zumbido antes de verla a ella, y cuando

la vi, me dije: Esto debe de ser un sueño de la fiebre, o la locura del sol, porque la Sangoma murió hace mucho.

—Suponía que el chico con buen olfato ya no tendría el olfato, pero no me imaginaba que el chaval con labia ya no tuviera la labia —me dijo ella.

Y el animal se le acercó al trote.

—¿Te has traído un chacal? —le pregunté.

—No insultes al lobo.

Me agarró la cara, con firmeza pero sin fuerza, y dijo unas palabras que no entendí. Cogió un puñado de arena, escupió en ella y la amasó hasta hacer una bola sólida. Luego me arrancó el parche del ojo y di un respingo. Me dijo: Cierra el ojo bueno. Me metió la arena en la cuenca vacía y el lobo se acercó. El lobo gruñó y gimió y volvió a gemir. Oí algo parecido a una puñalada y más gruñidos del lobo. Luego nada. La Sangoma me dijo: Cuenta hasta diez y uno antes de abrirlos. Empecé a contar y ella me interrumpió.

—El lobo volverá a por él cuando te quede poca vida. Mantente alerta —me dijo.

Y así es como me prestó un ojo de lobo. Pensé que vería de muy lejos y que podría distinguir a la gente en la oscuridad. Y puedo. Pero cuando cierro el otro ojo, pierdo color. Y un día el lobo volverá y lo reclamará. Ni siquiera me podía reír.

—Yo podría —dijo Mossi.

—Que te follen mil veces.

—Me basta con unas cuantas más antes de que atraquemos. Incluso puede que te conviertas en algo parecido a un amante.

Por mucho que lo dijera en broma, me molestaba. De hecho, me molestaba más si lo decía en broma.

—Háblame más de las brujas. Dime por qué las odias tanto —me dijo.

—¿Quién dice que odio a las brujas?

—Tu boca lo dice.

—Hace muchos años me puse enfermo en la Ciudad Púrpura. Estaba al

borde de la muerte; un marido había pagado a un chamán para que me echara una maldición. Una bruja me encontró y me prometió un hechizo de curación si le hacía un trabajo.

—Pero si odias a las brujas.

—Calla. No era bruja, me dijo, sólo una mujer que había tenido una hija sin un hombre, y aquella ciudad podía ser terrible cuando juzgaba aquellas cosas. Se habían llevado a su criatura, me contó, y se la habían dado a una mujer rica pero estéril. ¿Me vas a curar?, le pregunté. Te liberaré de tus deseos, me dijo, lo cual no me pareció lo mismo. Pero seguí mi olfato y le encontré a su niña, se la quité a la mujer en plena noche, sin despertar a nadie. Y luego no sé qué pasó, sólo que me desperté a la mañana siguiente, curado, con un charco de vómito negro en el suelo.

—Entonces ¿por qué...?

—Calla. La niña era su hija de verdad. Pero tenía un olor raro. Encontré su rastro al cabo de dos días, en Fasisi. Estaba esperando a otra persona. A alguien que le comprara las dos manos de bebé y el hígado que había dejado sobre la mesa. Las brujas no pueden hacer conjuros contra mí, aunque aquélla lo intentó. Le di un hachazo en la frente antes de que pudiera entonar su cántico y luego le corté la cabeza.

—Y desde entonces odias a las brujas.

—Oh, ya las odiaba mucho antes. Más bien se podría decir que me odio a mí mismo por haber confiado en una. Al final, la gente siempre vuelve a su naturaleza. Es como esa resina del árbol que da igual cuánto la estires, siempre vuelve a la forma que tenía.

—Quizá a quienes odies sea a las mujeres.

—¿Por qué dices eso?

—Nunca te he oído decir nada bueno de una sola. En tu mundo parece que todas sean brujas.

—No conoces mi mundo.

—Lo conozco lo suficiente. Quizá no odies a ninguna, ni siquiera a tu

madre. Pero dime si miento cuando te digo que siempre esperaste lo peor de Sogolon. Y de todas las demás mujeres a las que has conocido.

—¿Cuándo me has oído decir nada de eso? ¿Por qué me sales con esto ahora?

—No lo sé. No puedes meterte dentro de mí y esperar que yo no me meta en ti. ¿Por qué no te lo piensas?

—No tengo nada que pensar...

—Me cago en los dioses, Rastreador.

—Muy bien. Pensaré en por qué Mossi cree que odio a las mujeres. ¿Algo más antes de que suba a cubierta?

—Una cosa más.

Atracamos un día y medio más tarde, a mediodía. La herida de su frente parecía cerrada y ya no estábamos doloridos, aunque sí cubiertos de costras, incluso el búfalo. Gran parte de aquel día me lo pasé en la cabina de los esclavos, follándome a Mossi y dejándome follar por él, amando a Mossi y dejándome amar por él, y subiendo a cubierta para mirar las caras de la gente y ver si alguien quería tener más que palabras conmigo. Pero o bien no se estaban enterando o bien no les importaba —los marineros son marineros en todas partes—, ni siquiera cuando Mossi me soltaba la mano para taparse la boca y ahogar sus gritos. El resto del tiempo, Mossi me daba demasiado que pensar y todo volvía a mi madre, en quien yo jamás quería pensar. O al Leopardo, en quien yo llevaba lunas sin pensar, o a aquel odio a todas las mujeres que Mossi decía que yo tenía dentro. Era una acusación muy dura y también era mentira, porque yo no tenía la culpa de haberme encontrado con brujas.

—Quizá atraigas a la peor clase.

—¿Tú eres la peor clase? —le pregunté molesto.

—Espero que no. Pero pienso en tu madre, o mejor dicho, en la madre de

la que me has hablado, que quizá ni siquiera sea real, o si es real, puede que no sea como la pintas. Hablas como los padres de mi país que echan la culpa a sus hijas cuando las violan y les dicen: ¿Es que no tenías piernas para escaparte? ¿Es que no tenías boca para gritar? Crees, igual que ellos, que sufrir la crueldad ajena o evitarla es una cuestión de elección personal o de medios, cuando es una cuestión de poder.

—¿Estás diciendo que debería entender el poder?

—Estoy diciendo que deberías entender a tu madre.

La noche antes de atracar me dijo: Rastreador, siempre eres un amante vigoroso. Pero no creo que fuera un elogio, y después no paró de preguntarme por cosas del pasado remoto, cosas muertas. Hasta el punto de que sí, empecé a hartarme un poco del prefecto y de sus preguntas. Por la mañana, la tripulación reparó un agujero que el ogo había abierto de un puñetazo en el mamparo, sin hacer preguntas. Nos dijo que había sido por una pesadilla.

Los kongoris vaciaban sus calles a mediodía, un momento perfecto para infiltrarse en la ciudad y desaparecer en algún callejón. A excepción de las calles donde vivían los de Tarobe, o los de Nyembe, o los de Gallunkobe/Matyube, la gente habitaba allí donde pudiera comprar una casa, conseguirla con estafas, heredarla o reclamarla, lo cual significaba que si la mayoría de la gente se quedaba de puertas adentro, la ciudad entera daba la impresión de estar escondida entre sus paredes. Ni siquiera los guardias, que solían patrullar por el perímetro de la ciudad, se acercaban a la orilla. Mossi y yo nos vestimos con la ropa de dos de los marineros de la tripulación, pagándosela con cauris, y uno de ellos, aturdido, nos dijo que había matado por menos que aquello. Llevábamos túnicas de marineros ajadas por el mar, con capuchas, y pantalones de hombres del Este.

Habían pasado más de siete noches desde la última vez que habíamos visto la ciudad. Quizá más, pero yo no me acordaba. De la mascarada del Bingingun ya no quedaba ni música ni nada, sólo restos de paja, ropa, palos y



varas de color rojo y verde, todo desperdigado por las calles, sin dueño que lo reclamara.

Intenté ver si el ogo nos miraba al prefecto y a mí con ojos distintos, pero no advertí nada. Al contrario: el ogo hablaba más de lo que había hablado en casi una luna, hablaba de cualquier cosa, desde lo bonito que estaba el cielo hasta lo agradable que era el búfalo, hasta el punto de que tuve que decirle que un ogo charlatán iba a llamar la atención. Me pregunté si Mossi pensaría lo mismo y si sería por eso por lo que iba rezagado detrás de nosotros, hasta que vi que su mirada lo barría todo de arriba abajo y hacia atrás y a los lados, asomándose en cada cruce de calles, sin que su mano abandonara para nada su espada. Lo esperé y me puse a caminar a su lado.

—¿El ejército del cacique?

—¿En una calle de mercaderes? Nos pagan bien para que nunca vengamos a estos sitios.

—Entonces ¿quién?

—Cualquiera.

—¿Qué enemigo nos está esperando, Mossi?

—No busco enemigos en tierra. Son las palomas del cielo las que me preocupan.

—Lo sé. Y aquí no tengo amigos. Yo...

Tuve que pararme allí, en mitad de la calle por la que caminábamos. Me agarré la nariz y pegué la espalda al muro. Captaba tantos olores a la vez que una versión mayor de mí habría enloquecido un poco, pero ahora los olores me estaban abofeteando la mente, empujándome hacia delante y hacia atrás y en todas direcciones a la vez; mi olfato me estaba mareando.

—¿Rastreador?

Puedo caminar por una tierra de cien olores que no conozco. Puedo entrar en un sitio lleno de olores que conozco si sé que es ahí donde van a estar, y decidir qué olor va a seguir mi mente. Pero si se me echan encima inesperadamente seis, o incluso cuatro, me puedo volver medio loco. Hacía

tantos años que aquello no me pasaba que me acordé del muchacho que me había entrenado para centrarme en uno, el mismo muchacho al que había tenido que matar. Ahora todos aquellos olores se me echaron encima, y todos los recordaba, aunque no todos de Kongor.

—Hueles al niño —me dijo Mossi, agarrándome el brazo.

—No me voy a caer.

—Pero hueles al niño.

—No sólo al niño.

—¿Eso es bueno o malo?

—Sólo los dioses lo saben. Esta nariz no es una bendición, es lo contrario. Están pasando muchas cosas en esta ciudad, más que la última vez que estuve aquí.

—Habla claro, Rastreador.

—Me cago en los dioses, ¿digo locuras?

—Paz. Paz.

—Eso solía decir el puto gato.

Me agarró y me atrajo hasta su cara.

—Tu mal genio está empeorando la situación.

El ogo y el búfalo se habían adelantado, sin darse cuenta de que nos habíamos detenido. Mossi me tocó la mejilla y me estremecí.

—Nadie nos ve —dijo—. Además, así tienes algo más de que preocuparte. —Y sonrió.

—Creo que nos está siguiendo alguien. ¿Cómo de lejos quedan las calles de Nyembe? —le pregunté.

—Cerca, al noroeste de aquí. Pero a esos dos no hay manera de esconderlos —dijo señalando al búfalo y al ogo—. Deberíamos quedarnos cerca de la orilla. ¿Estamos yendo hacia el niño? —preguntó.

—Ahora sólo son tres, y el Ipundulu está herido. No tiene una madre bruja que lo ayude a curarse deprisa.

—¿Estás diciendo que esperemos?

—No.

—¿Qué dices, entonces?

—Mossi.

—Rastreador.

—Calla. Te digo que mientras estemos cazando a alguien, siempre habrá alguien cazándonos a nosotros. Puede que el Aesi todavía esté en Kongor. Y me da la sensación de que nos está vigilando y esperando a que caigamos en sus manos. Y no es el único que nos sigue la pista.

—Mi espada estará lista cuando nos encuentren.

—No. Los tenemos que encontrar nosotros.

Cayó la noche antes de que pudiéramos llegar discretamente al oeste siguiendo los callejones desiertos. Mossi se adentró en una callejuela lo bastante estrecha como para que sólo pasara una persona y volvió con la espada manchada de sangre. No dio ninguna explicación y tampoco le pregunté. Seguimos hacia el norte y el oeste, callejón a callejón, hasta llegar al sector de Nyembe y a aquella calle serpenteante que llevaba a la casa del viejo noble.

—La última vez que pisé esta calle estaba infestada de mercenarios de las Siete Alas —dije.

Mossi señaló la bandera del gavilán negro, que todavía ondeaba en la misma torre a trescientos pasos de nosotros.

—La bandera todavía ondea, sin embargo. Y la marca del rey de Fasisi está en todas partes.

Llegamos a la puerta, que estaba sospechosamente abierta.

—En esta pared hay una marca que conozco —dije.

—Pensaba que primero nos mencionarías los meados.

Mossi dio un brinco, pero yo no me moví, aunque deseé tener un hacha. La figura salió de las profundidades de la casa, corriendo por el angosto pasaje que llevaba afuera, y me saltó encima, derribándome al suelo. El

búfalo soltó un bufido, el ogo corrió a mi lado y Mossi desenvainó las dos espadas.

—No —dije—. Es un...

El Leopardo me lamió la frente. Se frotó la cabeza contra mi mejilla derecha, me la pasó por debajo del mentón y me la frotó contra la izquierda. Restregó el hocico contra mi nariz y apoyó su frente en la mía. Ronroneó y canturreó mientras yo me incorporaba hasta sentarme. Luego cambió de forma.

—Eso te lo has copiado de los leones, leopardo de tres al cuarto —le dije.

—¿Quieres que hablemos de las cosas malas que se te han pegado a ti? Porque mira que son malas. Pronto nos enteraremos de que estás besando con lengua.

El bufido vino de mí, no del búfalo.

—Tú con tu ojo de perro y yo con mis ojos de gato. Menuda pareja hacemos, ¿verdad, Rastreador?

El Leopardo se puso de pie de un salto y me ayudó a levantarme. Mossi todavía tenía las dos espadas desenvainadas, pero el ogo fue directo al Leopardo y lo levantó del suelo.

—Me caes mejor tú que la mayoría de los gatos —dijo.

—¿A cuántos gatos conoces, Ogotriste?

—Sólo a uno.

El Leopardo le tocó la cara.

—Oh, búfalo, ¿todavía no se te ha comido nadie?

El búfalo pataleó y el Leopardo se rio. Ogotriste lo dejó en el suelo.

—¿Quién es este que tiene las espadas desenvainadas? ¿Un enemigo?

—A decir verdad, Leopardo, yo también estaba a punto de sacar el cuchillo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Leop..., ¿está contigo el chico?

—Claro que sí... Oh, espera. Sí, sí, sí. Yo también me habría sacado un

cuchillo a mí mismo, es verdad. Tengo que contarte una historia. En ella se follan un culo, o sea que te va a encantar. ¿Y cuántas historias me tienes que contar tú? Antes de nada, ¿quién es este buen hombre que no enfunda la espada?

—Mossi. Antes estaba en el ejército del cacique.

—Soy Mossi.

—Eso acaba de decir él. He estado con unos cuantos caciques no tan caciquiles como tú. ¿Cómo has llegado a estar con estos...? ¿Cómo os llamo, cómo nos llamo?

—Es una larga historia. Pero ahora también voy buscando al niño. Con él —dijo Mossi.

—O sea que le has hablado del niño —dijo el Leopardo mirándome.

—Lo sabe todo.

—No todo —dijo Mossi.

—Me cago en los dioses, prefecto.

El Leopardo lo miró a él, después a mí y por fin sonrió con pillería. Que lo follaran mil veces por sonreír así.

—¿Dónde está Sogolon?

—Es una historia muy larga. Más larga que la tuya. Necesito hablar con el dueño de esta casa. Hay un hombre idéntico a él en Dolingo.

—¿Qué te llevó a Dolingo? Por desgracia, las únicas que nos recibieron cuando volvimos aquí fueron las arañas. La casa está vacía. Todas las habitaciones, todas las ventanas, no quedaba ni una planta. Entrad, amigo ogo, y tú, prefecto, como te llames.

—Mossi.

—Eso mismo. Búfalo, las verduras que tenemos dentro son mejores que nada de lo que crece en este suelo de mierda. Ve a la parte de atrás y que te las den por la ventana.

Fue la primera vez en mucho tiempo que oí al búfalo hacer aquel ruido que sigo jurando que era una risa.

—Mossi, tienes pinta de espadachín —dijo el Leopardo.

—Sí, ¿y qué pasa?

—Nada, pero poseo dos espadas que no le sirven de nada a una bestia que va a cuatro patas. Espadas de calidad, hechas en el Sur. Eran de un hombre al que le corté la cabeza.

—¿Alguna vez dejáis a un hombre entero, tú o éste?

El Leopardo me miró a mí, luego a Mossi y se rio. Después le dio una fuerte palmada a Mossi en la espalda y lo empujó, diciendo: Están ahí dentro. Sospecho que a Mossi no le gustó, al menos no tanto como a mí verlo.

—Rastreador, ella también está dentro.

—¿Quién?

Me hizo una señal con la cabeza para que lo siguiera.

—Al niño lo rescataremos mañana por la noche —dijo.

En cuanto entramos, Fumeli, al que yo llevaba tanto tiempo sin ver, se nos acercó corriendo, pero frenó en seco cuando el Leopardo le gruñó.

—Más tarde te preguntaré por eso —dije.

—Vamos a hacer lo que hacemos siempre, Rastreador. Una competición de historias. Y estoy convencido de que voy a ganar otra vez.

—No has oído la mía.

Me miró. Le salían los bigotes de debajo de la nariz y el pelo se le veía más largo y alborotado. Había echado tanto de menos a aquel hombre que el corazón me daba un vuelco cada vez que se movía. Cuando se giraba con una sonrisa de pícaro. Cuando se frotaba la entrepierna contra la túnica, porque odiaba la ropa tanto como yo.

—No va a estar a la altura de la mía, te lo puedo prometer —dijo.

El Leopardo me llevó al sexto piso. Nos estábamos acercando a una habitación que yo no conocía cuando me llegó el olor del río. No venía de fuera; era uno de aquellos cinco o seis olores que yo había reconocido pero

no me habían gustado. Uno de ellos estaba dentro de la habitación y el resto, cerca.

—Huelo al niño —dije—. No está lejos. Tenemos que ir a por él ahora, antes de que puedan escaparse otra vez.

—Pensamos igual. Yo ya he dicho lo mismo tres veces. Pero he oído que hay demasiada gente yéndoles detrás, y a mí me va detrás un ejército entero, así que vamos a tener que movernos de noche.

Yo no conocía aquella voz.

—Está aquí el Rastreador. Él te puede explicar lo que pasa cuando los planes se ejecutan de cualquier manera.

Aquella voz sí que la conocía. Entré en la habitación y busqué primero a la dueña de la primera voz. Estaba tumbada en un montón de esteras y cojines, con una taza en la mano, la fuerte bebida que se hace en Fasisi con los granos del café. Un sombrero en la cabeza, ancho en la coronilla como una corona pero hecho de tela roja en vez de oro. Un velo, quizá de seda, replegado hacia arriba para revelar su cara. Dos discos de gran tamaño en las orejas, con un diseño que era un círculo rojo, otro blanco, otro rojo y otro blanco. Su vestido también era rojo, y las mangas le dejaban al descubierto los hombros pero le escondían los brazos. El vestido tenía un bordado grande y azul en el frente, en forma de dos puntas de flecha apuntándose entre ellas. A punto estuve de decir: No conozco a ninguna monja que se vista así, pero la lengua ya me había metido en suficientes líos. Detrás de ella había dos sirvientas con el mismo vestido de cuero que le encantaba llevar a Sogolon.

—Eres ese al que llaman Rastreador —dijo la hermana del rey.

—Así es como me llaman, excelencia.

—Ya hace años que no tengo nada de excelente ni me acerco a la perfección. Mi hermano se encargó de ello. Y Sogolon ya no está contigo. ¿Acaso ha perecido?

—Ha recibido lo que se merecía —dije.

—A Sogolon se le daba bien hacer planes. Danos noticias de ella.

—Cruzó una puerta que no debía y eso seguramente la consumió hasta matarla.

—Una muerte horrible, por lo que sé de las muertes. Te deseo fuerza en tu tristeza.

—No me provoca tristeza. Nos vendió como esclavos a cambio de salvoconducto para cruzar Dolingo. También robó el cuerpo de una niña y se lo dio al espíritu de un hombre al que le había robado el cuerpo hacía mucho.

—¡Tú no sabes nada de eso! —dijo Bunshi.

Me había preguntado cuándo intervendría. Se levantó de un charco que había en el suelo al lado de la hermana del rey.

—¿Quién sabe, bruja del agua? Quizá el espíritu se vengara de ella arrastrándola con él a través de una de las diez y nueve puertas. He oído que no se puede volver a una puerta hasta que has pasado por las diez y nueve. Y ella misma lo demostró, en caso de que te lo estés preguntando.

—Y tú se lo permitiste.

—Pasó muy deprisa, Bunshi. Demasiado deprisa para mi gusto.

—Tendría que ahogarte.

—¿Cuándo te enteraste de que ella había cambiado de plan? ¿O no te lo dijo? ¿Qué eres, mentirosa o necia? —le dije.

—Con tu permiso... —le dijo Bunshi a la hermana del rey, pero ésta negó con la cabeza.

—En un momento dado decidí que éramos todos incapaces de rescatar a ese niño tuyo tan valioso. A pesar de que esos mismos incapaces fuimos capaces de liberarnos y de salvarla a ella de ese al que llaman Ipundulu — dije.

—Ella...

—¿Cometió una equivocación que le costó el niño? Sí, eso es lo que hizo —dije.

—Sogolon sólo estaba intentando servir a su ama —le dijo Bunshi a la hermana del rey, pero ésta ya me estaba mirando a mí.



—¿Rastreador? ¿Cuál es tu nombre de verdad? —dijo la hermana del rey.

—Rastreador.

—Rastreador. Te entiendo. Ese niño te trae sin cuidado.

—He oído decir que es el futuro del reino.

Se puso de pie.

—¿Qué más has oído decir?

—Demasiado y al mismo tiempo no lo suficiente.

Se rio y dijo:

—Fuerza, astucia, valentía... ¿Dónde estaban los hombres con esas cualidades cuando los necesitábamos? ¿Dónde está la mujer a la que has herido y abandonado?

—Se ha herido ella sola.

—Entonces debe de ser una mujer con más poder y medios que yo. Todas las cicatrices que tengo me las ha hecho alguien que no soy yo. ¿De qué mujer me hablas?

—De su madre —dijo el Leopardo.

En aquel momento podría haberlo matado.

—Su madre. Pues ella y yo tenemos mucho en común.

—¿Las dos habéis abandonado a vuestros hijos?

—Quizá a las dos nos hayan arruinado la vida los hombres y luego, encima, nuestros hijos han crecido echándonos la culpa a nosotras. Por favor, olvida este comentario. También he estado viviendo en un convento situado delante de una casa de putas. Imagínatelo: yo, la hermana del rey, escondida entre viejas porque él ha mandado asesinos a la misma fortaleza en la que me hizo prisionera. Las Siete Alas se han ido a Fasisi a unirse a los ejércitos del rey. Desde allí van a invadir primero Luala Luala, y a los gangatom y los ku, y a convertir en esclavos a todos los hombres, mujeres y niños. No es que lo vaya a hacer, ya lo ha hecho. Luala Luala ya está bajo su control. Las armas de guerra no se construyen solas.

—Que te sea concedido el respeto de los reyes. Pero te sientas ahí y te

dedicas a pedir que a los hombres y mujeres normales y corrientes les importen los destinos de los príncipes y los reyes, como si lo que os pasara a vosotros cambiara algo de lo que nos pasa a nosotros.

—Me ha dicho el Leopardo que tienes niños entre los gangatom.

—Creo que no he pasado el tiempo suficiente dentro de ningún koo como para sembrar a una criatura —le dije.

—¿Ésta es la boca de la que me avisasteis? —dijo mirando tanto a Bunshi como al Leopardo, y éste asintió con la cabeza.

La hermana del rey se volvió a sentar en un taburete.

—Qué familia tan encantadora debes de haber tenido, para que la pérdida de una criatura no signifique nada para ti.

—No son mis...

—Rastreador —dijo el Leopardo, negando con la cabeza.

—La perspectiva es distinta cuando la criatura perdida eres tú, excelencia. Entonces sólo piensas en la decepción que son los padres —le dije.

Ella se rio.

—¿Te parezco tranquila, Rastreador? ¿Te parezco alguien poseído por el Itutu? ¿Cómo puede estar tan tranquila la hermana del rey cuando los monstruos y los hombres se han llevado a su hijo? Quizá ésta sólo sea la última violación que sufro. Quizá esté cansada. Quizá me doy un baño cada noche para poder chillar debajo del agua y enjugarme las lágrimas. O quizá te puedes ir a la mierda por pensar que algo de esto es asunto tuyo. A varios de los patriarcas ya les ha llegado el rumor de que no sólo tengo un hijo, sino un hijo de la unión legítima con un príncipe. Saben que voy a ir a Fasisi y que les voy a reclamar mi derecho de sucesión al trono a los patriarcas, a la corte, a los antepasados y a los dioses. Mi hermano incluso cree haber matado a todos los griots del Sur, pero tengo a cuatro. Cuatro que cuentan la historia verdadera, cuatro cuya crónica no será cuestionada por nadie.

—¿Por qué hacer todo esto para terminar poniendo en el trono a otro hombre? A un niño.

—A un niño adiestrado por su madre. No por unos hombres que sólo son capaces de criarlo para que se vuelva como ellos. El ejército de mi hermano partió hace dos días rumbo a las Tierras del Norte. ¿No tienes parientes allí?

—No.

—Gangatom está al otro lado del río. ¿Y qué va a hacer el rey con todos los niños que sean demasiado pequeños para hacer de esclavos? ¿Has oído hablar de los practicantes de la ciencia blanca?

Necesité todas mis fuerzas para contestar deprisa, y aun así tardé demasiado.

—No.

—Da gracias a los dioses por no haberte cruzado nunca con ellos —dijo, pero me miró con una ceja enarcada y habló más despacio—. Son blancos porque hasta la piel se les rebela contra su maldad, porque la piel de uno sólo puede tolerar una cantidad limitada de vilezas. Blancos como sólo puede serlo la maldad pura. Se llevan a los niños y los unen a bestias y a demonios. A mí me atacaron dos: uno tenía unas alas de murciélago tan grandes como esa bandera. Cuando mis hombres lo mataron a flechazos, resultó que sólo era un niño, y que las alas ya se habían vuelto parte de su piel y de sus huesos, hasta la sangre le corría por ellas. Y hacen otras cosas, como convertir a tres niñas en una sola, o coserle una lengua a la lengua de un niño para que pueda cazar como un cocodrilo y ponerle ojos de pájaro. ¿Y sabes por qué se los llevan tan pequeños? Piensa, Rastreador. Si a un hombre lo conviertes en asesino, podrá volver a ser normal, o podrá matarte a ti. En cambio, si crías a un niño pequeño para que mate, ya no será otra cosa. Vivirá para la sangre, sin remordimientos. Así que se llevan a los niños y los moldean como si fueran plantas, usando todas las malas artes de la ciencia blanca, y todavía es peor si el niño ya venía con dones. Y ahora trabajan para mi hermano y para la zorra de Dolingo.

—Sogolon dijo que erais aliadas. Hermanas.

—Esa mujer nunca ha sido mi hermana. Es a Sogolon a quien conoce.

Conocía.

—Pues entonces iré a Gangatom.

—Conoces a algunos, ¿verdad? Niños con dones.

—Iré a Gangatom —repetí.

—¿Cómo? Nadie me ha comentado que venías con un ejército. ¿Tienes mercenarios propios, quizá? ¿A un par de espías? ¿A un brujo que enmascare tu llegada? ¿Cómo vas a salvarlos? ¿Y por qué te importa lo que les pase a esas criaturas? El Leopardo me cuenta que además son mingis. Dime la verdad. ¿Hay uno azul sin piel, otro con patas de avestruz y otro sin piernas? Muchos hombres de los que marchan hacia allí creen en las viejas costumbres. Los meterán en una casa de ciencia blanca si no los matan primero. Ni valen nada ni son de ninguna utilidad.

—Valen más que una mierda de rey inútil en la letrina de su trono inútil. Y mataré a quien se los lleve.

—Pero no estás con ellos, y tampoco los tienes. ¿Cómo funciona esa paternidad? ¿Y te crees que me puedes juzgar a mí?

No tuve nada que decirle. Se me acercó, pero caminó hasta la ventana.

—¿Sogolon ha muerto quemada, dices?

—Sí. La hostigaban muchos espíritus.

—Es verdad. Algunos hijos suyos. Hijos muertos. Estoy cansada de que mueran niños, Rastreador, niños que no deberían morir. Has mencionado las cosas que importan... No sé cómo hacer que esto te importe. Pero ahora mismo hay dos que tienen a mi hijo, por culpa de una equivocación que cometió ésta y que Sogolon intentó redimir desesperadamente. No necesito mandar a ningún hombre a una misión, y no necesito a ningún hombre que crea en reyes ni en dioses más de lo que necesito a un hombre que crea que caga pepitas de oro. Sólo quiero a alguien que cuando me diga: Te voy a traer a tu hijo, me lo traiga.

—Sigo haciendo esto por dinero.

—No esperaba menos.

—¿Por qué no nos contaste desde el principio la verdad?

—¿Qué es la verdad?

—¿Ésa es tu respuesta? Todo me habría importado más si tu demonio del río nos hubiera contado la verdad.

—¿Necesitabas más de lo que oíste para que te importara?

—Lo que oí y lo que vi eran cosas distintas.

—Yo creía que confiabas en tu olfato. Tu compañía y tú tenéis pinta de que os quedan heridas que atender.

—Mi compañía y yo estamos bien.

—Aun así. Id a buscar a mi hijo esta noche.

—Tengo una cosa para ti —me dijo el Leopardo.

Yo había elegido una de las habitaciones del piso superior, pero con vistas a la calle serpenteante. Esteras sobre el suelo, almizcle de civeta derramado y un cojín de cama para dormir, algo que yo no había visto desde la casa de mi padre. De mi abuelo. El Leopardo me arrojó una de las hachas y yo la cacé al vuelo mientras giraba. Él asintió con la cabeza, impresionado. La segunda estaba en un arnés, que me eché al hombro.

—Te he traído otra cosa —me dijo, y me dio un frasco que olía a resina de árbol.

—Ocre negro en manteca de karité, perfecto para ti. Te puedes fundir con la oscuridad y con las sombras sin llevar todos esos trapos que hacen que te piquen los pezones y el ojete. Camina conmigo.

Salimos y caminamos hasta el río y por la orilla.

—Las cosas han cambiado entre el tal Fumeli y tú —le dije.

—¿Sí?

—O quizá sea yo. Ahora le gritas más pero a mí me importa menos.

Se giró para mirarme, y caminamos de vuelta.

—Rastreador, dímelo. ¿Cómo de maligno me volví?

—Como un perro sarnoso al que le han quitado su última comida. Estabas muy raro, Leopardo, un día eras el rey de la fiesta y me hacías reír como nadie. Y al siguiente no sólo me estabas deseando lo peor, hasta me llegaste a morder en el cuello.

—Eso es imposible, Rastreador. Ni siquiera en mis peores momentos sería capaz de...

—Mira esta cicatriz —le dije, señalando—. Son tus dientes. Tu irritación era feroz.

—Vale, vale. Querido Rastreador. Ahora me duele en el alma. No era yo.

—Entonces ¿quién eras?

—Te he prometido una historia extraña. Fumeli... cómo me río cuando me acuerdo. Pero esto, ese chaval, me cago en los dioses. Escucha mi historia.

Seguimos caminando por la orilla, los dos con las capuchas puestas y ropa de hombres devotos de los dioses. La ropa del anciano dueño de la casa.

—Fumeli pensó que yo debía ser suyo y de nadie más. Sobre todo de ti, Rastreador. Por alguna razón, que fueras mi amigo lo asustaba más que el hecho de que tuviera amantes. Aunque los amantes también lo asustaban. Así que me puso bajo un encantamiento extraño. Algo que me hacía pensar que yo era suyo todo el tiempo. El babacoop.

—¿El susurro del diablo? Una poción tan asquerosa que ningún vino la puede enmascarar. Ni tampoco la cerveza. ¿Cómo consiguió que te la tragaras, Leopardo?

—No me la hizo tragar.

—Hasta en forma de vapor te quemaba la nariz.

—Tampoco por la nariz. Rastreador, ¿cómo te digo esto? Fumeli se untaba el dedo de susurro del diablo y después me... Y así, antes de que el reloj de arena diera la vuelta, ya me podía mandar que hiciera lo que fuera y yo lo hacía, me decía que odiara algo y yo lo odiaba. El efecto duraba varios días y yo no recordaba nada y cada vez que volvíamos a follar me volvía a meter susurro del diablo por el ojete.

—¿Cuándo descubriste su artimaña?

—Cuando añadió otro dedo.

Solté una carcajada.

—Lo agarré. Le vi las manos y dije: ¿Qué es esto? Te digo la verdad, Rastreador, casi lo maté a palos para que confesara, y cuando me lo confesó, a punto estuve otra vez de matarlo de la paliza.

Me dio tal ataque de risa que me caí en la arena. Y no pude parar. Lo miraba a la cara y me reía, le miraba las piernas y me reía, lo veía rascarse el culo y me reía. Me reí hasta oír que el río me devolvía mi risa. Él también se rio, pero no tan fuerte. Incluso me dijo:

—Venga ya, Rastreador, que no hace tanta gracia.

—Sí la hace, Leopardo, sí la hace —le dije, y me eché a reír otra vez, y me reí hasta que me entró el hipo—. Ya sabes lo que dicen: *Hunum hagu ba bakon tsuliyá bane*.

—No conozco esa lengua.

—La mano izquierda no es nueva para el ano.

Me volví a doblar de la risa.

—Espera. ¿Por qué lo sigues teniendo contigo? —le pregunté.

—Porque un Leopardo no puede llevar su arco, Rastreador. Y la verdad es que él dispara mucho mejor de lo que disparaba yo, y yo era muy bueno. En cualquier caso, en cuanto me acordé de todo, le zurré en las nalgas hasta que me dijo adónde os habíais ido. Luego cabalgamos de vuelta a Kongor y llevo desde entonces esperando en esta casa. Bunshi nos encontró cuando entramos en Nimbe y nos trajo aquí. Aunque si no hubieras venido, me habría marchado.

—Tu ojete envenenado podría causarme risas durante una luna entera.

—Ríete. No te cortes. Ahora lo único que me disuade de matarlo es que alguien me ha de llevar el arco. Rastreador, tengo que enseñarte más cosas, aunque quizá no quieras verlas.

Dejamos la orilla y nos metimos por un callejón que yo no conocía. Seguía

sin haber mucha gente en la calle, aunque ya hacía rato que no era mediodía.

—Todavía tengo preguntas sobre tu reina —le dije.

—¿Mi reina? Bunshi la metió clandestinamente en la ciudad dentro de una barrica de aceite. Y no creas que sólo porque está aquí en secreto no se dedica a dar órdenes. Yo creía que la bruja del agua no respondía ante nadie.

Me detuve.

—Te he echado de menos, Leopardo.

Me cogió la mano por la muñeca.

—Te han pasado muchas cosas —me dijo.

—Muchas.

—¿Has estado buscando al niño? —me preguntó—. Yo no mientras Fumeli me tenía sometido. El niño le interesaba un carajo. Estábamos viviendo en el piso de arriba de una casa abandonada de Kongor cuando descubrí su veneno. Siempre estaba listo para metérmelo cuando me veía confundido. Siempre pasaba lo mismo. Yo decía: Por los dioses, ¿dónde estamos? ¿No te acuerdas?, me decía él. Fóllame un poco más.

—Que esto sirva de lección a todos los hombres que siguen a sus pollas.

—O al dedo de otro hombre.

Nos reímos tan fuerte que la gente se nos quedó mirando.

—¿Y la hermana del rey?

—¿Qué pasa con ella?

»Me dijo que ibas a volver a Kongor y que traerías malas noticias. Pero el niño estaba aquí. De eso sólo hace unos días, Rastreador.

—Este sitio al que te llevo no te va a gustar. Pero tenemos que parar ahí antes de ir a por el niño.

Le dediqué un asentimiento de cabeza que significaba: Confío en ti. Además, cuando los olores se juntan, incluso los que conozco, pierdo la noción de quién emite cada uno, peor que cuando los olores están muy



separados. Pero al meternos por aquel callejón angosto, pasando entre casas cuyas paredes no se tocaban, un olor se impuso a todos los demás.

Khat.

Eché mano del hacha, pero el Leopardo me tocó el brazo y dijo que no con la cabeza. Llamó a la puerta tres veces. Alguien descorrió cinco cerrojos. La puerta se abrió despacio, como si la madera misma recelara. Entramos antes de que yo la pudiera ver. Nsaka Ne Vampi. Asintió con la cabeza al verme. Me quedé esperando a que hiciera algún comentario ingenioso, pero no tenía nada en la cara más que hastío. El pelo sucio y apelmazado, el vestido negro y largo manchado de tierra y ceniza, los labios resecaos y cuarteados. Nsaka Ne Vampi tenía pinta de llevar tiempo sin comer y de no importarle. Echó a andar por un pasillo y la seguimos.

—¿Vamos esta noche? —preguntó.

—Mañana por la noche —dijo el Leopardo.

Abrió la puerta y un centelleo azul se reflejó sobre la pared y sobre mi cara. La centella le crepitó de los dedos al cerebro y luego le bajó hasta las piernas, las puntas de los pies y del pene. A su alrededor, huesos de perros y de ratas, jícaras de comida sin tocar y podrida, sangre y mierda. Y el cuerpo todo cubierto de una piel medio desprendida que se había convertido en su marca.

Nyka.

En un rincón había un montón de harapos. Nyka vio a Nsaka Ne Vampi y escupió. Se puso de pie de un salto y se abalanzó sobre ella; la cadena repiqueteó a sus pies hasta que no dio más de sí y detuvo su avance a un dedo de distancia de ella.

—Huelo tu koo de puta desde aquí —le dijo.

—Cómete tu comida. Así las ratas sabrán que te las vas a comer y dejarán de salir.

—¿Sabes qué me voy a comer? Me voy a morder el tobillo hasta desprender la piel y la carne y arrancar el hueso, hasta que se caiga el grillete,

y entonces voy a ir a por ti y te voy a hacer un agujero en el pecho para que él te huela y venga a mí y yo le diga: Amo, mira qué te he preparado. Y esto es lo que te hará: beberá de ti y yo miraré. Y luego yo beberé de él.

—¿Tienes garras como las tuyas? ¿Dientes? Lo único que tienes son unas uñas lo bastante sucias como para avergonzar a tu madre —dijo ella.

—Unas uñas para clavarlas en tu cara picada de viruelas y sacarte esos ojos de bruja. Y luego..., luego..., por favor, por favor, quítame los grilletes. Se me clavan y me pican, por favor, por todo lo que es de los dioses, por favor. Por favor, cariño. No soy nada, no tengo nada... ¡Yo sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí!

Se giró hacia la pared que tenía detrás y corrió hasta estamparse contra el rincón. Oí que la cabeza le chocaba contra la pared. Cayó de espaldas al suelo. Nsaka Ne Vampi apartó la vista. Quise saber si estaba llorando. Las centellas volvieron a recorrer el cuerpo de Nyka y le entraron temblores y convulsiones. Lo miramos hasta que se le pasaron y paró de golpearse la cabeza contra el suelo. Dejó de jadear y empezó a respirar despacio. Sólo entonces, todavía tirado en el suelo, nos miró al Leopardo y a mí.

—Te conozco. He besado tu cara —dijo.

No dije nada. Me pregunté por qué me habría llevado allí el Leopardo; si la idea habría salido de su cabeza o de la de ella. Al verlo en aquel estado, el odio me abandonó. No es verdad del todo. Seguía estando, pero el odio de antes había sido recíproco, parecido al amor. El odio de ahora era hacia una criatura patética y desgraciada a la que aun así yo quería matar, igual que cuando te encuentras con un animal casi muerto que está comiendo mierda, o a un violador de mujeres al que han apaleado hasta dejarlo al borde de la muerte. Nyka seguía mirándome, buscando algo en mi cara. Me acerqué a él y Nsaka Ne Vampi desenfundó un cuchillo. Me detuve.

—¿No lo oyes? ¿No lo oyes llamar? Qué voz tan dulce, cuánto dolor está pasando. Cuánto dolor. Una agonía. Oh, cuánto sufre —dijo Nyka.

Nsaka Ne Vampi miró al Leopardo y dijo:

—Lleva noches diciendo eso.

—El vampiro está herido —dije.

—¿Rastreador? —dijo el Leopardo.

—Le tiré algo en llamas y se incendió. Se puso a arder, Nyka.

—Intentaste matarlo, sí, pero mi señor no va a morir. Nadie lo va a matar, ya lo verás, y él os matará, os matará a todos, hasta a ti, mujer, ya lo veréis todos. Os...

Las centellas lo volvieron a recorrer.

—Lo único que lo tranquiliza es el khat —dijo Nsaka Ne Vampi.

—Deberías matarlo —dije, y salí de la habitación.

—¡Me acuerdo de tus labios! —me gritó Nyka mientras yo salía.

Casi había llegado a la puerta cuando una mano me agarró la muñeca y tiró de mí. Era Nsaka Ne Vampi, y el Leopardo se le estaba acercando por detrás.

—Nadie lo va a matar —me dijo.

—Ya está muerto.

—No. No. Estás mintiendo. Mientes porque estás lleno de odio.

—No hay odio entre nosotros. Antes sí lo odiaba, pero ahora ni siquiera eso, sólo tengo tristeza.

—A él la lástima no le sirve de nada.

—No le tengo lástima a él, le tengo asco. Siento lástima por mí. Ahora que ya está muerto, no puedo matarlo.

—¡No está muerto!

—Está muerto en todos los sentidos en que se puede estarlo. Las centellas que tiene dentro son lo único que hace que no apeste.

—¿Crees que puedes explicarme cómo está?

—Pues claro. Había una mujer, aquella a la que seguíais en vuestro glorioso carro... Cuéntanos qué pasó, mujer. ¿Os llevó a todos a una trampa? Esto me resulta extraño. Por lo que tengo entendido, Ipundulu transforma

sobre todo a niños y mujeres. Entonces ¿por qué transformó a Nyka en vez de matarlo?

—Ha transformado a soldados y centinelas —dijo.

—Y Nyka no es ni lo uno ni lo otro.

Nsaka Ne Vampi se sentó junto a la puerta. Me irritó que pensara que me iba a quedar a escuchar su historia.

—Sí, qué fácil parecía todo. Cómo cabalgamos, qué orgullosos estábamos cuando os dejamos atrás a vosotros y a los necios que os acompañaban. Menudos necios, sobre todo aquella vieja. ¿Para qué ir a Kongor? ¿Para qué, si su esclava de las centellas estaba corriendo hacia el norte? Me alegré cuando nos marchamos, me alegré de llevármelo lejos de vosotros.

—¿Eso es Nyka ahora? ¿Un esclavo de las centellas? ¿Por qué me has traído aquí, Leopardo?

El Leopardo me miró con cara inexpresiva y no dijo nada.

—Ésta es la verdad —dije—. Llevo años imaginando esto. Años. Su ruina. Lo odiaba tanto que quería matar al hombre que lo había destruido a él antes que a mí. Ahora ya no me queda nada.

—Él contaba que lo habías entregado a una manada de hienas pero que se había escapado.

—Contaba muchas cosas, este Nyka. ¿Y qué contaba de mi ojo? ¿Que se lo arranqué a un perro muerto y me lo metí en la cara? Pobre Nyka, podría haber sido un griot, pero habría falseado la historia.

—¿Tanto lo odias?

—¿Odiarlo? Esto es lo que hice cuando no lo pude encontrar. Fui a por su hermana y su madre. Quería matarlas a las dos. Y encontré a una. ¿Me oyes, Nyka? Las encontré. Incluso tuve más que palabras con la madre. Debería haberlas matado a las dos, pero no las maté. ¿Y sabes por qué? No fue porque la madre me contara todas las formas en que había fallado a su hijo.

—Lo quiero de vuelta —dijo Nsaka Ne Vampi.

—La bruja de Ipundulu está muerta. No hay vuelta atrás.

—¿Y si matamos al Ipundulu? Has dicho que estaba herido y débil. Si lo matamos, Nyka volverá a mí.

—Nadie ha matado nunca a un ipundulu, así que ¿cómo cojones sabría nadie cómo hacerlo?

—¿Por qué no lo matamos?

—¿Y si no me importa? ¿Y si no me quita el sueño que tu novio esté muerto? ¿Y si estoy muy triste, tristísimo, por no poder matarlo yo? ¿Y si me importa mil cojones que no pares de hablar de «nosotros»?

—Rastreador.

—No, Leopardo.

—Esto te hace cosquillas. Esto te pone contento.

—¿Qué me pone contento?

—Verlo tan vencido.

—Es normal que lo pienses, claro. Lo desprecio y hasta un dios sordo se habría enterado de que tú tampoco me caes bien. Pero no, esto no me hace cosquillas. Ya te he dicho que Nyka me da asco. No merece ni que ensucie mi hacha.

—Lo quiero de vuelta.

—Pues tráelo de vuelta, así podré matar a un hombre de verdad, en vez de a eso que tienes ahí dentro.

—Rastreador, esta mujer se va a venir con nosotros. Ella se encargará del ave centella mientras nosotros rescatamos al niño —me dijo el Leopardo.

—Leopardo, ya sabes quién es el otro que viaja con el niño. Matamos a su hermano. Tú y yo. Acuérdate del caníbal del bosque encantado, cuando vivíamos con la Sangoma, ¿te acuerdas todavía? ¿Del monstruo que me ató a aquel árbol junto con todos aquellos cadáveres? Éramos unos chavales.

—Bosam.

—Asanbosam.

—Me acuerdo. Qué peste echaba aquella criatura. Aquel lugar. Nunca encontramos a su hermano.

—No lo llegamos a buscar.

—Apuesto a que se lo puede matar con flechas, como a su hermano.

—No lo pudimos matar entre cuatro.

—Quizá esos cuatro no...

—No des por sentado lo que no sabes, gato.

—Escuchaos a los dos. Hablando como si yo me hubiera esfumado de la habitación —dijo Nsaka Ne Vampi—. Iré con vosotros en busca del niño y mataré a ese ipundulu. Y recuperaré a mi Nyka. Da igual lo que represente para ti; para mí representa otra cosa, y no tengo más que decir.

—¿Cuántas veces te ha roto el corazón? ¿Cuatro? ¿Seis?

—Siento mucho lo que te hizo. Pero para mí no es nada de todo eso.

—Ya lo has dicho. Pero todo lo que es para ti, para mí lo fue también una vez.

Me miró mientras yo la miraba. Nos entendimos sin palabras.

—Si todavía lo quieres después de todo esto, si nos quieres, estaremos esperando —me dijo.

Luego oímos el estruendo de Nyka estampándose otra vez contra la pared y Nsaka Ne Vampi suspiró.

—Espérame fuera —le dije al Leopardo.

La mujer cerró los ojos y suspiró de nuevo mientras Nyka volvía a estrellarse contra la pared. Me pregunté cómo iba a pelear con lo cansada que la tenía Nyka.

—También me hizo amarlo una vez, es su técnica —dije—. Nadie trabaja tanto para conseguir que lo ames y nadie trabaja tanto para traicionarte cuando ya lo amas.

—Soy una mujer independiente y pienso por mí misma —dijo ella.

—Nadie necesita a Nyka, ni tampoco lo que es.

—Está así por mi culpa.

—Entonces su deuda está pagada.

—Dices que a ti te traicionó. Pero a mí es el primer hombre que no me ha

traicionado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todavía está vivo, a diferencia de todos los demás hombres que me traicionaron. Uno de ellos me alquilaba como esclava todas las noches para que los hombres hicieran lo que les placiera conmigo. Yo tenía diez y cuatro años. Y eso cuando sus hijos y él no me estaban violando ellos mismos. Una noche me vendieron a Nyka. Él me puso un cuchillo en la mano y se llevó la mano a la garganta y dijo: Esta noche haz lo que desees. Pensé que me estaba hablando en un idioma extranjero. Así que fui a la habitación del amo y lo degollé, luego fui a las habitaciones de sus hijos y los maté a todos. Qué cosa tan terrible, perder a tu padre y a todos tus hermanastros, me dijo la gente del pueblo. Nyka les había hecho creer que los había asesinado a todos él y luego había escapado en mitad de la noche.

—Sogolon tiene una historia parecida a la tuya.

—¿Qué crees que hace que sean hermanas las hermanas de Mantha?

—¿Tú eras...?

—Sí.

—No le estás demostrando amor. Le estás pagando una deuda.

—Encuentro a chicas que están a punto de convertirse en mí y las salvo de los hombres que las amenazan. Luego las llevo a Mantha. Mi deuda es con ellas. A Nyka siempre le he dicho que no le debo nada.

—¿Por qué no la mataste? —me preguntó el Leopardo fuera.

—¿A quién?

—A la madre de Nyka. ¿Por qué?

—En vez de matarla, le hablé de la muerte de su hijo. Despacio. Con todo lujo de detalles, hasta cómo había sonado su cuello cuando se lo corté de tres hachazos.

—Marchaos los dos —dijo Nsaka Ne Vampi.

Mientras caminábamos de vuelta a la casa del noble, el Leopardo dijo:

—Tus ojos siguen sin darse cuenta de cuándo mienten tus labios.

—¿Qué?

—Ahora mismo. Toda esa farsa sobre la madre de Nyka. No es por eso por lo que no la mataste.

—¿Ah, no, Leopardo?, y ¿por qué?

—Porque era madre.

—¿Y qué?

—Que sigues deseando tener una.

—Ya tuve una.

—No es verdad.

—¿Ahora hablas por mí?

—Eres tú quien acaba de decir «tuve».

—¿Por qué me has llevado ahí?

—Nsaka Ne Vampi se lo pidió a la hermana del rey, Rastreador. Creo que estaba esperando tu compasión.

—Pues no me la ha pedido.

—¿Creías que te la iba a pedir?

—Quiere que la fruta se quede en la rama y que esté en su boca al mismo tiempo.

—Hay que perdonar, Rastreador.

—Me trae sin cuidado. Me traen sin cuidado Nsaka Ne Vampi y esa reina, y me da igual cuántas lunas pasen, me sigue trayendo sin cuidado el niño.

—Me cago en los dioses, Rastreador, ¿hay algo que *no* te traiga sin cuidado?

—¿Cuándo partimos hacia Gangatom?

—Partiremos.

—Nuestros niños están tan unidos a ti como a mí. ¿Cómo puedes dejarlos



allí indefensos?

—¿Nuestros niños? Ah, o sea que ahora crees que me puedes juzgar. Antes de que la hermana del rey te hablara de los practicantes de la ciencia blanca, ¿cuándo fue la última vez que viste a los niños, que hablaste de ellos, que pensaste en ellos?

—Pienso en ellos más de lo que te imaginas.

—La última vez que hablamos no dijiste nada parecido. Y además, ¿de qué te sirve pensar? Pensar no nos acerca a ningún niño.

—¿Qué hacemos ahora, pues?

Doblamos el mismo recodo de antes y nos alejamos por las calles. Pasaron dos hombres a caballo con pinta de guardias. Nos escondimos rápidamente en un portal. La vieja que había en el portal me miró y frunció el ceño, como si yo fuera exactamente la persona a la que ella estaba esperando. El Leopardo adoptó su aspecto menos parecido a un leopardo, hasta los bigotes le desaparecieron. Hizo una señal con la cabeza para que siguiéramos nuestro camino.

—Mañana por la noche rescataremos a ese niño de una vez por todas. Pasado mañana iremos a las Tierras del Río y rescataremos a los nuestros. Y el día siguiente, ¿quién coño sabe? —dijo el Leopardo.

—He visto a esos practicantes de la ciencia blanca, Leopardo. He visto cómo trabajan. No les importa el dolor ajeno. Ni siquiera es maldad; simplemente son ciegos a él. Se limitan a atiborrarse de la arrogancia de sus malas artes. Sólo les interesa crear cosas de aspecto nuevo, no lo que significan. Los vi en Dolingo.

—La hermana del rey todavía tiene hombres. Todavía tiene a gente que cree en su causa. Dejemos que nos ayude.

Me detuve.

—Nos estamos olvidando de alguien. Del Aesi. Sus hombres nos deben de haber seguido hasta Kongor. Él conoce las puertas, por mucho que no las use.

—Claro, la puerta. No tengo memoria.

—Puertas. Diez y nueve puertas, y los chupasangres llevan años usándolas. Por eso el olor del niño puede estar delante de mis narices y al cabo de un momento estar a medio año de distancia.

—¿Y el Aesi os siguió por esa puerta?

—Te acabo de decir que no.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Entonces ese hijo de una hiena intentará cazarte en Mitu, o bien en Dolingo, o quizá el pobre idiota y sus tropas ya encontraron lo que buscaban por medio de lo que sea que los dioses cagaron en el Mweru. En Kongor ya no queda nadie del rey, Rastreador, ni caravana real ni batallón. El heraldo anunció la marcha del rey el mismo día que llegamos.

—¿Has perdonado al chico? —le pregunté.

—El viento de esta conversación acaba de cambiar de golpe.

—¿Quieres que vuelva a hablar de cómo los practicantes de la ciencia blanca van a rajar y a coser a nuestros niños?

—No.

—¿Fumeli va a venir con nosotros?

—¿Acaso se atrevería a ir a otra parte? —dijo riendo.

—Deberíamos haber elegido un camino distinto —dije.

—Eres igual de desconfiado que Bunshi.

—No tengo nada en común con Bunshi.

—No hablemos de ella. Quiero saber qué pasó en Dolingo. Y qué pasa con ese prefecto que te tiene los ojos hechizados.

—¿Quieres saber si tengo relaciones con ese prefecto?

—¿Relaciones? Con qué palabras me sales. El tipo te ha quitado de encima toda la grosería. ¿Folla de maravilla, o es más que eso?

—Es a ti a quien le gusta hablar así, Leopardo, no a mí.

—Me cago en los dioses, Rastreador. «Es a ti a quien le gusta hablar así.» A ti también te gustaba mucho cuando era yo quien hablaba de las

expediciones de los hombres a mi culo. Yo te lo he contado todo y tú no me has contado nada. Ese perfecto..., más me vale vigilarlo. Ha ocupado mucho espacio en ti. Ni siquiera eras consciente de ello hasta que te lo he dicho.

—Deja de hablar de eso o me marchó.

—Ahora lo único que necesitamos es una mujer para el ogo que no reviente sólo de verle la...

—Leopardo, mira cómo me marchó.

—¿Ha conseguido esta conversación que pienses menos en los niños? Dime la verdad.

—Me marchó.

—No te sientas culpable, Rastreador.

—Ahora me acusas.

—No, confieso. Yo también lo siento. Acuérdate, ya eran mis niños antes de que te olieran llegar a ti. Yo ya los estaba salvando del monte antes de que tú supieras que eras un ku. Quiero enseñarte una cosa más.

—Me cago en todos los dioses vivos y muertos, ¿qué?

—Al niño.

El Leopardo me llevó casi al final del sector de Gallunkobe/Matyube, donde ya sólo había un puñado de casas y posadas dispersas. Más allá de las chozas de los esclavos y de los hombres libres, hasta la zona donde trabajaban artesanos de distintas índoles. Nadie iba a aquella parte de la calle a menos que estuvieras mandando algo a una tumba de secretos o que estuvieras comprando algo que sólo se podía comprar en el Malangika. En esta calle huelo nigromancia, le dije. Cogimos una calle que se había hundido a medias bajo el agua. Allí habían estado las casas de los nobles antes de que las inundaciones los hicieran mudarse al norte, al sector de Tarobe. La mayoría de las casas habían sido saqueadas, o se habían desplomado en el fango. Pero quedaba una casa todavía en pie, con una tercera parte bajo el agua, las

torrecillas del techo rotas, las ventanas negras y vacías, la pared lateral hundida y los árboles que la rodeaban todos muertos. La fachada no tenía puerta, como si estuviera pidiendo que la saquearan, hasta que el Leopardo dijo que era exactamente así como la querían. Si había algún mendigo lo bastante necio como para buscar refugio allí porque la entrada estaba abierta, ya nunca más se volvía a saber de él. Nos detuvimos detrás de unos árboles muertos que había a un centenar de pasos de distancia. En una de las ventanas a oscuras centelleó una luz azul.

—Esto es lo que vamos a hacer —me dijo el Leopardo—. Pero, primero, cuéntame lo que pasó en Dolingo.

La noche siguiente llegó deprisa, pero el viento hacía ondas lentas en el río. Me pregunté qué sería aquella manteca negra para la piel que me había dado el Leopardo y que no se iba al sumergirme en el agua. No había luna y tampoco se veían fuegos ni luces en las casas que teníamos a unos cuantos centenares de pasos de distancia. Detrás de mí, el ancho río; delante, la casa. Me sumergí bajo el agua, sintiendo mi cuerpo en la oscuridad. Pasé la mano por la pared de atrás; estaba tan mojada que pude desprender cachos de adobe. Palpé hacia abajo hasta que mis manos encontraron lo que el agua se había comido, un agujero tan grande como mis brazos abiertos. Sólo los dioses sabían cómo era posible que aquella casa siguiera en pie. El agua estaba tan fría y apestosa y llena de cosas podridas que me alegré de no poder ver nada, pero aun así mantuve los brazos extendidos, ya que era mucho mejor tocar cosas asquerosas con las manos que con la cara. Una vez dentro, dejé de nadar y subí despacio hasta la superficie, sacando primero sólo la frente y después sólo el puente de la nariz. A mi alrededor flotaban tablones y otros objetos que sólo pude reconocer por el olor y que me hicieron cerrar la boca con más fuerza. Algo vino directo a mí y estuvo a punto de golpearme el costado de la cara antes de que pudiera ver que era el cuerpo de un niño al

que le faltaba todo lo que debería tener por debajo de la cintura. Me aparté del medio y algo que había debajo del agua me arañó el muslo derecho. Cerré los dientes con tanta fuerza que casi me mordí la lengua. La casa seguía estando en silencio absoluto. Por encima de mí había un techo de paja que yo no podía ver pero que sabía que estaba allí. Las escaleras que salían a mi derecha llevaban al piso de arriba, pero como estaban hechas de adobe y de arcilla los peldaños habían desaparecido. Arriba centelleaba una luz azul. El Ipundulu. El azul iluminaba las tres ventanas que había casi a medio camino del techo, dos pequeñas y una lo bastante grande como para meterme por ella. Ahora pude pisar un suelo sólido, pero me mantuve agachado, todavía sumergido hasta el cuello. Meciéndose junto a la pared, cerca de mí, estaban las piernas y las nalgas de un hombre y nada más. Me acordé de los cuerpos del árbol, de su hedor y su podredumbre. Sasabonsam no había terminado de comérselos y estaban flotando en el agua delante de mí. Se suponía que era el chupasangre, no el caníbal. Me vino una arcada y me tapé la boca con la mano. El Leopardo estaba fuera, descolgándose desde la azotea para meterse por la ventana del medio. Escuché por si lo oía, pero realmente era un gato.

Alguien gimoteó junto a la puerta, una voz de mujer. Me volví a sumergir. La voz gimoteó otra vez y se metió en el agua, con una antorcha que iluminaba la superficie y las paredes pero proyectaba demasiadas sombras. El agua no cubría tanto en la entrada como en el resto de la sala, que se inclinaba como si estuviera a punto de hundirse en el río. Supuse que la casa debía de haber pertenecido a un mercader y que aquella habitación quizá hubiera sido un comedor, más amplio que ninguna habitación en donde yo hubiera vivido. Me llegó el olor de Sasabonsam, y también el del Ipundulu, pero el del niño se había esfumado. Oí un batir de alas encima de mí, en el techo. Ipundulu volvió a iluminar la habitación y vi a Sasabonsam con las anchas alas ralentizando su descenso en picado y las patas extendidas para agarrar a la mujer, lo cual seguramente la mataría si las zarpas se le clavaban hasta dentro. La bestia volvió a batir las alas y la mujer se giró hacia la

puerta, dando la impresión de haber oído el ruido pero quizá creyendo que venía de fuera. Levantó la antorcha pero no miró hacia arriba. Vi que el monstruo volvía a aletear, descendiendo torpemente y creyendo que se movía con sigilo.

Sasabonsam bajó aleteando, de espaldas a la ventana, mientras el Leopardo enlazaba los tobillos en torno a una de las torrecillas que sobresalían de la pared y se descolgaba cabeza abajo hasta que tanto él como su arco y su flecha quedaron enmarcados por la ventana. Disparó la primera flecha y puso la segunda en la cuerda, disparó la segunda y puso la tercera en la cuerda, y por fin disparó la tercera y las tres, zup zup zup, se clavaron en la espalda de Sasabonsam. Éste graznó como un cuervo, aleteó, chocó contra la pared y se cayó al agua. Emergió de un salto al mismo tiempo que yo y le arrojé una de las hachas a la espalda. Se dio la vuelta de golpe; mi hacha no lo había herido ni le había causado dolor, sólo lo había irritado. La mujer, Nsaka Ne Vampi, se acercó la antorcha a la boca y vomitó una tormenta de llamas que saltaron sobre el pelo del monstruo. Sasabonsam graznó y chilló y abrió las dos alas; la derecha derribó una parte de los escalones y la izquierda resquebrajó la pared. El Leopardo entró saltando por la ventana y disparando flechas al agua y a punto estuve de gritarle que yo estaba allí abajo. Aterrizó en lo alto de los escalones con las puntas de los pies y saltó de inmediato para encajar un golpe de las alas de Sasabonsam, que lo mandó contra un montón de escombros con un ruido como de ramas muertas que se rompen. Nadé hasta las escaleras y me subí de un salto a un escalón, que se hundió bajo mi peso. Volví a saltar mientras Nsaka Ne Vampi nadaba hacia mí. Sasabonsam, intentando arrancarse las flechas de la espalda, la agarró del pelo y la arrastró por el agua. Nsaka Ne Vampi, con dagas en ambas manos, lo apuñaló en el muslo derecho, pero él le agarró la mano izquierda y tiró de ella hacia atrás, decidido a arrancársela. Ella gritó. Saqué la segunda hacha para saltarle encima desde las escaleras, pero en ese momento entró Ogotriste y le arreó un puñetazo a Sasabonsam en toda la sien. El monstruo cayó hacia atrás,

soltando a Nsaka Ne Vampi. Sasabonsam aulló pero esquivó el segundo puñetazo de Ogotriste. Su hermano había sido el astuto; él era el luchador. Intentó extender el ala para golpear a Ogotriste, pero el ogo le abrió un agujero en ella y liberó la mano. Sasabonsam gritó. Pareció que se caía de espaldas, pero se incorporó de un salto y le propinó a Ogotriste una patada en todo el pecho con ambos pies. Ogotriste salió volando, dando tumbos y aterrizando en el agua. Sasabonsam se abalanzó sobre él. Mossi apareció de un salto, no sé desde dónde, sosteniendo una lanza por debajo del agua y escorándola para que Sasabonsam aterrizara sobre ella, y la lanza le penetró en el costado. Ogotriste se volvió a incorporar de un salto y se puso a dar puñetazos al agua.

—¡El niño! —dijo Mossi.

Caminó por el agua hasta los escalones y yo lo ayudé a subir. Nsaka Ne Vampi pasó a mi lado, pero yo sabía que no estaba yendo a rescatar al niño. Mossi desenvainó las dos espadas y me siguió. En lo alto de las escaleras había dos habitaciones. Nsaka Ne Vampi se quedó en la entrada de una de ellas, palpando los cuchillos que tenía en las manos, hasta que una luz azul le centelleó a la derecha. Yo llegué primero a la puerta. Ipundulu estaba en el suelo, chamuscado, negro, a medio transformar en hombre, pero a lo largo de los brazos le sobresalían unos tallos, lo único que le quedaba de las alas. Al verme, se levantó de un salto, abrió los brazos y allí estaba el niño, tumbado sobre su pecho. Le dio un fuerte empujón y el crío salió dando tumbos y se encogió de miedo en un rincón. Tanto Nsaka Ne Vampi como Mossi pasaron a mi lado. Miraron al vampiro y Nsaka se puso a gritarle que lo iba a matar por haber infectado a Nyka con su enfermedad demoniaca. Mossi sostuvo sus dos espadas al frente, pero también estaba mirando hacia atrás, oyendo a Ogotriste pelear todavía con Sasabonsam con la ayuda de los hombres de la hermana del rey, que ya debían de haber llegado. Miré al niño. Le habría jurado a cualquier dios que, antes de que Ipundulu lo apartara de un empujón, el niño había estado mamando del pezón del ave centella, bebiendo de él

como si se estuviera amamantando de una madre. Quizá una criatura arrancada demasiado pronto de su madre todavía ansiaba el pecho, o quizá aquel ipundulu estaba llevando a cabo actos indecentes con el niño, o quizá mis ojos me habían engañado en la oscuridad.

El Ipundulu estaba tumbado en el suelo, soltando escupitajos, farfullando, gimiendo y temblando como si la fiebre lo hiciera temblar. Mirándolo a él, y mirando cómo se le acercaban Mossi y Nsaka Ne Vampi, sentí algo. No lástima, pero sí algo. Fuera, Sasabonsam soltó un chillido y todos nos giramos. El Ipundulu saltó y echó a correr hacia la ventana. Iba cojeando pero aun así era mucho más fuerte de lo que me habían dado a entender sus temblores y su farfullar. Antes de que Mossi se girara para perseguirlo, la primera daga de Nsaka Ne Vampi se le clavó en mitad de la nuca. Ipundulu cayó de rodillas pero no se desplomó en el suelo. Mossi se le acercó corriendo, blandió su espada y le cortó la cabeza.

En el rincón, el niño lloraba. Caminé hasta él, pensando en qué iba a decirle, algo cálido, como por ejemplo: Pequeño, se ha terminado tu tormento, o: Mira, te vamos a llevar con tu madre, o: Ven, eres muy pequeño, pero te voy a dar dolo para que te duermas y te despiertes en tu cama por primera vez en tu corta vida. Pero no le dije nada. Él lloraba con sollozos débiles y se quedó mirando las esteras sobre las que había dormido Ipundulu. Esto es lo que vi. De su boca salió un lamento infantil, un gemido que se convirtió en tos y otra vez en llanto. De sus ojos no salió nada. De sus mejillas y su ceño no vino nada. Ni siquiera la boca se le abrió más que para emitir un murmullo. Me miró con aquella cara vacía. Nsaka Ne Vampi lo cogió por debajo de los brazos y lo levantó en volandas. Se lo echó al hombro y salió.

Mossi se acercó a preguntarme si estaba bien, pero no le contesté. No hice nada hasta que me cogió del hombro y me dijo: Vámonos.

Ogotriste y Sasabonsam seguían forcejeando. Bajé corriendo las escaleras, avisé de un grito al Leopardo y le tiré mi hacha. Sasabonsam se dio la vuelta



para mirarme.

—Conozco ese olor —dijo.

El Leopardo agarró a Ogotriste del cinturón y se le subió a la espalda, se giró sobre su hombro y le saltó a la bestia a la cabeza. Sasabonsam se estaba girando hacia mí cuando el Leopardo le saltó a la cabeza, lo golpeó con el hacha y se la clavó en la mejilla, partiéndole la cara por la mitad en medio de una lluvia de sangre y babas. Sasabonsam aulló y se agarró la cara. Ogotriste lo tiró al agua de una patada, lo cogió del pie izquierdo antes de que se pudiera resistir, lo levantó en volandas y lo arrojó contra la pared. Sasabonsam la atravesó y salió despedido afuera. Antes de que cayera en el agua, sin embargo, se le clavaron en la pierna dos flechas disparadas por Fumeli. Su ala buena levantó una ola de agua, un torrente enorme que derribó al chico. Sasabonsam se giró para levantarse y se topó de cara con el búfalo, que lo enganchó con los cuernos y lo arrojó a cien pasos de distancia en el río. El monstruo se quedó bajo el agua, como si se hubiera ahogado, o como si se lo hubiera llevado una fuerte corriente. Pero entonces salió del agua de un salto, batió las alas, gritando por la que tenía lastimada, y se elevó del río. Las batió una y otra vez, sin parar de gritar, y por fin se alejó volando, perdiendo altura y cayendo al río en una ocasión, volando bajo pero aun así alejándose. Nos marchamos de la casa en silencio, con cuidado, aunque no se desplomó. El olor del niño volvió a desaparecer, pero yo miré el hombro de Nsaka Ne Vampi y allí estaba.

De vuelta en la casa, subiendo las escaleras que llevaban al sexto piso, con Nsaka Ne Vampi, el niño y Mossi por delante de nosotros, el Leopardo me preguntó por Sogolon.

—No tengo buenas palabras para ella —le dije.

Pero antes de que yo pudiera entrar en la habitación, alguien dijo:

—Guarda esas buenas palabras para mí.

En el centro de la sexta planta, la hermana del rey, forcejeando para levantarse del suelo, como si alguien la estuviera pisando. Bunshi, con los

ojos apretados y una daga verde, casi resplandeciente, en el cuello y, sobre el pecho, un brazo que la apretaba contra el cuerpo de otra persona.

El Aesi.

## VEINTIUNO

—Y ahora una verdad, espero que la aceptes. Cuando pasaste por la tierra de las brujas mawana, aposté por tu muerte. Pero mira. Sobreviviste. De una forma u otra —dijo el Aesi.

Fuera, un remolino negro se convirtió en pájaros. Un centenar, dos centenares, tres centenares y uno. Pájaros que parecían palomas, que parecían buitres, que parecían cuervos, posándose en las cornisas y asomándose por la ventana. Pasaron también aves negras por el otro lado de la ventana y los oí aterrizar en la azotea, en las torrecillas, en las cornisas y en el suelo. Fuera también se acercaba un ruido de pasos desfilando, aunque se suponía que ya no quedaban soldados ni mercenarios en la ciudad. La hermana del rey se incorporó hasta sentarse, pero rehuyó mi mirada.

—¿Sabías que vinieron antes que el mundo? Hasta los dioses llegaron y las vieron y ni siquiera los dioses se atrevieron. Todos los hijos vienen de la voluntad de la madre, no de aparearse con el padre. Cuando el mundo no era más que una jícara, las seis brujas eran una sola, que rodeaba el mundo hasta alcanzarse la cola con la boca.

—Un espía al que conozco dijo una vez que eras un dios —le dije.

—Lo voy a bendecir, aunque no se puede decir que yo sea un dios.

—Tampoco se puede decir que él fuera un espía.

Bunshi no se estaba convirtiendo en agua para escabullirse de su captor. En las manos de Ogotriste tampoco había podido transformarse, y eso que en él no había trazas de encantamiento. Ahora Ogotriste estaba detrás de mí, apretando con fuerza sus nudillos de metal, hierro rechinando sobre hierro,

ansioso por volver a pelear. Mossi intentó desenvainar las espadas, pero el Aesi presionó todavía más con el cuchillo en el cuello de Bunshi.

—Sobrestimas lo que ella vale para nosotros —dije.

—Quizá. Pero el cálculo que le da miedo no es el mío. Así que si no me suplicáis que le salve la vida, dejaré que os suplique ella a vosotros.

El niño tenía la cabeza sobre el hombro de Nsaka Ne Vampi y parecía estar dormido, pero cuando ella se dio la vuelta, tenía los ojos abiertos y estaba mirando.

—Popele —dijo el Aesi, dirigiéndose en voz baja a Bunshi de esa forma en que se habla en voz baja cuando quieres que te oigan los demás—. Tu vida por la del niño. Creo que eres tú quien debería suplicar por ella. Porque estas personas valientes salvo una necia están demasiado ansiosas por guerrear y no me van a escuchar. Popele, tú que tienes más de mil años, ¿les demostramos que tú también puedes morir? Mi voz vuelve sus oídos sordos, diosa, y esta daga tiene mucha hambre.

El Aesi me miró.

—Hubo un tiempo en que me habría resultado muy útil un rastreador. Muchas veces y en muchos sitios. Sobre todo uno al que se le diera tan bien matar.

—No soy un asesino.

—Y, sin embargo, tu ruta de Malakal a Dolingo y Kongor ha quedado sembrada de cadáveres. ¿Sabes quién soy?

—Una vez intentaste matarme en un sueño —le dije.

—¿Estás seguro de que fue a mí a quien viste en sueños? Porque sigues con vida.

—Eres las cuatro extremidades extra del Rey Araña.

Se rio.

—Sí, he oído que es así como llamáis a tu rey cuando no mira. Pero el rey piensa por sí solo, totalmente. Yo no me meto.

—Nunca he conocido a un rey que piense por sí mismo —dijo Mossi.

—No eres de estas tierras.

—No.

—Claro, de la Luz del Este. La gente que cree en un solo dios y todo lo demás es o bien un esclavo del dios o un espíritu maligno. Toda creencia viene en parejas, lo cual nos lleva a un dios con dos caras. De costumbres furiosas y vengativas, y siempre descarga su furia sobre las mujeres. El tuyo es el más ridículo de los dioses. Sus pensamientos carecen de arte y sus obras carecen de ciencia. He oído que creéis que los hombres a quienes visitan constantemente los antepasados son locos.

—O están poseídos.

—Menudas tierras. Decís que la posesión es mala y que los espíritus son malignos, y el amor... El amor, como lo llama tu corazón, hizo que te desterraran. Te huelo y me viene un tufillo al Rastreador. Más que un tufillo, un pestazo. ¿Qué pensaría tu padre?

—Me guío por mis propios pensamientos —dijo Mossi.

—Debes de ser un rey. En cuanto a él, esa mosquita, ese reyezuelo tuyo, el que está babeando en el cuello de esa mujer, aunque ya tiene más de seis años... Rastreador, dicen que tienes buen olfato. ¿No es suya la mierda que olemos?

—En esta habitación hay una mierda negra y enorme, de eso no hay duda —dijo.

—Si les vas a decir quién eres, diles quién eres —dijo la hermana del rey.

Seguía sentada en el suelo, todavía con aspecto débil, como si le hubieran drenado las fuerzas. Por fin nos miró.

—Aquí lo tenéis, el Aesi, las cuatro extremidades del Rey Araña. Cuéntales tu profecía. Cuéntales que te apareciste en nuestros corazones y mentes como si siempre hubieras estado ahí, pero ningún hombre ni mujer se acuerda de cuándo llegaste —dijo la hermana del rey.

—Sólo quiero lo mejor para el rey —dijo el Aesi.

—Sólo quieres lo mejor para ti. Que de momento es lo mismo que lo que

quiere el rey. Entretanto, nadie se fija en que no has cambiado nada desde hace veinte años, ni desde hace más todavía. Llámate por tu nombre verdadero, nigromante. Hombre de embrujos y artes malignas. Eres lo que eres. No construyes nada, todo lo trastornas, todo lo destruyes. ¿Sabéis qué hace? Espera a que todo el mundo duerma y entonces vuela por el aire o bien corre bajo tierra. Asiste a aquelarres en cuevas y viola a bebés que le ofrecen sus madres. Cría a hijos con hermanas y a hermanas con hermanos, pero todos mueren. Come carne humana. Te he visto, Aesi. Te he visto con forma de jabalí, de cocodrilo, de paloma, de buitre y de cuervo. Tu maldad pronto se devorará a sí misma.

Fuera del alcance de su mano había un hatillo hecho de harapos y con el cuello atado con una cuerda de la que colgaba una talla. Un phuungu. Un amuleto, como un nkisi, de protección contra la brujería. La hermana del rey intentó agarrarlo, pero la cabeza le chocó contra el suelo y el amuleto se alejó rodando.

—Quiero lo mejor para el rey —dijo el Aesi.

—Deberías querer lo mejor para el reino. Que es distinto —dije.

—Miraos, nobles personas salvo una necia. A ninguno de vosotros le incumbe lo que hay en esta habitación. Algunos habéis sido heridos y otros habéis muerto, pero para vosotros este niño no representa más que dinero. En serio, me preguntaba cómo podía alguien arriesgar el pellejo por un niño ajeno, pero así es el dinero en los tiempos que corren. Pero ahora me voy a despedir de todos vosotros, porque esto es una discusión familiar.

La hermana del rey se rio.

—¿Familiar? ¿Te atreves a considerarte familia? ¿Acaso te casaste con alguna de mis primas cortas de luces en una cueva? ¿Por qué no les cuentas tu gran plan, rey de los besos? Carnicero de dioses. Oh, ese nombre te emociona. Carnicero de dioses. Sogolon lo sabía. Se lo dijo a mi sirvienta. Le dijo: He ido al templo de Wakadishu. He ido a las escalinatas de Mantha. He ido al norte, al este y al oeste y no he sentido la presencia de los dioses. Ni de

uno. Pero ése es otro de tus trucos, ¿verdad, carnicero de dioses? Nadie sabe lo que ha perdido porque nadie se acuerda de lo que tenía. ¿Ésta es la noche en que detienes al rey igual que detuviste a los dioses? ¿Lo es? Lo es?

Todos oímos un batir de alas enormes.

—Deja al niño y vete. No lo dudes y déjalo suavemente en el suelo. Déjalo caer y márchate —dijo el Aesi.

Miró fijamente a Nsaka Ne Vampi.

—Es tu rey —dijo la hermana del rey.

Nadie vio nada. Pero esa nada agarró a la hermana del rey y la abofeteó en una mejilla y en otra. El Leopardo corrió hacia ella, pero la nada lo alejó de una patada. Rodó hasta detenerse justo a mi lado. Se volvió a poner en cuclillas para lanzarse, pero me agaché y le toqué la nuca. La nada levantó de un tirón a la hermana del rey y la empujó hasta sentarla en un taburete.

—¿Rey? Éste es el rey. ¿Le habéis visto la cara? ¿Sabéis a qué le sabe la boca? Da más asco que la mierda del espadachín. ¿Éste es vuestro rey? ¿Deberíamos llamarlo Khosi, nuestro león? ¿Conseguirle una kaphoonda para su real cabeza? ¿Tres aros de metal para su tobillo? ¿Deberíamos traer músicos que toquen el moondu y la matuumba y todos los tambores? ¿Traemos xilófonos? ¿Llamamos a todos los caciques de la tierra para que vengan y se postren en la tierra roja? ¿Y cómo te incumbe esto a ti, ninfa del río? ¿Acaso la falsa reina vino en tu busca? ¿O la buscaste tú a ella? ¿Te dijo lo glorioso que será todo cuando el rey regrese a la gloriosa línea materna? Oh, mamá, voy a tocar el tambor de hendidura para que le cuente un secreto a mi enorme vagina *nkooku maama, kangwaana phenya mbuta*. Creíste en oráculos mentirosos, hermana del rey. Tu *ngaanga ngoombu* te mintió. Te llenó la cabeza de oro falso. Deberías haber llamado a un adivino. Y en cambio, te rodeaste de mujeres a las que incluso las mujeres han olvidado. Míralo, ¿a quién prefieres tener de rey? No merece ni que lo llamen persona.

El Aesi me señaló con el cuchillo verde.

—Mi hijo reinará —dijo la hermana del rey.

—El Norte ya tiene un rey. ¿Le has echado un vistazo a tu hijo? Cómo podrías, si ni siquiera lo has conocido. Échale un ojo ahora. Si una bestia demoniaca le enseña un pezón, él lo agarra y lo chupa. Tú, Rastreador, y el hombre pálido, prometisteis encontrar al niño y lo habéis cumplido. ¿Qué deseáis? ¿Dinero? ¿El peso de vuestro cuerpo en conchas de cauri? ¿Cuántas veces os han engañado esta mujer y su pequeña ninfa del río? A estas alturas ya, decidles la verdad a los presentes. ¿Os creéis alguna de sus historias? No. O habrías intentado arrojarles esa hacha. Este cuchillo que ahora tiene en el cuello... Si yo la matara ahora, ni siquiera me miraríais a los ojos. Sogolon sabía que no tenía que confiar en hombres que no tienen nada que perder. Qué lástima que haya muerto como ha muerto. Me encantaría haberlo visto.

Oí pasos desfilando fuera, un desfile que derribaba las puertas y entraba en la casa. Mossi también lo oyó. Levantó la vista para mirarme y asentí con la cabeza, confiando en que dijera lo que yo no sabía.

—Dejad al niño aquí, marchaos y os prometo que, la próxima vez que os vea, será con una jarra de dolo y un buen plato de sopa y habrá regocijo —dijo el Aesi.

—No me da la impresión de que haya mucho regocijo en ti —dijo Mossi.

—Me habría encantado hablar un poco más contigo sobre tu creencia en un solo dios. He conocido a muchos dioses.

—Los has conocido y los has matado, carnicero de dioses —dijo la hermana del rey.

El Aesi se rio.

—Tu amigo el Rastreador dijo que no creía en la fe; eso también lo vi. ¿Piensas que va a creer en un carnicero de dioses? Para eso tendría que creer en los dioses. ¿Te has dado cuenta, Rastreador, de que ya nadie los venera? Sé que no crees en los dioses, pero conoces a mucha gente que sí. ¿No te has fijado en que cada vez más los hombres de las distintas tierras son como tú, y las mujeres también? Has estado en compañía de brujos y chamanes, pero ¿cuándo fue la última vez que viste una ofrenda? ¿Un sacrificio? ¿Un



altar? ¿Mujeres reunidas para cantar alabanzas? A la mierda los dioses, dices. Te he oído. Y sí, que se vayan a la mierda, ésta es la época de los reyes. No crees en la fe. Y yo asesino la fe. Somos lo mismo.

—Le diré a mi madre que tiene otro hijo. Se reirá —dije.

—Le va a costar un poco con la polla de tu abuelo en la boca.

Se me puso la cabeza roja. Le cogí mi hacha al Leopardo, que gruñó.

—Debes de estar triste ahora que Sogolon ha muerto y ya nadie te ve las intenciones —le dije.

—¿Sogolon? ¿De qué sirven los ojos de una vieja bruja de la luna cuando la acosan los ojos de un centenar de espíritus furiosos? La noche en que te marchaste de Kongor no dormiste, así que alguien debe de haberte contado que visito los sueños.

—No dormí.

—Ya lo sé. En cambio tú, el que está detrás, dormiste con un sueño más profundo que un niño sordo.

Señaló con el dedo al ogo. Ogotriste nos miró, se miró las manos, miró por la ventana y por fin a sí mismo otra vez, como si oyera algo que no eran palabras.

—Las selvas de los sueños de los ogos son muy amplias, ricas y abiertas a posibilidades. A veces no me veía viajar por su cabeza y abría un ojo en sueños. Otras veces me combatía en el sueño. ¿Acaso no abrió un agujero de un puñetazo en aquel barco? A veces salía de su boca lo que yo le decía en sueños, y a veces la gente lo oía. ¿No es verdad, querido ogo? Qué pena que tus amigos aquí presentes no compartieran tanta información contigo como a mí me habría gustado, o bien me habría enterado de vuestros planes en Dolingo. ¿Quizá no confiaban en el gigante?

Ogotriste miró a su alrededor en busca de alguien de quien el Aesi pudiera estar hablando.

—Y lo que vi con tus ojos. Lo que oí con tus oídos... Quizá habría hecho reír a tus amigos. ¿No hace una luna solamente que hablé por tu boca? No te

acordarás. Hablé y tú hablaste y aquel viejo estaba en la azotea y te oyó. Me oyó. Fue a mí a quien oyó, pero fuiste tú, querido ogo, fuiste tú quien agarró al hombre, le aplastó la garganta para que no pudiera gritar y lo tiró desde el borde de la azotea.

Supe que Ogotriste estaría intentando ver quién lo miraba. No lo miré. Ogotriste apretó tanto los nudillos que oí doblarse el hierro. El Leopardo no se giró. Mossi sí.

—Es el padre de las mentiras, Ogotriste —dijo Mossi.

—¿De las mentiras? ¿Qué es una muerte más para el ogo? Por lo menos no mató a la esclava de los zogbanus haciéndola montar su pequeño ogo. Pero en sus fantasías sí que la hizo montarlo muchas veces. Menudos ruidos hacía la niña en la selva de tus sueños. Me hicieron soltar mi semilla un par de veces. Pero este ogo..., su lefa casi atravesó el techo. Pero ¿cuál fue más descabellado, el sueño en que estabas dentro de ella o el sueño en que era tu esposa? ¿Creías que ibas a engendrar un medio ogo? Yo estaba presente. Yo estaba presente cuando...

—No lo escuches, Ogotriste —dijo Mossi.

—No me interrumpas. Mira que preguntarte si ella podría amar a un ogo... ¿Acaso eres el primero de tu especie que es más que una bestia?

—Ogotriste, está intentando provocarte. No te estaría poniendo furioso si no tuviera un plan —dijo Mossi.

Ogotriste gruñó. Me giré para mirarlo, pero mi mirada se posó en el niño que estaba sobre el hombro de Nsaka Ne Vampi, con la boca muy abierta como si fuera a morderle, aunque cuando vio que lo estaba mirando cerró la boca. Tenía los ojos muy abiertos y vacíos de expresión, tan negros que casi eran azules.

—¿Provocarlo? Si quisiera provocarlo, ¿acaso no habría dicho «medio gigante»?

Ogotriste soltó un bramido. Me giré para verlo dar un puñetazo en la pared. Apretó con fuerza los nudillos y salió dando zancadas hacia el Aesi,

pero la oscuridad se volvió hacia él, saltó desde las sombras, lo agarró de las extremidades mientras él gritaba y lo sacó a rastras de la habitación. El Leopardo se abalanzó sobre la hermana del rey y dio un mordisco a la nada que todavía estaba sobre el hombro de ella. Un chorro rojo le llenó la boca. La nada chilló.

—A la mierda los dioses, ya lo creo —dijo el Aesi, y le rajó la garganta a Bunshi, que se desplomó.

Mossi desenvainó ambas espadas y corrió hacia él. Yo lancé mi hacha. Un viento se levantó, estampó con fuerza a Mossi contra la pared y me devolvió el hacha volando a la cara, pero el hierro no me podía tocar y el hacha pasó de largo. Nsaka Ne Vampi salió corriendo con el niño y la hermana del rey aulló. El Aesi se giró para perseguir a Nsaka Ne Vampi, pero se detuvo de golpe y agarró con la mano izquierda una flecha que iba directa a su cara. Luego agarró otra con la derecha. Con las manos llenas, la tercera y la cuarta se le clavaron en la frente. Vi a Fumeli, que tenía el arco todavía tensado y dos flechas más entre los dedos. El Aesi cayó de espaldas y chocó contra el suelo, con las flechas sobresaliéndole de la frente como astas de bandera. La nada perdió su conjuro y murió convertida en un tokoloshe. Los pájaros, aleteando y graznando, se alejaron volando de la ventana.

—Tenemos que irnos —le dijo el Leopardo a la hermana del rey.

Le agarró la mano y tiró de ella. Oí a Ogotriste pelear con los monstruos invisibles y atravesar primero una pared y después otra. Me quedé mirando al Aesi, tirado en el suelo, y no pensé en él sino en los omoluzus, que siempre atacaban desde arriba, no desde detrás. Corrí hasta Ogotriste. Matar al Aesi había disipado su encantamiento invisible. Las criaturas eran negras como el alquitrán pero no eran omoluzus. Tenían los ojos rojos pero distintos a los de Sasabonsam. Eran criaturas de sombras que aun así se podían romper, como el cuello que Ogotriste acababa de partir. Me adentré en la oscuridad dando hachazos a las sombras, pero tuve la sensación de estar cortando carne y despedazando huesos. Dos de las sombras se me echaron encima, una me dio

una patada en el pecho y la otra intentó pisotearme. Saqué el cuchillo y se lo clavé donde debía de tener las pelotas. La cosa soltó un chillido. Desde el suelo blandí el hacha y me dediqué a cortarle los dedos de los pies, luego me levanté de un salto. Las sombras estaban corriendo alrededor del ogo, enfureciéndolo tanto que cerró las manos en torno a la oscuridad, aplastando una cabeza con la derecha, rompiendo un cuello con la izquierda y pisando a dos más contra el suelo tan fuerte que lo atravesó con el pie. Salí rodando de las sombras y una mano me agarró el tobillo. La corté.

—¡Ogotriste!

El ogo estaba completamente cubierto de sombras. Cada vez que apartaba una, aparecía otra. Se le subían y le reptaban por encima hasta el punto de que su cabeza prácticamente desapareció. Miró en mi dirección con las cejas enarcadas y los ojos perdidos. Le devolví la mirada, intentando darle apoyo a base de mirarlo solamente. Me levanté y cogí el hacha, pero él cerró los ojos despacio, los abrió y me volvió a mirar. No le pude leer la mirada. Luego una criatura de sombras se le subió a la cara.

—Ogotriste —dije.

Él dio un pisotón y otro y otro hasta abrir un agujero enorme en el suelo, con las criaturas de sombras aferrándolo, y se cayó por él. Oí que algo se estrellaba contra el suelo, y otra vez, y otra, y otra y otra. Luego nada. Fui al agujero y me asomé por él, pero sólo pude ver un agujero detrás de otro y de otro y de otro y tinieblas al fondo. Al pie de los últimos escalones, delante de la puerta, contemplé la pila de escombros, ladrillos, polvo y sombras negras y vi algo que brillaba un poco. Su guantelete de hierro. Ogotriste. Nunca habría podido afrontar lo que le quedaba de vida sabiendo que había matado al viejo griot de aquella forma tan maligna, por mucho que en realidad no hubiera sido él. Me quedé allí, mirando, esperando, sin esperanza pero aun así esperando, aunque nada se movió. Y sabía que, si algo se movía, sería algo salido de las sombras. Y pronto.

Mossi entró corriendo y gritando algo relacionado con gente y pájaros. No

lo oí. Seguía contemplando la oscuridad y esperando.

Mossi me tocó la mejilla y me volvió la cabeza hacia su cara.

—Tenemos que irnos —dijo.

Fuera de la casa había gente de la ciudad a unos doscientos pasos, observándonos. Nsaka Ne Vampi y la hermana del rey montaron sendos caballos y el Leopardo y Fumeli compartieron otro. La hermana del rey colocó al niño delante de ella y lo sostuvo con una mano y agarró las riendas con la otra. La gente se mantuvo a distancia. Los pájaros se apelotonaron, cubriendo el cielo, luego se dispersaron y se volvieron a juntar.

—Leopardo, mira hacia arriba. ¿Están poseídos? —le pregunté.

—No lo sé. El Aesi está muerto.

—No veo armas —dijo Mossi.

—También hemos robado estos caballos —dijo el Leopardo.

Mossi montó en su caballo y me ayudó a subir. La multitud hizo un ruido y cargó contra nosotros. La hermana del rey se alejó al galope sin esperar. Nsaka Ne Vampi se volvió hacia nosotros, alejándose ya, y nos gritó:

—¡Cabalgad, necios!

Arrancamos a galopar mientras la multitud empezaba a tirarnos piedras. Perdí el olor del niño, a pesar de que todavía podía ver a la hermana del rey.

—¿Adónde vamos? —dijo Mossi.

—Al Mweru —respondí.

La multitud nos siguió aún mientras nos alejábamos, hasta la calle que separaba los sectores y luego hacia el oeste y hacia el sur por el Gallunkobe/Matyube, lo cual nos llevó otra vez al oeste hasta que vimos los muelles y la orilla. Seguimos hacia el sur hasta que los caballos cruzaron el canal y nos sacaron de la ciudad. Una bandada de pájaros nos seguía por el cielo. Continuaron siguiéndonos mientras cruzábamos bosques y praderas y mientras el cielo empezaba a cambiar el color del día. Hasta que ya no pudimos ver Kongor. Algunos de ellos bajaban en picado a por nuestras cabezas. Palomas. Nsaka Ne Vampi soltó un grito y la hermana del rey chilló:

¡Moveos! Nsaka Ne Vampi la hizo entrar en una arboleda, lo cual detuvo a los pájaros, pero en cuanto salimos de la arboleda empezaron a echársenos encima otra vez.

Delante teníamos algo blanco que se movía, nubes o quizá polvo. La hermana del rey puso rumbo allí y la seguimos. Los pájaros se nos echaron encima una vez más. Uno voló directo a la cabeza de Mossi, que me gritó que se lo sacara de encima, de modo que se lo arranqué y lo tiré. Fumeli iba apartando pájaros a golpes con el arco, mientras el Leopardo les pisaba los talones a las dos mujeres. El búfalo nos adelantó a la carga. Cabalgamos tanto que hasta que nos adentramos en la niebla —porque era niebla— no vi que los pájaros habían dejado de seguirnos. No conseguí identificar el olor. No era un hedor pero tampoco una fragancia. Quizá algo parecido a cuando las nubes van cargadas de lluvia y las centellas las han chamuscado. Cabalgamos hasta detenernos junto a la hermana del rey, y menos mal, porque se había parado justo al llegar a un precipicio. Mossi me dio un codazo para que me bajara del caballo. Debajo de nosotros, aunque todavía lejos, se extendían aquellas tierras, esperando a alguien lo bastante loco como para entrar en ellas.

—Sogolon dijo que lo lleváramos al Mweru —dijo la hermana del rey—. En el Mweru estará a salvo de toda la magia y la ciencia blanca. En eso al menos podemos confiar en ella.

Lo dijo de tal forma que no quedó claro si lo estaba diciendo o preguntando. Me giré hacia ella y vi que me estaba mirando.

—Confía en los dioses —le dije.

Ella señaló el camino que bajaba, se rio y se alejó al galope sin una palabra de agradecimiento. No pude oler al niño ni siquiera teniéndolo delante. Por fin me llegó su olor mientras se alejaban, pero luego volvió a desaparecer. No se disipó gradualmente, desapareció de golpe. Nsaka Ne Vampi se giró hacia mí, me saludó con la cabeza y se alejó de regreso a Kongor.

—Leopardo —dije.

—Lo sé.

—¿Qué se encontrará cuando llegue, ahora que el Ipundulu está muerto?

—No lo sé, Rastreador. Sea lo que sea, no será lo que ella quiere. Así pues, Rastreador...

—¿Qué?

—Las diez y nueve puertas. ¿Había un mapa de ellas? ¿Lo viste?

—Lo vimos los dos —dijo Mossi.

—Para ir de aquí a Gangatom tendríamos que cruzar un río hasta Mitu, dar un rodeo a las Tierras Oscuras, cortar por en medio de la larga jungla y seguir el río Dos Hermanas hacia el oeste. Serían por lo menos diez y ocho días y eso sin contar a los piratas, a los guerreros ku y a los soldados y mercenarios del rey que ya están saqueando las tierras de las tribus del río —dije.

—¿Y si usamos las puertas? —dijo el Leopardo.

—Tendríamos que navegar contra corriente hasta Nigiki.

—¿Quieres que volvamos a pasar por Dolingo? —dijo Mossi, en voz alta pero claramente dirigiéndose sólo a mí.

—Son seis días hasta Nigiki si vamos por el río. Si cogemos la puerta de Nigiki, apareceremos en las Colinas del Embrujo, a tres días de Gangatom.

—Eso suma nueve días —dijo el Leopardo—. Pero Nigiki es un reino del Sur, Rastreador. Nos atraparían y nos matarían por espías antes de que pudiéramos llegar a la puerta.

—No si nos movemos discretamente.

—¿Discretamente? ¿Nosotros cuatro?

—De las Tierras Oscuras a Kongor y de Kongor a Dolingo. Sólo podemos ir en un sentido.

Asintió con la cabeza.

—Con mucho cuidado —le dije a todo el mundo—. Nos infiltramos como ladrones y nos escabullimos antes de que nadie, ni siquiera la noche, se dé cuenta.

—Al río pues —dijo el Leopardo.

Fumeli espoleó al caballo y se alejaron al galope. Me giré para contemplar el Mweru. En la oscuridad, bajo el cielo de color azul marino, lo único que pude ver fueron sombras. Unas colinas elevándose, demasiado regulares y precisas. O torres, o cosas dejadas atrás por los gigantes que practicaban las artes oscuras antes de que existiera el hombre.

—Ogotriste —le dije a Mossi—. Me encantaba ese gigante, por mucho que se pusiera furioso cuando lo llamabas así. Si me hubiera quedado dormido, si tú me hubieras dejado dormir, habría sido yo quien hubiera tirado al viejo griot desde la azotea. ¿Sabes el dolor que debió de causarle al ogo haberlo matado? Una noche me habló de toda la gente a la que había matado. Hasta el último que vivía en su recuerdo era una maldición. La mayoría de los asesinatos no habían sido culpa suya. Un trabajo de verdugo sigue siendo un trabajo, no es peor que el del hombre que sube los impuestos cada año.

Llegaron las lágrimas. Me quedé estupefacto de oírme berrear. ¿Qué clase de amanecer era aquél? Mossi estaba a mi lado, silencioso, esperando. Me puso las manos en los hombros hasta que paré.

—Pobre ogo. Era el único...

—¿El único?

Intenté sonreír. Mossi me dio un apretón cariñoso con la mano y me apoyé en ella. Me secó la mejilla y me acercó la frente a la suya. Me besó en los labios y busqué su lengua con la mía.

—Se te han vuelto a abrir todos los cortes —le dije.

—Pronto dirás que soy feo.

—Esos niños no me van a querer.

—Quizá sí y quizá no.

—Me cago en los dioses, Mossi.

—Pero nunca te van a necesitar más que ahora —dijo, montando a caballo y ayudándome a subir detrás de él.

El caballo echó a trotar primero y a galopar después. Tuve ganas de mirar

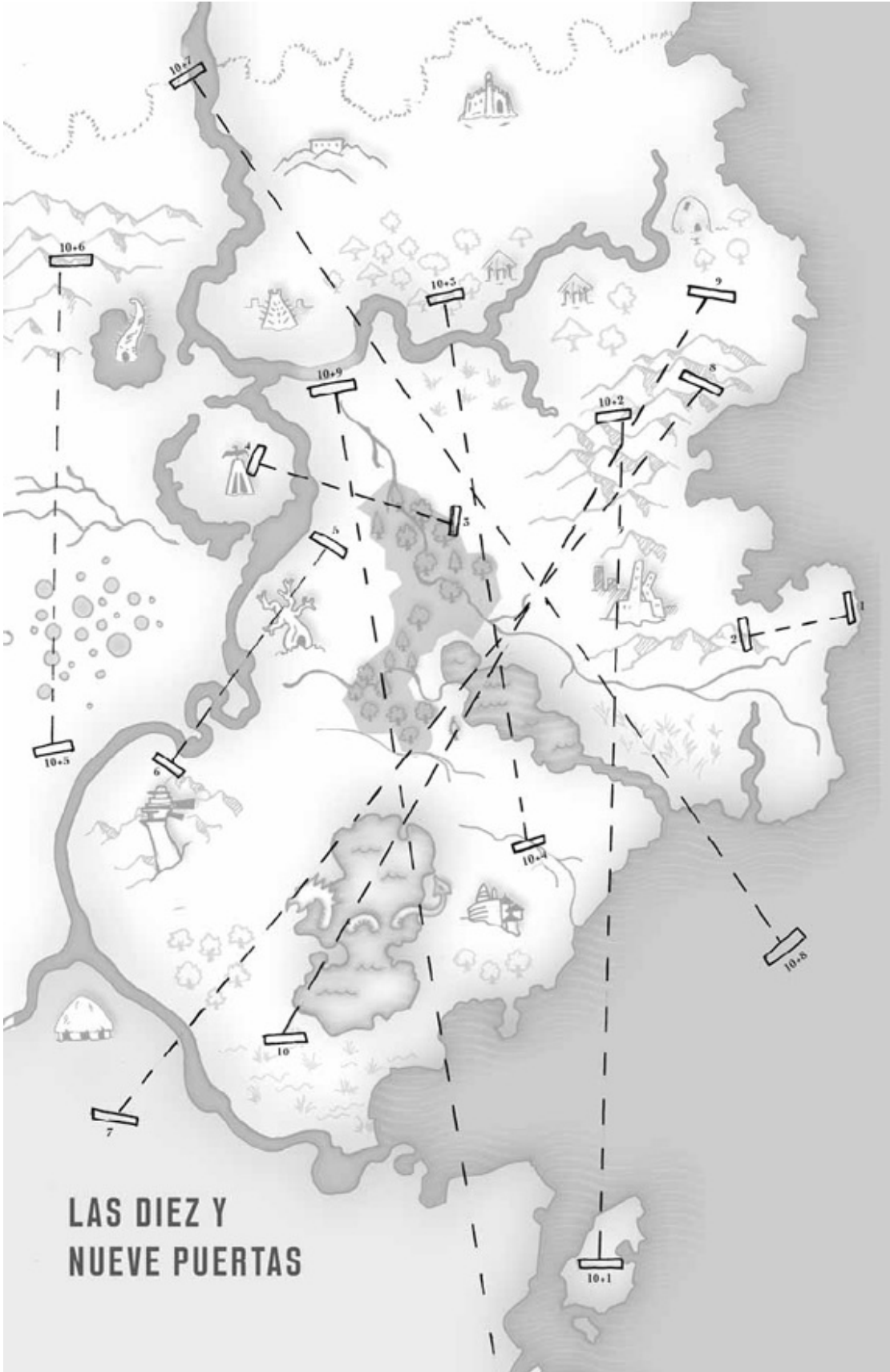


atrás, pero no lo hice. Tampoco quería mirar hacia delante, así que apoyé la cabeza en la espalda de Mossi. Detrás de nosotros brillaba una luz, como si viniera del Mweru, pero no era más que la salida del sol.

# 5

## HE AQUÍ UN ORIKI

*O nifis osupa. Idi ti o n bikita nipa  
awsn iraws.*



**LAS DIEZ Y  
NUEVE PUERTAS**

## VEINTIDÓS

Y eso es todo y todo es verdad, gran inquisidor. Querías una historia, ¿no? Desde su amanecer hasta su crepúsculo, y ésa es la historia que te he contado. Lo que pediste fue un testimonio, pero lo que realmente querías era una historia, ¿no es cierto? Ahora hablas como unos hombres de los que yo he oído hablar, hombres venidos del Oeste porque han oído hablar del mercado de esclavos, hombres que preguntan: ¿Esto es verdad? Cuando averigüemos esto, ¿debemos dejar de buscar? ¿Es verdad lo que dices, es verdad del todo? Pero ¿qué es la verdad cuando no para de expandirse y encogerse? La verdad sólo es una historia más. Y ahora me vas a volver a preguntar por Mitu. No sé a quién esperas encontrar allí. ¿Quién eres y a quién te atreves a decirle que lo que yo tenía no era familia? Tú, que intentas casarte con una criatura de diez años.

Ah, ¿no tienes nada que decir? ¿No me vas a sonsacar más?

Sí, es como dices, estuve en Mitu cuatro años y cinco lunas. Cuatro años después de que dejáramos al niño en el Mweru. Y allí estaba yo cuando los rumores de guerra se convirtieron en una guerra de verdad. Lo que pasó allí se lo puedes preguntar a los dioses. Pregúntales por qué vuestro Sur no ha estado ganando la guerra pero el Norte tampoco.

El niño está muerto. No hay nada más que saber. En caso contrario, pregúntale al niño.

Ah, ¿no tienes más preguntas? ¿Es hora de despedirnos?

¿Qué es esto? ¿Quién entra en esta habitación?

No, no conozco a este hombre. Nunca le he visto ni la espalda ni la cara.

No me preguntes si te reconozco. No sé quién eres.

Y tú, inquisidor, dale una silla. Sí, ya veo que es un griot. ¿Qué pensabas, que había traído la kora para venderla? ¿Por qué iba a ser la hora de cantar alabanzas?

¿Es un griot con una canción sobre mí?

No hay canciones sobre mí.

Sí, ya sé lo que dije antes, fui yo quien lo dijo. Era una simple jactancia, ¿quién soy yo para estar en una canción? ¿Qué griot escribe una canción antes de que le pagues? Muy bien, déjale que la cante; a mí me da igual. No voy a conocer nada de lo que cante. Así pues, canta.

*Hermano místico dios del trueno*

*bendecido con la lengua y el don de la kora.*

*Ése soy yo, Ikede, hijo de Akede.*

*Soy el griot que vivió en el baobab.*

*Muchos días llevaba caminando, y muchas noches, cuando me lo  
encontré,*

*el árbol junto a un río.*

*Trepé por él y oí al loro, y al cuervo, y al babuino.*

*Oí a niños*

*reír, gritar, pelear, hacer callar a los dioses*

*y en la copa había un hombre sobre una alfombra.*

*¿Qué clase de hombre era aquél?*

*No era como ningún hombre de Weme Witu, de Omororo o ni siquiera de  
Mitu.*

*Y me dijo:*

*¿Andas buscando belleza?*

*Le dije que creía haberla encontrado.*

*Y oíd, el hombre se rio y dijo:*

*Las mujeres de Mitu me encuentran tan feo,*

*que cuando me llevo a los niños a los mercados dicen:*

*Mirad qué familia tan fea, mirad qué bestias inmundas,*

*mirad ese khita, ngoombu, haamba, tiene pelo de caballo.  
Pero yo les dije: Mujeres sabias, hermosas y pródigas  
de pecho abundante y ancha sonrisa,  
no soy un zombi, soy bello como la caolinita.*

*Y se rieron mucho, y me dieron cerveza de dorado y jugaron con mi pelo  
y os aseguro que nada de esto me ofendió.*

*Y yo le dije:*

*¿Acaso vives en este árbol?*

*Y él me dijo: No digas tú, di nosotros, una familia extraña.*

*Quédate con nosotros tanto como quieras.*

*Cuando me metí por un agujero y me senté dentro  
vi que venía trayéndome carne*

*y le dije: ¿Quién es el hombre huraño del ojo de lobo?,*

*¿quién le ha lanzado esa maldición?*

*Pero había niños pequeños, niños grandes y niños de aire  
corriendo por el árbol y atropellándolo*

*y no les importaba que sus palabrotas asustaran al búho.*

*Y le saltaban encima y se le sentaban en la cabeza*

*y descansaban en su brazo*

*y pensé que aquellos niños le tenían gran cariño al hombre*

*y la mueca huraña se disipó.*

*Y Ojo de Lobo trepó hasta la copa y se detuvo al verme y siguió trepando.*

*Y al llegar a la copa vio al otro hombre*

*y juntaron los labios y abrieron las bocas,*

*lo sé.*

*El del ojo del lobo es el hombre*

*que me dice: La noche ya es vieja, ¿por qué no duermes?*

*El sol ya salió, ¿por qué no despiertas?*

*La comida está lista.*

*¿Cuándo te la piensas comer?*

*¿Acaso los dioses me han maldecido y convertido en madre?  
No, me ha bendecido y me ha hecho tu esposa,  
dijo el que se llamaba Mossi,  
y los niños se rieron y Ojo de Lobo frunció el ceño  
y lo frunció y lo frunció y lo frunció hasta reírse.  
Yo estaba allí y lo vi.  
Y vi cómo ahuyentaban a los niños y les decían: Largo,  
idos todos al río  
y quedaos allí hasta que empiece a ponerse el sol,  
y cuando se fueron todos pareció que yo me hubiera ido también  
porque Mossi habló la lengua de Ojo de Lobo  
Se ge yi yo do bo, dijo.  
Se ge yi yo do bo.  
Amémonos el uno al otro  
y los dos se abrazaron y se besaron los labios  
y se besaron la lengua  
y el cuello y los pezones  
y más abajo.  
Y uno era la mujer y el otro el hombre  
y los dos eran la mujer y los dos el hombre  
y ninguno era ninguna de las dos cosas.  
Y el Ojo de Lobo apoyó la cabeza en el regazo de Mossi.  
Y Mossi le acariciaba el pecho a Ojo de Lobo  
y estaban allí mirándose entre ellos,  
mirada estudiando mirada.  
Las caras relajadas,  
quizá compartiendo un sueño.  
Un día Ojo de Lobo los reunió a todos.  
Niños, les dijo, volved del río  
y presentaos,*

*que no os crio ni el chacal ni la hiena.*

*Y cada niño se me presentó*

*pero he olvidado todos sus nombres.*

*Esto es lo que dijo Ojo de Lobo.*

*Dijo: Mossi, yo soy ku,*

*y el hombre ku sólo puede ser una clase de hombre,*

*y Mossi le dijo: ¿Cómo no vas a ser un hombre?*

*¿Qué te estoy cogiendo entre las piernas?*

*Mossi estaba bromeando*

*pero Ojo de Lobo no bromeaba*

*y dijo:*

*Toda la vida he estado corriendo, y escondiéndome, y buscando*

*algo que no conozco, aunque sé que lo estoy buscando,*

*y no sé, pero todos los ku lo encuentran,*

*pero tengo mala sangre con los ku*

*y nunca podré volver con ellos.*

*Así que visitó a los gangatom*

*y el jefe gangatom le dijo: Nadie jamás espera tanto.*

*Llevo la vida entera esperando, dijo Ojo de Lobo*

*y Ojo de Lobo se abrió la túnica y dijo:*

*Mírame, mira la parte en la que soy mujer*

*y cuando me la corte seré un hombre*

*y Mossi tuvo miedo porque creía que era aquello lo que lo hacía amarlo,*

*pero Ojo de Lobo le dijo: Todo lo que hay entre tú y yo,*

*hombre del Este, no está ahí abajo sino aquí arriba,*

*dijo señalándose el corazón.*

*Y el jefe dijo:*

*Lo que pides no es antiguo,*

*lo que pides es nuevo.*

*Eres ku*



*y no tienes padre.*

*Con esto enfureces a los dioses.*

*Y dijo Ojo de Lobo:*

*La ceremonia para convertirse en hombre  
es una loa a los dioses, y así pues,*

*¿cómo podría enfurecerse ningún dios?*

*Así pues,*

*los gangatom pincharon a la vaca y derramaron su sangre  
en un cuenco*

*y Ojo de Lobo bebió una vez y bebió dos,  
bebió y se secó la boca.*

*Y al día siguiente*

*le tocó saltar sobre los toros.*

*Los pusieron en fila, fila de a veinte  
y diez más porque había tardado demasiado en hacerse hombre.*

*Tienes que correr sobre los lomos de los toros sin caerte  
porque si te caes los dioses se reirán.*

*Y así pues Ojo de Lobo,*

*desnudo y untado de aceite y de manteca de karité,*

*alabó a los dioses y echó a correr  
de lomo de toro en lomo de toro, uno dos tres cuatro  
cinco seis y siete más.*

*Y la gente lo vitoreó y se regocijó*

*y el patriarca dijo que todas aquellas lunas estando en el medio  
no traían vergüenza*

*pero estar en el medio es estar en ninguna parte.*

*Pero algunos de los patriarcas decían  
que no venía del enki paata.*

*Que no había estado deambulando cuatro lunas  
como ha de hacer el muchacho antes de hacerse hombre,*

*¿dónde tenía la marca de haber matado al gran león?  
Y el jefe dijo: Miradlo  
y veréis la marca de que ha matado al león y mucho más.  
Y los patriarcas guardaron silencio, aunque algunos todavía rezongaban,  
y el jefe le dijo a Ojo de Lobo:  
Como no deambulaste cuatro lunas,  
quédate ahora cuatro noches  
al aire libre y con las vacas, duerme en la hierba y camina en el polvo.  
Y a la quinta mañana  
lo fueron a buscar  
y lo bañaron con el cubo, con la cabeza del hacha dentro  
para mantener fría el agua.  
Y luego, como era la costumbre, dijeron los hombres:  
Qué hombretón en piel de niño,  
quiere ser hombre pero es un tonto.  
Como era la costumbre dijeron los hombres:  
Mirad al niño keheh, no está listo para ser hombre.  
No sabe meterla en el koo de la mujer, que la meta en un hormiguero.  
Como era la costumbre dijeron los hombres:  
¿Es por eso por lo que tienes marido y no mujer?  
¿Eres tú la esposa?  
Sé fuerte, Ojo de Lobo. La furia te hace débil.  
Y vino el cortador listo para el rito  
con su afilado cuchillo,  
  
Ojo de Lobo no tenía madre  
así que hizo de madre la esposa del cacique,  
trajo piel de buey para que él se sentara  
y así no avergonzara a los dioses.  
Lo llevaron, sí, lo llevaron  
más allá del kraal del ganado*

*más allá de las casas de los patriarcas  
hasta una pequeña loma con una choza en la cima  
y le dijeron:*

*Dale una patada al cuchillo y te matamos.*

*Escápate del cuchillo y te desheredamos.*

*El cortador cogió tiza y trazó una línea  
de la frente a la nariz.*

*El cortador cogió leche y la derramó por encima de Ojo de Lobo.*

*El cortador agarró la parte muerta y estiró y estiró  
y dijo: ¡Un solo tajo!*

*Dale una patada al cuchillo y te matamos.*

*Escápate del cuchillo y te desheredamos.*

*Y dijo: ¡Un solo tajo!*

*Y Ojo de Lobo cogió el brazo del cortador  
y dijo: No.*

*Escuchadme, dijo no.*

*El hombre de la montaña y las mujeres del río  
oyeron un susurro que retumbó como un trueno  
y todo el mundo guardó silencio.*

*Y dijo Ojo de Lobo: La suma de mis días  
ha sido arrancarme a la mujer,*

*cortármela,*

*cortársela a mi madre*

*cortársela a todo el que camina y carga con el mundo.*

*Y miró su miembro viril*

*coronado por el femenino*

*y dijo:*

*¿Qué hay de malo en tener esto?*

*¿Por qué no es la voluntad de los dioses?*

*Y si no es la voluntad de los dioses,*

entonces es la mía,  
miró a Mossi y dijo:  
Me dices que le corto la mujer  
de mi madre a todo el mundo que pasa,  
cuando soy yo quien dejé a mi madre  
y quien ahora me iba a cortar a mí mismo.  
Y diciendo esto se levantó  
y diciendo esto dejó el cuchillo  
y se marchó  
y la gente calló porque seguía siendo un hombre feroz.  
Pero Mossi lo siguió incordiando  
en cuanto volvieron al árbol  
y le dijo esto:  
Deja de pensar que tienes paz,  
ya sabes a qué me refiero,  
y Ojo de Lobo dijo no lo entiendo. Así que para.  
Y Mossi dijo: ¿Por qué me dices que pare si no entiendes?  
Y así incordiaba Mossi al Rastreador  
y lo incordiaba y lo incordiaba, cómo lo incordiaba,  
y el Rastreador levantó la mano para golpear a Mossi  
y Mossi dijo: Nadie te ha amado mejor,  
pero si me pones esa mano encima verás cómo te la corto  
y te la meto en la boca.  
Muy bien, dijo el Rastreador, me voy a ir  
sólo para que dejes de actuar como una cacatúa.

Y llegó el día en que dio media vuelta para marcharse  
y se tropezó y se cayó y dijo:  
Ven conmigo o me caeré en el monte,  
y Mossi fue y los niños fueron  
y hasta yo fui y el Rastreador dijo: No hagas como si

*no pertenecieras a esta casa.*

*Y de esta manera*

*el Rastreador y los suyos partieron en busca de su madre.*

*¡Menuda estampa debimos de ser en Juba!*

*Pero ésa no es la historia,*

*porque el Rastreador se tropezó diez veces antes de que alcanzáramos la  
puerta,*

*y las diez veces Mossi lo sostuvo*

*y llegaron a la puerta*

*y abrió la puerta una niña que se parecía a él*

*y la niña no dijo nada, pero los dejó entrar*

*y se apartó de un salto cuando el Niño Bola*

*entró rodando y el Niño Jirafa tuvo que agacharse*

*y en una habitación azul*

*estaba sentada ella*

*avejentada y débil pero sus ojos se veían jóvenes.*

*¿Cuándo se murió?, preguntó el Rastreador.*

*¿Cuándo se supone que ha de morir un abuelo?, dijo ella.*

*Y él la miró como si tuviera algo que decir*

*y la boca le tembló como si tuviera algo que decir*

*y Mossi empezó a sacarnos de la habitación*

*como si tuviera algo que decir*

*pero el Rastreador volvió a tropezarse y esta vez sí cayó*

*y ella se agachó y le tocó la mejilla.*

*Uno de tus ojos no ha salido de mí, dijo ella,*

*y lo que le salió a él de la boca fue un lamento*

*y llamó llorando a su madre*

*y llamó llorando a su madre*

*y la noche siguió al día*

*y el día siguió a la noche*

*y él todavía llorando.*

*Oídmeme ahora: diez y nueve lunas me quedé en el baobab.*

*El día que me fui lloraron los niños*

*y Mossi caminó cabizbajo,*

*y hasta Ojo de Lobo dijo: ¿Por qué abandonas tu hogar?*

*Pero los hombres como yo somos como las bestias,*

*tenemos que errar por el mundo*

*o morimos.*

*Escuchadme ahora.*

*El día antes de marcharme*

*llegó un Leopardo al árbol.*

Hazlo parar.

Hazlo parar ahora. Hazlo parar o encontraré la forma de acabar con todo esta misma noche. Y entonces ya no sabrás cómo termina nada.

Te contaré lo que pasó después.

Te lo contaré todo.

# 6

## EL LOBO DE LA MUERTE

*Mun be kini wuyi a lo bwa.*

## VEINTITRÉS

Quiero que se sepa que me has obligado a esto. Quiero verlo escrito en un idioma que entienda. Y que me lo enseñes. No hablaré hasta que me lo enseñes. ¿Cómo lo vas a escribir? ¿Vas a anotar todo lo que yo diga o vas a poner solamente: El prisionero ha dicho esto? Deja de hablar de la verdad. Llevo contándote la verdad desde el principio, pero como he dicho antes, lo que quieres es una historia. Te he dado muchas, pero te daré una última. Entonces podrás hablar con ella y mandarnos a la hoguera.

En esta historia vi a una mujer. Iba caminando como si la siguiera alguien.

¿Por qué me haces parar?

¿No has oído al griot?

El Leopardo vino a verme y me sedujo hablándome de aventuras. Por supuesto que era todo astucia, es un leopardo. Y me marché con él a encontrar a un gordo estúpido que vendía oro y sal y olía a mierda de gallinas, y que estaba desaparecido. Pero no estaba desaparecido. Me cago en los dioses, inquisidor, ¿qué historia quieres oír? No, no te voy a contar las dos. Mírame.

No te voy a contar los dos.

Continuemos.

La mujer iba caminando como si creyera que la estaban siguiendo. Mirando adelante cada vez que se metía en un callejón y mirando atrás cada vez que llegaba al final. Escabulléndose de sombra en sombra, mientras avanzaba por las calles desiertas. En lo alto flotaba el olor a quemado del opio, y por el suelo fluía el agua fecal derramada. La mujer tropezó y se aferró con fuerza a lo que llevaba en brazos, dispuesta a apechugar con la



caída con tal de no soltarlo. Allí el cielo tenía techo, de un centenar de pasos de altura en algunas partes, con aberturas para dejar entrar la luz blanca del sol y la luz plateada de la luna. La mujer se agachó al pasar junto a la antorcha de un portal, se volvió a erguir, se volvió a agachar y avanzó con la espalda pegada a la pared como un cangrejo hasta llegar a la esquina.

El Malangika. La ciudad de los túneles, situada al oeste de la Ciénaga de Sangre pero al este de Wakadishu, a unos trescientos pasos bajo tierra y tan grande como un tercio de Fasisi. Hace cientos de años, antes de que se escribieran crónicas, los primeros hombres de la superficie tuvieron una pelea con los dioses del cielo por la cuestión de la lluvia, y los dioses de la tierra les dieron aquel lugar para que se escondieran de la cólera del cielo. Excavaron hondo y con amplitud, y las cavernas que abrieron se elevaban lo suficiente como para albergar edificios de tres, cuatro y hasta cinco plantas. Columnas de troncos y de piedra para sostener los túneles y evitar que se hundieran, aunque un par de secciones se habían hundido dos veces. Por todos los túneles, los constructores habían abierto agujeros en el techo para dejar que el sol y la luna iluminaran las calles, como si fueran las lámparas de Juba. Las gentes del Malangika habían sido en verdad los primeros en descubrir los secretos de los metales, o eso se decía. Pero eran egoístas y codiciosos, y se convirtieron en los primeros reyes herreros. Morían aferrados a su oro y a su plata. Y algunos habían cavado todavía más hondo por medio de otros tipos de artes y ciencias. Pero la gente de aquella ciudad se acabó extinguiendo y la ciudad en sí cayó en el olvido. Y sólo en un lugar olvidado podía nacer una ciudad nueva, una ciudad secreta, una ciudad que era un mercado. Un lugar que vendía lo que no se podía vender en la superficie, ni siquiera por las noches. El mercado secreto de las brujas.

Ahora el mercado estaba vacío. Alguien había operado una magia poderosa para que todo el mundo se olvidara de la calle. En la mayoría de los callejones se veían las partes de atrás de posadas donde no se alojaba nadie, tabernas de las que no salía nadie y vendedores de cosas con toda clase de

usos. Pero en aquel callejón la oscuridad era opresiva. La mujer caminó muchos pasos antes de detenerse y miró a su alrededor mientras dos espíritus se desprendían de una pared y se le acercaban. Otro brotó del suelo, dando tumbos como si estuviera borracho. Ella se sacó rápidamente el amuleto que tenía entre los pechos. Los espíritus chillaron y retrocedieron. El espíritu del suelo regresó bajo tierra. La mujer llegó hasta el final del callejón con el amuleto en la mano, provocando que muchas voces graznaran, mascullaran y bufaran. El ansia de los espíritus era enorme, pero no más grande que el miedo que les daba el nkisi que ella llevaba en torno al cuello. A través de la niebla, al final del callejón, la mujer se pegó contra otro muro de adobe fresco que había a la derecha y luego dobló el recodo para toparse con mi cuchillo.

La mujer dio un brinco. Le agarré la mano, se la retorcí por detrás de la espalda y le puse el cuchillo en el cuello. Intentó gritar, pero aumenté la presión del cuchillo. Luego se puso a susurrar algo que yo reconocí. Le contesté con otro susurro y ella se detuvo.

—Me protege una sangoma —le dije.

—¿Este sitio has elegido para robar a una pobre mujer? ¿Este sitio has elegido?

—¿Qué llevas ahí, muchacha? —le pregunté.

Porque era una muchacha, flaca y de mejillas hambrientas. La mano que yo le estaba cogiendo no era más que piel y huesos, se la habría podido romper sólo retorciéndosela.

—Como hagas que se me caiga, te maldeciré —dijo.

—¿Que se te caiga el qué?

—Quítame la vista del regazo, o bien llévate mi bolsa y vete.

—No es dinero lo que busco. Dime lo que llevas ahí o le clavo el cuchillo.

La muchacha se estremeció, pero yo ya sabía lo que era antes incluso de que me llegara el olor a vómito seco de leche, y antes de que gorjeara.

—¿Cuántos cauris se pagan por un bebé en el Malangika?

—¿Te crees que estoy vendiendo a mi bebé? ¿Qué clase de bruja vende a

su propio bebé?

—No lo sé. ¿Qué clase de bruja compra uno? Eso sí lo sé.

—Suéltame o grito.

—¿Una mujer gritando en estos túneles? Pasa en cada calle. Dime de dónde has sacado al bebé.

—¿Eres sordo? Te digo que...

Le retorcí el brazo por detrás de la espalda, casi hasta el cuello, y ella chilló y volvió a chillar, intentando que no se le cayera la criatura. Le solté un poco la mano.

—Ve a meterte otra vez en el coño de tu madre —me dijo.

—¿De quién es el bebé?

—¿Qué?

—¿Quién es la madre del bebé?

Se me quedó mirando con el ceño fruncido, pensando en qué podía decir que convirtiera en mentira el ruido que estaba haciendo aquel bebé al despertarse y odiar el áspero paño en que lo llevaba envuelto.

—Mío. Es mío. Es mi bebé.

—Ni siquiera una puta se llevaría a su criatura al Malangika a menos que la quisiera vender. A una...

—No soy puta.

La liberé. Me dio la espalda como si fuera a echar a correr y me saqué una de las hachas de la espalda.

—Intenta correr y esto te partirá el pescuezo antes de que recorras cincuenta pasos. Ponme a prueba si quieres.

Me miró y se frotó el brazo.

—Busco a un hombre. A un hombre especial, especial incluso en el Malangika —dije.

—Yo no tengo nada con los hombres.

—Y, sin embargo, acabas de decir que este bebé es tuyo, así que algo has tenido que ver con un hombre. Tiene hambre.

—Este bebé no es cosa tuya.

—Pero tiene hambre. Dale de comer, pues.

La muchacha retiró el paño de la cabeza del bebé. Olí vómito de bebé y meados secos. Ni manteca de karité ni aceite ni sedas ni nada que aliviara las delicadas nalgas de un bebé. Asentí con la cabeza y le señalé los pechos con el hacha. Ella se abrió la túnica y se sacó el pecho derecho, flaco y reseco, sobre la cabeza del bebé. Le metió el pecho en la boca al bebé, que empezó a mamar tan fuerte que ella hizo un gesto de dolor. Luego el bebé escupió su pecho y se puso a berrear.

—No tienes leche —dije.

—No tiene hambre. ¿Tú qué sabes de criar a un niño?

—He criado a seis —le dije—. ¿Cómo le vas a dar de comer?

—Si no te hubieras metido por medio, ya hace rato que habríamos llegado a casa.

—¿A casa? La aldea más cercana está a tres días a pie. ¿Puedes volar? Para cuando llegaras, el niño ya se habría muerto de hambre.

Se metió la mano en el vestido en busca de su bolsa y trató de abrirla con las dos manos sin soltar al bebé.

—Mira, follaperros, o lo que seas. Coge el dinero y vete a comprarte a una chavala para poder matarla y comerte su hígado. Déjanos en paz, a mí y a mi criatura.

—Mira lo que dice. Te aconsejaría que criaras a tu hijo en compañía de mejor gente, pero no es tu hijo.

—¡Déjame en paz! —gritó, y abrió su bolsa—. Ten, mira. Quédatelo todo.

La sostuvo como si me la ofreciera, pero entonces me la arrojó. Blandí el hacha para desviarla y la bolsa se estrelló contra la tapia y cayó al suelo. Del interior salieron unas víboras diminutas que se volvieron grandes. Echó a correr pero la perseguí, la alcancé, la agarré del pelo y soltó un chillido. Le di un fuerte empujón y ella agarró al niño mientras trastabillaba y se caía. Negó con la cabeza y se movió nerviosamente mientras yo sacaba al niño de aquel

pañó asqueroso. La muchacha había marcado su cuerpecillo negro como el té con arcilla blanca. Una línea en torno al cuello. Una línea en cada articulación de los brazos y las piernas. Una cruz en el ombligo y círculos en torno a los pezones y las rodillas.

—Menuda nohecita tenías planeada. No eres bruja, todavía no, pero esto te habría convertido en una, y quizá incluso en una poderosa y no una simple aprendiz.

—Que te pique un escorpión en la polla —dijo ella, y se incorporó hasta sentarse.

—Pero no tienes experiencia en el arte de descuartizar a un bebé. Es por eso por lo que el hombre que te lo ha vendido te ha marcado dónde cortar.

—Todo lo que te sale de la boca es viento.

El niño se meneó en mis brazos.

—Los hombres del Malangika venden cosas malignas, cosas innombrables. Las mujeres también. Pero un bebé vivo e intacto no es fácil de encontrar. Y éste no es un bastardo ni un bebé abandonado. Sólo el más puro de los niños te puede otorgar la magia más poderosa, o sea que te has comprado el más puro. Robado a una mujer noble. Y no es una compra fácil, a tres días de la ciudad más cercana. O sea que le debes de haber dado al hombre algo de gran valor. Ni oro ni cauris. Le has dado otra vida. Y como los mercaderes sólo aprecian las cosas de valor, esa vida debía de ser valiosa para ti. ¿Un hijo? No, una hija. Aquí las niñas casaderas valen todavía más que los recién nacidos.

—Que te follen mil...

—Ya hace tiempo que pasé de los mil polvos. ¿Dónde está el amo que te ha vendido este bebé?

Todavía en el suelo, me fulminó con la mirada mientras se frotaba la frente con la mano derecha. Le pisé la izquierda y gritó.

—Si te lo vuelvo a preguntar, será después de cortarte esa mano.

—Cabrón hijo de una puta loba del Norte. Cortarle la mano a una mujer

indefensa...

—Te acabas de defender con un conjuro de víboras. ¿Cuál de sus pies ibas a usar para el amuleto, el izquierdo o el derecho?

—Cuánto sabes de brujas y brujos. Al final resultará que el brujo eres tú.

—O quizá mato brujas. Por dinero, sí. El dinero siempre va bien. Pero en realidad por diversión. ¿Dónde está el mercader?

—Idiota, el mercader cambia de paradero todas las noches. No hay elefante que se acuerde de cómo llegar a él y no hay cuervo que pueda encontrarlo.

—Pero este bebé lo has comprado esta noche.

Le pisé la mano más fuerte y volvió a chillar.

—¡En la calle de la medianoche! Ve hasta el final y gira a la derecha después del árbol muerto, luego baja las tres escaleras que llevan a las tinieblas. Estará tan oscuro que tendrás que ir a tientas. Está en la casa del brujo que tiene un corazón de antílope pudriéndose en la puerta.

Le levanté el pie de la mano y ella se la agarró, maldiciéndome por lo bajo.

—No te pasará nada bueno. Antes de encontrarlo a él, te encontrarás con otros dos.

—Qué caritativa, incluso me das consejos.

—Los consejos no te van a salvar. Lo que te diga no te servirá de nada.

Le froté la barriga al bebé. Tenía hambre. Uno de aquellos mercaderes —vendedores, brujos o brujas— debía de tener un poco de leche de cabra. Pensé en tirar de una patada la siguiente puerta que viera, pedir leche de cabra o de vaca y ponerme a cortar manos hasta que alguien me la trajera.

—Eh, cazador —me dijo la bruja, que sin levantarse del suelo empezó a subirse la falda—. ¿De qué te sirve ese bebé? Dale una utilidad. Piensa, amigo cazador, en lo que te puedo dar cuando obtenga mis poderes. ¿Quieres dinero? ¿Quieres que los mejores mercaderes te miren y te regalen sedas finas

y a su hija más gorda? Puedo conseguirlo. Dame al bebé. Qué tierno es. Huelo las cosas buenas que va a conseguirme. Las huelo.

Se puso de pie y extendió los brazos para que le diera el bebé.

—Esto es lo que te voy a dar. Voy a contar hasta diez antes de tirarte esta hacha y partirte el pescuezo como si fuera una nuez.

La joven bruja maldijo y retorció la cara como un hombre al que le quitas el opio. Dio media vuelta para marcharse, luego se volvió de golpe y me gritó que le diera su bebé.

—Uno... —dije—. Dos...

Eché a correr.

—Tres...

Le lancé el hacha, que salió dando vueltas hacia ella. La bruja pasó frente a cuatro puertas antes de oír el runrún que se le acercaba. Se dio la vuelta y el hacha le dio en plena cara. Caminé hasta ella y le desclavé el hacha de la cabeza.

Recorrí dos callejones y me metí por un tercero en el que flotaba una fragancia. La fragancia no era real pero el callejón tampoco. Una calle para los malvados pero necios, una calle para atraer a gente a unos portales de los que ya nunca saldrían. De modo que llamé a la tercera puerta que me encontré, de la que salía la fragancia. Me abrió una anciana y le dije: Huelo que aquí hay leche y la quiero. Ella se sacó un pecho, lo estrujó con fuerza y dijo: Bebe toda la leche que puedas, muchacho de ceniza. A diez pasos de allí, le abrió la puerta a mi hacha un gordo con una agbadá blanca. Leche, le dije. El interior no era ningún interior y su casa no tenía techo. Por allí corrían cabras y ovejas balando, comiendo y cagando, y no le pregunté para qué las usaba. Dejé al bebé sobre una mesa.

—Volveré a por él —le dije.

—¿Qué voz te dice en esta casa que lo puedes dejar?

—Dale de beber leche de cabra.

—¿Me vas a dejar a un niño? Esto está lleno de brujas yendo y viniendo

en busca de piel de bebé. ¿Qué me va a impedir llenarme el bolsillo?

El gordo estiró la mano para coger al niño. Se la corté. Se puso a gritar y a soltar palabrotas y a aullar y a berrear en un idioma que yo no conocía. Cogí la mano.

—Te devolveré tu mano cuando el reloj de arena dé tres vueltas. Si el bebé ya no está, usaré tu mano para encontrarte y cortarte en pedazos, un pedazo cada día.

La calle de la medianoche se llamaba así porque en su entrada había un letrero que decía MEDIANOCHE. Así era como me vería cualquiera que viniera: sin más ropa que la arcilla blanca del cuello a los tobillos, las manos y los pies. Correas para las hachas y fundas para los cuchillos. Alrededor de los ojos, unos círculos muy oscuros para que los débiles vieran a un hombre de huesos yendo a por ellos. Yo no era nada.

A diez y cinco pasos, el aire se enfrió y se volvió cargado. Salí de aquel aire extraño y seguí avanzando hasta que un rocío rancio me tocó la cara. El encantamiento me dejó un susurro en la boca y luego esperé. Y esperé. Algo correteó detrás de mí, saqué los cuchillos deprisa y me giré para ver a varias ratas escabulléndose. De modo que seguí esperando. Estaba a punto de echar a andar cuando encima de mí el aire crepitó y chisporroteó y por fin estalló en unas llamas que trazaron un círculo tan ancho como mis brazos y se apagaron. Ahora el aire estaba menos cargado y rancio, pero la calle tenía el mismo aspecto. No era una de las diez y nueve puertas, sino una simple puerta. En el interior, el suelo desaparecía después de siete pasos. Intenté echarme atrás de un salto, pero caí en aquel vacío y di vueltas hasta clavar los cuchillos en las paredes de tierra. Bajo mis pies no había más que aire. La caída me podría haber precipitado al centro del mundo o a un foso de estacas o de serpientes. Subí hasta arriba, corrí de vuelta, esprinté hasta el borde y



salté por el aire, pero erré el salto y me estampé contra la pared de al lado, aunque clavé el cuchillo en la tierra para no volver a caer.

El camino terminaba en un terraplén de arbustos. Giré a la derecha después del árbol muerto que me había mencionado la bruja y llegué a otro precipicio, aunque éste con escalones tallados en la roca que bajaban en forma de tres tramos de escaleras. En el fondo, otro camino llevaba a la puerta de una choza tallada en la roca, con dos ventanas encima en las que parpadeaba una luz amarilla. Seguía llevando un cuchillo en cada mano y buscando aire rancio con la nariz. Me guardé los cuchillos en sus vainas y saqué un hacha. La puerta no estaba cerrada con llave. No contaban con que nadie fuera a llegar tan lejos. Entré en una casa por lo menos cinco veces más grande de lo que parecía desde fuera, como los grandes recintos que he visto fabricar dentro de los baobabs. En las paredes de la habitación había libros que mostraban sus lomos en estantes y pergaminos y documentos sobre mesas. Todo lo que podía salir de un cuerpo se guardaba en frascos de cristal llenos de líquido. En un frasco más grande lleno de agua amarillenta flotaba un bebé con el cordón materno como una serpiente. A la derecha, jaulas sobre más jaulas con pájaros de todos los colores. Pero no eran pájaros; algunos parecían lagartos con alas y uno tenía cabeza de suricata.

En medio de la habitación había un hombre del tamaño de un niño, pero viejo, con una gruesa lámina de cristal atada frente a los ojos que hacía que se le vieran grandes como manos. Entré con sigilo, pisando papeles cubiertos de mierda, en algunos casos fresca. Algo se rio desde arriba y levanté la vista para ver a dos monos locos colgando de las colas y balanceándose con una soga del techo. Con caras de hombres, pero de color verde podrido. Dos ojos blancos y saltones, el derecho pequeño y el izquierdo grande. Sin ropa, pero con harapos colgándoles del cuerpo. Narices aplastadas como de simio y dientes largos e irregulares que les asomaban al sonreír. Uno era más pequeño que el otro.

El mono pequeño bajó al suelo de un salto antes de que pudiera sacar mi

segunda hacha. Me saltó sobre el pecho. De un empujón lo aparté de mi cara mientras intentaba arrancarme la nariz de un mordisco. Los dos chillaron: IIIIIIIIIIIII. El hombre se fue corriendo a la habitación contigua. El mono pequeño dio un latigazo con la cola, con intención de azotarme, pero le agarré el cuello con una mano y sostuve el hacha para que el coletazo se encontrara con el filo. El mono chilló y cayó hacia atrás, aullando de dolor. Saqué la segunda hacha e intenté golpear su cuerpo con ambas, pero el mono grande lo apartó con su cola. El mono grande me tiró un frasco; lo esquivé y se estrelló contra la pared. Luego le dio una bofetada al mono pequeño para que se callara. Corrí hasta uno de los estantes mientras los frascos se hacían trizas a mi alrededor. Luego vino el silencio.

Cerca de mi pie había tirada una mano mojada. La agarré y la arrojé a mi derecha. Los frascos se hicieron trizas contra la pared. Agarré mis hachas, di un salto y lancé la primera. El mono grande esquivó la primera pero no pudo esquivar la segunda, que se le clavó en la frente. Se desplomó sobre una estantería, derribándola en su caída. El mono pequeño recogió su cola del suelo y se metió corriendo por una grieta oscura que había entre dos estantes. Aparté libros y pergaminos hasta ver la empuñadura de mi hacha. Golpeé la cabeza del mono loco con las dos hachas hasta que su carne me salpicó la cara.

En la misma habitación, pero detrás de mí, estaba la puerta con el corazón podrido de antílope, del que colgaba un cuenco de Ifá resquebrajado.

Dentro de la habitación me encontré al hombre sentado a una mesa con una mujer y una criatura. Tanto la mujer como el niño llevaban los peinados más extraños que yo había visto nunca en ninguna tierra, como ramas que les salían de la cabeza parecidas a cuernos de ciervo, y con bosta seca fijando tanto el pelo como las ramas. La mujer me miró con ojos encendidos y la criatura —niño, quizá— sonrió mientras una flor se le abría en una de las ramas. El hombre levantó la vista.

—No llevas nada más que pintura blanca. ¿Por quién llevas luto? —me

dijo.

Vio que miraba a la mujer.

—Folla bien, pero, por los dioses, no tiene ni idea de cocinar. Ni puta idea. No sé si te debería ofrecer algo de esto. Está demasiado cocido, te lo aseguro. ¿Me oyes, mujer? No puedes cocerlo tanto rato. La placenta a la pimienta sólo ha de hervir un momento de nada. ¿Quieres un trozo, amigo? Acaba de salir de una mujer de los buju-bujus. No le ha importado enfadar a los dioses por no enterrarla.

—¿La placenta venía con un bebé? —le pregunté.

Frunció el ceño y luego sonrió.

—Desconocidos... siempre viniendo al médico con chistes y más chistes. ¿Verdad, esposa?

Su esposa lo miró a él y después a mí, pero no dijo nada. El niño cortó un pedazo de placenta con el cuchillo y se lo metió en la boca.

—En fin, aquí estás —me dijo—. ¿Quién eres?

—Me has mandado a dos de los tuyos para darme la bienvenida.

—Le dan la bienvenida a todo el mundo. Y teniendo en cuenta que estás aquí, ellos...

—Muertos.

Guardé las hachas y saqué los cuchillos. Ellos continuaron comiendo, fingiendo que me había marchado, pero sin dejar de mirar en mi dirección, sobre todo la mujer.

—¿Eres tú el que vende bebés?

—Hago muchas transacciones, siempre con honradez.

—La honradez debe de ser la razón de que estés en el Malangika.

—¿Qué quieres?

—¿Cuándo has recuperado la piel?

—Sigues sin decir más que tonterías.

—Busco a alguien que hace negocios en el Malangika.

—En el Malangika todo el mundo hace negocios.

—Pero tú eres de los pocos que venden lo que él compra.

—Pues ve a buscar a los demás.

—Ya he ido. He visitado a cuatro antes que a ti y me falta otro. De momento ya he matado a cuatro.

El hombre hizo una pausa, pero sólo un instante. La mujer y el niño continuaron comiendo. Él estaba de cara a su mujer pero su mirada me seguía a mí.

—No delante de mi mujer y mi hijo —dijo.

—¿Mujer e hijo? ¿Esta mujer y este hijo?

—Sí, no quiero...

Lancé los dos cuchillos; uno se clavó en el cuello de la mujer y el otro en la sien del niño. Los dos temblaron y sufrieron convulsiones, temblores y convulsiones, luego las cabezas se les desplomaron sobre la mesa. El viejo gritó. Se levantó de un salto, corrió hasta el niño y le cogió la cabeza. La flor que le salía de la cabeza se marchitó y algo negro y espeso le rezumó de la boca. El viejo aulló, gritó y lloró.

—Busco a alguien que hace negocios en el Malangika.

—¡Por los dioses, mira qué has hecho!

*Ahora matas a niños*, me dijo una voz familiar.

—Es sabido que tú vendes lo que él compra —le dije al viejo. *Sakut vuwong fa'at ba*, le dije a la voz de mi cabeza.

—Oh, dioses, mi desgracia, mi desgracia —se lamentó.

—Mercader, si algún dios pudiera verte, ¿qué diría de ti y de tu obscena familia?

*Hubo voces a las que oíste decir que nosotros éramos una familia obscena*, me dijo aquella voz que yo conocía.

—Eran lo único que yo tenía. Lo único.

—Eran ciencia blanca. Los dos. Fabrícate otro. O dos. La próxima vez hasta quizá puedas conseguir un par que hablen. A un loro de hierba, por ejemplo.

—Voy a llamar a hombres de corazón negro. ¡Les voy a decir que te den caza y te maten!

—*Mun be kini wuyi a lo bwa*, viejo. He traído llanto a la casa de la muerte. ¿Sabes cuál es mi deseo?

Me acerqué a él. Vista de cerca, la cara de la mujer era rugosa, igual que la del niño. En vez de ser lisa, estaba surcada de líneas y protuberancias, como si estuviera hecha de enredaderas entretejidas.

—Ninguno está hecho de carne —dije.

—Eran lo único que tenía.

Saqué mi hacha.

—Hablas como si quisieras estar con ellos. ¿Quieres que te mande con ellos? Muy bien...

—Para —me dijo.

Y lloró a sus dioses. Es posible que hubiera amado de verdad a aquella mujer. Y al niño. Pero no lo suficiente como para querer unirse a ellos.

—No todo hombre tiene una cara tan bonita como la tuya. No todo hombre puede encontrar el amor y la devoción. No todo hombre puede decir que lo han bendecido los dioses. Hay hombres a quienes incluso los dioses encuentran feos, incluso los dioses les dicen que no hay esperanza para su sangre. ¡Ella me sonreía! ¡El niño me sonreía! ¿Cómo te atreves a juzgar a un hombre por no querer morir de soledad? Dioses del cielo, juzgad a este hombre. Juzgad lo que ha hecho.

—No hay cielo. Quizá deberías llamar a los dioses del subsuelo —le dije.

Cogió a su hijo en brazos y lo sostuvo así, chistándole suavemente como si el niño estuviera llorando.

—Pobre mercader, dices que nunca te ha besado una mujer hermosa.

Levantó la vista para mirarme con ojos húmedos y labios temblorosos; todo en él hablaba de dolor.

—¿No será porque no paras de matarlas? —le dije.

El dolor abandonó su cara y el mercader regresó hacia su asiento.

—Y también a los hombres. Les das caza. No, no tienes sangre en las manos. Eres demasiado cobarde para perseguir a tu presa, de manera que mandas sicarios a por ella. Embruja a la gente con pociones, porque los quieres enteros y sin veneno en el cuerpo que les contamine el corazón. Luego a algunos los matas y los vendes para llevar a cabo toda clase de actos mágicos secretos y ciencia blanca. A algunos los mantienes con vida porque el pie de un hombre vivo, o el hígado de una mujer viva, valen cinco veces más en el mercado. Quizá diez veces. ¿Y qué me dices del bebé que le acabas de canjear a una joven bruja?

—¿Qué quieres?

—Busco a un hombre que acude a ti para comprarte corazones. Corazones de mujeres. A veces le vendes corazones de hombres, pensando que no se va a dar cuenta. Pero se da cuenta.

—¿Qué asuntos tienes con él?

—No es asunto tuyo.

—Vendo polvo de oro, artefactos de las tribus del río y frutas del Norte. No vendo esas cosas que tú dices.

—Te creo. Vives en el Malangika porque el alquiler te parece razonable. ¿Vendes un corazón cada nueve noches o cada dos?

—Ve a que te follen diez demonios.

—Hasta la última alma del Malangika desea mi culo.

Se volvió a sentar a la cabecera de la mesa.

—Déjame que entierre a mi mujer y a mi hijo.

—¿Enterrarlos? ¿No querrás decir plantarlos?

Me detuve a su lado.

—Ya sabes de qué hombre te hablo. Y sabes que no es un hombre. Piel blanca como la caolinita, igual que su capa de ribetes negros. Lo has visto una vez y pensaste: Caramba, esa capa parece de plumas. Pensaste que era hermoso. Todos son hermosos. Dime dónde vive.

—Te digo que te largues y...

Le apreté la mano con la mía y le corté un dedo. Gritó. Le cayeron ríos de lágrimas por la cara. Lo agarré del cuello.

—Entiende una cosa, hombrecito. Dentro de ti hay miedo, lo sé. Y haces bien en tener miedo del ave centella. Es una bestia de gran desolación y va a venir a arrancarte el corazón o bien a convertirte en algo que nunca conozca la paz.

Me puse de pie y lo levanté del suelo hasta que sus ojos estuvieron casi a la altura de los míos.

—Pero una cosa has de saber. Te voy a cortar los dedos, los brazos, las piernas y los pies, poco a poco, hasta que no te queden dedos, brazos, piernas ni pies. Luego te haré una raja alrededor de la coronilla y te arrancaré el cuero cabelludo. Luego te cortaré la polla en forma de flecos hasta que parezca la falda de un bosquimano. Cogeré esa antorcha y te cauterizaré todas las heridas para que no te mueras. Luego les pegaré fuego a tu hijo-árbol y a tu mujer-árbol para que no los puedas volver a plantar. Y eso no será más que el principio. ¿Me entiendes, hombrecito? ¿Quieres que juguemos a otro juego?

—Yo... nunca toco a los vivos, nunca los toco, jamás, sólo a los que acaban de morir.

Le agarré la mano, que le sangraba por el muñón del dedo.

—¡En el camino de los chacales ciegos! —gritó—. Está en el camino de los chacales ciegos. Allí donde se hunden los túneles y toda clase de cosas viven en los escombros. Al oeste de aquí.

—¿Hay algún encantamiento por el camino, como el foso en el que has intentado que cayera?

—No.

—Me dijo un brujo que nadie necesita el dedo corazón de la mano derecha.

—¡No! —gritó, todavía llorando las palabras—. No hay encantamientos en ese camino, ninguno que venga de mí. ¿Para qué iba a necesitarlo? Ese

camino no lo toma nadie que no quiera perder la vida. Ni siquiera las brujas, ni siquiera los perros fantasmas. Allí no viven ni los recuerdos.

—Entonces será ahí donde lo encuentre y...

Del rato que llevaba en aquella habitación y en la cámara exterior, ya conocía todos los olores del lugar. Pero cuando me giré para marcharme, un olor nuevo me acarició las narices. Como pasa siempre, no supe lo que era, sólo que era distinto de los demás. Un aroma, una fragancia a algo vivo. Dejé caer la mano del mercader y caminé hasta una pared que había a la izquierda, apartando a patadas un montón de botellas rematadas con velas a medio derretir. El mercader me dijo que allí no había nada más que la pared, y me volví para verlo recoger los dedos con las manos. El olor era más fuerte en aquella pared. Meados, pero frescos, la frescura de lo presente. Y había cosas en aquellos meados que reconocí por el olor, minerales malignos y venenos poco potentes. Susurré a la pared.

—Ahí no hay nada más que la roca en la que está excavada esta choza. Te digo que no hay nada.

Se encendieron unas llamas en lo alto de la pared y se extendieron a ambos lados, descendieron por los costados, se unieron en la parte baja y formaron un rectángulo de fuego que desapareció para revelar una sala. Igual de grande que la habitación donde estábamos, con cinco lámparas colgando de las paredes. Cuatro jergones en el suelo. Y en los jergones cuatro cuerpos, uno sin brazos ni piernas, uno abierto en canal del cuello al pene y con las costillas al aire, uno con el cuerpo entero pero inmóvil y otro con los ojos abiertos, las manos y las piernas atadas con cuerdas y una cruz dibujada en el pecho con caolinita. El niño se había meado en la barriga y en el pecho.

—Están enfermos. Intenta encontrar a una curandera en el Malangika, inténtalo.

—Los estás cultivando para cosechar partes.

—¡No es verdad! Yo...

—Mercader, les berreas a los dioses, gritas y aúllas como una sacerdotisa



metiéndose los dedos en secreto, y sin embargo tienes un cuenco de Ifá roto en la puerta.

—¡Esto es de locos! ¡De lo...!

Mi hacha le cortó el cuello, la sangre roció la pared y su cabeza quedó colgando de una tira de piel. Se cayó de espaldas.

*Has matado a niños*, dijo aquella voz que me conocía.

—Las súplicas no detienen las muertes si uno ha decidido matar —dije.

Nada caminaba por aquel camino de los chacales ciegos más que el miedo de caminar por él. Dos espíritus se me acercaron chillando, buscando sus cuerpos, pero ya nada despertaba el miedo en mí. Nada se despertaba en mí, ni la tristeza. Ni siquiera la indiferencia. Los dos espíritus me atravesaron corriendo y se estremecieron. Me miraron, gritaron y se esfumaron. Hacían bien en chillar. Yo estaba dispuesto a matar a los muertos.

La entrada era tan pequeña que me metí por ella hasta salir nuevamente a un espacio amplio, igual de alto que el de antes pero todo lleno de polvo, ladrillos, paredes resquebrajadas, madera rota, carne podrida, sangre vieja y mierda seca. Excavado en medio de todo aquello había un asiento parecido a un trono. Y allí estaba él, repanchingado en el trono, contemplando los dos rayos de luz que le alcanzaban las piernas y la cara. Las alas blancas de puntas negras extendidas y colgando perezosamente, los ojos apenas abiertos. Una pequeña centella le saltó del pecho y se esfumó. El Ipundulu, el ave centella, me miró como si le trajera sin cuidado todo aquello de ser Ipundulu. Pisé algo frágil que se rompió bajo mis pies. Piel mudada.

—Saludos, Nyka —le dije.

## VEINTICUATRO

—Eres el último de tu especie, Nyka. De los que el Ipundulu decidió transformar en vez de matarlos. Un honor que reserva a quienes esclaviza y a quienes se folla. ¿Cuál de los dos eres tú?

—Ipundulu sólo puede ser un hombre, ninguna mujer puede ser Ipundulu.

—Y sólo un cuerpo poseído por su sangre de centellas puede ser Ipundulu.

—Ya te lo he dicho. Ipundulu sólo puede ser un hombre, ninguna mujer puede ser Ipundulu.

—No te he preguntado por esa parte.

—El último hombre al que ha mordido pero no ha matado es el que se convierte en el siguiente Ipundulu, a menos que intervenga una madre bruja, y él no tiene madre.

—Eso ya lo sé. Tus evasivas no son ni hábiles ni creativas, Nyka.

—Iba a violar y matar a mi mujer. Ya la tenía cogida por el cuello y la zarpa en su pecho. Le dije que me tomara a mí en su lugar. Le dije que me tomara a mí.

Apartó la vista.

—El Nyka al que conozco le habría dado de comer pedazos de su mujer —le dije.

—El Nyka al que conoces. No conozco a ese Nyka. Ni tampoco te conozco a ti.

—Soy...

—El Rastreador. Sí, tu nombre lo conozco. Lo conocen hasta los brujos y los demonios. Hasta susurran: Cuidado con el Rastreador. Ha dejado de ser

negro para volverse rojo. ¿Sabes a qué se refieren? Te rodean los problemas por todos lados. Te miro y veo a un hombre más oscuro que yo.

—Todos los hombres son más oscuros que tú.

—También veo la muerte.

—Te has vuelto un pensador muy profundo, Nyka, ahora que devoras corazones de mujeres.

Se rio y me miró como si acabara de verme. Luego volvió a reírse, con una risa de loco, o quizá con la risa de quien ha visto toda la locura del mundo.

—Y, sin embargo, en esta sala el que tiene corazón soy yo.

Sus palabras no me molestaron, aunque me acordé de inmediato del yo al que habrían afectado en el pasado. Le pregunté cómo había llegado a estar así y esto fue lo que me contó.

Que él y Nsaka Ne Vampi partieron, no huyendo de mí, porque él se habría enfrentado conmigo, ya que un odio tan violento sólo podía existir cuando quedaba algo de amor violento debajo. Partieron porque él no confiaba en la mujer pez y odiaba a la Bruja de la Luna, que era quien había hecho que expulsaran a Nsaka Ne Vampi de la guardia de la hermana del rey.

—¿Alguna vez has visto una brújula, Rastreador? —preguntó Nyka—. Las llevan los hombres de la Luz del Este, algunas son grandes como un taburete y otras tan pequeñas que desaparecen en el bolsillo. La Mujer Centella corría, corría hasta que la sogá no daba más de sí y entonces salía disparada hacia atrás con tanta fuerza que pronto se le iba a romper el cuello. De modo que Nsaka le disparó una flecha envenenada, que no la mató, sólo la hizo ir despacio. Éstas fueron las cosas que nos pasaron. La Mujer Centella corría hacia el noroeste, así que fuimos al noroeste. Nos encontramos una choza. ¿No es así como empiezan todos los cuentos de miedo, encontrándote una casa donde no vive nadie? Como soy quien soy, me acerqué corriendo y tiré la puerta de una patada. Lo primero que vi fue al niño. Lo segundo que vi fue un relámpago que me daba en todo el pecho, me quemaba todos los

orificios del cuerpo y me sacaba volando de la choza. Nsaka saltó por encima de mí y disparó dos flechas al interior de la choza, una de las cuales alcanzó a una criatura de color rojo y con el pelo de hierba. Otra de aquellas criaturas se le acercó por el costado y le agarró el arco, pero ella le dio una patada en las pelotas que lo hizo caer al suelo aullando. Pero el de los bichos, el que era todo moscas, el bicho aquel, se convirtió en una nube de moscas y la rodeó y le picó por toda la espalda a través de la túnica, y pude ver que las moscas le abrían agujeros en la espalda y se le metían por ellos como si estuvieran yendo a casa, y que mi Nsaka chillaba y se tiraba boca arriba al suelo, para sacárselas de allí, porque le estaban mordiendo y picando y chupándole la sangre, y me levanté y el Ipundulu lanzó otra centella pero esta vez la alcanzó a ella, no a mí, y la explosión la llenó de fuego, pero también llenó de fuego al tipo de los bichos, que chilló y ardió y se llevó todas las moscas de vuelta a su forma humana. El tipo de los bichos entró corriendo en la choza y persiguió al pájaro y los dos se pelearon, tirándose por el suelo, mientras el niño miraba. Y el Ipundulu se convirtió completamente en pájaro. Y apartó de un manotazo al hombre de los bichos y le tiró otra centella, y el hombre bicho se alejó volando. Oí que venían más y entré corriendo mientras el Ipundulu buscaba a su hombre bicho, y le rajé la espalda con la espada y me agaché cuando él me golpeó con el ala a la media vuelta. Y se rio, ¿te lo puedes creer? Desenfundó su espada y me combatió con ella. Desenfundé a toda prisa la espada de Nsaka, a tiempo de parar su estocada, y la blandí hacia arriba para rajarlo, pero él paró la mía. Me puse en cuclillas y fui a por sus piernas, pero él saltó y batió las alas y la cabeza le atravesó el techo de la choza. Volvió a bajar de un salto y me tiró puñados de barro a la cabeza y me golpeó en la frente y caí sobre una rodilla. Luego se me echó encima, pero agarré un taburete y paré su golpe y su estocada y le clavé la espada en el costado. Aquello lo hizo tambalearse. Me eché hacia atrás y cargué directo a su corazón, pero él me paró el golpe y me dio una patada en el pecho y salí volando y rodé y aterricé boca abajo y no me moví y él dijo: Me esperaba

más diversión de ti. Me dio la espalda y agarré un cuchillo; ¿te acuerdas de lo bien que se me daban los cuchillos, Rastreador? ¿No fui yo quien te enseñó a blandirlos? Y la Mujer Centella corrió a su lado y el Ipundulu le acarició la cabeza y ella literalmente ronroneó y se arqueó bajo su mano como un gato, y entonces él la agarró con las dos manos y le rompió el cuello. Yo estaba de rodillas y saqué dos cuchillos y esto..., esto no lo voy a olvidar nunca, Rastreador. El niño le gritó. Sin palabras, pero lo alertó. A decir verdad, no recuerdo más que centellas.

Me volví a despertar para ver a dos de aquellos demonios con pelo de hierba. Le arrancaron la túnica a Nsaka y la abrieron de piernas, y al Ipundulu se le puso dura. No sé por qué me hizo caso cuando le supliqué que me violara a mí en vez de a ella. Quizá me encontrara más guapo. Yo estaba demasiado débil y se me echaron encima. Cómo me montó, Rastreador: en seco, sin saliva, me la empotró hasta que me rajé y me puse a sangrar y, atiende, usó mi propia sangre para lubricarme. Luego me mordió hasta beberse mi sangre y siguió bebiendo y bebiendo y los demás también bebieron, y por fin besó el corte que yo tenía en el cuello y las centellas salieron de él y se me metieron en los ríos de la sangre. Y obligaron a Nsaka a mirarlo todo. Al niño no les hizo falta obligarlo.

¿Alguna vez has sentido un fuego quemarte desde las entrañas? Y luego todo quedó en blanco y vacío como el mediodía mismo. A decir verdad, no recuerdo nada más hasta que me desperté en Kongor convertido en el Ipundulu. Me llegaron algunas cosas, como un roer de ratas y un ruido de cadenas sueltas. Me miré las manos y las vi blancas, y en mis pies vi un pájaro y la espalda me picaba y me picaba hasta que vi que estaba apoyado en unas alas. Y mi Nsaka... Dioses, mi Nsaka. Estaba en la misma habitación que yo, quizá hubiera visto mi transformación. Así de retorcidos son los dioses. Y cómo le debió de encantar que yo..., simplemente..., sin pelear... Oh, dioses perversos. Cuando recordé quién era yo, la vi en el suelo, con el cuello roto y un agujero enorme y sanguinolento donde había tenido el

corazón. Oh, dioses perversos, perversos. Pienso en ella todos los días, Rastreador. He causado la muerte de muchas almas. De muchas almas. Pero cómo se angustia mi corazón por ésa.

—Ciertamente.

—He matado a lo...

—... único que tenías en el mundo.

—¿Cómo lo has...?

—La expresión está de moda esta noche.

—No tengo ánimos para matar —dijo.

Se llevó los pies al pecho y se rodeó las piernas con los brazos. Lo aplaudí. Mientras él hablaba yo me había sentado en el suelo, pero ahora me levanté y aplaudí.

—Por eso haces que otros maten por ti. Te olvidas de qué me ha traído hasta ti. Guárdate los sentimentalismos para la próxima chica a la que le arranques el corazón, Ipundulu. Sigues siendo un asesino y un cobarde. Y un mentiroso.

La expresión amarga regresó a su atractiva cara.

—Hum. Si hubieras venido a matarme, ya me habrías arrojado esa antorcha. ¿Cuál es tu intención?

—¿Al Ipundulu lo acompaña uno con alas de murciélago?

—¿Alas de murciélago?

—Como de murciélago. Con los pies idénticos a las manos y zarpas de hierro. Enorme.

—No, no iba con ninguno así. Te digo la verdad.

—Lo sé. Si hubiera estado con ellos, no te habría dejado con vida.

—¿Qué quieres, viejo amigo? Porque somos viejos amigos, ¿no?

—A esa criatura de las alas de murciélago la llaman Sasabonsam. Al niño del que hablas lo reunimos con su madre hace cinco años. Ahora Sasabonsam y el niño vuelven a estar juntos.

—¿Ha robado al niño?

—Eso dice su madre.

—Pero tú no.

—No, y me acabas de decir por qué.

—Cierto. El niño era raro. Yo pensaba que intentaría escaparse corriendo con los que habíamos ido a salvarlo.

—Y, sin embargo, avisó a sus raptos. No es como ningún otro niño de su edad.

—Un comentario pomposo, Rastreador. Nada propio de ti.

—¿Cómo puedes saber cómo soy si te has olvidado, como dices?

Me subí a su desastrado trono y me senté cerca y lo miré.

—Tú no conseguiste salvarlo, pero nosotros sí. Y aun entre todos no pudimos detener a Sasabonsam, sólo herirlo. Había algo extraño en aquel niño. A veces olía fuerte y luego su olor desaparecía como si estuviera cabalgando a cientos de días de distancia, y luego me volvía a aparecer delante.

»Te cuento una historia. Seguimos su rastro hasta Dolingo. Cuando los encontramos, pillé al Ipundulu apartando al niño de sí de un empujón. El niño le estaba chupando el pezón. ¿Y te puedes creer lo que pensé? Pensé en un niño y en su madre, en un niño que nunca había perdido la nostalgia de la leche materna. Con la diferencia de que aquella madre no tenía koo. Y luego pensé: ¿qué clase de maldad era aquélla? ¿Cómo era posible el horror de que el Ipundulu llevara tanto tiempo violando al niño que éste creyera que aquél era el orden natural de las cosas? Y por fin lo entendí. No era violación. Era sangre de vampiro. Su opio.

—Hay mujeres y hombres que vienen a mí como si yo fuera su opio. Algunos se han escapado de tan lejos y llevan tanto tiempo escapándose que ya no tienen pies. Pero ninguno me ha encontrado en el Malangika. Y el niño va a querer ese opio más que el abrazo de su madre.

—Sasabonsam fue a buscarlo al Mweru.

—Ningún hombre sale del Mweru. ¿Por qué iba nadie a entrar?

—Él no es un hombre. Pero no importa. Creo que el niño se ha ido por propia voluntad.

—Quizá le ofreciera algo más que juguetes o pechos. —Nyka se rio—. Rastreador, me acuerdo de ti. Sigues mintiendo a base de decir sólo medias verdades. De modo que a un niño bobo al que encontraste lo ha vuelto a raptar un demonio con alas de murciélago. Nadie te ha encargado que lo encuentres. No te está pagando nadie. Y el sol es el sol y la luna es la luna sin importar que lo encuentres o no.

—Acabas de decir que no me conoces.

—Él no es nada para ti, y el hombre murciélago tampoco lo es.

—Se llevó algo que era mío.

—¿A quién? ¿Y ahora quieres llevarte algo suyo?

—No. Lo voy a matar. Y a todos los que son como él. Y a todos los que lo ayudan. Y a todos los que lo han ayudado. Y a todos los que se interpongan entre él y yo. Aunque sea el niño.

—Todavía huele a juego. Quieres que te ayude a encontrarlo.

—No, quiero que lo ayudes a encontrarte.

De manera que volví a por el bebé y los tres nos fuimos del Malangika. Subimos a la superficie por un túnel que había al final del camino de los chacales ciegos. La superficie no estaba más en guerra que antes de que me hubiera metido bajo tierra. El Ipundulu no se llevó nada, se limitó a envolverse el cuerpo con las alas hasta parecer un noble extraño, un dios menor vestido con una gruesa agbadá. Para entonces el sol ya estaba poniéndose y tiñendo el cielo de llamas anaranjadas, pero todo lo demás estaba oscuro.

—¿Quieres que te lleve a ese bebé que tienes en brazos? —me preguntó.

—Tócalo y te tiraré esta antorcha a la cara.

—Sólo estoy intentando ayudar.



—Se te van a salir los ojos del cráneo del esfuerzo.

El túnel llevaba a un pueblecito, donde dejé al bebé junto con un odre de piel de cabra lleno de leche en la puerta de una conocida comadrona. Nada más salir del pueblo, al norte de la Ciénaga de Sangre, había tierras sin cultivar. Eché a andar pero Nyka no se movió.

—Ahora que estás fuera del Malangika, el niño sentirá tu presencia y acudirá corriendo a ti.

—Y también todas las mujeres centella y esclavos de la sangre —dijo.

Le habría encantado que le gustara aquella devoción, pero no era a él a quien se la tenían.

—Le tienen devoción al sabor de mi sangre —dijo—. A decir verdad, pensaba que habría más de vosotros esperando arriba. Me esperaba al gigante. A la Bruja de la Luna, quizá. Y sin duda al Leopardo. ¿Dónde está?

—No soy la niñera del Leopardo —le dije.

—Pero ¿dónde está? Le tienes un gran aprecio a ese gato. ¿Ni siquiera sabes dónde está?

—No.

—¿No os habláis?

—¿Qué eres, mi madre o mi abuela?

—Nunca ha habido pregunta más fácil.

—Si quieres saber del Leopardo, ve a preguntarle al Leopardo.

—¿Y no se alegrará tu corazón la próxima vez que lo veas?

—La próxima vez que lo vea, lo mataré.

—Me cago en los dioses, Rastreador. ¿Tienes planeado matar a todo el mundo?

—Voy a asesinar al mundo entero.

—Eso es mucho trabajo. Más que matar a un elefante o a un búfalo.

—¿Echas de menos ser un hombre?

—¿Echo de menos la sangre caliente que me corría por las venas y una piel que no sea del color de la maldad pura? No, amigo Rastreador. Me

encanta despertarme dando gracias a los dioses por ser un demonio. En caso de que pudiera dormir.

—Ahora que te veo, creo que para un hombre como tú éste era el único futuro de tu forma. ¿De qué crees que se ha estado alimentando el niño todos estos años, si no es de tu sangre?

—La sangre es su opio o su medicina, no su alimento.

—Ahora que has salido a la superficie, vendrá contigo.

—¿Y qué pasa si está a un año de distancia?

—Tiene alas.

—¿Por qué no encuentras su olor?

—Vamos hacia el norte. A diferencia del Ipundulu..., de ti..., de tu yo anterior, Sasabonsam odia las ciudades, y los pueblos, y nunca se quiere detener en ellos. Nunca puede esconder su forma, a diferencia del Ipun..., de ti. Prefiere esconderse en sitios por los que pasan viajeros y cazarlos uno por uno. Era lo que hacían su hermano y él, antes de que yo matara a su hermano. De que el Leopardo matara a su hermano. A su hermano lo mató el Leopardo, pero él encontró mi olor en el cadáver, o sea que cree que fui yo.

—¿Cómo lo mató el Leopardo?

—Mientras me estaba salvando.

—Entonces ¿por qué culpas al Leopardo?

—No es de eso de lo que lo culpo.

—¿De qué, entonces?

—Calla, Nyka.

—Tus palabras...

—A la mierda lo que piensas de mis palabras. Ya estás haciendo lo mismo de siempre. Preguntar y preguntar, para saber y saber. Y cuando por fin sabes todo lo que se puede saber de alguien, usas esa información para traicionarlo. No lo puedes evitar, es tu naturaleza, igual que la naturaleza del cocodrilo es comerse a sus crías.

—¿Dónde está el gigante?

—Muerto. Y no era un gigante, era un ogo.

Llegamos al margen de la Ciénaga de Sangre. Yo había oído hablar de criaturas monstruosas que vivían en aquellos cenagales, insectos del tamaño de cuervos, serpientes más gruesas que troncos de árboles y plantas con hambre de carne, sangre y huesos. Hasta el calor cobraba forma, como si fuera una ninfa loca envenenadora. Pero ni una sola bestia se nos acercó, ya que percibían a dos criaturas peores. Ni siquiera cuando el agua de la ciénaga nos llegaba a la cintura. Continuamos hasta que el nivel del agua nos bajó hasta las rodillas, luego hasta los tobillos y por fin fuimos caminando por el barro y la hierba áspera. A nuestro alrededor se retorcían y se doblaban gruesas enredaderas y troncos finos, enrollándose los unos en los otros y formando un muro igual de sólido que una choza gangatom.

Me llegó el olor antes de que llegáramos a él. Una sabana abierta, con unos cuantos árboles y un poco de hierba, pero que apestaba a muerte. Apestaba a muerte vieja. Fuera lo que fuera que se estaba pudriendo allí, había empezado a pudrirse hacía siete días. Lo pisé antes de verlo y cedió bajo mi pie. Un brazo. A dos pasos había un casco con una cabeza todavía dentro. A unos diez pasos de distancia, los buitres batían las alas, sacando entrañas, mientras por el cielo se alejaba una bandada de las mismas aves, atiborradas de comida. Miré hacia arriba y vi buitres hasta donde alcanzaba la vista, volando en círculos en torno a cuerpos, aterrizando para comer más, arrancando carne de hombres, hombres cociéndose dentro de armaduras metálicas, hombres tan inflados que burbujeaban, cabezas de hombres con aspecto de estar enterrados hasta el cuello, con los ojos vaciados por las aves. Había demasiados para oler a uno en concreto. Seguí caminando, buscando colores del Norte o del Sur. Más adelante, lo único que permanecía erguido eran los mástiles de las lanzas y las espadas. Nyka iba detrás de mí, mirando también.

—¿Crees que un soldado iba a obligarse a aguantar vivo ocho días para que le pudieras arrancar el corazón?

Nyka no dijo nada. Seguimos caminando hasta que se terminaron los cadáveres y las partes de cadáveres en la sabana y dejamos atrás a las aves. Pronto se acabaron los árboles y nos vimos en el borde de los Ikosha, las llanuras salinas, que se tardaba dos días y medio en cruzar y donde no había nada más que tierra resquebrajada como el barro seco y plateada como la luna. Alguien venía hacia nosotros como si acabara de aparecer de la nada y hubiera echado a andar. Nyka abrió las alas, pero vio que yo no hacía nada y las cerró.

—Rastreador. Te recuerdo que ha sido idea tuya traerme.

—No ha sido idea mía.

—Ciertamente la idea me pertenece a mí —dijo el que se acercaba.

Eso fue lo que dijo, y de la manera en que yo había sabido que lo diría. Llevábamos dos lunas y nueve días de cacería. Se nos quedó mirando con los brazos en jarras, como una madre a punto de reñirnos.

El Aesi.

Nyka encendió unas ramas secas con sus centellas. El fuego se despertó deprisa y él se apartó de un salto. Volví de las profundidades de la ciénaga con un jabalí joven. Abrí el cuerpo en canal para ensartarlo con un espetón y el corazón se lo tiré a Nyka. Llegado aquel punto ya no tenía vergüenza. No quería comérselo conmigo y con el Aesi mirando, pero ninguno de los dos se dio la vuelta. Soltó un bufido, se sentó en el suelo y lo mordió. La sangre le salpicó toda la boca y la nariz.

Los miré a ambos: a los dos los había intentado matar en el pasado; los dos eran conocidos por sus alas, las de uno blancas y las del otro negras. Me pregunté adónde se había ido el yo que antaño habría sacado las hachas para matarlos a los dos nada más verlos.

—Es peligroso estar en el Sur. Territorio enemigo en plena guerra... ¿Todos vuestros planes son así de locos? —dijo el Aesi.

—No hacía falta que vinieras —le dije.

—¿Cuál es su plan? —dijo Nyka, con la cara teñida de rojo alrededor de la boca.

Corté varios pedazos del jabalí y se los ofrecí a los dos. Los dos negaron con la cabeza. Nyka mencionó que ahora le daba asco el sabor de la carne quemada, lo cual me hizo acordarme del Leopardo, y no quería acordarme del Leopardo.

—Estamos buscando al niño y a su monstruo —dijo el Aesi.

—Ya me lo ha dicho —dijo Nyka.

—Yo busco al niño. Él busca al monstruo. El monstruo atacó una caravana al norte de aquí; según el testimonio de un hombre, partió a una vaca por la mitad con los pies y se fue volando con las dos mitades. Llevaba al niño al hombro como si fuera un padre con su hijo. Se fueron a la jungla que hay entre aquí y el Lago Rojo —dijo el Aesi.

—¿Todavía estás con el rey del Norte? La memoria a veces me viene y la mayoría de las veces se me va, pero me acuerdo de que hubo una vez en que teníamos que encontrar a ese mismo niño y salvarlo de ti. ¿Y ahora los dos buscáis al niño para matarlo?

—Las cosas cambian —dije, antes de que el Aesi abriera la boca y mordiera un pedazo de carne de jabalí. Lo fulminé con la mirada.

—Y lo salvaron. ¿No es verdad, Rastreador? —dijo el Aesi—. Salvaron al niño de su banda de muertos vivientes y los llevaron a su madre y a él al Mweru. Tres años más tarde... ¿Cuento esa historia?

—No controlo la boca de nadie —le dije.

El Aesi se rio. Se arropó con su túnica negra y se sentó en un montículo hecho de ramas muertas y musgo.

—¿Te acuerdas de cuando te escondías de mí, Rastreador? Ya lo creo que te escondías de mí, en la selva de los sueños. Y en vez de ti, encontré al ogo. Pobre hombre. Magnífico, pero simple.

—Ni se te ocurra hablar de él.

El Aesi inclinó la cabeza.

—Perdóname. —Y luego le dijo a Nyka—: El Rastreador sabía que tenía que permanecer despierto, porque yo rondaba por la selva de los sueños, buscándolo. Pero muchos años más tarde (¿contamos los años?) me encontré una noche. Te daré al niño si me ayudas a encontrar al que busco, me dijo antes incluso de saludarme. Y si me ayudas a matarlo, me dijo. Lo extraño, y ya me lo pareció entonces, era que el sueño del Rastreador venía del Mweru.

—Ningún hombre sale del Mweru —dijo Nyka.

—Pero un niño sí puede. Dicen las profecías que un niño venido de esas tierras será la nube oscura sobre la cabeza del rey. Pero ¿quién tiene tiempo para las profecías? —dijo el Aesi.

—¿Quién tiene tiempo para nada de esto? —dije, y corté dos pedazos de carne de jabalí y los envolví con hojas—. Sasabonsam ha atacado una caravana que iba al norte. Tenemos que ir también al norte, por el camino de Bakanga, y dejar de contar cuentos junto a la puta hoguera como si fuéramos niños.

—Sasabonsam no es una criatura errante, Rastreador. Está yendo a la selva. Se alojará...

—Si estamos viajando juntos, ¿cómo es posible que tu información siempre sea distinta de la mía? Elegiré un camino donde pueda matar a cualquier idiota que vaya por él. El de las alas no es como su hermano. No espera que la comida vaya a él, la busca. Va adonde ve que van los hombres y adonde los hombres no están protegidos.

—Todavía está de camino al bosque.

—Sois unos necios los dos —dijo Nyka—. Estáis diciendo dos partes de lo mismo. Irá a la selva con el niño, pero por el camino se alimentará y recogerá cuerpos.

—El Aesi se está olvidando de decirte que no somos los únicos que buscamos al niño —señalé—. A nadie de los presentes le hace falta descansar, o sea que nos marchamos.

—¿Dónde está el norte, Rastreador?

—Está al otro lado de mi culo lleno de mierda —dije.

—La noche ya se ha hartado de vosotros —dijo el Aesi.

—Me encantaría que la noche intentara...

—Basta.

—En lo tocante a la guerra, el enemigo de verdad es el monzón —dijo el Aesi.

El sol se filtró entre las ramas nudosas y me hizo daño en los ojos. Los cerré y me los froté hasta que me escocieron.

—Nuestro rey quiere que esta guerra se termine antes de las lluvias. La estación de las lluvias trae inundaciones y enfermedades. El rey necesita la victoria y la necesita pronto.

—No es mi rey —dijo Nyka.

Me incorporé hasta sentarme y oí la corriente del río. Debían de haberme llevado hasta el margen de las llanuras salinas, porque me di la vuelta y vi praderas abiertas. Hierba alta y amarilla, ansiosa de aquella estación de lluvias de la que estaban hablando. A lo lejos, cabezas de jirafas meciéndose y engullendo hojas de los árboles altos. Susurros entre los matorrales, gallinas de Guinea, gatos y zorros. En el cielo, una bandada de gangas llamando a su familia al agua. Olí león y ganado y mierda de gacela. Mi pantorrilla rozó algo duro y cortante.

—Obsidiana. Pero en estas tierras no hay obsidiana —dije.

—Alguien ha debido de dejarla ahí. ¿O es que te crees que eres el primero en estar aquí?

—¿Qué me habéis hecho?

El Aesi se giró hacia mí.

—Tenías el cerebro en llamas. Parecía que fueras a arder.

—Hazme esto otra vez y te mato.

—Lo puedes intentar. ¿Te acuerdas de una vez en Kongor, hace muchas lunas, en que te perseguí por una calle del mercado? Poseí todas las mentes de la calle salvo la tuya y la del..., él..., tu...

—Me acuerdo.

—Entonces no pude entrar en tu mente por el hechizo de la Sangoma. Lo has notado, ¿verdad? Su hechizo te está abandonando. Lo perdiste al salir del Mweru.

—Todavía puedo abrir puertas.

—Hay puertas y puertas.

—Y he hecho frente a espadas desde entonces.

—Porque eres la cabra que busca al matarife.

—¿Por qué no poseíste a Mossi?

—Por diversión. Pero anoche necesitabas enfriarte para no perder la razón.

A decir verdad, me dolían todos los músculos y todas las articulaciones. La noche anterior no había sentido dolor, cuando la furia me corría por las venas. Ahora, en cambio, el mero hecho de ponerme de rodillas hacía que me dolieran las piernas.

—Pero tienes razón, Rastreador. Estamos perdiendo el tiempo. Y sólo nos quedan siete días más contigo antes de que me toque salvar a este rey de sí mismo.

El camino de Bukanga. Que no era un camino, ni siquiera una senda, sino un paraje tan transitado por los carromatos y los caballos y los pies que muchas plantas habían dejado de crecer. A ambos lados, un bosque de espinos silbantes emitía su música fantasmagórica, meciendo unos troncos de ramas más finas que mi brazo. El camino se convirtió en tierra, barro resquebrajado y rocas, pero llegaba al horizonte y todavía más allá. A ambos lados, hierba amarilla con pinceladas de verde y arbolitos pequeños como la luna, y árboles más altos de copas planas y ramas que se extendían a lo ancho. Oí que Nyka



decía que los dioses más grandes y gordos se les habían sentado encima demasiado tiempo y que era por eso por lo que tenían las copas planas. Me volví para mirar detrás de mí, lo vi hablando con el Aesi y me di cuenta de que no había dicho nada. Me estaba acordando de él en otra época. A veces aquel camino estaba lleno de ruido y de animales, pero ahora no se movía ni una mosca. Ni jirafas de las inmediaciones de la ciénaga ni cebras ni antílopes ni leones cazando a las cebras y a los antílopes. Ni retumbar de elefantes. Ni siquiera el susurro de advertencia de la víbora.

—En este lugar no hay bestias —dije.

—Algo las ha asustado —dijo el Aesi.

—¿«Algo»? Estamos de acuerdo en que el niño es una cosa, pues.

Seguimos caminando.

—Lo he visto así antes —le dijo Nyka al Aesi, dirigiéndose sólo a él pero queriendo que yo lo oyera también—. Es extrañísimo que me recuerde.

El Aesi no dijo nada y Nyka siempre interpretaba el silencio como una señal para continuar hablando. Así pues, le contó que al Rastreador no le importaba nada y que no amaba a nadie, pero cuando alguien lo traicionaba, su yo entero, y el yo que había más allá del yo, sólo buscaba la destrucción.

—Lo vi de esta manera otra vez. Y ni siquiera lo vi; lo oí. Su necesidad de venganza era como el fuego.

—¿Quién era el hombre que le hizo buscar venganza? —preguntó el Aesi.

Conozco a Nyka. Sé que se detuvo y se giró para mirar a su interlocutor a la cara y decirle: Yo. Y lo dijo casi con orgullo. Pero hasta las cosas más atroces que decía o hacía Nyka siempre iban seguidas de una voz que sonaba como si quisiera besarte muchas veces y con suavidad.

—¿Quiere matar al tal Sasabonsam? ¿No es así como lo llamáis? ¿Lo quiere matar por un simple enojo? ¿Qué ha hecho esa bestia?

Esperé a que el Aesi contestara, pero no dijo nada. La luz del sol nos abandonó pero seguía siendo de día, o por lo menos el atardecer.

Las nubes se juntaron en el cielo, grises y voluminosas, aunque todavía

faltaba una luna para la estación de las lluvias. Antes de que oscureciera llegamos a la aldea de una tribu que ninguno conocíamos. Una cerca hecha de ramas de árboles con techado de paja discurría durante más de tres centenares de pasos a ambos lados del camino. Diez y ocho chozas y dos más que no había visto a primera vista. La mayoría a la izquierda del camino y sólo cinco a la derecha, pero todas iguales. Choza de adobe y ramas con una ventana que daba afuera, a veces dos. Un denso techado de paja sujeto con enredaderas. Había tres que eran el doble de grandes que las demás, pero la mayoría eran idénticas. La tribu agrupaba sus chozas en conjuntos de cinco o seis. Delante de algunas de las chozas había jícaras por el suelo y pisadas recientes, y ese humo fino de los fuegos apagados con prisas.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Nyka.

—Quizá te hayan visto las alas —dijo el Aesi.

—O quizá te hayan visto a ti el pelo —replicó Nyka.

—¿Os gustaría meteros un ratito en el bosque a follar? —les pregunté.

El Aesi me replicó que me estaba olvidando de mi lugar en aquel grupo, y que en calidad de consejero de reyes y lores, él podía abandonarme cuando quisiera y regresar a su trabajo de verdad, y añadió: No te olvides, lobo ingrato, de que fui yo quien te salvó del Mweru, porque nadie que entra en el Mweru sale.

—Están aquí —dije.

—¿Quiénes?

—La gente. Nadie huye de una aldea sin su vaca.

En el centro de un grupo de chozas había vacas perezosamente acostadas y cabras brincando sobre tocones de árboles y maderos sueltos. Fui a la primera choza a mi izquierda y abrí la puerta. Dentro estaba oscuro y no se movía nada. Pasé a la siguiente, que también estaba vacía. Dentro de la tercera no había nada más que alfombras y hierba seca en el suelo, jarras de arcilla con agua y bosta de vaca reciente en la pared oriental, todavía húmeda. Fuera, Nyka estaba a punto de decir algo cuando levanté la mano y volví a entrar.

Agarré la alfombra más grande y la aparté de un tirón. Las niñas chillaron antes de que la madre les tapara las bocas con la mano. En el suelo, las criaturas estaban pegadas a su regazo como bebés todavía sin nacer. Una de las niñas lloraba, la madre tenía los ojos húmedos pero sin llorar y la otra hija me estaba mirando con el ceño fruncido de furia. Tan pequeña y ya era la valiente y estaba dispuesta a pelear. No nos tengáis miedo, les dije en ocho lenguas distintas hasta que la madre entendió las palabras suficientes para incorporarse hasta sentarse. Su hija se separó de ella, corrió directa a mí y me dio una patada en la espinilla. Otro yo la habría apartado y se habría reído, alborotándole el pelo, pero mi yo de entonces dejó que me diera patadas en la espinilla y la pantorrilla hasta que le agarré el pelo y la aparté de un empujón. Ella se volvió dando tumbos con su madre.

Voy afuera, dije, pero la madre me siguió.

El Aesi le dio su capa a Nyka. La aldea debía de haber oído hablar de Ipundulu, o bien el Aesi supuso que a sus habitantes los aterraría cualquier hombre con alas. Salieron más hombres y mujeres de sus chozas. Un viejo dijo algo que apenas entendí, algo sobre uno que viene de noche. Pero habían oído a desconocidos acercarse por el camino, entre ellos un hombre blanco como la caolinita, de modo que se habían escondido. Llevaban mucho tiempo escondiéndose. Antes el terror venía a mediodía, o eso se decía antaño, pero ahora viene de noche, contó el viejo. Parecía un patriarca, casi como el Aesi, pero era más alto y mucho más flaco y llevaba pendientes de cuentas y un disco de arcilla en la parte de atrás de la cabeza. El viejo era un valiente que había matado a muchos pero ahora vivía con miedo. Sus ojos eran dos ranuras en una cara llena de arrugas.

Se nos acercó a los tres y se sentó en un taburete que había junto a una choza. El resto de la aldea se aproximó despacio y con miedo, como si al más ligero movimiento por nuestra parte fuera a ponerse a chillar. Todos salieron de sus chozas. Algunos hombres, más mujeres, más niños, los hombres a pecho descubierto y con taparrabos cortos; las mujeres con unos pellejos de

cuero cubiertos de cuentas del cuello a las rodillas y los pezones asomando a ambos lados; y los niños con cuentas en torno a la cintura o sin nada. Mostraban, sobre todo las mujeres y los niños, unas miradas inexpresivas, agotadas por el miedo, a excepción de la niña furiosa de la choza, que seguía mirándome como si me fuera a matar de presentársele la oportunidad.

Más y más gente salió de las chozas, todavía mirando a un lado y a otro, todavía despacio, todavía examinándonos de arriba abajo, pero sin mirar a Nyka, como si fuera distinto de nosotros dos. El Aesi habló con el viejo y luego con nosotros.

—Dice que deja a las vacas abiertas en canal y se lleva a una vaca o a veces a una cabra. A veces se las come ahí mismo y deja las sobras para los buitres. Una vez había un niño que no escuchaba nunca a su madre. El niño se creía que era un hombre porque había entrado en el bosque y había salido corriendo, los dioses sabrán por qué. Sasabonsam se llevó al niño pero dejó el pie izquierdo. Pero hace dos noches...

—¿Hace dos noches qué? —pregunté.

El Aesi volvió a hablar con el viejo. Yo podía entender parte de lo que estaba diciendo el hombre, lo suficiente hasta que el Aesi me mirara y dijera:

—Fue la noche en que tiró la pared de esa casa que hay ahí al otro lado y entró y agarró a los dos niños de una mujer que gritó: No he tenido más que abortos. Éstos son los únicos hijos que me han dado los dioses. Y el monstruo intentó llevarse a los dos niños, pero los hombres, que hasta entonces se habían mostrado débiles, encontraron fuerza en sus brazos y piernas y salieron corriendo y se pusieron a tirarle piedras y rocas, y le dieron en toda la cabeza, y él intentó bloquear con las alas las piedras, la tierra y la mierda que le tiraban y aun así echó a volar llevándose a los dos niños, pero no pudo, así que soltó a uno.

—Pregúntale si alguno de estos hombres combatió a la bestia.

El Aesi me miró unos instantes; no le gustaba aquello tan extraño, que alguien le dijera lo que tenía que hacer.

Se adelantaron dos hombres, uno con cuentas en torno a la cabeza y el otro con un disco de arcilla en la cabeza pintado de amarillo.

—Apestaba como un cadáver —dijo el de las cuentas—. Como esa peste empalagosa de la carne podrida.

—Pelo negro como de simio pero no era un simio. Alas negras de murciélago pero no era un murciélago. Y orejas de caballo.

—Y los pies idénticos a las manos, y agarraban como manos, pero eran grandes como cabezas. Y bajó del cielo y trató de volverse al cielo.

—En este camino hay muchas bestias voladoras —dije.

—Quizá hayan venido volando de las Tierras Oscuras por encima del Lago Blanco —me dijo Nyka en voz baja.

Me dieron ganas de decirle que para encontrar un comentario menos estúpido habría que ir a un callejón oscuro donde los hombres se follaban agujeros de la pared y los llamaban «hermana».

—La reina del sol se ha vuelto a su casa —dijo el que llevaba el disco de arcilla—. La reina del sol se marchó al llegar él, hace diez noches. Bajó volando, oímos primero las alas y luego vimos una sombra que bloqueaba la luz del crepúsculo. Una mujer levantó la vista y gritó y el monstruo trató de agarrarla, pero ella se tiró al suelo y todo el mundo echó a correr y a chillar y a llorar y nos escapamos corriendo a las chozas, pero hubo un viejo que fue demasiado lento porque le dolía la joroba, y la bestia lo agarró con las manos de las piernas y le arrancó la cara de una dentellada, pero la escupió al instante, como si su sangre fuera veneno, y se puso a perseguir a una mujer que era la última en llegar a su choza, yo mismo vi esto desde el matorral donde me estaba escondiendo, y le agarró un pie antes de que ella pudiera meterse corriendo en la choza y se alejó volando con ella, y no la hemos vuelto a ver. Y desde entonces nos visita cada dos noches.

—Algunos de nuestra tribu intentaron marcharse, pero las vacas van despacio y nosotros también, y el monstruo encontró a los que se alejaban por

el camino y los mató a todos y se bebió su sangre. Hasta el último hombre, mujer y bestia partido por la mitad. A algunos se les había comido la cabeza.

—Pregúntale cuándo fue la última vez que vino —dije.

—Hace dos noches —dijo el viejo.

—Necesitamos encontrar al niño —dijo el Aesi.

—Ya hemos encontrado al niño. Yo esperaba que fuera él quien encontrara a Nyka, pero lo hemos encontrado nosotros.

—Aquí nadie ha mencionado para nada a un niño —dijo el Aesi.

—Estos buenos hombres hablan de mí como si yo no estuviera presente. ¿Quieres dejarme a la intemperie para que tu niño me encuentre? —preguntó Nyka.

—No va a ser necesario. Cuando venga esta noche, Sasabonsam traerá al niño. El niño lo va a exigir hasta que no haya forma de hacerlo callar —dije.

—No me gusta ese plan —dijo el Aesi.

—No es ningún plan —dije.

—Eso es lo que no me gusta.

—La última vez éramos seis y aun así no conseguimos matarlo. Pregúntales qué armas tienen.

—Yo digo que dejemos que pase lo que tenga que pasar y que lo sigamos a su escondrijo —dijo el Aesi.

—Su escondrijo puede estar a dos días de viaje a pie.

—Es demasiado listo como para poner en peligro al niño.

—Lo voy a matar esta noche o que se vayan a la mierda los dioses.

—¿Puedo decir algo? —dijo Nyka.

—No —le contestamos los dos.

—Pregúntales qué armas tienen.

Cuatro hachas, diez antorchas, dos cuchillos, un látigo, cinco lanzas y un montón de piedras. Digo la verdad. Aquella gente, que había dejado la caza

para labrar los campos, era lo bastante necia como para olvidarse de que vivía en una tierra llena de bestias malignas. Los hombres trajeron las armas, las tiraron a nuestros pies y se fueron corriendo a sus chozas como hormigas enloquecidas. No me sorprendió: todos los hombres son cobardes y cuando se juntan sólo consiguen juntar miedo con miedo y más miedo. La oscuridad robó el cielo y el cocodrilo se había comido la mitad de la luna. Nos escondimos junto a la tapia que había cerca del norte de la aldea. El Aesi estaba agachado, con un bastón en la mano que yo no le había visto hasta entonces y los ojos cerrados.

—¿Crees que está llamando a los espíritus? —dijo Nyka.

—Dilo más fuerte, vampiro. Creo que no te ha oído.

—¿Vampiro? Qué palabras tan crueles. No soy como la criatura a la que estamos cazando.

—No, tú mandas a brujos a que cacen por ti. No vamos a tener esta discusión otra vez.

—A la noche le gustaría que estuvierais callados los dos —dijo el Aesi.

Pero Nyka quería hablar. Siempre estaba igual, necesitado de cháchara incesante. Y usaba la charla para enmascarar lo que estaba conspirando al mismo tiempo.

—Hoy no he matado a nadie —dije.

—Muchas veces, en los muchos años que hace que te conozco, has dicho: No soy un asesino, soy un cazador.

—Si no mato a Sasabonsam, mataré a todos los hombres de aquí por débiles y patéticos.

—Cuidado, Rastreador. Estás en presencia de un vampiro y de... lo que sea este Aesi, y sin embargo arde en ti la peor animadversión. Y por mucho que ahora bromees, eras más gracioso en otros tiempos —dijo Nyka.

—¿En qué tiempos? ¿Antes o después de que me traicionaras?

—No tengo recuerdos de eso.

—Los recuerdos sí te tienen a ti. Nunca me has preguntado por mi ojo.

—¿También lo causé yo?

Me lo quedé mirando pero me giré, porque verlo a él sólo me hacía verme a mí mismo. Le conté cómo había obtenido mi ojo de lobo.

—Pensaba que alguien te habría pegado un puñetazo en el ojo y te lo habría dejado así. Pero ahora veo que también de eso soy responsable.

Apartó la mirada. No se me ocurría nada mejor que hacer con los remordimientos de Nyka que pegarle en la cara con ellos. Cómo me habría gustado tener los nudillos de hierro de Ogotriste para arrancarle la cabeza de un puñetazo. Ogotriste. Llevaba muchas largas lunas sin pensar en él. Nyka volvió a abrir la boca pero el Aesi se la tapó.

—Escucha —dijo en voz baja.

El ruido atravesó la oscuridad, arrastrándose, saltando, corriendo, cayéndose por encima de la cerca y rompiendo ramas. Y viniendo hacia nosotros. Sin batir las alas. Sin las risillas, gorjeos y susurros de un niño que no consigue disimular su presencia. Alguien me embistió en el pecho y me tiró hacia atrás. Luego me embistió otro. Con su rodilla sobre mi pecho, levantó la vista, olisqueó brevemente el aire y se giró para ver a otra gente echándose encima de Nyka y del Aesi, gritando, gruñendo, chillando y agarrando. Hombres y mujeres centella. Más de los que yo podía contar, algunos con una sola mano, algunos con una sola pierna, algunos sin pies, algunos sin nada por debajo de la cintura. Todos corriendo hacia Nyka. Dos más grandes que el resto, ambos hombres, apartaron de en medio al Aesi a patadas. Nyka chilló. Las mujeres y los hombres centella buscaban al Ipundulu; era su único deseo y propósito y lo ansiaban eternamente. Yo los había visto correr hacia su maestro, desesperados y hambrientos, pero nunca había visto lo que pasaba cuando por fin lo encontraban.

—¡Me están devorando! —gritó Nyka.

Batió las alas y lanzó relámpagos que alcanzaron a varios de ellos, pero ellos los absorbieron y los usaron para alimentarse y enloquecieron más. Saqué las dos hachas. El Aesi no paraba de tocarse las sienes y de pasarse las



manos por ellas, pero no ocurrió nada. La gente centella se apilaba como un hormiguero encima de Nyka. Cogí carrerilla, corrí y salté; aterricé sobre la espalda de uno y le solté una lluvia de hachazos. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda. A otro le di una patada y un hachazo en el costado de la cabeza. Una mujer tenía la mano cerrada en torno al cuello de Nyka y me puse a darle hachazos en el hombro hasta que se le cayó el brazo. Ellos se negaban a soltarlo y yo me negaba a parar.

Un pie salido de la nada me dio una patada en el pecho. Salí disparado por los aires y aterricé boca abajo. Dos de ellos saltaron para cargar contra mí. Me quedaba una sola hacha y desenfundé el cuchillo. Con él en la mano, rodé de vuelta hacia él y se lo hundí en el pecho. La segunda se me acercó corriendo, pero giré en el suelo y le corté la pierna. Cayó y le rebané de un hachazo la mitad de la cabeza. Seguían todos sobre Nyka. El Aesi arrancó a dos y los arrojó a lo lejos como si fueran piedrecitas. A uno que se había puesto en cuclillas sobre el pecho de Nyka para chuparle del cuello le di un hachazo en toda la nuca. De todos ellos manaban centellas, pero no se apartaban de Nyka. Provoqué otra lluvia de hachazos sobre su cabeza y alejé de una patada a una mujer que estaba a su lado. La mujer salió rodando y regresó a la carrera. Me agaché, blandí el hacha y se la clavé justo encima del corazón tal como venía corriendo hacia mí, y a otra le di un hachazo en medio de la frente. A todos los corté y los rebané, hasta que sólo quedó Nyka, cubierto de mordeduras y sangrando una sangre negra. El último, un niño, le saltó encima de la cabeza, y me miró rechinando los dientes. Las centellas le iluminaban los ojos. Le hundí el cuchillo en plena garganta y se desplomó sobre el regazo de Nyka.

—Era un niño.

—No era nada —dije.

—Aquí hay algo que no encaja —dijo el Aesi.

Salté justo antes de que una de las mujeres de la aldea chillara:

—¡En la parte de atrás!

El Aesi salió corriendo primero y lo seguí, saltando por encima de aquellos cuerpos, algunos de los cuales todavía soltaban chispas. Pasamos entre chozas escondidas en las sombras. Nyka intentó volar pero sólo consiguió brincar. Llegamos al margen de la aldea y nos encontramos a Sasabonsam levantando el vuelo con las zarpas de los pies en torno a una mujer. La mujer chillaba. Le arrojé al monstruo un hacha y le alcancé en el ala, pero el corte que le hice fue superficial. Ni siquiera se giró.

—¡Nyka! —dije.

Nyka batió las alas y retumbaron los truenos y de su cuerpo salieron centellas, pero no en dirección a la bestia, sino más al oeste y al sur. Sasabonsam aleteó y se alejó por los aires, con la mujer todavía forcejeando. Y no paró de resistirse hasta que la bestia le dio una patada en la cabeza con el otro pie. Pero en aquella sabana no había arboleda que lo ocultara. Mi hacha relucía en el suelo.

—Está volando al norte —dijo el Aesi.

Una bandada lejana de pájaros que yo no había visto cambió de rumbo y voló directa hasta Sasabonsam. Lo atacaron de dos en dos y de tres en tres y él intentó ahuyentarlos a golpes con la mano y con las alas. Yo no podía verlos a todos, pero uno le voló a la cara y pareció que le daba un picotazo. Luego fueron más a por él. El Aesi tenía los ojos cerrados. Los pájaros se abalanzaron sobre la cara y los brazos de Sasabonsam, que empezó a agitarlos frenéticamente. Dejó caer a su presa, pero ya estaba tan alto que cuando la mujer se estrelló contra el suelo se quedó inmóvil. Sasabonsam apartó a manotazos a muchos pájaros, que salieron disparados por los aires. El Aesi abrió los ojos y los pájaros que quedaban se alejaron.

—Nunca lo atraparemos —dijo Nyka.

—Pero sabemos adónde va —dijo el Aesi.

Continué corriendo, saltando por encima de los matorrales y dando hachazos a la vegetación, siguiendo su recorrido por el cielo, y cuando no podía verlo, seguía su olor. Fue entonces cuando me pregunté por qué aquel

Aesi todopoderoso no nos proporcionaba caballos. Ni siquiera corría. Yo podía dirigir mi furia hacia él pero sería un desperdicio. Continué corriendo. El río me salió al paso. Sasabonsam voló por encima de sus aguas hasta la otra orilla. Tenía unos cincuenta o sesenta pasos de ancho, no lo sé, y la luz de la luna danzaba sobre sus aguas frenéticas, es decir, embravecidas y quizá profundas. Yo no conocía aquella parte del río. Sasabonsam se alejaba. Ni siquiera me había visto u oído.

—¡Sasabonsam!

Ni siquiera se giró. Agarré las dos hachas como si fuera a ellas a quienes odiara. Aquello me hizo albergar pensamientos oscuros, que no obtenía placer de mis actos, o ni siquiera orgullo, ni nada. Que mi enemigo ni siquiera sabía que yo lo buscaba, y aun en presencia de mi olor y de mi cara no me veía distinto a cualquier otro necio tirándole un hacha. Nada, nada de nada. Le grité. Me guardé las hachas y me metí corriendo en el río. Me golpeé la punta del pie contra una roca pero no me importó. Tropecé con unas piedras pero no me importó. Luego perdí pie y me hundí, tragué agua y tosí. Saqué la cabeza del agua pero mis pies no encontraban suelo. Y luego algo parecido a un espíritu tiró de mí, pero era el agua, fría y tirando con fuerza de mí hasta el medio del río, y luego sumergiéndome, burlándose de mi fuerza para nadar, haciéndome dar volteretas sobre mí mismo, tirando de mí hasta donde no podía brillar la luna, y cuanto más me resistía yo, más tiraba ella, y no se me ocurrió dejar de pelear, y no se me ocurrió que estaba cansado, y no se me ocurrió que el agua allí estaba más fría y más negra. Y extendí el brazo y pensé que iba a alcanzar el aire, pero estaba muy adentro y hundiéndome más y más y más.

Y luego una mano me cogió la mía y tiró hacia arriba. Era Nyka, que intentaba volar y tropezaba, rebotaba y caía al agua. Luego trató de remontar el vuelo al mismo tiempo que me sacaba del agua, pero sólo consiguió sacarme hasta los hombros y combatir la corriente. De esa manera me llevó a rastras hasta la orilla, donde esperaba el Aesi.

—El río ha estado a punto de acabar contigo —dijo éste.

—El monstruo está huyendo —le dije jadeando.

—Quizá lo haya ofendido tu hosquedad.

—El monstruo está huyendo —dije.

Recobré el aliento, saqué las hachas y eché a andar.

—No hay gratitud para el Ip...

—Se está alejando.

Y salí corriendo.

El río me había lavado toda la ceniza y mi piel estaba negra como el cielo. La tierra seguía siendo sabana, todavía poblada de arbustos secos y de espinos susurrantes y muy pegados entre sí, pero yo no conocía aquel lugar. Sasabonsam batió dos veces las alas y el ruido sonó lejano, como si no fuera el aleteo en sí sino su eco. Unos árboles altos se elevaban trescientos pasos más adelante. Nyka gritó algo que no entendí. Otro aleteo; había sonado como si viniera de los árboles, de modo que corrí hacia allí. Choqué con una roca, tropecé y me caí, pero la rabia venció al dolor y me levanté y seguí corriendo. El suelo se humedeció. Atravesé corriendo un estanque casi seco, cruzando unas hierbas altas que me raspaban las rodillas, entre unos arbustos espinosos esparcidos como verrugas por la piel, saltando sobre ellos o bien metiéndome en ellos. No oía el batir de las alas pero estaba escuchando con atención y pronto lo oiría más cerca. Ni siquiera necesitaba el olfato. Los árboles hacían lo que siempre hacen los árboles, estorbar. No había senda por el valle, sólo espinos gigantes y arbustos silvestres, y al intentar rodearlos me topé con ellos.

Hombres a caballo, calculé que un centenar. Examiné a los caballos en busca de sus marcas. Una tira de armadura sobre la cabeza recorriéndoles el cráneo alargado. El cuerpo enfundado en tela de abrigo, pero no larga como los caballos de los jubas. Las colas sin cortar. Una silla de montar sobre varias capas de tela de abrigo, y en las esquinas de la tela unas marcas norteñas que yo no había visto en años. Quizá la mitad de los caballos eran

negros; los demás, castaños y blancos. Debería haber examinado a los jinetes. Llevaban prendas lo bastante gruesas como para detener una lanza y blandían lanzas de dos puntas. Y eran todos hombres salvo una.

—Anúnciate —me dijo la mujer al verme.

No dije nada.

Siete de los jinetes me rodearon y bajaron las lanzas. Normalmente me traían sin cuidado las espadas o las lanzas, pero esta vez había algo distinto. El aire que los rodeaba a ellos y a mí.

—Anúnciate —repitió la mujer.

No hice nada.

Bajo la luz de la luna, los jinetes eran todo plumas y brillos. Sus armaduras se veían de plata en la penumbra y las plumas de sus tocados se esponjaban como una reunión de pájaros. Sus brazos oscuros me apuntaron con las lanzas. En la noche oscura no podían ver quién era yo. Pero yo sí veía quiénes eran ellos.

—Rastreador —dije.

—No habla nuestro idioma —dijo otro guerrero.

—El idioma de Fasisi no tiene nada de especial —dije.

—Entonces ¿cómo te llamas?

—Rastreador —le dije.

—No quiero volver a preguntártelo.

—Pues no lo preguntes. Ya te he dicho que me llamo Rastreador. ¿Tú te llamas Sorda?

La mujer dio un paso al frente y me pinchó suavemente con su lanza. Retrocedí tambaleándome. No podía verle la cara, sólo el yelmo de guerra reluciente. Se rio. Me volvió a pinchar. Eché mano de mi hacha. El pánico parecía estar a un día de distancia y luego estaba justo detrás de mí y después dentro de mi cabeza, y cerré los ojos con fuerza.

—Quizá te llames Inmortal, porque no parece que tengas miedo de que te matemos.

—Haz lo que debas. Si me llevo conmigo a uno solo de vosotros, ya habrá sido una buena muerte.

—Aquí no hay nadie que odie morir, cazador.

—¿Y alguno de vosotros odia hablar?

—Para ser un hombre con pinta de venir de las tribus del río, tienes una buena boca.

—Lástima que no conozca ningún verso de los rebeldes de Fasisi.

—¿Los rebeldes?

—Ningún ejército de Fasisi ha llegado a la frontera sur de Wakadishu, o ahora seríais cadáveres sobre un campo de batalla. Y en las filas de Fasisi no hay mujeres. Y ningún guardia de Fasisi podría haber llegado tan al sur, con la guerra aquí. Sois nacidos en Fasisi pero no leales a Kwash Dara. Sois guardias de la hermana del rey.

—Sabes mucho de nosotros.

—Sé que eso es lo único que hay que saber.

Las lanzas se me acercaron.

—No soy yo quien está siendo maleducado delante de setenta y una lanzas —dijo la mujer.

Me señaló.

—Los hombres y su maldita arrogancia. Maldecís, soltáis palabrotas, aulláis y pegáis a las mujeres. Pero en realidad no servís para nada, sólo para ocupar espacio. Todos los hombres sois iguales, no lo podéis evitar. Por eso tenéis que abrir las piernas al sentaros —dijo.

Los hombres se rieron, todos los que habían oído aquel chiste o lo que fuera.

—Qué magnífica debe de ser vuestra hermandad de hombres si lo único que tienen en mente es a hombres abriéndose de piernas.

Ella frunció el ceño, hasta a oscuras lo pude ver. Los hombres gruñeron.

—Nuestra reina...

—No es una reina. Es la hermana del rey.

La capitana de los guerreros se volvió a reír. Comentó que yo debía de estar buscando la muerte o bien que era inmortal.

—¿Eso también te lo ha enseñado él, el que camina contigo? Harías bien en hacerlo cabalgar a tu lado, porque a los de su clase les gusta matar por la espalda.

Él cabalgó hasta el frente y se detuvo junto a la capitana de los guerreros. Vestido como ellos, con el yelmo de plumas domesticándole el pelo rebelde, no sólo se lo veía raro a lomos del caballo, sino que era consciente de ello. Como un perro montado a lomos de una vaca.

—¿Cómo te va, Rastreador?

—Parece que aquí seguimos, Leopardo.

—Dicen que tienes buen olfato.

—Debajo de esa armadura apesta más que ellos.

Cogió la brida con más fuerza de la necesaria y el caballo sacudió la cabeza. Los bigotes, que casi nunca se le veían cuando era hombre, ahora le brillaban en plena noche. Se quitó el casco. Nadie movió las lanzas. Había cosas que yo quería preguntarle. Por ejemplo, cómo un hombre al que nunca le habían interesado los contratos a largo plazo había encontrado un contrato a largo plazo. Cómo habían conseguido que se pusiera aquella armadura, y una túnica que debía de arrastrarle y desgarrársele y picarle e irritarle la piel. Y si una parte del acuerdo era que nunca más cambiara a su naturaleza verdadera. Pero no le pregunté nada de todo eso.

—Qué distinto se te ve —me dijo.

No contesté.

—El pelo más alborotado que el mío, como un vidente al que no escucha nadie. Más flaco que el bastón de una bruja. ¿Y dónde están las marcas ku?

—Me las ha borrado al agua del río. Me han pasado muchas cosas, Leopardo.

—Lo sé, Rastreador.

—A ti se te ve igual, quizá porque nunca te pasa nada. Ni siquiera las

cosas que causas tú.

—¿Adónde te diriges, Rastreador?

—Estamos yendo al sitio del que tú vienes. Y tú estás yendo al sitio del que venimos nosotros.

El Leopardo se me quedó mirando. Debía de saber a quién estaba buscando yo. O bien era un necio. O me tomaba por necio a mí.

—Diles que estás yendo a casa, Rastreador, por tu bien.

—¿Tengo casa? Dime dónde, Leopardo. Señálame adónde ir.

El Leopardo se me quedó mirando. La capitana de los guerreros carraspeó.

—Que conste en acta que he intentado ayudarte —dijo.

—¿«Que conste en acta»? ¿Dónde has aprendido a hablar así? Tu ayuda es peor que una maldición —le dije.

—Basta —dijo la capitana—. Os peleáis como si hubierais follado. Eres tú quien te has topado con nosotros, viajero. Seguid vuestro camino, tú y esos... ¿quiénes son esos dos?

Detrás de mí, Nyka y el Aesi debían de estar por lo menos a un centenar de pasos. El Aesi se estaba tapando el pelo con una capucha. Nyka iba bien envuelto en sus alas.

La capitana continuó:

—Podéis iros, tu rey y tú. Ya nos habéis retrasado bastante.

Y cogió las riendas de su caballo.

—No —le dijo el Leopardo—. Lo conozco. No puedes dejar que se marche.

—No es a él a quien buscamos.

—Pero si el Rastreador está aquí, es porque ya lo ha encontrado.

—Este hombre... no es más que un hombre al que conoces. Parece que conoces a demasiados —dijo ella.

Confié en que la mujer estuviera sonriendo en la oscuridad. De verdad confié en ello.

—Necia, ¿cómo es que no sabes quién es este hombre? Es el que insultó a



tu reina. El que fue a matar a su hijo pero el niño ya se había marchado. El que...

—Sé quién es. —Y dirigiéndose a mí, añadió—: Tú, Rastreador, te vienes con nosotros.

—No pienso ir a ninguna parte con ninguno de vosotros.

—Eres el segundo hombre que cree que le estoy dando a elegir. Prendedlo.

Tres guerreros descabalgaron y echaron a andar hacia mí. Sostuve ambas hachas con las manos y las agarré con fuerza. Acababa de degollar a un niño y de partirle la cabeza por la mitad a una mujer, de manera que no tenía problema en matar a cualquiera de los presentes. Pero cuando lo pensé, miré al Leopardo. Los tres hombres se me acercaron y se detuvieron. Bajaron las lanzas para aproximarse. Ya antes no había oído el miedo que solían tenerme los metales. En el pasado podía mantenerme erguido como esa persona a quien en las tormentas nunca lo alcanza el granizo. Ahora miré hacia izquierda y derecha, calculando a quién debía esquivar primero. Luego, levanté la vista y vi que el Leopardo me observaba.

—¿Rastreador? —me dijo.

—¿Acaso todos mis hombres se volvieron sordos anoche? ¡Prendedlo!

Los guerreros no se movieron. Temblaron y forcejearon, intentando obligar a sus bocas a hablar y a sus caderas a girarse, intentando decir que querían seguir sus propias voluntades pero no podían.

Nyka y el Aesi se me acercaron por detrás.

—¿Y quiénes son estos dos?

—Estoy seguro de que tienen bocas. Pregúntales a ellos —dije.

Todos los hombres que estaban blandiendo lanzas las apartaron. La capitana miró a su alrededor, estupefacta, y asustó a su caballo. Le frotó la mejilla con fuerza, para tranquilizarlo.

—¿Quién está...? —dijo el Leopardo, pero sus palabras se esfumaron.

El Aesi se colocó a mi lado. Se retiró la capucha con ambas manos.

—¡Matadlo! ¡Matadlo! —gritó el Leopardo.

—¿Quién es? —gritó la capitana de los guerreros.

Al Aesi se le pusieron los ojos en blanco. Hasta el último caballo se encabritó y levantó los cascos al aire, descabalgando a sus jinetes y dando coces a todo el mundo que se pusiera a tiro. Un guerrero recibió una coz en la cabeza. Quienes se aferraban a sus caballos se pusieron a chillar de pánico cuando los animales empezaron a abalanzarse los unos sobre los otros y a atacar a quienes iban a pie. Tres caballos salieron corriendo y pisotearon a dos hombres que estaban en el suelo.

—¡Esto es voluntad de ése! ¡Es voluntad de ése! —le gritó el Leopardo a la capitana.

La capitana agarró al Leopardo del brazo y los dos se cayeron de los caballos. La mayoría de los caballos se escaparon. Algunos de los hombres corrieron detrás de ellos sólo para detenerse de golpe, dar media vuelta, desenvainar las espadas y atacarse entre ellos. Pronto todo el mundo estaba luchando con alguien. Uno mató a otro hundiéndole una espada en el pecho. Un guerrero se desplomó con una espada en la espalda. El Leopardo dio un puñetazo a la capitana y la noqueó. Luego se levantó y gruñó al Aesi. El Aesi se lo quedó mirando mientras se acercaba, y se tocó la sien. Intentó poseer con la mente al gato, pero el Leopardo se convirtió en bestia y cargó contra él. Saltó sobre el Aesi pero los caballos se le lanzaron encima, bloqueándole el paso y derribándolo. Nyka extendió las alas, caminó entre los combatientes y se detuvo ante uno que estaba en el suelo sangrando de una herida mortal. Sé que le dijo que lo sentía. Y que iba a ser rápido. Luego le hundió la mano en el pecho y le arrancó el corazón. Lo mismo les hizo a otros dos soldados heridos antes de que todos los hombres, los vivos y los casi muertos, cayeran dormidos. Todos menos la capitana, que había recibido una puñalada en el hombro. El Aesi se inclinó a su lado. Ella hizo una mueca de dolor e intentó golpearlo, pero la mano se le detuvo en medio del aire.

—Cuando tus hermanos se despierten por la mañana, verán lo que ha pasado aquí. Verán que un hermano ha blandido la espada contra otro

hermano en plena locura y que muchos han caído muertos —dijo el Aesi.

—Eres el mal viviente. He oído hablar de ti. Atacas a mujeres y a hombres. La mitad maligna del Rey Araña.

—¿No lo sabes, valerosa guerrera? Las dos mitades son malignas. Ahora duerme.

—Te mataré...

—Duerme.

Y la capitana volvió a caer al suelo.

—Y ten un dulce viaje a la selva de los sueños. Será el último sueño agradable que tengas nunca.

El Aesi se puso de pie. Mira, llamo a tres caballos, me dijo.

En la Ciénaga de Sangre había una puerta, pero nos habría llevado a Luala Luala, que estaba demasiado al norte. Al principio yo había creído que el Aesi no sabía nada de las diez y nueve puertas, pero simplemente había decidido no usarlas. Esto es lo que yo sospechaba: que atravesar una puerta lo debilitaba, igual que había debilitado a la Bruja de la Luna. En el umbral de cada puerta lo esperaba un número enorme de espíritus malignos y demonios para echársele encima en el único momento en que era como ellos, todo espíritu y sin cuerpo, y agarrarlo, o llevárselo, o luchar contra él, o incluso matarlo. Esto es lo que yo creía: que había cosas que no podíamos ver, muchas manos quizá, intentando agarrar cualquier parte de él, y que allí por donde les había corrido la sangre ahora les corría la sed de venganza.

—¿Rastreador? ¿Estás perdido? Te he llamado tres veces —dijo Nyka.

Ya se había montado en su caballo. Parecía que el caballo estaba nervioso, trastornado por aquella cosa antinatural que se le había subido al lomo. Se encabritó, intentando descabalarlo, pero Nyka lo agarró del cuello. El Aesi se giró hacia el caballo y lo tranquilizó.

Cabalgamos a oscuras, durante lo que acabaría siendo una noche entera de viaje al norte y luego al este, por praderas, hasta llegar a la jungla. Era una jungla sin nombre, y yo tampoco la recordaba del mapa. El Aesi cabalgaba al

frente, al galope rápido y varios pasos por delante de nosotros, y no sé por qué lo pensé, pero me pareció que intentaba alejarse. O llegar a ellos primero. Cuando había venido a mí en el Mweru, yo le había dicho que podía quedarse con el niño y hacer lo que le placiera, coger un cuchillo de circuncidar y cortarle el cuerpo entero en dos, por lo que a mí respectaba; sólo le pedí que me ayudara a matar al demonio con alas. Pero yo iba a matar a aquel niño. O bien iba a matar al mundo. La gente con la que me cruzaba no paraba de decirme que estábamos en guerra. ¿Estamos en guerra? Pues que haya muerte. Vámonos todos al inframundo y que los dioses de la muerte hablen de la justicia verdadera. La hierba dorada se volvió de plata en la noche.

Al golpear el suelo, los cascos de los caballos retumbaban como truenos. Delante de nosotros había una oscuridad más profunda, una oscuridad densa en forma de montañas. Podíamos verla al otro lado de los llanos, pero aun así amanecería antes de que la alcanzáramos. Cabalgando por la negrura, y albergando malos pensamientos, y oliéndolo sin pensar en él, no vi al Leopardo hasta que me ganó distancia, forzando a su montura y tratando de darme alcance. Me incliné más sobre mi caballo y lo espoleé para que fuera a pleno galope. Ahora que mi nariz recordaba su olor, noté que el Leopardo se me acercaba más y más. Gruñó a su caballo, asustándolo, hasta que estuvimos cabalgando cola con cabeza, cabeza con tronco y cara con cara. Saltó desde su caballo sobre mí y me derribó. Giré en plena caída para aterrizar sobre él. Aun así, caímos con fuerza sobre la hierba y rodamos y rodamos y rodamos varios pasos, con él aferrado a mi cuerpo. Por fin nos detuvo un hormiguero abandonado y el Leopardo salió volando de encima de mí. Aterrizó boca arriba y se levantó de un salto para encontrarse con mi cuchillo presionándole la garganta. Se echó atrás de golpe y le presioné todavía más el cuello. Levantó la mano y presioné hasta hacerle sangre. La cara le brillaba bajo la oscuridad de la luna y tenía los ojos muy abiertos; de estupefacción, sí, y quizá de arrepentimiento, parpadeando muy poco, como si me estuviera suplicando que hiciera algo. O bien de ninguna de aquellas

cosas, lo cual me enfureció. No lo había visto en lunas, y en todo ese tiempo mi mente ardía con lo que iba a hacerle si nuestros caminos volvían a cruzarse. Si estaba encima de él, si lo inmovilizaba, si tenía un hacha o un cuchillo... Como el que ahora presionaba su garganta. Ningún dios podía contar las veces en que yo había fantaseado con aquello. Podría haber tallado mi odio en él, tan hondo y tan amplio como alcanzara mi cuchillo.

Di algo, Leopardo, pensé. Di: Rastreador, ¿es así como vamos a encontrar la diversión ahora, tú y yo? Para que yo pueda rajarte y hacerte callar. Pero se limitó a mirarme fijamente.

—Hazlo —dijo Nyka el Ipundulu—. Hazlo, lobo oscuro. Hazlo. Nunca vas a encontrar la paz que buscas. Ni tampoco te encontrará ella a ti, o sea que hazlo. Olvídate de la paz. Busca la venganza. Ábrele un agujero de cien años de ancho. Hazlo, Rastreador, hazlo. ¿Acaso no es él la razón de tu sufrimiento?

El Leopardo me miró con los ojos húmedos. Intentó decir algo pero le salieron simples ruidos, algo parecido a un gemido, aunque era demasiado valiente para gemir. Yo me moría de ganas de abrir un agujero a cuchilladas en algo. De pronto un estruendo retumbó por debajo de él. La tierra se deshizo en forma de polvo y se lo tragó. Me aparté de un salto y grité su nombre. El Leopardo sacó la mano a través de la tierra y pataleó y pataleó, pero la tierra se lo tragó. Levanté la vista mientras el Aesi se tapaba la cabeza con la capucha.

## VEINTICINCO

—¡Lo has matado!

Desclavé el hacha.

—Hijo de la gran puta, lo has matado —dije.

—Rastreador, qué cansino eres. Te has pasado lunas enteras pensando en matar a esa bestia. Lo has degollado en la selva de los sueños. Lo has atado a un árbol y lo has quemado. Le has encajado toda clase de cosas en todas las partes del cuerpo. Le has puesto un cuchillo al cuello. Lo has nombrado como la causa de toda tu aflicción. Y, sin embargo, cuando por fin consigues lo que deseas, te pones a chillar.

—Nunca he deseado eso.

—No te ha hecho falta.

—Vuelve a meterte en mi cabeza y...

—¿Y qué?

—Libéralo.

—No.

—Sabes que te voy a matar.

—Sabes que no puedes.

—Sabes que lo voy a intentar.

Nos quedamos allí plantados. Volví corriendo adonde estaba el Leopardo. Bajo mis pies, el montículo de una tumba reciente. Ya estaba a punto de desenterrarlo con las manos cuando por mi espalda vinieron un silbido y un viento frío que parecía humo. El viento se clavó en el montículo y abrió un agujero tan ancho como mi puño.

—Ahora respira —dijo el Aesi—. No se va a morir.

—Sácalo de ahí.

—Más te vale pensar en lo que quieres en estos últimos días, Rastreador. ¿Amor o venganza? Porque las dos cosas a la vez no pueden ser. Déjalo que se desentierre él solo. Tardará días, pero las fuerzas le alcanzarán. Y también la rabia. Vamos, Rastreador, Sasabonsam duerme de día.

Nyka y él se subieron a sus caballos. No había ningún movimiento en el montículo. Me alejé pero sin dejar de mirarlo. Me pareció oír algo, pero eran criaturas del amanecer. Nos alejamos al galope.

Los dioses de la mañana trajeron el alba. El bosque estaba a la vista pero todavía lejos. Los caballos se estaban cansando, yo lo notaba. No le grité al Aesi que parara, pero él aminoró la marcha hasta trotar. Sasabonsam se debía de haber ido a dormir. Troté al lado del Aesi.

—Los caballos tienen que descansar —le dije.

—No los necesitaremos cuando lleguemos al bosque.

—No era una pregunta.

Detuve mi caballo y me bajé de él. Nyka y el Aesi se miraron. Nyka asintió con la cabeza.

Dormí, no sé cuánto tiempo, pero me despertó un sol templado. No era mediodía, sino más tarde. Ninguno de nosotros dijo nada mientras montábamos nuestros caballos y nos alejábamos al galope. Si los caballos no aflojaban, llegaríamos al bosque antes del anochecer. La tarde todavía era calurosa y el aire húmedo cuando nos encontramos otro campo de batalla, en el que se había combatido hacía mucho tiempo, lleno de cráneos y huesos y piezas no saqueadas de armaduras desperdigadas. Los cráneos y huesos llevaban a una loma tan alta como una casa de dos plantas, situada a unos doscientos pasos a nuestra derecha. Una loma de astas de lanzas, otras armas rotas y escudos mellados y agrietados, y de huesos a los que les habían roído la carne y los tendones. El Aesi se detuvo y tiró de las riendas de su caballo.

Contempló la loma. No le pregunté nada y Nyka tampoco. Por detrás de la loma de lanzas apareció un tocado primero y una cabeza después. Alguien

estaba subiendo a la cima. Llevaba una máscara de arcilla blanca en la cara que sólo le dejaba al descubierto los ojos, la nariz y los labios, y su tocado tenía frutos secos o semillas, además de huesos, colmillos y plumas largas colgando y rozándole los hombros. Arcilla blanca en los pechos desnudos y en el vientre, con vetas que recordaban a las de la cebra, y una falda de cuero hecha jirones.

—Os veré en la entrada del bosque —dijo el Aesi, y cabalgó hacia ella.

Nyka masculló la maldición que a mí no me salía. La mujer dio media vuelta y se volvió por donde había venido. Me alejé cabalgando y al cabo de un momento oí a Nyka cabalgar detrás de mí.

Ya llevábamos un rato en el bosque cuando nos dimos cuenta. Había demasiada hierba y troncos caídos, de manera que seguimos a pie.

—¿Deberíamos esperar al Aesi? —dijo Nyka, pero no le hice caso y seguí caminando.

Había algo en aquel bosque que me recordaba a las Tierras Oscuras. No eran los árboles que se elevaban hacia el cielo, ni tampoco las plantas, matas y helechos que sobresalían de los troncos como flores. Ni la niebla tan espesa que producía la sensación de que era llovizna. Fue el silencio lo que me llevó de vuelta a aquel otro bosque. Era la calma lo que me inquietaba. Había enredaderas que colgaban delante de nosotros como cuerdas. Otras que se curvaban hacia arriba y se enlazaban en las ramas como serpientes. Había enredaderas que eran serpientes. La oscuridad todavía no había llegado, pero entre las hojas no pasaba la luz del sol. Pero aquello no eran las Tierras Oscuras, porque las Tierras Oscuras estaban llenas de bestias fantasma. Criaturas runruneando, graznando, chillando y vociferando. Aquí nada gruñía y nada rugía.

—Esta mierda —dijo Nyka.

Me giré y lo vi quitándose gusanos del pie.

—Los gusanos reconocen la podredumbre cuando los pisan —dijo.

Me subí a un árbol caído, con el tronco tan ancho como alto era yo, y



seguí andando. El árbol ya estaba muy por detrás de mí cuando me di cuenta de que Nyka no me seguía.

—Nyka.

Tampoco estaba en el otro extremo del árbol.

—¡Nyka!

Su olor estaba en todas partes, pero no se me presentó ningún rastro. Se convirtió en aire; en todas partes y en ninguna. Me giré sólo para ver dos patas grises muy abiertas, y antes de poder ver lo que había entre ellas, algo blanco y líquido me golpeó la cara.

Me lo arrancó de la cabeza, de la cara, de los ojos, algo que también se me había metido en la boca y que tenía un tacto sedoso y no sabía a nada. Al quitarme la seda de los ojos, pude ver cómo me envolvía, tensa y reluciente, aunque podía verme la piel a través de ella. Una mariposa envuelta en un capullo. No podía mover ni las manos ni los pies, por mucho que intentara patear, dar pisotones, arrancármela o moverme. Estaba pegado al tronco de una rama enclenque que se doblaba al doblarme yo. Aquello me recordó a Asanbosam, el hermano sin alas de Sasabonsam, que siempre estaba dando brincos por las ramas de su árbol lleno de gente podrida. Aquí, sin embargo, no había nada podrido. Pensé que esto era bueno hasta que oí a la criatura que había más arriba y comprobé que prefería la carne fresca. Le estaba arrancando la cabeza de un mordisco a un monito, cuya cola quedó colgando laxa. El monstruo vio que yo lo estaba mirando cuando del monito ya sólo quedaba la cola, que sorbió haciendo un ruido húmedo y viscoso.

—Chillar, chillar, chillar, no hacen otra cosa. Y eso que ni siquiera tenía hambre. ¿Has visto este monito? En cuanto venga la mamá kipunji buscando al bebé kipunji, me la comeré también a ella. Todo lo enguarran, todo lo enguarran estos kipunjis, todo lo enguarran, van por ahí saltando en busca de comida y me dejan la casa hecha una guarrada, ya lo creo, una guarrada, y se

cagan por todas las hojas, sí, se cagan, se cagan, y mi mami-mami me va a decir, me va a decir, bueno, no me lo va a decir porque mi mami-mami está muerta; oh, pero me diría: Ten la casa limpia o terminarás con una mala mujer, eso me diría kippi-lo-lo, eso me diría.

Bajó por el tronco del árbol, encogido como una araña, tanto que la panza le frotaba la corteza. Primero pensé que no podía existir un ghommid tan grande. Tenía hombros de hombre flaco y musculoso, pero la parte superior del brazo era igual de larga que una rama de árbol y el antebrazo más largo todavía, de modo que su brazo entero era más largo que todo yo. Y las piernas igual de largas que los brazos. Así es como vino a mí, extendiendo la mano derecha muy recta y clavando las zarpas en la corteza, levantando la pierna derecha y doblándola por encima de su espalda, su hombro y su cabeza, y agarrando el tronco. Luego lo mismo con la mano izquierda y el pie izquierdo, y la panza frotando el tronco. Bajó reptando así hasta quedarse justo encima de mi cabeza, reptó hacia atrás, se incorporó hasta la cintura y giró el cuerpo en redondo, casi un giro completo, para agarrar la última rama que sobresalía, primero con la mano izquierda y después con la derecha, luego el pie izquierdo y el derecho, todavía doblado por la cintura de manera que ahora debajo de la cintura no tenía la entrepierna sino las nalgas. Levantó un brazo hasta que pareció que se le iba a romper y se rascó la espalda. Se puso en cuclillas en la rama que quedaba delante de mí y las rodillas le pasaron a los lados de la cabeza y los brazos casi le tocaron el suelo. Y entre sus piernas, un caño peludo como el de un perro, del que había salido el chorro que me había echado a la cara. Ahora el chorro alcanzó el tronco de delante y se convirtió en seda. El monstruo fue reptando hasta aquel tronco y disparó otro chorro de seda de regreso a la rama. Luego, gateando sobre ambos filamentos, tejió un dibujo con las manos y los dedos de los pies hasta armar algo lo bastante fuerte como para sentarse encima, y se sentó. Tenía la piel gris y cubierta de cicatrices y marcas como la gente de las tribus del río, y tan pálida que se le veían los ríos de la sangre circulándole por los brazos y

las piernas. Era calvo con un mechón de pelo en la coronilla, ojos blancos sin parte negra y unos dientes amarillos y afilados que le sobresalían de la boca.

—Elige una historia y dámela, ¿sí? Elige una historia y dámela.

—No conozco a ningún monstruo como tú.

Eructó y soltó una risa parecida a un bufido. Me miró y se le borró la risa de la cara.

—Elige una historia y...

Balanceó las dos piernas por encima de los hombros y su caño disparó seda líquida hasta las copas de los árboles. Luego agarró la telaraña con los brazos y tiró hacia abajo para hacer caer a la madre mono. La mona chilló y chilló y él la sostuvo justo por encima de su cara. Cara a cara, la madre mono se puso a gimotear de miedo. Era más pequeña que mi brazo. Él abrió la boca de oreja a oreja y le arrancó la cabeza de un mordisco. Luego se zampó el resto y sorbió la cola. Me volvió a mirar mientras se relamía.

—Elige una historia y dámela, ¿sí? Elige una historia y dámela.

—Yo tenía entendido que eran los que son como tú quienes daban historias. Y engaños. Y trucos.

—Los que son como yo. ¿Como yo? No hay nadie como yo. No, no, no, no. Quiero historia. Las mías se me han acabado. Elige una historia y dámela para comer, ¿sí? O si no, me comeré otra cosa.

—Aquí el que cuenta historias y engaños eres tú. ¿No eres uno de los Nan-si? ¿Y no es éste uno de tus trucos?

El monstruo me saltó encima, clavó las zarpas de los pies en el árbol, se agarró a las ramas con los brazos y me puso la entrepierna delante de la cara. Agachó la cabeza tanto que pensé que se la iba a chupar a sí mismo, pero se limitó a mirarme fijamente.

—Esto es lo que buscas, me doy cuenta. Matar o morir, es la misma muerte en cualquier caso. Te parece bien cualquiera de las dos, quieres las dos. Te las puedo dar. Pero ¿quién es Nan-si?

—¿Qué eres?

—Dime que ves mi tono pálido, cazador. Soy como ese que vino contigo.

—¿Lo has matado?

—Te ha abandonado.

—No es la primera vez.

—No sabe que ya no estás. Este bosque tiene muchos encantamientos.

—Como todos los bosques.

—Has de saber que yo no soy del bosque, y tampoco soy uno de los Nansi. No lo soy, no, no lo soy. Yo era un hombre con un conocimiento vastísimo de ciencia y matemáticas.

—De ciencia blanca y matemáticas negras. Eras un practicante de la ciencia blanca. Y ahora ya no eres nada.

Asintió, demasiado enfáticamente y demasiado despacio.

—¿Qué forzaste?

—Lo que ya estaba en la mente. Más allá del chamán y más allá del profeta. Más allá del vidente. ¡Más allá incluso de los dioses! La verdadera sabiduría nunca está fuera, está dentro, siempre lo ha estado. Siempre dentro.

—Y ahora eres una bestia, que se come a los monos y a sus madres y hace telarañas con su lefa.

—Antes tenías miedo. Pero ahora el miedo se ha ido, se ha ido, se ha ido. Me muero de hambre de historias. Ninguna de estas bestias habla. Ninguna tiene magia.

—Busco a una bestia que vuela y a su niño.

—¿A una bestia que vuela? ¿Y la vas a matar? ¿La matarás despacio? ¿Qué vas a hacer con ellos?

—¿Ha pasado por aquí?

—Por aquí no ha pasado ninguna bestia.

—Esto es un bosque y Sasabonsam descansa en los bosques.

—Éste es un bosque de vida, y él se cuenta entre las cosas muertas del mundo.

—O sea que lo conoces.

—Nunca he dicho que no lo conociera.

Agarró algo que había encima de mi cabeza y se lo metió en la boca.

—Los encontraré. En el campo o en la ciénaga. O en el mar de arena. O aquí.

Intenté liberar las manos pero la seda me apretó más. Le grité al practicante de la ciencia blanca. Me eché hacia delante, intentando arrancar el capullo del árbol, pero no se movió. Mis forcejeos le hicieron sonreír. Compuso una mueca de burla cuando di una sacudida. Le volví a soltar una palabrota.

—Déjame matarlo, a él y al niño, y volveré aquí para que me mates. Te dejaré que me abras la cabeza y me sorbas los sesos. Que me abras en canal y me enseñes lo que te vas a comer primero. Que hagas lo que se te antoje. Te lo juro.

Volvió a la rama.

—Kamikwayo. Es como me llaman algunos.

—¿Dónde practicaste la ciencia blanca?

—¿Practiqué? Practicar es para los estudiantes.

—Los que hacen ciencia blanca en Dolingo se meten en las cabezas de los hombres para hacerles desear cosas antinaturales.

—Los dolingon son simples carniceros. Una carnicería es lo que tienen allí. ¡Una carnicería! Yo no era ni científico ni brujo. Era un artista. El mejor estudiante que pasó por la Universidad de Wakadishu; ni siquiera los más sabios de entre los videntes, profesores y maestros podían enseñarme nada, porque yo era más sabio que todos ellos. Me decían: Tú, Kamikwayo, tienes que dedicar el resto de tus días a la vida de la mente. Eso me decían, yo estaba delante cuando lo decían. Ve al palacio de la sabiduría de Wakadishu. Estudié a la araña para obtener el secreto de su deliciosa tela. Tú tienes una mente pequeña, gangatom quizá, de forma que no puedes pensar como un científico, pero piensa en la telaraña y en lo mucho que se estira antes de romperse. Piénsalo, piénsalo, piénsalo ya. A todos se lo dije: Imagínate una

cuerda que se pudiera pegar al hombre igual que la telaraña se pega a la mosca. Imagínate una armadura blanda como el algodón pero que pudiera parar la lanza e incluso la flecha. Imagínate un puente que pudiera salvar ríos, lagos y ciénagas. Todas estas cosas tendríamos, y muchas más, si pudiéramos tejer una tela como la de la araña. Oye esto, hombre del río. Este científico no pudo fabricar la tela. Mezclé muchísimas arañas, les apreté la panza, probé su secreción con la boca para distinguir los ingredientes. Pero la solución se me seguía escabullendo como algo viscoso. ¡Escabullendo! Pero trabajé día y noche, y de la noche al día siguiente, hasta fabricar una poción, un brebaje pegajoso como la savia del árbol y metí un palo y lo estiré formando una especie de largo reguero de babas y dejé que se secase y se enfriara y se quedara sólido. Y llamé a mis hermanos y les dije: ¡Mirad! He fabricado la tela de araña. Y se quedaron asombrados. Y me dijeron que no habían visto nada parecido en toda la ciencia ni en todas las matemáticas, hermano. Y luego la tela se resquebrajó y se rompió y ellos se rieron, cómo se rieron, y uno dijo que la tela estaba rota en el suelo igual que yo tenía rota la mente, y se rieron todavía más, y me humillaron y se volvieron a sus aposentos a dormir y a hablar de pociones para conseguir que una mujer se olvidara de que la habías violado.

»Es verdad lo que te cuento. Estaba más que triste, lo mío era más que dolor. Aquella ciencia me estaba envenenando, de manera que agarré mis frascos y me bebí el veneno. Me dormiría y no me despertaría más. Y así lo hice. Pero me desperté con una fiebre dentro que no se enfriaba. Me desperté y vi que estaba durmiendo en el techo, no en la cama del suelo. Quise frotarme los ojos y vi que se me acercaban a la cara unas manos largas y grises de monstruo. Quise llorar, pero en vez de llanto me salió un graznido y me caí al suelo. Los brazos tan largos, las piernas tan largas, y la cara, oh, la cara, porque te cuento otra verdad: yo era el más guapo de los científicos, ya lo creo, los hombres me venían y me hacían proposiciones más toscas que a sus propias concubinas, me decían: Guapo, ofrécenos tu agujero, tu mente no

la queremos. Chillé y grité y aullé hasta no sentir nada. Y la nada, la nada era lo mejor. Me gustaba la nada. Al llegar a mediodía ya amaba mi nada. Repté por el techo. Comí sentado en la pared y no me caí. Pensé que iba a mear, o a correrme, pero lo que me salió fue una cosa dulce y pegajosa, ¡y podía colgar de las paredes!

»Mis hermanos no lo entendieron. A todos mis hermanos les faltaban agallas, no conseguían nada porque no arriesgaban nada. Uno me gritó: ¡Demonio! Y me lanzaron frascos, y ni siquiera yo sabía que era capaz de agacharme hasta el punto de quedar completamente pegado al suelo a excepción de los codos y las rodillas. Le rocié la cara con mi seda hasta que no pudo respirar. Ahora escucha esto, porque no lo voy a repetir. Al primero lo maté antes de que diera la voz de alarma. El resto estaban en otra habitación haciendo ciencia o tirándose a chicas de la aldea, de modo que fui a la cámara interior con el preciado aceite en una mano y una antorcha en la otra. Y caminé por el techo y eché la puerta abajo y uno de los que estaban dentro me dijo: Kamikwayo, ¿qué locura es ésta? Baja del techo. Y traté de pensar en algún último comentario ingenioso, algo que rematar con una risa malvada. Pero me había quedado sin palabras, de manera que hice añicos el frasco de aceite, tiré la antorcha y cerré la puerta. Ya lo creo. Cómo aullaron, oh, cómo aullaron. El ruido me resultó agradable. Corrí al monte, al bosque enorme en el que sería libre para cavilar sobre las cosas grandes y las cosas pequeñas, pero ¿quién me iba a contar grandes historias?

Me señaló y sonrió.

—Amigo cazador, ya me has sacado una historia. Ahora quiero que me cuentes una tú. La compañía de la gente me cansa y sin embargo me siento muy solo. Incluso eso te demuestra lo solo que estoy, porque ninguna persona que se siente sola lo dice. Sé que es cierto. Elige una historia y cuéntamela, ¿sí? Elige una historia y cuéntamela.

Miré cómo se frotaba las piernas entre sí, miré sus ojos anchos y sus mejillas huecas y abultadas por una sonrisa. Habría podido pasar por albino o

por mingi adulto si su piel blanca no hubiera adoptado el tono gris de los practicantes de la ciencia blanca.

—Si te cuento una historia, ¿me darás la libertad?

—Sólo si me provoca un gran regocijo. O una gran tristeza.

—Oh, voy a tener que conmoverte. Si no, me arrancarás la cabeza de una dentellada y me devorarás de cinco mordiscos —dije.

Me miró estupefacto. Creo que comentó que no sabía que el mono era pariente mío, pero del agujero de las telarañas le caía un chorro de seda.

—No, soy un hombre y un hermano. ¡Soy un hombre!

Se me acercó de un brinco y me agarró del cuello. Gruñó y rezongó, me arrancó la seda que me envolvía, me rasgó la ropa y me arañó el cuello con una de las zarpas.

—¿No soy un hombre?, te pregunto. ¿No soy un hombre?

Se le pusieron los ojos rojos y el aliento le hedió.

—¿Qué clase de hombre se come a otros hombres? ¿Acaso no soy un hombre? ¿No soy un hermano? ¿No soy un hombre?

Su voz se elevó cada vez más y más, como un chillido.

—Eres un hermano. Eres mi hermano.

—¿Cómo me llamo, entonces?

—Kami... Kami... Kami... Kola.

En un sentido era más hombre que bestia: no le pude leer la cara. Los monstruos nunca pueden esconder una cara detrás de otra, pero los hombres sí.

—Elige una historia y cuéntamela.

—¿Quieres una historia? Te daré una historia. Había una reina que tenía a hombres y mujeres haciéndole reverencias como si fuera una reina. Pero no era reina, sólo era la hermana de Kwash Dara, el rey del Norte. El rey la desterró a Mantha, la fortaleza escondida en la montaña que hay al oeste de Fasisi, contraviniendo el deseo de su padre de que se quedara en la corte. Pero a su vez aquel padre había roto con su padre, porque cada generación



mandaba a su hija mayor a Mantha para impedir que reivindicara la línea sucesoria legítima al trono. Pero ésa no es la historia.

Aquella hermana del rey que se creía reina —Lissisoló, se llamaba— se conjuró contra el rey junto con varios hombres, y Kwash Dara la castigó. Mató a su consorte y a sus hijos. A ella no podía matarla, porque matar a tu familia de sangre estaba bajo una maldición enorme, aunque fuera mala sangre. De modo que la desterró a la fortaleza escondida, donde estaba destinada a ser monja para el resto de sus días, pero aquella hermana del rey conspiró. Aquella hermana del rey intrigó. Y aquella hermana del rey intrigó más todavía. Encontró a uno de los centenares de príncipes sin reino que había en Kalindar y se casó con él en secreto para que cuando diera a luz a un niño no fuera un bastardo. Luego escondió al niño para salvarlo de la cólera del rey, porque ciertamente el rey montó en cólera cuando su espía le habló de la boda y del nacimiento. Y se dispuso a matar al niño. Pero ésa no es la historia.

La hermana del rey perdió al niño, o bien se lo llevaron unos hombres, de manera que nos contrató a mí y a otros para que se lo encontráramos. Y se lo encontramos, cautivo de unos chupasangres, y de un hombre que tenía las manos como los pies y alas de murciélago y un aliento que le olía a cadáveres muertos largo tiempo atrás, y de un hermano al que le encantaba devorar aquellos cadáveres, mientras que él prefería la sangre. Pero cuando ya estábamos devolviendo al niño, porque éramos varios, noté que había algo raro en aquel niño, un olor que estaba y al mismo tiempo no estaba. Pero tanto al niño como a la hermana del rey los perseguían los hombres del rey, de modo que cabalgamos con ellos al Mweru, donde las profecías decían que estarían a salvo, aunque otras profecías decían que nadie podía salir del Mweru. Pero ésa no es la historia.

Lo que te cuento es verdad. Había algo en aquel niño que inquietaría a los mismos dioses, o a cualquiera que deseara que su corazón estuviera siempre en paz. Yo fui el único que lo vi, pero no dije nada. De manera que el niño se

quedó en el Mweru con su madre, y con la guardia personal de mujeres y la infantería rebelde de hombres que hacían de centinelas en el margen de aquellos parajes, porque ningún hombre que entrara en el Mweru podría salir. Y sucedió que el único demonio al que no habíamos matado, el de las alas de murciélago, al que llamaban Sasabonsam, fue a por el niño y lo raptó, o eso dijeron y siguen diciendo. Y Sasabonsam se marchó con el niño, que no chilló, aunque sabía chillar, ni tampoco gritó, aunque lo hacían gritar muchas cosas, y tampoco dio la voz de alarma, aunque su madre siempre estaba esperando intrusos. A alguien que salta no se lo puede empujar. Y el hombre murciélago y el niño emprendieron muchas cacerías terribles. Muchas cosas viles y repugnantes, muchas cosas que escandalizarían a los dioses más bajos y a las brujas más malvadas. Y un día se encontraron con un árbol donde..., se encontraron un lugar donde vivía el amor. El niño está con él, escribió alguien en sangre sobre la arena. Una hermosa mano lo escribió sobre la arena con sangre. Pero ésa no es la historia.

Porque el hombre que vivía en la casa del amor se encontró con aquel mensaje que alguien había escrito en sangre antes de morir. Y se quedó sin palabras que decir, pero sí se colmó de dolor y de furia, porque estaban muertos. Estaban todos muertos. De algunos sólo quedaba la mitad. Algunos estaban a medio comer, otros drenados de sangre y completamente vacíos. Y el hombre chilló, y el hombre aulló, y el hombre maldijo el silencio de los dioses y maldijo a los mismos dioses. Y aquel hombre los enterró, pero no pudo enterrar a la que estaba hecha de espíritus, porque aunque no habían podido matarla, la escena de la matanza la había hecho enloquecer y escaparse hasta el mar de arena, gimoteando una canción de espíritus. Y aquel hombre cayó de rodillas nueve veces presa de una gran tristeza, y de profunda desdicha, y de un dolor magnífico. Y después de una estación tras otra de dolor, el hombre dejó que aquel dolor se hundiera y se endureciera y se convirtiera en furia, que a su vez se hundió y se endureció y se convirtió en determinación. Porque sabía con quién iba el niño, o quién iba con el niño.

Sabía que era la bestia a la que el Leopardo le había matado el hermano, aunque era de él de quien se había vengado la bestia. Y le dijo a su amigo: Todas estas muertes son responsabilidad tuya. Y afiló sus hachas e impregnó sus cuchillos de saliva de víbora y se marchó hacia el Mweru, porque era de allí de donde venía el niño y era allí adonde volvería. He aquí la verdad: el hombre no meditó mucho todo aquello, porque todavía era incapaz de pensar. Y he aquí una verdad todavía más grande: iba a matar al niño y a todo el que lo protegiera, y al murciélago y a quien se interpusiera en su camino. No conocía las costumbres de los murciélagos, pero sí las de los niños, y todos los niños vuelven siempre a casa con sus madres.

El hombre montó un caballo hasta la tierra, otro caballo hasta la arena, otro caballo hasta el monte y otro caballo hasta el Mweru. Ya era noche cerrada en aquellos parajes, y en el margen de las tierras estaba la infantería. ¿Quién sabía cuántos estaban adormilados por la cena, o durmiendo? Llegó adonde estaban los soldados y cabalgó entre ellos con una antorcha en la mano, derribando ollas y pisoteando a un soldado, y ellos le arrojaron lanzas pero erraron el tiro, y buscaron sus flechas pero estaban demasiado cansados o demasiado borrachos y se dispararon entre sí, y cuando unos cuantos se despertaron lo suficiente como para echar mano de las lanzas y los arcos y los garrotes, vieron adónde se dirigía el hombre y se detuvieron. Porque si tan dulce le resulta la muerte, ¿quiénes somos nosotros para impedirselo?, debió de decir uno de ellos.

¿Y qué llevaba aquel hombre encima más que la rabia o la tristeza? Cabalgó por el duro suelo del Mweru, más ligero que la arena y más espeso que el barro, pasando por manantiales que podrían hervirle la carne a un hombre y que apestaban a azufre. Pasó por campos en los que no crecía nada y por una alfombra de huesos antiguos de hombres, agrietados y rotos. Una de aquellas tierras donde nunca salía el sol. Se encontró con un lago negro, marrón y gris que corroía sus orillas y lo rodeó, porque ¿quién sabía qué criaturas vivían en él? Le vinieron ganas de gritarle al lago que mataría a

cualquier monstruo que saliera de sus aguas y se atreviera a retrasarlo, pero se limitó a rodearlo.

Los diez túneles sin nombre del Mweru. Como diez urnas volcadas de los dioses. Su caballo se paró delante de uno, que tenía cuatrocientos pasos de alto sobre cuatrocientos más, o más incluso, más alto que un campo de batalla, más alto que el ancho de un lago, tan alto que el techo desaparecía en las sombras y la niebla. Y también ancho como un prado. En la boca de los túneles su caballo era una hormiga y él era menos todavía. El túnel más remoto era el que tenía la boca más ancha; a su lado había otro que era el más alto pero tenía la entrada pequeña como un hombre de pie a hombros de otro. A su lado, un túnel igual de alto pero con la entrada hundida bajo tierra, de tal manera que pudo entrar con el caballo. Al lado, un túnel no mucho más alto que el caballo. Y varios más. Pero todos los túneles eran mucho más altos que sus aberturas, y más que urnas volcadas parecían gusanos gigantes dormidos o derribados. En la base de las paredes de los túneles había cobre o herrumbre, fabricado por herreros divinos o por alguien más. O hierro, o latón, soldado con una técnica que sólo conocían los dioses. En las paredes exteriores de los túneles, láminas de metal, herrumbrosas o relucientes, del suelo al cielo.

Un graznido. Pájaros con cola y de patas gruesas y alas de piel gruesa. Todos los túneles tenían musgo y hierba marrón cubriendo el techo y uniéndolos entre sí. Malas hierbas que ocultaban lo que eran. Todo se estaba volviendo de color marrón. El caballo y su jinete se adentraron en el túnel del medio en dirección a la luz del final, que no era una luz, porque en el Mweru no había luces, sólo cosas que brillaban.

Y al final del túnel unas llanuras amplias y salpicadas de agujeros perfectos, con estanques que olían a azufre; y al pie de aquel llano, un palacio que parecía un pez grande. De cerca parecía una embarcación embarrancada y hecha de nada más que velas, cincuenta y cien, o incluso más. Velas sobre velas, blancas y sucias, marrones y rojas, con pinta de salpicaduras de sangre.

Dos escaleras como dos lenguas que bajaban desplegándose de sendas puertas. Ni centinelas ni guardias ni señales de magia ni de ciencia.

Al llegar a la entrada, tiró la antorcha y sacó las dos hachas. En el vestíbulo, que tenía la altura de cinco hombres los unos a hombros de los otros pero la anchura de un solo hombre con los brazos extendidos, flotaban en libertad una serie de orbes azules y amarillos y verdes y resplandecientes como luciérnagas. Dos hombres, azules como los dolingon, se le acercaron por los costados y le dijeron: ¿En qué podemos ayudarte, amigo? Al mismo tiempo, los dos desenvainaron lentamente las espadas. Saltó y atacó con las dos hachas a la vez al guardia de la izquierda, clavándoselas una y otra vez en la cara. Luego le dio un hachazo en el cuello. El guardia de la derecha cargó y él se apartó de un salto de su primera embestida, giró en el suelo y le asestó un hachazo en la rodilla. El guardia se apoyó en aquella misma rodilla y aulló y el hombre le dio hachazos en la sien, en el cuello y en el ojo izquierdo y por fin lo apartó de una patada. Siguió caminando y echó a correr. Vinieron más hombres y él saltó, brincó, se tiró al suelo, hincó, segó y a todos los derribó a hachazos. Se apartó de una espada y le arreó un codazo en la cara al espadachín, lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared dos veces. Siguió corriendo. Un guardia sin armadura pero con espada gritó y se le acercó a la carrera. Él detuvo la espada con un hacha, se dejó caer sobre las rodillas y le seccionó la espinilla al guardia. El guardia dejó caer la espada y el hombre la cogió y se la clavó.

Una flecha le pasó volando junto a la cabeza. Cogió al guardia medio decapitado y lo hizo girar para que encajara la segunda flecha. Mientras corría, sintió las flechas que se le clavaban al guardia hasta que estuvo lo bastante cerca como para arrojar la primera hacha, clavándosela al arquero entre la nariz y la frente. Le quitó al arquero la espada y el cinto. Corrió hasta salir del pasillo y llegar a un gran salón donde no había nada más que orbes de luz. Se le acercó un gigante y él se acordó de un ogo que había sido su gran amigo, y que no había sido un gigante sino un hombre, un hombre de

tristeza constante, y aulló de rabia, y corrió y saltó a hombros del gigante y le estuvo dando hachazos en la cabeza y en el cuello hasta que no quedaron ni cabeza ni cuello y el gigante se desplomó.

—¡Hermana del rey!

No hubo más sonido en la sala que su propio eco, que rebotó frenéticamente en las paredes y en el techo y por fin desapareció.

—¿Quieres matar a todo el mundo? —le dijo ella.

—Voy a matar al mundo entero —contestó él.

—El gigante era bailarín y ayo de niños. No había cometido ni una sola maldad en este mundo.

—Estaba en este mundo. Con eso basta. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

El hombre agarró una lanza y la arrojó al sitio del que le parecía que había venido la voz. La lanza golpeó madera. Los orbes brillaron con más fuerza. La mujer estaba sentada en un trono negro rodeado de cauris, y encima de él varias manos empuñaban lanzas. A sus lados había sendas guardias de pie, las dos mujeres, con espadas en la mano, y dos más agachadas con lanzas. A sus pies, dos colmillos de elefante, y detrás de ella, unas columnas talladas y altas como árboles. Un turbante de tela gruesa le daba más y más vueltas a la cabeza hasta parecer una flor llameante. Túnica holgada del pecho a los pies y coraza de oro en el pecho, como si fuera una de las reinas guerreras.

—Debe de ser duro el exilio en este lugar sin vida —dijo él.

La mujer se lo quedó mirando y por fin se rio, lo cual lo puso furioso. No estaba hablando con ingenio.

—Me acuerdo de que eras muy rojo, incluso a oscuras. Pintado de ocre rojo, como una mujer de las tribus del río.

—¿Dónde está tu hijo?

—Y qué hábil eras con el hacha. Y había un Leopardo que viajaba contigo.

—¿Dónde está tu niño?

—Fue Bunshi quien me dijo: Encontrarán a tu niño, sobre todo el que se llama Rastreador; todo el mundo dice que tiene buen olfato.

—Y todo el mundo dice que tú tienes coño. ¿Dónde está tu puto niño?

—¿A ti qué te importa mi niño?

—Tengo cuentas pendientes con tu hijo.

—Mi hijo no tiene cuentas pendientes con hombres a los que no conozco.

Olió que se acercaba otro guardia a oscuras, intentando moverse por las sombras, moverse sin hacer ruido. Venía por la derecha. El hombre ni siquiera se dio la vuelta, se limitó a arrojar el hacha, que alcanzó al guardia en mitad de las sombras. El guardia soltó un gañido y murió.

—Llámalos. Haz venir a todos los guardias. Te levantaré una montaña de cadáveres aquí mismo.

—¿Qué quieres de mi hijo?

—Llámalos. Llama a tus guardias. Llama a tus asesinos, llama a tus grandes hombres, llama a tus mejores mujeres, llama a tus bestias. Mira cómo creo un lago de sangre delante mismo de tu trono.

—¿Qué quieres de mi hijo?

—Quiero justicia.

—Lo que quieres es venganza.

—A lo que quiero lo voy a llamar como me dé la gana.

Se acercó al trono y dos de las mujeres guardias se descolgaron con cuerdas encima de él. La primera, que llevaba una espada, erró su estocada, pero la segunda, que llevaba un garrote, lo derribó. El hombre cayó y se resbaló en el suelo pulido. Corrió en pos de la espada del guardia muerto y la agarró justo antes de que la segunda guardia le diera otro garrotazo. Ella golpeó con fuerza pero no pudo detener su embate lo bastante deprisa. El hombre le dio una patada en la espalda y la hizo caer. Luego cargó, pero ella levantó el garrote y le golpeó el pecho. Cayó de espaldas mientras la guardia se levantaba de un salto. Él intentó blandir la espada, pero ella le aplastó la mano de un pisotón. Él le dio una patada en el koo y ella le saltó sobre el

pecho con las rodillas por delante, dejándolo sin aire. La guardia le dio un puñetazo en la cara con unos nudillos de cuero duro y otro puñetazo y otro y otro hasta noquearlo.

Oye esto. El hombre se despertó en una celda con forma de jaula que colgaba a cierta distancia del suelo. En una jaula. Estaba en una sala oscura y roja que no era la del trono.

—Quería que yo lo amamantara. Menudas burlas habrían cantado si hubiera habido un griot en estas tierras. Te estarás preguntando cómo deben de ser unas tierras sin griots. Fíjate, ya pasaba de los seis años de edad, era un niño a punto de hacerse hombre. Y fue a por mis pechos antes incluso de mirarme a la cara.

El hombre se giró en la dirección de la que venía la voz. A su derecha, cinco antorchas recorrían una pared, pero no iluminaban nada. Más abajo, oscuridad y sombras, un trono quizá, pero él no podía ver nada por encima de dos columnas finas talladas en forma de pájaros.

—Dale a un hombre una mano libre y te manoseará por todas partes. Dásela a un niño... En fin, no aceptó un no por respuesta. ¿Y qué iban a decir los dioses de una mujer que le negaba el alimento a su criatura, a su propio hijo? Sí, han estado ciegos y sordos, pero aun así, ¿qué dios no va a juzgar a una mujer por cómo cría al futuro rey? Mírame, ¿qué leche podía haber en estos pechos?

Hizo una pausa, como si esperara respuesta.

—Y, sin embargo, hasta los hombres del todo crecidos tienen que chupar los pechos. Y mi precioso niño... Vino a mi pecho como si estuviera yendo a la guerra. ¿Debería contarte que a punto estuvo de arrancarme los pezones? ¿Primero el izquierdo y luego el derecho? Desgarró la piel, cortó la carne y aun así no dejó de chupar. En fin, soy una mujer. Le grité, pero él no quiso parar; tenía los ojos cerrados como los hombres cuando estáis a punto de



correr. Tuve que agarrarlo del cuello, a mi niño, y estrangularlo hasta que paró. Mi niño me miró y sonrió. Sonrió. Tenía los dientes rojos de mi sangre. A partir de entonces le di cada noche a una sirvienta. Que no era tonta. Cada noche se hacía un corte para que él pudiera chupar. ¿Te resulta extraño esto? ¿Somos extraños? Eres de la tribu Ku. Degolláis a la vaca para beberos su sangre, ¿y eso no es extraño?

El hombre no dijo nada. Agarró los barrotes de la jaula.

—Lo que piensas se te ve en la cara. Me miras con asco y me juzgas. Pero ¿sabes cómo es tener un hijo? ¿Y lo que harías por él?

—No sé. Quizá abandonarlo para que muriera. No, para que alguien lo vendiera. No, para que lo raptaran y lo criaran unos vampiros. Y quizá tendría siempre a alguien que le pidiera a alguien que le pidiera a alguien que me encontrara al niño, usando mentiras y más mentiras para que nadie se enterara nunca de que tengo un hijo. ¿Es así, tener un hijo?

—Cállate.

—Debes de ser una madre magnífica.

—No te permitiré que te acerques a él.

—¿Lo has dejado que se vaya o lo has vuelto a perder, maravilla de madre?

—Pareces creer que mi hijo ha cometido maldades.

—Tu hijo es la maldad. Un demonio...

—No sabes nada. Los demonios nacen siéndolo. Todos los griots lo cantan.

—No tienes ningún griot. Y los demonios se hacen. Los haces tú. Los haces a base de dejarlos en manos de alguien a quien le gusta...

—¿Te atreves a afirmar que sabes lo que me pasa por la cabeza? ¿Me juzgas a mí, a una reina? ¿Quién eres tú para decirme qué he de hacer con mi hijo? No tienes ninguno. Ni uno solo.

—Ni uno solo.

—¿Qué?

—Ni uno solo.

Y el hombre le contó una historia:

—No tenían nombres, porque los gangatom nunca les habían puesto nombres, porque los veían a todos muy extraños. Lo cual no significa que aquella extrañeza escandalizara a los gangatom. Pero si alguien mencionaba al Niño Jirafa, por ejemplo, todo el mundo en la aldea sabía a quién se refería. Yo no era como tú, en el sentido de que ninguno de aquellos niños era de mi sangre. Pero sí era como tú, en el sentido de que dejé que me los criaran otros y fingí que era por su bien cuando en realidad era por el mío. Alguien nos contó que el rey del Norte estaba esclavizando a las tribus del río para ponerlas al servicio de su guerra, así que fuimos a por ellos, porque la guerra es como una fiebre, infecta a todo el mundo. Nos los llevamos de la aldea de los gangatom, aunque hubo algunos que no querían venir. Les dije a los niños: Vámonos, y dos de ellos dijeron que no, después tres y después cuatro, ¿y por qué iban a querer irse con un hombre al que no conocían y con otro que no les caía bien? Y el hombre que me acompañaba les dijo: Mirad esto, y les enseñó una moneda y luego cerró las manos y las volvió a abrir y la moneda había desaparecido y volvió a cerrar las manos y preguntó en qué mano estaba la moneda, y el Niño Jirafa le señaló la mano izquierda, así que abrió la mano izquierda y de ella salió volando una mariposa. Te cuento la verdad: lo siguieron a él, no a mí. De modo que lo seguimos todos hasta la tierra de Mitu, y allí nos pusimos a vivir dentro de un baobab. Y les dijimos a los niños: Necesitáis nombres, porque Niño Jirafa y Niña de Humo no son nombres, son apodos que os pone la gente. Uno a uno perdieron el odio que me tenían, la Niña de Humo la última. Por supuesto, al albino, que ya no era un niño, sino un muchacho alto como un hombre, lo llamamos Kamangu. Al Niño Jirafa, que siempre había sido alto, lo llamamos Niguli, porque ni siquiera se parecía a una jirafa. No tenía manchas y lo que tenía largo eran las piernas, no el cuello. Kosu fue el nombre que le pusimos al niño sin piernas. Iba a todas partes rodando como una bola, pero siempre se embadurnaba de

tierra o de mierda o de hierba, y cuando chillaba era porque se le había clavado una espina. De inicio les pusimos a los gemelos siameses nombres unidos entre sí, pero ellos nos insultaron como viudas viejas. Tú y él lo compartís todo y sin embargo tenéis nombres distintos, nos dijeron a Mossi y a mí. Así que al más ruidoso de los dos lo llamamos Loembe, y al que era más callado pero aun así ruidoso le pusimos Nkanga. Y quedaba la Niña de Humo. El que era mi hombre me dijo: Uno de ellos ha de tener un nombre de mi tierra. Uno ha de recordarme a mí. De modo que le puso a la Niña de Humo el nombre Khamseen, en honor al viento que sopla cincuenta días. Me hablas a mí de tener hijos... , ¿cómo se llamaba tu niño? ¿Llegaste a ponerle nombre?

—Cierra la boca.

—Eres la reina de las madres.

—¡Calla!

Cambió de postura en su asiento pero sin salir de las sombras.

—No pienso sentarme aquí y dejar que me juzgue un hombre. Y que haga toda clase de afirmaciones sobre mi hijo. ¿Es la rabia lo que te ha traído aquí? Porque la sabiduría no ha sido. ¿Cómo vamos a jugar? ¿Quieres que saque a mi hijo, ahora mismo, y te dé un cuchillo? El amor es ciego, ¿no? Me duele tu pérdida. Pero lo mismo me podrías haber hablado de la muerte de las estrellas. Mi hijo no está aquí. Y qué deprisa te niegas a ver que él también es una víctima. Que un día al despertarme me enteré de que mi hijo había desaparecido. Secuestrado. Que mi hijo ha pasado muchos años y lunas sin vivir de acuerdo con su voluntad o la mía. ¿Cómo va a conocer nada más?

—¿Un diablo del tamaño de tres hombres, y con unas alas tan anchas como una canoa, se coló en tu palacio sin que nadie lo viera?

—Sacadlo de aquí —les dijo a sus guardias.

Cayó una tela encima de la jaula y lo sumió en la negrura. La jaula cayó al

suelo y el hombre se estampó contra los barrotes. Lo tuvieron a oscuras durante muchísimo tiempo, quién sabe cuántas noches. Cuando retiraron la tela que le cubría la jaula, se encontró en otra habitación, con una abertura en el techo y humo rojo volando por el cielo. La hermana del rey estaba de pie junto a otra silla, distinta de su trono pero con el respaldo alto.

—Mi silla de partos me enseña mi pasado. ¿Y sabes lo que veo? Que nació con los pies por delante. Lo consideraría un mal presagio si creyera en los malos presagios. ¿Qué dijo Sogolon sobre ti? Dijo que todo el mundo dice que tienes buen olfato. Quizá no fuera ella quien me lo comentó. Quieres encontrar a mi hijo. Y a mí también me gustaría, pero no por las mismas razones. Mi hijo también es una víctima, por mucho que saliera por su cuenta del Mweru, ¿por qué no puedes verlo?

El hombre no le dijo: Porque he visto a tu niño. He visto qué aspecto tiene cuando cree que no lo ve nadie.

—Mi yeruwolo me dijo que tenía que confiarte la misión de encontrar a mi hijo. Quizá incluso salvarlo del murciélago. Creo que es una necia, pero aun así... No tengo final para lo que iba a decir.

Señaló con la cabeza al Rastreador y una de sus aguadoras se le acercó con un paño verde y blanco. Quién sabía de dónde lo habrían arrancado.

—Dicen que tienes buen olfato —dijo.

La hermana del rey señaló al Rastreador con el dedo y la aguadora corrió hasta la jaula, tiró el paño y se alejó corriendo. Él lo recogió.

—¿Esto te dirá adónde está yendo? —preguntó la hermana del rey.

El Rastreador estrujó el paño pero no lo olió, lo sostuvo lejos de la nariz y sorprendió a la hermana del rey mirándolo con los ojos muy abiertos y esperando. Tiró el paño a un lado. Le volvieron a cubrir la jaula. Luego se despertó en la sala del trono y supo que el letargo se había adueñado de él durante días. Debían de haberlo expuesto a vapores malignos o a magia letárgica. La sala tenía más luz que antes, pero aun así estaba oscura. La hermana del rey estaba sentada en el trono, con las mismas mujeres detrás,

guardias en ambas paredes, y había una vieja de cara blanca que caminaba hacia él. Le habían dejado libres las manos pero le habían puesto en torno al cuello un collar de cobre áspero como corteza de árbol. Detrás de él había dos guardias, que se le acercaron en cuanto intentó andar.

—Te hago una nueva oferta, Rastreador. Encuentra a mi niño. ¿No ves que necesita que lo salven? ¿No ves que está libre de culpa?

—Hace unos días dijiste que no me ibas a dejar que me acercara a él — dijo.

—Acercarte, sí. Parece que el Rastreador es el único hombre que sabe cómo acercarse a mi hijo.

—Eso no es ninguna respuesta.

—Quizá estoy apelando al corazón que busca venganza. Pero esta apelación también es de corazón.

—No. Simplemente se te han acabado los hombres. Así que se lo pides al hombre que ha jurado matarlo.

—¿Cuándo lo juraste? ¿Y ante quién? Debe de ser una de esas cosas que dicen los hombres, como cuando dicen: Éste es mejor, pero éste es mi favorito. Nunca he creído en los juramentos ni en los hombres que los formulan. Quiero que me des tu palabra de que, si te libero, encontrarás a mi hijo y me lo traerás de vuelta. De que matarás al monstruo si hace falta.

—Tienes a tu infantería. ¿Por qué no la mandas?

—Ya la he mandado. Por eso te lo estoy pidiendo a ti. Te lo podría haber ordenado. Soy tu reina.

—No eres ninguna reina.

—Soy reina aquí. Y cuando el viento cambie por estas tierras, seré madre de un rey.

—Un rey al que has perdido dos veces.

—Pues encuéntralo por mí. ¿Cómo puedo reparar tu pena? No puedo. Pero conozco la pérdida.

—¿La conoces?

—Por supuesto.

—Pues me llena de regocijo saberlo. Ahora me dirás que no soy el único que volvió un día a su casa y se encontró con que a su hijo le faltaba la mitad de la cabeza. O que su amado tenía un agujero donde había tenido el pecho y el vientre. O quizá estuviera colgado de...

—¿Vamos a comparar amados asesinados e hijos masacrados? ¿Es así como vas a juzgar si eres mejor que yo?

—A tu hijo sólo lo han herido.

—Al resto de mis hijos los asesinó mi hermano.

—¿Vamos a comparar para ver si puedes salir victoriosa?

—Nunca he dicho que esto fuera un concurso.

—Pues deja de intentar ganar.

El Rastreador guardó silencio.

—¿Vas a encontrar a tu rey?

El Rastreador hizo una pausa. Aguardó. Sabía que ella estaba esperando que hiciera una pausa, que pensara, incluso que debatiera consigo mismo hasta llegar a una decisión.

—Sí —dijo.

La vieja levantó la vista para mirarlo y ladeó la cabeza como si ésa fuera la manera de conocer bien a una persona.

—Está mintiendo. No hay duda de que lo va a matar —dijo.

El Rastreador le dio un codazo en la nariz al guardia que tenía detrás, lo apartó de un empujón, agarró la espada del guardia, la desenvainó y se la hundió en el vientre hasta la empuñadura. Luego se agachó sin mirar, consciente de que el otro guardia iba a ir a por su cuello. La espada del guardia cortó el aire de encima de su cabeza. Él dio una estocada desde debajo y le segó la pantorrilla. El guardia cayó y él le clavó la espada en el pecho y le quitó la suya también. Aparecieron entonces más guardias, como si acabaran de brotar de la pared. Dos vinieron a por él y se convirtió en Mossi, el de las dos espadas, el hombre del Este, que nunca más lo había

visitado ni en mente ni en espíritu desde el día en que había escrito con su propia sangre en la arena. Ahora Mossi tampoco lo visitó; el Rastreador simplemente se lo imaginó de pie sobre unas rocas, practicando con las espadas. Le dio una patada al primer guardia en las pelotas, le saltó encima cuando cayó, se abalanzó sobre dos guardias más, les quitó las lanzas de un golpe con la espada izquierda y con la espada derecha le rajó a uno la barriga y al otro le hizo un tajo en el hombro. Pero atención, un chorro de sangre le manó de la espalda y el guardia que acababa de rajarlo cargó contra él. Se apartó rodando de la segunda estocada del guardia. Éste volvió a blandir la espada, pero vaciló: estaba claro que tenía órdenes de no matar, así que hizo una pausa demasiado larga, y la espada del Rastreador lo atravesó.

Estaba rodeado de hombres. Arremetió contra ellos y los hizo retroceder. El collar que llevaba en torno al cuello lo estaba oprimiendo, como una mano que cierra más y más un nudo. Se le cayeron las dos espadas de las manos. Tosió pero no pudo toser, gruñó pero no pudo gruñir. Más y más presión, la cara se le hinchó, la cabeza estaba a punto de explotarle. Y sus ojos. Terror. Terror no. Estupefacción. *Tienes pinta de que no lo sabías. Mal hombre, debías de saberlo. El hechizo de la Sangoma se está disipando. Estás perdiendo el dominio de los metales.* Ya no le entraba ni le salía aire de la nariz. Cayó sobre una rodilla. Los guardias se apartaron. Levantó la vista, cegado por las lágrimas, y la vieja extendió la mano derecha en su dirección y cerró el puño. No sonrió, pero tenía cara de estar albergando un pensamiento feliz. El Rastreador intentó toser otra vez; apenas podía verla. Arañó el suelo hasta encontrar la espada. Agarró la empuñadura, la levantó como si fuera una lanza y la arrojó deprisa y con fuerza. La lanza alcanzó a la vieja en mitad del corazón. Se le pusieron los ojos como platos. Abrió la boca y le manó sangre negra. Se desplomó y al Rastreador se le desprendió el collar del cuello. Un guardia le golpeó en la nuca.

—Huélelo —le dijo la hermana del rey al Rastreador en cuanto éste se despertó.

Quién sabía qué habitación era aquélla, pero volvía a estar dentro de la jaula y tenía a sus pies el mismo jirón de tela.

—Es suyo. Un trozo de su manta favorita. Hacía que sus criados se la lavaran cada cuarto de luna, pero originalmente había tenido muchos colores. Te puedo ofrecer un trato nuevo. Encuéntralo y tráelo de vuelta y haz lo que te apetezca con el otro. Si consigues salir del Mweru. Muchos hombres entran, pero ningún hombre puede salir.

—¿Brujería?

—¿Qué bruja querría que se quedaran los hombres? Pero puedes intentar salir. Huele el jirón.

El Rastreador agarró el pedazo de tela, se lo llevó a la nariz e inhaló profundamente. El olor le llenó la cabeza y supo lo que era antes de que su olfato remontara el vuelo y siguiera su origen; se echó sobre él mientras el olor lo agarraba de la entrepierna.

—Mírate. Querías saber adónde está yendo y yo te he dado de dónde viene.

La hermana del rey soltó una risotada larga que rebotó por el salón vacío.

—Tú... ¿Tú eres el que va a asesinar al mundo? —dijo, y lo dejó solo.

Aquella noche el Rastreador estaba despierto en la selva de los sueños. Caminando entre árboles pequeños como matorrales y matorrales grandes como elefantes, el Rastreador se dedicó a buscarlo. Llegó a un estanque inmóvil donde no parecía haber nada vivo. Primero se vio a sí mismo. Luego vio las nubes, las montañas, un camino y elefantes escapándose, luego antílopes, luego guepardos y más allá otro camino que llevaba a la muralla de una ciudad, y muralla arriba había una torre, y haciendo de vigía en la torre, mirando al horizonte y luego mirándolo directamente a él, mirándolo a los



ojos, estaba quien él buscaba. Oír la llamada del Rastreador lo llenó de sorpresa, pero no le hizo falta preguntar para saber por qué.

—Sabes que puedo matarte en sueños —dijo.

—Pero te preguntas por qué te he llamado, si somos enemigos mortales —dijo el Rastreador—. No mientas. Ningún hombre puede salir del Mweru, pero tú no eres un hombre.

El otro sonrió y dijo:

—Cierto, no se puede salir del Mweru sin morir o enloquecer, así lo dispuso una diosa para vengarse de mí, a menos que haya alguien inmune a la magia que te pueda acompañar afuera. Pero ¿qué saco yo a cambio?

—Quieres la cabeza del niño. Y yo soy el único que lo puede encontrar —dijo el Rastreador.

Era mentira, porque había perdido por completo el rastro del niño, y más tarde descubriría que el niño ya no tenía olor, ni un asomo, y sin embargo sellaron un pacto, el Aesi y él.

—Dime en qué parte de palacio estás cuando lo averigües —dijo el Aesi.

Y aquel hombre que no era un hombre fue a su rescate; ciertamente tardó una luna y media en llegar, y para entonces el Norte ya llevaba tiempo arrojando lanzas al Sur. Wakadishu y Kalindar.

Esto es lo que pasó. Al Rastreador lo despertó un ruido de cuerpos desplomándose. Entonces un guardia entró en su celda y le hizo una señal con la cabeza para que lo siguiera, sin decir nada. Los dos pasaron por encima de los guardias muertos y continuaron caminando. Se adentraron por un pasillo, cruzaron un vestíbulo, bajaron unas escaleras, subieron otras y bajaron otras más. Se alejaron por otro pasillo, dejando atrás a muchos guardias muertos y guardias dormidos y guardias desplomados. Aquel guardia que no hablaba señaló un caballo que esperaba al pie de la enorme escalinata de la salida, y el Rastreador se dio la vuelta para preguntar algo, no sabía el qué, pero sólo para ver que el guardia tenía los ojos muy abiertos aunque no veía nada. A continuación, se desplomó también. El Rastreador

bajó corriendo los escalones, se detuvo a medio camino para recoger la espada de un guardia, se montó en el caballo y se alejó cabalgando, dejando atrás los lagos humeantes, cogiendo el túnel y llegando al final del Mweru. El caballo clavó los cascos en el suelo y lo descabalgó, pero él se aferró a las riendas incluso mientras salía volando. El caballo dio media vuelta y se alejó al galope.

El Rastreador siguió caminando y al cabo de un rato vio una figura encapuchada en las sombras. La figura estaba sentada con las piernas cruzadas; ahora escribió algo en el aire igual que solía hacer Sogolon y se elevó flotando del suelo. El Rastreador se acercó y el hombre extendió la mano para indicarle que se detuviera. Señaló a la derecha y el Rastreador caminó a la derecha, y cuando se había alejado diez y cinco pasos, un fuego brotó del suelo que tenía delante. Se apartó de un salto. El hombre le indicó al Rastreador que avanzara diez pasos más y le hizo un gesto para que se detuviera. El suelo se agrietó bajo sus pies y se partió y se abrió con un retumbar enorme, haciendo que la tierra temblara como en un terremoto. El hombre puso los pies en el suelo y frotó algo viscoso con la mano derecha. Lo tiró al abismo —era un corazón— y el abismo crepitó y tosió y se cerró. Luego le hizo una señal al Rastreador para que se acercara. Tiró otra cosa que chispeó en el aire como una centella. Las chispas engendraron más chispas, y más chispas, hasta que una explosión derribó al Rastreador.

—Levántate y corre —dijo el hombre—. Ya no tengo control sobre ninguno de ellos.

El Rastreador se dio la vuelta y vio que se acercaba una nube de polvo. Jinetes.

—¡Corre! —gritó el hombre.

El Rastreador corrió hasta donde estaba el hombre, con los jinetes acercándosele por detrás, y los dos se quedaron allí, el Rastreador temblando mientras los jinetes cabalgaban directos hacia ellos. Vio calma en el hombre y la cogió prestada, por mucho que todo en él quisiera gritar: Nos van a

pisotear, me cago en los dioses, ¿por qué no corremos? Uno de los jinetes llegó a un palmo de su cara antes de chocarse con una pared que no estaba allí. Uno tras otro, hombres y caballos se estrellaron, y muchos al mismo tiempo, algunos caballos se rompieron el cuello y las patas y algunos jinetes volaron por el aire y se estamparon contra la pared, otros caballos pararon en seco y descabalaron a sus jinetes.

El Rastreador cogió al Aesi mientras éste se desmayaba y se lo llevó de allí.

—Y ésa es la historia que he elegido para darte —dije.

—Pero, pero..., pero..., pero... eso no es una historia. No es ni media historia. Tu historia sólo es medio deliciosa. ¿Qué hago, mato sólo a la mitad de ti? ¿Y quién es ese hombre que no es un hombre? ¿Quién es? Exijo un nombre. ¡Lo exijo!

—¿No lo conoces? Lo llaman el Aesi.

El hombre blanco se puso todo azul. Se quedó boquiabierto y se abrazó los hombros como si tuviera frío.

—¿El carnicero de dioses?

No me desperté de mi sueño. Y, sin embargo, ahora estaba en otra selva que parecía distinta de la anterior. Parpadeé varias veces, pero era un bosque distinto. En éste no se movía nada y no vivía nada. No había ninguno de los sonidos de la vida, ni flores nuevas, ni lluvia reciente, ni bostas frescas, y la araña se había marchado como si nunca hubiera estado allí. A mis pies había un montón de algo de color gris claro y blanco y lo bastante fino como para ver a través, como una piel mudada. A su lado, escondidas en la hierba, mis dos hachas y el arnés para llevarlas a la espalda. Encajé el dedo en una de las ranuras que había abierto en el cuero y saqué la pluma de Nyka. Su rastro entero me apareció delante en cuanto me acaricié la nariz con la pluma.

Salía de detrás de mí, a unos treinta pasos, luego torcía a la derecha,

doblaba un recodo, luego bajaba, quizá bajaba la ladera de una colina, seguía al frente y luego subía otra vez, quizá una loma, pero todavía a cubierto del bosque, y por fin se adentraba en otro lugar del que no salía. O bien aquello quizá todavía fuera alguna clase de selva de los sueños. En una ocasión había oído a un borracho de Malakal decir que si alguna vez estás perdido en un sueño y no sabes si estás dormido o despierto, tenías que mirarte las manos, porque en los sueños siempre tienes cuatro dedos. En mis manos había cinco.

Agarré mis cosas y corrí. Cuarenta pasos por la hierba húmeda y el barro, y entre unos helechos que me pinchaban en las pantorrillas, luego a la derecha hasta casi chocarme con un árbol, y esquivando árboles a diestra y siniestra, pasando por encima del cadáver de una bestia, luego aminorando el paso porque el bosque era demasiado cerrado para correr y a cada paso había un arbusto o un árbol, hasta que llegué a un recodo como abierto por un río, y luego colina abajo hasta oler primero el río y luego oírlo, una cascada que caía sobre las rocas. Y brinqué con dificultad sobre las rocas, trepé despacio pero aun así me tropezaba, y me golpeé la pantorrilla contra el borde afilado de una roca que me hizo sangre. Pero ¿quién podía detenerse para mirar la sangre? Bajé hasta el río y me metí en el agua para lavarme la sangre, y al cabo de mucho rato subí corriendo por un terraplén que se elevaba más y más, y saqué mi hacha y la usé para abrirme paso por una espesura más densa, y durante todo aquel tiempo el olor de Nyka se fue intensificando más y más. Y me abrí paso a hachazos por la maraña de hojas y ramas húmedas que me golpeaban la espalda hasta llegar no a un claro, sino a una floresta de árboles más altos que torres, con mucho espacio entre ellos. Nyka estaba cerca, tan cerca que levanté la vista, esperando que Sasabonsam lo tuviera colgando de las ramas altas. O que él y Sasabonsam me recibieran convertidos en uno solo, vampiro con vampiro, y que ya estuvieran conspirando para arrastrarme a las alturas de uno de aquellos árboles y cortarme por la mitad. En las profundidades de lo que tuviera en lugar de corazón, me lo esperaba de Nyka.

Seguí caminando. Oía mis pasos en el bosque. Otro hombre caminaba por delante de mí, varios pasos por delante, y me pregunté cómo era posible que no lo hubiera visto antes. Caminaba despacio, sin determinación, simplemente deambulaba. Tenía el pelo largo y rizado, y cuando se caló la capa, le vi unos brazos pálidos como la arena. Algo hizo que me diera un vuelco el corazón. Me acerqué corriendo a él y me detuve, sin saber por qué. De cerca, la forma brusca en que el mentón se le convertía en barbilla, la barba roja, los pómulos altos, todo me bastaba para pensar que era él y no era suficiente para hacerme decir: No, no puede serlo. La capa le ocultaba las piernas, pero reconocí las zancadas grandes, el modo en que la parte anterior del pie se apoyaba en el suelo antes que el talón, aun llevando botas. Esperé a que me llegara su olor pero no me llegó nada. La capa se le cayó y se perdió entre la vegetación. Le vi los pies primero, teñidos del verde de la hierba y del marrón del barro. Luego las pantorrillas, gruesas y fuertes como siempre, muy distintas a las de todos los hombres de estas tierras. Y las corvas, y las nalgas, tan lisas y blancas como si nunca le hubiera gustado tumbarse desnudo en la copa del baobab igual que hacen los monos. Por encima de sus nalgas, árboles y cielo. Por debajo de sus hombros, árboles y cielo. Por encima de sus nalgas un agujero, la nada, todo devorado desde la barriga hasta la espalda, dejando un orificio tan grande como el mundo. Goteando sangre y carne, y sin embargo caminaba.

Pero no pude seguir. Nunca había sentido las piernas tan débiles, y me caí de rodillas y respiré despacio y pesadamente, esperando a que el Itutu me llegara al corazón. No me llegó. En mi cabeza yo estaba subiéndome encima de él, abrazándole la cabeza, porque el resto del cuerpo lo tenía cubierto de moscas, y llorando, y berreando, y gritando, y gritándoles a los árboles y al cielo. Y leyendo lo que me había escrito en la arena con su propia sangre:

El niño, el niño está con él.

Lloré: Hombre hermoso, no debería haber llegado tarde, debería haber llegado antes de que te marcharas de este mundo y haber metido tu alma en

un nkisi y habérmela colgado en torno al cuello, para poder frotarla y sentirte. Un místico con un nkisi en forma de perro me había dicho: El espíritu que hablara contigo sería un espíritu atormentado, Ojo de Lobo, pero yo no quería oír palabras. Lo llamé por su nombre y me salió un gimoteo.

Aquel Mossi siguió adentrándose en las entrañas del bosque. Una cosa sí que sé. Está claro que llega un momento en que el dolor se convierte en una enfermedad, y yo me había hartado de aquella enfermedad. Rabié y aullé y me llegaron los olores de aquel monstruo y de aquella ave vampírica, y me levanté y saqué las dos hachas y eché a correr gritándole a la nada, dando hachazos a la nada. Corrí escapándome de alguien nuevo, seguramente de una bruja con poderes sobre la mente que trataba de coser juntas con una aguja muchas muertes distintas. Mi padre, al que yo no había conocido, y mi hermano, al que nadie había vengado. Y Mossi, y tantos más. Pero no era una bruja hipnotizadora, sino el dios del inframundo el que me estaba hablando de los muertos agraviados a los que yo debía desagraviar, como si yo fuera la razón de que estuvieran muertos. ¿Cómo podía el Rastreador, que no vivía para nadie, tener a tantos muertos sobre su conciencia? ¿Acaso había que culparlo de todas aquellas muertes? Mi cabeza discutió con mi cabeza, y trastabillé. Debería haber estado allí el Leopardo, en aquel momento, para que yo pudiera apuñalarlo en el corazón. Me tropecé con un árbol derribado y me caí.

Cuando levanté la vista vi pies. Colgando muy por encima de mí incluso cuando ya me había levantado. Piernas blancas como la caolinita con los pies negros flojos e inertes. Costillas sacadas a la fuerza del pecho delgado y regueros secos de sangre negra cayéndole por la barriga. Dos manchas negras donde había tenido los pezones y la sangre seca que había manado de ellos. Marcas de mordiscos por todo el pecho y el cuello y la mejilla izquierda. Alguien había estado buscando carne blanda que morder. La barbilla apoyada en el pecho, los brazos extendidos y atados con lianas. Las alas todavía más extendidas y enredadas con las ramas y las hojas.

—Nyka —susurré.

Nyka no se movió. Dije su nombre en voz más alta. De la vegetación de debajo salió una risilla. Observé el interior de la vegetación y el interior de la vegetación me observó a mí. Miraba tan fijamente como la otra vez, con los ojos muy abiertos sin razón alguna, sin alegría ni malicia ni interés, ni siquiera curiosidad. Simplemente, con los ojos muy abiertos. Mayor que la otra vez, más alto. Se lo vi en los ojos y en los pómulos flacos y huesudos. Habría preferido que se riera. Habría preferido que me dijera: Mírame, soy tu villano. O que lloriqueara y dijera en tono suplicante: Mírame, soy la verdadera víctima. Pero se limitó a observar. Lo miré a los ojos y vi los ojos muertos de Mossi, mirando eternamente sin ver nada. Salió de un salto de aquella mata de hierbas antes de que mi hacha le fuera directa a la cara. Cargué contra la maleza, imaginando que el gruñido bestial salía de una boca que no era la mía. Arremetí entre las ramas y me adentré arrancando hojas en una parte más oscura del bosque. Nada. Aquel trasgo chupatetas de vampiros seguía soltando su risilla infantil. Desaparecido.

Por encima de mí, Nyka gimió. Salí de la vegetación y mi cara se topó con una patada del pie-mano de Sasabonsam.

Mi cabeza y mi espalda se estrellaron contra el suelo. Rodé hasta ponerme de rodillas y me incorporé de un salto. El vampiro batió las alas pero no paraban de chocarle contra los árboles, de manera que se posó en el suelo y me miró. Sasabonsam. Yo nunca había podido dejar de mirarlo a la cara. Los ojos grandes y blancos, las orejas de chacal y los dientes de abajo afilados que le asomaban de los labios como si fuera un jabalí. El cuerpo entero cubierto de pelo negro salvo el pecho pálido y los pezones rosados, un collar de marfil y un taparrabos que me provocaba la risa. Gruñó.

—Me acuerdo de tu olor. Lo seguí —dijo.

—Cállate.

—Fui a tu casa buscándolo.

—Silencio.

—Pero no estabas. Así que comí. Me comí a los pequeños. Tenían un sabor extraño.

Cargué contra él, agachando la cabeza antes de que pudiera golpearme con el ala. Luego rodé hasta su pie izquierdo y le clavé las dos hachas. Dio un salto y graznó como un cuervo. *Apunta siempre a los dedos del pie*, dijo una voz que sonaba como la mía. El hacha apenas lo había tocado. Intentó apartarme de un manotazo pero lo esquivé, le salté a la rodilla e intenté darle un hachazo en la cara al mismo tiempo que me alejaba de un salto. El lado sin filo le golpeó en el pómulo y le arrancó un gruñido; luego intentó darme otro manotazo. No acertó, pero las garras me hicieron cuatro cortes en el pecho. Me caí sobre una rodilla y él me apartó de una patada. Choqué de espaldas contra el tronco de un árbol y me quedé sin aliento.

Y se me pusieron los ojos en blanco. Y de repente no había nada. La barbilla me rozó el pecho y me vi los pezones y la barriga. La cabeza me pesaba y los ojos no me funcionaban bien. Nyka gimió e intenté alcanzarle las manos. La barbilla me volvió a golpear el pecho. Levanté la vista para ver los nudillos de Sasabonsam.

—Ellos son seis y tú eres uno. Mira cómo estás —dijo el monstruo.

Me dijo más cosas pero me sangraba el oído derecho y no pude oírlas. Me dirigió un puñetazo a la cara, pero agaché la cabeza y su mano golpeó el árbol. Aulló y me abofeteó. Me escupí sangre en las piernas, que no me funcionaban.

—¿Dónde están mis askis?, eso dijo el pequeño.

Me agarró la garganta.

—El que era una bolita, el pequeño, intentó alejarse rodando. ¿Quieres saber cuánto se alejó? Fue él quien me dijo: Mi padre va a venir y te va a matar. Te va a hacer trozos con sus dos askis.

—Kosu.

—Te llamó «padre». ¿Padre? Tú no ruedas como una bola. Y ya no tienes dos askis. Mira cómo estás.



—Kosu. Ko...

Me dio otro puñetazo. Escupí dos dientes. Me cerró los dedos largos en torno a la cabeza y me levantó del suelo.

Hachas. Le dijo al monstruo que su padre lo iba a hacer pedazos con sus hachas.

—No soltó ni un grito. Y eso que me lo comí de muchos bocados.

—Kosu.

Sólo podía ver manchitas de luz a través de sus dedos gruesos y apestosos. Sus zarpas me arañaban el cuello.

—Cuando llegué al espinazo, seguía sin gritar. Y entonces se murió. Y le mordí la nuca y sorbí...

—Me cago en los dioses.

Me arrojó por los aires y en pleno vuelo sentí una paz que se interrumpió cuando aterricé sobre las ramas y las hojas. Me agarró del tobillo y lo aparté de una patada. Soltó una risilla y volvió a cogerme la pierna y siguió soltando risillas mientras me sacaba de entre las ramas. Mi espalda y mi cabeza se estrellaron en el suelo y luego sentí que me movía. Sasabonsam estaba tirando de mí.

—Eres necio tú y es necia ella. Ella es la que va vestida de oro y rojo y lo único que hace es quedarse sentada. Yo la veía por la ventana. Pero conocía al niño. Fui a buscarlo a aquel lugar extraño y él me siguió. Hasta me llamó, porque el hombre blanco le había enseñado a llamar. Yo nunca había querido al niño porque el niño no me quería a mí, quería al ave centella, pero fue a mí a quien llamó y yo me lo llevé, y la noche cayó deprisa y me fui volando con él y él dijo: Oigo a mi madre hablar del lobo y de sus cachorros y decir que va a intentar convertirlo en su soldado y que viven en el baobab, y yo le dije: He oído que fue él quien mató a mi hermano, y el niño me dijo: Vuela conmigo sobre tu espalda y te llevaré allí, y me llevó.

Calla, le dije, pero mi voz murió antes de salirme de la boca. No sabía adónde me estaba llevando, y la espalda me iba arrastrando por la hierba y el

polvo y las piedras del agua, y luego la cabeza se me hundió bajo el agua cuando él me arrastró a través de un río, y la nuca me golpeó contra una roca y lo vi todo negro. Me desperté y seguía estando bajo el agua y tosiendo y ahogándome hasta que el vampiro volvió a sacarme a la hierba y bajo los árboles.

—El niño blanco, el guapo, al que cuando lo estrujé pude verle fluir la sangre bajo la piel, delicioso, era peleón, peleaba mucho mejor que tú. Le había enseñado el de las dos espadas. Cuando eché la puerta abajo, los dos se descolgaron del árbol diciendo que iban a luchar contra mí. Y me saltaron encima y el que tenía las dos espadas le tiró una espada al niño, y el niño se me echó encima de un salto y me dio una estocada en la cabeza que me dolió y el hombre me pinchó aquí en el costado, justo aquí, y la espada se me clavó pero se detuvo al llegar a la caja de las costillas, justo aquí, así que le di un golpe con los nudillos y se cayó hacia atrás, y el niño de la piel blanca me atacó corriendo y lo esquivé para darle un golpe con el ala, pero él me agarró el ala y me la atravesó con la espada, mira, aquí, ¿ves que todavía hay un agujero? Pues me lo hizo el de la piel blanca, así que lo agarré con un pie, y luego con el otro pie, y lo tiré contra un árbol y una rama lo hizo callar. Sí, sí. Y el que era una bola se acercó rodando por detrás de mí y me hizo caer. Y me caí y se rio, pero antes de que se escapara le di un mordisco y le arranqué la carne, la dulce carne, oh, qué carne tan dulce, y le di otro mordisco y otro y el hombre del pelo largo gritó. Puso a algunos en un caballo y le dio una palmada. Ellos se alejaron al galope, y él vino a por mí lleno de furia, y a mí me gustaba esa furia, y luchó y luchó y luchó, y apuñaló y cortó y fue a por mis ojos y le agarré la espada y el de la piel blanca me apuñaló en todo el ojete y ahora era yo el que estaba furioso, ya lo creo.

Me sacó de la hierba pálida para meterme en otra más oscura y ahora también tenía oscuridad encima. Le di otra patada en las manos y él me levantó en volandas y volvió a estrellarme contra la hierba. Me volvieron a sangrar los oídos.

—Agarré a Piel Blanca y lo machaqué y lo machaqué y lo machaqué y lo machaqué y lo machaqué hasta que ya no le quedó jugo dentro. Y el del pelo largo barreó y berreó tanto que parecía un perro, pero peleó como un guerrero, con sus dos espadas, mejor que tú con una sola hacha. Quédate quieto y no me obligues a machacarte a ti también, le dije, pero él hizo así y así como una mosca y me rajó la espalda, ¡me rajó la piel! Nadie me corta a mí la piel, y hacía muchas lunas que no veía mi propia sangre, luego se dio la vuelta, mejor que tú, y me apuñaló en la barriga y me miró, y me detuve y lo obligué a mirarme, porque muchos hombres creen que tengo algo ahí abajo, pero ahí abajo sólo hay carne. Lo aparté de un golpe con esta mano.

Me dejó caer para enseñarme la mano.

—Y me saqué la espada de dentro con esta mano. No manejo bien la espada, pero él intentó coger su cuchillo y yo se lo hundí en el pecho como si estuviera hundiendo un dedo en el barro. Blandí la espada y lo degollé. Y luego me tiré encima de él y me comí primero las mejores partes. Oh, la barriga, y después las partes rojas, oh, y la grasa, como un puerco. La gente cree que a mi hermano le gustaba la carne y a mí la sangre, pero yo me lo como todo.

Me habría gustado tener voz para suplicarle que parara y que él tuviera oídos para oírla.

—Luego fui a por los demás, los que se escapaban, ya lo creo. ¿Cómo iban a llegar lejos cuando yo corro más deprisa que un caballo? El de las dos cabezas...

—Eran dos, hijo de puta. Dos.

—La otra cabeza se echó a llorar por su hermano. ¿Sabes qué le dije al que era como un avestruz?

—Niguli. Se llama Niguli.

—Tenía un sabor extraño. ¿Le dabas de comer cosas extrañas? Estaba llorando, y le dije: Lloro, niño, llora. No eres tú a quien he venido a buscar, tendría que habérmelo comido a él en vez de a ti.

—No.

—Mentira. Mentira. Mentira. Miento. Te habría comido a ti y luego a ellos. ¿Te llamaban «padre»?

—Yo era...

—No criaste a ninguno. Y tampoco cuidaste a ninguno. Dejaste abierto el corral para que entrara el lobo.

—Fue el Leopardo. El Leopardo mató a tu hermano.

Volvió a agarrarme la garganta.

—A la fantasma no la pude coger. Era como polvo en el viento —dijo Sasabonsam.

Y me tiró al suelo. Me vino la oscuridad en pleno día. Querer matar y querer morir, en la cabeza son del mismo color, y la puerta que lleva a una cosa lleva a la otra también. Quise decirle que no le proporcionaría placer matarme, que yo había caminado de norte a sur de aquellas tierras y había cruzado los dos reinos en guerra y había atravesado flechas y fuego y campos de batalla y no me importaba, así que podía matarme ahora, matarme más tarde, matarme deprisa o matarme de los dedos de las manos y los pies a las rodillas y poco a poco, y seguiría sin importarme. Pero lo que le dije fue:

—No conoces a ningún griot.

Sasabonsam pegó las orejas al cráneo y arrugó el ceño. Se me acercó dando zancadas. Se detuvo frente a mí y me puso entre sus piernas. Extendió las alas. Se inclinó hasta tener su cara delante de mi cara, sus ojos delante de mis ojos. Tenía carne podrida entre los dientes.

—Pero sé cómo saben los niños —dijo.

Saqué mis dos cuchillos y se los clavé en los ojos.

La sangre de sus ojos estuvo a punto de cegar los míos. Rugió como diez leones, se desplomó sobre su ala derecha y se la partió por el hueso. Rugió más fuerte todavía y palpó con las manos hasta agarrar los dos cuchillos y arrancárselos, aullando con cada tirón. Corrió hasta chocarse con un árbol, se cayó de espaldas, se levantó de un salto, echó a correr otra vez y se chocó con

otro. Agarré un palo y se lo tiré por detrás. Dio un salto, se volvió y se chocó contra otro árbol. Sasabonsam trató de batir las alas pero sólo batió la izquierda. La derecha se movió pero estaba rota e inerte. Me puse a buscar los cuchillos mientras él se iba chocando con los árboles. Volvió a bramar y pataleó en el suelo y barrió la hierba y la tierra con las manos en mi busca, pero sólo atrapaba puñados de tierra y de hojas y hierba, y jadeaba y rugía y chillaba. Luego se tocó los ojos y aulló.

Encontré uno de los cuchillos. Le miré el cuello. Y el pecho pálido y los pezones rosados. Y el miedo que le daba todo. Lo vi retroceder sobre el ala derecha y rompérsela otra vez.

Se cayó de espaldas.

Me puse de pie y a punto estuve de caerme sobre una rodilla. Me volví a levantar y me alejé cojeando.

Entre los arbustos y colina abajo y cruzando el río, Sasabonsam seguía aullando, chillando y berreando. Y luego se calló.

El yo de hacía muchas lunas se habría preguntado por qué ninguno de aquellos destinos me importaba en absoluto. Nyka seguía colgando del árbol, todavía intentando soltarse. Yo había encontrado un hacha en la maleza de debajo de su árbol y la otra a varios pasos de distancia. Lo oí antes de verlo, bajando por el árbol a cuatro patas como había hecho antes la araña blanca, bajando para llegar a Nyka, a una parte dulce donde pudiera beberle la sangre. El niño. Le tiré el hacha, pero el dolor de la pierna me hizo fallar, y la clavé a un palmo de su cara. El niño se volvió correteando a la copa del árbol. Tiré la segunda hacha a la derecha de Nyka y corté las lianas que le ataban la mano. Él se la liberó. Pensé que iba a decirme algo. Pero no había nada que pudiera decirme y que a mí me apeteciera oír. Me caí sobre una rodilla. Luego Nyka gritó mi nombre y oí el batir de un ala.

Me di la vuelta para ver a Sasabonsam sacudiendo las manos en el aire y barriendo el suelo, olisqueando. Siguiendo mi rastro igual que yo seguía el de todo el mundo. Me eché hacia atrás y tropecé con una rama caída.

Y luego todo fue truenos y luego rayos, una centella, tres, todas cayendo sobre Sasabonsam, pero sin fin, golpeándolo y estallando y extendiéndose sobre él y metiéndosele por la boca y las orejas y saliéndose de los ojos y de la boca, en forma de fuego y fluidos y humo y algo más le salió de la boca que no era ni un grito ni un chillido ni un alarido. Un aullido. El pelo y la piel se le incendiaron y se puso a dar tumbos y se cayó sobre una rodilla mientras las centellas le seguían alcanzando y los truenos le seguían cayendo pesadamente encima y por fin se desplomó Sasabonsam, con el cuerpo convertido en una llamarada gigante y luego apagándose igual de deprisa.

Nyka se dejó caer del árbol.

Me estaba diciendo algo, pero no lo escuché. Cogí mi hacha y fui hasta el cadáver carbonizado de Sasabonsam y se la clavé en el cuello. Levanté el hacha y di otro hachazo, la levanté y continué dando hachazos hasta que el hacha cortó primero la piel y después el hueso, hasta llegar al mismo suelo. Caí de rodillas y no supe lo que estaba gritando hasta que Nyka me tocó el hombro. Lo aparté de un empujón y a punto estuve de propinarle un hachazo.

—Quítame tus asquerosas manos de encima —le dije.

Retrocedió con las manos en alto.

—Te he salvado la vida —dijo Nyka.

—También me la has quitado. No era gran cosa, pero me la has quitado.

Cerca de Sasabonsam, cavé un hoyo en la tierra con las manos, tiré dentro el collar hecho con los dientes de mis hijos y después volví a rellenar el hoyo. Di golpecitos en la tierra hasta que quedó lisa y aun entonces me negué a marcharme, me negué a dejar de dar golpecitos y alisar el suelo, hasta que tuve la sensación de estar haciendo una cosa hermosa.

—Nunca enterré a Nsaka. Cuando me desperté y la vi muerta, supe que tenía que huir. Porque estaba cambiado, ¿sabes? Estaba cambiado.

—No. Porque fuiste un cobarde —le dije.

—Porque había pasado mucho tiempo dormido y al despertarme me había encontrado con que tenía la piel blanca y alas.

—Porque eras un cobarde sin agallas y capaz sólo de engañar. Era ella quien peleaba siempre, imagino. ¿Cómo te la quitaste de encima?

—¿La memoria?

—La culpa —le dije.

Se rio.

—Quieres que te hable de mis remordimientos por haberte traicionado.

—No quiero que me hables de nada.

—Acabas de preguntarlo.

—Y me has contestado. No tenías remordimientos de los que deshacerte. No eres un hombre, eso ya lo sabía antes de encontrarme con tu piel mudada. Actúas como si te provocara picor, pero perder la piel no es nada nuevo para ti.

—Cierto, aun cuando era un hombre estaba más cerca de la serpiente, o del lagarto, o del pájaro.

—¿Por qué me traicionaste?

—O sea que *sí* estás buscando remordimientos.

—A la mierda los dioses y tus remordimientos. Quiero la historia.

—¿La historia? La historia es que cuando vine a ti, amigo, estaba embrujado por la arrogancia. ¿Quieres más? ¿Una razón? ¿El argumento que me di a mí mismo para convencerme de que era algo justo? ¿Quizá dinero, o cauris? La verdad es que me atiborré de arrogancia. ¿Te acuerdas de la vez en que te traicioné? Acuérdate de las muchas veces en que no te traicioné. Las bultungis me hostigaron durante diez y tres lunas. Fueron diez y tres lunas de pensar no en mí mismo, sino en ti.

—¿Ahora quieres elogios?

—No quiero nada.

Echó a andar hacia la salida del bosque, que ahora estaba bañado de azul por la luz nocturna. A medida que oscurecía, la piel y las plumas de Nyka

empezaron a relucir. No supe adónde estaba yendo y traté de oír los sonidos del río, pero no oí nada.

—Cuando el Aesi me liberó, me habló de la nueva era —dije—. Me dijo que se avecinaba una nueva guerra, tan seguro como que ya teníamos una aquí, una guerra que lo iba a destruir todo. Y el corazón de esa guerra era este niño. Esta cosa perversa y abominable.

—Y lo dejaste vivir —dijo Nyka.

—Era una simple conjetura. Una corazonada, nada racional. Algo fallaba; lo vi tan claro como lo estaba viendo a él. Ya estaba enloquecido por ella. Enloquecido por encontrarla. La sangre de Ipundulu. Lo vi, lo vi entonces.

—Y lo dejaste vivir.

—No lo sabía.

—El niño que había llevado a Sasabonsam hasta tu casa para que matara a...

—Te digo que no lo sabía.

Seguimos caminando unos pasos.

—No puedo ayudarte a librarte de ella.

—¿De qué?

—De tu culpa.

—Llama al niño para que pueda matarlo —dije.

—¿Cómo se llama? No sé su nombre.

—Llámalo niño, o suelta una centella por los pezones, o por el ojete, o por donde sea.

Nyka soltó una risotada. Dijo que no le hacía falta llamarlo, porque ya sabía dónde estaba. Caminamos por el monte y bajo los árboles hasta llegar a un claro que desembocaba en un lago. Me pareció que debía de ser el Lago Blanco, pero no estaba seguro. Se parecía al Lago Blanco, que tenía una laguna al final, no muy ancha pero sí muy profunda. Nos miraron como si hubieran estado esperando a que apareciéramos: el Leopardo, el niño y, sosteniendo una antorcha, con la cara y el pecho ocultos con arcilla caolinita



y con un tocado de plumas y piedras, la misma mujer del montículo de antes. Sogolon.

No me asombró verla al otro lado. Tampoco el hecho de no haberla reconocido antes, quizá porque cuando las mujeres envejecen por estas tierras se convierten todas en la misma mujer. Quizá llevaba caolinita para esconder lo que debían de ser unas cicatrices de quemaduras horribles, pero desde donde estábamos le pude ver la nariz, los labios y hasta las orejas. Me pregunté cómo habría sobrevivido, aunque no me sorprendía. Entretanto, el Leopardo, cubierto de polvos blancos, estaba unos pasos detrás de ella, con el niño entre ambos. El niño los miró a ellos y después a mí. Vio a Nyka y se giró para escaparse corriendo, pero Sogolon lo agarró de la tupida mata de pelo y tiró de él hacia atrás.

—Lobo rojo —me dijo la bruja—. No, ya no rojo. Sólo Lobo.

No dije nada. Miré al Leopardo. Volvía a llevar su armadura, como si se hubiera unido a una causa que no era la suya. Ni siquiera era un mercenario, sólo un soldado. Me dije a mí mismo que no quería saber qué le había pasado en el corazón y qué se había adueñado de él, qué había provocado que aquel hombre que no servía a nadie ni a nada hubiera pasado a luchar por los caprichos de los reyes. Y de sus madres. Mírate: hubo una época en que te llamábamos temerario y lo decíamos con amor y envidia. Qué bajo has caído, más bajo que la vergüenza misma, con el cuello colgando de los hombros, como si la armadura te provocara joroba. El niño seguía forcejeando, intentando escaparse de Sogolon, hasta que ésta le dio una bofetada. Entonces hizo lo que yo le había visto hacer otras veces: chillar y luego gimotear, pero sin sentimiento en la cara. Había crecido, era casi tan grande como Sogolon, pero en la penumbra no le veía mucho más. Estaba flaco, como esos muchachos que crecen pero no terminan de hacerse hombres. La piel lisa, vestido sólo con un taparrabos, las piernas y los brazos largos y flacos. Sin pinta de rey ni de futuro rey. Se quedó mirando a Nyka, con la lengua colgando. Agarré mi hacha.

—*Edjirim ebib ekuum eching otamangang na ane-iban* —dijo la bruja—. Cuando cae la oscuridad, uno abraza a su enemigo.

—¿Lo has traducido para mí o para él?

—¿Has traicionado aquello por lo que luchaste tanto tiempo? —me dijo Sogolon.

—Mírate, Bruja de la Luna. Ni siquiera aparentas trescientos años. Pero bueno, *gunnugun ki ku lewe*. ¿Cómo sobreviviste a cruzar de vuelta aquella puerta?

—Estás traicionando aquello por lo que luchaste tanto tiempo —repitió.

—¿Hablas conmigo o con el Leopardo?

El Leopardo me miró. Sogolon y el niño estaban en la orilla del agua e incluso en la penumbra pude ver sus reflejos. El niño tenía la pinta de siempre, y la antorcha le perfilaba la cabezota. Sogolon parecía una sombra. Ahora sin la arcilla de caolinita, y más negra que la oscuridad circundante, incluida la cabeza, que no tenía ni plumas ni pelo.

—Ay, Leopardo, ¿no queda nadie? ¿Nadie a quien puedas fallarle? —le pregunté.

No dijo nada, pero desenvainó su espada. Yo no le quitaba la vista de encima a la figura negra que había en el agua, antorcha en mano. El agua estaba quieta y remansada y era del mismo azul oscuro que la noche inminente. En el reflejo vi al Leopardo correr a por el niño. Levanté la vista justo cuando acometía la cabeza del niño con la espada. Sogolon ni siquiera se dio la vuelta: levantó al instante una fuerte ventisca que derribó al Leopardo, lo lanzó por los aires y lo estampó contra un árbol. Y justo a su lado su espada, alzada en el aire por el viento, fue directa como un rayo a su pecho y lo clavó al tronco. Su cabeza cayó inerte.

Llamé a gritos al Leopardo y le tiré mi hacha a la Bruja de la Luna. El hacha hendió el viento y ella se agachó, esquivando el filo del arma, pero la empuñadura la golpeó en toda la cara y su cuerpo entero parpadeó. La caolinita desapareció y apareció, desapareció, volvió a aparecer y se esfumó.

Nyka y yo corrimos alrededor de aquella laguna enorme. Sogolon era una carcasa calcinada, toda piel negra y dedos fundidos entre ellos y con agujeros en vez de ojos y boca, antes de que volvieran a aparecer la caolinita, su piel y su tocado de plumas y su hechizo volviera a ser fuerte. Seguía agarrando al niño. El Leopardo no se movía.

El niño se echó a reír, primero con una risilla diminuta y luego con una risa burlona tan fuerte que rebotó al otro lado del agua. Sogolon le pegó una bofetada, pero él continuó riéndose. Le pegó otra, pero él le cogió la mano con los dientes y la mordió fuerte. Ella lo empujó, pero él no la soltó. Le pegó otra bofetada, pero él siguió sin soltarla. Le mordió tan fuerte que Sogolon ya no pudo controlar el viento y su pequeña tormenta amainó hasta no ser más que una brisa y después nada.

El suelo tembló y retumbó como si estuviera a punto de abrirse. Una ola se levantó del lago y rompió en las orillas, derribando a Sogolon y al niño. Sogolon se puso a agitar las manos para invocar al viento de nuevo, pero el suelo se abrió, se la tragó hasta el cuello y se cerró a su alrededor. Ella gritó y soltó palabrotas y trató de moverse, pero no pudo.

Y allí estaba el Aesi, en la misma orilla, como si siempre hubiera estado ahí. Plantado delante del niño, contemplándolo como uno miraría una jirafa blanca o un león rojo. Con más curiosidad que otra cosa. El niño lo miró a él de la misma manera.

—¿Cómo ha podido nadie pensar que podías llegar a ser rey? —le dijo.

El niño soltó un bufido. Se apartó del Aesi como una serpiente acorralada, temblando y retorciéndose, como si estuviera a punto de revolcarse por el suelo.

—Te destruí —le dijo Sogolon al Aesi.

—Sólo me retrasaste —dijo el Aesi, pasando a su lado y agarrando al niño de la oreja.

—¡Para! Sabes que es el verdadero rey —dijo Sogolon.

—¿Verdadero? Quieres traer de vuelta el matriarcado, ¿verdad? La línea

sucesoria que desciende de la hermana del rey y no del rey... Tú, la Bruja de la Luna, que afirma tener trescientos años y sin embargo no sabes nada de esa línea que has jurado proteger, de ese gran mal que afecta a todas las tierras, ni de todos los mundos que estarás arreglando.

—No tienes más que palabras afectadas y mentiras.

—Una mentira es creer que esta abominación puede ser rey. Apenas puede hablar.

—Le dijo a Sasabonsam dónde vivía yo —dije cogiendo mi hacha.

—Gimotea y lloriquea, como un perro del monte. Mama sangre del pecho de su madre, ni siquiera es un vampiro, sino una imitación de vampiro. Y, sin embargo, siento remordimientos por este niño. Nada de todo esto lo eligió él —dijo el Aesi.

—Pues le daré una muerte que tampoco ha elegido él —dije.

—¡No! —gritó Sogolon.

—Tenías una sola tarea —dijo el Aesi—. Y la has cumplido bien, Sogolon. Pero es una desgracia. Mira tu sacrificio. Mira tu cara calcinada, tu piel quemada, esos dedos que se han convertido en una sola aleta. Y todo por este niño. Todo por el mito de la línea sucesoria de la hermana. ¿Acaso la hermana del rey te contó la historia de nuestras costumbres? ¿Que aquellas hermanas engendraban reyes a base de follarse a sus padres? ¿Y que todas las madres de los reyes también eran sus hermanas? ¿Y que es por eso por lo que todos los reyes locos del Sur están locos? La misma mala sangre fluyendo por sus ríos año tras año y era tras era. Ni siquiera las más salvajes de entre las bestias hacen algo así. Ése es el orden que la mujer llamada Sogolon desea restaurar. Tú, que tienes trescientos años.

—No eres nada más que maldad.

—Y tú no eres nada más que necedad. Este último rey loco, Sogolon, decimos que es el más loco por empezar una guerra que no puede ganar porque quiere gobernar todos los reinos. Puede que esté loco, pero no es tonto. Se avecina una amenaza, bruja, y no viene del Sur, ni del Norte, ni

siquiera del Este, sino del Oeste. Una amenaza en forma de fuego y enfermedades y muerte y podredumbre procedentes de allende los mares. Todos los grandes patriarcas, chamanes y yerewolos la han visto. Yo los he visto con el tercer ojo, hombres rojos como la sangre y blancos como la arena. Y sólo un único reino, un reino unido, podrá ofrecerles resistencia a ellos y a las lunas, años y eras de su asalto. Y sólo un rey fuerte, no uno loco, ni tampoco uno adicto a la sangre deforme y con una madre sedienta de poder, porque ninguno de ellos podría conquistar ni gobernar ni conservar un solo reino. Esa reina del Mweru, ¿acaso no sabe por qué la casa de Akum terminó con aquella línea sucesoria? Lo dijo la noche entera. Se avecinaba una amenaza, un viento ominoso. Y este niño, esta pequeña abominación, debe ser destruido. No eres nada más que una vida entera vivida por una mentira.

—Mentira, mentira, mentira —dijo el niño, y soltó una risita.

Todos lo miramos. Era la primera vez que lo oía hablar. Seguía temblando y retorciéndose, tocándose las puntas de los pies y culebreando en el suelo, después de que el Aesi le soltara la oreja.

—Morirá esta noche —dijo el Aesi.

—Lo matará mi hacha —dije yo.

—No —dijo Sogolon.

—Mentira, mentira, mentira, ja, ja, ja —repitió el niño.

—Mentira, mentira, mentira, ja, ja, ja —dijo Nyka.

Me había olvidado de él. Se acercó al niño y los dos repitieron lo mismo una y otra vez hasta ser una sola voz. Nyka se detuvo frente al niño.

El niño corrió hacia él y se echó a sus brazos. Nyka lo agarró y lo envolvió con su abrazo. El niño se pegó a su pecho, apoyándose y frotándose contra él como un corderito recién nacido. Luego Nyka hizo una mueca de dolor y supe que el niño lo había mordido. El niño estaba mamando sangre como si fuera leche materna. Nyka lo envolvió con los brazos. Batió las alas hasta despegar los pies del suelo. Se elevó más y más, y esta vez no perdió altura ni

se desplomó ni cayó por el peso ni por su propia debilidad. Nyka volvió a batir las alas y una centella blanca y más brillante que el sol hendió el cielo y los golpeó a ambos. El estallido hizo temblar la tierra y el retumbar ahogó el chillido del niño. La centella no se apagó, sino que los inflamó a ambos mientras Nyka abrazaba con fuerza al niño y el niño pataleaba y chillaba, hasta que la larga centella se convirtió en una llama que se los tragó y que se apagó al instante, sin dejar nada más que pequeñas brasas luminosas que se desvanecieron en la negrura.

—¡Oh, reyes malditos! ¡Oh, reyes malditos! —se lamentó Sogolon.

Se lamentó durante tanto rato que cuando por fin sus lamentaciones se debilitaron se convirtieron en gimoteos. Oí carne quemada y esperé que algo me invadiera: no paz, ni satisfacción, ni tampoco esa sensación de equilibrio que trae la venganza, sino algo que me fuera desconocido. Pero sabía que lo estaba esperando y sabía que no me llegaría. El Leopardo tosió.

—¡Leopardo!

Fui corriendo a su lado y meció la cabeza como un borracho. Yo sabía que ya no tenía sangre. Le desclavé la espada del pecho e intentó respirar. Se cayó del árbol y lo cogí y los dos nos caímos al suelo. Le pegué la mano al pecho. Siempre había querido morir como leopardo, pero no me lo imaginé transformándose ahora. Me cogió la mano y se la llevó a la cara.

—Tu problema es que nunca llegaste a dominar el arco. Por eso hemos tenido destinos tan funestos, tú y yo —me dijo.

Le sostuve la cabeza y le acaricié la nuca como si fuera un gato, confiando en que eso lo aliviara. Todavía estaba intentando transformarse, se lo noté debajo de la piel. La frente se le compactó y le crecieron los bigotes y los dientes, los ojos le relucieron en la oscuridad, pero no pudo cambiar más.

—Cambiémonos los cuerpos en nuestras próximas vidas —dije.

—Tú odias la carne cruda y yo jamás pude soportar meterte ni siquiera un dedo en el culo —me dijo, y se rio, pero la risa se convirtió en tos, y la tos lo agitó y la sangre de su herida me rezumó entre los dedos.

—No debí haber ido a buscarte. No debí sacarte de tu árbol —me dijo tosiendo.

—Viniste a por mí porque sabías que me iría contigo. Ésta es la verdad: estaba enamorado y estaba aburrido, ambas cosas al mismo tiempo, dos gobernantes en la misma casa. Me estaba volviendo loco.

—Te obligué a marcharte. ¿Te acuerdas de lo que te dije? *Nkita ghara igbo uja a guo ya aha ozo.*

—Si un lobo se niega a aullar, la gente lo llamará de otra manera.

—Mentí. La frase dice: si un perro se niega a ladrar.

Me reí mientras él lo intentaba.

—Me marché porque quise.

—Pero yo sabía que te irías. Cuando en Fasisi me preguntaron: ¿Cómo vas a encontrar a ese hombre? Lleva... veinte lunas muerto. Les dije..., les dije... —Tosió—. Les dije: Conozco a un rastreador que nunca se perdería una buena cacería. Dice que trabaja por dinero, pero el trabajo mismo es su paga, por mucho que no quiera admitirlo.

—No debí marcharme —dije.

—No, no debiste. Qué vidas hemos tenido. Remordimientos por lo que no deberíamos haber hecho y remordimientos por lo que sí deberíamos haber hecho. Echo de menos ser un leopardo, Rastreador. Echo de menos no conocer obligaciones.

—Y ahora te estás muriendo.

—Los leopardos no conocemos la muerte. Nunca pensamos en ella, porque no es algo en lo que pensar. ¿Por qué hacemos esto, Rastreador? ¿Por qué pensamos en la nada?

—No lo sé. Porque necesitamos creer en algo.

—Un hombre al que conocí me dijo que no creía en creer. —Se rio y tosió.

—Un hombre al que conocí me dijo que nadie ama a nadie.

—Los dos eran unos necios. Unos n...

Su cabeza me cayó en los brazos.

No les des paz, gato. Encuentra caza en el inframundo y humilla a sus lores, pensé, pero no lo dije. Era el primer hombre del que yo podía decir que había amado, aunque no era el primer hombre al que se lo había dicho.

Me pregunté si alguna vez dejaría de pensar en aquellos años, y supe que la respuesta era que no, porque siempre intentaría encontrar sentido, o incluso una razón, para todas las cosas, igual que oía que pasaba en los grandes relatos. Relatos de ambición y de misiones, cuando nosotros no habíamos hecho nada más que buscar a un niño, por una razón que había resultado ser falsa y para una gente que había resultado ser falsa.

Quizá fuera así como terminaban todos los relatos, los relatos de mujeres y hombres de verdad, de cuerpos de verdad que sufrían heridas y caían muertos, y donde se derramaba sangre de verdad. Y quizá era por esto por lo que los grandes relatos que contábamos eran tan distintos. Porque contamos historias para vivir, y esa clase de historias necesitan un propósito, de modo que la historia en sí ha de ser mentira. Porque al final de una historia verdadera no hay nada más que despojos.

Sogolon escupió en la tierra.

—Ojalá mis ojos nunca hubieran visto tu cara —le dije.

—A mí también me gustaría no habérmela visto.

Recogí la espada del Leopardo. Podría haberla usado sobre la cabeza de la bruja allí mismo, partirle el cráneo por la mitad como quien abre un melón.

—¿Quieres matarme? Pues date prisa y mátame. Porque he vivido una buena...

—A la mierda los dioses y tu boca, Sogolon. Tu reina ni siquiera se acordaba de tu nombre cuando le dije que estabas muerta. Y además, si te mato, ¿quién le va a mandar a la hermana del rey la noticia de que su pequeña serpiente ha muerto? ¿Cómo va ahora nuestra compañía, bruja? El Leopardo debería encontrarse con quien lo ha matado, justo detrás de él en el inframundo. Los dioses se reirían, ¿no?



—Los dioses no existen. ¿No te lo dijo este Aesi? Incluso ahora tienes la cabeza tan dura que no ves lo que está pasando de verdad.

—La verdad y tú nunca habéis vivido en la misma casa. Estamos al final de esta historia, tú y yo.

—¡Es el carnicero de dioses!

—¿Algo nuevo? Pero si estamos al final de esta historia, Bruja de la Luna. Cuéntale esa cosa nueva a la bestia hambrienta que sea que venga a comerse tu cara.

Sogolon tragó saliva.

—Sobrevivir siempre ha sido tu única habilidad —le dije.

—Lobezno, dame de beber. ¡Dame de beber!

Miré su cabeza, que era como una piedra negra en el suelo, meneándose, intentando escapar del suelo. Busqué mi hacha y no la encontré. Y mis cuchillos hacía tiempo que estaban desaparecidos. Su pérdida me recordó todo lo demás que había perdido. A todos los lazos cortados. Me quité el arnés de la espalda, me quité el cinturón, la túnica y el taparrabos. Eché a andar hacia el norte, siguiendo aquella estrella que había a la derecha de la luna. Apareció y desapareció en un abrir y cerrar de ojos, como un pensamiento fugaz. El Aesi. Aparecía de esa manera, como si siempre hubiera estado ahí, y desaparecía de la misma manera, como si nunca hubiera estado. Las hienas le encontrarían utilidad al Leopardo. Así funcionaban las cosas en el monte, y era lo que él habría querido.

Quizá había llegado ese momento en que los hombres con cabezas más sabias y corazones más grandes que el mío miraban cómo el cocodrilo se comía la luna, y cómo el mundo giraba alrededor de los dioses del cielo, sobre todo del desaparecido dios sol, independientemente de lo que hicieran los hombres y las mujeres en sus tierras. Y quizá de ahí venía la sabiduría, o algo que sonaba parecido. Pero lo único que yo quería era caminar, no en pos de nada, ni alejándome de nada, sólo marcharme. Detrás de mí oí:

—¡Dame de beber! ¡Dame de beber!

Sogolon seguía gritando.

Y yo seguí andando.

Caminé por aquellas tierras durante días, cruzando ciénagas y desiertos hasta llegar a Omororo, la sede del trono del Rey Loco. Allí me detuvieron por mendigo, me tomaron por ladrón, me torturaron por traidor, y cuando la hermana del rey se enteró de que su hijo estaba muerto, me arrestaron por asesino.

Y ahora míranos a ti y a mí, en la ciudad Estado de Nigiki, donde ninguno de los dos quiere estar, pero ninguno de los dos tiene tampoco adonde ir.

Sé que has oído su testimonio. Así pues, ¿qué tiene que decir la poderosa Sogolon?

¿Acaso dice: No confíes en una sola palabra que salga de labios del Rastreador? Ni sobre el niño, ni sobre su búsqueda, ni sobre Kongor, ni sobre Dolingo, ni sobre quién murió y quién se salvó, ni sobre las diez y nueve puertas, ni sobre su supuesto amigo, el Leopardo, ni su supuesto amante del Este, llamado Mossi, y acaso era ése su nombre, y acaso fueron realmente amantes? ¿O sobre sus preciosos hijos mingi que no engendró él? ¿Acaso te dijo: No confíes en nada que venga de la boca de ese Ojo de Lobo?

Cuéntame.

## Agradecimientos

Los escritores nunca creamos grandes historias. Las encontramos. Así pues, gracias a todo el mundo que me dejó escuchar y encontrar mundos más allá de las palabras.

Por su enorme apoyo, guía, generosidad y a veces fe ciega quiero dar las gracias a Ellen Levine, mi maravillosa agente; a Jake Morrissey, mi igualmente maravilloso editor; a Jeff Bennett, escritor, investigador, asistente, gran amigo y gran ser humano; a Jynne Dilling Martin, Claire McGinnis, Geoffrey Kloske y a toda la gente de Riverhead; a Martha Kanya-Forstner, a Kiara Kent y al resto del personal de Doubleday Canadá; a Simon Prosser de Hamish Hamilton; al Departamento de Literatura Inglesa del Macalester College; a Robert McLean; a todos los investigadores y académicos que se dedican a la incansable y a veces ingrata tarea de investigación y documentación de la historia y la mitología de África, incluyendo a los tremendos bibliotecarios de Tombuctú; a Fab 5 Freddy por colgar aquel post de Facebook que engendró un millar de ideas; y a Pablo Camacho por esa portada absolutamente fabulosa. Mi madre sólo tiene permiso para leer unas dos páginas de este libro.

*Leopardo Negro, Lobo Rojo*  
Marlon James

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Black Leopard, Red Wolf*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño basado en diseño original de Helen Yentus  
© de la ilustración de la portada, Pablo Gerardo Camacho

© Marlon James, 2019

© de la traducción, Javier Calvo, 2019

Mapas de Marlon James

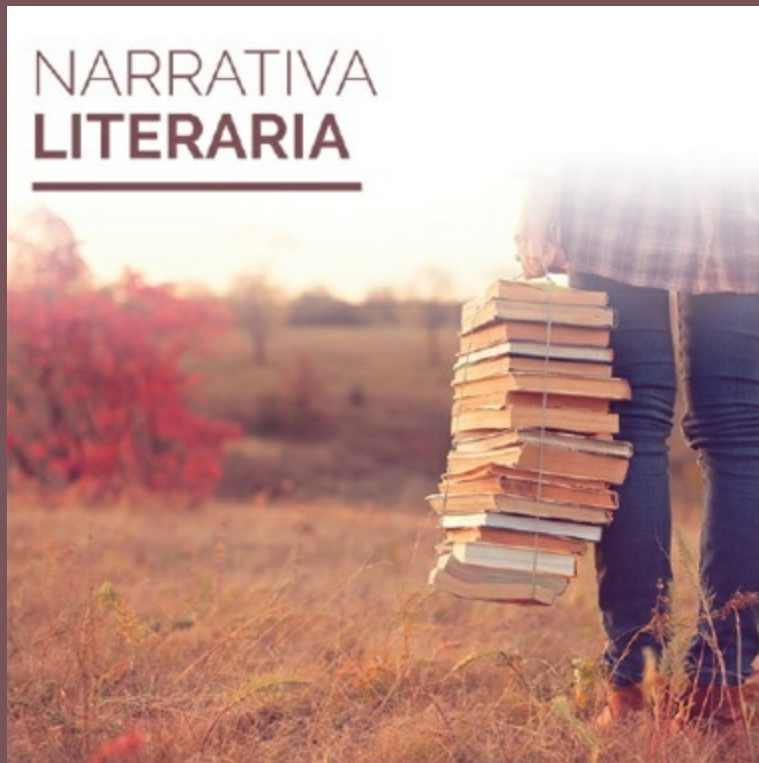
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3550-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**

